

MARINA TSVIETÁIEVA

CONFESIONES

Vivir en el fuego

Marina Tsvietáieva es, en palabras de Joseph Brodsky, la poeta más grande del siglo XX, y uno de los destinos más representativos de su tiempo. Nacida en la Rusia zarista, Marina vivió en la revolucionaria; conoció el exilio en Berlín, en Praga y en París. Ensalzada por sus contemporáneos tras su debut literario, pronto conoció el rechazo y fue condenada al ostracismo.

Su vida ha quedado registrada no sólo en su poesía y su prosa, sino en sus cartas, sus diarios, sus cuadernos.

Tzvetan Todorov ha extraído de las obras completas de Marina Tsvietáieva el material que conforma este volumen. *Confesiones. Vivir en el fuego* es una autobiografía compuesta a título póstumo, una obra en la que la creación se entreteje con la cotidianidad, los idilios cerebrales con la maternidad, las reflexiones sobre la vida - con la vida misma.

Leer las confesiones de Marina Tsvietáieva es entrar en la historia misma de nuestro tiempo a través del alma del poeta.

Lectulandia

Marina Tsvietáieva

Confesiones: vivir en el fuego

ePub r1.0
Titivillus 23.06.2019

Título original: *Vivre dans le feu: Confessions*
Marina Tsvietáieva, 2005
Traducción: Selma Ancira

Digital editor: Titivillus
ePub base r2.1

Agradecimientos

Vivir en el fuego es un libro escrito, originalmente, en dos lenguas. En dos de las lenguas de Marina Tsvietáieva: el ruso y el francés. Debo íntegra la traducción del capítulo «Escribir en francés» a mi hijo, David Stacey, cuyo indiscutible conocimiento del idioma de Anna de Noailles le permitió recorrer los meandros del pensamiento tsvietaieviano y recrear en español esos tramos, terriblemente pedregosos, de la obra de la poeta. Asimismo le debo el minucioso cotejo de mis traducciones del francés de Tzvetan Todorov. Por ambas cosas - gracias.

A Francisco Segovia, una de las voces más resonantes de la poesía mexicana, debo, también en esta ocasión, la versión final de los poemas citados en el libro.

Mi mayor agradecimiento para Lev Mnujin, a quien el autor dedica su trabajo, por la paciencia y la generosidad con las que respondió a cada una de las interminables aporías que surgieron en mí a lo largo del proceso de traducción. Dudas no sólo de comprensión de algunos pasajes sumamente intrincados, sino también de neologismos, de palabras inexistentes en los diccionarios pero vivas y tremendamente activas en el léxico tsvietaieviano. Asimismo agradezco que me haya confiado el material que acompaña la edición.

Mi gratitud, enorme, de toda una vida ya, a Manuel Stacey, en esta ocasión por la minuciosidad y el esmero con los que forjó el índice de nombres que acompaña al libro y que enriquece, no cabe duda, su lectura.

Por último, no puedo dejar de expresar mi agradecimiento a todo el equipo editorial por la comprensión, el apoyo y el interés que demostró en todo momento por mi trabajo.

Sin ellos, sin todos ellos, el libro no sería lo que es.

Selma Ancira
Naxos, Grecia

Julio de 2008

Prefacio
Una vida en el fuego

Marina Tsvietáieva (1892-1941) es uno de los escritores más grandes del siglo XX; su destino, uno de los más trágicos. Está inextricablemente vinculado a la historia contemporánea de Europa, marcada por dos guerras mundiales y por el advenimiento de dos regímenes totalitarios. Tras el baño de sangre de la Primera Guerra Mundial, su país, Rusia, se transforma en el escenario de la Revolución de Octubre, que lo hunde en el caos y la hambruna, antes de someterlo a la guerra civil y al terror. Una de las hijas de Tsvietáieva muere de hambre y de debilidad. Su marido lucha contra los Rojos del lado de los Blancos y acaba en la emigración; ella abandona el país para reunirse con él. Más tarde, cuando la familia está instalada en París, él cambia radicalmente de bando, se convierte en agente secreto soviético y se ve implicado en un asesinato; ella, una vez más, se ve obligada a seguirlo. A su regreso a Rusia, toda la familia padece la más brutal de las represiones. El golpe de gracia lo da la invasión alemana, en 1941: privada de toda posibilidad de vivir, Tsvietáieva no puede sino poner fin a sus días.

A lo largo de toda su vida, Tsvietáieva, esa impía, no cesa de confesarse. Lo hace a través de cartas que unas veces dirige a amigos muy cercanos y otras a desconocidos. Continúa su monólogo en mensajes contenidos en sus cuadernos de trabajo. Además, llena numerosas libretas con concisas anotaciones sobre lo que siente y lo que piensa. Estas confesiones no llegaron al público; su súbita muerte impidió a Tsvietáieva componer con ellas un libro. *Vivir en el fuego* es el resultado de esta pasión, es la culminación real de uno de sus proyectos; crea un relato conmovedor sobre ella misma y su existencia, pero también sobre su tiempo. Y no sería exagerado ver en el presente volumen su obra más acabada: esta vida-escritura - una bio-grafía en el sentido más literal - es

tan ambiciosa como sus poemas o su prosa, y aún más conmovedora que éstos.

¿En qué se reconoce al escritor realmente grande? En que consigue hallar las palabras que expresan lo que antes de él había sido indecible. Es un maestro del verbo, ciertamente, pero no se contenta con jugar con el lenguaje. Su objetivo es mucho más ambicioso: el rigor de las palabras no es para él sino un medio para acceder a la verdad de las cosas. Éste es el desafío inherente a la vocación del poeta y que Tsvietáieva supo aceptar: prestar oído al mundo y descubrir las frases que permiten a los otros, a sus lectores de entonces y de siempre, designar y comprender sus propias experiencias. Le habría gustado que sobre su tumba, a modo de epitafio, escribieran «estenógrafo de la Vida» (p. 118)[1]. El gran escritor ciertamente forja bellos versos, produce imágenes sobrecogedoras, narra historias cautivadoras; pero también tiene una ambición más elevada: pensar intensamente y decir - de manera apremiante - lo verdadero. No por ello este pensamiento adquiere la forma de una doctrina, y eso hace que se pueda dirigir a todos, y no sólo a los eruditos. Tsvietáieva lo sabe y lo dice: «No soy un filósofo. Soy un poeta que también sabe pensar» (p. 281). O: «En vez de una CONCEPCIÓN DEL MUNDO tengo una SENSACIÓN DEL MUNDO» (p. 399). Ella nos conduce más allá de la literatura dando vida a un modelo de existencia y revelando así una faceta oculta de la condición humana.

Incluso entre los más grandes escritores, ella ocupa un lugar aparte. Es poco común, en efecto, encontrarse con un autor que dé hasta este punto la impresión de haber vivido y escrito en contacto permanente con el absoluto. Una palabra parece hecha para designar la disposición de espíritu que la caracteriza permanentemente: *incandescencia*. Sabe sumergirse en lo más profundo y elevarse a lo más alto; al ir al límite de sus propias experiencias, revela el sentido universal que contienen y las acerca a todos nosotros. Gracias a su gusto por lo extremo, puede ofrecer a nuestra mirada lo que en general barruntamos de manera poco clara.

¿Por qué *Vivir en el fuego*? Porque la imagen vuelve de manera recurrente a la pluma de Tsvietáieva para designar lo que considera el modo de vida que le corresponde. Era todavía muy joven, cuando ya declara: «¿¡Para qué demonios me sirve la constitución, cuando lo que quiero es el fuego de Prometeo!?» (p. 77). En otro momento, la misma fórmula aparece en su cuaderno - piensa en la legendaria salamandra

que resiste a las llamas y ve una imagen de sí misma en ella: «¡Qué maravilla vivir en el fuego!» (p. 114). Algunos meses más tarde retoma la idea en un poema, identificándose entonces con otro animal fantástico, el ave fénix: «¡No canto sino en el fuego!» (1,425). Los personajes que perecen en las llamas: Juana de Arco, Savonarola o Giordano Bruno, le fascinan. A un corresponsal le asegura: «Seré fuego» (p. 115), a otro: «En mí - ¡todo es incendio!» (p. 233). Pero ¿por qué el fuego? Porque este elemento encarna la máxima intensidad, el alma al rojo blanco - ese extremo sin el que Tsvietáieva no puede vivir. A lo largo de su vida aspira al absoluto, y lo persigue tanto con su obstinación de «excavar el verso» siempre más y más profundamente, de acercarse todo lo posible a la perfección, como con las relaciones que establece con sus seres cercanos, ya que también ahí su ideal sigue siendo el mismo: el amor loco, la confianza absoluta, la lealtad inquebrantable. Al actuar de esta manera, Tsvietáieva nos hace un regalo: nos permite palpar con los dedos y llevarnos el sentimiento de júbilo que se experimenta cuando se está en contacto directo con la belleza, tan evanescente y, sin embargo, tan indispensable para todo ser humano.

En su caso, no es posible separar la obra de la existencia: «Porque en realidad no se trata de: vivir y escribir, sino de vivir-escribir y: escribir - vivir» (p. 329). Esta continuidad debe entenderse de varias maneras. En primer lugar, escribir es vivir: ¿qué valdría la poesía si no fuera más que un juego intelectual? Para escribir, el poeta utiliza todo su ser. Poco tiempo antes de su muerte, Tsvietáieva comenta amargamente: «Me llaman para que lea mis poesías, sin entender que cada verso es - amor, que si toda la vida no hubiera hecho sino leer mis versos - no habría un solo verso. "¡Qué versos maravillosos!". Ah, no son los versos los - maravillosos» (p. 562). La poesía no es un asunto de palabras sino de experiencia de vida, y ésta ha de ser profundizada y esclarecida si se quiere que el poema alcance su objetivo.

Al mismo tiempo, vivir es escribir. Primero, en el sentido más práctico; toda la vida de Tsvietáieva se organiza alrededor de esta necesidad imperiosa: tener tiempo para encerrarse con su cuaderno. Es cierto que tal elección es propia sólo de los escritores profesionales; sin embargo, en otro sentido, la experiencia está abierta a todos: la escritura es, para Tsvietáieva, la manera de descubrir un sentido en el acontecer cotidiano. A una de sus corresponsales le dice: «No me gusta la vida como tal, para mí comienza a significar, es decir, a adquirir sentido y peso - sólo

transfigurada, es decir, - en el arte» (p. 280). Esta transfiguración no está reservada únicamente a los artistas profesionales, puede darse - sin que necesariamente se manifieste en el exterior - en la conciencia de cualquiera.

Finalmente la vida misma puede ser estructurada como una obra, plegarse a las mismas exigencias a las que se somete el poeta: tanto la una como la otra aspiran al máximo de belleza, riqueza, intensidad.

En su arte, Tsvietáieva va tan lejos como lo desea. Pero como el espíritu sólo existe a través del cuerpo, se ve obligada a llevar una existencia terrestre - y en ésta los éxitos son más escasos. A la vez reconocida y menospreciada por sus contemporáneos rusos, en contadas ocasiones consigue obtener una remuneración satisfactoria por sus poemas y se halla condenada, desde la Revolución de 1917 hasta su muerte en 1941, a vivir en una miseria extrema. Al mismo tiempo es tan exigente con los seres que la rodean que sus expectativas se ven forzosamente defraudadas. No siempre el mundo se deja convertir en un cuadro armonioso y la experiencia de Tsvietáieva culmina de manera catastrófica. El personaje del pasado que más evoca su destino es Vincent van Gogh. Como el del pintor, el genio de la poeta es deslumbrante. Como él, lleva una existencia miserable y exaltada a la vez, una búsqueda sin tregua del absoluto. Como él, elige ponerle fin con el suicidio.

Sin embargo, dos grandes diferencias los separan. La primera es el sexo. En tanto que mujer, Tsvietáieva acepta el papel secular de las mujeres: cuidar a los otros. Además, y a diferencia de la mayoría de las mujeres de su tiempo que quieren consagrarse a la creación artística, ella elige - con pasión, como todo lo que hace - ser madre. Uno no se imagina a Vincent preparando diariamente la comida para varias personas, calentando biberones, zurciendo calcetines y camisas, alimentando el fuego real de la estufa, paseando a sus hijos en el parque y haciendo con ellos los deberes, sin dejar de producir, al mismo tiempo, obras maestras…

La segunda diferencia está relacionada con el contexto histórico en el que viven ambos artistas. La Francia de los años ochenta del siglo XIX quizá no fue un país especialmente hospitalario para el pintor neerlandés desprovisto de medios, ni un remanso de paz social; pero comparado con las turbulencias que tendría que atravesar Tsvietáieva a lo largo de su existencia no deja de aparecer como un lugar idílico. El destino de esta mujer se vio estrechamente ligado a una de las más grandes tragedias

políticas de nuestro tiempo, la de los individuos aplastados por la máquina comunista que se puso en marcha en Rusia y en Europa. ¿Es esta máquina la única responsable de la desgracia de Marina Tsvietáieva? ¿No hay en su propio proyecto de vida algo que anuncia el desastre final? *Vivir en el fuego* nos invita a explorar este misterio.

El impacto de la Revolución

Tsvietáieva sólo se encuentra con su destino después de la Revolución de Octubre.

Pese a ello, durante sus primeros veinticinco años de vida tiene tiempo de hacer muchas cosas. Nacida en Moscú en un medio culto (su padre es historiador, será el fundador del museo de Bellas Artes de Moscú y su madre es una pianista de talento), queda huérfana de madre a los catorce años. Una madre adorada, y fuente de sufrimientos: Tsvietáieva no se siente querida. Tiene dones verbales evidentes: para convencerse de ello basta con leer sus primeras cartas, que datan de cuando tiene quince años. Frecuenta a poetas que le hacen la corte, escribe poemas. A los veinte años, publica su primer libro de poemas, que será celebrado por la crítica. La vida artística rusa está entonces en su apogeo: las revistas, las escuelas literarias pululan (pero Tsvietáieva no se identifica con ninguna de ellas), los pintores han asimilado las lecciones de Occidente y exploran vías nuevas, el teatro está en plena ebullición, la música, el ballet también.

Después de atravesar una fase juvenil de «romanticismo» puro, durante la que declara amar al difunto Napoleón II, el Aguilucho, más que a cualquier ser vivo y querer morir por él, Tsvietáieva adopta una actitud que conservará hasta el final de su vida y que consiste en buscar la misma plenitud en su obra literaria y en sus relaciones personales. Esta elección la separará de los otros miembros del medio literario: tanto o más que a la poesía, se hallará apegada a los «suyos», es decir, al que en 1912 se convertirá en su marido, Serguéi (Seriozha) Efrón, y a su hija Alia, nacida ese mismo año.

Los acontecimientos exteriores no la conmueven especialmente. La Primera Guerra Mundial estalla, Rusia está en movimiento… Tsvietáieva

no parece percatarse de ello. Algunos años después de su boda emprende una larga serie de aventuras amorosas de un tipo muy particular. El objeto de su encandilamiento no entra en rivalidad con Serguéi, o al menos no para ella. Son hombres o mujeres que conoce poco, pertenecientes al medio artístico y sobre los cuales proyecta imágenes ideales, en general poco acordes con la realidad. Estas pasiones, la mayor parte de las veces de corta duración, dan lugar a lo que ella misma llama «idilios cerebrales», y a ciclos de poemas inspirados por ellas; en contadas ocasiones desembocan en relaciones físicas. Durante esos años Tsvietáieva frecuenta gustosa los medios bohemios del teatro, participa en veladas de poesía, sueña. En abril de 1917 da a luz a una segunda hija, Irina. En ese momento, en el que la Revolución de Febrero ya ha tenido lugar y el zar ha abdicado, poniendo así fin a mil años de monarquía, le escribe a una amiga cercana: «Multitud de planes distintos - puramente interiores (versos, cartas, prosas) - y una apatía total por cómo y dónde vivir» (p. 108). Tsvietáieva puede permitirse esta indiferencia - entre otras cosas porque viene de una familia acomodada y está a salvo de las preocupaciones materiales inmediatas.

Esta vida habría podido continuar durante mucho tiempo - habría podido ser su vida; Tsvietáieva habría sido una buena escritora entre otros. La Revolución de Octubre decidió que fuera distinto.

Como muchos otros poetas rusos de ese tiempo, Tsvietáieva no se opone por principio a la idea de Revolución. La de 1905, ahogada en un baño de sangre, despertó su entusiasmo adolescente, al punto de ser capaz de escribir con mucha seriedad a su enamorado de entonces: «La posibilidad de una próxima revolución es lo que me contiene del suicidio» (p. 69). En la misma carta, adoptaba acentos nietzscheanos para declarar su fascinación por la guerra, momento de intensidad máxima: «¡Cómo se animaría la vida con una guerra! ¡Cómo refulgiría! ¡Sólo entonces se puede vivir, sólo entonces se puede morir!» (p. 71). Pero esta ilusión juvenil no dura, el mundo real reivindica y retoma sus derechos. Lo que atrae a Tsvietáieva de la idea de la revolución son los elementos desatados, la negación del orden existente, la audacia del no-conformismo. Pero ésta es una liberación que cada uno debe llevar a cabo en su propio espíritu, y además ha de culminar en una forma que encauce la fuerza primitiva - sin por ello eliminarla. Los revolucionarios profesionales pueden entenderse durante algún tiempo con los poetas - el tiempo que tome sacudir las convenciones establecidas; pero su

objetivo no es mantener siempre viva esta inquietud. Muy al contrario: aspiran a tomar el poder en lugar de los que lo tienen actualmente para hacerlo aún más fuerte y opresivo. De esta revolución, Tsvietáieva no espera nada bueno. Años más tarde, precisará la diferencia entre ambas actitudes: «La pasión de todo poeta por la rebelión. […] Sin esta pasión por la transgresión - no existe el poeta. […] Pero aquí los revolucionarios cometen un error: la rebelión interior del poeta no es una rebelión exterior» (V, 509, 523).

La victoria de los bolcheviques en noviembre de 1917 no tiene demasiado en común con una rebelión poética, y esto es lo menos que se puede decir. A la vida de Tsvietáieva, como a la de millones de otros habitantes de Rusia, esta victoria no aporta la materialización de algunos eslóganes deslumbrantes (el triunfo del pueblo, el poder de los sóviets), sino ante todo miseria y destrucción. Se cuestiona la propiedad privada, se embargan los bienes, se rompe la continuidad entre generaciones. De la noche a la mañana Tsvietáieva, como muchos otros, se encuentra sin recursos. El hombre ya no es su propio dueño, ha de dirigirse al Estado que progresivamente se ha vuelto el único patrón del país: puesto que todo le pertenece, todos deben apoyarse en él. Los individuos ya no dependen los unos de los otros, sino que todos dependen del poder del Estado, mediador impersonal y, aun así, inevitable. Los poetas deben servirlo, de la misma manera que los obreros y los campesinos.

A esta destrucción del vínculo social, tal y como había existido hasta entonces, se añade muy rápidamente una nueva amenaza: la hambruna. La guerra civil entre Rojos y Blancos llega a su punto álgido, las cosechas son destruidas, los campesinos han sido despojados de los víveres que les quedaban y ya no se atreven a sembrar. Un informe de la Cheká, la policía política, dice: «Ya nadie trabaja, la gente tiene miedo». Los habitantes de las grandes ciudades descubren el nuevo rostro de la Revolución, el del hambre. En sus cuadernos, Tsvietáieva relata anécdotas: «Vieron a un perro con una pancarta: - "¡Abajo Trotski y Lenin, o - me comerán!"» (p. 117). El patriarca Tijon hace leer una carta pastoral en las iglesias que dice: «La carroña se ha vuelto un manjar para la población hambrienta, y aun ese manjar es difícil de encontrar».

Esta terrible situación golpea directamente a la familia de Tsvietáieva, que ve cómo se marchitan sus dos hijas: lo único que puede ofrecerles como alimento es la sopa que le dan en el comedor público - pero apenas alcanza para una de las niñas, y aun: «No era sino agua con unos

cuantos trocitos de patata y unas cuantas manchas de sabe Dios qué grasa» (p. 121). Oye hablar de un hospicio en los alrededores de Moscú, donde podría confiar a las niñas, y donde éstas estarían mejor cuidadas y alimentadas. Va al hospicio, deja ahí a las niñas - y poco después descubre que la hambruna es la misma, pero que además hay suciedad, enfermedades y maltrato. «Los niños, para prolongar el placer, comen las lentejas una a una» (p. 133). Alia enferma gravemente y Tsvietáieva la lleva de regreso a su casa para cuidarla; escribe, conforme lo va viviendo, un relato alucinado de esta existencia devastada por el hambre. Antes de tener tiempo de recuperar a su segunda hija, ésta muere. Tsvietáieva se siente más deshecha todavía porque a Irina nunca la quiso demasiado. Este acontecimiento la marca para siempre; la ruptura con la joven mujer veleidosa que había sido antes de la Revolución se consuma.

Tsvietáieva mantiene una doble relación con el poder bolchevique. Por una parte, no puede más que condenarlo como responsable de la desaparición de todas las formas de vida que, en el antiguo mundo, le eran queridas. Ha traído la desorganización de toda vida social y material, y ha provocado la hambruna. Ha reprimido, además, la oposición y la palabra libre, ejerciendo una censura mucho peor que la de los zares; ha confiado a la Cheká la vigilancia de la población. No hay que olvidar tampoco que durante esos años

Serguéi, su marido, combate del lado de los Blancos contra los Rojos. De modo que Tsvietáieva descubre en sí misma cierto interés por la política y proyecta incluso - no demasiado convencida - escribir un artículo titulado «Justificación del mal». El mal es el bolchevismo; pero, paradójicamente, en reacción a ese mal, algunas cualidades humanas se ven favorecidas: por ejemplo, cesa el apego a los bienes materiales y se privilegian los valores espirituales. Algunos años más tarde, concluye: «El comunismo, acorralando la vida en el interior, dio salida al alma» (p. 214).

Pero al mismo tiempo Tsvietáieva se eleva por encima del conflicto entre Blancos y Rojos, y coloca a ambos ejércitos de combatientes a la par. Esta vez se trata de un punto de vista suprapolítico, o tal vez simplemente humano. Estima que en los dos bandos puede encontrarse fanatismo y ceguera, violencia y sufrimiento también; observa el combate encarnizado por el poder y no se ve representada en ninguno de los dos bandos. Toda esa inmensa energía utilizada en metas tan fútiles le parece vana; y está dispuesta a llorar a las víctimas de los unos y de los otros, sea

cual sea su color. Un poema de diciembre de 1920 participa de esta segunda actitud en relación con el conflicto en curso; dice, entre otras cosas:

A derecha e izquierda
Bocas ensangrentadas,
Y cada llaga:
- ¡Mama!

Nada más esto,
Ebria yo, entiendo
De las entrañas - a las entrañas:
- ¡Mama!

Tendidos todos lado a lado –
Es imposible distinguirlos.
Miras: es un soldado.
¿Cuál es nuestro y cuál no?

Era blanco - mas rojo se volvió.
A causa de la sangre enrojeció.
Era rojo - mas blanco se volvió.
A causa de la muerte emblanqueció. (I, 576)

En 1920, ni Rojos ni Blancos quieren oír este cantar: no conocen más que el pro y el contra; un punto de vista que los abarque a los dos no ha de existir.

La creación y el amor

La Revolución en curso no sólo influye en las posiciones políticas de Tsvietáieva o en su experiencia como madre, sino que también contribuye a transformar su estilo. Su verso se vuelve más breve y más denso, evoluciona hacia un «modelo de laconismo» (p. 302), a menudo desprovisto de verbos conjugados. Al mismo tiempo, desaparece su fluidez: el signo de puntuación favorito de Tsvietáieva es el guion que segmenta la frase en sus elementos constitutivos, como haciéndose eco de ese mundo destazado, nacido de los escombros de la Primera Guerra Mundial (los guiones de Tsvietáieva también hacen pensar en los de Emily Dickinson, poeta que ella no parece conocer). Además de las reminiscencias de la poesía rusa clásica, de Pushkin a Blok, ahora

encontramos en los poemas de Tsvietáieva un diálogo con la poesía popular, los giros de la calle, los cuentos tradicionales.

Los cambios más importantes tienen que ver con lo que Tsvietáieva llama su «sensación del mundo», que en ese momento alcanza su forma definitiva. Tsvietáieva no abandona en absoluto su maximalismo, su necesidad de «vivir en el fuego»; como le dirá a uno de sus corresponsales: «El exceso ha sido siempre la medida de mi mundo interior» (p. 378). Y esta búsqueda del absoluto se prolonga siguiendo dos caminos. Por un lado, el amor por los individuos, «la posibilidad para mí de amar a *mi* medida, es decir, *sin* medida» (p. 561) y al mismo tiempo sentir que los otros la necesitan. Y por el otro, la creación artística: el verso es una «escuela del absoluto» (p. 334), y la obra de arte permite alcanzar un rigor y una densidad de la que siempre carecerán los otros aspectos de la vida, ya que la obra ha sido construida según «la ley implacable de lo imprescindible» (p. 160).

Estas dos maneras de acercarse al absoluto forman entre ellas una jerarquía compleja. Según el momento, Tsvietáieva vive la una o la otra como superior. «Para vivir - necesito amar», escribe un día (p. 120), y otro: «Quítenme la escritura - y simplemente no podré vivir, no querré, no podré» (p. 294). Amor y creación rivalizan entre ellos, pese a necesitarse: el enamorado ve al ser amado con ojos de poeta, éste canta los amores por venir o pasados. La experiencia personal de Tsvietáieva es más bien amarga: «Creatividad y amorosidad son incompatibles. O vives allá o vives aquí» (p. 251). O también: «El amor detesta al poeta. No quiere ser sublimado (¡es sublime por sí mismo!), se considera un absoluto, el único absoluto» (p. 290). A fin de cuentas, elige - pero ¿se trata de una elección? - el arte absoluto en detrimento de las aventuras amorosas.

Sin embargo, lo esencial no reside en esta incompatibilidad que ella - como todo el mundo - espera superar; más bien en el rechazo de una ruptura entre arte y vida, en su unificación en nombre de la búsqueda común del absoluto. Tsvietáieva ha superado sus veleidades adolescentes de conformarse con el dogma romántico que ve en el arte una vida más verdadera que la vida; ha superado la dualidad incluso entre arte y vida y quiere que ambos se sometan a las mismas exigencias. Napoleón y Hölderlin forman parte de su Panteón por las mismas razones - el extremo, la fuerza, el genio. El arte no puede ser separado de la vida, la

vida ha de tender hacia la implacable ley del arte. «La poesía es el ser: el no poder hacer de otra manera» (p. 120).

La concepción de Tsvietáieva se encuentra con dos adversarios simétricos: los que desprecian el arte para no defender más que los valores de la sociedad contemporánea y los que rinden culto al arte, sin preocuparse del mundo que los rodea. Tsvietáieva los pone al mismo nivel: «Los demás - por otra parte, forman *dos* categorías - unos cuidan del orden: - "En sus versos - lo que quieran, pero pórtense bien en la vida", los otros (los estetas): "Todo lo que quieran en la vida - pero escriban buenos versos"» (p. 179). El que se dé plena libertad a los creadores no se debe, en efecto, a un respeto desmesurado por su independencia, sino a un acto de condescendencia: como el arte no tiene relación con el resto de la existencia, se toma la decisión de no interesarse por él - siempre y cuando los poetas no alteren el orden público. Así actúan, en la mayor parte de los casos, los filisteos.

Sin embargo, es la actitud inversa, la de los estetas, contra la que sobre todo la emprende Tsvietáieva, aunque sólo sea porque ella misma estuvo tentada de adoptarla. Sin embargo, muy pronto descubrió que esta postura no la satisfacía. «¿La literatura? - ¡No! - ¡Qué clase de "literato" soy si soy capaz de entregar todos los libros del mundo - los ajenos y los propios - a cambio de una, de una sola llamita de la hoguera de Juana! No es literatura - es autoincineración» (p. 120). Las llamas de la pira de Rouen arden más intensamente que las de cualquier poema - he aquí lo que olvida el esteta, este «sensualista cerebral» (p. 228). Está poseído por el arte en vez de estarlo por el mundo, como ha de estarlo el poeta cuya misión es decir la verdad acerca de él. Y, aun cuando parece adular la poesía, la denigra, pretendiendo que sólo es asunto de palabras, de formas, de sonoridades exquisitas - olvidando que el poeta escribe con todo su ser. Cuando privilegia de esta manera las obras en detrimento de los seres no hace, paradójicamente, demasiado caso de las obras. Aquella que ha elegido amar a los individuos por encima de todo no puede permitírselo.

Pero no es éste todavía el efecto más significativo del impacto provocado por la Revolución. Al mismo tiempo que recusa la dualidad entre arte y vida, Tsvietáieva instaura y consolida otra dualidad, entre cielo y tierra, interior y exterior, ser y existir, inmortalidad y vida - dualidad mucho más antigua, ya que proviene no de la revolución romántica sino de la de los monoteísmos que oponen un Dios infinito al

mundo finito. Por un lado, pues, la existencia cotidiana (*byt*), odiosa ya que está dedicada a la simple supervivencia: hay que, para sí y para los otros (cuando se es mujer y madre), día tras día levantarse, ir a buscar agua para beber, alimentos para comer, leña para calentarse, pasear a los niños, bañarlos, cuidarlos cuando están enfermos. Todo esto es «materialidad no transfigurada» (p. 281), es una roca que eternamente hay que empujar siempre desde el principio. Es lo que los otros llaman la vida, así que a Tsvietáieva no le gusta la vida, no triunfa en la vida. «No amo la vida terrestre, nunca la he amado…» (p. 207), «¡No sé vivir en el mundo!» (p. 208), «No puedo vivir, es decir, durar, no sé vivir en los días, cada día» (p. 250).

En lugar de vivir esta vida, se refugia en otra - prefiere el interior al exterior, el ser a la existencia, el cielo a la tierra. «Amo el cielo y a los ángeles: allá y con ellos sabría comportarme» (p. 207). En el otro mundo, alcanzará el júbilo, en el Reino del alma será la primera, en el Juicio Final del verbo se le hará justicia. Este otro mundo, más concretamente, se llama vida interior o también alma. Tsvietáieva debe resignarse a existir: habitarlo es su «mal incurable». Pero presenta esta resignación como una elección libre: «Soy fuerte, no necesito nada que no sea mi alma» (p. 105), «*Sin* el alma, *fuera* del alma - ¿¿me hace falta algo??» (p. 348). O también, como una imposibilidad de principio: «No hay vida que hubiera podido soportar mi presencia» (p. 329). Más exactamente, es de la imposibilidad misma de vivir con felicidad esta vida de la que Tsvietáieva deduce la necesidad de una realidad superior. «La vida me acorrala cada vez más y más (más y más hondo) hasta el fondo. […] *No* me gusta vivir y por este rechazo tan preciso concluyo que en el mundo hay algo distinto. (Evidentemente - la inmortalidad.)» (p. 294).

El rasgo característico del universo de Tsvietáieva no es la disociación entre estos dos niveles de existencia - es después de todo propio de la especie humana distinguir entre lo real y lo ideal. Lo que singulariza su «sensación del mundo» es la imposibilidad de crear transiciones entre ser y existir. Las otras personas a su alrededor se procuran una serie de puentes. Se sumergen en relaciones sociales, amistades, distracciones, obligaciones, de las cuales ninguna conduce directamente al cielo pero pueden ayudarlas a acercarse a él. Tsvietáieva, ella, no tiene nada; absolutamente desnuda, ¡no!, en carne viva se enfrenta al absoluto. No sabe relacionar lo cotidiano y lo sublime, es incapaz de «organizar a partir del *amor* la *vida*, a partir de la eternidad - el desmenuzamiento de

los días» (p. 268). Cumple con su deber de mujer y de madre, pero al mismo tiempo escoge exiliarse en el alma y dejar que la existencia vaya adonde quiera - aun si es a la catástrofe.

He aquí el mayor cambio de dirección ocasionado por la Revolución en la existencia de Tsvietáieva. El país en el que había vivido hasta los veinticinco años permitía a una mujer-poeta como ella llevar una existencia marginal pero decente, la de un creador que preserva su libertad individual y se gana la vida sin caer en la servidumbre. Pero en la Rusia soviética, en el régimen totalitario que se está estableciendo, ¿tiene alguna posibilidad de elegir habiendo decidido no perder su relación con el cielo? Cuando la sociedad controla la vida entera, ¿qué vía queda a los que no quieren someterse a la bandera roja, si no la de una ruptura más radical aún entre exterior e interior?

Tentativa de exilio

Frente al poder soviético, a Tsvietáieva no le queda más que una salida: el exilio. El que conduce al interior de uno mismo, que pondrán en práctica gran número de sus compatriotas, o el que conduce fuera del país, solución que han elegido, o a la que se han visto obligados, numerosos otros rusos. Tras la derrota del Ejército Blanco, Efrón, su marido, huyó hasta llegar a Praga; una vez restablecido el contacto con él, Tsvietáieva decide alcanzarlo. Gracias a la ayuda de algunos amigos, obtiene una visa de salida y en mayo de 1922 abandona Rusia en compañía de la pequeña Alia. Tras pasar unas semanas en Berlín, donde se ha encontrado con Efrón, se van para instalarse en Praga. Al cabo de tres años, la familia, que ahora cuenta con otro hijo, Gueorgui, apodado Mur, se traslada a París, donde Tsvietáieva residirá durante catorce años (para ser exactos, vivirá en los arrabales de Praga y en los suburbios de París).

La ruptura de Tsvietáieva con la Rusia soviética está más relacionada con consideraciones familiares y exigencias que atañen a su filosofía de vida que con razones estrictamente políticas. Siempre se ha pensado a sí misma como individuo, y no como miembro dócil de un grupo, tanto en relación con su clase, como con su sexo o profesión. Pero en la Rusia

soviética el colectivo prevalece sobre el individuo: Tsvietáieva comprende que allí ya no hay lugar para ella. Es el proyecto metafísico del comunismo el que le es totalmente ajeno: «Y no se trata de la política, sino del "hombre nuevo" - inhumano, semimáquina - semisimio - semiborrego» (p. 429-430). Su falta de respeto por las convenciones de la vida pública hacen de ella un ser especialmente inadaptado a estas nuevas condiciones. «No puedo firmar una carta de saludo al gran Stalin, porque *no fui yo* quien lo calificó de grande»; y además, por principio, dice: «Detesto cualquier iglesia oficial triunfante» (p. 479).

El poeta, tal y como Tsvietáieva entiende esa vocación, definitivamente no es apto para la vida según estas nuevas normas. A Pasternak, que en un momento de decaimiento o de extravío intenta convencerla de la belleza de los koljoses (las cooperativas agrícolas), le replica: es un derecho del hombre - y con mayor razón del poeta - el *poder ponerse al margen*; sin embargo, en Rusia la vida con el pueblo y por el pueblo - tal como lo define el partido - se ha vuelto una obligación. El individuo ya no tiene un lugar, mientras que para ella - lo es todo. «Yo tengo el derecho, puesto que no tengo más que una vida, de no saber qué es un koljos, así como los koljoses no saben - qué soy - yo. Igualdad - pues igualdad» (p. 321). Tsvietáieva sabe que no podrá jamás unirse al coro para cantar alabanzas; la única ley a la que somete su obra es la de la verdad - puesto que ha escogido ser un estenógrafo de la Vida.

Sin embargo, su no sumisión a lo colectivo se extiende también a este grupo particular que es la emigración rusa. Tsvietáieva no se identifica con los rusos Blancos, aunque forme parte de ellos - aspira a identificarse consigo misma y punto. Como le dice a una corresponsal suiza: «Me llevo mal con la emigración rusa, vivo únicamente en mis cuadernos - en mis deudas - y si de vez en cuando se oye mi voz, siempre es la *verdad*, sin cálculos» (p. 305). De manera que el exilio de Tsvietáieva se convierte en una condición existencial: «En el extranjero era - "la rusa", en Rusia - "la extranjera"» (p. 305).

Esta manera de mantenerse al margen no es del agrado de los representantes más influyentes de la emigración, hombres públicos, periodistas, escritores que quisieran que las elecciones políticas de cada cual determinaran todos y cada uno de sus gestos. Tsvietáieva estará, pues, constantemente expuesta a la desconfianza y los malentendidos. Pese a que la inmigración esté compuesta por distintos partidos, tanto de

derecha como de izquierda, Tsvietáieva por principio no se reconoce en ninguno de ellos. Un día, rinde homenaje a la fuerza poética de Maiakovski, de visita en París; la prensa de derecha comienza a boicotearla. Al día siguiente, lee en público poemas dedicados a la masacre de la familia del zar: los periódicos de izquierda ya no quieren publicarla. Puede declamar sus poemas tanto en un acto organizado por los amigos de la Unión Soviética como en otro, convocado por sus enemigos: lo que le importa es mantenerse siempre fiel a sí misma. Es por esto que prefiere decir de sí misma «*ni* de los nuestros *ni* de los de ustedes» (p. 480). Y es que la vocación del poeta no es emitir juicios, sino amar la totalidad del mundo para poder decir su verdad: «El odio político no le ha sido dado al poeta» (V, 524).

Su marginalidad en el seno de la emigración tiene consecuencias directas sobre la existencia cotidiana de la familia. Hay que decir que el propio Efrón resulta no estar preparado para la vida práctica: se matricula en la Universidad de Praga, sigue luego diferentes cursos en París, pero jamás logra encontrar un trabajo estable; va de proyecto en proyecto, no pasa de eterno diletante. Y, encima, padece varias enfermedades que le impiden realizar cualquier esfuerzo de manera prolongada. Lejos de ser el protector de Tsvietáieva, o su mecenas, o al menos un intermediario útil entre el mundo de la creación en el que ella se mueve y el de los negocios, donde se encuentra la manera de mantener a la familia, su mujer se hace cargo de él. Tsvietáieva no puede sino constatarlo: sus preocupaciones cotidianas se deben en gran parte a la «ausencia de una persona a mi lado que se ocupara de mis asuntos» (p. 326), ya que sus ingresos, hay que decirlo, no son elevados. En Praga logró obtener una beca, otorgada por el gobierno checo a los artistas rusos emigrados, y consigue conservarla durante los primeros años de su estancia en Francia. Las revistas rusas emigradas pagan las contribuciones, pero muy modestamente - sus propios recursos son limitados. Las raras veladas en las que Tsvietáieva lee sus textos le proporcionan alguna suma suplementaria.

Este equilibrio financiero es tan frágil que, cuando la beca checa se acaba, Tsvietáieva pasa a depender de la generosidad de algunos amigos cercanos. Reunidos en un pequeño grupo comienzan a abonarle una modesta beca mensual. Pero a veces se olvidan o no están allí o ellos mismos se hallan en dificultades, y la situación material de la familia se vuelve rápidamente patética: todo el dinero disponible se va en el alquiler

y los gastos de mantenimiento, para alimentarse han de ir a los mercados en busca de lo que los comerciantes tiran al final de la jornada; Alia, que ya ha crecido, teje gorros y bufandas, lo que ayuda a la familia a sobrevivir. El tema de la miseria está siempre presente en la correspondencia de Tsvietáieva a lo largo de este período: ha de mendigar, causar lástima, suplicar. «No hay dinero para nada, comemos lo que nos fían en la tienda, no hay con qué ir a la ciudad, o va Serguéi Yákovlevich o va Alia, mañana no irá nadie, el dinero que tengo para el timbre es todo lo que nos queda» (p. 394). ¿Acaso podría sentir aprecio por esta faceta de la vida que se le niega?

La solución que encuentra, lo sabemos ahora, consiste en no esperar una recompensa en esta vida, lo que le permite soportar valientemente las privaciones. Su vida interior se nutre de otras fuentes que podríamos enumerar así: encandilamientos amorosos, creación poética, vida de familia.

Idilios cerebrales

La pasión inunda a Tsvietáieva como una ola. «Reconozco al amor por una tristeza inconsolable, por un ¡ah! que te corta la respiración» (p. 101). Nos quedaríamos cortos si dijéramos que ella necesita: «Amar - palabra lacia, - vivir» (VI, 165). Sin embargo, es perfectamente consciente de que estos encandilamientos, pese a serle indispensables, no tienen que ver con el amor. «¡Esto es Amor, y lo otro es - Romanticismo» (p. 174), escribe, contrastando lo que siente por Serguéi con lo que siente por un poeta de paso. Los encandilamientos son aventuras que se desarrollan según un protocolo muy rodado y cuyos preceptos conoce de memoria. Comienzan por la elección del punto en el que fijará su atención: un hombre, en general más joven que ella, de ser posible enfermo, preferentemente judío y víctima de persecuciones (siempre está presente un elemento de protección maternal en los sentimientos de Tsvietáieva). Segundo rasgo característico: este joven escribe versos, o gusta de la poesía y, por lo tanto, admira o podría admirar sus poemas. Esta configuración basta: Tsvietáieva no busca indagar más sobre él, incluso evita deliberadamente que la relación vaya más allá. Por regla

general, un breve encuentro basta, o, mejor aún, alguna carta de algún admirador. Debido a que no sabe nada de la persona real, puede dotarla de todas las cualidades deseadas. Su imaginación crea un ser magnífico a quien ella comienza a bombardear de poemas inspirados por el amor que le profesa.

El malentendido está, pues, presente desde el primer momento y no tarda en perturbar el idilio. El desdichado elegido no experimenta los sentimientos que le han adjudicado, se siente halagado pero también sorprendido de provocar esta catarata verbal; mantiene, pues, sus distancias, lo que provoca una segunda oleada de escritos, esta vez llenos de reproches contra aquel que ha cometido la falta de seguir en lo prosaico y no haber compartido la pasión celestial que ella le ofrecía. Luego, muy rápidamente, se inicia la tercera etapa: las ilusiones de Tsvietáieva se desvanecen, no encuentra ya ningún interés en la persona que provocó el encandilamiento, y acaba por apabullarlo con su superioridad. Ella lo resume así: siempre «el mismo entusiasmo - piedad - deseo de colmar de regalos (¡de amor!) - y el mismo - al cabo de un tiempo: ofuscamiento - enfriamiento - desprecio» (p. 215).

Recién llegada a Berlín, antes incluso de que Serguéi saliera de Praga para ir a alcanzarla, Tsvietáieva padece un primer encandilamiento por el editor ruso Vishniak. A tal punto se ha fijado poco en la persona real que este «idilio cerebral» tendrá un epilogo chusco: al cabo de cuatro años de la «ruptura» (¡de una relación que nunca empezó!) se encuentra con él en el transcurso de una velada en Paris y no lo reconoce. Tras las presentaciones, y para justificarse, protesta: «¡Pero se ha afeitado usted el bigote! ¡Se ha quitado usted las gafas!». Vishniak, a su vez, se indigna (en vano): jamás ha llevado ni bigote ni gafas…

Un año más tarde, un joven crítico, Alexandr Bájraj, le hace llegar un artículo dedicado a sus poemas: un nuevo encandilamiento se pone en marcha. Tsvietáieva le escribe, primero sobre la poesía, luego sobre el amor; nunca se han visto. A lo largo de todo un verano ella alimenta la novela epistolar en la que Bájraj, estupefacto, no desempeña sino un papel pasivo. A continuación, de repente, se descubre enamorada de otra persona y el diluvio cesa: le anuncia a Bájraj que ya no lo quiere. Cuando se encuentra con él, varios años más tarde, lo trata como a un niño insignificante. Sus encandilamientos posteriores por los jóvenes poetas Nikolái Gronski y Anatoli Steiger seguirán caminos paralelos; otras aventuras, más breves, no han dejado tantas huellas escritas. Steiger

analiza bastante bien el proceso, en respuesta a las cartas de reproche que recibe al final: «Es usted tan fuerte y tan rica, que a la gente con la que se encuentra, la re-crea para usted misma a su manera, y cuando el ser auténtico de esas personas, su ser verdadero, acaba por abrirse paso - usted se asombra por la nulidad de quienes hasta hace un momento habían recibido el reflejo de la luz que usted emana - porque ha dejado de estar en ellos» (p. 476).

La identidad de la otra persona no desempeña ningún papel en los encandilamientos de Tsvietáieva. En 1933, pensando en la relación amorosa, escribe: «Tú = yo + la posibilidad de amarme. *Tú* = la única posibilidad de que yo me ame. La exteriorización de mi alma» (p. 249). El otro no es más que un mediador entre uno y uno mismo, nada más que un instrumento del amor por uno mismo. Tsvietáieva no necesita a los demás; necesita a un ser que le dé la impresión de necesitarla, confortándola así en su existencia. No busca tanto ser amada como tener un punto de fijación para su propio deseo de amar, que en su caso sirve para poner en marcha el proceso de creación. Se lo explica con lucidez a una amiga: «Oh, me da lo mismo: un hombre, una mujer, un niño, un anciano - ¡con tal de amar! Amar yo. Antes sólo de eso vivía. Estás oyendo música o leyendo (escribiendo) versos, o simplemente - una nube carmesí - y de golpe el rostro, la voz, el nombre, las *señas* de mi melancolía» (p. 423). Estar enamorada es para Tsvietáieva el equivalente de una droga que le permite alcanzar rápidamente el éxtasis, zambullirse en el absoluto - la identidad de quien provoca este estado tiene poca importancia. A ella le hace falta un oído, no un ser completo.

Las excepciones a este esquema de decepción amorosa son más aparentes que reales. Una de éstas es la relación que vive Tsvietáieva en 1923 con el mejor amigo de su marido, Konstantin Rodzévich; la excepción consiste aquí en que la aventura no es puramente cerebral. En esta ocasión Tsvietáieva experimenta una pasión terrestre que hace que durante algunas semanas se plantee terminar con su matrimonio. «Usted obró un milagro en mí, por primera vez sentí la unión del cielo con la tierra», le escribe (p. 238). Sin embargo no se decidirá a ello, tanto por miedo de lastimar a Serguéi como porque de nuevo se equivoca de persona: Rodzévich no está viviendo el amor de su vida, la relación con Tsvietáieva es una aventura entre tantas otras en la existencia de este joven fatuo e ingenuo (sólo al final de su vida entenderá que ese ligero

flirteo de 1923 será la razón por la cual su nombre entrará en la historia…).

Otra excepción aparente al esquema es la relación que mantiene Tsvietáieva con dos poetas contemporáneos suyos, a los que considera sus iguales: Rilke y Pasternak. A Pasternak lo vio fugazmente en Moscú, antes de partir; en la emigración se instaura entre ellos una correspondencia de apasionada admiración mutua: se consideran recíprocamente grandes poetas. Pasternak pone a Tsvietáieva en contacto con Rilke y en 1926, último año de la vida del poeta austríaco, los tres poetas mantienen correspondencia. Ella escribe cartas ardientes, magníficas, y la admiración por el autor se convierte rápidamente en amor por el hombre. Rilke, por su parte, desea guardar las distancias, no sólo porque siempre ha temido la presencia amorosa, sino también porque padece una grave enfermedad, la leucemia. Tsvietáieva no se percata de nada, hace caso omiso de los discretos avisos de Rilke y acaba por sentirse decepcionada. Con Pasternak, la relación de admiración amorosa se romperá en 1935, cuando éste viaja a París para asistir al Congreso para la defensa de la cultura, organizado por los servicios de propaganda del Komintern: en vez de un semidiós, Tsvietáieva descubre a un hombre atemorizado que intenta interiorizar los ukases del poder soviético; y que - más decepcionante todavía - sobre todo piensa en hallar regalos para su esposa en las tiendas de París…

Con el paso de los años, Tsvietáieva pierde la esperanza de poder vivir nuevos encandilamientos. «Cada vez amo menos», escribe (IV, 407). No intenta arreglarse, no se maquilla, se abstiene de teñirse el cabello que ya empieza a encanecer. A la hora de hacer balance, es amarga: el amor no le ha traído más que sufrimiento: «Ésa ha sido mi línea - desde la infancia. Amar: sufrir. “Amo-sufro”» (p. 251). «El amor para mí - es la infelicidad» (p. 272). La razón, al parecer, es que en amor Tsvietáieva prefiere el fracaso al éxito, que está marcada por lo que llama «la pasión que siento por el amor desgraciado, no correspondido, imposible» (V, 71), que elige la plenitud del deseo en detrimento de su realización - la plenitud del sufrimiento antes que el vacío de la felicidad.

El poder del poeta

La creación poética, por su parte, no deja de aportar a Tsvietáieva un sentimiento de felicidad, momentos de satisfacción profunda. Y, pese a todos los obstáculos con los que se encuentra, producirá durante sus años de emigración un conjunto notable de textos: nuevos poemas, nuevas obras de teatro y, sobre todo, obras de un género completamente distinto (y no sólo en su propia trayectoria): su prosa evocativa, relatos de un pasado transfigurado. Los fracasos amorosos parecen indispensables para el éxito de la creación. «Yo, en el amor, sólo supe una cosa: sufrir salvajemente - y cantar», constata (p. 498). También a Rilke le decía: «¿Quién podría hablar de sus propias penas sin sentirse extasiado, es decir, feliz?» (VI, 69). En realidad, el canto no sólo redime los sufrimientos, se diría que los exige, ya que sólo ellos provocan el estado de incandescencia que necesita la creación.

Tsvietáieva escribe; pero para existir como escritor, necesita ser publicada y leída. Sin embargo, el país en el que ha nacido y en el que se habla su lengua materna no quiere oír de ella: como todos los emigrados se ha vuelto una no-persona; era aun más no-persona que otros, ya que se sabía que simpatizaba con la familia del zar (quería dedicarle un largo poema). Los escritores soviéticos que el poder aprecia - y, por cierto, ella también - la tratan con desprecio: para Maiakovski es demasiado femenina; para Gorki, sus escritos rozan la histeria y la pornografía. Encima, su estilo «modernista» no cuadra con lo que está volviéndose la línea oficial del arte soviético. Por lo tanto, publicar en Rusia es imposible.

Se entreabre una segunda vía para los emigrados: integrarse a la cultura de su país de acogida. Hay una gran variedad de casos, en función del medio de expresión empleado por los artistas. Pintores, músicos o bailarines no tienen que cambiar de medio de expresión; la situación es muy distinta para los poetas y los escritores, que han de adoptar un nuevo lenguaje. Lo que explica, evidentemente, la relativa facilidad que tuvieron para integrarse en las distintas culturas europeas creadores como Rajmáninov, Stravinski y Prokófiev, como Kandinsky y Chagall, Goncharova, Lariónov y Sonia Delaunay, o también Nizhinski y Balanchine. Los escritores que en el momento de emigrar se hallaban en un punto avanzado de su recorrido como artistas permanecen mayoritariamente encerrados en su lengua materna y, por lo tanto, el público del país de acogida los desconoce. Que el nombre de Iván Bunin sea conocido en Francia se debe a que fue distinguido con el premio Nobel en 1933, pero ¿quién ha oído ahí hablar de Alexéi Rémizov o de

Vladislav Jodasiévich? Sólo ensayistas como Berdiáev o Shestov consiguen participar en la vida intelectual del país en el que viven.

El caso de Tsvietáieva es un poco particular: domina el alemán y el francés desde su primera infancia; es, por lo tanto, capaz de escribir en estas dos lenguas. Cuando Rilke le dirige una carta, no tiene ninguna dificultad para responderle en su idioma - en un estilo tan cuidado como el del poeta austríaco. Su llegada a Francia en 1925 reaviva su francés y, al poco tiempo, se siente capaz de expresarse en esa lengua y de traducir su propia escritura - tanto su prosa como su poesía; las anotaciones en francés se multiplican en sus cuadernos. Rescribe en francés su poema *Valiente* (que Natalia Goncharova ilustra) o su correspondencia un poco retocada con Vishniak (*Nueve cartas con una décima retenida* y *una undécima recibida*); escribe directamente en francés relatos como *Mi padre y su museo* o *El milagro de los caballos*, y también el ensayo que dirige a Natalie Barney, *Carta a la amazona*.

En numerosas ocasiones Tsvietáieva intenta publicar estos textos en Francia. Los envía a revistas como *Commerce, NRF* o *Mesures*; la respuesta es el silencio y la indiferencia. Se dirige a distintos protagonistas de la escena literaria parisina, a Anna de Noailles (de quien en 1916 había traducido una novela al ruso), a André Gide, al poeta Charles Vildrac o al traductor Jean Chuzeville, al crítico Charles Du Bos o al filósofo Brice Parain. Los contactos que establece duran más o menos tiempo, pero siempre desembocan en lo mismo: ningún resultado. Nadie se interesa por su obra, nadie se da cuenta de lo que ella aporta a la literatura.

Son varias las razones que permiten explicar esta indiferencia o este rechazo. Una, el sentimiento de autosuficiencia, bien extendido en la vida literaria parisina y más intenso en el período de entreguerras que a partir de entonces: París se siente el centro del mundo cultural y no considera indispensable interesarse por las aportaciones que pudieran traer quienes han nacido en otros países (los intentos de Rilke por escribir en francés tampoco suscitan demasiado entusiasmo). A esto se añade el habitual aire de condescendencia hacia los escritos de mujeres, sobre todo cuando éstas, como es el caso de Tsvietáieva, no son ni nobles ni ricas ni especialmente bellas. Existe además una desconfianza especial hacia los autores rusos emigrados por parte de una *intelligentsia* francesa más bien sovietófila (es el caso, por ejemplo, de Brice Parain, uno de los directores de la revista *NRF*). Por último, hay que admitir que la estética

literaria de Tsvietáieva no corresponde a la que está de moda en Francia: no se parece ni a los epígonos de Mallarmé ni a los impetuosos surrealistas. De ello es más que consciente; refiere las siguientes reacciones: «Es *demasiado* novedoso, inusual, no encaja en ninguna tradición, ni siquiera es surrealismo», a lo que añade como comentario: «¡Dios me guarde!» (p. 367). Su principio creador es de verdad distinto: «Lo importante para el poeta no es descubrir el sitio más alejado. Sino el más auténtico» (p. 373). Hay, pues, una dificultad de percepción comprensible, lo cual no justifica que la escena literaria francesa al completo ignore la presencia de un autor genial.

Con Rusia y Francia vetadas, no le queda más que una estrecha salida: publicar en ruso en la emigración. Pero esta emigración, que sobrevive a duras penas, tiene otras prioridades que la práctica poética. Y, además, la obra de Tsvietáieva presenta una doble dificultad: inaceptable en Rusia por razones de contenido político, corre el riesgo de herir la sensibilidad de los lectores de la emigración por sus audacias formales; éstos desconfían de toda revolución, aun si es poética. Allá, sus poemas no pueden ser publicados; en el extranjero, son aceptados - pero no le hacen falta a nadie. «Y así, aquí estoy - sin lector, en Rusia - sin libros» (p. 341). Esta oposición se encuentra, de cierta manera, también en el seno de la prensa emigrada, donde las publicaciones de izquierda - las de los «socialistas revolucionarios» - podrían aceptar la hechura moderna de sus poemas, pero a las que incomodan sus temas «zaristas»; la prensa de derecha la rechaza por razones rigurosamente inversas.

La dificultad de Tsvietáieva para ser aceptada y reconocida no es fortuita: es la de un creador que no oye más que la voz de su propia conciencia o la de su «demonio», que no tiene en cuenta las exigencias de los lectores ni las presiones del medio literario, que no está dispuesto a transigir. El absoluto que persigue a través de su poesía lo practica también en sus relaciones con los lectores: son ellos quienes deben seguirla, y no al contrario. Apuesta arriesgada, en todo momento y en todo lugar. No puede culpar a las circunstancias: «París no tiene nada que ver, la emigración no tiene nada que ver - lo mismo pasaba en Moscú y durante la Revolución. Nadie *me* necesita: nadie necesita *mi* fuego porque en él no se prepara una papilla» (p. 403). Tsvietáieva sabe vivir en el fuego, no participar en la vida literaria.

Seres absolutos

Los amores fracasan; el trabajo no permite hacerse oír. Queda una tercera vía, a sus ojos superior a las dos primeras: Tsvietáieva no comparte la idea romántica según la cual la creación artística sería la coronación de las actividades humanas, el poeta se habría vuelto el sustituto moderno del profeta y sus obras cumplirían la función religiosa mejor que la propia religión. «El poeta no es lo más grande que hay […]. La esfera del poeta es - el alma. *Toda* el alma. Por encima del alma está - el espíritu, que no necesita de poetas, si de algo necesita es - de profetas» (p. 333). La poesía ocupa un lugar intermedio, el del purgatorio - entre el infierno de la vida terrestre y el paraíso del puro espíritu. Y a diferencia del credo romántico, Tsvietáieva pone a la cabeza de sus preferencias a las personas. «Lo que más amo en el mundo es al ser humano, al ser humano viviente, el alma humana, - más que la naturaleza, que el arte, más que nada…» (p. 158). La idea de pasar el resto de su existencia rascando papel, buscando rimas y frecuentando únicamente a los personajes salidos de su imaginación le resulta insoportable. «No vivo para escribir versos, escribo versos, para vivir» (p. 313). Pero los seres a los que así privilegia no son cualesquiera: no son las personas que conoce en sociedad, indispensables para ella, ni tampoco los objetos de sus encandilamientos pueden pretender desempeñar este papel.

Los seres a los que quiere por encima de todo son aquellos que ocupan un lugar preponderante por naturaleza y que, por lo tanto, no dependen de una elección a fin de cuentas arbitraria: sus hijos y el padre de sus hijos, Serguéi - cuyo lugar en su universo está más próximo al de los niños que al de los amantes. No es a sus ojos un individuo entre tantos otros, encantador y falible; fue elegido - una vez y para siempre, y ocupa un lugar al que nadie más podrá pretender. El vínculo con él no es un simple matrimonio, es del orden de lo milagroso y roza lo sagrado. En el momento álgido de su pasión por Sonia Parnok, en 1915, escribe a la hermana de su marido: «Mi amor por Seriozha es para toda la vida, es carne de mi carne y sangre de mi sangre, nunca, jamás lo abandonaré» (p. 103). A él le escribe en 1921, diez años después de su encuentro, cuando habían pasado cuatro años de la separación que provocara la Revolución: «Seriózhenka, da igual que muera yo mañana o que viva

hasta los setenta años - sé, como lo supe entonces, en ese primer momento: - Esto es para toda la vida. - A nadie más» (p. 175). Sus encuentros con otros hombres se sitúan en un nivel completamente distinto; la relación que mantiene con Seriozha ya no tiene que ver con el amor sino con la obligación irrevocable. Lo mismo ocurre con Alia, la hija adorada: Tsvietáieva no se contenta con amarla, *cree* en ese amor. El apego que siente por esos seres participa del absoluto, impone su ley a todas sus pulsiones.

Sin embargo, una vez reunidos los esposos, la vida se vuelve difícil, y no sólo porque Serguéi sea incapaz de contribuir al bienestar de la familia. Para una mujer como Tsvietáieva, que desprecia la existencia cotidiana, ciertamente es un inconveniente, pero secundario. Él no es de gran ayuda en casa, pero tampoco en este caso protesta, al contrario. «Un hombre no puede hacer un trabajo de mujer, es demasiado feo (para la mujer)» (VII, 63). Lo que es mucho más grave es la evolución interior de Serguéi. Aquel joven sensible y frágil de antes de la Revolución, aquel combatiente voluntario contra los bolcheviques sufre, una vez en la emigración, una crisis de identidad. No consigue integrarse en la vida social que lo rodea; está constantemente enfermo y tiene pocas dotes para la vida práctica; además, no puede conformarse con ser el marido de una poetisa reputada pero que todo el tiempo se encandila con algún poeta principiante. Efrón necesita construirse una identidad, y lo hace inventándose una nueva posición respecto a la Rusia soviética. En un primer momento se aleja de los Blancos más antisoviéticos y practica una «tercera vía» - prorrusa pero no prosoviética. Con este fin, se une al movimiento euroasiático, grupo de pensadores y de escritores que hacen hincapié en el ingrediente no europeo de la identidad rusa. Luego se introduce cada vez más en las posiciones soviéticas, para acabar obteniendo un pasaporte de su antiguo país: el Blanco se ha vuelto Rojo. Ya no piensa más que en volver a Rusia; en espera de recibir la autorización, dirige en París una oficina soviética, la Unión por la Repatriación.

Para Tsvietáieva, que vive por encima de la división política entre Rojos y Blancos, no es el cambio de orientación en las convicciones de su marido lo que es grave: para ella, sinceridad y fidelidad cuentan más que el contenido de los ideales políticos, y no tiene dudas sobre la rectitud de Serguéi. Lo que sí la perturba, y profundamente, es el lugar que ocupa el compromiso político - que ella juzga fútil - en la vida de Serguéi. Tiene

cada vez más dificultades para comunicarse con una persona cuya razón de vivir se sitúa exclusivamente en el seno de esta realidad material de la que ella tiene por principio supremo intentar arrancarse. Se trata aquí de una incompatibilidad filosófica: «La diferencia principal - su afabilidad y sociabilidad - y mi (lobuna) solitariedad. Él no puede vivir sin periódicos, yo en una casa y en un mundo donde el protagonista es - el periódico - no puedo vivir. Yo me encuentro completamente al margen de los acontecimientos, él - está inmerso en ellos» (p. 422).

Aunque Tsvietáieva sigue respetando algunos rasgos de Efrón - su desinterés, su honestidad -, ya no existen puntos de entendimiento entre ellos; no hay acuerdo ni sobre el mundo exterior y los regímenes políticos, ni sobre la educación de los niños, ni sobre la organización de la vida cotidiana. Ahora se da cuenta de que se comprometió demasiado pronto, demasiado rápido - a la edad de dieciocho años; y, puesto que decidió que este compromiso sería irreversible, debe aceptar esta vida de riñas perpetuas, en las que ambos se hacen sufrir. Se queda con Serguéi por piedad - ¿qué sería de él sin ella? -, y él, con ella, probablemente por la misma razón. Están ligados por el tiempo que ha durado su unión, por los recuerdos de su miseria compartida; pero eso no basta para dar sentido a su vida en común. Tsvietáieva a veces se lamenta por no haberse ido - pero no puede decidirse a hacerlo.

Su hija Alia, que tuvo a la edad de veinte años, de entrada formó parte del absoluto: Alia es «la mitad de mi vida» (p. 88), un «milagro» (p. 121). Durante los primeros años de su infancia, Tsvietáieva llena apasionadamente cuadernos con las palabras de Alia, con sus propias observaciones sobre la niña. En los años terribles que siguen a la Revolución, las dos viven en un singular estado de simbiosis, Tsvietáieva lleva a Alia consigo a todas partes, la niña de siete u ocho años habla como su madre y escribe versos que difícilmente pueden distinguirse de los de Tsvietáieva. Luego viene la emigración, siguen muy unidas, y luego, en 1925, nace Mur. Tsvietáieva escribe al día siguiente: «Si me tocara morir ahora […] más que nada lo lamentaría por los niños, es decir - en lo humano - ante todo - soy madre» (p. 272).

Sin embargo el tiempo pasa - y los niños cambian. Alia crece, Tsvietáieva con frecuencia le pide que la ayude en la casa - no tiene dinero para contratar a una criada; Serguéi está siempre ausente u ocupado leyendo el periódico. De manera que Alia casi no irá a la escuela y ayudará a su madre en las tareas domésticas y haciéndose cargo de su

hermano pequeño. Cuando llega a los veinte años la situación se vuelve insostenible. Reprocha a su madre el estar eternamente condenada a lavar los platos y a limpiar la casa; las riñas se vuelven permanentes y tiene un intento de suicidio. Además, comparte la añoranza de su padre por la Unión Soviética y trata con condescendencia la falta de interés político de su madre. La ruptura será brutal y definitiva: Alia abandonará la casa, y poco después volverá sola a la Unión Soviética.

Tsvietáieva permanece en París con Mur (y Serguéi). El amor que siente por su hijo no tiene nada que ver con el que vive durante sus encandilamientos, en los que el otro no es sino un intermediario para acercarse a sí misma o para hallar la inspiración poética. De Mur dice: «Lo amaré - no importa cómo sea: no por su belleza, no por su talento, no por su parecido, - simplemente porque *existe*» (p. 272). La madre, dice también, hace más que querer a su hijo, «ella - es él» (V, 414).

Pero cuando crece, Mur también toma decisiones: opta, como su hermana, por el nuevo universo soviético, tanto más apetecible porque no está al alcance de la mano (no puede ser peor, piensa, que la miseria vivida en los suburbios de París); y, como su padre, es un apasionado de los periódicos. Pero también, como a tantos otros niños, le gustan los juguetes y los coches, los anuncios y las páginas de sucesos. Todo esto tiene el don de exasperar a Tsvietáieva: «Él tiene dos pasiones: el ESTUDIO y las DIVERSIONES: mis dos antipasiones» (p. 425). Tsvietáieva sigue terriblemente apegada a él, pero sabe que aquello no durará y que Mur también acabará por irse. Pero no se siente abuela. Concluye: «Cuando Mur haya crecido (Alia ya creció) - también *esta* necesidad de mí desaparecerá.

Dentro de diez años estaré absolutamente sola, en el umbral de la vejez. Con una vida aperrada - de principio a fin» (p. 325). Tsvietáieva escribe esta frase en 1931.

Mientras tanto, la vida de familia que debía ser un remanso de paz, un lugar seguro, se ha vuelto un microinfierno. Sin embargo, Tsvietáieva no reniega de sus convicciones: en el orden de lo humano ante todo es madre, y la maternidad sigue siendo su experiencia más significativa. «Lo único que sobrevive al amor, es el Hijo» (V, 485). Simplemente, hay que resignarse a la idea de que el amor de los hijos deja, al cabo de algún tiempo, de ser recíproco, y que uno no da para recibir. «A los hijos hay que darles todo sin esperanza alguna - ni siquiera de que vuelvan la cabeza. Porque - es menester que sea así. Porque - no puede ser de otra

manera - *para uno*» (p. 444). Y gusta de evocar una vieja balada francesa que cuenta que la amada del hijo le pidió a éste, en prueba de su amor por ella, el corazón de su madre. El hijo arranca el corazón a su madre y cuando va corriendo para llevárselo a la amada, se tropieza y se le cae el corazón, que habla con él:

Y el corazón le dijo:
¿Te has hecho daño, hijo?

De esta manera transcurre la tentativa de Tsvietáieva de vivir en el exilio: el amor de los hombres se ha vuelto imposible, la publicación de sus obras está terriblemente restringida, la vida familiar se ha reducido a lo mínimo. Cuando, después de catorce años de vida en París, Tsvietáieva abandona Francia, escribe un poema en el que evoca el destino de María Estuardo, otra exiliada célebre que se fue de Francia para morir de muerte violenta en su país (tiene presente un poema atribuido a María Estuardo: «Qué dulce recuerdo tengo / de ese dulce país que es Francia»):

Dulce Francia

Adieu, France
Adieu, France
Adieu, France
- Marie Stuart

A mí con Francia - no hay
Nación más delicada –
Para una larga memoria
Dos perlas me fueron dadas.

Sobre mis pestañas
Quietas se han quedado.
Me fue dado levar anclas
En el María Estuardo.

El 5 de junio de 1939 (II, 363)

La tragedia final

La vida en la emigración no es fácil; conserva, pese a todo, cierta estabilidad; su equilibrio, aunque precario, tiene el mérito de existir. Será destruido por una acción violenta que Tsvietáieva no se esperaba en absoluto: un asesinato político en el que se encuentra involucrado su marido Serguéi Efrón. Este acontecimiento desencadena la tragedia final de su vida, que se desarrollará en tres actos.

1. El crimen. Tsvietáieva está al tanto del apego reciente de Efrón por la Unión Soviética. Lo que no sabe es hasta qué punto se halla implicado. En 1931, Efrón pidió un pasaporte en la embajada soviética. Se lo concedieron, pero sin la autorización para volver al pals de sus sueños; el antiguo oficial del Ejército Blanco primero tendrá que demostrar que lo merece, para lo cual se pone al servicio de la policía política soviética, a la que en esos años se designa con las siglas NKVD. Efrón acepta con entusiasmo: en su opinión este compromiso le permitirá expiar la falta que cometió al rechazar la Revolución y también su actividad política anterior. En un primer momento, ni siquiera recibe un sueldo (la miseria de la familia continúa); pero a partir de 1934 se hacen cargo de su manutención (la familia incluso puede irse de vacaciones durante el verano). Rápidamente se convierte en jefe de grupo; su trabajo consiste en reclutar otros agentes y en obedecer las órdenes que se le dan. Cumple bien su primera obligación: establece una red de varias decenas de personas fieles, principalmente antiguos combatientes Blancos, decepcionados como él de la vida en la emigración y que sueñan con un mundo nuevo, entre ellos Rodzévich, antiguo amante de Tsvietáieva. Están encargados de vigilar a los «enemigos de la URSS», principalmente a otros emigrados Blancos o a emigrados trotskistas más recientes. En el momento de la guerra civil española, organizan la partida, oficialmente prohibida en Francia, de voluntarios para las brigadas internacionales. La Unión por la Repatriación de la que se ocupa Efrón les sirve de fachada legal.

Pero en 1937 aparece un «enemigo» muy particular. Se trata de otro antiguo agente del NKVD, Ignati Reiss, desencantado y que ha tenido la imprudencia de proclamarlo públicamente. Ha de ser castigado; y es a la sección de Efrón a la que se le encarga que realice el trabajo preparatorio. Reiss será descubierto por ellos y atraído a una emboscada en Ginebra; allí dos asesinos venidos de Moscú lo acribillan. Pero los auxiliares han dejado huellas, la policía suiza las analiza, y todas llevan a

la red de Efrón. Éste, alertado, será inmediatamente exfiltrado por sus jefes: un taxi lo conduce a Le Havre, donde puede subir a un barco soviético a punto de largar amarras.

De la noche a la mañana la vida de Tsvietáieva da un vuelco. Decir que no comparte las prioridades de su marido es decir poco; en 1925, ella comentaba del fundador de la Cheká, predecesor del NKVD: «Yo sé que Dzerzhinski es un verdugo [...] Dzerzhinski es la encarnación de mi odio» (V, 271, 273). Sin embargo, ésa no es una razón suficiente para abandonar a su marido en un momento de adversidad: para ella las personas siempre han sido infinitamente más importantes que los ideales políticos. Lo que le interesa es saber si Efrón es una persona honesta y desinteresada. Ella cree que lo es, y probablemente tiene razón: es un creyente, no un canalla. Además, ahora lo persiguen, tanto la policía francesa que quiere interrogarlo como los emigrados rusos, furiosos al percatarse de su traición. Tsvietáieva no duda un instante y demuestra la mayor de las lealtades por su marido aportando falsos testimonios cuyo cometido es protegerlo.

Sola en París, con un hijo de doce años, se halla en una situación imposible. Sus recursos, ya escasos, se reducen a cero: las publicaciones francesas siguen sin darle entrada y las revistas y los periódicos rusos ahora le están vedados. La prensa emigrada condena las acciones de Efrón y de su grupo; como Tsvietáieva no se une a ese coro es, a su vez, castigada con la exclusión. Únicamente los amigos más fieles continúan tratándola, los otros emigrados prefieren evitarla. En ese momento la embajada soviética le hace una propuesta: si pide un pasaporte soviético y cesa toda colaboración con la prensa emigrada, recibirá una pequeña pensión y se le harán llegar las cartas de su familia, ahora en la URSS, por valija diplomática; después de leerlas deberá destruirlas (la versión oficial que ha de sostener es que Efrón se ha ido a España a combatir).

Tsvietáieva no tiene elección; sin embargo, incluso así duda: políticamente mucho más lúcida que su marido, que es un apasionado de la política, sabe que no habrá una vida para ella en la URSS. Pero ¿acaso es vida lo que le espera si se queda en Francia? Lo que finalmente hará que la balanza se incline es la jerarquía de valores a la que ha decidido ceñirse, y en la que el mayor de los valores es el apego a la familia. Alia se ha ido, Serguéi también. No queda más que Mur - pero el chico sólo quiere una cosa: ir a alcanzar a su padre y a su hermana, ver por fin con sus propios ojos ese país maravilloso del que tanto ha oído

hablar. La confidente más fiel de Tsvietáieva, la humanista checa Anna Téskova, comentará más tarde su partida en estos términos: «De no haber sido por Mur, no se habría ido a Rusia». En una carta, pese a estar dirigida al ministro del Interior de la Unión Soviética, Tsvietáieva justifica así su decisión: «La razón de mi regreso a la patria fue el enorme deseo que toda mi familia tenía de volver: mi marido - Serguéi Efrón, mi hija - Ariadna Efrón (ella fue quien primero volvió, en marzo de 1937) y mi hijo Gueorgui, que nació en el extranjero, pero que desde muy temprana edad soñaba apasionadamente con la Unión Soviética» (pp. 531-532).

No por ello ese retorno a Rusia será inmediato. Las autoridades soviéticas la mantienen en la ignorancia de sus proyectos. Tsvietáieva saca a Mur de la escuela y se queda con él todo el día. Se dedica a sus archivos: copia lo que le parece indispensable, abandona el resto. Durante el verano de 1938 la embajada le notifica que debe dejar su domicilio y la instala en un hotel. En septiembre tiene lugar la conferencia de Múnich, en la que se decide el destino de su amada Checoslovaquia; en marzo de 1939 las tropas alemanas ocupan Praga. Tsvietáieva reacciona a estos acontecimientos con sus últimos ciclos de poemas; la amenazante situación internacional refuerza su abatimiento. Uno de esos poemas dice:

¡Oh, lágrimas en los ojos!
¡Llanto de amor y de rabia!
¡En las lágrimas Bohemia!
¡En la sangre toda España!

¡Negra montaña que al mundo
Por completo ha ensombrecido!
Es hora - ya es hora - es hora
De dar al Creador el viático.

Yo me rehúso - a existir.
En el asilo del vil
Yo me rehúso – a vivir
Con los lobos de las plazas.

Yo me rehúso - a aullar.
Con los escualos del llano
Yo me niego a zambullirme
En el torrente de espaldas.

No necesito ni oídos
Ni ojos de profetisa.
A tu mundo enloquecido
Una respuesta: el repudio.

[marzo-mayo de 1939] (II, 360)

Por fin, en junio de 1939, Tsvietáieva recibe la orden: ha de abandonar inmediatamente Francia, sin decir nada a nadie, a bordo de un barco que parte rumbo a Leningrado. En 1917, cuando la guerra la había separado de Serguéi y no sabía si lo volvería a ver alguna vez, hizo este juramento: «Si Dios obra el milagro de conservarlo con vida - lo seguiré como un perro» (p. 113). En 1922 abandonó Rusia para alcanzarlo. En 1939 regresa a la URSS siguiéndolo - «como un perro».

2. El regreso. Unos cuantos días después de su llegada a Moscú, Tsvietáieva descubre primero que su hermana, con la ayuda de la cual contaba, ya no está allí: ha sido deportada al gulag, pero Alia se ha abstenido de comunicárselo. Su marido Efrón está instalado, con otros antiguos agentes del NKVD, en una especie de dacha en los alrededores de Moscú. Está más enfermo que nunca, incapaz, de nuevo, de sacar adelante a su familia. Tsvietáieva anota: «Empiezo a entender que Seriozha es débil, del todo, en todo» (p. 529). La casa carece de comodidades, Tsvietáieva vuelve a enfrentarse a las pilas de platos sucios que ha de lavar mientras los hombres se enzarzan en discusiones políticas. Ni hablar de escribir, pero le proponen que haga algunas traducciones de poemas del francés, para una revista. Alia sigue desbordante de entusiasmo por su nueva situación - vive en la ciudad con su enamorado.

Tsvietáieva está deprimida, pero aún no sabe los golpes que le reserva el destino. El primero viene a finales de agosto: Alia es detenida mientras está de visita en casa de sus padres. Este arresto, cuyo sentido no entienden, en realidad está en relación con un complejo plan. Stalin y el nuevo jefe del NKVD, Beria, preparan un gran juicio que implica a dirigentes del partido bolchevique; para eso necesitan a un hombre-pivote que pueda inculparlos. Efrón ha sido elegido para desempeñar este papel: tiene el perfil adecuado de antiguo Blanco y por lo tanto de sospechoso; pero para que acepte, empiezan por arrestar a su hija. Será torturada sin interrupción durante tres semanas, al cabo de las cuales acaba por «confesar»: sí, es una espía francesa que ha trabajado bajo las órdenes de su padre, que también es un agente imperialista. Una vez arrancada esta confesión, los agentes del NKVD detienen a Efrón y a la mayoría de sus antiguos colaboradores. Entramos de lleno en la lógica

infernal de los procesos estalinistas: todos los acusados son antiguos agentes del NKVD, Alia incluida (su enamorado también lo es pero no ha sido arrestado); otros agentes del mismo servicio los torturan hasta que admiten ser enemigos de la URSS - todos saben perfectamente que esto es falso. Y, como tiene que ser, todos, unos tras otros, confiesan.

Todos menos uno, Efrón. Este hombre - un ser débil y un incapaz toda su vida, responsable de la miseria de su familia durante décadas y de su regreso a la boca del monstruo - de pronto se descubre hecho de la pasta de los héroes. Por más que lo torturan y lo convierten en una piltrafa, jamás dice nada que no sea verdad. Sí, ha sido un espía - pero al servicio de la Unión Soviética. Sí, reclutó a otros - pero por cuenta del NKVD. Se niega, además, a pronunciar ninguna palabra que pueda incriminar a su mujer. Esta resistencia inhabitual determinará su suerte ulterior: mientras que Alia es juzgada rápidamente y enviada al gulag (por «espionaje y actividades antisoviéticas»), nadie del grupo de Efrón es condenado de inmediato, pese a que todos los coacusados, sus antiguos colaboradores, hayan «confesado». Los mantienen en prisión hasta la invasión alemana de 1941; después de ésta el proyecto del proceso político pierde actualidad, y los prisioneros son rápidamente condenados y fusilados. Efrón el último, después de la muerte de la propia Tsvietáieva…

Entretanto, Tsvietáieva se afana para ayudar a los miembros detenidos de su familia. Abandona la siniestra dacha y se une al ejército de madres, esposas y hermanas que hacen cola en las puertas de las prisiones para obtener noticias de sus seres cercanos o para intentar hacerles llegar paquetes o dinero. Durante algún tiempo no tiene ninguna noticia; luego le dan una que otra información escueta; no se discute siquiera la posibilidad de una visita. El padre y la hija no están en la misma cárcel; las esperas son interminables. Tsvietáieva escribe también una larga carta a Beria, en la que proclama la inocencia de su marido: ¡hace diez años que está dedicado al culto de la Unión Soviética! Esta carta es un documento estremecedor: incluso cuando escribe al ministro del Interior con el objetivo de ayudar a su marido encarcelado, no puede evitar conservar su estilo literario. Al mismo tiempo, no simula nada, no disimula nada; sin hacer la menor profesión de fe comunista, se limita a escoger en su biografía y en la de Serguéi los hechos que le parecen propicios para dar una buena impresión de sí misma. En cuanto a Serguéi, «es un ser humano de una pureza, una capacidad de sacrificio

y un sentido de la responsabilidad extraordinarios» (p. 537). El candor de Tsvietáieva tiene algo de patético.

Algunos meses más tarde, Tsvietáieva intenta hacer una selección de sus poesías que ha de publicarse en la URSS. Encabeza este libro una poesía de 1920 dedicada a Efrón, de manera que el libro entero se presenta como un homenaje a su marido. Algunas estrofas de esa poesía se mantienen idénticas, pero la segunda la rescribe completamente; Tsvietáieva intenta condensar en cuatro líneas lo que siente por Efrón: treinta años de vida en común, separaciones y encuentros, riñas y reconciliaciones. El cuaderno de borradores contiene cuarenta versiones de esa estrofa. Su tercer verso, en particular, da problemas a Tsvietáieva: ha de designar en pocas palabras un sentimiento superlativo. Entre las versiones descartadas figuran: «Que no hay otro como tú en el mundo entero», «Que tú eres Alá y yo - tu Mahoma», «¡Que sin ti muero! ¡Muero! ¡Muero!». La versión finalmente conservada dice:

> […] Y al final - ¡para que todos se enterarán!
> ¡De que eres tú mi amado! ¡Amado! - ¡Amado!
> Firmé - con el arco iris de los cielos.
>
> (I, 538)

Tsvietáieva no es del tipo de personas que reprime sus afectos, en particular si el objeto de los mismos se encuentra bajo amenaza. Se reconcilia con Alia: en cuanto se la llevan al campo, se pone a escribirle regularmente y a enviarle paquetes.

El resto de su vida cotidiana se compone de frustraciones y de preocupaciones domésticas. Tiene inmensas dificultades para encontrar un lugar donde vivir con Mur en Moscú, así como para procurarse un trabajo que le permita sobrevivir. Le encargan traducciones poéticas para hacer a partir de versiones literales; es tan concienzuda que dedica días enteros a una sola estrofa, y el trabajo le resulta muy poco rentable. Los encuentros con los escritores que estima son decepcionantes: Pasternak la ayuda un poco pero se halla ocupado con sus propios asuntos, el encuentro con Ajmátova - por primera vez en sus vidas - degenera en un malentendido. Tsvietáieva vive aún algunos encandilamientos pasajeros, pero sin creer demasiado en ellos.

Los antiguos amigos han desaparecido o cambiado; no encuentra en sí misma la energía ni el deseo necesarios para hacer nuevos. Le escribe a su hija, al campo: «Hace poco pensé que el apego es un asunto de

tiempo: para sentir apego por alguien hace falta vivir con él, y yo ya no tengo tiempo para eso, ni ganas, ni fuerzas» (p. 570). La vida interior continúa, pero no encuentra ya ningún apoyo en el exterior. El libro de poemas que Tsvietáieva había preparado con la esperanza de ver publicado jamás se publica: se le reprocha expresar un espíritu hostil al mundo soviético. No escribe nuevos textos. A comienzos de 1941, redacta esta estrofa, su penúltimo poema:

Es hora de dejar el cárabe,
Es hora de cambiar el léxico,
Es hora de apagar la lámpara
Encima de la puerta…

(II, 368)

3. El callejón sin salida. El 22 de junio de 1941, Alemania invade la Unión Soviética; dos meses más tarde los tanques alemanes se acercan a Moscú y la ciudad es bombardeada. Tsvietáieva está loca de angustia por su hijo que, tras haberse hecho miembro de la «defensa pasiva» de la ciudad, debe pasarse las noches en el tejado de su edificio, escrutando el cielo y lanzando a lo lejos las bombas iluminadoras que caen en él. Junto con otros muchos escritores, Tsvietáieva decide abandonar Moscú e irse a la retaguardia del país. Su convoy llega por fin a Elábuga, un pueblo perdido de la República Tártara. Tsvietáieva y Mur encallan allí el 18 de agosto, sin medios, sin alojamiento, sin trabajo. ¿Qué hacer? Tsvietáieva se ve obligada a hacer frente a una situación cuya gravedad no puede disimularse; debe tomar una decisión. ¿Vale la pena vivir la vida? Si vivir en el fuego ya no es posible, ¿tiene sentido vivir?

La respuesta jamás ha sido evidente para Tsvietáieva. Cuando tenía dieciocho años, le escribió a un corresponsal: «De una sola cosa en el mundo tengo miedo - de los momentos cuando se congela en mí la vida» (p. 79). Al año siguiente afirmaba frente a otro amigo: «Tengo que ser muy fuerte y tener confianza en mí, ¡de otro modo me es absolutamente imposible vivir!» (VI, 55). ¿Y si uno de esos momentos de impotencia llegara? Cuando se quedó sola en París en 1937, le costó encontrar un sentido a su existencia. «Hace mucho tiempo que no vivo - porque una vida así - no es vida, es un interminable *aplazamiento*. Estoy obligada a vivir sólo del día de hoy - sin derecho al mañana: ¡sin derecho a soñar con él! Y yo siempre, desde los siete años, viví de la “perspectiva”» (p. 499).

En esta situación ya no aspira más que a una cosa: «Dormir, *no ser*» (p. 504).

Guerra y evacuación han multiplicado las dificultades habituales de la existencia cotidiana. ¿Qué profesión podría ejercer en este pueblo perdido, ella, que no conoce más que los sortilegios del verbo? Parece ser que le proponen un trabajo como educadora (es mujer y madre, ¡sabrá ocuparse de los niños!); no se siente capaz de ello. La oficina local del NKVD la convoca, estaría dispuesta a contratarla como traductora del alemán; declina la propuesta. Se entera de que los escritores evacuados en la ciudad vecina tendrán un comedor y presenta su candidatura como lavaplatos: ¡eso, al menos, lo ha hecho incontables veces en su casa! Pero los escritores dudan: ¿presentará la camarada Tsvietáieva todas las garantías ideológicas necesarias?

Las dificultades materiales, sin embargo, no son la mayor fuente de su abatimiento. Pesa más la imposibilidad de recurrir a sus medios habituales para recuperar la sensación de estar viva: amor, creación, familia.

Tsvietáieva ya no pretende seducir; pero aún tiene una gran necesidad de vivir con los seres a los que ama y que la hacen sentir que la necesitan. «Sin eso (el amor) no puedo vivir» (p. 544), dice a una corresponsal, y a otra: «Yo, cuando no amo - no soy yo» (p. 560). Con un tercero es aun más explícita: el amor es para ella lo que era la sangre de los sacrificios para las almas errantes del Hades: - el único medio de sentirse vivas. «Sólo existo cuando *él* está, mi otra vida, toda, es - imaginaria, la vida de las sombras del Hades, que no han bebido la sangre es una - no-vida» (p. 546). Con la edad, la corriente ya no pasa. Tsvietáieva conoce a muchas personas enamoradas de su poesía, pero nadie - de ella. Sus intentos por establecer amistades intensas fracasan.

Veinte años antes, Tsvietáieva se preguntaba si llegaría el día en el que ya no tendría ganas de escribir. La respuesta era: sí. Las consecuencias se encadenan: «Puesto que he podido dejar de escribir versos, un buen día podré dejar de amar. En ese momento moriré. […] Por supuesto, pondré fin con el suicidio» (p. 572). Y en los últimos años de su vida en Francia, tras la partida de Serguéi, algo se rompió en ella y, por primera vez, ya no escribe. «Hay para ello una serie de razones, la principal: à *quoi bon?*» (p. 495). De regreso en

Rusia vuelve a experimentar este sentimiento, más exacerbado aún: «Ya *escribí lo que tenía que escribir*. Podría escribir más, por supuesto,

pero también, con toda tranquilidad, puedo *no*» (p. 554). Si ya no hay seres a los que amar, ni posibles lectores, ¿para quién escribir, a quién dirigirse?

Lo que cuenta para ella, aún más que las obras y los amores, son, ya lo hemos visto, los seres ligados a ella por la sangre. Algunos años antes, dirigiéndose a Pasternak, Tsvietáieva recuerda su jerarquía interior: admira y respeta infinitamente a esos magos del verbo que son Pasternak, Rilke o Proust, pero sabe que no se parece a ellos: ellos se preocupan más que de cualquier otra cosa de su alma divina, ella no deja de ser un simple ser humano: «Yo, en el momento de morir, no tendré tiempo de pensar en ella (en mí), estaré demasiado ocupada: ¿habrán comido los que me acompañarán?, ¿no se habrán arruinado mis seres cercanos con mi enfermedad?» (p. 322).

Pero estos seres próximos, que son distintos de todos los demás, ya no están allí - y no sólo porque como en cualquier vida ella pudo alejarse de ellos o pelearse con ellos o perderlos de vista de manera provisional; sino porque, esta vez, han sido tragados y triturados por ese monstruo impersonal que es el Estado comunista. Con la detención de Alia y de Serguéi, Tsvietáieva pierde una gran parte de sus razones de vivir: no está segura de volver a verlos. Al cabo de un año del arresto escribe en su cuaderno: «Nadie ve - nadie sabe, - que hace ya un año (aproximadamente) busco con los ojos - un gancho, pero no hay, porque en todos lados hay electricidad. No hay “arañas”… Hace *un año* que me pruebo - la muerte. Todo es - monstruoso y - terrible. Tragar - es asqueroso, saltar - es hostil, repulsión *inmemorial* por *el agua*. […] No quiero - *morir*, quiero - *no ser*». Pero de inmediato se domina: «¡Tonterías! Mientras sea yo necesaria…» (pp. 529-530).

«Sea yo necesaria» es Mur. Sin embargo, como todo niño, Mur crece y la necesita cada vez menos. Tsvietáieva lo intuye y eso le produce escalofríos. En el barco en el que viajan de regreso a Rusia, lo ve constantemente en compañía de otros chicos, encantado con ellos, sin preocuparse de su madre, y se dice a sí misma: ése es mi futuro. Conforme pasan los años aumenta esta inquietud; en enero de 1941 anota en su cuaderno: «¿Qué me queda aparte del miedo por Mur (su salud, su futuro, sus dieciséis años que ya se acercan, con pasaporte y responsabilidades?)» (p. 563). Pero, sobre todo, con su independencia, con la necesidad que tiene no de su madre sino de la libertad con respecto a su madre.

En Elábuga, a finales del mes de agosto de 1941, llega el momento en que Tsvietáieva deja de sentirse indispensable; a partir de entonces su decisión de morir está tomada. En ninguna de sus tres cartas de despedida menciona la escritura o el amor, mientras que la preocupación por Mur está siempre presente. Una de las cartas está dirigida a un escritor que conoce y a quien pide que se ocupe de su hijo como si fuera propio. En la segunda, destinada a los testigos de su muerte, les suplica que acompañen a su hijo hasta la casa de dicho escritor y luego añade: «Quiero que Mur viva y estudie. Conmigo sería su perdición» (p. 573), como si ahora ella fuera un obstáculo y no una ayuda para el buen desarrollo - de él, de ese ser a quien quiere por él, y no por ella. Finalmente la tercera carta está dirigida al propio Mur. Repite el amor que siente por los miembros de su familia, Serguéi y Alia - a quienes ha amado hasta el último minuto - y por él («te amo enloquecidamente»); intenta explicar: «En adelante habría sido todavía peor». Mur debe irse; ella ya no puede mostrarle su amor más que sacrificándose. Esto es lo que ella llama haber caído «*en un callejón sin salida*» (p. 574).

Cuando Mur vuelve a casa, encuentra a su madre ahorcada: en esta *isba* campesina no faltan los ganchos. Su cuerpo será arrojado en un rincón del cementerio, no habrá nada que indique su tumba y no podrán escribir en ella: *Aquí yace la Estenógrafa de la Vida*. Algunos días más tarde, Mur comentará: «Hizo bien y […] tuvo razón al suicidarse: era la mejor solución, y le doy la razón plena y absolutamente» (p. 575).

El flautista

En 1925, año del nacimiento de su hijo, Tsvietáieva había escrito un largo poema, una «sátira lírica». *El cazador de ratas*, interpretación personal de la célebre leyenda del flautista de Hamelin. Fiel a las famosas versiones anteriores, en el poema se encadenaban los principales episodios: la invasión de la ciudad por las ratas, su eliminación gracias al flautista, la negativa a darle su recompensa (la mano de la hija del burgomaestre), la venganza del flautista que se lleva consigo a todos los niños de Hamelin. Pero Tsvietáieva da a la leyenda una interpretación satírica y alegórica, que hace de su poema una especie de predecesor de *Rebelión en la*

granja de Orwell. Los habitantes de la ciudad, guiados por el burgomaestre y sus consejeros, encarnan el triunfo del *byt*, la existencia cotidiana, que Tsvietáieva aborrece: son filisteos, seres ahítos que se regodean en su mediocridad. Las ratas son invasores dinámicos, revolucionarios, en una palabra (sugerida pero no escrita por Tsvietáieva) los bolcheviques. Sólo que, una vez tomado el poder en la ciudad de Hamelin, las ratas se han aburguesado: están tan satisfechas y tan ahítas como los habitantes anteriores, se sienten atraídas únicamente por los placeres propios de su situación. El flautista, y más aún su flauta, que en el poema tiene gran autonomía, encarnan los valores opuestos a la existencia cotidiana: el ser y lo que lo hace vivir, la música, la poesía.

Este esquema, definitivamente romántico, de la superioridad del arte sobre la vida se ve, sin embargo, perturbado por la ambigüedad del gesto final del flautista: sin lugar a dudas liberar la ciudad de las ratas es una acción loable, pero ¿qué decir del rapto de los niños? Los adultos han recibido tal vez el castigo que merecían, pero ¿por qué los niños han de pagar por sus fechorías y ser condenados a desaparecer en las aguas del lago, cuando creían estar yendo al paraíso? El poder del arte y de la poesía es inmenso, parece sugerir Tsvietáieva, pero no es necesariamente benéfico: de su acción puede resultar tanto el bien como el mal.

Tsvietáieva escribió ese largo poema sin sospechar, es evidente, que su propio destino sería un nuevo avatar de la leyenda y que ella misma iba a ser uno de los protagonistas. El flautista es la fuerza que quita los hijos a sus padres. Este músico habrá llevado tres disfraces a lo largo de la vida de Tsvietáieva. El primero es el de la Vida misma: los niños crecen y el amor entre hijos y padres deja de ser recíproco. Los padres podían haber tenido o no hijos; los hijos no pueden no tener padres, por lo tanto no les deben nada. Los necesitaron mientras fueron pequeños; una vez crecidos necesitan que los padres se alejen para dejarlos vivir por ellos mismos. Mientras es una niña, Alia no vive más que a través de su madre; una vez adulta, hace todo para alejarse de ella. Mur ha tomado la misma dirección.

El segundo disfraz del flautista se llama Utopía. Se propaga en Europa durante los años que siguen a la Primera Guerra Mundial. No son la poesía y el arte las que seducen a las juventudes europeas, son las promesas de establecer un paraíso terrenal formuladas por dos dictadores bigotudos, Stalin y Hitler. Miles y millones de jóvenes se dejarán embrujar por la música de esos nuevos encantadores de ratas: en

Alemania por las llamadas del jefe nazi; en el resto de Europa, por las promesas comunistas. Hitler y Stalin se han vuelto artistas dotados de un poder con el que poetas y músicos ni siquiera eran capaces de soñar, puesto que estos encantadores construyen sus obras ya no con palabras o sonidos, sino con individuos y sociedades: son los creadores de hombres nuevos y de pueblos nuevos. Tsvietáieva vive esta tragedia en carne propia: son sus propios hijos los que se dejan llevar por los cantos seductores de la propaganda soviética. Como en la leyenda, sin embargo, las promesas resultan ser ilusorias: los niños creen ir al paraíso, pero en realidad son engullidos por las aguas del lago.

La encarnación final del flautista será la Historia: los hijos de Tsvietáieva ahora le son ajenos pero, por lo menos, viven en libertad. Sin embargo, este último consuelo le será arrebatado. Serguéi, al que trata como a un niño grande, desaparece en los calabozos soviéticos. A Alia se la traga un campo situado más allá del círculo polar, de donde hay pocas posibilidades de que vuelva. Queda Mur - pero la guerra comienza, y se prolongará; durante ese tiempo Mur crecerá, por lo tanto deberá ir a luchar, y ¿cuáles son sus posibilidades de sobrevivir? Tsvietáieva tiene razón cuando teme por él: Mur morirá en el frente en julio de 1944, a la edad de diecinueve años. No es el único: veinticinco millones de soviéticos perecen durante esa guerra.

La historia de Tsvietáieva presenta una innovación mayor aún con respecto a la leyenda del encantador de ratas: los niños no se contentan con ir a su perdición, arrastran con ellos a su madre. En Francia su vida era difícil; en la URSS se vuelve imposible. Y Tsvietáieva volvió por sus hijos. Primero Alia, la inquebrantable entusiasta que abraza la nueva fe, se une a las huestes del encantador de ratas y regresa al paraíso de sus sueños, la Unión Soviética. La sigue Serguéi, cuyos actos exigen la huida. Y finalmente Mur, que se ha quedado solo con su madre, convencido de tener una visión del mundo más realista que la de esta poeta siempre con la cabeza en las nubes, salta de impaciencia por alcanzar, también él, la Tierra prometida, y desde lo alto de sus catorce años impone el retorno final. Es Alia la que inicia el movimiento, es también ella quien lo cierra: tras haber pasado dieciséis años en el gulag dedica el resto de su vida a la edición de los poemas de su madre, por lo tanto a su resurrección como autor; al mismo tiempo, con esta labor, le inflige una última violencia, ya que presenta a su madre como a un poeta conforme a las

normas soviéticas, de las que sólo por un lamentable malentendido se alejó.

Muerte y resurrección

El ser humano siempre ha deseado introducir algo de sagrado en su vida profana y postular la existencia de una entidad que lo transcienda. En tiempos pasados, el absoluto tuvo un nombre aparte: se le llamó Dios y se le juró obediencia ciega - olvidando que los dioses son creación de los hombres. En el momento y en el lugar en el que vive Tsvietáieva, las formas de acercarse al absoluto se han transformado y multiplicado. Tras buscarlo durante largo tiempo en el cielo, los hombres optaron por bajar ese ideal a la tierra: si hay que sacrificarse, que no sea por Dios o por el rey por voluntad divina, sino por esas entidades colectivas y, sin embargo, puramente humanas que son la patria o el pueblo, la clase o la raza. Muchos de sus contemporáneos encontraron este ideal trascendente en la Revolución, creyendo que sería posible transformar el orden social para hacer feliz a la humanidad. Conocemos el resultado: los desastres provocados en Europa y en el mundo por el nacionalismo y el totalitarismo.

Desde su adolescencia, Tsvietáieva se sintió deslumbrada por la existencia de lo absoluto y eligió permanecer cerca de él - «vivir en el fuego»; no por ello comparte las ilusiones de sus contemporáneos. Otra vía se abre entonces frente a ella. Algunos seres excepcionales - elegidos que han recibido el don del verbo - han hallado el absoluto en la creación poética. Tsvietáieva admira a Rilke y a Pasternak, ella misma participa de ese ímpetu, pero sabe que, en su escala de valores, los seres se sitúan por encima de las obras. Cuando piensa en ello, no se imagina que uno se pueda aproximar al absoluto fuera del arte: «El poeta fracasa Inevitablemente en todas las otras vías de realización. Habituado, acostumbrado (por él mismo) al absoluto, exige de la vida lo que ésta no le puede dar» (p. 333). Si fuera razonable, Tsvietáieva se limitaría a la comodidad de la solución estética. Sin embargo, no puede evitar una y otra vez exigirlo a sus seres cercanos; y es en ellos en quienes piensa en el umbral de la muerte.

En este aspecto, tiene numerosos puntos en común con el humanismo contemporáneo que, por un lado, ha querido sustituir el culto a las abstracciones con el culto a los individuos particulares y por lo tanto ha querido prohibir que se mate a los hombres en nombre de la salvación de la humanidad, y por el otro, insiste en dar preferencia a los seres frente a las obras. La propia Tsvietáieva comparte este ideal. Pero lo que para ella es sagrado ha conservado un rasgo de lo anterior. Aun sabiendo que los seres humanos de esa forma elevados hasta el rango de absoluto son falibles, y que sólo el gesto de ella los ha distinguido de todos los demás, hace de ellos amos tan implacables como los antiguos dioses. Capaz de transformar lo relativo en absoluto - ofreciendo así a todos un ejemplo a seguir -, olvida enseguida este origen de lo sagrado y se somete a él dócilmente, como si le fuera impuesto desde el exterior. No logra aceptar la paradoja de una existencia humana separada de Dios, una existencia que tiene necesidad del absoluto mientras el mundo sólo le ofrece satisfacciones relativas, y que quiere rozar el infinito, mientras los seres humanos y las relaciones que se establecen entre ellos, única encarnación del absoluto, son trágicamente limitados y perecederos. La vida no conoce más que lo finito y lo relativo - sólo la muerte es infinita, en consecuencia Tsvietáieva ha de elegir la muerte. Por esta razón, se puede decir que su destino final se halla en estado embrionario en su concepción del absoluto; pero, también, que su sacrificio nos da una lección que no debemos olvidar para que éste no haya sido en vano.

Frente a la tragedia de Tsvietáieva ¿hay que concluir que el absoluto no ocupa su lugar en las relaciones humanas? Quizá no; pero sí que no ha de separarse de lo relativo por un abismo - ya que de ahí proviene, y sólo una decisión voluntaria lo ha arrancado de allí. «A los hijos hay que darles todo sin esperanza alguna - ni siquiera de que vuelvan la cabeza», decía Tsvietáieva: el amor absoluto que uno siente por ellos no será borrado por los momentos de separación o de desacuerdo; esos momentos son incluso inevitables, puesto que los niños dejan de ser niños. El juramento de lealtad que Tsvietáieva hizo cuando tenía dieciocho años sigue vigente sólo porque ella decidió que así fuera - «pasara lo que pasara» (p. 533), escribe en su carta a Beria. Pero ¿y si la persona ya no es la misma? ¿El agente del NKVD de 1937 debe provocar las mismas reacciones que el adolescente frágil de 1911 ? No es sólo que Tsvietáieva exija el absoluto de las relaciones humanas, es que aísla esta creación ideal de los seres reales, exactamente como lo hacía durante sus

encandilamientos por otros hombres y mujeres. No es el deseo del cielo el que crea un problema, es la ausencia de puente entre el cielo y la tierra.

Uno no elige ni a sus padres ni el contexto en el que viene al mundo: Tsvietáieva debe a los unos y a lo otro su pasión por lo ideal. No es posible influir en la marcha de la Historia: es ella la que trae a Tsvietáieva la Revolución, la destrucción, la hambruna, la emigración, la indiferencia que sus compatriotas emigrados y los hombres de letras franceses sienten por su obra. Pero uno sí es responsable de la naturaleza que adquieren las relaciones que entabla con los otros seres humanos. Y a Tsvietáieva le cuesta aceptar la imperfección inherente a la condición humana y la combate - sin éxito - ora inventando seres imaginarios que sustituyen a seres reales, ora profesando a algunas personas un culto que roza el sacrificio. Los demás no pueden ayudarla ya que los ha condenado a la impotencia. Es como si se hubiera encerrado en esta alternativa única: o el éxtasis o la muerte (dos absolutos, es cierto). Lo que no conocerá son los puentes entre la vida cotidiana y lo sublime; y por eso cuando le arrebatan a sus seres cercanos, cae en un callejón sin salida.

Por el contrario, el absoluto vive en la obra escrita y se encarga de la inmortalidad de su autor - algo que Tsvietáieva sabía con certeza. Y cabe preguntarse si la parte más lograda de su obra no es la que no estaba destinada a formar parte de ella: las cartas. Mensajes de amor, de confianza o de desconfianza, están a menudo tan trabajados como los poemas, pero contienen además, gracias a la presencia de un interlocutor, una imagen más viva todavía de su autor; es ahí donde el «vivir-escribir» o «escribir-vivir» se realiza en toda su plenitud. En todo caso, la muerte de Tsvietáieva la ha elevado por encima de la tierra - y allí está todavía. En 1913, pensando en su muerte, escribió en un poema:

> … No será a mí a quien entierren,
> No, no será a mí
>
> (I, 176)

Por supuesto que tenía razón; son sólo sus restos mortales los que reposan en algún lugar del cementerio de Elábuga: el poeta no conoce la muerte. O más bien: la muerte no le impide seguir dando, simplemente ya no puede recibir. Jesús tampoco creía en su muerte definitiva: «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo

en medio de ellos» (Mateo, 18, 20). Tsvietáieva dedica a este tema su última poesía; el mensaje del poeta reemplaza al del profeta. Este poema tiene una historia: en marzo de 1941 Tsvietáieva conoció a un joven autor, Arseni Tarkovski; le gusta, se esboza un primer gesto de seducción. Tarkovski ha escrito un poema cuyo primer verso dice: «La mesa estaba puesta para seis». Esos seis son el poeta y sus parientes: padres, hermanos, esposa. Y en ese momento se produce la iluminación de Tsvietáieva. Donde haya seis personas reunidas - no en su nombre, sino en nombre de la humanidad que comparten -, también la poesía ha de estar presente; y Tsvietáieva es una encarnación de ésta. Cómo has podido no entender, interpela a su colega,

> Que seis…
> Suman siete - ¡pues yo existo en el mundo!

En esto se diferencia el destino de Tsvietáieva del de los otros seres humanos; y, sin embargo, muestra un camino que todos pueden seguir. Su inmensa arrogancia es, al mismo tiempo, un gesto de humildad.

> Y - ¡no hay féretro! - ¡No hay - separación!
> Desencantada - casa. Deshechizada - mesa.
> Como la muerte - en un festín de boda,
> Yo soy la vida, que viene a la cena.

(II, 369)

Y todos estamos convidados.

Tzvetan Todorov

El presente volumen

En junio de 1920, al día siguiente de la muerte de su segunda hija, tras haber vivido durante meses en el hambre y el frío, Tsvietáieva se encuentra por casualidad con uno de los más grandes poetas y teóricos del simbolismo, Viacheslav Ivánov, que pertenece a la generación anterior a la suya (emigrará a Italia en 1924). Ivánov, reducido al igual que ella a la miseria, admira la poesía de Tsvietáieva pero, en ese momento de carencia absoluta, quisiera verla consagrarse a una tarea más ambiciosa todavía. Le dice (es ella quien transcribe sus palabras): «Usted debería escribir una Novela, una novela larga, auténtica. Tiene usted el don de la observación y del amor, y es muy inteligente […] Una novela o una autobiografía, lo que quiera». Lo importante es apuntar alto: «Si se trata de escribir, hay que escribir algo grande. No la estoy impulsando a pequeñas colinas, sino a cimas nevadas» (p. 159).

Ivánov tiene razón al tomar en cuenta el talento y la inteligencia de Tsvietáieva pero se equivoca al imaginarla capaz de escribir una novela. Ésta exige el conocimiento de una pluralidad de conciencias; y Tsvietáieva, que puede ir infinitamente lejos en la observación y el análisis de la conciencia, no conoce más que una: la suya. En este sentido, como sucede con todo poeta pero en ella de una forma particularmente aguda, su obra entera es autobiográfica. La gran diferencia entre los géneros literarios que ella practicó no está en la materia tratada, que es siempre su propia subjetividad, sino en las modalidades de su expresión. Y ella lo sabe demasiado bien. En una nota preliminar a uno de sus primeros libros de poesía, anota: «Todo esto ha sucedido. Mis versos son - un diario, mi poesía - la poesía de los nombres propios» (V, 230). En los años posteriores, los veinte y sobre todo los treinta, se vuelca más hacia la prosa, pero el objeto de su atención no ha cambiado: «Toda mi prosa es - autobiográfica», escribe en 1940 (V, 8), lo que es una exageración, pero corresponde a una buena mitad de los escritos de aquellos años.

Al lado de estas dos formas de escritura, poemas y prosa autobiográfica, Tsvietáieva practica una tercera: a lo largo de toda su vida va redactando una especie de confesión, de la que están llenos sus cuadernos y sus cartas. También en este punto es más que consciente de que se trata de un tercer género, tan respetable como los dos primeros y destinado, como ellos, a la publicación. En la época de su conversación con Ivánov, son esas anotaciones en sus cuadernos lo que para ella tiene más valor. «Ahora estoy muy entusiasmada con mis cuadernos de notas» (p. 156). Las anotaciones de esos años, retrabajadas, debían formar un libro del que en vida no publicó sino fragmentos, y que apareció de manera más completa mucho tiempo después de su muerte, primero en traducción al francés: *Indicios terrestres*. Lo mismo ocurre con las cartas: así como corrige y rehace las notas de sus cuadernos como si fueran obras, redacta también borradores de sus cartas hasta quedar satisfecha con ellas. Las cartas a Vishniak son adaptadas y vertidas al francés por ella misma (*Nueve cartas…*); pero sabe también que, por ejemplo, su correspondencia con Rilke o Pasternak está destinada a la publicación; aunque para ello haya que esperar a que pasen los años o incluso a que mueran las personas de las que en ellas se habla.

Tsvietáieva jamás dudó del destino de todo lo que escribía, textos públicos y privados: «De todas formas, cuando yo muera - ¡todo se publicará! Cada rengloncito, como dice Alia: ¡cada rabillito!» (p. 197). No sólo porque estos textos permiten conocer mejor al autor, sino porque son, en el sentido pleno del término, obras. Al punto que los especialistas de Tsvietáieva en Rusia admiten a menudo su preferencia por esta forma de escritura sobre todas las demás. Anna Saakiants, autora de varios libros sobre Tsvietáieva y editora de sus *Obras completas*, escribe por ejemplo: «Si en un lado de la balanza pusiéramos toda su poesía y toda su prosa, y en el otro - sólo sus cartas, este segundo plato, creo, pesaría más» (VI, 5). La editora de los cuadernos de Tsvietáieva, Elena Kórkina, por su parte opina: «Los cuadernos de notas de Marina Tsvietáieva - precisamente ellos y no sus cartas, ni su prosa autobiográfica, ni todo el inmenso contexto de su poesía lírica, ni siquiera la temática de sus poemas -, son los que contienen, pensamos, la lección principal que una persona puede dejar a otras» (en el «Prefacio» a *Zapisnye knizhki*, I, 6).

No tengo que dar por zanjada esta controversia ni que elegir a quién conceder el primer lugar, a las cartas o a los cuadernos, puesto que el

presente volumen justamente los integra a los dos. La predicción de Tsvietáieva se está realizando: todo lo que escribió se ha publicado o se está publicando. No obstante, los obstáculos han sido numerosos, y largos años han transcurrido antes de que esta publicación fuera posible: primero la censura soviética, luego la censura más sutil pero no menos atenta de su hija, que no ha querido hacer público más que lo que juzgaba digno de su madre y de la Unión Soviética. Además, justo antes de morir, en 1975, Alia selló sus archivos y prohibió que se hiciera cualquier consulta antes del final del siglo. Hoy esas dificultades están superadas y el lector en lengua rusa puede acceder a la casi totalidad de los escritos de Tsvietáieva

Sin embargo, la lectura de los volúmenes de cartas y de cuadernos no es sencilla. Exige el conocimiento de un elevado número de informaciones, de las que sólo disponen los especialistas; por otra parte pone al mismo nivel lo esencial y lo accidental. He aquí por qué he optado por la composición del presente volumen: una elección forzosamente subjetiva de los escritos de Tsvietáieva para constituir un libro escrito por ella, pero al que ella no dio su forma definitiva. Cuando le escribe a la hija de Rilke, expresa su deseo de que un libro semejante sea publicado a partir de las cartas de su padre. «Ya que Rilke siempre soñó con escribir un libro así, ya *está incluso escrito*, sólo hay que componerlo» (VII, 425). Es este precepto el que he seguido aquí, encargándome de *componer* este libro ya *escrito* por ella.

Para dar una idea, se puede decir que el presente volumen contiene aproximadamente una décima parte de todos los cuadernos y cartas de Tsvietáieva, publicados en ruso. La forma elegida consistió en reunir un centenar de entre las cartas más significativas de Tsvietáieva, acompañándolas de un número elevado de fragmentos de los cuadernos y de otras cartas no reproducidas en su totalidad. En el seno de grandes secciones cronológicas, los textos están agrupados por afinidades temáticas. Con el fin de facilitar su lectura, he acompañado los escritos de Tsvietáieva de un comentario puramente informativo; también he incluido algunos documentos reveladores, fechados en esos mismos años. En ningún otro idioma se ha escrito un volumen como éste.

A lo largo de todo el volumen los textos de Tsvietáieva escritos originariamente en ruso están compuestos en redonda, y mis comentarios en una tipografía distinta, la misma de este prefacio. Los textos escritos originalmente en francés y alemán se mantienen en esa

lengua, compuestos en cursiva, con traducción al pie. Los textos han sido anotados lo más escuetamente posible: el objetivo no era crear una obra erudita sino permitir que la obra literaria de Tsvietáieva se leyera sin impedimentos; en eso he seguido su precepto: «Todo lo que no es indispensable es inútil» (VI, 66). Mis notas están señaladas con cifras; las (escasas) notas de Tsvietáieva están señaladas con asteriscos. El nombre de Marina Tsvietáieva está abreviado a lo largo de todo el libro como M. Ts. La tipografía y la puntuación respetan, en la medida de lo posible, la elección del autor. Un índice de nombres propios reúne a todas las personas mencionadas por Tsvietáieva.

Ningún trabajo sobre la obra íntima de Tsvietáieva habría sido posible sin la importante contribución de los editores de los inéditos en ruso, que han descifrado los manuscritos e interpretado las numerosas alusiones que éstos contienen. Esto se refiere muy en particular al editor de las cartas en las *Obras completas*, Lev Mnujin, y a la editora de los cuadernos y de otras cartas, Elena Kórkina. Por esta razón, y para expresarles nuestra profunda gratitud, la de la traductora al francés Nadine Dubourvieux, así como la mía, les dedicamos este trabajo.

T. T.

I
Rusia (1892-1917)

I
Primeros pasos

Marina Tsvietáieva escribió notas autobiográficas en un par de ocasiones: en 1926, su *Respuesta a un cuestionario*; en 1940, su *Autobiografía* (texto ensamblado póstumamente por su hija). Ambos fueron escritos pensando en publicaciones soviéticas; ninguno vio la luz en vida de ella. Presentamos algunos extractos relativos a su infancia y adolescencia.

Marina Ivánovna Tsvietáieva
Nacida el 26 de septiembre de 1892 en Moscú

Sus padres:

Influencias principales - por el lado materno: la música, la naturaleza, la poesía, Alemania. La pasión por el judaísmo. Uno contra todos. *Heroica*. Algo más oculta pero no menos fuerte fue la influencia de mi padre: la pasión por el trabajo, la ausencia de arribismo, la sencillez, la renuncia. La influencia conjunta de mi padre y de mi madre - el carácter espartano. Dos *leitmotiv* en una sola casa: la Música y el Museo. El aire en casa no era burgués ni intelectual - era caballeresco. La vida se entendía de manera sublime. (*Respuesta*)

La pasión por la poesía me viene de mi madre, la pasión por el trabajo y la naturaleza - de los dos. […] Mi madre es el elemento lírico en sí mismo. Yo soy la hija mayor de mi madre, pero no la preferida. De mí - se siente orgullosa, a la menor - la ama. Ofensa prematura por falta de amor. (*Autobiografía*)

El padre de Marina Tsvietáieva, Iván Vladímirovich Tsvietáiev (1847-1913), dedicó una buena parte de su vida a la creación de un museo de Bellas Artes en Moscú. De su primer matrimonio tuvo dos hijos, Valeria (nacida en 1882) y Andréi (nacido en 1890). Después de la muerte de su esposa, se casó con Maria Alexándrovna Mein (1868-1906); de este segundo matrimonio tuvo dos hijas, Marina y Anastasia o Asia (en 1894).

En una nota con fecha 11 de junio de 1920, M. Ts. se describe a sí misma a la edad de siete años:

Yo: amor apasionado por la lectura y la escritura, indiferencia por los juegos, amor por los extraños, indiferencia por los propios, vehemencia que se vuelve furia, autoestima exagerada, espíritu caballeresco, amorosidad amorosa precoz, hurañía, indiferencia por el dolor, discreción y desconcierto en cuestión de caricias, - ¡todo por las buenas, nada por las malas! - *terquedad*, resistencia, perseverancia, - emoción hasta las lágrimas ante mi propio canto - verbo - tono - no-amor y desprecio por los niños de pecho, - deseo de perderme, de desaparecer, ausencia de espontaneidad: actuaba para los otros cuando me miraban, *embriaguez* por el sufrimiento (*tant pis - tant mieux*[1]!), obstinación feroz (¡jamás - en vano!) - ¡te rompes pero no te doblas! - rectitud innata, no por temor a Dios. (Dios empezó para mí a los once años, y ni siquiera Dios - Cristo, - ¡después de Napoleón!) - en general ausencia de Dios, - semifé, no pensar en él, amor por la naturaleza - enfermizo, nostálgico, con la conciencia anticipada de la separación, cada abedul - una institutriz que se irá. Varonilidad. - Caballosidad. -

Toda aristas, toda ristres.

En 1902, la madre de M. Ts. enferma de tuberculosis. Para que pueda recuperarse, la familia parte al extranjero. En 1902-1903 viven en Nervi, cerca de Génova; en 1903-1904, las niñas estudian en un internado en Lausana; en 1904-1905, en Friburgo, en Alemania. De vuelta en Rusia, en 1905, la familia se instala primero en Yalta, en el mar Negro, y luego en Tarusa, a ciento cincuenta kilómetros de Moscú, donde desde hace años alquila una casa de veraneo. Allí muere la madre de M. Ts., a la edad de treinta y ocho años. La familia vuelve entonces a Moscú, donde M. Ts. comienza a ir al instituto.

Sus estudios:

Mis primeras lenguas: el alemán y el ruso, a los siete años - el francés. […] Mi ocupación preferida, desde los cuatro años, la lectura; desde los cinco - la escritura. Todo lo que me gustaba, me gustó antes de cumplir los siete años, después ya no me enamoré de nada. A los cuarenta y siete años puedo decir que todo lo que tenía que saber, lo supe antes de los siete, los cuarenta siguientes fueron - una toma de conciencia. […]

En la primavera de 1902. - un internado francés en Lausana, donde me quedo año y medio. Escribo versos franceses. En el verano de 1904 viajo con mi

madre a Alemania, a la Selva Negra donde, en otoño, entro en un internado en Friburgo. Escribo versos alemanes. Mi libro preferido en esa época es - *Lichtenstein* de Wilhelm Hauff. (*Autobiografía*)

Al pie de mi primera redacción francesa (tenía once años): *Trop d'imagination, trop peu de logique*[2]. (*Respuesta*)

Siendo todavía una niña, M. Ts. descubre las pasiones revolucionarias.

Mi primer encuentro con la Revolución fue en 1902-1903 (los emigrados), el segundo en 1905-1906 (Yalta, los SR). No hubo un tercero. (*Respuesta*)

Los «emigrados» son los miembros de la colonia rusa en Nervi, que sueñan con derrocar el régimen zarista. La Revolución que estalla en Rusia en 1905 fue reprimida en medio de un baño de sangre. Los SR, «socialistas revolucionarios», son un partido de izquierda, independiente de los bolcheviques. Hacia 1908, la atracción que M. Ts. sentía por ellos desapareció; anota:

A los dieciséis años - ruptura con la ideología. (*Respuesta*)

Durante el verano de 1908, cuando tenía quince años, M. Ts. pasa unos días en Orlovka, un pueblecito donde se junta con Piotr Ivánovich Yurkévich, tres años mayor que ella, hermano de Sonia, una de sus compañeras de clase. Yurkévich fue su primer amor adolescente. De vuelta en Tarusa, le envía una carta (a veces lo llama Petia, a veces Póntik, que significa «pointer»). El espíritu de la Revolución de 1905 todavía está presente.

A Piotr Yurkévich

Tarusa, a 22 de julio de 1908

Quiero escribirle con franqueza y no sé cuál será el resultado - seguramente alguna babosada.

En estos pocos días acabé por sentir apego por usted y le tengo confianza, no sé por qué.

Mi asombro ayer, cuando el tren se puso en marcha, fue inmenso - hasta el último minuto pensé que no era «en serio» y de pronto, para mi terror, las ruedas comenzaron a moverse y yo estaba - sola. Probablemente lo llame usted sentimentalismo - llámelo como quiera.

Casi toda la noche estuve junto a la ventana. Las estrellas, la oscuridad, de vez en cuando las luces titilantes de los poblados - me sentía tan triste…

En algún lado, cerca, tocaban la balalaika, y esta música, atenuada por la distancia, sólo aumentaba mi tristeza.

Ayer le sorprendió que también a veces yo esté triste. Mi primer impulso fue hacer una broma - no me gusta que se inmiscuyan en mi alma. Pero ahora se lo puedo decir: sí, a veces estoy triste, la tristeza siempre está allí. Huyendo de ella busco a la gente, los libros, incluso la bebida; ella tiene la culpa de que trabe yo nuevas relaciones.

Pero cuando la tristeza «no se altera con los cambios de lugar» (esto me recuerda el álgebra: «el orden de los factores no altera el producto») - las cosas van mal, ya que eso significa que la tristeza está en uno y no depende de lo que le rodea.

A veces, incluso con demasiada frecuencia, me gustaría abandonar la vida - da lo mismo. Sólo vale la pena vivir por la revolución. La posibilidad de una próxima revolución es lo que me contiene del suicidio.

Imagínese: las banderas, la marcha fúnebre[3], la multitud, los rostros llenos de valentía - ¡qué cuadro maravilloso!

Si supiera que no habrá revolución - nada me costaría quitarme la vida.

Mire a los que nos rodean, Póntik - que con el tiempo promete convertirse en un buen pointer -, y dígame, ¿acaso a eso se le puede llamar personas?

Propaganda de las pequeñas cosas - los unos; cinismo y amoralidad a la Sanin[4] - los otros.

¿Dónde están la belleza, el heroísmo, las proezas? ¿Dónde los héroes?

¿Por qué se han encerrado las personas en sus caparazones y cobardes siguen cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos? De todo tienen miedo. Si hablan con franqueza, no tardan en avergonzarse de haber dicho «de más». Al parecer, sólo en los bailes de disfraces se puede decir la verdad. ¡Pero la vida no es un baile de máscaras!

O sí, pero sin la audacia abierta de los auténticos bailes de máscaras.

De mi estancia en Orlovka guardo el mejor de los recuerdos. Estoy sentada frente a la ventana abierta, - todo es bosque. Junto a mí la química, a la que no me he puesto todavía, porque la cabeza se me parte de dolor.

Son las nueve y media de la mañana. Seguramente usted y Sonia se preparan para acompañar a Sima[5]. Cómo me gustaría estar ahora en su encantadora carretela, en vez de estar oyendo a Andréi dar vueltas por el comedor mientras pelea con *Milton*[6].

Papá no ha llegado todavía.

Ayer en el tren tenía unos deseos inmensos de aullar, pero no vale ceder a los impulsos. ¿Está de acuerdo?

¿Encontró mi «cochinadita» de la que puede deshacerse en dos segundos y se deshizo?

Después de su familia, en casa todo me parece extraño. ¡Qué falta hace la risa! Sólo Asia introduce un poco de animación con sus salidas desesperadas. En cambio en la casa de usted - se respira.

Mi querido y pequeño pointer negro (¿sabe si hay pointers negros?), seguramente me aburriré sin usted. Aquí no hay, definitivamente, con quién llevarse, excepción hecha de una conocida mía, la señora química, pero es tan aburrida, que le quita a uno las ganas de tener que ver con ella.

Ya ve, poco a poco recupero mi tono normal, a tal punto me falta la costumbre de hablar verdaderamente con la gente.

Qué curioso es todo lo que pasa: las gentes se encuentran por casualidad, por el camino intercambian ideas, a veces incluso estados de ánimo muy íntimos y se despiden, pese a todo, extraños y distantes.

Mire en una de esas revistas gordas que tiene usted en casa una cosita (creo que se titula «Otoño» o «Cuadros de otoño»). Hay unos versos prodigiosos que terminan así

> Y todo el mundo está solo[7]…

¿Le gustan? Dígame una cosa, ¿está bien que las cartas vayan a su nombre? ¿No sería mejor que las enviara a nombre de Sonia? A mí me da lo mismo, pero ¿a usted?

Venga a verme a Moscú, con Sonia si quiere (aunque quizá sería mejor sin). Ella conoce la dirección. Quizá me pelee con usted tan rápidamente como con Serguéi[8], pero da igual.

Ayer me preguntó sobre qué podría escribirme. Escríbame todo lo que se le pase por la cabeza. De veras, sólo esas cartas tienen valor. Por lo demás, si no tiene ganas de escribir con plena sinceridad - mejor no escriba.

Me sorprende que no me haya matado ayer cuando le estaba contando a Sonia *La marsellesa* de Andréiev[9] en plan divertido.

¿Qué novedades hay en su casa? Un saludo cariñoso para todos, incluidos *Cubil, Latoso* y *Alivio*[10].

Ay, Petia, ¡si encontráramos el camino!

¡Cómo se animaría la vida con una guerra! ¡Cómo refulgiría!

¡Sólo entonces se puede vivir, sólo entonces se puede morir! ¿Por qué la gente siempre se apresurará a poner etiquetas?

Dentro de poco también Póntik tendrá su etiqueta de médico o de maestro, será un «marido y padre» satisfecho y feliz, se procurará todo tipo de Evas y delicias similares.

Un breve cuadro de su vida futura

- ¡Petia, eh, Petia!

- ¿Qué pasa?

- Ven, ¡rápido!, Tasia no quiere acostarse a dormir si no vienes, está de caprichosa. -

- Estoy corrigiendo los trabajos.

- Da igual, déjalo, ponles «aprobado», no hace falta más; bueno, a los buenos alumnos les pones «bien». Va en serio, por favor, ven, Tasia está imposible. -

- Me sabe mal, vida mía, con los alumnos…

- Ah, Petia, eres insoportable. Mira que seguir cultivando tus estúpidas ideas estudiantiles mientras Tasia sabe Dios lo que hace.

- Está bien, querida, ya voy…

Unos minutos más tarde «alguien» canta. «Ven gatito a ronronear. A mi niña arrullar»…

- Papá, ¿qué dijo mamá que cultivas?

- Ideas, pajarito, los estudiantes siempre cultivan ideas. -

- Ah… ¿Muchas?

- Muchas. ¿Qué más quieres que te cante?

- La de Dios que teje al zar[11]. Es la que mamá me canta.

- Está bien, mi hijita, pero duérmete ya. - Se oye la tonada del himno nacional.

Ad infinitum

Me despido, no se enoje conmigo, aprieto fuerte sus dos patitas.

M. Ts.

La dirección: Tarusa. Provincia de Kaluga. A mi nombre. Entréguele a Sonia esta tarjeta de parte de Asia.

Escríbame pronto, porque entre la química, Andréi, el álgebra… ¡Es para ahorcarse!

Durante julio y agosto serán enviadas muchas otras cartas al mismo destinatario. La carta que sigue está escrita en Moscú a principios del otoño; habla, entre otras cosas, de la pasión de M. Ts. por el hijo de Bonaparte, Napoleón II, duque de Reichstadt, y por la evocación que de él hace Edmond Rostand en *El aguilucho*, una obra que M. Ts. venera y que se pone a traducir en los meses del invierno de 1908-1909 (cuando se enteró de que ya existía una traducción al ruso, destruyó su manuscrito). Al parecer en diciembre de 1908 pensó en suicidarse durante una representación de *El aguilucho*.

Al mismo

¿Sabe, Póntik? Todavía no acabo de decidir de qué estaba enamorada, si de usted o de mis ganas de amar. «La vida es despreciable y es fría, lo que la hace cálida y luminosa es el amor.» Eso dice la gente. Y yo quería saber si era capaz de amar o no. Pero todas las personas con las que me topaba eran tan desagradables, tan mezquinas, tan ruines que, al verlo a usted, pensé: «¡Sí, a alguien así sí podría amarlo!». Más aún - sentí que lo amaba.

Los días en que no recibía cartas suyas, y estos últimos días, en Moscú, mi tristeza rozaba la desesperación. Pero ahora hace ya varios días que ni siquiera me acuerdo de usted. En cambio al duque de Reichstadt, al que amo más que a nadie y más que a nada en el mundo, no lo olvido ni un instante, es más, a menudo tengo deseos de morir para encontrarme con él. Su muerte prematura, la aureola fatal que rodea su destino, finalmente el hecho de que no volverá jamás, todo eso hace que me incline ante él, que lo ame a él sin medida, ya que soy incapaz de amar a nadie entre los vivos. Sí, todo es muy extraño.

Por usted siento ternura, ganas de mimarlo, de acariciarle el pelaje, de contemplar su simpático morrito. ¿Es amor? Ni yo misma sé. En este momento diría - sed de caricias, de cariño, de mostrarme cariñosa. Pero si comparo lo que siento por Napoleón II con mi amor por usted, la enorme diferencia me sorprende.

Quizás es que no se puede amar a los vivos como amo a Napoleón II. No lo sé.

Sólo siento que por un encuentro con él moriría extasiada, y por un encuentro con usted - no.

Póntik, en mi opinión es usted tan perceptivo que, espero, no me acusará de una huida ante sus ojos.

Lo dicho - dicho. Si piensa que ahora le digo todo esto por orgullo - exija de mí cualquier cosa que me humille. Haré lo que me pida.

Ni me amedrento frente a usted ni me arrepiento de lo que pasó, simplemente lo hago partícipe de las dudas que al respecto han surgido en mí.

Compré un gran retrato del duque de Reichstadt de niño: carita alargada de mirada recelosa, ojos oscuros y serios, expresión arrogante en los bellos labios, cabellos delicados y sedosos que cubren parte de su amplia frente… La expresión general del rostro es tristemente altiva. Puedo pasarme horas enteras mirando esta prodigiosa carita de ese niño genial vencido por la vida.

Me produce tanto entusiasmo, piedad y admiración que sería capaz de cualquier cosa por él.

Todo el verano pasado, toda la primavera pasada viví pensando en él, soñando con él, leyendo sobre él. Una obra de teatro, *L'Aiglon (El aguilucho)* - es mi libro preferido. En ella, con versos muy penetrantes, está expresado todo el trágico destino del hijo de Napoleón I. Su infancia, sus vagos recuerdos de Versalles, de su padre; después su juventud en medio de enemigos, en Austria, todos sus sueños sobre Francia, las batallas… Toda su extraña juventud desfila ante nosotros. Hay pasajes que uno puede leer hasta el infinito. Los lees y sientes cómo afloran las lágrimas, y lloras triste por este joven niño maravilloso, no reconocido, injustamente abatido por el destino.

Sí, un amor así, como el que siento por esta criatura enfermiza, por este fantasma - eso es el verdadero amor.

Si me preguntaran: «¿Estás de acuerdo en ver un montaje de *L'Aiglon* y morir?» - sin dudarlo respondería: «¡Sí!».

Ver esa cabeza aristocrática, esa silueta delicada con un mechón de pelo rubio sobre la frente, oír esa voz pronunciar sus últimas palabras. - Dios mío, a cambio de eso sería capaz ya no digamos de morir, aguantaría cualquier suplicio.

Sé que nunca se realizará mi sueño: verlo, y precisamente por eso, hasta que me muera, lo amaré más que a todos los que están vivos.

Bueno, se me ha soltado la lengua.

Querido Póntik, no se enoje, créame, no tengo la culpa de ser tan inestable.

Aprieto fuerte su mano.

Suya, M. Ts.

P. S. [una palabra tachada] A usted lo quiero más que a todos los otros vivos en el mundo, salvedad que olvidé hacer.

La carta que sigue data del mismo otoño, sin embargo su autor se muestra diferente: el que se expresa aquí es un creador con convicciones románticas muy marcadas (sólo tiene dieciséis años). Una nueva amistad puede haber tenido algo que ver: la que mantiene con Ellis, pseudónimo de Lev Lvóvich Kobylinski, poeta, erudito, traductor de Baudelaire, teórico del simbolismo, «mago», gracias al que M. Ts. será introducida en los círculos literarios de Moscú. En 1909, Ellis le hará una propuesta de matrimonio que ella no aceptará; pero no rompe del todo la relación con él. La «autobiografía» a la que se refiere la primera frase ha desaparecido. Otra carta de esa misma época nos informa de que M. Ts. va por la página 411 de su manuscrito autobiográfico.

Al mismo

Gracias por su carta. Me alegra que haya leído mi autobiografía.

No vaya a pensar, Petia, que ayer me olvidé de usted, pero Ellis es bastante caprichoso y, al no haberse enterado de usted por mí, se podría haber puesto a dar la lata y sabe Dios qué habría soltado. Por eso no lo invité. Usted, siendo como es una persona susceptible, seguramente se habría enojado y se habría armado un lío. En caso de que le interese y quiera usted verlo - espérese lo peor, que probablemente no ocurra. Escríbame al respecto, le haré saber cuándo vendrá a casa.

En este momento estoy enojada conmigo misma. Tengo la sensación de que mi comportamiento con la gente es imperdonablemente sincero y tonto.

Lluvia, lluvia, lluvia. Qué tristes son los techos con ese su aire lloroso y húmedo. ¿Qué puede haber peor que las casas? Cajas: imperdonablemente pautadas, pesadas, parecidas…

¿Qué había aquí hace algunos miles de años? Las hojas muertas caían igual que hoy, pero en vez de la «casa rojiza con contraventanas»[12] había pantanos.

Y, sin embargo, el otoño es hermoso. ¡Es bello el caer de las hojas! Se desprenden del árbol y giran indecisas, después van descendiendo, más y más y finalmente con un armonioso movimiento se posan sobre la tierra junto a sus hermanas - que de la misma forma han acabado, todas, su corta vida. La caída de las hojas es el símbolo de la vida humana. Todos, más tarde o más temprano, tras

unos cuantos giros en el aire de nuestros pensamientos, de nuestros anhelos, de nuestras ideas más íntimas, volvemos a la tierra. Todas las alegrías y todas las tristezas del otoño están contenidas en su fatalidad. El cobertizo amarillo con el lúpulo marchito, la húmeda y negra tierra, los puentecillos resbalosos, las hojas cobrizas y tristes - todo eso es aborrecible y entrañable, nos acaricia y atormenta al mismo tiempo.

Sí, estoy triste. Sólo me anima ese «algo» que se percibe en el aire. Pero no puedo, no me atrevo a creer que verdaderamente se realizará. No una huelga, no, sino la disposición para combatir, adormecida aun en los mejores, la sed de palabras amenazadoras y grandes hazañas.

Ya no hay pólvora en la gente, están exhaustos, hechos polvo, y no creo que estas mismas personas, ordinarias y satisfechas, puedan resucitar a la revolución. No son ellas quienes crean, ¡oh, no! Pero quizá quienes sí crean sólo son auténticas, tiernas y profundas en las obras de Verbítskaia y en *Andréi Kózhujov* de Stepniak[13]. Uno puede combatir inspirado en lo que ha leído, meditado (imposible inspirarse en ningún ideal económico o verdaderamente marxista), uno puede combatir inspirándose *en un sueño*, un sueño de belleza inhumana, de libertad inalcanzable, *¡sólo inalcanzable!*

La belleza, la libertad - una mujer de mármol a cuyos pies sucumben sus elegidos. La libertad - una nubecilla dorada a la que sólo se puede acceder a través de un sueño que abrasa el alma toda, que consume la vida toda. Y bien, combatir, yo combatiré en el momento álgido por una libertad inalcanzable y por una belleza de otro mundo. No por el pueblo, no por la mayoría que es estúpida, tonta y nunca tiene razón. He aquí una teoría a la que uno puede aferrarse, que jamás fallará: estar del lado de la minoría acosada por la mayoría. Ir en contra - ¡ése es mi lema! ¿En contra de qué?, me preguntará. En contra del paganismo en tiempos de los primeros cristianos, en contra del catolicismo cuando éste se volvió la religión estatal y fue trivializado por sus codiciosos, disolutos y viles servidores, en contra de la república y a favor de Napoleón, en contra de Napoleón y a favor de la república, en contra del capitalismo en nombre del socialismo (no, en su nombre no, sino por un sueño, por un sueño propio, cubriéndose con el socialismo), en contra del socialismo cuando éste se instale en la vida, ¡en contra, en contra, en contra!

No hay nada real por lo que valga la pena luchar, por lo que valga la pena morir. ¡La utilidad! ¡Qué ordinariez! Lo útil con lo agradable, el pedantismo alemán, la fusión con el pueblo… ¡Qué asco, qué mezquindad, qué pobreza!

Morir por… la constitución rusa. ¡Ja, ja, ja! Claro que suena magnífico. ¿¡Para qué demonios me sirve la constitución, cuando lo que quiero es el fuego de

Prometeo!? «Palabras grandilocuentes» me dirá usted. ¡Qué importa! ¡Las palabras hermosas y grandilocuentes expresan pensamientos grandiosos, arriesgados! Amo con locura las palabras, su aspecto, su sonido, su inconstancia y su constancia. La palabra lo es - ¡todo! Por la palabra libre murieron los Giordano Bruno y el cismático Avvakum[14]. Murieron por la palabra libre, por la libertad absoluta, por el sonido de la palabra «libertad».

¡Palabra libre! ¡Qué bien suena!

Póntik, querido, hermano, querido hermano, ¿me entiende?

Que de pronto desapareciera Moscú con sus cinematógrafos, sus ómnibus, sus hoteles, sus carruajes, sus jueves, sus sábados, con toda esta agitación, y en su lugar - el Cáucaso, el monasterio donde se consumió Tamara[15], los peñascos, los nidos de las águilas, los poblados, los rostros morenos de los circasianos, su hablar gutural, los bailes de sus muchachas, los despeñaderos, los caballos, las noches estrelladas, las cimas del Kazbek y del Elbruz. Pero el Cáucaso salvaje, el Cáucaso virginal de hace 300-400 años.

Ser el héroe de algún libro, montar de noche a caballo, desbarrancarse, enfrentarse con los salteadores. Experimentar aunque sólo sea una vez el sentimiento de la creación solitaria allá, en las alturas, olvidarse de Moscú, no saber de mítines, ni de los KD y los SD[16], ni del cólera y de los cinematógrafos. ¿Me entiende?

Lluvia, lluvia, lluvia. Techumbres mojadas, hojas cobrizas y la música de un organillo que llega desde el patio vecino…

Escriba, Póntik.

Suya, M. Ts.

M. Ts. se preocupa cada vez menos de sus obligaciones escolares (dejará la escuela en 1910, después del séptimo grado, a dos años de terminar los estudios secundarios) y cada vez más de la poesía y el arte. Pasa las vacaciones del verano de 1909 en París tomando clases en la Sorbona; ha elegido vivir en la calle Bonaparte y trata de ver a Sarah Bernhardt representando su obra preferida, *El aguilucho*. Durante el otoño de 1909, vive un nuevo amor con Vladimir Otónovich Nilénder, especialista en la Grecia clásica y traductor; él también le propone matrimonio, ella rechaza la propuesta. Sin embargo, lo quiere y los versos que le dirige se multiplican. El verano de 1910, M. Ts. y su hermana lo pasan cerca de Dresde, donde supuestamente van a pulir su educación. Desde ahí, M. Ts. escribe nuevamente a Yurkévich, que ya no es sino un

amigo entre otros, pero a quien quiere ayudar a mejorar su cultura literaria.

Al mismo

Weisser Hirsch, a 8 de julio de 1910

Tengo que pedirle un gran favor, Petia, lea *Las Diosas* y *Entre las razas* de Heinrich Mann.

Me procurará una gran alegría, y se procurará - al menos unas cuantas horas extraordinarias, inolvidables.

Leer a Mann es navegar en un mar muy brillante, bajo un cielo muy azul, a bordo de una galera muy bella con unos remeros muy bellos, frente a ciudades muy abigarradas.

Juzgue a los alemanes no por los bonachones *bürger*, sino por personas como Mann. Aunque no se puede decir «por personas como» porque Mann es único y no se parece a uno solo de los escritores del presente o del pasado.

Si tuviéramos que compararlo con alguien, podríamos compararlo con D'Annunzio.

¿Conoce usted las obras de este último?

Si no - sea un buen chico y lea El fuego, El placer y Las vírgenes de las rocas.

Entienda, se lo pido únicamente por usted. Yo he leído ya estas obras y que usted las lea a mí no me reporta ningún beneficio.

Alguna vez percibí en usted una chispita, Petia, y me gustaría que *nunca* se apagara, pase lo que pase.

¡Cuídela! Todos los que se han visto privados de ella han dejado de vivir.

Los que nunca la tuvieron, en realidad - nunca vivieron.

Aun en Orlovka se puede vivir con un corazón que palpita inquieto.

Aun en París se puede vivir sin inquietudes.

Todo depende de nosotros - no de nosotros que queremos algo, sino de nosotros que constantemente nos percibimos, que sentimos cada latido de nuestro corazón.

¿Comprende mis palabras?

La naturaleza y los libros - no hay nada más sublime ni más esplendoroso. La música, los museos, los libros, los atardeceres rosados y los amaneceres rosados, el vino, los delirantes paseos a caballo, - todo me es indispensable, ya que sólo vivo cuando siento en mí el escalofrío de una emoción intensa.

El resto, todo, es - autoengaño.

No tengo miedo de la vulgaridad, porque sé que no la hay en mí.

De una sola cosa en el mundo tengo miedo - de los momentos cuando se congela en mí la vida.

Es el precio que hay que pagar por cada festejo. Y en esos instantes soy impotente frente a la vida. Exceptuada esa parálisis pasajera, no hay nada terrible para mí porque cada pequeña nube, cada melodía, cada giro del camino me producen un entusiasmo infinito.

Y así, Petia, me gustaría transmitirle la deliciosa capacidad que tengo de emocionarme, siempre.

Me gustaría que usted, gracias a mí, viviera muchas cosas - y no las olvidara.

Créame y confíese a mí.

He sufrido mucho. Acuérdese de lo que le dije sobre el precio que hay que pagar por los festejos.

Lea, Póntik, a Mann y a D'Annunzio y cuando los lea, acuérdese de mí. Me dará usted una gran alegría.

Ni una sola persona que se encuentre conmigo ha de partir de mi lado con las manos vacías.

¡Tengo infinitamente tanto de todo!

Basta con saber tomar, optar.

Digo: «ni una sola persona»…

Por favor, no piense que me refiero a la «primera persona que se cruza en mi camino». No, hablo sólo de aquellos con los que tengo aunque sea algo en común.

¡Aun si tiene muchas ganas, Póntik, no se ofenda por mi carta! ¿Para qué tal mezquindad? Le estoy escribiendo en uno de mis buenos momentos. Sepa encontrar en esta carta a mi verdadero yo y no ofenderse con lo que pueda parecerle ofensivo.

Le escribo con el ardiente deseo de transmitirle mi estado de ánimo. Acéptelo, si quiere… ¡Es todo!

M. Ts.

En el otoño de 1910, M. Ts. decide reunir en un libro sus poemas (un buen número de los cuales está dirigido a su amado Nilénder). Este libro, el primero que publica, aparece antes de que termine el año bajo el título de *Álbum vespertino*. La crítica lo celebra; uno de los artículos más elogiosos fue escrito por Maximilián Voloshin, poeta, crítico y pintor, quince años mayor que ella, que rápidamente ocupará el lugar de Ellis en

el papel de protector de M. Ts. y la introducirá en los círculos literarios más importantes del momento. No por eso Voloshin influye en ella; como escribirá M. Ts. tiempo después:

No conozco influencias literarias, conozco influencias humanas. (*Respuesta*)

Voloshin vive la mayor parte del tiempo en Koktebel, en Crimea, con su madre, a la que todos llaman familiarmente «Pra». M. Ts. le escribe desde otra localidad a orillas del mar Negro. En su carta del 6 de abril de 1911, leemos:

Veo el mar - de lejos y de cerca, sumerjo en él las manos y - sigue sin ser mío, no soy suya. Imposible fundirse, confundirse. ¿Volverme ola?

¿Tendría que amarlo entonces?

Seguir siendo humano (o «semihumano», ¡acaso importa!) es estar eternamente triste, eternamente en el límite. Tiene que existir, ¡sin duda!, un *ineinande*[17] más íntimo. ¡Pero yo no lo conozco! [...]

Unos días más tarde:

A Maximilián Voloshin

Gurzuf, a 18 de abril de 1911

Mi muy respetado Maximilián Alexándrovich:

Le escribo y oigo música, - mi carta, probablemente, será triste.

Pienso en los libros.

¡Cómo entiendo ahora a los «estúpidos adultos» que no dan a leer a los niños sus libros de adultos! Hasta hace muy poco me indignaba su suficiencia: «los niños no lo entienden», «es pronto para los niños», «cuando crezcan - lo descubrirán».

¿Los niños - no lo entienden? ¡Los niños entienden demasiado! A los siete años «El novicio»[18] y *Eugenio Onieguin*[19] se entienden mejor y más profundamente que a los veinte. No se trata de eso, de una comprensión insuficiente, sino de una comprensión demasiado honda, demasiado fina, enfermizamente correcta.

Cada libro es un latrocinio contra la propia vida. Cuanto más lees, menos sabes y menos quieres vivir por ti mismo.

¡Es horrible! Los libros son - la perdición. Quien ha leído mucho no puede ser feliz. Porque la felicidad es siempre inconsciente, la felicidad es - la inconsciencia.

Leer es lo mismo que estudiar medicina y conocer con lujo de detalles la razón de cada suspiro, de cada sonrisa y, esto suena sentimental - de cada lágrima.

¡Un médico es incapaz de entender un poema! O es un mal médico o es un hipócrita. La explicación natural de todo lo sobrenatural ha de imponérsele espontáneamente. En este momento me siento como ese médico. Veo luces en las montañas e imagino el queroseno, veo un rostro triste y pienso en el motivo - natural - de su tristeza, es decir, en la fatiga, el hambre, el mal tiempo; oigo música y veo las manos indiferentes de quienes la interpretan tan melancólica, tan de otro mundo… ¡Y así con todo!

La culpa la tienen los libros y también la profunda desconfianza que siento por la vida verdadera, la real. El libro y la vida, el poema y lo que lo inspiró, - ¡qué inmensidades tan imposibles de comparar! Y yo estoy a tal punto contaminada de esta desconfianza, que veo - comienzo a ver - sólo el lado material, el lado natural de todo. Y ése es el camino directo al escepticismo que aborrezco - ¡mi enemigo!

Me hablan del olvido de uno mismo. «¡Un eslabón arrancado a una cadena, no hay ayer, no hay mañana!»

¡Bienaventurado quien puede olvidarse de sí mismo!

¡Yo me olvido sólo estando sola, sólo en un libro, sobre un libro!

Pero en cuanto alguien se pone a hablarme del olvido de uno mismo, siento por ese alguien una desconfianza tan grande, lo imagino capaz de tantas canalladas que en ese mismo instante le doy la espalda. ¡Y no sólo eso! Puedo mirar una nube pequeñita y acordarme de una nube similar sobre el lago de Ginebra y sonreír. Y quien esté a mi lado también sonreirá. Y ahora - la frase sobre el olvido de uno mismo, sobre el instante, el «no hay mañana, no hay ayer».

¡Es bueno abandonarse! Él en la fortaleza genovesa[20], yo en el lago de Ginebra a los once años, ambos sonreímos - ¡qué comprensión profunda, qué penetración en el alma ajena, qué fusión!

Y esto en el mejor de los casos.

Lo mismo que con el mar: a solas, a solas, a solas.

Los libros me han dado más que la gente. El recuerdo de una persona siempre palidece frente al recuerdo de un libro, - no hablo de los recuerdos infantiles, no, ¡sólo de los adultos!

Mentalmente lo he experimentado todo, lo he tomado todo. Mi imaginación siempre se adelanta. Abro las flores que son todavía botones, toco tosca las cosas más tiernas y lo hago sin querer, ¡no puedo no hacerlo! ¿Quiere decir que no puedo ser feliz? «Olvidarme» artificialmente no quiero. Me repugna ese tipo de experimentos. Y naturalmente - no puedo, debido a una mirada demasiado penetrante hacia delante o hacia atrás.

Queda la sensación de una soledad absoluta, una soledad que no tiene cura. El cuerpo de otra persona es una pared, impide ver su alma. ¡Oh, cómo odio esa pared!

No quiero el paraíso, donde todo es apacible e inaprensible, - ¡me gustan tanto los rostros, los gestos, el acontecer cotidiano! ¡Tampoco quiero esa vida en la que todo es claro, sencillo y tosco-tosco! Mis ojos y mis manos parecen arrancar involuntariamente los velos - ¡brillantísimos! - de todo.

Aunque el dorado - se va,
¡La piel se quedará[21]!

¿Está bien el verso?

La vida - mariposa sin polvo.

El sueño - polvo sin mariposa.

Y una mariposa con polvo - ¿qué es?

Ay, no lo sé.

Debe de ser algo distinto, algún sueño encarnado o la vida vuelta sueño. Pero si eso existe, no es aquí, ¡no en la tierra!

Todo lo que le he dicho es - verdad. Me atormento y no me hallo: voy del peñasco al mar, de la playa a mi cuarto, de mi cuarto a la tienda, de la tienda al parque, del parque a la fortaleza genovesa, y así - el día entero.

Pero en cuanto empieza a sonar la música, ¿cree que mi primer pensamiento es para los rostros tristes y las manos pesadas de los intérpretes?

No, mi primer pensamiento no es siquiera un pensamiento - es un hacerme a la mar, un diluirme…

Mi segundo pensamiento son - los músicos.

Así vivo.

Lo que usted escribe del mar, me alegró. O sea que somos - ¿marinos[22]?

Incluso tengo una poesía al respecto - ¡qué afortunada coincidencia!

Fumo más que nunca, tomo el sol, me bronceo no por días, sino por horas, leo sin descanso, - ¡queridos libros! Terminé *Joseph Balsamo*[23] - ¡prodigioso! Quien más me gustó fue Lorenza, que vive dos vidas tan distintas. Balsamo es

noble y conmovedor. Le agradezco mucho este libro. En este momento estoy leyendo a Madame de Tencin, su biografía.

Pienso quedarme aquí hasta el 5 de mayo. Todo lo que le he escrito es para mí muy serio. Evite la erudición en su respuesta - ¡si me responde! La erudición también procede de los libros y yo necesito una respuesta humana, no libresca.

Au revoir, Monsieur mon père spirituel[24].

Quizás el gramófono no llegue[25].

M. Ts.

El 5 de mayo de 1911, M. Ts. llega a Koktebel, a casa de Voloshin. Éste hospeda en ella a numerosos amigos y conocidos, es una especie de colonia de artistas. Allí, unos días más tarde, Marina conocerá a Serguéi Efrón (Seriozha), que se convertirá en su marido.

2
Elección de identidad

Serguéi Efron, nacido en 1893, un año menor que ella, en ese entonces todavía va a la escuela. Su padre, Yákov Efrón, es de origen judío-ruso; su madre, Elizaveta Durnovó, es descendiente de una vieja familia aristocrática rusa; ambos han participado de manera significativa en las actividades terroristas de los revolucionarios antizaristas. Tras la Revolución de 1905 y después de una estancia de la madre en prisión, los padres emigran a Francia con parte de la familia, y el padre muere allí en 1909. En 1910, Konstantin, uno de los hijos (son nueve), y la madre serán hallados en su apartamento parisino ahorcados; la investigación concluye un doble suicidio. Para entonces Serguéi ya padece la tuberculosis, un mal que lo perseguirá hasta su muerte.

M. Ts. ve en él al hombre de su vida y es feliz. A partir de ese momento deja de usar gafas, pese a su fuerte miopía. El 28 de octubre de 1911 le escribe a Voloshin:

> Es curioso, Max, sentirse de pronto totalmente independiente. Para mí es una sorpresa, - siempre tuve la impresión de que alguien más organizaría mi vida. A partir de ahora actuaré en todo como con la publicación del libro. Iré y lo haré. ¿Me apruebas?
>
> Y también pensé que es tonto ser feliz, ¡es hasta indecente! Es tonto e indecente pensar así - éste es mi hoy.

El 27 de enero de 1912, M. Ts. y Serguéi se casan en Moscú. En febrero de ese mismo año aparece el segundo libro de poemas de M. Ts., *Linterna mágica*. De marzo a mayo, los recién casados están de viaje de bodas: Italia, Francia, Alemania.

El 5 de septiembre de 1912 nace su hija Ariadna (diminutivo: Alia). M. Ts. escribe en su cuaderno:

La llamé así por el romanticismo y la soberbia que rigen mi vida entera.

A lo largo de varios años, M. Ts. llenará un cuaderno tras otro con observaciones sobre Alia o transcripciones de sus palabras.

Durante los años siguientes (hasta 1917), M. Ts. a veces vivirá en Moscú y sus alrededores, a veces en Crimea: en Koktebel en casa de Voloshin o en Feodosia. Desde Koktebel le escribe a Mijaíl Feldstein, un jurista miembro del mismo grupo de amigos, cuya mujer se llama Eva Adólfovna (nacido en 1884, más tarde se casará con la hermana de Serguéi, Vera; será arrestado en 1938 y perecerá en 1939).

A Mijall Feldstein

Koktebel, a 27 de mayo de 1913, lunes

Querido Morro de Lobo:

Sobre el oscuro fondo del cielo se dibuja brillante la luna creciente, de plata pura - de plata ardiente. En el aire flotan múltiples voces caninas. Una mariposa entró volando y, agitándose, se arrastra sobre la mesa. Mi Leoncito[1] dice: «Marina, no tardarán en entrar murciélagos y otras cochinadas».

Acabamos de terminar de cenar, - hubo griterío, incomodidad y lasitud. Griterío por las dos hermanas, incomodidad porque Pra las regañaba en presencia de su madre, y lasitud porque de antemano estaba demasiado claro lo que ocurriría.

Los acontecimientos del día: lavado del coche antes de pintarlo y largo paseo por las montañas. Eva Adólfovna, Seriozha, Kopa, Tiunia[2] y yo nos apartamos de los artistas. ¡Qué montañas, qué peñascos, qué mar vimos! Nos sentamos, con las piernas en el vacío, bebimos el agua que brotaba de un agujero frío (un manantial), vimos el mar todo y el mundo casi todo. Se produjo un incidente con Tiunia. Seriozha comentó que él tenía el talle más fino de todos (los presentes) y, molesto por las objeciones de Tiunia, se midió su cinturón. Efectivamente pudo abrochárselo en el último agujero, pero al primer suspiro… ¡se reventó! - irresistible, irremediablemente, incluso el remate fue a parar unos cinco pasos más allá. Tiunia llamó cerdo a Seriozha, luego se alejó y durante el resto del paseo estuvo insoportable.

Eva Adólfovna llevaba puestos los pantalones bombachos de Pra, y su propio caftán tártaro. Se compró un traje de baño azul cielo en Los panderos[3] y, al

terminar el paseo, ella y yo nos metimos en el mar.

Maia[4] anda tristona, estuvo llorando en el cuarto de Eva Adólfovna, en el suyo y en el de Pra.

- «Pero ¿por qué se fijó en él[5]? ¿Qué le vio? Está gordo y canoso[*], ¡podría ser su papá! Es incapaz de amar a nadie, yo misma a menudo lloro por eso, entiendo cuán amargo ha de ser para usted. ¡Mándelo al diablo! Búsquese un muchacho esbelto, guapo, joven, con quien pueda correr, con quien pueda escribir versos…»

- «Pero es que no puedo mandarlo al diablo…»

¡Me lo imagino! ¡Pobre Maia!

Pra está cada vez más entusiasmada con Eva Adólfovna.

Aunque quizás usted ya esté muy lejos de todo esto.

Chirrían las cigarras. Afuera está precioso - una noche inmensa, apacible.

Seré feliz, sé lo que es importante y lo que no, sé abstenerme y no abstenerme, a mí no pueden quitarme nada. Una vez dentro - es mío. Y con las personas como con los árboles: el árbol es mío - y no lo sabe, lo mismo la persona, su alma.

Conmigo ni siquiera es posible luchar: exteriormente, no tomo nada - y nadie sabe cuánto tomo - interiormente.

El león amarillo y azul (regalo de Eva Adólfovna y de Piotr Nikoláievich) mira con aprobación. Está sentado junto al platito del león por un lado y al verdadero Leoncito - por el otro.

El automóvil, lavado con fervor por unos buenos para nada, partió rumbo a la pintura y volverá al mismo tiempo que usted (?) dentro de una semana.

Saludos a los dos lobos *blancos*[6].

M. E.

El 30 de agosto de 1913 muere Iván Tsvietáiev, padre de la poeta. Unos meses antes, en febrero, M. Ts. había publicado, por cuenta propia, una selección de sus dos primeros libros, a la que llamó *De dos libros*. Vive, además, muy intensamente su vida familiar. El 24 de diciembre de 1913, apunta en su cuaderno:

Nunca antes había estado tan bella, tan segura de mí misma y tan feliz como este invierno.

Y, el 21 de enero de 1914:

Alia es, en este momento - la mitad de mi vida. ¿Qué será después?

Durante la primavera de 1914, escribe dos largas cartas a Vasili Rózanov, en las que describe con lujo de detalles a su padre y a su madre, a su marido y a su hija, y hace el balance de su propia existencia. Rózanov (1856-1919) es un importante filósofo y crítico, autor de un ensayo sobre Dostoievski que tuvo mucha resonancia (se había casado con una de las amantes del escritor), *La leyenda del Gran Inquisidor* (1894) y también de dos libros de aforismos. *Solitario* (1912) y *Las hojas muertas* (1913), que influirán en el estilo de los cuadernos de la propia M. Ts.

A Vasili Rózanov

Feodosia, a 7 de marzo de 1914, viernes

Querido, muy querido Vasili Vasílievich:

En este momento mi ser entero vive una especie de alborozo, me he vuelto buena, para todos tengo una palabra amable, tengo ganas no de caminar, sino de correr, no de correr, sino de volar, y todo por la carta que usted le envió a Asia - maravillosa, auténtica - «¡tal y como debe ser!».

Hace unos instantes Asia y yo íbamos caminando por la calle central de Feodosia - la de Italia - y no podíamos reprimir nuestra indignación: ¿por qué no está usted con nosotras? Qué sencillo y al mismo tiempo qué prodigioso sería que fuéramos caminando los tres y habláramos, habláramos sin parar.

Mire qué extraño: éstas son mis primeras, las primeras primeras palabras que le dirijo, usted aún no sabe nada de mí, ¡y ya cree todo lo que le digo! Le juro que cada una de mis palabras es - verdad, la más pura.

No he leído ninguno de sus libros, con excepción de *Solitario*, pero me atrevo a decirle que es usted - genial. Lo entiende y lo entenderá todo, y qué feliz me hace decírselo, darle gusto, ser generosa, no explicar nada, no ocultar nada, no temer nada.

Ah, cómo lo amo y cómo me estremezco de entusiasmo pensando en nuestro primer encuentro - quizá sea incómodo, quizá disparatado, pero será - auténtico. ¡Qué alegría que no haya usted nacido veinte años antes, y yo - veinte años después!

¿Sabe?, usted dijo de Maria Bashkírtseva[7] lo que nadie ha dicho. Y a Maria Bashkírtseva la amo con delirio, con un delirio doloroso. Pasé dos años enteros añorándola. Para mí está tan viva como yo misma.

¿De qué escribirle? Se me antoja decírselo todo de golpe. Y es que no nos hemos visto en 21 años - la edad que tengo. ¡Y tengo memoria desde los dos!

Le envío un librito con los poemas que más me gustan de mis dos primeros libros: *Álbum vespertino* (1910, 18 años) y *Linterna mágica* (1911). No sé, ¿le gusta la poesía? Si no - lea sólo el argumento.

Desde 1911 no he publicado nada nuevo. En otoño pienso sacar un libro de poesías sobre Maria Bashkírtseva y otro, con los poemas de los dos últimos años.

Ah, sí, de mí: estoy casada, tengo una hija de año y medio - Ariadna (Alia), mi marido tiene veinte años. Es de una belleza noble y extraordinaria, es hermoso por fuera y por dentro. Su bisabuelo por línea paterna era rabino, su abuelo por línea materna - un espléndido oficial de Nicolás I.

En Seriozha se han combinado - de modo brillante - dos sangres: la judía y la rusa. Es brillantemente talentoso, inteligente, noble. Su alma, su forma de ser y su cara son - los de su madre. Y su madre era una beldad y una heroína.

El apellido de soltera de su madre era Durnovó.

A Seriozha lo amo infinitamente y para toda la vida. A mi hija - la adoro.

Esto - en respuesta a lo que usted le escribió a Asia sobre el matrimonio.

Ahora le diré quiénes somos: usted conocía a nuestro padre, Iván Vladímirovich Tsvietáiev, después de cuya defunción usted escribió un artículo en *Novoe vremia* [Tiempo nuevo].

Otro eslabón entre nosotros. ¡Qué alegría!

Es de noche. El día entero he pensado en usted. ¡Qué felicidad!

Escúcheme, quiero decirle una cosa que para usted seguramente será terrible: no creo, de ninguna manera, en la existencia de Dios ni en la vida después de la muerte.

De ahí - la desesperanza, el terror a la vejez y a la muerte. Una incapacidad innata - para orar y resignarme. Un amor enloquecido por la vida, una sed febril, convulsiva, de vivir.

Todo lo que le he dicho es - verdad.

Quizás esto haga que usted me rechace. Pero no tengo yo la culpa. Si Dios existe - ¡así me creó! Y si existe la vida después de la muerte, en esa vida seré, por supuesto, feliz.

Castigo - ¿por qué? No hago nada adrede.

Le envío varias de mis últimas poesías. Y tengo muchas ganas de que me las comente, - simple y sencillamente como persona. Pero de antemano estoy segura

de que le serán cercanas.

En general: detesto a los literatos, para mí cada poeta - muerto o vivo - es uno de los personajes en mi vida. No hago ninguna diferencia entre el libro y la persona, la puesta de sol y el cuadro. - Todo lo que amo, lo amo con un mismo amor.

[Siguen unas poesías.]

Querido Vasili Vasílievich, no quisiera que nuestro encuentro fuera fugaz. ¡Que dure toda la vida! Mientras uno más conoce, más ama. Una cosa más: si me escribe, no intente hacer de mí una cristiana.

En este momento vivo de algo totalmente distinto.

Espero que esto no lo aflija y, sobre todo, que no lo tome por «libre pensamiento». Si mantuviera usted conmigo una conversación de cinco minutos, no me vería obligada a pedírselo.

Termino mi carta con el más cordial, el más sincero de los saludos para usted y para su esposa. Escríbame sobre su familia: cuántos hijos tiene, cómo son, cuántos años tienen…

Mis mejores deseos,

Marina Efrón,
de soltera, Tsvietáieva

Dirección: Marina Ivánovna Efrón
Dacha de los Redlij
Calle Ánnenskaia,
Feodosia

P. S. A partir del otoño estaré nuevamente en Moscú.

* * *

Me gustaría contarle algo más sobre Seriozha. Es un ser enfermizo, a los dieciséis años contrajo la tuberculosis. Ahora el proceso se ha detenido, pero el estado general de su salud está muy por debajo del promedio. ¡Si usted supiera que joven tan fogoso, tan magnánimo y tan profundo es! Tiemblo constantemente por él. Al menor desasosiego le sube la temperatura, todo él no es sino - una sed febril de todo. Nos conocimos cuando él tenía diecisiete años y yo dieciocho. En tres - o casi tres - años de vida en común, ni una sombra de desconfianza del uno

por el otro. Nuestro matrimonio es a tal punto distinto de los matrimonios habituales, que no siento estar casada y no he cambiado nada - amo lo mismo y vivo de la misma manera que a los diecisiete años.

Jamás nos separamos. Nuestro encuentro es - un milagro. Le escribo todo esto para que no lo sienta como a un extraño. Él es - lo más querido que tengo, para siempre. No podría amar a nadie más, hay en mí demasiada tristeza y demasiada protesta. Sólo con él puedo vivir tal como vivo - en absoluta libertad.

Nadie - ¡casi nadie! de mis amigos entiende mi elección. ¡Elección! Dios, ¡como si hubiera elegido!

Bueno, termino. Cuando nos vea usted a Asia, a Seriozha y a mí - ¡tan distintos! - lo entenderá todo.

¡Y ese encuentro se producirá!

- ¡Le estoy infinitamente agradecida, por todo!

M. E.

Al mismo

Feodosia, a 8 de abril de 1914, tercer día de la Pascua

Querido Vasili Vasílievich:

En este momento me siento tan contenta, el sol y el viento frío son maravillosos… Estuve corriendo por el camino ancho del jardín, a lo largo de las delgadas acacias, el viento hacía volar mis cabellos cortos y yo me sentía tan ligera, tan libre…

En cuanto me senté al escritorio tomé la pluma, pero… ¡todavía no sé qué le voy a contar!

- Acaba de acercarse Alia con su rizado abriguito amarillo claro - rubio - y, levantando hacia mí sus inmensos ojos vivamente azules, dijo: «A-di-ós», después se quedó pensando y con una sonrisa angelical añadió: «i - o» (el grito del burro).

- Voy a hablarle de papá. Nos quería mucho, nos consideraba «talentosas, capaces, cultas», pero se horrorizaba ante nuestra pereza, nuestra independencia, impertinencia, nuestro amor por aquello que él llamaba «excentricidad» (yo, a los dieciséis años, enamorada de Napoleón, puse su retrato en el rincón de los iconos - y así ¡muchas cosas!). Asia tenía ocho años y yo diez cuando partimos al extranjero, - a mamá se le declaró una tuberculosis pulmonar. Vivimos en el extranjero tres años seguidos, - mamá, Asia y yo. El primer año estuvimos todos

juntos en Nervi, luego papá volvió a Rusia, Asia y yo entramos en un internado en Lausana y mamá se quedó un segundo año en Nervi. Después de Lausana nos mudamos - mamá, Asia y yo - a la Selva Negra. El verano lo pasamos con papá. El invierno siguiente Asia y yo estuvimos en un internado alemán en Friburgo, mamá vivía cerca. En febrero el proceso tuberculoso de mamá (que había cedido completamente en Nervi) comenzó de nuevo y se internó en un sanatorio de la Selva Negra.

El invierno de 1905-1906 transcurrió en Yalta. Fue el último invierno de mamá. En marzo comenzó a escupir sangre y la enfermedad que antes pasaba casi inadvertida se desarrolló con una rapidez brutal. - «¡Quiero volver a casa, quiero morir en Triojprudny!» (El callejón donde estaba nuestra casa.)

Mamá murió el 5 de julio de 1906 en Tarusa, en la provincia de Kaluga, donde pasamos todos los veranos de la infancia. Previo su muerte con toda lucidez. - «Ahora empieza la agonía.»

Un día antes de morir habló con Asia y conmigo: «Y pensar que cualquier idiota os verá adultas, mientras yo…». Y después: «¡Sólo lo lamento por la música y el sol!». Los tres días que precedieron a su muerte sufrió terriblemente, no durmió ni un minuto.

- «Mamá, duerme un poco»…

- «¡Ya tendré tiempo de dormir - en la tumba!»

Mamá era hija única. Su madre, de linaje principesco polaco, murió a los veintiséis años. El abuelo le dedicó su vida a mamá, que era muy pequeñita cuando murió su madre. La vida de mamá transcurrió entre el abuelo y la institutriz suiza, - una vida reservada, fantasmagórica, enfermiza, no-infantil, libresca. A los siete años conocía la historia universal y la mitología, deliraba con los héroes, tocaba maravillosamente bien el piano.

Casi no conocía a niños, sólo a una niña que había sido llevada a casa para fungir como hermana de mamá. Pero esta niñita no tenía personalidad y mamá, pese a que la quería mucho, seguía estando sola. A su padre - Alexandr Danílovich Mein - lo adoró toda su vida. Y él adoraba a mamá. Después de la muerte de su esposa - ni una sola relación, ni un solo encuentro para que mamá no pudiera avergonzarse de él cuando creciera y se enterara.

La juventud de mamá, como su infancia, fue solitaria, enfermiza, agitada, profundamente-reservada. Sus héroes: Wallenstein, Possart[8], Luis de Baviera. Un paseo en noche de luna por el lago, donde él murió. De su dedo se resbala un anillo - el agua lo acepta - esponsales con el extinto rey. Cuando Rubinstein le estrechó la mano, ella no se quitó el guante en dos días. Sus poetas: Heine, Goethe, Schiller, Shakespeare. - Más libros extranjeros que rusos. Aversión -

puramente-virginal - por Zola y Maupassant, en general por los novelistas franceses, tan lejanos.

Todo el espíritu de su educación - alemán. Fascinación por la música, un *talento colosal* (¡jamás volveré a oír tocar así el piano y la guitarra!), don para las lenguas, memoria brillante, excelente pluma, versos en ruso y en alemán, clases de pintura.

Orgullo que con frecuencia se toma por sequedad, recato, discreción, *falta de ternura* (exterior), locura en la música, melancolía.

A los doce años conoció a un joven - se llamaba Seriozha E. (no conozco el apellido, las iniciales son las de - ¡mi Seriozha!). Tendría unos veintidós años. Juntos pasearon a caballo en noches de luna. A los dieciséis años ella se dio cuenta, y él se dio cuenta, de que se amaban. Pero él estaba casado. Para el abuelo el divorcio era un pecado. - «Tú y tus hijos, si los tienes, seguirán siéndome cercanos. Él para mí no existe.» - Mamá amaba demasiado al abuelo y no aceptó casarse en esas condiciones. Seriozha E. se fue a algún lugar lejano. Durante seis años mamá vivió extrañándolo. Un saludo de lejos en un concierto, dos cartas - ¡nada más! - en seis años enteros. La tía (la institutriz suiza con la que el abuelo - ¡*no tenía* ninguna relación!) adoraba a mamá, pero no pudo hacer nada.

El abuelo seguía guardando silencio.

A los veintidós años mamá se casó con papá, con el franco objetivo de fungir de madre de sus hijos huérfanos: Valeria, de ocho años, y Andréi - de uno. En ese momento papá tenía cuarenta y cuatro años.

Amaba infinitamente a papá, pero los dos primeros años sufrió de una manera terrible por el amor que él aún sentía por V. D. Ilováiskaia.

- «Nos casamos junto a una tumba» - escribe mamá en su diario. Padeció mucho con Valeria, intentando amansar a esa pequeña de ocho años con un alma del todo ajena a la suya, que adoraba a su madre muerta y rechazaba violentamente a la «madrastra». - ¡Hubo mucho sufrimiento! Mamá y papá eran personas del todo distintas. Cada uno tenía su propia herida en el corazón. Mamá - la música, los versos, la melancolía; papá - la ciencia. Sus vidas transcurrían la una al lado de la otra *-sin* unirse. Pero se querían mucho. Mamá murió a los treinta y siete años, insatisfecha, inadaptada, sin haber llamado a un sacerdote, pese a que no negaba nada e incluso le gustaban los ritos.

Su alma atormentada vive en nosotras, - pero nosotras dejamos ver lo que ella ocultaba. Su rebelión, su locura, su anhelo, en nosotras han alcanzado el clamor.

- Papá nos quería mucho. Teníamos doce y catorce años cuando murió mamá. De los catorce a los dieciséis yo deliraba con la revolución, a los dieciséis

años me enamoré apasionadamente de Napoléon I y de Napoleón II, todo un año viví sin gente, sola en mi pequeña habitación, en mi universo inabarcable.

Pero de este período mejor que le escriba Asia.

Yo le contaré de papá.

Murió el 30 de agosto de 1913, de una dolencia del corazón propia de los viejos que se le declaró durante los últimos años. El último año sintió nuestro amor, antes había sufrido mucho por culpa nuestra, no sabía qué hacer con nosotras. Cuando nos casamos, se inquietó mucho. No conocía ni a Seriozha ni a Boris[9]. A Seriozha más tarde le tomó cariño, cuando se convenció de su deseo de hacer estudios superiores, - que para él era lo esencial.

Como personas no conoció ni a Seriozha ni a Borís, no sabía quienes eran aquellos a los que nosotras amábamos.

A Alia y a Andriusha los quería mucho, eran una gran alegría para él, y - más tarde nos enteramos - a todo el mundo le hablaba de ellos. Pero los vio muy pequeñitos, no cumplían un año. ¡Es una pena!

¡Qué extraño! Le voy a contar una cosa.

Vine a Moscú alrededor del 15 de agosto para alquilar la casa (la nuestra, de Seriozha y mía).

Papá estaba cerca de Klin, en la hacienda donde había pasado el verano entero en excelentes condiciones.

Hacia el 22 nos vimos en Triojprudny y el 23 fuimos juntos a Miur[10]: quería hacerme un regalo. Elegí una pequeña manta de felpa - de un lado marrón, del otro dorada. Papá estuvo extraordinariamente atento y cariñoso.

Cuando atravesábamos la plaza del Teatro que resplandecía de flores, de pronto se detuvo y, señalando con la mano un conjunto de malvas, dijo con una tristeza poco común: «¿Te acuerdas? En la dacha teníamos malvas».

Se me encogió el corazón. Quise acompañarlo a tomar el tren, pero él se negó: «¿Para qué? ¿Para qué? Todavía tengo que pasar al museo».

- «Dios mío, quizá sea la última vez» - pensé y, para no creer lo que pensaba, fijé una fecha - el 29 - en la que Asia y yo iríamos a visitarlo a la dacha.

Dios, ¡se me encoge el corazón! - el 27 por la noche lo trajeron agonizante de la dacha. El médico dijo que el 75 % de las personas habría muerto durante el traslado. Cuando entré no lo reconocí: un rostro pálido-pálido, enflaquecido. Me saludó con mucho cariño, en general todo el tiempo fue cariñoso y dulce, me preguntó por la casa, con voz sofocada me dictó una carta para un colaborador joven por el que sentía especial aprecio. Todo el tiempo estuvo hablando, pese a que no debía pronunciar ni una sola palabra. Habló de Seriozha, de sus estudios, de su salud; de Alia, de Andriusha - «quiero ganar para cada uno de ellos diez mil

rublos» - habló de su enfermedad, dijo que «los médicos habían exagerado», y hacía planes para sus futuras conferencias. Algo dijo del museo. Asia le preguntó qué había dicho. «Hablo del museo Rumiántsev, de donde me echaron.»

Vivió todavía dos días y medio. Todo el tiempo estuvo hablando de las cosas más ordinarias, nos suplicaba que fuéramos a dormir, que no nos agotáramos, se interesaba por el clima. Me puse a contarle algo de un castillo feudal.

«¡La época de los castillos feudales ya pasó, ahora vivimos en la época de los trabajadores!»

Un día - ¡no!, menos - antes de su muerte me preguntó: «¿Y cómo está… tu… la… manta?».

¡Dios!

El último día estaba casi inconsciente. Murió a la 1.45 del mediodía. Andréi y yo estábamos en su habitación. Se ahogaba de un modo terrible. Su respiración se perdía exactamente 1/3 de minuto cada minuto. Respiraba de manera entrecortada y extrañamente fuerte: «¡Ah! ¡Ah!».

Desde el primer instante y hasta el último ni una sola vez habló de la posibilidad de la muerte. Murió sin sacerdote. Por eso pensamos que en realidad no se dio cuenta de que estaba muriendo: era un hombre religioso. Pero no, es un misterio. Ahora ya nunca sabremos si intuyó la muerte o no.

Su final es absolutamente sorprendente para mí: un heroísmo apacible, - ¡tan discreto!

Dios mío, me dan ganas de llorar…

Todos nosotros: Valeria, Andréi, Asia y yo estuvimos cerca de él los últimos días gracias a una especie de milagro: Valeria llegó *por casualidad* del extranjero, yo *por casualidad* de Koktebel (para alquilar la casa), Asia *por casualidad* de la provincia de Vorónezh, Andréi *por casualidad* de cacería.

El rostro de papá en el féretro era luminoso y *bello*.

Unos cuantos días *antes de su enfermedad* se rompieron: 1) una vitrina, 2) el farol, que siempre - ¡hacía 30 años! - había estado colgado en su despacho, 3) dos lámparas, 4) un vaso. Era un constante repiquetear de cristales que se quiebran.

Yo, sin creerlo todavía, me consolaba pensando que aquello era señal de «buena suerte». Esto - antes de su enfermedad.

- Bueno, termino. Ámenos a Asia y a mí, nosotros lo amamos con mucha mucha ternura. Alguien me dijo que a usted le gustaba hacer «preguntas impropias». No las haga, me obligaría a responderle con brusquedad, habría ofensa, a todos nos dolería.

Leí sus *Hombres de la claridad lunar*, me es ajeno, me es hostil, pero en *Solitario* es usted otro, amable, cercano, uno de nosotros. Sea con nosotras así y

no nos haga «preguntas» a las que no podamos responder. - ¿Para qué? ¡Que las respondan otros! -

Las dos nos compramos *Las hojas muertas*. ¡Qué bueno que tiene fotografías!

Nosotras también le enviaremos nuestros retratos.

* * *

Querido, muy querido Vasili Vasílievich, se está poniendo el sol. Apenas distingo lo que escribo. Junto a la ventana hay un gran ramo de tulipanes silvestres. En la habitación de al lado están acostando a Alia.

Por la ventila entreabierta se cuela el viento y me alborota los cabellos en la frente. Estoy sola en casa. Dentro de poco llegará Seriozha. - Hemos comprado *Las hojas muertas* y, cuando nos veamos, nos lo dedicará.

Por favor, que no le aflija que de todos sus libros sólo conozcamos *Solitario*, - ¿acaso somos buen público? Asia, por ejemplo, todavía no ha leído *Don Quijote*, y yo apenas este verano leí *Un héroe de nuestro tiempo*[11], a pesar de que en el colegio escribí más de una redacción sobre la novela.

Algo conmovedor: el director de la escuela local para varones siente por usted un gran amor, - su libro de cabecera - el análisis que usted hizo del Gran Inquisidor. Aun en un rinconcito tan remoto como Feodosia hay mucha gente que lo conoce - se lo digo con conocimiento de causa.

Comencé a leer su libro sobre Italia - es espléndido.

En general: usted puede escribir de manera abominable (su *Hombres de la claridad lunar*), pero jamás - sin talento.

Es usted asombrosamente-inteligente, genialmente-inteligente y genialmente-sensible. Por ejemplo su «no se enfade» con guiones. ¡Dios!, a Asia y a mí se nos llenaron los ojos de lágrimas cuando descubrimos esos guiones.

- «¡Marina, él mismo los puso!»

Sólo ese tipo de cosas me hacen llorar.

- ¡Ah, algo divertido! Hace poco alguien me mostró en un periódico, tapando los nombres, los rostros de dos personas. «¿Quién es? ¿Qué carácter tiene? ¿A qué se dedica?»

- «Es director de un colegio, - bueno, en todo caso maestro… Es una persona fría, astuta…»

La mano que cubría el nombre se retira.

Todos ríen a mi alrededor.

Leo: «¡Vasili Vasílievich Rózanov!».

Alrededor - una risa incontenible.

- Envíenos sus fotografías - ¡sin falta! - y sin falta dedicadas y, sin falta, dos.

No es difícil «envasarlas» - (¡ah, cómo lo compadezco, es terrible remitir libros! ¡Una auténtica pesadilla!).

Bueno, debo terminar. Le deseo lo mejor de lo mejor. Estrecho sus dos manos fuertemente. ¿Pasará este invierno en Moscú? Asia piensa viajar en otoño a París para pasar allá todo el invierno, tal vez todo el año. Seriozha y yo estaremos en Moscú. ¡Escriba!

M. E.

P. S. ¡De pronto se me acaba de ocurrir lo ridículo que sería enviarle por Pascua una tarjeta de visita a guisa de felicitación!

Las notas en su cuaderno, de esa misma época, la muestran segura de sí misma, como escritora y como persona. Y así, el 4 de mayo de 1914:

No conozco a una sola mujer con más talento que yo para la poesía. - Debería decir - ser humano. […] «Un segundo Pushkin» o «el primer poeta-mujer» - eso es lo que merezco y tal vez viva para verlo. […] De mis versos estoy tan absolutamente segura - como de Alia.

El 12 de mayo de 1914:

Estoy firmemente convencida de que quien me conozca a fondo me amará más que a nadie. Pero no todos me conocen, por eso no todos me aman.

En julio de 1914 se anuncia una primera ruptura en el equilibrio entre la vida íntima y la vida profesional, descrita en las cartas a Rózanov, un equilibrio que se había instaurado a partir del encuentro con Serguéi en 1911 y, sobre todo, del nacimiento de Alia en 1912: la trinidad marido-hija-creación poética no parece ya ser suficiente para ella. Comienza entonces eso que podríamos llamar los «encandilamientos» de M. Ts.: pasiones intensas y efímeras que se sucederán una y otra vez a lo largo de toda su vida. Sus características son siempre las mismas. En primer lugar, jamás interfieren en su amor por Serguéi. Quizá porque este último es más joven que ella, o porque está enfermo, o porque es huérfano, o porque demuestra una admiración incondicional por ella,

pero él parece ocupar en el universo de M. Ts. un lugar cercano al de Alia, su hija: para M. Ts. es un compromiso contraído para toda la vida, algo que nada puede poner en peligro. Estos encandilamientos pueden tener por protagonista a un hombre o, con menor frecuencia, a una mujer; pero, sobre todo, el objeto de sus sentimientos es más imaginario que cierto y conocido. Esto explica, en parte, tanto la brevedad como la intensidad de sus pasiones: desaparecen al contacto con el mundo real. Los encandilamientos no son verdaderos encuentros con otra persona.

El primer encandilamiento que vive M. Ts. tiene como protagonista al propio hermano de Serguéi, diez años mayor que él, Piotr Yákovlevich Efrón, al que llaman Petia. En el pasado había sido actor de teatro y revolucionario; afectado él también por la tuberculosis, volvió a Moscú para curarse, pero el estado de su salud era terriblemente precario. M. Ts. lo conoce a principios de julio de 1914 en el hospital donde estaba siendo atendido; el 10 de julio, le escribe:

Escuche, mi amor es ligero.

No le producirá ni dolor ni tedio.

Me encuentro toda entera en todo lo que amo.

Amo con un mismo amor - con mi ser todo - el abedul, la tarde, la música, a Seriozha y a usted.

Reconozco al amor por una tristeza inconsolable, por un ¡ah! que te corta la respiración.

Usted es para mí un muchachito encantador de quien - no importa cuánto hablemos - de todas formas no sé nada, salvo que lo amo.

Y, unos días más tarde:

A Piotr Efrón

Moscú, a 14 de julio de 1914, por la noche

¡Mi muchachito precioso!

Seriozha se agita en su lecho, se muerde los labios, gime. Yo contemplo su rostro alargado, dulce, lleno de sufrimiento y lo entiendo todo: mi amor por él y mi amor por usted.

¡Muchachitos! En eso radica mi amor.

¡De corazón puro! ¡Cruelmente ultrajados por la vida! ¡Muchachitos huérfanos!

Me gustaría reunir en un solo abrazo *infinito* sus dos queridas cabezas oscuras y decirles sin palabras: «Los amo a los dos, ámenme ambos - ¡para siempre!».

Pétienka, le doy mi alma, tomo la suya, creo en la inmortalidad de ambas.

La llama que me abrasa, el corazón que, al pensar en usted se estremece, son - eternos. Así, de manera tan imprevisible e indiscutible se encendió la fe.

Hoy me hablaba usted de su hijita. Todo en mí se estremecía. Besé su mano. - ¿Por qué «soltarla»? La besaré una y otra vez porque me inclino ante su sufrimiento, porque para mí es usted un santo.

¡Oh, mi niño! No puedo hacer nada por usted, sólo quiero *que me crea*. Entonces mi amor le dará fuerzas.

Recuerde: le diga yo lo que le diga, en el tono en que se lo diga - no lo crea si en ello no hay amor.

Si no fuera por Seriozha y Alia, por quienes respondo frente a Dios, moriría con gusto por usted, por que usted sanara de golpe.

Así - sin dudarlo - de golpe - a la primera llamada.

Juro por la vida de usted, la de Seriozha y la de Alia que ustedes tres son - lo que para mí hay de más sagrado.

Pronto me iré. No cambiará nada.

Si yo muriera - todo seguiría ahí.

Nunca, por nada del mundo, lo abandonaré.

Comenzó por un minuto de fascinación (agosto o principios de septiembre de 1913), continúa en la eternidad del amor.

Mañana le conseguiré una crucecita.

Un beso,

M. E.

Petia morirá en el hospital el 28 de julio de 1914.

A finales de ese mismo mes estalla la Primera Guerra Mundial; el 29 de julio, Rusia declara la movilización general. El conflicto militar no halla eco en la poesía de M. Ts., salvo en un poema fechado el 1 de diciembre de 1914 en el que expresa su rechazo a vilipendiar a Alemania, ahora país enemigo y por el que ella siempre ha sentido un gran amor; así como también rechaza la ley del Taitón: «Ojo por ojo y sangre por

sangre» (lee este poema en público, pero en ese momento no se publicará).

Hacia finales de 1914, hay un nuevo encandilamiento en la vida de M. Ts., más intenso que el anterior ya que va acompañado, por primera vez, de la pasión erótica. El objeto es Sofia (Sonia) Parnok, poeta, homosexual, siete años mayor que ella. A partir de diciembre de 1914, las dos mujeres viven una tormentosa relación. En marzo de 1915, Serguéi parte al frente como enfermero. Durante el verano, M. Ts. y Sonia viven juntas. De esa época data la siguiente carta, dirigida a Lilia, la hermana de Serguéi.

A Elizaveta Efrón

Sviatye gory. Provincia de Járkov. Parcela del conde, dacha 14 de Lazurenko, a 30 de julio de 1915

Querida, muy querida Lílenka:

Hace un momento abrí la ventana y me sorprendí - ¡qué fuerte era el rumor de los pinos! Esto es, pese a estar en la provincia de Járkov, - Finlandia: los pinos, la arena, el brezo, el fresco, el desconsuelo.

Por las noches, cuando ya está oscuro, - la inquietud y la tristeza son terribles: estamos a la luz de una lámpara de queroseno hecha de hojalata, oímos el rumor de los pinos, las noticias de los periódicos no se nos quitan de la cabeza, - además, hace ya ocho días que no sé dónde está Seriozha y le escribo a ciegas unas veces a Belostok, otras a Moscú, sin esperanza de una pronta respuesta.

Mi amor por Seriozha es para toda la vida, es carne de mi carne y sangre de mi sangre, nunca, jamás lo abandonaré. Le escribo a veces a diario y a veces pasando un día, él lo conoce todo de mi vida, sólo de lo más triste intento escribirle con menor frecuencia. En el corazón - un peso eterno. Con él me quedo dormida, con él me despierto.

- Sonia me quiere mucho y yo la quiero - y esto también es eterno, y tampoco a ella podré abandonarla. El desgarramiento se produce por los días, que hay que repartir, el corazón lo concilia todo.

Alegría - sencilla - no habrá en mí, creo, nunca; no es lo mío. Tampoco hay en mí regocijo profundo - no. No puedo hacer daño y no puedo no hacer…

(Falta el final de la carta.)

Este encandilamiento se interrumpirá brutalmente en enero de 1916, durante un viaje a San Petersburgo, en el que Parnok abandonó a su amante, según lo contará ésta más tarde (en este mismo libro, capítulo 4).

En enero-febrero de 1916, M. Ts. vuelve a encandilarse, esta vez por el poeta Ósip Mandelstam (1891-1938). Es un encuentro que tiene más importancia para él que para ella. De esa misma época, data el inicio de su pasión por el teatro; M. Ts. frecuenta en particular el Teatro de Cámara de Alexandr Taírov, donde actúan, entre otros, una de las hermanas de Serguéi, Vera, y en ocasiones el propio Serguéi.

En marzo de 1916, el objeto del siguiente encandilamiento se llama Tijon Churilin, también poeta, seis años mayor que ella. Serguéi empieza a resentirse de esas pasiones repetidas; M. Ts. pide ayuda a Lilia, la hermana de Serguéi, en una carta del 10 de marzo de 1916:

Venga cuanto antes a Moscú. Amo a un ser desquiciado que agoniza y *no puedo* separarme de él - morirá. Seriozha quiere enrolarse como voluntario, ya entregó su solicitud. Venga. Es - una locura, no hay un minuto que perder. [...]

Seriozha se mantiene terriblemente firme, y esto es - lo más terrible.

Lo amo como antes.

Tras recibir una carta de su enamorado de 1908, Petia Yurkévich, M. Ts. le responde:

A Piotr Yurkévich

Moscú, a 21 de julio de 1916

Querido Petia:

Me alegra mucho que se haya usted acordado de mí. La conversación entre seres humanos es uno de los placeres más hondos y sutiles que hay en la vida: entregas lo mejor - el alma, a cambio tomas lo mismo, y todo con ligereza, sin las dificultades y las exigencias del amor.

Durante mucho, mucho tiempo, - desde mi infancia, desde que tengo memoria de mí misma - me parecía que quería ser querida.

Ahora sé y se lo digo a todos: no necesito que me amen, necesito - que me entiendan. Para mí eso es - el amor. En cambio lo que usted llama amor (los

sacrificios, la fidelidad, los celos), guárdelos para otros, para otra, - yo no los necesito. Yo sólo puedo amar a un hombre que en un día primaveral prefiera un abedul a mí. Es mi fórmula.

No olvidaré jamás la furia que desató en mí esta primavera una persona - un poeta[12], un ser encantador, ¡yo lo quería mucho! - un día que paseábamos juntos por el Kremlin y él no veía ni el río Moscú ni las iglesias, no hacía sino hablarme sin parar - ¡de mí! Le dije: «No puede ser que no se dé usted cuenta de que el cielo - ¡alce la cabeza y mire! - es mil veces más que yo. ¿Cómo se le puede ocurrir que en un día así puedo pensar en su amor, o en el amor de quien sea? No pienso ni siquiera en mí misma y creo que ¡me quiero!».

Y no son ésas las únicas penurias que tengo con mis interlocutores. Irrumpo con tanto ímpetu en la vida de cada persona con la que me encuentro y que por alguna razón me resulta agradable, tengo tantas ganas de ayudarla, de «compadecerla», que ésta se asusta de que la ame o de enamorarse de mí y que su vida familiar se vea perturbada.

No me lo dicen, pero yo siempre tengo ganas de decir, de gritar: «¡Por Dios! No quiero nada de usted. ¡Puede irse y volver, puede irse y no volver - me da lo mismo, soy fuerte, no necesito nada que no sea mi alma!».

Las gentes se sienten atraídas por mí: unos creen que aún no sé amar, otros que me enamoraré de ellos espléndida e inevitablemente, a otros les gustan mis cabellos cortos, otros creen que los dejaré crecer para ellos, todos imaginan algo, todos exigen algo - inevitablemente distinto - olvidando que todo empezó por mí, que si yo no me les hubiese acercado, jamás se les habría ocurrido nada, dada mi juventud.

Y yo quiero ligereza, libertad, comprensión, - ¡no quiero retener a nadie ni que nadie me retenga! Mi vida entera es un idilio con mi alma, con la ciudad en la que vivo, con el árbol a la orilla del camino, - con el aire. Y soy infinitamente feliz.

Tengo muchas poesías, después de la guerra publicaré simultáneamente dos libros. He aquí una poesía del último:

Llegará el día - dicen ¡lastimero!
Dejarán de llorar, de arder y de reinar
Enfriados por doblones extranjeros Mis ojos,
que se agitan como llamas.

Y sin embargo - el doble encuentra al doble -
Y sobre el rostro aparece la faz.
Seré de ti al fin merecedora,
¡Hermoso cinturón de dignidad!

¿Podré reconocerlo - a usted en la lejanía?
Se alarga, santiguándose aturdida,
Sobre la alfombra negra la larga procesión.
Hacia esta mano mía, que no se moverá.
Hacia mi mano ya sin prohibición,
Hacia mi mano, que no existe más.

A vuestros besos - ¡vivos!
Por una vez mi cuerpo - ya no responderá.
Por completo me cubren los vestidos
Maravillosos de la dignidad.
Y no podrá sonrojarme ya nada,
Hoy es mi santa Pascua.

Por los rincones de un solitario Moscú
Andaré - yo, deambularéis - vosotros.
Y nadie en el camino ha de quedarse corto.
Y la primera tierra caerá en el ataúd -
Y quedará finalmente resuelto
El egoísta y solitario sueño.

Ya nada necesita - a partir de esta fecha
La boyarda Marina recién muerta.

(11 de abril de 1918,
primer día de Pascua)

Este verano resultó fracturado. Al principio Seriozha estuvo en Koktebel, yo en casa de Asia (que tiene un hijito nuevo - Alexéi), pero ahora estamos de nuevo reunidos. Él sigue esperando su designación, hubo un lío. Yo estoy contenta en Moscú, voy con Alia al Kremlin, es una compañera maravillosa y una caminadora infatigable. Vemos las iglesias, las torres, a los zares en la galería de Alejandro II, los cañones franceses. Hace poco Alia dijo que sin falta conocerá al zar. «¿Y qué le vas a decir?» - «¡Le voy a poner esta cara!» (Y frunció las cejas.) - Vivo sin la menor idea de dónde estaré dentro de una semana, - si mandan a Seriozha a algún lado, lo seguiré. Pero en general las cosas están bien.

Me dará gusto que vuelva a escribirme, querido Petia, a veces recuerdo con emoción nuestro encuentro semiinfantil: el paseo a caballo y las fresas secas en la buhardilla de su abuela, y el viaje a buscar los lienzos, y la maravillosa noche estrellada.

¡Qué triste estaba entonces! Adolescencia trágica y juventud dichosa.

Seguramente ya no iré a ningún lado, escríbame a Moscú. Y si en este momento tiene el pelo ensortijado, incline la cabeza, quiero darle un beso.

M. E.

En agosto de 1916, nuevo encandilamiento por Nikodím Akímovich Plutser-Sarna (1881-1945), economista, que en adelante será siempre un amigo fiel. Cada encandilamiento da origen a un ciclo de poemas (que a veces M. Ts. dirigirá, tiempo después, al protagonista del siguiente encandilamiento).

El 14 de abril de 1917 nace la segunda hija de M. Ts. Como su madre cuando ella estaba por nacer, M. Ts. soñaba con un hijo varón; en ocasiones no oculta su decepción. El éxtasis vivido con Alia no se repite; Irina le parece una niña difícil que llora mucho, un «demonio». En mayo, escribe en su cuaderno:

Es más fácil estar encerrado en una jaula con un león, que en una habitación con un niño de pecho.

(¡Irina, perdóname!)

La Revolución de Febrero de 1917 acaba de producirse; no hay huellas en los escritos de M. Ts. A finales de abril, desde la clínica donde dio a luz a Irina, le escribe a su cuñada Lilia:

Multitud de planes distintos - puramente interiores (versos, cartas, prosas) - y una apatía total por cómo y dónde vivir. Mi - actual - convicción: lo principal - es nacer, luego todo se acomoda.

Y, en esa misma época, en su cuaderno:

Indiferencia más que absoluta por toda tragedia no amorosa (la tragedia de Abraham, la de Lucifer, la de Antígona…).

Si la tragedia no es amorosa, es - o bien una tragedia con el cielo (Abraham, Lucifer) - o bien una tragedia con los familiares (El rey Lear, Antígona). Los primeros me son indiferentes, los segundos siempre me resultan un poco ridículos.

Una excepción: la tragedia de la maternidad. Pero ésta es casi amorosa.

Unos cuantos meses más tarde, durante el verano de 1917, añade:

¿Qué hago en el mundo? - Escucho mi alma. […] Ni nacionalidades, amigo mío, ni estratos sociales. Dos razas: la de los dioses y la de las bestias. Los primeros siempre escuchan música, los segundos - nunca. Los primeros son

amigos, los segundos - enemigos. Pero hay otra, una tercera: la de los que escuchan música una vez por semana. - «Los conocidos.»

El sentimiento de invulnerabilidad que había manifestado unos años antes ha desaparecido. En agosto de 1917, anota en su cuaderno:

Dios, al crearme, dijo: Te he creado de manera que, inevitablemente, te rompas el cuello. Cuidado, ¡no te lo vayas a romper!

En septiembre viaja sola a Feodosia a visitar a su hermana Asia, que acaba de perder a su segundo marido y al hijo que tuvo con él; deja a sus dos hijas en Moscú al cuidado de Lilia y Vera Efrón, las hermanas de su marido. Serguéi se queda movilizado en Moscú, en su escuela militar. El 25 de octubre de 1917, el día que estalla la Revolución, M. Ts. le escribe desde Feodosia una carta, en la que en medio de un relato de acontecimientos de orden estrictamente privado, de paso menciona a Kérenski. Añade este análisis de sí misma:

Soy la persona más indefensa que conozco. Con todo mi ser me acerco a cualquiera que pasa por la calle. Y he aquí que la calle se venga. […]

Todo el mundo comete hipocresías. Sólo yo *no puedo*.

La amistad es una rareza tan grande como el amor; y de conocidos - no tengo ninguna necesidad.

Durante estos años M. Ts. sigue escribiendo poemas que publica sueltos, sin reunirlos en un libro. No sufre mayores dificultades materiales, puede vivir de su herencia.

II
La Rusia soviética (1917-1922)

3
La muerte de Irina

La Revolución de Octubre trastocará la existencia de M. Ts., que aspira a reunirse con los suyos en Moscú, donde han comenzado los enfrentamientos entre partisanos del antiguo régimen (Seriozha forma parte de ellos) y revolucionarios. Logra tomar el tren para Moscú; por el camino escribe en su cuaderno una carta a Serguéi, cuyo paradero ignora, en la que figura el siguiente juramento (el 2 de noviembre de 1917):

> Si Dios obra el milagro de conservarlo con vida - lo seguiré como un perro.

Seriozha está vivo; M. Ts. y él de inmediato parten a Crimea, dejando una vez más a sus dos hijas en Moscú. El 25 de noviembre, M. Ts. decide reunirse con ellas; se separa provisionalmente de su marido que, por su parte, se enrola en el Ejército Blanco.

En Moscú, sola con sus dos hijas pequeñas, M. Ts. descubre las nuevas dificultades materiales de la existencia. Las fuentes de ingresos que tenía se agotan. En noviembre de 1918, es contratada por el Comisariato del Pueblo para las Nacionalidades (es decir, para las poblaciones que forman parte de la federación rusa), donde permanecerá algunos meses; este trabajo no le impide consagrar lo esencial de su tiempo a la escritura. En adelante sólo tiene ingresos irregulares y vive en la indigencia, escapando al hambre, al frío y a las enfermedades únicamente gracias a la generosidad de unos cuantos amigos.

En 1918, traba amistad en particular con un grupo de actores del teatro Vajtángov. Sus amigos se llaman Pável Antokolski (más tarde un reconocido poeta soviético), Yuri Zavadski (en el futuro un prestigioso director de teatro), Volodia Alexéiev, Sóniechka Holliday. Relaciones complejas, heterosexuales y homosexuales, se establecen en el grupo.

Sumergida en la vida teatral, M. Ts. escribe una obra tras otra; la última, y más larga, está dedicada a un episodio de la vida de Casanova y se titula *Fénix* (1919). Sin embargo, su producción poética no se debilita. Al mismo tiempo, llena sus cuadernos de anotaciones sobre la vida diaria; años más tarde, extraerá de ellos algunos fragmentos que, ligeramente retocados, publicará en revistas. Su intención es reunirlos en un libro al que titularla *Indicios terrestres* (del que sólo mucho tiempo después de su muerte se publicará una versión). El ambiente amistoso de este medio teatral será evocado en el último trabajo largo en prosa de M. Ts., *La historia de Sóniechka* (1937). M. Ts. está enamorada de Sóniechka: puede amar a los hombres tanto como a las mujeres. Escribe en su cuaderno (el 19 de junio de 1921):

Amar sólo a las mujeres (una mujer) o sólo a los hombres (un hombre), y excluir sin dudarlo lo inverso habitual - ¡qué horror!

Y sólo a las mujeres (un hombre) o sólo a los hombres (una mujer), y excluir sin dudarlo lo familiar inhabitual - ¡qué tedio!

Y todo junto - qué miseria.

Aquí de veras es pertinente la exclamación: ¡sean ustedes como los dioses!

Cualquier exclusión notoria es - un espanto.

En el transcurso de esos años se elabora la visión del mundo a la que M. Ts. se ceñirá hasta el final de su vida. Sumergida en una existencia cotidiana desastrosa, elige vivir en lo absoluto. La imagen a través de la cual lo señala es la del *fuego*, una imagen a la que recurrirá constantemente. Durante los primeros días de enero de 1918, transcribe en su cuaderno una frase de Alia:

Las salamandras bailan,
y Marina piensa:
- ¡Qué maravilla vivir en el fuego!

Unos meses más tarde, ella misma retoma la imagen (el 30 de julio de 1918):

La salamandra no es ígnea, es in-inflamable. ¡Qué frío delirante, para *vivir* en el fuego!

La fórmula vuelve a aparecer en sus cartas: «Seré fuego», le escribe a Anna Ajmátova (el 17 de agosto de 1921). Otras expresiones señalan igualmente esta necesidad de intensidad máxima.

Toda yo - en cursivas. (Abril de 1920.)

Sólo en la cúspide del éxtasis el hombre ve el mundo de manera correcta, Dios creó el mundo en éxtasis (NB! al hombre - menos, se nota), y un hombre que *no* está en éxtasis no puede tener una visión correcta de las cosas. (El 11 de abril de 1920.)

La parte de ella misma que entra en contacto con lo absoluto se llama: el alma.

¿Qué me hace falta en el mundo? Mi propia emoción, el punto más alto de mi alma. La tensión más intensa. La presencia de mi alma. Cualquier medio es el mejor. (El 21 de agosto de 1918.)

¿Qué soy - yo? […] Porque - lo juro por Dios - nada en mí ha sido capricho, todo - ¡cada uno de mis anillos! - es una necesidad, *no para la gente*, para mi alma. (El 21 de abril de 1919.)

Yo sé quién soy: una Bailarina del Alma. (Noviembre de 1919.)

Por mis venas no corre sangre, corre alma. (Marzo de 1920.)

Esta elección la separa de los otros seres humanos.

Estoy absolutamente *déclassée*[1]. […] Estoy realmente, *ABSOLUTAMENTE*, hasta la médula de los huesos - fuera de toda casta, profesión, rango. - A los zares los siguen - los zares, a los mendigos - los mendigos, a mí - el vacío. (El 27-28 de agosto de 1918.)

En la práctica, su existencia se estructura sobre tres niveles. En el más bajo se encuentran las preocupaciones para sobrevivir, las relaciones sociales, la interacción con el poder político. Casada con un combatiente antibolchevique, M. Ts. sigue siendo muy crítica respecto al nuevo régimen. El 24 de julio de 1919 confía a su cuaderno un proyecto, el de

escribir un artículo («por primera vez en mi vida») titulado *Justificación del mal*. El mal es el bolchevismo; paradójicamente, M. Ts. saca de él ciertas ventajas:

Lo que, al quitármelo, me dio el bolchevismo:

[…]

3) Confirmación definitiva de que el cielo vale más que el pan (¡lo he experimentado en carne propia y *tengo derecho* a hablar así!).

4) Confirmación definitiva de que no son las convicciones políticas - ¡en ningún caso son las convicciones políticas! - las que unen y separan a la gente (*tengo* maravillosos amigos entre los comunistas).

5) Aniquilación de las barreras de clase - no por la vía violenta de las ideas - sino por la desgracia común de Moscú en 1919 - por el hambre, el frío, las enfermedades, el odio al bolchevismo, etcétera.

En esos años en los que la pasión revolucionaria se desencadena alrededor de ella, M. Ts. se sumerge en la lectura de escritos contrarrevolucionarios que datan de la época de la Revolución francesa.

Les Femmes - les Nobles - et les Prêtres[2], - ésa es mi contrarrevolución - ¡francesa! (El 30 de julio de 1919.)

También lee los cuentos de Andersen:

La Revolución y Andersen. - Impensable.

Y - conclusion : si Dios creó a Andersen, la Revolución - no queda más - fue creada por el Diablo. (Noviembre de 1919.)

Sus cuadernos se hacen eco de las palabras que en ese momento circulan por Moscú:

Él dice de los bolcheviques (¡bien hallada la palabra!):

- «Pero sí, - si está todo claro. Son presidiarios - y han trasladado aquí la prisión completa». (Marzo de 1920.)

Andréi cuenta que en la Maroseika vieron a un perro con una pancarta: - «¡Abajo Trotski y Lenin, o - me comerán!». (El 10 de abril de 1920.)

M. Ts., con esto, no hace un análisis político, simplemente reacciona a lo que la rodea. También tiene amigos comunistas pero, por lo general, sus simpatías no van en esta dirección. Esto no quiere decir que se comprometa con los Blancos en contra de los Rojos; más bien rechaza este tipo de compromiso. Escribe (el 27 de julio de 1919):

Todo mi *credo* político está en esta sola palabra: *frondeuse*[3], para más precisión puedo añadir una segunda: *essentiellement*[4]!

El segundo nivel, muy superior al de los compromisos políticos, concierne al trabajo artístico, por lo tanto en su caso, a la creación poética. Crear obras de arte bellas da sentido a la vida. El poeta, cuando crea, no da libre curso a su persona, sino que capta la identidad del mundo convirtiéndola en palabras.

Jamás escribo, siempre transcribo (como por mandato).
Yo simplemente soy - un espejo fiel del mundo, un ser impersonal. (El 7 de julio de 1919.)

Estenógrafo de la Vida. - Es todo lo que quiero que escriban en mi estela (¡en mi cruz!) - Sólo que Vida, sin falta, con mayúscula. Si fuera hombre, diría: del Ser. (El 10 de abril de 1920.)

En esa misma época, escribe en sus cuadernos (y lo retoma en *Indicios terrestres*, con un añadido que data de dos años después):

Dos cosas que amo en el mundo: la canción - y la fórmula.
(Es decir, la anotación de 1921: el elemento libre - ¡y la victoria sobre él!)

El poeta se vuelve, pues, un representante ejemplar de la humanidad:

El verbo es - el segundo cuerpo del hombre. La tríada: alma, cuerpo, verbo. Por eso - sólo el poeta es perfecto. (El 1 de diciembre de 1917.)

M. Ts. prefiere pensarse poeta que mujer:

Como mujer soy *IMPENSABLE*, como poeta - sólo soy natural. - ¡Y ésta es - (¡demasiado tiempo abjuré!) - de una vez y para siempre - mi única medida! (El

28 de julio de 1919.)

Con un vestido viejo yo soy - yo: ¡Ser humano! ¡Alma! ¡Inspiración! - con uno nuevo - soy una mujer.

Por eso no los uso. (El 29 de julio de 1919.)

Comparadas con la intensidad alcanzada en el trabajo poético, las relaciones humanas ordinarias aparecen como irrelevantes.

Pienso que nací para la Soledad magnífica, poblada de sombras de héroes y heroínas, que nada más que ella - ellas - yo misma me hace falta, que es indigno de mí volverme gato y paloma, y hacer arrullos y arrumacos en brazos ajenos, que todo esto es inferior a mí. (El 14 de julio de 1919.)

Más grande que la alegría con la que abandono mi cuaderno por un ser humano, sólo la alegría con la que abandono a un ser humano por mi cuaderno. (Octubre de 1919.)

He encontrado mi lema, - con dos verbos auxiliares: *Être vaut mieux qu'avoir*[5]. (Principios de septiembre de 1919.)

Être y avoir.

Avoir - no impide.

Être - IMPIDE.

Y más: Tu *avoir* no impide (no puede impedir) a los otros *être*, aunque sólo sea porque ellos - aunque sólo sea de refilón - utilizan tu *avoir*, te guste o no - se te sientan al lado.

Tu *être* IMPIDE a los otros dormir, ya que es un bien evidente y evidentemente inaccesible. Una prerrogativa claramente inaccesible.

A quienes tu *être* nada les IMPIDA - es porque ellos mismos son *esenciales*, son del mismo orden que tú: inaccesible e imprescriptible.

Mi sueño: el jardín de un monasterio - la biblioteca de un monasterio - el vino añejo de las reservas de un monasterio - unos pantalones bombachos a la turca - una larga pipa - y una especie de *ex-ci-devant*[6] septuagenario que todas las noches venga a escuchar lo que yo haya escrito y a decirme cuánto me quiere. (El 30 de marzo de 1920.)

Con todo, este nivel no es el último. Y es que el oficio del poeta no es un oficio como los demás, que uno podría separar del resto de su existencia y admirar en sí mismo. Así se comportan, sin embargo, aquellos que M. Ts. llama «estetas». Para ella establecer una división entre «obra» y «vida» es imposible.

Para cantar loas a los jarrones japoneses - o al extremo de la uña pequeña de su amada [sobre el renglón: (para ustedes, estetas) la porcelana, (para ustedes, futuristas) los rascacielos] - basta con parecer.

Para hablar de Dios, de la vida, del sol, del amor - es necesario *ser*.

La poesía es el ser: el no poder hacer de otra manera. (El 19 de marzo de 1919.)

¿La literatura? - ¡No! - ¡Qué clase de «literato» soy si soy capaz de entregar todos los libros del mundo - los ajenos y los propios - a cambio de una, de una sola llamita de la hoguera de Juana!

No es literatura - es autoincineración. (El 25 de abril de 1920.)

Este «être» ocurre también fuera de la creación poética y alcanza su punto más álgido en el amor. El suicidio de su amigo, el hombre de teatro Alexéi Stajóvich, suscita en M. Ts. estas reflexiones:

Para vivir - necesito amar, es decir, estar juntos. […]

Yo los necesito a todos, porque soy insaciable. Pero la mayor parte del tiempo los otros ni siquiera tienen hambre, de ahí mi eternamente tensa atención: ¿me necesitarán?

Stajóvich murió precisamente de eso que ahora (quiero morir) a mí tanto me atormenta: nadie tiene necesidad de mí.

Nadie comprenderá *el abismo* que en mí abre esta correspondencia. (16 de marzo de 1919.)

Este amor irreversible, inquebrantable, lo siente ante todo por aquel con quien ha elegido vivir:

A todo he jugado en la vida, salvo al amor por Seriozha. (El 21 de abril de 1919.)

Si no habla de esto más a menudo en sus cuadernos, es porque su amor por él pertenece a un orden distinto del resto.

En este cuaderno casi no escribo sobre Seriozha. Incluso temo escribir su nombre. Eso es lo que para mí es sagrado aquí, en la Tierra. (El 21 de julio de 1919.)

Esta relación excepcional se extiende a la niña que han tenido juntos.

El único milagro de mi vida - el encuentro con Seriozha - y - un segundo: - Alia.

Ergo: el único *milagro* de mi vida - mi matrimonio. (El 31 de marzo de 1920.)

La pareja tiene otra hija, Irina. Pero M. Ts. no siente lo mismo por ella.

En Alia creí desde el primer momento, incluso antes de que naciera, con Alia yo (¡qué extravagancia!) soñaba.

Irina - *Zufallskind*[7]. No siento ningún vínculo con ella. (¡Perdóname, Señor!) - ¿Qué pasará en adelante? (El 21 de agosto de 1918.)

No puedo amar al mismo tiempo a Irina y a Alia, para el amor necesito estar a solas. (El 28 de agosto de 1918.)

La situación se vuelve más tirante a partir del momento en que el hambre comienza a hacer estragos en Moscú, y M. Ts. se ve reducida a la miseria.

¿A quién debo dar la sopa del comedor: a Alia o a Irina?

- Irina es más pequeña y más frágil, pero quiero más a Alia. Además, Irina de todas formas está mal, y Alia aún se mantiene, - sería una lástima.

Es un ejemplo.

El razonamiento (amén del amor por Alia) podía ir por otro camino. Pero el resultado era el mismo: o Alia con sopa e Irina sin sopa, o Irina con sopa y Alia sin sopa.

Y lo más importante: aquella sopa del comedor público - gratuita - no era sino agua con unos cuantos trocitos de patata y unas cuantas manchas de sabe Dios qué grasa. (El 19 de marzo de 1919.)

En otoño de 1919, M. Ts. se da cuenta de que ya no puede satisfacer las necesidades de sus dos hijas. Oye hablar de un orfanato en Kúntsevo, un poblado en los alrededores de Moscú, donde las niñas estarían bien alimentadas. Se pone de acuerdo con Lidia Alexándrovna Támburer, dentista y gran amiga de la familia Tsvietáiev, dieciocho años mayor que ella, y decide dejar a las niñas allí por un tiempo. En su cuaderno cuenta cómo sucedieron las cosas, cuidando la forma del relato. La partida para el hospicio tiene lugar el 27 de noviembre de 1919.

[1] La partida de Alia al orfanato

- «Y bien, mañana tienes que estar lista un poco antes. Lidia Alexándrovna vendrá a eso de las once. A las dos hay que estar allá. [8]»

La alta silueta envuelta en un magnífico abrigo gris desapareció.

Miro a Alia. Se ha marchitado en silencio. Y, al cabo de un minuto, - con una voz en la que tiemblan todas las lágrimas de su corazón:

- «¡Oh, Marina! Sabe, ¡mi alma toda se quedará aquí! - ¡Toda, toda! - Sólo me llevaré un cachito - para la añoranza!»

Los últimos días estuvo escribiéndome una carta en un cuaderno, mientras yo intentaba alimentarla lo mejor posible, engañando abiertamente y sin escrúpulos a Irina.

La última mañana - confusión, embalaje, locura - ella estaba en mi escritorio escribiendo - las últimas palabras.

- ¡Oh, Dios!

* * *

- «Alia, ¿entiendes?, no es más que un juego. Vas a jugar a ser una niña de orfanato. Llevarás la cabeza rapada, un largo y sucio vestido rosa - hasta los talones - y un número al cuello. Tú deberías haber vivido en un palacio y vas a vivir en un hospicio. - ¿Te das cuenta de lo extraordinario que es?»

- «¡Oh, Marina!»

- «Será una aventura, será la gran Aventura de tu infancia. - ¿Lo entiendes, Alia?»

- «¡Oh, Marina!»

- «Para Irina el vestido gris de bombasí - Alia, ¡recuérdalo! A ti te doy: los pantalones azul cielo, dos justillos… - Alia, si te pegan - pega. ¡No te dejes o te

romperán la cabeza!»

- «Sí, Marina, y espero poder apartar comida para usted. - ¿Y si para Navidad nos dan algo que no se pueda guardar? ¿Compota - por ejemplo? Entonces pescaré todas las ciruelas pasas y las esconderé. - Oh, Marina, ¡qué lástima que la comida no se pueda poner a secar como las flores!»

- «Alia, lo más importante - come todo lo que puedas, no te avergüences, ¡cómete lo de todos! Recuerda que sólo para eso te estoy enviando allí.»

- «Sí, Marina, son enemigos - ¡me comeré lo de todos! Y - sabe, Marina, estoy contenta de ir finalmente a un hospicio y no a una colonia. Hospicio - es como más antiguo»…

De rodillas le pongo en su cestita: algo de ropa blanca (de todas formas se la robarán), un cuaderno - de otros tiempos - buen papel pero sin renglones - los renglones los tracé por la noche -, libros: *Relatos biográficos* (Byron, Beethoven, Napoleón, etcétera) de Chistiakov, *Aladino y la lámpara maravillosa* (una edición antigua de fragmentos escogidos con hermosas ilustraciones), *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia* de Selma Lagerlöf y *Lichtenstein* de Hauff. Los dos últimos los había leído y releído - un poquito de su hogar en el exilio. - También una caja para plumas con un lápiz de tinta nuevo y fino y una pluma. - La tinta está prohibida, - se derramará. - Y también la *Linterna mágica*, mi pequeño libro azul dentro del cual puse - a escondidas de Alia - mi fotografía - en Feodosia - de cuando tenía veintiún años y me parecía a Charlotte Corday. Y también - en el último momento - le pongo en el cuaderno un grabado: una niña con un laúd. *The lys of Valley*.

- Llaman a la puerta. Quito la cadenita. Lidia Alexándrovna con su hermosa cara febril que asoma por entre el inmenso capuchón de algo también inmenso que se ha echado encima de su abrigo de piel: - ¡Hay tormenta de nieve!

Visto a las niñas. A Alia con dos vestidos, los largos pantalones tejidos color azul cielo que zurcí durante toda la noche y su eterna chaquetita azul con la que se parece a Stuart. A Irina con un vestido rosa y una sucia blusa blanca. Le pongo a Alia su abriguito de piel, cosido cuando tenía dos años - entonces hasta el suelo, ahora hasta las rodillas. - «Los ojos son del color del abrigo, el abrigo - del color de los ojos» (eterna exclamación de quienes pasan por la calle. El abriguito es azul cielo). - Su capucha azul cielo. Sus mitones, que también zurcí por la noche.

Lidia Alexándrovna toma a Irina en brazos, yo salgo con Alia por la puerta de servicio. Zhenia, la de los Goldman[9], grita: «Hasta pronto».

* * *

Alia está sentada en mis rodillas, poco a poco se va deslizando. Le cubrí la cabeza con mi pañoleta negra de rosas. Va callada.

Su primera exclamación - apenas pasamos el puesto de vigilancia -

- «¡Marina! ¡La tienda Korolieva![10].»

- «Koroliova», rectifica Lidia Alexándrovna.

Irina sobre las rodillas de Lidia Alexándrovna repite - exacerbándome - de manera un poco pedante y absurda:

- «É indo paseeeo», - y canta: «Ay dudu dudu dudu»… Dejamos atrás Poklónnaia gorá. - Nieve, nieve. - Había olvidado que el cielo era tan inmenso. - Las vetas negras de los bosques. Por alguna razón me acuerdo de «Las mujeres rusas»[11]. - Sólo que allí estaba todavía más despoblado. Alia se ha deslizado casi completamente al fondo del trineo. Va callada. - «Alia, ¿tienes frío?» - «No, estoy maravillosamente bien.»

Todavía no siento la separación, ocupada como estoy con el camino: las nieves desesperanzadas, el cielo demasiado grande, los pies que se entumecen.

* * *

Después - pendientes, bajadas, colinas, el trineo vuela. Un parque. Abetos inmensos, estanques helados, grupos de abedules. - ¡Oh, qué bien se ha de estar aquí en verano! Ahora es - un recuerdo o una promesa. ¡El invierno, para mí como para un niño de pecho, carece de presente! - Abetos inmensos, muy quietos, como bailarinas congeladas (el abeto es, de entre todos los árboles, el que más evoca a una mujer - ¡constátenlo! - así es. Toda su *gestualidad* es - ¡femenina!)

Abetos inmensos, se podría vivir a su sombra.

En el fondo de una zanja, algo amarillea: una dacha - el hospicio. Nos bajamos. Un soldado carga a Irina. Lo primero que veo: un perro negro rabiosamente-mugroso hurgando en un cubo de basura.

De pronto aparecen varios niños. - «¡Han traído a una niña pequeña!» - Entramos: oscuridad, bochorno y enmaderamiento.

Mientras Lidia Alexándrovna habla con una celadora esquelética, típica de hospicio - a Irina la han sentado en una silla - Alia y yo vamos a la cocina. Un gato y un perro pajizo. Grandes calderas. Mucho calor. Llegamos justo a la hora de la comida. Esto se llama «tomar el toro por los cuernos». - Me alegro por Alia.

Alia necesita «hacer una visita». - Resulta que todos (?) esos retiros están cerrados: hay que ir detrás de la leña, en la nieve.

- ¡Hm! -

- «¿Es su hijita?» - «Sí.» - «¿Las dos son suyas?» - «Sí.» - Y resulta que tenía que haber dicho: no, porque las niñas están inscritas como huérfanas de padre y madre.

Me lo comunica un minuto más tarde Lidia Alexándrovna. Se lo advierto a Alia. Cuando los niños le preguntan quién soy, responde: «No sé, - una señora».

Lidia Alexándrovna alcanza a decirme al oído que a la celadora le ha sorprendido lo bien vestidas que están las niñas.

- ¡No podía dejarlas partir en harapos! ¡Toda la noche zurcí los pantalones y el vestidito de Alia!

- En vano. Mejor habría sido lo contrario - desgarrarlos.

- ¡Niñas, traigan la sal!

- ¡La sal!

- ¡La sal!

A Irina la habían sentado sobre un banco, le habían puesto en la mano una cuchara de madera y, frente a las narices - una escudilla. Ella se mece y canta. Oigo una voz: «¡Esta niña es tontita!».

- ¡Hm! - Estoy de acuerdo.

Los niños corren al comedor. La mayoría son más grandes que Alia. Largos vestidos sucios; en vez de camisetas calientes - agujeros. Grandes barrigas. Rostros idiotas.

- Bueno, es hora de partir, los niños van a comer, dice Lidia Alexándrovna.

- ¡Álechka, acompáñame a la puerta!

Estamos en la puerta. Veo la carita levantada de Alia.

- ¡Marina, inclínese!

Me inclino.

- Rápido, Marina, - ¡el León[12]!

Le enseño el león (la cabeza de león - herencia de Seriozha). - La beso.

- Álechka, recuérdalo siempre, te amo, sólo a ti te amo…

No llora - no lloro. Al salir, hago el signo de la cruz sobre la puerta. - Nos sentamos en el trineo. - Nos ponemos en marcha.

- Bueno, ¡hoy es un gran día! - dice con entusiasmo Lidia Alexándrovna -. ¡Envuélvase en la pelliza! - ¿Se dio cuenta de la cantidad de sopa que les sirvieron? Y como que no tenía mal olor… (Pausa.)… ¡¡¡Pero *qué* rostros!!!

* * *

En casa de Lidia Alexándrovna estaban encendidas dos estufas: una enfrente de la otra y yo, por turnos, iba sentándome en cuclillas ya delante de la una, ya delante

de la otra. Un amable soldado no paraba de traer nuevas y nuevas brazadas de leña. Volodia[13] cerró los postigos. Después de la comida, Lidia Alexándrovna me dio una libreta de campaña, una pluma, tinta roja. - «Escríbale a Alia.» Yo no paraba de hacer pruebas con mi aliento: ¿salía vaho? - y no paraba de asombrarme: ni una pizca. Lamentaba que Alia no viera este milagro.

Por la noche me di un baño en la cocina. Ya en la bañera me sorprendió ver mi cuerpo cubierto de copos de avena quemados. ¡Y es que había yo llenado la bañera con el cubo de la basura! - Me reí a carcajadas, como una loca, sola, en el agua. - Y por la mañana - muy muy temprano - salí rumbo a la estación. Treinta veces pregunté por el camino, finalmente llegué. Cuando me dirigía hacia allá estaba convencida de que no llegaría y, al llegar, de que no tomaría el tren. Pero llegué y lo tomé.

Mientras esperaba, estuve caminando por el andén y pensando en que todos tienen amigos, familiares, conocidos, que todos se acercan, saludan, preguntan, - nombres - planes - y yo estoy sola y a todos les da igual que tome o no tome el tren.

* * *

Y otro andén me vino a la memoria - ¡hace nueve años! - sólo que entonces era muy de noche - y estábamos lejos - en la provincia de Ufá. Seriozha y yo esperábamos el tren. - Era el final del otoño. - Recuerdo la terrible melancolía que suscitaba en nosotros nuestro doble abandono - ¡como si estuviéramos en el fin del mundo! -, lo tardío de la hora, las sirenas, lo desierto del andén. - Y en este momento - aquél, me parece feliz. - Quién sabe, quizá dentro de nueve años, también este momento de soledad en el andén de Kúntsevo me parezca feliz.

* * *

Pero al pisar tierra moscovita, me embargó una gran alegría. Sobre Moscú flotaba una ligera neblina rosada - el resplandor ahogado del crepúsculo. Los niños vendían cigarrillos, las abuelas - panecillos. Todo el camino hasta llegar a casa me sentí feliz. Al pasar delante de un pequeño puesto me acordé de que la última vez que volví de Kúntsevo - en verano - allí había comprado fresas. (Siempre que me bajo de un tren experimento una sensación de fiesta e, inevitablemente, compro alguna cosa, lo que en tiempos normales jamás «me permití».) - Compré - por primera vez desde que empezó la Revolución - un paquete de cigarrillos Yava -

por 130 rublos, sólo por la alegría de haber vuelto a Moscú. (Noviembre de 1919.)

El segundo capítulo es anotado por primera vez el 11 de diciembre de 1919, pero será reescrito y completado el 4 de enero de 1920.

[2] La epopeya de Kúntsevo

La ida a Kúntsevo ya la describí.

Diez días más tarde, cuando atravesaba la plaza Sobáchaia, oí una fina vocecita:

- Su Álechka la extraña mucho, llora.

Miro a mi alrededor. Un caballo alazán, un trineo repleto de paja, y una niñita de unos diez años con un pañuelo en la cabeza.

- ¿La conoce? ¿Conoce a Alia? ¿Viene usted del hospicio? Dígame, ¿cómo está Alia?

- No para de llorar, la extraña.

Oh, cómo se me encogió el corazón.

- Pero ¿ha hecho amistad con alguien?

- Es amiga de todos.

- ¿Lee? ¿Escribe?

- Lee y escribe en un cuaderno.

- Y ¿sale a caminar?

- No, nadie sale a caminar, - hace mucho frío.

- Y ¿no le pegan?

- No, nadie se pelea.

Me pongo de acuerdo con la niña para que me espere y vuelo a casa, tomo apresuradamente la carta que había ido escribiéndole a Alia noche tras noche, corro a la habitación de las niñas, agarro al azar la jaula vacía de la ardilla, un cochecito roto y otras monstruosidades infantiles que ya están fuera de uso, - después, para Alia, un icono pequeño (antiguo, de la Virgen de Iversk) - un pequeño león japonés en piedra sobre una base pequeña, lo meto todo en un hatillo y me precipito de regreso a la plaza Sobáchaia, encuentro a la directora de la Liga para la Salvación de los Niños - Nastasia Serguéievna - le confío el hatillo, la carta, le pregunto por las niñas.

- Alia es una niña muy buena, sólo que demasiado desarrollada, se le podrían dar doce años - ¡no! qué digo doce - ¡dieciséis! A propósito no hablo con ella, intento detener un poco su desarrollo. Todo el tiempo lee, escribe, es tan

tranquilita. Pero hoy lloró un poquito: estaba leyendo un libro y se le acercó un niño - analfabeto - que lo quería ver. Ella no se lo prestaba y entonces él se lo arrebató…

- ¿E Irina?

- ¡Ah, Irina! A todas luces es una niña anormal. Come muchísimo y todo el tiempo tiene hambre, y se pasa el día meciéndose y cantando. Cuando alguien dice una palabra, ella aprovecha lo que se ha dicho para ponerse a repetirlo sin ningún sentido. - La tenemos en un régimen especial. - Etcétera.

Me pongo de acuerdo con la directora para que pase por mí pasado mañana.

Dos días más tarde la espero, espero media hora, espero, espero, espero. El tiempo pasa, la directora no aparece. Voy a la Liga, la encuentro.

- Y bien, ¿me lleva con usted?

- No, no puedo, todavía tenemos que pasar al distrito.

Indiferencia en la voz y en el rostro.

- ¿Cómo están las niñas?

- Su Alia está un poco enferma.

- ¡Dios mío! ¿Qué le pasa?

- No sé, todavía no la ha visto el doctor. Calentura, dolor de cabeza. Hoy no la dejé levantarse de la cama.

- Un momentito, voy volando a casa a escribirle una notita, - es aquí al lado, en el callejón Borisoglebski, no tardo. Dele un beso de mi parte y dígale que mañana mismo voy a verla…

- Vuelo a casa, escribo una notita, - todo mi interior se ha desplomado - la tristeza ya no está en el pecho, - sino en el estómago. -

En casa no paro de dar vueltas en redondo - de pronto comprendo que iré ese mismo día - paso por casa de los Balmont[14] para darles la papilla de arroz con leche (el alimento enriquecido para los niños, el que daban en la Prechístenka, todavía tengo las tarjetas de racionamiento de las niñas) - a mí no me pasa por la garganta y en el hospicio las niñas están alimentadas - de los Balmont a la estación, como siempre dudo de cuál es el camino, pregunto mil veces, me duelen los pies (los zapatos están cojos), cada paso es una tortura - hace frío - no hay chanclos - hay tristeza y miedo - es el horror.

En Kúntsevo voy a casa de Lidia Alexándrovna, le cuento, me consuela. Ya se ha hecho oscuro (salí con el tren de las cuatro), ya no se puede ir al hospicio. Mil veces pregunto a Lidia Alexándrovna y a Volodia el camino. - Está cerca, como del callejón Borisoglebski a la plaza Lubianka, todo recto, recto hasta la chimenea de la fábrica Ochakovo y ahí, a la derecha, hay una puerta con la inscripción «Centro-alcohol» - o «Centro-aceite». Pero antes - la aldea Aminievo.

Anoto todos los giros, la preocupación de no poder llegar me distrae un poco de la idea de que Alia está enferma. - Aminievo - la chimenea de la Ochakovo - el Centro - con eso me quedo dormida.

* * *

Salgo a la mañana siguiente a las once, - me levanté a las ocho y hace tiempo que podría haber estado con Alia, pero en parte el miedo, y en parte los argumentos de Volodia y Lidia Alexándrovna de que tengo que tomar un té (mi eterna y fatal cortesía) me retienen.

Veo mi papelito - salgo. Volodia, que tiene cosas que hacer en el hospital (es el médico principal), me acerca unos cuantos pasos.

- Bueno, y ahora recto, todo recto hasta la chimenea de la Ochakovo…

Salgo de un salto, le doy las gracias. A la derecha los abetos, a la izquierda y delante - campos desiertos. Camino.

En Aminievo, la aldea, se burlan de mí los niños, me gritan palabras obscenas. El camino sube y baja - una pendiente empinada - un estanque congelado. Alguien me pregunta si no cambio tabaco.

Avanzo preguntándome angustiada si será ése el camino, aunque - no hay otro. Finalmente, como un milagro en el que no creía - la chimenea de la Ochakovo. A la derecha las puertas. - Centro. -

Avanzo por la inmensa alameda. Por alguna razón el terror ha disminuido - ¡estoy a punto de ver a Alia! - Después un puentecito - después una pendiente empinada - la zanja que conozco - el hospicio. Entro. Uno de los niños: - «¡Su Alia está enferma!». - «Lo sé, por eso he venido, lléveme, por favor, a donde está.» Vamos por una amplia y oscura escalera interior color amarillo. Huele a pino. Primer piso. Una niña sale corriendo: - «¡Alia! ¡Una señora ha venido a verte!». Entro. Multitud de camas. No distingo nada. (Soy absolutamente miope.)

Un grito: - «¡Marina!».

Sin ver nada todavía, me dirijo al fondo de la habitación, siguiendo la voz.

Un miserable cobertor de algodón, *terriblemente* sucio. De debajo de él emergen los inmensos ojos afiebrados de Alia, irritados y rojos por las lágrimas. El rostro febril, bañado en lágrimas. La cabeza rasurada. Alia se incorpora: veo que lleva puesto su vestido de lana a cuadros.

- ¡¡¡Alia!!! ¡¿Qué te pasa?!

Se echa en mis brazos - sollozando:

- ¡Oh, Marina! ¡Cuántas desgracias! ¡Cuántas desgracias! ¡Los niños desgarraron mi cuaderno - y la portada del libro - de su preferido - y yo no me

tengo en pie!

La estrecho entre mis brazos. No consigo decir una sola palabra. Ella llora.

- ¡Alia! ¿Te raparon?

- Sí. Pero le guardé un bucle, de recuerdo, está en el libro, en la *Linterna mágica*.

Saca de debajo de la almohada mi pequeño volumen de terciopelo azul, lo abre: un mechón dorado de sus maravillosos - ¡Stuart! - cabellos, colocado sobre el poema [el título no figura].

- Pero el cuaderno, ¡el cuaderno! Pero, Marina, ¡*de veras* que no fue mi culpa! Los niños…

- Álechka, tranquilízate, no importa, nada de eso tiene importancia, ya te voy a sacar de aquí. - ¿Lo rompieron todo?

- No, sólo las hojas en blanco. ¡Lo defendí *tanto*! Y la tapa del libro… Pero ya até el cuaderno con un cordel…

Llama a la celadora - Lidia Konstantínovna - y le ruega que le traiga su cuaderno.

Pregunto a la celadora sobre la enfermedad de Alia.

(Olvidé decir que había muchos niños enfermos - unos quince, dormían dos o tres en cada camastro.)

Me entero de que el doctor no ha ido ni irá - es demasiado lejos - no hay medicamentos - termómetro tampoco.

Al lado de Alia está acostada una niña con la cabeza rapada, tendrá unos cinco años. Todo el tiempo se ensucia encima, se queja sin parar y sacude la cabeza. Un camastro más allá - dos varones, el uno con la cabeza al lado de los pies del otro. Un poco más allá - una niña con su hermanito, Petia.

Sólo entonces descubro a Irina, que anda de un lado al otro. Su vestido rosa, largo hasta los tobillos, sucio hasta lo indecible, la cabeza rapada, el delgado cuello estirado. Deambula entre las camas.

- ¡Irina!

Levanto [falta una palabra], veo: no, no ha engordado, parece incluso más delgada. Su rostro es un poco distinto - más serio. Inmensos ojos grisáceo-verdioscuros. No sonríe. El pelo erizado.

- ¡Marina! Perdóneme, pero se parece muchísimo a una foca. ¡Mu-chí-si-mo! - dice Alia.

- Se porta fatal, - y esa costumbre que tiene de hacer sus necesidades por la noche -se queja Lidia Konstantínovna-, lo he probado todo, a levantarla, a sentarla cada media hora, - no, - se lo hace por lo menos tres veces por la noche, y no hay donde lavar, la canalización está estropeada. - Avisa que quiere y,

cuando la sientas, «¡no quiero!». ¡Y cómo grita! ¿¡Qué quiere decir con eso!? - La mayor, en cambio, está demasiado adelantada, - ¡cómo escribe! Lleva una especie de diario, lo he leído. ¡¡¡Qué manera de describir a Petia!!!

Le doy a Alia una galleta, a Irina una patata. Alia me cuenta que Irina no acepta nada de nadie que no sea Lidia Konstantínovna. Cuando los niños le dan algo, no lo toca: sólo lo mira. Y otra cosa:

- Irina, ¡dame la patata!

- ¡Mi pa-pa-pa!

- Irina, ¡dame el consejo de Kozlov!

- «¡Mi (!!!) coejo e olov!», etcétera. Los niños no quieren a Irina, se burlan de ella. Cuando la quieren sentar en la bacinica, se tira al suelo y se golpea la cabeza.

Poco a poco *me doy cuenta* del horror que es el hospicio: no hay agua, los niños - por falta de ropa abrigada - no salen a tomar el aire, - no hay médico - no hay medicamentos - una suciedad demencial - los suelos parecen de hollín - un frío atroz (está estropeada la calefacción). - Dentro de poco la comida.

Lidia Konstantínovna sirve: de primero - en el fondo de un plato llano agua con unas cuantas hojas de col. No doy crédito a mis ojos. De segundo: una cucharada (ordinaria) de lentejas, después «de suplemento» - una segunda. No hay pan. No hay nada más. Los niños, para prolongar el placer, comen las lentejas una a una. Durante la repartición los sanos irrumpen en el cuarto de los enfermos para «cerciorarse» de que la celadora no les haya sustraído una cucharada.

Transida, lo entiendo: no es más que - *¡la hambruna!* Y esto es el arroz y el chocolate con los que me tentó Pavlushkov! (El médico que consiguió que las niñas entraran en el hospicio.)

Irina, intuyendo mi presencia, está más sosegada. Nada de «¡no quiero!» - (lo único que ha aprendido a decir en el hospicio) deja que la sienten en la bacinica. Lidia Konstantínovna no para de jactarse.

- Irina, ¿quién ha venido a visitarte?

Irina, como de costumbre, después de echarme una mirada, se gira. Guarda silencio.

Yo misma le doy de comer a Alia. Las cucharas son de madera, inmensas, no caben en la boca. Alia, pese a la fiebre, come con avidez.

- Y por la mañana ¿qué os dan?

- Agua con leche y media rosquilla, - y a veces un pedacito de pan.

- ¿Y por la noche?

- Sopa.

- ¿Sin pan?

- A veces con pan, pero pocas.

Los niños más pequeños, cuando acaban de comer, lloran. - «¡Tenemos hambre!» La vecina de Alia no para de quejarse. - «¿Qué le pasa?» - «Tiene hambre.» - «¿Siempre os dan así de comer?» - «Siempre.»

Miro por la ventana. La nieve se ha debilitado ligeramente, pronto oscurecerá. *La mort dans le cœur*[15] - me despido. Beso y bendigo a Alia.

- Álechka, no llores, mañana vendré sin falta. ¡Vendré a sacarte de aquí!

La beso y la bendigo.

- Marina, ¡no olvide mi cuaderno! Y llévese también los libros, si no los niños van a acabar arruinándolos.

Salgo. Y de nuevo la alameda - los pilares rojos del hospicio - en dirección a ellos hago la señal de la cruz - y de nuevo el puentecito - el estanque - la nieve. Avanzo con una sensación de horror que va en aumento, pero el miedo a perderme en el camino hace que me distraiga ligeramente. Giro a la derecha, le pregunto a un campesino con el que me encuentro si por ahí se va a Kúntsevo - no, es a la izquierda.

Y así - entre montones de nieve - sola - con los pies doloridos - con una tristeza mortal en el corazón - camino.

* * *

En casa de Lidia Alexándrovna ya no había luces. Entré sin hacer ruido, me senté en una silla y me eché a llorar.

La gorda Maria (había trabajado de sirvienta en una buena casa, me desprecia), por orden de Lidia Alexándrovna, me sirvió de comer. Yo, sentada en la oscuridad, no comía - lloraba. Lidia Alexándrovna, en la habitación de al lado, conversaba con Volodia. Después me llamó:

- ¿Qué le pareció?

- Un horror - respondí en voz muy baja para que no se oyeran las lágrimas.

- ¿Es decir?

- Ni les dan de comer ni los curan - no tienen termómetro - ni medicamentos - ni médico. No hay calefacción. Alia morirá.

También el tercer capítulo, el que relata los acontecimientos del 5 de diciembre de 1919, lo escribió el 4 de enero de 1920.

[3] El regreso al día siguiente

La primera vez que fui a ver a Alia al hospicio, no sentía demasiado miedo: la inquietud que me producen los caminos desconocidos (jamás - raya lo absurdo - logro orientarme) - la buena reputación de las colonias para niños - cierta irrealidad en la enfermedad de Alia (hasta entonces no la había visto enferma) - sentía desasosiego - preocupación - pero no miedo.

La segunda vez - después de la primera visita y de su cuaderno - y de haber pasado, además, la noche en una oficina helada, sin desvestirme, con un abrigo por manta - esa segunda vez iba como un condenado a muerte.

- Nieve, mucha nieve. La negrura de los abetos. La muerte. Camino como un fantasma, trastabillando sobre mis tacones torcidos, - tormenta de nieve. - El camino ya se distingue mal, - ¿cómo voy a volver? - Le llevo a Alia dos terrones de azúcar y dos galletas, - me los dio Lidia Alexándrovna - en Kúntsevo no se puede comprar nada.

¡Ah!, entrar en una isba cualquiera y cambiar mi brazalete por pan, pero tengo una apariencia tan sospechosa - y mi voz sonaría tan artificial - lastimera en exceso o insolente (como siempre que vendo) - que nadie creerá que tengo una hija en el hospicio.

El camino es interminable. Oh, por supuesto no son tres verstas, son por lo menos seis. La tormenta no amaina, los pies se hunden en la nieve fresca.

Poco antes de llegar al hospicio me encuentro con un campesino que se ofrece a llevarme. Acepto. Barba rojiza, ojos azules - claros, muy claros - picaros e infantiles. Me pregunta si trabajo. Siento, como siempre - una vaga vergüenza - y, previendo ser censurada si digo que no, digo sí. - «¿Dónde?» - «En una cooperativa. Mi marido es marinero, desapareció en Sebastopol.» - «Vaya, vaya.»

Ya está ahí el «Centro» - me apeo de un salto, doy las gracias. La tristeza en el estómago (en las *entrailles*[16]) que se había acallado por la conversación con el campesino - se transforma en náusea. Obligo a mis piernas a caminar.

Los pilares rojos del hospicio. - ¡Oh, Dios! - Me siento desfallecer.

La casa. La escalera. El olor a pino. La multitud de niños, no distingo a nadie.

Suplicante:

- He venido a ver a Álechka.

Uno de los niños (creo que un varón):

- ¡Álechka está peor! - ¡Su pequeña Álechka ha muerto!

Ya estoy arriba. Junto a la pared - Lidia Konstantínovna.

La tomo por ambas manos, casi la acorralo contra la pared.

- Por Dios - por Dios - por Dios - ¿es cierto?

- Por supuesto que no - ¡qué manera de asustarse!

- ¡¡¡Por el amor de Dios!!!

- Por supuesto que no, están bromeando, - lo dicen así - porque sí.

- Dígame la verdad, ¡¡¡se lo ruego!!!

- Es la verdad - fue una broma. ¡Vamos!

Con pasos enormes me acerco hasta el camastro de Álechka. La cabeza rasurada asoma desde debajo de la manta - los brazos extendidos - ¡está viva!

- ¡Alia! ¡De nuevo estás llorando! ¿Qué te pasa? ¿Estás peor?

- Me duele mucho la cabeza y me duele el oído.

Su cama está en un rincón entre dos ventanas no calafateadas. La cabeza rasurada. Se resfrió. - Sólo lleva puesta una camiseta - que no es la suya - toda desgarrada.

Al pasar noto que han lavado el suelo.

- Si no hace más que llorar y llorar, claro que le duele la cabeza - dice Lidia Konstantínovna.

Disimulando mi enojo con dificultad, le doy a Alia unos polvos de quinina. - «¿Qué le está dando?» - «Quinina.» - «Pues mejor no se la dé, es pesada para el estómago y hace que zumben los oídos.»

- «¿Todavía no ha venido el doctor?» - «No, todavía no - está muy lejos - antes, cuando vivíamos al lado del hospital, yo llevaba a los niños.»

Algunos ya se han curado. Los sanos irrumpen a cada instante en la habitación, Lidia Konstantínovna los persigue para que se vayan, no la obedecen. Alia tose como loca, ha vuelto la tos ferina. Tiene las venas de la frente y del cuello saltadas, como cuerdas. Todo el blanco de los ojos - el de Alia es azulado, apenas más pálido que la pupila - ¡el blanco! - encendido, como sangre.

La celadora rezonga: «Llegaron con tos ferina, desde el principio dije que tenían tos ferina. Ahora todo el mundo tose».

No recuerdo de qué manera la conversación recae en la escuela:

- Estaba terca, terca, pero finalmente obedeció y fue. Hágame el favor - allá les dan de desayunar, les enseñan imágenes con una linterna mágica. Al principio no hacía más que repetir que no escribiría sin *iat*[17], pero le dije - «de aquí a que lleguen a la *iat*…, por lo pronto mira las imágenes, algo aprenderás, los maestros son buenos»…

Y Alia, bañada en lágrimas:

- ¡No, no fui! Marina, ¡no le crea! Todo el tiempo me quedé en el patio…

- Está bien, está bien, no tiene importancia, tranquilízate, Álechka, te creo…

(¡Sola contra todos! - ¿Tenía yo razón?)

Me ocupo de cambiar a Alia a otra cama - una libre. Los tablones no empalman. Dar órdenes en un lugar ajeno - y para un niño que no es el propio -

(yo no soy sino «una señora») - va absolutamente en contra de mi naturaleza - ¡oh, maldita educación!

Pero se trata de la vida de Alia - y *me obligo* a insistir en lo que creo que hay que hacer. Percibo un vago descontento en la celadora.

Finalmente Alia ya está en otra cama. Lidia Konstantínovna le pone una camiseta limpia, yo - un vestido y una chaquetita.

- La está usted cubriendo demasiado - es malo.

- Pero ¡la estufa no está encendida!

Irina deambula entre los camastros. Le doy a Alia el azúcar. Un ataque de tos, Alia con los ojos dilatados por el miedo, me tiende en silencio el terrón de azúcar que acaba de sacarse de la boca: tiene sangre.

¡Sangre y azúcar! Me estremezco.

- «No es nada, Álechka, es la tos, se revientan algunas venitas.»

Pese a la fiebre, come con avidez.

- «Y a la pequeña, ¿no le va a dar nada?»

Finjo que no oigo. - ¡Dios! - ¡Privar a Alia! - ¡¡¿Por qué habrá enfermado Alia y no Irina?!! -

Salgo a fumar a la escalera. Hablo con los niños. Una niñita: - «¿Es su hija?» - «Sí.»

En el pequeño espacio que hay entre la escalera y la pared - Irina enojada se golpea la cabeza contra el suelo.

- Niños, no la hagan rabiar, déjenla, yo ya decidí no prestarle atención, así se calma más pronto, dice la directora, Nastasia Serguéievna.

- ¡¡¡Irina!!! - la llamo. Irina, dócil, se levanta. Al cabo de un instante la veo sobre la escalera. - «Irina, bájate de ahí, ¡te vas a caer!», grito. - «No se ha caído, no se ha caído, ¿y de pronto se va a caer?», dice una de las niñas.

- «Sí, justamente», digo con voz monótona - con calma y con rencor - «no se ha caído, no se ha caído - y de pronto se va a caer. Siempre ocurre así».

- «Y se hará pedazos», confirma, ya sosegada, la niña. Vuelvo a Alia. La vecina de Alia lloriquea:

- «Tenguambre, tenguambre»…

También Petia - de la misma edad que Irina - gimotea.

- «¡No llores!», lo exhorta uno de los niños, - «¿tienes que llorar cada vez que quieres comer? ¡Que poco listo!»

- «¡Hoy no habrá segundo plato para los enfermos!» - irrumpe uno con la noticia.

- «Hoy patatas y nada más.»

- «Habrá más», digo yo obstinada - y aterrada.

La misma sopa - la misma cantidad - sin pan. De nuevo los niños mayores están presentes durante la repartición. Lidia Konstantínovna se enoja: «No teman, no les oculto nada. ¿Creen que me lo voy a comer yo?».

(Olvidé decir que, con todo el dolor de mi corazón, no pude hacer lo que Alia me había pedido: traerle una cucharita. En casa de Lidia Alexándrovna sólo había de plata.)

A Irina se la llevan en brazos a comer. Los niños se han acabado la sopa.

Espero, espero. Es evidente que no habrá segundo plato. Llega alguien con la noticia de que a los enfermos les darán un huevo.

Las provisiones de Alia se han terminado. Estoy allí, postrada.

- «Tú tendrías que dormir un poco, me das lástima», le dice Lidia Konstantínovna a Irina, «pero no sé dónde acostarte, - te vas a hacer encima». La pone transversalmente en una cama ancha, sobre una especie de sábana doblada, la cubre con un abrigo de piel.

Y - unos tres minutos más tarde - el grito despavorido de la misma Lidia Konstantínovna - «¡Oh no, no otra vez!»

Levanta a Irina, la sienta, pero los hechos están consumados.

Al cabo de un rato, Alia pide hacer sus necesidades. Le traigo un utensilio con agua, la siento.

Cuando Lidia Konstantínovna vuelve, agita los brazos con desesperación:

- «Pero ¡qué ha hecho! ¡Esto lo había traído para lavar! ¡¿Ahora de dónde voy a sacar agua?!»

Guardo un silencio despreciativo.

Al irme, le dejo a Alia medio sobrecito de quinina:

- «Álechka, esto te lo tomas por la noche, - mira, te lo dejo aquí, no te olvides», - y, dirigiéndome a Lidia Konstantínovna:

- «Y este sobrecito se lo da por la mañana, le ruego que no se olvide.»

- «De acuerdo, de acuerdo, sólo que hace mal atiborrándola de quinina, tendrá zumbidos de oídos.»

- «¡Por Dios, no se olvide!»

- «De acuerdo, de acuerdo, me lo pondré en el zapato.»

Miro por la ventana: la nieve ya no brilla. La tormenta

de nieve es fortísima. Es evidente que dentro de poco oscurecerá. Quería esperar a que llegara el huevo, pero no puedo seguir esperando, - ya en este momento ignoro cómo haré para regresar.

- «Adiós, Álechka, ¡que Dios te ampare!» - Profundamente triste me inclino, la beso. - «No llores, mañana sin falta te sacaré de aquí - y de nuevo estaremos juntas - ¡no te olvides de la quinina! Bueno, mi niña adorada…»

* * *

Cuando salí, ya todo estaba en sombras. De pronto pensé en las pleamares y en las bajamares - en lo ineluctable de las pleamares y las bajamares.

Aunque volara - de todos modos la oscuridad se me adelantaría. - Hay tormenta de nieve. - Es evidente que no hallaré el camino y me congelaré. Pero mientras tenga pies - he de caminar. Camino - con serena desesperanza - por un sendero casi imperceptible. Los pies se hunden en la nieve.

Camino unos diez minutos, pero sigo estando en Ochakovo. La voz de una anciana: «Señorita, ¿adonde va?». - «A Kúntsevo.» - «¡Oh, no llegará!, - mire, el camino apenas se distingue. Además dentro de nada estará completamente oscuro.»

- «¿Y usted adonde va, también a Kúntsevo?»

- «No, yo soy de aquí.»

La esperanza se desvanece. La anciana tuerce en una callejuela y de pronto de lejos - a un trineo que pasa:

- «¡Querida! ¡Llévala! ¡También va a Kúntsevo! A pie no llegará - ¡está muy oscuro! Tú vas a la estación, ¿o no?»

- «¡A la estación, al tren de las cuatro! - Está bien, si puede - súbase al vuelo, no puedo detener al caballo, - ¡llevo mucha prisa!»

Salto - no sé si estoy en el trineo o en la nieve - no, la nieve se mueve, - o sea que es - ¡el trineo!

- ¡Salvada!

La mujer es una criada, va a la estación a recibir a los patrones, teme llegar tarde. Conversamos.

Le cuento quién soy y por qué estoy en Ochakovo.

Después de esta nueva visita, M. Ts. toma una decisión: se llevará a Alia, que está enferma, a casa, y dejará a Irina en el hospicio. En su lucha contra el hambre, el frío y la enfermedad, con frecuencia recibe la ayuda de una pareja. Vera Zviáguintseva, actriz, más tarde poeta y traductora, y su marido, Alexandr Eroféiev, economista. En las cartas que les escribe podemos leer la continuación de la historia. La primera, que data probablemente del 17 de febrero de 1920, parece no haber sido enviada.

A Vera Zviáguintseva y Alexandr Eroféiev

Amigos míos:

Gracias por su cariño.

Les escribo desde la cama, es de noche. Alia tiene 40,4.º - tuvo 40,7.º. - Malaria. Durante diez días estuvo casi sana, leía, escribía, todavía anoche tenía 37.º - y de pronto esta mañana 39,6.º - y por la tarde 40,7.º.

- Es la tercera crisis. - Ya tengo la experiencia del desespero, - comencé la frase y, por superstición, de algo bueno o malo, temo terminarla.

- ¡Dios ha de querer! -

Vivo rodeada de indiferencia, Alia y yo estamos absolutamente solas en el mundo.

¡Nadie está tan solo en toda Moscú!

A otros niños los cuidan sin despegarse de ellos, y yo - Alia con 40,7.º - debo dejarla enteramente sola y desaparecer para ir por la leña.

Ella no tiene *a nadie*, salvo a mí, y yo no tengo - *a nadie* salvo a ella. - No se ofendan, señores, doy a *no tener* y a *tener* el más profundo de los sentidos: si *tiene*, morirá si yo muero, si no muere - es que *no tiene*.

Pero esto es - en lo más profundo, - no siempre vivimos en lo más profundo - en cuanto yo vuelva a ser feliz - es decir, en cuanto me libere del sufrimiento ajeno - diré de nuevo que ustedes dos - Sasha y Vera - me son cercanos. - Me conozco.

- Justo estos últimos días me sentía tan feliz: Alia estaba mejor, yo - después de dos meses - de nuevo estaba escribiendo, más y mejor que nunca. Me despertaba y cantaba, volaba por las tiendas - ¡qué dicha! - Alia y mis poemas.

Estaba preparando un libro - de 1913 a 1915 -, mis viejas poesías resucitaban, renacían, yo las corregía y las engalanaba, me sentía encantada con mi yo de los veinte años y con todos a los que en ese entonces amaba: yo misma - Alia - Seriozha - Asia - Piotr Efrón - Sonia Parnok - mi joven abuela - los generales del año 12 - Byron - y - ¡es imposible enumerarlos!

Y de pronto la enfermedad de Alia - y ya *no puedo* escribir, no tengo derecho a escribir, porque escribir - es un placer y un lujo. Y entonces escribo cartas y leo libros. De lo que deduzco que mi único *lujo* es - el oficio para el que nací.

Esta carta los dejará helados, pero entiéndanme: soy un ser solitario - estoy sola en el mundo - (ya que Alia y yo somos - una), no tengo nada que perder. Nadie me ayuda a vivir, no tengo padre, ni madre, ni abuelas, ni abuelos, ni amigos. Estoy - escandalosamente sola, por eso - tengo derecho a todo. - ¡Incluso a cometer un crimen! –

* * *

Desde que nací fui expulsada del *círculo de los humanos*, de la sociedad. No tengo atrás un apoyo viviente, - tengo un peñasco: el Destino. Vivo contemplando mi vida - *toda la vida* - ¡la Vida! No tengo edad ni tengo rostro. Quizá yo sea - la Vida misma. No temo a la vejez, no temo al ridículo, no temo a la miseria - ni a la hostilidad - ni a la maledicencia. Yo, encubierta por un cascarón de alegría y fuego soy - piedra, es decir, invulnerable. Pero está Alia. Seriozha. - No me importa despertar mañana llena de arrugas y con la cabeza encanecida - ¡me da igual! - modelaré mi Vejez - ¡de todas formas me habrán amado tan poco!

Viviré - las Vidas - de los otros.

Y al mismo tiempo, ¡disfruto tanto con cada camisa lavada de Alia y cada plato limpio! - ¡Y el pan del Comité! Y - ¡me gustaría tanto un vestido nuevo!

Todo lo que estoy escribiendo es - un delirio. Tengo que dormir. Vérochka, cúrese y vuelva a mirar con sus ojos afiebrados - de Vida - por encima de sus rosadas mejillas. - Me acuerdo de su vestido negro y de sus cabellos claros.

- Cuando pueda levantarse, vaya a visitar a Balmont, por el placer, - su solo aspecto - debajo de su manta a cuadros - ¡ya es suficiente!

La carta que sigue fue escrita tres días más tarde.

A los mismos

Moscú, a 7/20 de febrero de 1920, viernes

Amigos míos:

Tengo una pena muy grande: Irina murió en el hospicio, el 3 de febrero, hace cuatro días. Y la culpa es mía. Estaba tan ocupada con la enfermedad de Alia (malaria - con ataques recurrentes) - y tenía tanto miedo de ir al hospicio (miedo de que sucediera lo que finalmente sucedió), que deposité mi confianza en el destino.

- ¿Se acuerda, Vérochka, de aquella vez cuando en mi habitación, en el diván, yo se lo pregunté, y usted me respondió «puede ser» - y yo, llena de pánico, exclamé: - «¡Oh, por Dios!»? - Y ahora se ha consumado y ya no tiene remedio. Me enteré *por casualidad*, pasé por la Liga para la Salvación de los Niños en la

plaza Sobáchaia para informarme sobre algún sanatorio para Alia y - de pronto: un caballo alazán y un trineo con paja - de Kúntsevo - que reconocí. Entré, me llamaron. - ¿Es usted la señora tal? - Sí. - Y me lo dijeron. - Murió sin

estar enferma, de debilidad. Y ni siquiera fui al entierro - ese día Alia tenía 40,7.º de fiebre y - ¿la verdad? - simplemente *no podía*. - ¡Ah, señores!

- Se podrían decir muchas cosas. Yo sólo diré que es como un *mal sueño*, y no hago sino pensar que pronto despertaré. Por momentos lo olvido, me alegro porque a Alia le ha bajado la fiebre, o por el clima - pero de pronto, ¡Dios mío! - ¡Sencillamente no lo creo todavía! - Vivo con un nudo en la garganta, al filo del abismo. - Ahora entiendo muchas cosas: la culpa de todo la tiene mi espíritu aventurero, la ligereza con la que enfrento las dificultades, finalmente mi salud, mi monstruosa resistencia. Cuando para ti es fácil no ves que para el otro es difícil. Y - finalmente - ¡yo estaba tan abandonada! Todo el mundo tiene a alguien: un marido, un padre, un hermano - yo sólo tenía a Alia, y Alia estaba enferma, y me entregué a su enfermedad - y Dios me castigó.

- Nadie lo sabe, - sólo una de las señoritas de aquí, la madrina de Irina, amiga de Vera Efrón. Se lo dije para que intentara impedir que Vera fuese a recoger a Irina - yo me preparaba para hacerlo -, es más, ya me había puesto de acuerdo con una mujer para que me trajera a Irina - justamente el domingo.

- ¡Oh! -

- ¡Señores! Díganme alguna cosa, explíquenme.

Otras mujeres olvidan a sus hijos por los bailes - el amor - los vestidos - la fiesta de la vida. Para mí la fiesta de la vida es la poesía, pero no olvidé a Irina por la poesía - ¡no he escrito nada en dos meses! Y - lo más terrible es - ¡que no la olvidé! - no la olvidaba, no hacía sino atormentarme y preguntarle a Alia: - «Alia, ¿qué opinas…?». Y todo el tiempo me disponía a ir por ella, y siempre pensaba: «En cuanto Alia esté bien, me ocuparé de Irina». - Y ahora ya es tarde.

Alia tiene malaria, con ataques constantes, tres días seguidos tuvo 40,5-40,7.º, luego cedió la fiebre, luego volvió a subir. Los médicos hablan de sanatorio, es decir - de separación. Y ella vive a través de mí y yo a través de ella - con un cierto frenesí.

Señores, si me veo obligada a dejar a Alia en un sanatorio, iré a vivir con ustedes, dormiré en el corredor o en la cocina - ¡por favor! - no puedo quedarme en Borisoglebski, acabaré ahorcándome.

O acójanme en su casa con ella, en su casa no hace frío, tengo miedo de que ella también muera en el sanatorio, tengo miedo de todo, tengo pánico, ¡ayúdenme!

La malaria se cura con buenas condiciones de vida, ustedes le proporcionarían el calor, yo - la comida. Antes de lo que les conté al comienzo de esta carta, había empezado a preparar una selección de mis poesías (1913-1916) para su publicación - estaba fascinada con ello - además, necesitaba dinero.

Y - todo se derrumbó.

- En estos días vendrá un médico - ¡el tercero! - a ver a Alia. Hablaré con él, si dice que en condiciones *humanas* puede reponerse, les suplicaré: ¿podrían arrancar a sus inquilinos el comedor? La enfermedad de Alia no es ni contagiosa ni permanente y a ustedes no les ocasionaría ninguna molestia. Sé que estoy solicitando una ayuda inconmensurable, pero - ¡señores!

- ¡yo sé que ustedes me quieren!

Los médicos hablan de sanatorio porque en mi casa por las mañanas hay 4-5.º, pese a que por las tardes la caliento, y últimamente la caliento incluso por las noches.

Los parientes de mi marido me ayudarían a alimentarla, y yo vendería mi libro con la ayuda de Balmont - eso se arreglaría. - ¿No han llegado los víveres de Riazán? - ¡Señores! No se horroricen ante mi petición, yo misma vivo en el horror permanente, mientras estuve escribiendo sobre Alia, olvidé a Irina, ahora me he acordado de nuevo y me siento aturdida.

- Un beso, Vérochka, mejórese. Si me escribe, dirija la carta a: V. A. Zhukóvskaia (para M. I. Ts.) - o - para Marina, Merzliakovski 16, apartamento 29. No estoy registrada aquí. - ¿Quizás usted, Sáshenka, podría pasar a verme? Aunque sé lo difícil que le es dejar a Vera.

Un beso para los dos. - De ser posible, no le cuenten nada - por lo pronto - a ninguno de nuestros conocidos comunes, como un lobo en su madriguera oculto mi desgracia, me hace daño la gente.

M. Ts.

[En el margen:] Además, Vérochka, gracias a usted seguramente Alia recuperaría un poco de alegría, ella los quiere a usted y a Sasha, y en su casa hay ternura y alegría. Estos días estoy casi siempre en silencio - y - aunque ella no sepa nada, esto la afecta. - Sólo le pido *un hogar* - ¡por una hora!

M.

Unos días más tarde, le escribe sólo a Vera Zviáguintseva.

Moscú, a 12/25 de febrero de 1920, miércoles

Vérochka:

Usted es la única persona con la que ahora quiero - puedo - hablar. Quizá porque usted me estima.

Estoy escribiendo sobre el piano de cola, mi cuaderno está inundado de sol, mis cabellos arden. Alia duerme. Querida Vera, me siento totalmente perdida, vivo de una manera *terrible*. Como un autómata: encender el fogón - ir a Borisoglebski por la leña - lavar la camiseta para Alia - comprar las zanahorias - no olvidar cerrar el conducto - y ya se ha hecho de noche. Alia se duerme temprano, me quedo sola con mis pensamientos, por la noche veo a Irina en sueños, y - está viva - y me alegro tanto - y es tan natural que me alegre - y es tan natural que esté viva. Todavía hoy no logro entender que ya no esté, no lo creo, comprendo las palabras pero no las siento, constantemente tengo la impresión - a tal punto no admito *lo irreparable* de la situación - de que todo se arreglará, que esto es una lección - en sueños - para mí, que en cualquier momento - despertaré.

- Veróchka querida. -

Me siento mal cuando estoy con gente, nadie me quiere, nadie tiene compasión - sencillamente - a porfía - de mí, siento todo lo que de mí piensan, es muy duro. Por otro lado, no veo a nadie.

En este momento necesito que alguien crea en mí, que me diga: «Pese a todo es usted buena - no llore - Seriozha está vivo - volverán a verse - tendrá usted un hijo, todavía todo puede ir bien».

Me aferro febrilmente a Alia. Ella mejora - y yo sonrío, pero - de pronto - 39,3.º y de golpe es como si me lo arrebataran todo, y de nuevo me adapto a la muerte. - Vera querida, no tengo futuro, no tengo voluntad, tengo miedo de todo. Mejor sería - creo - morir. Si Seriozha ya no vive, no podré seguir viviendo. Imagínese - una vida larga - grande - donde todo es ajeno - las ciudades son ajenas, las personas son ajenas, - y Alia y yo estamos - tan abandonadas - sólo ella y yo. ¿Qué sentido tiene prolongar la tortura si es posible no torturarse? ¿Qué me une a la vida? - Tengo veintisiete años, y es como si fuera una anciana, jamás tendré *presente*.

Y además, todo en mí está hoy roído, carcomido por la tristeza. ¡Y Alia es un tallo tan tierno!

- Vera querida, escribo al sol y lloro - ¡por haberlo amado todo en el mundo con tanta fuerza!

Si hubiera a mi alrededor un círculo de gente. - A nadie se le ocurre pensar que *también* yo *soy un ser humano*. La gente viene y le trae comida a Alia - me siento agradecida, pero tengo ganas de llorar, porque - nadie - nadie - nadie a lo largo de todo este tiempo me ha hecho una caricia en la cabeza. - ¡Y estas tardes! - La luz turbia de un aplique (una pantalla redonda y opaca), Alia duerme, cada

media hora le toco la frente - no tengo ganas de dormir, no tengo ganas de escribir - ¡aun pensarlo me horroriza! - estoy acostada en el sofá y leo a Jack London, luego me quedo dormida, vestida, con el libro en las manos.

Y luego, Vérochka, lo más terrible: empiezo a creer que a Seriozha - sin Irina - no le hago falta, que lo mejor sería - ¡lo más digno! - que *yo* muriera. Me avergüenza estar viva. - ¿Cómo se lo voy a decir?

¡Y con cuánto desprecio pienso en mis poesías!

En el pasado - la corrosiva tristeza…

La carta se interrumpe aquí.

El 31 de marzo de 1920, M. Ts. comenta en su cuaderno:

A veces veo la foto de Irina. Una carita redonda (¡entonces!) con rizos dorados, una amplia frente sensata, unos profundos - o quizá vacíos - ojos oscuros - *des yeux perdus*[18] - una boca preciosa - una gruesa nariz chata - algo de negroide en la estructura de la cara - un negro blanco. - ¡Irina! - Ahora pienso poco en ella, nunca la amé en la realidad, siempre en *la irrealidad* - la amaba cuando iba yo a casa de Lilia y la veía gordita y saludable, la amé el otoño pasado cuando Nadia (la nana) la trajo de la aldea, me complacía viendo sus maravillosos cabellos. Pero el atractivo de la novedad pasó, el amor se enfriaba, me irritaba su estupidez (¡parecía que tuviera la cabeza llena de corcho!), su suciedad, su glotonería, de alguna manera no creía yo que fuera a hacerse mayor - aunque no pensaba en su muerte - simplemente, era una criatura *sin futuro*. - O quizá - ¿con un futuro genial?

Irina jamás fue para mí una realidad, yo no la conocía, no la comprendía. Pero ahora recuerdo su sonrisa tímida - tan ofuscada - ¡tan poco común! - que ella de inmediato intentaba ocultar.

Y cómo me acariciaba la cabeza: - «Ía, ía, ía» (querida) - y cómo - cuando la sentaba en mis rodillas (¡diez veces quizás en toda su vida!) - se reía.

Y una idea - ¡no!, no es una idea, es una frase que, martirizándome, me repito a mí misma, casi en voz alta:

- «Si Irina no ha querido comer será porque los suplicios de la muerte ya andan cerca»…

¡Irina! - ¿Cómo murió? ¿Qué sintió? ¿Se mecía? ¿Qué imágenes retuvo en su memoria? ¿Un trocito de la casa de Borisoglebski - a Alia - a mí? ¿Habrá cantado «Ai-dudu-dudu-dudu»?… ¿Se enteró de algo? ¿Qué fue lo último que dijo? ¿Y de qué murió?

No lo sabré nunca.

La muerte de Irina es terrible porque fácilmente podría haberse evitado. Si el médico hubiera detectado la malaria de Alia - si yo hubiera tenido un poco más de dinero - Irina no habría muerto.

La muerte de Irina es para mí tan irreal como su vida. - Ignoro su enfermedad, no la vi enferma, no presencié su muerte, no la vi muerta, ignoro dónde está su tumba.

- ¿Monstruoso? - Sí, visto desde fuera. Pero Dios, que ve mi corazón, sabe que no fue por indiferencia por lo que no fui entonces al hospicio para despedirme de ella, sino porque NO *PODÍA*. (Si no fui a verla cuando estaba viva… -)

¡Irina! Si el cielo existe, estás en el cielo, comprende y perdóname, a mí, que fui una mala madre para ti, que no pude vencer mi aversión por tu naturaleza oscura e incomprensible. - ¿A qué viniste? - A pasar hambre - a cantar «Ai-dudu»…, a caminar en la cuna, a sacudir los barrotes, a mecerte, a oír exabruptos…

Extraña - incomprensible - misteriosa criatura, que para todos era ajena y a nadie amaba - ¡con esos preciosos ojos! - ¡y ese horrible vestido rosa!

- ¿Con qué la vistieron para enterrarla? - También su abriguito se quedó allá.

* * *

La muerte de Irina es terrible porque fue - la casualidad más pura. (Si fue por hambre - ¡un poco de pan! si fue por la malaria - ¡un poco de quinina! - ¡oh! - UN POCO DE AMOR, [la frase está inconclusa].

* * *

La historia de la vida y de la muerte de Irina:

No se encontró en el mundo suficiente amor para una pequeña niña.

Doce años más tarde, escribe en su cuaderno (en agosto de 1932):

Quand on a un enfant qui est mort de faim, on croit toujours que l'autre n'a pas assez mangé.

On n'a jamais eu un enfant, on l'a toujours[19].

4
Vida literaria y amorosa

Entre mayo de 1920 y mayo de 1922, fecha en que parte para el extranjero, M. Ts. vive un período de intensa creación: más de un centenar de poesías líricas de las cuales sólo una pequeña parte será publicada en 1921 en el volumen *Verstas II*. A éstas se añaden obras de un género nuevo, largos poemas narrativos con temas, en ocasiones, tomados del folklore: *El zar-doncella* en 1920, *Sobre mi caballo rojo* y *Egórushka* en 1921, un boceto para *El valiente* en 1922.

Simultáneamente, M. Ts. escribe con pasión en sus cuadernos, considerándolos a veces como su centro de interés principal. En ellos anota, por ejemplo, sus impresiones de lectura: al analizar las obras de otras mujeres-escritoras, busca dar luz a su propia identidad. La lectura de *Corinne* de Madame de Staël le inspira los siguientes comentarios (el 30 de mayo de 1920):

- Estoy terminando *Corinne*. Oswald ya ama a Lucile, que mantiene la mirada baja, aun cuando está sola.

Una digresión:

Madame de Staël (Corinne) no siente la naturaleza, - para ella todo es más importante que la naturaleza.

La condesa de Noailles languidece ante cada hojita.

La condesa de Noailles - en esto - es afín a Bettina.

Madame de Staël - a Maria Bashkírtseva.

En las dos primeras está - *mon âme émotionnelle*[1].

En las dos segundas - mon âme intellectuelle[2].

En mí - todo está mezclado.

Madame de Staël es ante todo un observador y un pensador, en eso es afín a mis cuadernos de notas. Tiene mi valentía.

Como vive apasionadamente - *le temps presse*[3] - no tiene tiempo para descripciones.

Lo que me diferencia de ella forma parte de *lo no importante* (ya que para ella lo importante - decididamente - es el mundo interior) - ella se siente más atraída por el arte, por *Laocoon*, por ejemplo, que por un árbol simplemente.

A mí *Laocoon*, como el arte en general (salvo la música y la poesía) - y la ciencia - con la mano en el corazón - me es indiferente.

La naturaleza actúa en mí de manera incomparablemente más fuerte, la naturaleza es parte de mí, por el cielo daría el alma.

Acabo de entenderlo: en la naturaleza - simplemente lo señalo - me es más querido lo que está en lo alto: el sol, el cielo, los árboles - *tout ce qui plane*[4]. Lo que no me gusta en la naturaleza son los pormenores: - *tout ce qui grouille*[5] . La abundancia no me gusta, la tierra me gusta - poco. (Me gusta seca, como piedra, que el pie resuene - como pezuña.)

En la naturaleza, debe ser, me gusta su Romanticismo, su Modo Alto. No me atrae ni el huerto (los pormenores), ni la siembra, ni el cultivo, - no soy Madre - el cielo del atardecer (¡apoteosis en la que están todos mis dioses!) me produce una embriaguez mayor que el olor de la tierra en primavera. - ¡La tierra labrada! - no es algo que me enloquezca - directamente - habría de volverme otra - ¡otro! - para que me gustara. No me es innato. Cuando digo «en la tierra suave», «en la tierra tierna» veo árboles muy, muy grandes con gente debajo.

No es artificialidad - ¡no me gusta el arte! - es mi peculiar forma de ser - en todo - también en la elección de las personas, de los libros, de los vestidos.

La tierra labrada me es más cercana que *Laocoon*, pero en general - ni la una ni el otro me hacen falta.

La tierra labrada es la Primera Infancia y es la Madre - me enternezco, me inclino y paso de largo.

Además, en la naturaleza siento la ofensa, - hay en ella demasiado y demasiados a quienes les soy indiferente. Y yo quiero, yo necesito que me quieran.

Por eso me son más queridos los dos álamos frente a mi entrada que los grandes bosques, mis álamos - de buen o mal grado - en seis años han tenido tiempo de acostumbrarse a mí, de advertir mi presencia, - ¿quién si no yo los ha contemplado con tanta frecuencia al alba desde el porche? - Y la frase: *mes Jardins - du Prince de Ligne*[6], sustituye para mí todos los jardines de la del Norte - y de la otra - Semíramis.

* * *

Cuando me levanto por la mañana, no tengo ganas de salir a dar un paseo, sino de escribir.

* * *

Además, los actos - la vida - la elección de vida de una persona - hablan por ella.

Y así: en mi poesía *no hay* naturaleza (salvo los árboles - las nubes - sí, sobre todo y esencialmente - ¡el cielo!) - Y así: en mi poesía *no hay* naturaleza y, al levantarme por la mañana, no tengo ganas de salir a dar un paseo, sino de escribir.

* * *

Nada me deja tan vacía como todo un día en libertad - sin nada que hacer. Quedo hueca - seca.

* * *

La naturaleza es - la abundancia, y toda abundancia, salvo la del hombre (no *¡la de los hombres!*) me abruma.

Con la naturaleza no me fundo, no hallándola *a ella*, me pierdo *a mí*, me desvanezco en su vacío, - m-u-e-r-o.

* * *

Amo los campos - los grandes espacios (con encono, pero los amo), - amo los campos, como la muerte, como la Iglesia.

Para algunos la Naturaleza es - el Ser, para mí es - el No-Ser.

En febrero de 1922, a propósito de la creación femenina añade en su cuaderno:

A mí la feminidad no me viene del sexo, sino de la creación.

[…] Sí, mujer - porque soy hechicera. Y porque soy - poeta.

A lo largo de este periodo, M. Ts. conoce a muchos poetas rusos mayores que ella, por quienes siente admiración y amistad. Escucha a Blok leer sus poemas en mayo de 1920, se escribe con Ajmátova en 1921, traba amistad con Balmont, a quien a veces lleva de comer. Otro

gran amigo será el príncipe Serguéi Volkonski, nieto de un célebre decembrista y hombre de letras, cuyos libros copiará a mano - sólo para ayudarlo (esta amistad, y la amistad con Balmont, continuarán en Francia). Otro encuentro importante es el que tuvo con Viacheslav Ivánov (1866-1949), poeta y filólogo, teórico del simbolismo, que emigrará a Italia en 1924. M. Ts. transcribe en su cuaderno la conversación que tuvieron (el 1 de junio de 1920).

¡Hoy ha sido un día maravilloso! Comenzó ayer. Dormí el día entero - ¡nunca me había pasado! - así - de pronto - sin quererlo - sin poder impedirlo - ¡y tan plácidamente! - ¡qué sueños! - ¡Como nunca - por la noche! Y esa progresión del adormecimiento. Por la noche caes, como en un pozo - ¡te acuestas y ya! - Generalmente me quedo dormida con luz, a veces doble - ¡la del día! - con un libro en las manos, muchas veces vestida.

Pero aquí - el alboroto de los niños en el patio, el ruido de los tapetes al ser sacudidos, de pronto el silencio, el sueño casi conciliado, y de nuevo el griterío de los pájaros (los niños), te estremeces: ¿te habías dormido? - ¿no? - el corazón palpita, (como si el cuerpo no existiera), como si fuera lo único con vida en el cuerpo.

Y la riqueza - la premura - la abundancia - la alternancia de los sueños. Voces altas, el fragor interminable de alguna discusión, el sueño entero se querella (es mi alma insomne que se venga por el sueño), a veces incluso sin palabras.

Ciertos vuelos: inmensos edificios vacíos, alambradas, persecuciones, - ¡sólo yo vuelo! - escaleras terribles e interminables…

Y, cuando despiertas, no se puede - ¡imposible! - no volver a dormirse.

Así me ocurrió ayer. Cuando finalmente entendí que si seguía así acabaría por no levantarme jamás, sin comprender todavía nada, plácida y muy pálida, tambaleándome, me acerqué hasta la mesa - un golpe en la puerta - (de entrada) - muy suave.

Quito el cerrojo (el respaldo de una silla, trabajo de Milioti[7]) - ¡Viacheslav! - Un gran sombrero negro de ala ancha, rizos canos, una levita, algo de un pájaro desalado.

- «He venido a verla, Marina Ivánovna! ¿Se puede? ¿No está ocupada?»

- «Estoy encantada.»

(¡Podría morir! Lo único que en mí rivaliza con la turbación - es el Entusiasmo.)

- «Sólo que la casa está en pésimo estado, es un desastre, todo está roto. Pero no se asuste, el lugar que yo ocupo está mejor…»

- «¿Nos vamos a quedar aquí?»

(Con aire desamparado y receloso mira alrededor: mesas, medios divanes, patas y brazos de sillas y sillones por todos lados, cántaros, objetos de cristal rotos, polvo, oscuridad…)

- «¡No-o! Iremos a mi habitación. Gracias a Dios usted no ve, si no…»

- «Si no diría que su casa está como la mía. Yo también vivo muy mal, - sin comodidades, todo está roto, hay tanta gente…»

Entramos.

- «¿Y dónde está su hija?» - «Está con Mirra Balmont[8] en casa de Sologub.» - «¿El Palacio de las Artes?» - «Sí.»

- «Qué poco acogedora es su casa: es oscura, y esa ventana tan pequeñita… ¿Le fastidia vivir?»

- «No, todo - menos eso.»

- «Pero no son fáciles para usted las cosas, no tiene dinero. ¿Tiene algún empleo?»

- «No, quiero decir, sí, estuve empleada cinco meses y medio - en el Comité Internacional. Yo era el escritorio ruso. Pero jamás volveré a aceptar un empleo.»

- «¿Y de qué vive? ¿Cómo consigue dinero?»

- «Pues, - a veces vendo, quiero decir, me venden, a veces simplemente me regalan, ahora cuento con la ración, así, - no sé. Alia y yo comemos tan poco… En realidad no necesito demasiado dinero…»

- «Pero en algún momento se agotarán los objetos.»

- «Sí.»

- «¿No le preocupa?»

- «No.»

- «Pero podría conseguir algún otro empleo…»

- «No quiero tener un empleo, -¡no puedo tener un empleo! Yo sólo sé escribir y realizar trabajos físicos - cargar cosas pesadas, etcétera. Pero además, es que hay tantas alegrías: mire, *Corinne* de Madame de Staël, por ejemplo»…

- «Sí, consuelos ideales hay muchos. - ¿Vive usted sola?»

- «Con Alia. - Bueno, arriba vive gente, mucha, siempre distinta…»

- «¿Y todas estas cosas son suyas?»

- «Sí, pedazos, retazos. Siento que me desprecia usted, - sólo que - ¡créame! - intenté resistir hasta el último minuto, - pero es que no puedo ir eternamente detrás de la gente y ver si me están robando o no. Y aparte, no veo nada…»

- «¡Ah, está usted hablando de la conservación de los objetos! No, - ¡¿acaso es posible preservarlos?! Y frente a una actitud tan verdaderamente filosófica hacia la vida, de ninguna manera siento desprecio, siento - *admiration*[9]…»

- «No es una actitud filosófica, no es sino instinto de conservación del alma. - ¡Qué feliz me hace que no me desprecie usted!»

- «Acabo de decir una tontería - sobre aquello del desempleo - me ocurre con frecuencia.»

- «No, no fue una tontería, sólo que me ofendí, pero ya ha pasado, ¡soy tan feliz!»

- «Tenemos que inventar algo para usted. ¿Por qué no se dedica a la traducción?»

- «Tengo un encargo - un Musset, pero…»

- «¿Versos?»

- «No, prosa, una comedia pequeñita, - pero…»

- «Lo que tiene que traducir son versos, y no a Musset - no creo que eso sea demasiado necesario - ¡no! traduzca a un grande, a alguien que a usted le guste…»

- «¡¡¡Pero tengo tantas ganas de escribir lo mío!!! - Por supuesto que lo que digo es ridículo, ya lo sé, ya sé que lo que yo escribo no le hace falta a nadie…»

- «Vamos mal - ¿cómo que no le hace falta a nadie?»

- «Así - a nadie, no caí ni en el momento apropiado, ni en la ola apropiada, pero a mí - a mí me hace falta, con algo tengo que consolarme, no puedo pasarme el día entero lavando ropa, cocinando…»

- «¿Y qué es lo que escribe? ¿Versos?»

- «No, los versos no me bastan, los escribo sólo cuando tengo que decirle algo a alguien y no me puedo acercar de otra manera. Ahora estoy muy entusiasmada con mis cuadernos de notas: todo lo que oigo en la calle, todo lo que los otros dicen, todo lo que yo pienso…»

- «Cuadernos de notas - está bien, pero eso no es sino material. Volvamos a la traducción. ¿Acaso no está bien que Balmont haya traducido a Shelley? - Cómo lo tradujo, - es otra cosa. - Lo tradujo como pudo. - Pero tomar un poema en una lengua ajena y sentirlo, vivirlo en la propia, - no es menos que escribir lo de uno. Es algo como un matrimonio secreto, si - verdaderamente - amas. Elija a un poeta así y tradúzcalo - unas tres horas al día. - Ésa será su disciplina, ¡sin disciplina no se va a ningún lado!»

- «Lo entiendo perfectamente, sobre todo esto último, lo de la disciplina. Pero jamás tendré el tiempo. Me levanto y - hay que traer agua - cocinar - darle de comer a Alia - llevarla a casa de Sologub - después ir por ella - volver a darle de comer… ¿Me entiende?

Y además tengo ganas de leer - ¡hay tantos libros maravillosos! - Y lo principal - mis cuadernos de notas, ésa es mi pasión, porque es - lo más vivo.»

- «Alia, temo por ella. ¿Cómo se llama? ¿Alexandra?»

- «No, Ariadna.»

- «Ariadna…»

- «¿Le gusta a usted?…»

- «Oh, me encanta Ariadna… - ¿Hace mucho que se separó usted de su marido?»

- «Dentro de poco hará tres años, - la Revolución nos separó.»

- «¿O sea?…»

(Le cuento.)

- «Pues yo pensaba que usted se había separado de él.»

- «¡Oh, no! - ¡¡¡Por Dios!!! - ¡Sólo sueño con volver a verlo!»

Hablo de mi incapacidad para adaptarme a la vida, de mi pasión por la Vida:

- «*Mais c'est tout comme moi, alors*![10] Yo tampoco sé hacer nada.»

(Un encanto inexplicable en su acento extranjero: entre francés y alemán, un poco de autoironía y algo - muy poco - de Stepán Trofímovich[11].)

- «¿Escribe usted prosa?»

- «Sí, mis cuadernos de notas…»

- «¿No como su hermana?» - «No, más concisa y más punzante…» - «Ella quería ser un segundo Nietzsche, terminar *Zaratustra*». - «Tenía diecisiete años. - ¿Sabe quién escribió *Zaratustra* antes de Nietzsche?» - «?» - «Bettina, Bettina Brentano, ¿conoce a Bettina?» - «Bettina es genial, y me gusta, porque formaba parte de las "almas danzantes".» - «¡Qué manera hermosa de decirlo!» - «Mi mujer es Lidia Petrovna [Dmítrievna] Zinóvieva-Hannibal…» - «Adoro su *Zoológico trágico*, - en "El diablo" - ¡me veo a mí misma!» - «Sí, si la conoce, seguramente debe sentirla cercana…

»Imagínese que una vez - cuando era una jovencita muy jovencita, en circunstancias del todo inadecuadas - en un baile - le dijo a un oficial de la guardia: "Podemos bailar y bailar, hasta el Gólgota". ¿Es usted cristiana?»

- «Ahora que han ofendido a Dios, lo amo.»

- «A Dios se le ofende constantemente, nosotros tenemos que ayudarlo *a ser*. En cualquier pobre mujer con la que nos cruzamos está crucificado Cristo. La crucifixión no ha terminado, Cristo es crucificado a cada momento, - puesto que existe el Anticristo. - En una palabra, ¿es usted cristiana?»

- «Creo que sí. - En todo caso, tengo una conciencia insomne.»

- «¿Conciencia? Eso no me gusta. Es algo protestante - la conciencia.»

(En la cara una mueca, como si hubiera olido una cerilla de azufre.)

- «Y, además - lo que más amo en el mundo es al ser humano, al ser humano viviente, el alma humana, - más que la naturaleza, que el arte, más que nada…»

- «Usted debería escribir una Novela, una novela larga, auténtica. Tiene usted el don de la observación y del amor, y es muy inteligente. Después de Tolstói y de Dostoievski no ha habido más novelas.»

- «Soy demasiado joven todavía, he pensado mucho en eso, pero necesito que todo lo que aún bulle en mí - se calme…»

- «No, está viviendo sus mejores años. Una novela o una autobiografía, lo que quiera, - quizás una autobiografía, pero no como su hermana, sino como *Infancia* y *Adolescencia*[12]. De usted quiero - lo más grande.»

- «Todavía es pronto para mí - no me equivoco - por lo pronto sólo me veo a mí misma y lo que es mío en el mundo, necesito ser mayor, hay muchas cosas que aún me lo impiden.»

- «Pues escriba de sí misma, de lo suyo, la primera novela será bruscamente subjetiva, la objetividad vendrá después.»

- «La primera - y la última, ya que, pese a todo, ¡soy una mujer!»

- «Después de Tolstói y de Dostoievski - ¿quién ha habido? Chéjov - es un paso atrás.»

- «¿Le gusta Chéjov?»

Un momento de silencio e - inseguro:

- «Nnno… demasiado…»

- «¡¡¡Bendito sea Dios!!!»

- «¿Qué?»

- «¡Que no le guste Chéjov! - ¡No lo soporto!»

- «Pues yo estoy tan acostumbrado a que la gente se indigne y me lo reproche que, sin querer, retardé mi respuesta…»

- «¡Dios mío! ¡Uno tiene derecho a que no le guste algo en el mundo!»

- «Pongamos a Chéjov aparte, como algo que tiene valor - en todo caso a la novela él - no le aportó nada. Y después de Dostoievski - ¿a quién tenemos?»

- «A Rózanov, digamos, pero no escribió novelas.»

- «No, si se trata de escribir, hay que escribir algo grande. No la estoy impulsando a pequeñas colinas, sino a cimas nevadas.»

- «Me da miedo la arbitrariedad, la libertad demasiado grande. En las obras de teatro, por ejemplo, está el verso - ¡aun el más flexible!, ¡el más elástico! - de todas formas - de alguna manera - es un guía. En cambio en la novela: ¡la libertad es absoluta!, ¡uno puede hacer lo que quiera! No, no puedo, ¡me da miedo la libertad!»

- «Ninguna arbitrariedad. Acuérdese de Goethe, con cuánto candor y sinceridad dijo:

Die Lust zum Fabulieren[13].

Aquí tiene una hoja de papel en blanco - *fabuliere*[14] - es más complicado de lo que usted se imagina, esto tiene sus propias leyes, al cabo de unas cuantas páginas ya estará usted atada, y de entre varias situaciones - [falta una palabra] - ¡resoluciones! - y pueden ser cientos - ¡y todas maravillosas! - tendrá que elegir una, encontrar una - quizá la 101. Y en ese momento sentirá usted la ley de lo imprescindible. Tome - como ejemplo - aquella anécdota sobre Tolstói y Anna Karénina que todo el mundo conoce.»

- «Yo no la conozco.»

- «Es auténtica. La redacción estaba esperando - la imprenta estaba esperando - un mensajero tras otro - nada del manuscrito. Lo que ocurría era que Tolstói no sabía qué había sido lo primero que había hecho Anna Karénina al volver a su casa. - ¿Esto? - ¿Lo otro? - ¿Aquello? - No. - Y buscaba, y no encontraba, y volvía a buscar, - y el libro seguía detenido, - y un mensajero tras otro.

»Finalmente, se sentó al escritorio y escribió: "Cuando Anna Karénina entró en la sala, se acercó al espejo y se arregló el velo del sombrero…". O algo por el estilo. - Ahí tiene.» -

- «La ley implacable de lo imprescindible. La entiendo espléndidamente.»

- «No le tenga miedo a la libertad - le repito: ¡la libertad no existe! - Además, uno sólo se puede convertir en un verdadero prosista si ha pasado por la escuela del verso.»

- «¡Oh, no tema! No escribiré obras largas, al contrario, aspiro a la concisión, a la fórmula…»

- «Pero no han de ser secas tampoco, - podría caer en el esquematismo. La prosa de Pushkin ya es seca, uno quisiera detalles, y no, no los hay. El prosista ha de tener: la capacidad de ver a los otros como a sí mismo y a sí mismo como a los demás - y una gran inteligencia - que usted tiene - y un gran corazón…»

- «¡Ah! - ¡Eso!…»

- «Qué le parece Andréi Biely, porque *tout compris*[15] - sea como sea es el único prosista de nuestros días.»

- «No lo siento cercano, no es lo mío, más bien - no me gusta.»

- «¡Y que siga sin gustarle Andréi Biely! - Quiero decir - ¿me entiende? - no su persona, no él como individuo, sino el escritor de prosa, ¡el autor! No quisiera yo que sucumbiera usted a su influencia.»

- «¡¿Yo?! - No estoy tan endiosada conmigo misma, Andréi Biely - es más grande que yo, pero yo tengo una inteligencia exacta y no pertenezco a la raza de los endemoniados. Él siempre se halla sepultado por quién sabe qué escombros… La ciudad entera se ha derrumbado sobre su persona, - ¡ahí tiene *Petersburgo*![16].»

- «¡Y la ciudad en sí es engañosa!»

- Estoy extasiada. -

(El habla de Viacheslav es incomparablemente más fluida que aquí, en la transcripción que yo hago, pero tengo prisa - es hora de ir a buscar a Alia y temo olvidar la conversación.)

- «Ya son las 10, es hora de que vaya usted por Alia.»

- «¡Un poquito todavía!»

(No es la primera vez que me lo recuerda.)

- «Pero la niña tiene que dormir.» - «Allá le darán de comer, siempre se acuesta temprano, y yo estoy tan feliz de verlo - sólo esta vez - ¿sí?»

Sonríe.

- «¡Me encantaría llevarla conmigo a Florencia!…»

(¡Oh, Señor, Tú que conoces mi corazón, sabes lo que me costó en ese momento no besar sus manos!)

- «Y bien: el patrimonio que yo le dejo: escriba una Novela. ¿Me lo promete?»

- «Lo intentaré.»

- «Pero me inquieta Alia, porque cuando se ponga usted a escribir…»

- «¡Oh, sí!»

- «¿Qué pasará con ella?»

- «Nada, saldrá a pasear, ella también es así… No puede vivir sin mí…»

- «Constantemente pienso en qué hacer para que usted pueda irse. Si yo no logro partir al extranjero, me iré al Cáucaso. ¿Vendrá conmigo?»

- «No tengo dinero y he de ir a Crimea.»

- «Pero por lo pronto ha de ir a buscar a su hija. Vamos.»

- «Pero permítame encaminarlo un poquito. ¿No le importa que salga yo sin sombrero?»

Salimos. Tomo la dirección opuesta a la de la casa de Sologub, - con él. En la esquina de la plaza Sobáchaia - él:

- «Bueno, y ahora vaya a buscar a Alia.»

- «¡Un poquito todavía!»

Siguen dos páginas y media en blanco.

Al día siguiente, el 20 de mayo/2 de junio de 1920, M. Ts. añade este comentario:

- Una novela larga es - para varios años. - *Vous en parlez à Votre aise, ami.*

- Moi qui n'ai demandé à l'univers que quelques pâmoisons[17].

Y - además - ¿acaso creo en esos varios años? Y - además - aun si los tengo - ¿acaso no son varios años de *mi vida*, y acaso una mujer es capaz de ver el tiempo desde el ángulo de una tarea, sea cual sea?

Juana de Arco era capaz, pero ella vivía, no escribía.

Se puede vivir así por descuido - sin ver nada ni oír nada; pero saber de antemano que durante años no verás ni oirás nada que no sea el chirrido de la pluma y de las hojas de papel, las voces y los rostros de los héroes que tú misma has inventado, - no, ¡mejor ahorcarse!

¡Eh, Viacheslav Ivánovich, parece usted haber olvidado que no sólo soy la hija del profesor Tsvietáiev, buena para la historia, la filología y el trabajo (¡así es!), que no sólo tengo una inteligencia aguda y un talento que ha de realizarse en algo grande - muy grande - sino que también soy una mujer, a la que cualquiera puede quitar la pluma de las manos, el aliento de las costillas!

Al lado de estas pasiones puramente espirituales, M. Ts. tiene nuevos encandilamientos: en 1920, por el pintor Vasili Milioti (1875- 1943) y por otro pintor, Nikolái Viacheslávtsev (1890-1952), y después, a finales de ese mismo año, por Evgueni Lvóvich Lozman, llamado Lann (1896-1958), poeta cercano a los futuristas. Cada uno de estos encuentros da lugar a ciclos de poesías líricas; las cartas a Lann contienen, además, descripciones muy vivas del acontecer cotidiano en Moscú durante la escasez producida por la guerra civil.

A Evgueni Lann

Moscú, a 29 del diciembre ruso de 1920
[11 de enero de 1921]

Querido Evgueni Lvóvich:

Tengo que pedirle un favor muy grande: recibí carta de Asia - está viviendo en condiciones terribles - casi en el hambre - envíele a través de alguien de su confianza unos veinticinco mil rublos, tengo el dinero, pero en este momento no conozco a nadie que vaya a viajar a Crimea, y por correo - imposible.

Se los devolveré con la primera persona que vaya para allá:

- ¡Por favor!

La dirección de Asia: FEODOSIA - BARRIO KARANTÍN - CALLE ILÍNSKAIA, CASA DE MEDVÉDIEV, APARTAMENTO DE LOS

JRUSTACHEV - a su nombre. -
Reciba un saludo.

M. Ts.

- Si hace lo que le pido, comuníquemelo a la dirección de Dmitri Alexándrovich.

* * *

Acababa de escribirle estas pocas palabras cuando - de repente - la puerta de par en par y - ¡su carta!

Y Alia: - «¡Marina, sus voces se cruzaron como lanzas!».

- Gracias por pensar en nosotras. - ¡Cómo me alegra que esté usted trabajando - ¡y cómo lo entiendo en este anhelo! - Yo también escribo mucho, me mantiene viva la poesía, el terror por Seriozha y la esperanza de volver a ver a Asia. Por favor, envíele la carta adjunta - si hay alguien que viaje para allá, con ese alguien, si no - registrada. Es indispensable para mí que la reciba.

Y permítame - de cuando en cuando - molestarlo con algún favor así, no tengo a nadie en Járkov, que está en la mitad del camino a Crimea, - desde aquí las cartas difícilmente llegan y no es posible enviarlas registradas.

* * *

- Tenemos un árbol de Navidad - una larga nutria, el último abeto de la plaza Smolénskaia, comprado en el último minuto, el día de Nochebuena. Le serré la punta, lo decoré, encendí lo que quedaba de las velas que han servido ya tres años. Alia estaba enferma (malaria), acostada en su cama, y desde allí lo miraba complacida, comparando el abeto con una bailarina (yo - para mis adentros: ¡de los tugurios!)

Tres visitas.

I. Alia y yo estamos escribiendo. - Es de tarde. - Tocan a la puerta entreabierta. Yo, sin levantar la vista: - «¡Adelante!».

Un hombrecito menudo y algo moreno. - «¡¡¡Zaks!!! ¿Qué hace por aquí? - ¡¿Y por qué - la barba?!» - Nos damos un beso. -

Mi ex inquilino, un comunista convencido (en 1918 - *en Moscú* - sólo comía con tarjetas de racionamiento), fue generoso conmigo y con las niñas, - adoraba a

los niños - sobre todo a los de pecho - los adoraba a tal punto que yo, en una ocasión, no resistí y exclamé: «¡Usted, buen hombre, debería hacer de nodriza y no de comunista!».

- «¡Zaks!» - «¿Aquí - vive - usted?» - «Sí.» - «Pero esto es horrible, esto parece (chasquea los dedos) - un - un - ¿cómo se llamaba el lugar donde antes vivía el portero?» - Alia: - «¡Portalón!». - Él: «No». - Yo: - «¿Portería? ¿Garita?». - Él, resplandeciente: «Sí, sí, garita». (Tiene acento polaco, - léalo así. Su apariencia, salvo la barba, es correcta.)

Alia: - «No es una garita, es una pocilga». - Él: «¿Cómo pueden vivir así? ¡Y todos esos platos! ¡Y esas ollas! ¿No los lavan?». Alia: «Por dentro - sí, por fuera - no, mamá es poeta». Él: «Pero yo - ¡perdón! - no pasaría aquí ni una sola noche». - Yo, con aire inocente: - «¿De veras?».

Alia: - «Mamá y yo a veces también nos vamos a dormir a otro lado, cuando aquí hay demasiado desorden». Él: - «Y hoy - ¿está ordenado?». Las dos a un tiempo - categóricas: - «¡Sí!».

- «Pero ¡esto es horrible! ¡No tiene usted derecho! ¡Tiene una niña pequeña!»

- «Yo no tengo derechos.» - «¡Se pasa el día entero con la luz encendida, es nocivo!» - «La nieve ha cubierto el tragaluz.»

- Alia: - «Y si mamá trepa al techo, se caerá». - «Y, por supuesto, no hay agua.» - «No.» - «¡Pues encuentre un empleo!»

- «¡No puedo!» - «Usted escribe poemas, ¡léalos en algún club!» - «No me invitan.» - «¡En los jardines de niños!» - «No entiendo a los niños.» - «Pero - pero - pero…» Pausa. - Y de pronto: «¿Qué es eso que tiene allí?». - «Un tintero.» - «¿De bronce?» - «Sí, cristal y bronce.» - «Es un objeto precioso, - pero ¡qué descuidado está! - ¡Oh!» - «Todo en mi casa está descuidado.» - Alia: «Menos el alma». - Zaks, absorto: «¡Esto es…! ¡Esto es…! ¡Una joya!». - Yo: - «¿Ah, sí?». - «¡Es una obra de arte!» - Yo, de pronto, presa de una iluminación (comenzaba a sentirme mal por esos inmerecidos - ¡merecidos! - reproches): «¿¡¡Quiere que se lo regale!!?». - «¡Oh-oh! - ¡No!» Yo: - «¡Por favor! ¡Yo no lo necesito para nada!». - Alia: - «Nosotras no necesitamos nada que no sea papá, - pausa - y ¡el zar!». Él, absorto en el tintero: - «Es un objeto raro». Yo: - «Simplemente es extranjero. ¡¡¡Por favor, tómelo!!!». - «Pero ¿qué le voy a dar a cambio?» - «¿A cambio? - ¡Espere! - ¡Tinta roja!» - «Pero…» - «No logro conseguirla en ningún lado. ¿Me la dará?» - «Toda la que quiera, - pero…» - «Permítame, voy a lavarlo. Alia, ¿dónde está el cepillo?»

Diez minutos más tarde - Alia, Zaks y yo - (¡¿será posible que me tomen por su esposa?!) - marchamos solemnemente por la calle Povarskaia, - al final de su

brazo cuidadosamente extendido - un brillo enceguecedor - el tintero. - Y no más reproches. -

- Estoy exultante. - ¡Le llegó!

* * *

II. Alia y yo estamos escribiendo. - Es de tarde. - Tocan a la puerta entreabierta. Yo, sin levantar la vista: - «¡Adelante!».

- Entra un traficante de la calle Smolensk, que quiere cambiar tabaco por - mijo. (¡Un imbécil!) - «¿Aquí - vive - usted?» - «Sí.» - «¡Pero esto es un trastero!» - «Una pocilga» - rectifico. - «Sí, sí, una pocilga… Pero seguramente antes, usted…» - «¡Sí, sí, no siempre hemos vivido así!» - Alia, orgullosa: «Solíamos tener la chimenea encendida, venían a visitarnos los cadetes de la escuela militar, y hasta teníamos un caniche: *Jack*. Un día nos cayó directo en la sopa». Yo, aclarándolo: «Se escapó a la buhardilla y rompió el tragaluz». Alia: - «Después se lo robaron». - El traficante: «Pero ¿cómo ha llegado usted a esto?». - «Siéntese, fume.» (Olvido que trafica con tabaco. - Por delicadeza - no se niega.) - «Pues poco a poco: primero fue buhardilla - después madriguera - ahora pocilga.» - «Ahora muladar», - confirma Alia. - «¡Qué precoz es su hija!» - «Sí, desde que tenía un año lo entiende todo.» - «¡Vaya, vaya!» - Silencio. - Después: «Creo que mejor me voy, seguramente usted necesita escribir y yo la estoy interrumpiendo». - «No, no, por favor - no se vaya. Estoy muy contenta de que esté usted aquí, usted es - ya se ve - una buena persona, - ¡y yo tengo tanta necesidad de tabaco!» - «No, será mejor que me vaya.» Yo, aterrada: «¡¿No pensará usted que no tengo mijo?! Mire - ¡un saco entero!». Alia: - «¡Y tenemos más en el cántaro!». Él: - «Claro que lo veo, pero su mamá está un poco alterada». - «No está alterada, simplemente está entusiasmada, ¡siempre es así!» - Él: - «Permítame retirarme». - Yo: - «Escúcheme, usted tiene tabaco, yo - mijo, ¿cuál es el problema? De todas maneras mañana cambiaré ese mijo en la calle Smolensk, - sólo que en vez de tabaco de segunda categoría, me darán trastos, cachivaches. - ¡Por favor!».

- «¿Y a cuánto da el mijo?»

- «A lo que le parezca bien.»

- «¿Mil rublos?»

- «Perfecto. - ¿Y el tabaco?»

- «Diez mil rublos.»

- «Magnífico. Tome diez libras de mijo y deme una de tabaco.» - Aparición de Alia con la balanza. - Los pesamos. - «No tengo en qué llevármelo.» - «Lléveselo directamente en el saco.» - «Pero usted no me conoce y el saco -

vale…» - «El saco - no vale, valen - las personas. Y usted es una buena persona, ¡llévese el saco!» - «Entonces permítame ofrecerle, en vez de una libra, una libra y media.»

- «¡No me haga sentir mal!»

- «¡Bah, hágame el favor!»

Alia: - «Marina, ¡acepte!».

Yo: - «Es usted bueno».

Él: - «Nunca había conocido a una persona así».

Yo: - «¿Poco racional?».

Él: - «No - normal. Me llevo de usted una impresión a la vez penosa y grata».

- «Por favor, ¡sólo lo último!»

Sonríe: al despedirse dice: - «¡Que Dios la ayude!».

Alrededor de cincuenta años, aspecto de recaudador de impuestos, voz de ronroneo, suspiros frecuentes.

¡Él *también* es un simple de espíritu!

* * *

Estoy exultante. - ¡Le llegó!

* * *

III. Alia y yo estamos escribiendo. - Es por la tarde. - La puerta - sin que hayan tocado - se abre de par en par. Un militar del Comisariato. Alto, flaco, con un gorro caucasiano. - Unos diecinueve años. -

- «¿Es usted la ciudadana tal?» - «Sí.» - «He venido a levantar un acta contra usted.» - «Está bien.» - Pensó que yo no lo había oído. - «Un acta.» - «Ya entendí.»

- «Debido a no haber cerrado el grifo y haber dejado que el caño se taponara de basura, ocasionó usted que se rompiera la estufa nueva del apartamento n.º 4.» - «¿Es decir?» - «El agua, que se infiltró a través del suelo, poco a poco humedeció los ladrillos. Las baldosas se vinieron abajo.» - «Bueno.» - «Además, ha criado conejos en la cocina.» - «No fui yo, fueron otros.» - «Pero ¿*usted* es la propietaria?» - «Sí.» - «Está usted obligada a velar por la limpieza.» - «Sí, sí, tiene razón.» - «¿Tienen ustedes un segundo piso en este apartamento?» - «Sí, arriba tenemos el mezanine.» - «¿Cómo?» - «Mezanine.» - «Mizimim, mizimim, - ¿cómo se escribe - mizimim?» Le digo. Lo escribe. Me lo enseña. Yo, aprobándolo: «¡Correcto!».

- «¡Es una vergüenza, ciudadana, usted es una persona cultivada!»

- «Ésa es, precisamente, la desgracia, - si fuera menos cultivada, nada de esto habría ocurrido, - y es que siempre estoy escribiendo.» - «¿Qué escribe?» - «Poesías.» - «¿Usted las compone?» - «Sí.» - «Encantado.» - Pausa. - «Ciudadana, ¿sería tan amable de corregirme el acta?» - «Démela, se la escribo, usted dicta, yo escribo.» - «Me sabe mal, es contra usted misma.» - «Da lo mismo - ¡será más rápido!» - Escribo. - Él, complacido con la caligrafía: rapidez y belleza.

- «Luego se ve que es usted escritora. ¿Cómo es posible que con esas capacidades no viva en un apartamento un poco mejor? Es que esto es - disculpe la expresión - ¡un agujero!»

Alia: - «¡Un basurero!».

Escribimos. Firmamos. Amablemente se lleva la mano a la visera. Desaparece.

* * *

Y ayer, a las diez y media de la noche - ¡santo cielo! - nuevamente él.

- «¡No tema, ciudadana, un viejo conocido! He venido a verla porque hay que corregir algo.»

- «Ningún problema.» - «Voy a tener que molestarla otra vez.»

- «Estoy a sus órdenes. - Alia, limpia un rincón en la mesa.» - «¿No quiere añadir nada para justificarse?»

- «No sé… Los conejos no eran míos, los cochinillos tampoco - y ya se los comieron.»

- «Cómo, ¿también había un cochinito? Tendrá que quedar por escrito.»

- «No sé… No hay nada que añadir.»

- «Conejos… Conejos… Y en esta casa ha de hacer mucho frío, ciudadana. - ¡Es una lástima!»

Alia: - «¿Por quién - por los conejos o por mamá?».

Él: - «Pues en general… Los conejos… Lo roen todo».

Alia: - «Royeron hasta los colchones de mamá que estaban en la cocina, pero el cochinito vivía en mi bañera».

Yo: - «¡Eso no lo escriba!».

Él: - «¡Cómo la compadezco, ciudadana!».

Me ofrece un cigarrillo. Escribimos. Ya son las once y media.

- «Seguro que antes no vivía usted así…»

Y, al irse: «O el arresto o una multa en dinero de unos cincuenta mil rublos. - Vendré yo mismo».

Alia: - «¿Con un revólver?».

Él: - «¡Por eso no se preocupe, señorita!».

Alia: - «¿Sabe disparar?».

Él: «Sí, sí sé, - pero… - ¡cómo compadezco a la ciudadana!».

* * *

Estoy exultante. - ¡Le llegó!

* * *

Querido Evgueni Lvóvich, seré feliz si me envía usted algunos versos. ¡Lamento tanto que me haya leído tan pocos!

Le deseo para el Año Nuevo - 1921 - (hoy es la víspera, termino la carta el 31, ¡con el año!) - cuerpo suficiente para sostener - ¡realizar! - el espíritu.

Todo lo demás, ya lo tiene, - ¡así sea!

* * *

- Le enviaré mis versos. - Siempre me dará gusto recibir sus cartas. - No se olvide de lo que le pedí para Asia.

M. Ts.

[En el margen.]

- La carta para Asia sigue aquí, - en estos días lo molestaré con otra. Entonces envíeselo.

En adelante, Lann se mantuvo como un amigo a quien M. Ts. podía confiar sus preocupaciones.

Al mismo

Moscú, a 16 del junio ruso/29 de junio de 1921

Mi querido Lann:

Acabo de despertar: primeros pájaros. Acabo de ver en sueños: primero a Boris[18], luego a Seriozha.

Con Borís me reía (la vía habitual de mi ternura por él), a Seriozha simplemente lo veía: estaba hospitalizado. Me acuerdo de la hermana de la

caridad y de los tampones de algodón. Todas las noches veo a Seriozha en sueños, y cuando despierto - no quiero vivir, no en general - no quiero vivir sin él.

Lo más preciso que puedo decirle sobre mí misma: la vida se fue y dejó el fondo al descubierto, o más bien: la espuma se fue.

* * *

Hace casi un mes que no tengo a Alia[19], - es la tercera vez que estamos separadas durante tanto tiempo. La primera - ella no tenía ni un año; luego, cuando me fui después de Octubre, más bien cuando tuve que llevarme a mí misma[20] - y ahora.

No extraño a Alia, - sé que está bien, tengo un corazón justo y razonable, - como el de los demás, *cuando no aman*. No me escribe con frecuencia: abandonada a su suerte, se vuelve una niña, es decir, una criatura olvidadiza y que elude el dolor (y es que yo soy un dolor en su vida, *el dolor de su vida*). No le escribo con frecuencia: no quiero apesadumbrarla, cada una de mis cartas le costará varias libras de peso, por lo tanto, en casi un mes - sólo dos cartas.

Y además: ¡estoy tan acostumbrada a la separación! Es como si me hubiera instalado en la separación.

Comienzo a pensar - muy en serio - que soy nociva para Alia. A mí, que jamás fui una niña y por lo tanto me quedé niña para siempre, a mí, un niño, una criatura olvidadiza y que elude el dolor - me es ajena. Toda mi educación: clamor por el héroe. Alia está mejor con los demás: ellos fueron niños, luego lo olvidaron todo, cumplieron con sus obligaciones y creyeron bajo palabra que los niños tienen «otras leyes». Por eso Alia con los demás ríe, y conmigo llora; con los demás engorda, y conmigo adelgaza. Si pudiera dejarla un año entero con los Záitsev, lo haría - ¡con tal de saber que está sana!

Sin mí, por supuesto, no escribirá ni un solo verso, no se acercará a su cuaderno, porque los versos son - yo, y su cuaderno - el dolor.

Este experimento, por lo pronto, tiene espléndidos resultados.

* * *

Uno de estos días, querido Lann, me animaré y le enviaré los versos que he escrito durante estos últimos meses, versos difíciles de escribir e inconcebibles de leer (yo - a los demás) [21]. - Los escribo porque, celosa de mi dolor, a nadie le

cuento de Seriozha, - además, no tengo a quién. Asia tiene suficiente con lo suyo, *y ella no tuvo un Seriozha*.

Estos versos son un intento de quedar extenuada con el trabajo - en la superficie, no lo consigo más de media hora.

* * *

- Ayer Volkonski y yo enviamos el manuscrito *Monasterios*, - que pesaba alrededor de ocho libras, y que mi mano había pasado a limpio de principio a fin. - «¡Gracias por haberme ayudado a enviar mi "criatura"!» - Y es que de veras ama ese manuscrito como a un niño y, - como un niño. Ahora pasaré a limpio *Peregrinaciones*, y después *La patria*. Es la obligación que me he impuesto. En la persona de Volkonski amo el Mundo Antiguo que tanto amaba Seriozha. Es como si estas verstas de letras impresas me llevaran directamente a Seriozha. Mi relación con Volkonski *no es humana*, para que no se asuste: es literaria. - *Amitié littéraire*[22].

Lo admiro con desapego, con un sentimiento un poco parecido a:

Die Sterne, die begehrt man nicht –
Man freut sich ihrer Pracht[23]!

El invierno lo pasará en Petrogrado, no podré ir a verlo, se olvidará de mí.

* * *

Asia está viviendo en Pliushija[24], frente a su ventana tiene un árbol y el río Moscú. Los trenes rugen y braman. Una habitación miserable, alegre, exasperante, heroica. Llevamos bien la miseria: no ha habido ración desde marzo. Andriusha está cubierto de compresas - bronquitis severa. La puerilidad, la inspiración, la agudeza intelectual y la fragilidad emocional, la generosidad - todo le viene de Boris. Es un niño encantador, que me produce una pena infinita. Pero no vale la pena hablar de esto: no son palabras lo que se necesita, sino leche, pan, etcétera.

Esto es, querido Lann, todo lo que le puedo contar. - ¡Ah, sí! - Ahora circula por Moscú un libro con mis poemas[25], viene de lejos. Alexandra Vladímirovna[26] estaría contenta.

* * *

Cuando pienso en usted, lo veo como el primer peldaño de mi ascensión después de tantas bajezas, Volkonski es el segundo, y luego nadie - el vacío.

A usted, únicamente a usted - de entre todas las personas de este mundo - le envío hoy mi alma. Hay algo que lo une a Borís y a Seriozha, es usted parte de nuestra juventud - de Asia y mía - ¡de *aquella* vida!

No le pregunto cuándo vendrá o si vendrá, me basta con saber que siempre puedo llamarlo.

- ¡Mi último encantamiento terrestre!

M. Ts.

Pero estos encandilamientos no se confunden con el amor que M. Ts. siente por su marido, Seriozha, del que no ha tenido noticias desde 1918. En su cuaderno escribe:

Doy - como todo lo que hago - por una especie de espíritu aventurero del alma - por una sonrisa - propia y ajena.

La única no aventura en mi vida fue Seriozha, por momentos Alia - y yo misma - a solas conmigo misma. […]

- ¿Qué me gusta del Espíritu aventurero? - La combinación de las palabras. (Noviembre de 1919.)

Todos mis amores (menos Seriozha) - *Idylle - Élégie - Tragédie - cérébrale*[27]. (Abril de 1920.)

Lo mismo dice a sus amigos. Y así, esta conversación con su hija Alia funge como epígrafe a la carta que le escribe a Lann el 28 de enero de 1921:

- ¡Marina! ¿Qué preferiría tener: una carta de Lann o al propio Lann?

- ¡Una carta, por supuesto!

- ¡Qué respuesta tan extraña! - Bueno, y ahora dígame: ¿una carta de papá - o a papá en persona?

- ¡Oh! ¡A papá!

- ¡Lo sabía!

- ¡Porque esto es Amor, y lo otro es - Romanticismo!

También escribe a Maximilián Voloshin (el 27 de marzo de 1921).

Yo, Max, ya no amo nada, na-da, salvo lo contenido en la caja torácica del ser humano. Todo el tiempo pienso en Seriozha, he amado a muchos, no he amado a nadie.

A principios de 1921, M. Ts. pide a su amigo Ilyá Ehrenburg (1891-1967), escritor soviético que viaja constantemente al extranjero, que busque a su marido entre los rusos Blancos que han emigrado. M. Ts. escribe entonces esta carta que parece no haber sido enviada nunca:

A Serguéi Efrón

Moscú, a 27 del febrero ruso/12 de marzo de 1921

Mi Seriózhenka:

Si usted está vivo - yo estoy salvada.

El 18 de enero se cumplieron tres años desde que nos separamos. El 5 de mayo se cumplirán diez años desde que nos encontramos.

- Hace diez años. -

¡Alia ya tiene ocho años, Seriózhenka!

- Me resulta terrible escribirle, hace mucho tiempo que vivo sumida en un terror anquilosado, sin siquiera atreverme a esperar que esté usted vivo - y con la frente - con las manos - con el pecho rechazo aquello, lo otro. - No me atrevo. - He aquí mis pensamientos a propósito de usted.

No conozco el destino ni a Dios, no sé qué quieren de mí, qué planes tienen, por eso no sé qué pensar de usted. Sé que tengo un destino. - Es terrible. -

Si Dios quiere de mí la humildad - la tiene, la sumisión - la tiene - ¡frente a todos y a cada uno! - pero si me lo quitara a usted, me quitaría la vida - la vida, ¿acaso para Él [frase inconclusa].

Pero perdonarle a Dios el dolor de los otros - la ruina - los sufrimientos, - a esa bajeza, a esa arbitrariedad inaudita no llegaré jamás. - ¡Otro sufre y yo perdono! Si se trata de des-trozarme, ¡trocéame - a mí - el pecho!

Me cuesta trabajo escribirle.

La existencia cotidiana, - ¡qué nimiedad! Yo sólo necesito saber una cosa - que está usted vivo.

Y si usted está vivo, no puedo hablar de nada: ¡la frente a la nieve!

No me es fácil escribirle, pero voy a hacerlo porque hay 1/1.000.000 parte de esperanza: ¿y si de pronto? ¡Los milagros existen! -

Existió, sin duda, el 5 de mayo de 1911 - un día soleado - cuando lo vi por primera vez en un banco frente al mar. Estaba usted sentado al lado de Lilia, llevaba una camisa blanca. Al verlo, me sentí desfallecer: «-¿Acaso se puede ser tan hermoso? ¡Cuando uno mira a alguien así - se avergüenza de andar por la tierra!».

Eso fue exactamente lo que pensé, lo recuerdo.

- Seriózhenka, da igual que muera yo mañana o que viva hasta los setenta años - sé, como lo supe entonces, en ese primer momento: - Esto es para toda la vida. - A nadie más.

- He visto a muchas personas, he visitado muchos destinos, - no hay en la tierra otro ser como usted, esto es para mí - inevitable.

Y no quiero a nadie más, todos me producen asco y frío, sólo mi superficie fácilmente emocionable y juguetona se alegra con las voces, con los ojos, con las palabras de las gentes. Todo me conmueve, nada me traspasa, me encuentro vallada del mundo entero - por usted.

¡Simplemente NO PUEDO amar a nadie!

* * *

Si está usted vivo - la persona que intentará hacerle llegar esta carta - le hablará de mi vida exterior. - Yo no puedo. - No tengo la cabeza para eso ni es eso de lo que se trata.

Si está usted vivo - sería un milagro tan *terrible*, que no existe ni palabra digna de ser pronunciada, - hace falta otra cosa.

Pero para que no se entere usted de la triste noticia por una boca indiferente, - Seriózhenka, el año pasado, el día de la Candelaria [el 15 de febrero ruso], murió Irina. Las dos estuvieron enfermas, a Alia *logré* salvarla, a Irina - no.

Seriózhenka, si está usted vivo, volveremos a vernos, tendremos un hijo. Haga como yo, *NO* recuerde.

No para consuelo suyo, sino mío - y como una verdad sencilla se lo diré: Irina era una criatura muy extraña, quizás incluso desahuciada, - todo el tiempo se mecía, casi no hablaba, - quizá fuera raquitismo, quizá - degeneración, - no sé.

Por supuesto, de no haber habido la Revolución -

* * *

Pero - de no haber habido la Revolución -

No tome mi actitud por falta de corazón. Es - simplemente - hacer la vida posible. Me he entumecido, intento entumecerme. Pero - lo peor - son los sueños. Cuando la veo en sueños - su cabecita rizada y su vestido largo y todo lleno de manchas - oh, entonces, Seriózhenka, mi único consuelo es la muerte.

Pero pienso: ¡quizá Seriozha esté vivo!

Y - como un batir de alas - ¡a las alturas!

Usted y Alia - y también Asia - es todo lo que tengo.

Si está usted vivo, dentro de poco leerá mis versos, muchos los entenderá. Oh, Señor, saber que leerá usted este libro, - ¿qué daría yo por eso? - ¿La vida? - Es una nimiedad tan grande - ¡me reiría en el potro!

Este libro es sagrado para mí, es lo que me ha mantenido con vida, el aire que he respirado y a lo que me he aferrado todos estos años. - No es un LIBRO. -

No le escribo con detalle sobre la muerte de Irina. Fue un invierno *TERRIBLE*. Que Alia se haya salvado es - un milagro. ¡Se la *arranqué* a la muerte estando yo totalmente desarmada!

No sufra por Irina, la conoció usted tan poco, piense que la soñó, no me culpe de falta de corazón, simplemente no quiero su dolor, - ¡me lo quedo todo yo!

Tendremos un hijo, sé que será así, - un hijo maravilloso, heroico, ya que nosotros, los dos, somos héroes. ¡Oh, cómo he crecido, Seriózhenka, y qué digna de usted soy ahora!

Alia tiene ocho años. Es pequeña, de hombros estrechos, delgada. Usted - pero en claro. Parece un niño. - Psiqué. - Dios, ¡qué necesaria es su estirpe!

En muchas cosas usted la comprendería mejor, *con más precisión* que yo.

Una mezcla de Lord Fauntleroy y del pequeño Dombey[28] - parecida a Gleb[29] - el carácter soñador del heredero y del hijo único. Sumisa hasta la falta de voluntad - contra lo que lucho con terquedad y sin éxito - ama poco a la gente, tiene una mirada demasiado perspicaz - ¡más perspicaz que la mía! Y como hay poca gente verdadera - ama poco. Ama ardientemente la naturaleza, la poesía, los animales salvajes, a los héroes, todo lo que es inocente y eterno. - A todos los sorprende, y es indiferente a la opinión de los otros. - ¡Los elogios la tienen sin cuidado! - Escribe versos extraños y maravillosos.

Se acuerda de usted y lo ama con pasión, se acuerda de sus hábitos y sus inclinaciones, de cómo le leía usted sobre Pulgarcito y fumaba a escondidas de mí, y la mecía en el columpio al aullido de: «To-o-or-me-e-en-ta» - y como con Boris[30] comían golosinas de color rosa, y con G. encendían la chimenea y las velas del árbol de Navidad - se acuerda de todo.

¡Seriózhenka - por ella - es *indispensable* que usted esté vivo!

Le escribo a una hora muy avanzada de la noche, después de un complicado día de trabajo, el día entero pasé a limpio el libro, - para usted, Seriózhenka. El libro es - una carta para usted.

Hace tres días que no levanto cabeza. - Lo último que supe de usted: por Asia - que a principios de mayo llegó una carta para Max[31]. - Después - las tinieblas…

-¿Y? -

- ¡Seriózhenka! - Si usted está vivo, viviré pese a todo, pero si usted ya no vive - ¡mejor sería que nunca hubiera yo nacido!

No le escribo: lo beso, estoy toda en usted - al punto de no tener ya ni ojos, ni labios, ni manos, - nada, sólo el aliento y los latidos del corazón.

Marina

La concepción del mundo que M. Ts. había adoptado en años anteriores se refuerza. Sigue basándose en una oposición asimétrica entre las preocupaciones materiales, las convenciones sociales, por un lado, y la creación poética, las aspiraciones espirituales, por el otro. Los términos que utiliza para designarla varían, según juega (en ruso) con las asonancias: *jleba* (del pan) y *nieba* (del cielo), *briuja* (de la panza) y *duja* (del espíritu), y sobre todo *byt* (la existencia) y *bytie* (el ser), dos palabras que Volkonski utilizará para dar título a un libro (que se publica en Berlín en 1924), dedicado a M. Ts. Sus preferencias por el segundo término de la oposición son claras. Le escribe a Voloshin (el 27 de marzo de 1921):

Escribo desaforadamente - ésa es mi vida.

Y a Ehrenburg (el 2 de noviembre de 1921):

Mi única alegría son - los versos. Yo escribo como otros beben - y no vino, agua. Sólo entonces soy feliz, me siento segura…

Pero el «ser» no se confunde con la escritura de poesía. Por encima del arte y de la creación están la vida misma y los seres humanos, como ya le había dicho, tiempo atrás, a Viacheslav Ivánov. Le escribe, por ejemplo, a Lann (el 26 de diciembre de 1920):

Sus versos son soberbios, pero usted es más grande que sus versos.

Y el 28 de enero de 1921:

¡Oh, al parecer la palabra me ama, y yo no hago más que traicionarla! - ¡Por el ser humano!

En su cuaderno, anota (en marzo de 1921):

¡Oh, Dios mío, cómo explicar que el poeta es antes que nada - LA AFINACIÓN DEL ALMA!

Le escribe a Voloshin (el 20 de noviembre de 1921):

Viviendo de la palabra, desprecio *las palabras*. La amistad es - un hecho.

Y en el borrador de una carta dirigida a Ehrenburg, pone al mismo nivel a los filisteos y a los estetas (el 3 de junio de 1922):

Los demás - por otra parte, forman *dos* categorías - unos cuidan del orden: - «En sus versos - lo que quieran, pero pórtense bien en la vida», los otros (los estetas): «Todo lo que quieran en la vida - pero escriban buenos versos».

La muerte del poeta Alexandr Blok, en 1921, le inspira las siguientes reflexiones (el 17 de agosto de 1921):

Pienso: la muerte no la entiende nadie. Cuando una persona dice: muerte, piensa: vida. Porque si cuando un hombre está muriendo se asfixia y tiene miedo - o - al contrario - [falta una palabra] todo esto: la asfixia - y el miedo - y [falta una palabra] es la vida. La muerte es cuando *no estoy*. Y yo no puedo sentir que no estoy. Es decir, mi muerte no existe. Sólo existe la muerte ajena: es decir, el vacío local, un lugar que ha quedado desocupado (se fue y *vive* en algún otro lado), es decir, nuevamente la vida, no la muerte, *IMPENSABLE* mientras uno está vivo. No está *aquí* (pero *está* en algún lado). *No está* - no existe, porque no estamos capacitados para entender nada si no es a través de nosotros mismos, cualquier otra comprensión - es una repetición de sonidos, como los loros.

Pienso: el miedo a la muerte es el miedo del *ser en la nada*, de la vida - en la sepultura: yaceré y los gusanos se arrastrarán por mi cuerpo. *Por eso* a la gente como yo - hay que incinerarla.

Además - acaso mi cuerpo - ¿soy yo? ¿Acaso es *él* quien oye música, escribe poesía y etcétera? El cuerpo sólo sabe estar al servicio, obedecer. El cuerpo es - el vestido. Si ya me lo robaron, ¿qué me importa en qué agujero o debajo de qué pedrusco lo haya enterrado el ladrón?

¡Que se vaya al diablo! (el ladrón con todo su vestido).

Algunas cartas dan testimonio de que M. Ts. no echó en saco roto el consejo que le diera Viacheslav Ivánov de escribir una autobiografía (lo hará, fragmentariamente, en Francia). Un ejemplo de ello es la carta dirigida a M. A. Kuzmín (1875-1936) a quien apenas conoce, poeta y músico, figura de la vida literaria de San Petersburgo, un homosexual que no oculta sus inclinaciones. M. Ts. le cuenta, entre otras cosas, el final de su relación con Sonia Parnok:

A Mijaíl Kuzmín

Querido Mijaíl Alexéievich:

Me gustaría relatarle mis dos encuentros con usted, el primero en enero de 1916, el segundo - en junio de 1921. Relatárselos como a alguien perfectamente ajeno, como le relaté (el primero) a todos los que me preguntaron: - «Ah, ¿conoce usted a Kuzmín?». - Sí, lo conozco, es decir, seguramente él no se acuerda de mí, nos vimos tan poco, sólo una vez, una hora - y en medio de tanta gente… Fue en 1916, en invierno, era la primera vez en mi vida que estaba en Petersburgo. En ese entonces yo tenía amistad con la familia Kanneguísser (¡Dios mío, Leonid[32]!), y ellos me enseñaban Petersburgo. Pero soy miope - y hacía un frío tremendo - y en Petersburgo hay tantos monumentos - y el trineo volaba tan deprisa - y todo se fundía, y lo único que me quedó de Petersburgo fueron los versos de Pushkin y de Ajmátova. Ah, no: también las chimeneas. En todos los lugares a los que me llevaron había inmensas chimeneas de mármol, - ¡ardían robledales enteros! - y osos blancos en el suelo (un oso blanco - junto al fuego - ¡qué aberración!), y jóvenes con raya en el pelo - y algún libro de Pushkin en las manos, y las uñas laqueadas, y las cabezas embadurnadas - como espejos negros. (Encima - la laca, y debajo - ¡la caca!) ¡Oh, cómo les gustan ahí los versos! En toda mi vida no había pronunciado tantos versos como los que pronuncié allí en dos semanas. Y es que allí no duermen. A las tres de la mañana una llamada de teléfono. «¿Puedo ir?» - «Por supuesto, por supuesto, la gente apenas está

llegando a la reunión.» Y así, hasta el amanecer. No vi, sin embargo, una aurora boreal.

- O sea…

- Ah, no, es que no son allí las auroras boreales, son en Laponia, - allí son las noches blancas. No, allí las noches son ordinarias, es decir, tan blancas como en Moscú, pero de nieve.

- Quería usted hablarme de Kuzmín…

- Ah, sí, es decir, en realidad no tengo nada que contar, no intercambiamos ni tres palabras. Es como una visión…

- ¿Estaba muy pintarrajeado?

- ¿Pinta - rajado?

- Sí, quiero decir: untado, embadurnado…

- ¡Por supuesto que no!

- Le aseguro que…

- No me asegure nada porque ése no era él. Le mostraron a otro.

- Le aseguro que lo vi a él en Moscú pin -

- ¿En Moscú? Entonces es que se había puesto así para Moscú porque seguramente piensa que así hay que ir en Moscú - en armonía con las casas y las cúpulas, en cambio en Petersburgo se presenta al natural: mulato o moro.

Así fue. Acababa yo de llegar. Estaba con una persona, una mujer. - ¡Dios, cómo lloré! - Pero eso no importa. Bueno, lo que pasaba era que ella no quería, de ninguna manera, que fuera yo a esa velada y por lo tanto hacía todo lo posible por disuadirme. Ella no podía ir - le dolía la cabeza - y cuando le duele la cabeza - y siempre le duele - es insoportable. (La habitación oscura - la lámpara azulada - mis lágrimas…) Pero a mí no me dolía la cabeza - ¡jamás me duele! - y no tenía ningunas ganas de quedarme en casa 1) por Sonia, y 2) porque allá iba a estar Kuzmín e iba a cantar.

- Sonia, no iré. - ¿Por qué? De todas formas yo ahora no estoy en condiciones. - Porque me da usted lástima. - Habrá mucha gente, - se distraerá. - No, me da usted mucha lástima. - No soporto que me tengan lástima. Vaya, vaya. Piense, Marina, que allá estará Kuzmín, que va a cantar. - Sí - él va a cantar, pero cuando yo vuelva, usted me hostigará, y yo - voy a llorar. ¡No iré por nada del mundo! - ¡Marina! -

La voz de Leonid: - Marina Ivánovna, ¿está lista?

Yo, sin dudarlo: - ¡Ahora mismo!

* * *

Una sala grande, en mi memoria - *galerie aux glaces*[33]. Y al fondo, más allá de todas aquellas superficies de parqué - como a través del lado opuesto de unos binóculos - dos ojos. Y algo acafeinado. - Un rostro. - Y algo ceniciento. - Un traje. Y de inmediato me queda claro: Kuzmín. Nos presentan. Lo tiene todo de un francés de otras épocas y de un ave. Imponderabilidad. Una voz ligeramente cascada, en su base - apagada, en el centro - donde está lo cascado - sonora. De qué hablamos - no recuerdo. Recitó poemas.

Del principio, se me quedó algo sobre unos espejos (¿quizá de allí la - *galerie aux glaces*?). Después:

Me es usted tan cercano y tan querido
Que parece que no lo amara yo.
Entre ellos deben ser igual de fríos
Los serafines en el Paraíso.

Pero respiro libre otra vez hoy,
Cual niño tengo fe en la perfección.
Probablemente
(larga pausa)
… esto no sea amor

Mas a la dicha es
(larga y desmesurada pausa)
tan parecido
(breve pausa)

y con voz casi inaudible, entrecortada, con el último aliento:

… ¡a la felicidad!

Había mucha gente. No me acuerdo de nadie. Yo debía irme cuanto antes. Acababa de llegar - ¡y ya debía irme! (Como en la infancia, ¿sabe?) Todos: - Pero Mijaíl Alexéievich volverá a recitar… Yo, afanosa: - Mi amiga me espera en casa. - Pero Mijaíl Alexéievich volverá a cantar. Yo, quejumbrosa: - Mi amiga me espera en casa. (?) Una risa velada, y alguien que no pudo aguantar: - Lo dice como si dijera - mi niño me espera en casa. Su amiga sabrá esperar. - Yo, para mis adentros: - ¡Y un cuerno! Se acercó el propio Kuzmín: - Quédese, apenas hemos tenido tiempo de verla. - Yo, en voz baja, mirándolo fijamente: - Mijaíl Alexéievich, usted no me conoce en absoluto, pero créame bajo palabra - *todo el mundo* me cree - nunca en la vida he tenido tantas ganas de quedarme como ahora, y nunca en la vida ha sido tan indispensable que me vaya - como ahora. Mijaíl Alexéievich, amistoso: -¿Está enferma su amiga? Yo, concisa: Sí, Mijaíl Alexéievich. - Pero ya que de todas formas salió usted… - Yo sé que si me quedo

no me lo perdonaré jamás - y que jamás me perdonaré si me voy… - Alguien: - Si de todas formas no se lo perdonará - ¿dónde está el problema?

- Lo lamento infinitamente, señores, *pero…*

* * *

Había mucha gente. No me acuerdo de nadie. Sólo me acuerdo de Kuzmín - los ojos.

Un oyente: - Tiene los ojos café, ¿no es cierto?

- Creo que negros. Extraordinarios. Dos soles negros. No, dos cráteres: humeantes. Tan grandes que yo, pese a mi miopía, los vi a cien verstas, y tan maravillosos que aun hoy (me transporto en el futuro y se lo cuento a mis nietos) - a cincuenta años de distancia - los veo. Y oigo la voz, un poco cascada, con la que pronunció: «Se parece - *tanto…*». Y recuerdo la canción que cantó cuando yo ya me iba… - Eso es todo.

- ¿Y su amiga?

- ¿Mi amiga? Cuando volví ya dormía.

- ¿Dónde está ahora?

- En algún lugar de Crimea. No lo sé. En febrero de 1916, es decir, un mes y pico después, nos separamos. Casi por Kuzmín, es decir, por Mandelstam, quien no me dijo todo lo que tenía que decirme en Petersburgo y vino a decírmelo a Moscú. Cuando, al cabo de dos días exclusivamente mandelstamianos, fui a verla - primera ausencia en años - había otra sentada en su cama: muy grande, gorda, morena.

- Fuimos amigas durante un año y medio. Apenas me acuerdo de ella, quiero decir, la recuerdo. Sólo sé que jamás le perdonaré el no haberme quedado esa noche.

* * *

14 de enero de 1921. Entro en La Librería de los Escritores, la única escasa fuente de subsistencia que tengo. Tímida, a la cajera: - «¿No sabe cómo van mis libros?» (Los copio, los coso, los vendo.) Mientras ella se informa yo, *pour me donner une contenance*[34], hojeo los libros que están en el mostrador. Kuzmín: *Veladas del más allá*[35]. Lo abro: la lanza al corazón: ¡Gueorgui[36]! ¡Un Gueorgui blanco! *Mi* Gueorgui, el que estoy escribiendo desde hace dos meses: su vida. Celos y alegría. Leo: la alegría se intensifica, termino - […] De lo más hondo de mi memoria emerge el encuentro que acabo de narrar.

Abro el libro más adelante: ¡*Mi* - Pushkin! Lo que siempre digo de él - yo. Y finalmente Goethe, aquel del que hablo cuando juzgo el mundo actual: - Goethe - Pushkin.

Sólo leí estos tres poemas. Salí, llevándome conmigo el dolor, la alegría, el entusiasmo, el amor - todo, menos el libro, que no pude comprar porque ninguno de los míos se había vendido. Y el sentimiento: ¡Oh, puesto que todavía hay poemas así!…

Fue como si de golpe (del callejón Borisoglebski en 1921) me hubieran puesto en la cima de la montaña más alta y me hubieran enseñado el horizonte más lejano.

* * *

El pretexto aparente, querido Mijaíl Alexéievich, para esta mi carta - es el saludo que me dio de su parte la señora Vólkova.

(Finales de junio de 1921.)

En julio de 1921, M. Ts. recibe noticias de Seriozha: está vivo, está en Praga, la está esperando. M. Ts. comienza a pensar en emigrar, además de todo porque sus relaciones con las autoridades soviéticas no son armoniosas. Un ataque público de Vsévolod Meyerhold, el célebre director de teatro, en ese entonces dedicado en cuerpo y alma al proyecto bolchevique, da testimonio de la atmósfera que la rodea: Meyerhold escribe en la *Revista de teatro* que «las preguntas que nos hizo Marina Tsvietáieva revelan en ella una naturaleza hostil a todo lo que ha sido consagrado por la idea del Gran Octubre». Una denuncia así probablemente tendrá consecuencias. ¡En ese momento está escribiendo un ciclo de poemas que ensalzan al Ejército Blanco! Sin embargo, M. Ts. no imagina que su vida en la emigración será sencilla. El 3 de noviembre de 1921 le escribe a Ehrenburg:

Entiéndame bien: no temo ni el hambre ni el frío, temo la dependencia. Mi corazón intuye que allá, en Occidente, las gentes son más *crueles*. Aquí unos zapatos rotos son o una desgracia o una osadía, allá - una deshonra. […] Me tomarán por una pordiosera y me enviarán de vuelta. - Entonces me ahorcaré. - Pero me iré, no importa cómo - me iré, con tal de que el dinero me alcance para el billete.

Los argumentos en favor de partir ganan. En la primavera de 1922 obtiene una visa de salida para ella y para Alia. El 11 de mayo de 1922, toman el tren para Berlín.

III
Alemania y Checoslovaquia
(1922-1925)

5
Salida de Rusia

M. Ts. y Alia llegan a Berlín el 15 de mayo de 1922, y allí las reciben Ilyá Ehrenburg y su mujer. Berlín es en esa época uno de los principales centros de la vida cultural de la emigración rusa: allí se publican diversos periódicos y revistas, ahí se han instalado distintas editoriales, muchos escritores rusos viven en Berlín. M. Ts. no tarda en publicar dos pequeños libros de poemas, *Separación* y *Poemas para Blok*; simultáneamente aparece en Moscú una nueva edición de su libro *Verstas*. Entabla relaciones de amistad con el poeta y narrador simbolista Andréi Biely (1880-1934), y también con autores más jóvenes como Marc Slónim (1894-1976), que será uno de sus mejores amigos en la emigración, o Román Gul (1896-1986).

Cuando llega, se encuentra en medio del debate político que en ese entonces tiene lugar en la prensa de la emigración. Alexéi Tolstói (1883-1945), novelista y dramaturgo, vive en Berlín pero prepara su regreso a la Rusia soviética. Dirige el suplemento literario del periódico berlinés en lengua rusa *Nakanunie* [La víspera], única publicación del exilio que se vende en Rusia. En el número 6 de 1922, Tolstói publicó una carta que Kornéi Chukovski, conocido hombre de letras que vivía en la Rusia soviética, le había escrito. En realidad, esa carta era una denuncia política de un grupo de escritores reunidos en Petrogrado: ¡no son buenos soviéticos! Su publicación amenaza directamente la vida de estos autores, cosa que no parece perturbar a Tolstói. M. Ts. publica enseguida en otra revista del exilio, *Golos Rossii* [La voz de Rusia], una valiente acusación.

Carta abierta a Alexéi Tolstói

Alexéi Nikoláievich:

Tengo frente a mí, en el número *6* del suplemento del periódico *Nakanunie*, la carta que le escribió Chukovski.

Si no estuviera usted en la redacción de este periódico, tomaría lo ocurrido por otro servicio de alguno de sus amigos.

Pero es usted el jefe de redacción, y dicha hipótesis no se sostiene.

Quedan dos posibilidades: o bien el propio Chukovski le pidió que hiciera usted pública esa carta, o bien lo hizo usted por propia voluntad y a espaldas de Chukovski[1].

«En 1919 creé la Casa de las Artes; construí un estudio (junto con Nikolái Gumiliov), organicé conferencias populares, invité a Gorki, a Blok, a Sologub, a Ajmátova, a A. Benois, a Dobuzhinski, construí una residencia para 56 personas, una biblioteca, etcétera. Y ahora veo que creé una cloaca. Todo son chismes, odios, intrigas, holgazanerías, - ¡emigrantes!, ¡emigrantes! Vivir a costa de un Volynski o un Chudovski[2] es muy fácil: reciben sus raciones, se reúnen en asambleas, *no escriben nada* e injurian al poder soviético…» - «No, Tolstói, usted ha de volver aquí con orgullo, con el alma clara. Toda esta inmundicia no se merece que usted se *excuse* frente a ella o que *se sienta culpable*». (Las cursivas, es obvio, son de Chukovski.)

Si usted divulga estas líneas por amistad con Chukovski (a petición suya) - el proceder de Chukosvki es evidente: ¡no puede no saber que *Nakanunie* se vende en todos los rincones de Moscú y de Petersburgo! - Usted, que se pone a remover ese basurero, es menos claro. Prestar un servicio así es - traicionar.

Veamos la segunda posibilidad: usted divulga la carta *sin haber sufrido presión*. Pero todo proceder tiene un objetivo. No perjudicar a aquellos que durante cuatro años consecutivos han soportado sobre sus espaldas no una carga alegórica, como la conciencia, la ciudadanía insatisfecha y demás, sino simplemente: primero patatas congeladas, después no congeladas, primero harina negra, después gris…

Lo releo - y:

«Gracias por su delicioso regalo - *El amor - ¡libro maravilloso*[3]! - Es probable que ni usted mismo entienda hasta qué punto esta obra es genuina, de buena cepa, inmensamente poética. Sólo usted es capaz de escribir así: gracioso y, al mismo tiempo, poético. Y es una obra de peso - como lo es un niño felizmente nacido: lo levantas y - ay, ay, ay, ¡cuánto pesa!, tres años (?) y qué carnosito está. Y todos son tontos - poéticamente, tiernamente tontos, adorablemente tontos. Imagino el éxito que debe de tener el montaje. Envíeme las críticas, las traduciré y las llevaré a la *Literatumye zapiski* [La gaceta literaria] (la revista de la Casa de los Literatos) - que Rusia entera sepa de sus éxitos».

Si lo que quería era compartir su alegría con sus amigos occidentales, podría haberse limitado a este pasaje.

O bien, efectivamente, es usted una criatura de tres años que no sospecha de la existencia en Rusia de la GPU (la antigua Chekál), ni de hasta qué punto dependen de esa GPU todos los ciudadanos soviéticos, ni de que han clausurado la revista *Létopisi Doma Literátorov* [Anales de la Casa de los Literatos], ni de muchas, muchas otras cosas…

Suponga que una de las personas mencionadas, tras cuatro meses y medio de «no hacer nada» (de lo que, por cierto, murió Blok), quiera la libertad, - ¿qué papel desempeñará en su salida de Rusia la carta que publicó usted en *Nakanunie*?

La Nueva Política Económica que, es obvio, para usted es la tierra prometida, de lo que menos se ocupa es de cuestiones de ética: de la justicia para el enemigo, del perdón para el enemigo, de la grandeza de espíritu con el enemigo.

Alexéi Nikoláievich, por encima de las amistades personales, de las cartas privadas, de las vanidades literarias existe - la caución solidaria del oficio, la caución solidaria de la calidad humana.

Cinco minutos antes de que saliera yo de Rusia (el 11 de mayo de este año) se me acercó un hombre: un comunista, apenas lo conozco, me conoce por mis versos. - «En el mismo vagón que usted viaja un chequista. No hable más de la cuenta.»

A él le estrecho la mano - a usted no.

Marina Tsvietáieva
Berlín, a 3 de junio de 1922

El 7 de junio de 1922, Seriozha, su marido, llega de Praga; no se habían visto en cinco años. Berlín es una ciudad cara, el gobierno checo ofrece becas a los escritores y a los estudiantes rusos que han emigrado; Seriozha está inscrito en la universidad. La familia decide, pues, instalarse en Checoslovaquia; la nueva partida tiene lugar el 31 de julio.

También Praga es demasiado cara para ellos, tendrán que vivir en los arrabales. M. Ts. hace nuevos amigos y poco a poco entra en la vida literaria de la emigración. Unos meses más tarde le escribe a una amiga pintora que está a punto de abandonar Berlín para instalarse en París.

A Liudmila Chírikova

Mokropsy, a 3 de noviembre de 1922

Mi querida Liudmila Evguénievna:

Un millón de gracias por todo, - ayer llegaron los primeros pecados de Helikón[4]: un librito de Ajmátova - y una carta de arrepentimiento.

Estoy profundamente convencida de que *yo* nada tengo que ver con ese arrepentimiento. - Usted fue la vara de Aarón (?) gracias a la cual este dudoso peñasco soltó una dudosa lágrima.

- En general: un cocodrilo. Y en particular - ¡como un bacilo!

Usted me ha ayudado mucho, por fin ahora tendré en mis manos mis viejas poesías que gustan a todo el mundo.

Las nuevas (de palabras sibilinas) serían mi ruina: nadie las necesita ya que fueron escritas desde aquella orilla: *¡el cielo!*

* * *

Hablemos de usted.

Se va. - La aplaudo. - Pero hay dos formas de irse: *de* - y: *a*. Preferiría lo primero: es un gesto noble: la mujer tal como la amo.

No es una partida: es un despegue.

Si es *a* - o: *con* - qué se le va a hacer, también eso es necesario, aunque sólo sea para después renegar tres veces y sacudirse el polvo.

El alma crece con todo, pero sobre todo - con las pérdidas.

Usted es un ser auténtico, y además - joven; desde nuestro primer encuentro me sedujo esta combinación, la gente se equivoca cuando cree que la edad puede explicarlo todo en el ser humano: el ser humano nace *¡ÍNTEGRO!* Dese cuenta de cómo desde nuestra infancia más remota - ¡y al cabo de años y años!

- seguimos siendo los mismos, amando lo mismo. Es como una inocencia *imperturbable*.

Pero la gente pierde su transparencia, el amor pierde su transparencia, a los veinte años piensas: ¡ha despertado un alma nueva! - no, es la vieja y ancestral carne de Eva. Y luego esto pasa, y a los sesenta eres bajo el cielo exactamente el mismo - la misma - que fuiste a los seis. (¡Yo tengo - seiscientos!)

De una u otra manera, de quién se aleje y a quién se acerque (de *qué* y a *qué*, ya que su destino está en los sentimientos y no en las personas) - de qué se aleje y a qué se acerque - usted siempre irá hacia su alma (los acontecimientos *de usted* - todos - están en el interior), y además hacia la ciudad eterna - que *tanto* ha visto y

tanto ha engullido -, ya que todo lo agudamente personal, se quiera o no, se extinguirá, se transformará.

Tendrá usted el Sena con sus puentes, sus neblinas: con sus siglos. *Le tombeau des Invalides*[5], - Dios: ¡Versalles entre semana cuando no hay nadie, Versalles con sus alamedas, sus estanques, con sus Luises!

Yo viví en París - hace mucho, a los dieciséis años, vivía sola, austera, - fue más un sueño de París, que París. (Como mi vida toda - ¡más *un sueño* de la vida - que la vida!)

Vaya en memoria mía a la rue Bonaparte, ahí vivía yo: en el 59 bis. Elegí el alojamiento por el nombre de la calle, ya que entonces (¡y también ahora, eso no pasará!) más que nada y más que a nadie amaba yo a Napoleón.

La rue Bonaparte es - encantadora: católica y monárquica (*légitimiste*[6]!) - en cada casa hay una tienda de antigüedades.

Estaría bien que se instalara usted allí: en el mapa - entre la plaza de St-Germain-des-Prés y la de St-Germain-d'Auxerrois, en el Sena mismo, - el barrio latino.

Y lo que seguramente la cautivará es que en cada ventana hay un anciano de ciento diez años y una anciana de noventa y nueve.

M. Ts.

La pequeña Alia de nuevo está viviendo con su padre y con su madre, que ahora piensan en llevarla a la escuela. Sin embargo, M. Ts. duda, traumatizada por el recuerdo de la última separación. Así se lo cuenta a una amiga (a M. S. Tsétlina, el 8 de junio de 1923):

Un niño enfermo - nada más doloroso, nada más penoso que eso. La enfermedad de Alia en 1920 fue el peor período de mi vida, los únicos meses en los que no escribí poesía.

No obstante, cuando empieza el año escolar de 1923, Alia ingresa como interna en una de las mejores escuelas de lengua rusa, el Ruske gymnasium de Moravska Třebova, en Moravia, donde será confiada a los cuidados de la familia Bogenhardt. Vsévolod Bogenhardt es un compañero del ejército de Serguéi Efrón. Él mismo, su esposa Olga y su madre Antonina trabajan en esa escuela.

A Antonina Bogenhardt

Praga, a 11 de noviembre de 1923

Mi querida Antonina Konstantínovna:

Gracias de todo corazón por el telegrama y por la carta. No se imagina lo que mi alma ha sufrido estos días por Alia. ¡Si usted supiera cómo temo la separación!

En este sentido no soy, es evidente, una persona normal: pero no por mi naturaleza, la vida me ha hecho así. Durante la Revolución, en 1920, *un mes antes* de recibir la ración, murió mi hija menor en un hospicio y a duras penas logré salvar a Alia de la muerte. Yo no quería entregarlas al hospicio, me las *arrancaron*: me acusaron de egoísmo materno, me prometieron que las niñas estarían cuidadas y bien, - pero al cabo de diez días - la una cayó enferma y al cabo de un mes - murió la otra.

Desde entonces tengo un miedo terrible a las separaciones, al menor incidente - aquel viejo y gélido terror: ¿y si de pronto? Conozco todas sus objeciones, sé que Trebova para los niños es, verdaderamente, un paraíso, la conozco a usted y conozco su corazón, y le escribo todo esto sólo para que conozca *la raíz* de esta anormalidad. Pero basta de cosas lúgubres. Estoy convencida de que Alia en Trebova está bien, ha pasado tanto tiempo sin ser niña, tan pocas veces en su infancia tuvo la posibilidad de estar simplemente contenta, y ahora de golpe todo: amigas, y un horario correcto, y juegos y clases. Si hubiera seguido viviendo conmigo, habría crecido infeliz, yo misma nunca fui verdaderamente una niña, por eso entiendo mal a los niños: de los ajenos - tengo miedo, de los propios (de la propia) exijo demasiado. «Médico, cúrate a ti mismo»[7], esto (en lo que se refiere a la educación) a nadie se le puede aplicar tan bien como a mí.

* * *

Ya llegaron las primeras heladas. Nuestra montaña encaneció. Hace unos días había una niebla tan densa que, cuando iba por leche a la tiendita, no distinguía ni mis propios pies, ya no digamos dónde pisaban. Ahora, mientras le escribo, la ventana es una mancha opaca, ni una sola figura. Praga en invierno invita al sueño. Por la mañana no tienes ganas de levantarte y por la noche no ves la hora de acostarte. Encendimos la estufa: alegre y esmerada. Amo el fuego en el tiro, a veces me recuerda el mar. ¿Es acogedor su nuevo alojamiento?

Con frecuencia me transporto mentalmente a Trebova, veo la pequeña plaza con sus enormes adoquines, los escudos en las puertas, los santos que bailan. Pienso en nuestras caminatas - ¿se acuerda de las setas? Y en aquella hierba grande y tupida, como estípite.

Descríbame la Trebova invernal. ¿Qué hacen los niños cuando no se puede jugar al fútbol? ¿Será posible que lean? Aún falta mucho para la verdadera nieve. ¿Montan alguna obra? Quisiera saberlo todo, me he encariñado con Trebova.

* * *

Termino. Una vez más le doy las gracias de todo corazón, a usted y a los suyos, por Alia. Para Navidad sólo falta mes y medio, pronto nos veremos. Un beso y un saludo a Olga Nikoláievna y a Vsévolod. ¡Cómo me gustaría verlos a todos en Praga!

M. Ts.

Una vez instalada en los alrededores de Praga, M. Ts. puede dedicarse a la creación - que al mismo tiempo es la principal fuente de ingresos de la familia (Serguéi no trabaja, sólo tiene una beca de estudiante). Los años checos son particularmente fecundos: escribe numerosas poesías líricas, trabaja en los largos poemas *El valiente* y *Egórushka*. En 1923 se publican sus colecciones *El oficio* y *Psiqué*; en 1924, *Fénix*, obra dramática cuyo personaje principal es Casanova. Simultáneamente se pone a trabajar en una trilogía dramática inspirada en Teseo, y escribe la primera parte, *Ariadna*. A veces le es difícil publicar, sobre todo por razones políticas. Así, no logra que se edite el libro que proyecta a partir de sus diarios, titulado *Indicios terrestres*: a Vishniak, de ediciones Helikón, le habría gustado publicarlo, pero a condición de que suprimiera toda mención a la vida política. ¿Cómo podría eliminar eso del relato de su vida en 1917, 1918, 1919? Las ideas de M. Ts. son todavía más difíciles de aceptar porque no siguen los lineamientos de ningún partido. Le escribe a Gul (el 27 de mayo de 1923):

Es un libro hecho de vida viva y verdad, es decir, que políticamente (¡es decir, desde el ángulo de la mentira!) está condenado al fracaso. En él hay comunistas encantadores y también irreprochables miembros de la Guardia Blanca, los primeros verán *sólo* a los últimos, y los últimos - sólo a los primeros.

El libro no se publicará en vida de la poeta. M. Ts. comenta en su cuaderno situaciones similares (el 1 de enero de 1925):

De mis reflexiones sobre los redactores y las redacciones:

De todas formas, cuando yo muera - ¡todo se publicará! Cada rengloncito, como dice Alia: ¡cada rabillito! ¿A qué los remilgos (los caprichos)? ¿O es que en vez de la gloria sencilla [falta una palabra] del sol, necesitan imprescindiblemente el escándalo de la muerte? ¿En vez de a mí *a la mesa*, a mí - *tendida en* la mesa? (Esto también - ¡publíquenlo!)

Poco después de su llegada a Berlín, M. Ts. establece un intenso contacto epistolar con el poeta Borís Pasternak (1890-1960), hasta entonces sólo un conocido. Éste le habla de la admiración que siente por su poesía; poco después, le envía su nuevo libro de poemas. M. Ts. también siente admiración por él, tiene la impresión de haber encontrado a un poeta con una fuerza comparable a la suya. Lo dice en un ensayo dedicado a su obra y también en las cartas que le dirige desde los arrabales de Praga (en ese momento él se encuentra en Alemania).

A Borís Pasternak

Mokropsy, a 10 de febrero de 1923

¡Pasternak!

Usted es el primer poeta al que - en toda mi vida - he visto[*]. Usted es el primer poeta en cuyo día de mañana creo - como en el mío. Usted es el primer poeta cuyos versos son menores que él mismo, aunque mayores que todos los demás. Pasternak, he conocido a muchos poetas: viejos y jóvenes, y ninguno se acuerda de mí. Eran hacedores de versos: extraordinarios hacedores de versos, o (con menor frecuencia) hacedores de extraordinarios versos. - Y nada más. - En ninguno vi la impronta de los trabajos forzados *del poeta*: ¡abrasa a una versta de distancia! Etiquetas de versificador he visto muchas - y muy distintas: pero esto se derrumba fácilmente ante el primer soplo de *vida cotidiana*. Vivían y (por separado) escribían versos - fuera de toda alucinación, fuera de toda disipación, ahorrándolo todo para los versos - no sólo vivían: se enriquecían. Y una vez enriquecidos, se permitían un verso: un pequeño paseo […]. Eran peores que los

no-poetas, ya que *sabiendo* lo que les cuestan los versos (¡meses y meses de abstinencia, de tacañería, de no-ser!) exigían por ellos de quienes los rodeaban un pago exorbitante: incensaciones, genuflexiones, monumentos en vida. Nunca tuve la tentación de negárselo: incensaba con gentileza - y me apartaba. Pero sobre todo amaba al poeta cuando éste quería comer o cuando le dolía una muela: esto nos acercaba en lo humano. Yo era la *nana* de los poetas, la que complacía sus mezquindades - ¡no un poeta! ¡ni una musa! - ¡su joven (algunas veces trágica, pero aun así) - nana! Al lado de un poeta siempre olvidaba que yo era - poeta. Y si él me lo recordaba - yo, negándolo, me santiguaba.

Y - es curioso - al ver *cómo* los escribían (los versos), comenzaba a considerarlos a ellos - genios, y a mí misma, si no una nulidad, sí - una extravagante de la pluma, casi una niña traviesa. «¿Acaso soy poeta? Yo simplemente vivo, disfruto, amo mi gato, lloro, me arreglo - y escribo versos. Mandelstam, por ejemplo, o Churilin, ellos sí son poetas.» Y contagiaba esa actitud: lo mío pasaba sin más - nadie me tomaba en cuenta, de ahí que de 1912 (tenía dieciocho años) a 1922 no publicara ni un solo libro, pese a que manuscritos había - por lo menos cinco. De ahí que yo no tenga ni vaya a tener - un nombre. (Esto, por cierto, me angustia sólo exteriormente: en siete meses, desde que llegué de Berlín, he ganado - el mes pasado - doce mil marcos alemanes enviando cosas aquí y allá. Vivo de la manutención de los checos, ¡si no fuera así - moriría!)

Pero volvamos a usted. Usted, Pasternak, con todo el candor del corazón, es mi primer poeta en la vida. Del futuro de Pasternak respondo con la misma tranquilidad con que respondo del pasado de Byron. A propósito: una iluminación repentina: usted llegará a muy viejo, le espera una ascensión *larga*, ¡intente no hincar palos en las ruedas del Regente! - Usted es el único de quien puedo llamarme contemporánea y - ¡feliz! - ¡en voz muy alta! - lo hago. Lea esto con el mismo distanciamiento con que lo escribo, no se trata ni de usted ni de mí, yo no tengo la culpa de que usted no haya muerto hace cien años, es algo casi impersonal, y usted lo sabe. La gente no se confiesa con el sacerdote, sino con Dios. Yo no me confieso (no me arrepiento - ¡esparzo incienso!) con usted, sino con el Espíritu que hay en usted. Él es más grande que usted - ¡y - él - el espíritu - esto no lo ha oído todavía! Pero usted es tan grande, que no siente celos.

El último mes de este otoño lo pasé constantemente con usted, a su lado, sin separarme, *no* con su libro. Durante una época iba con frecuencia a Praga - esperaba el tren en nuestra estación, pequeñita y húmeda. Llegaba muy

temprano, al amanecer, antes que los faroles. Caminaba de un extremo al otro por la oscura plataforma - ¡lejos! Y había un lugar - el poste de uno de los faroles - sin luz, y era ahí donde yo lo convocaba. - «¡Pasternak!» y - largas conversaciones - errantes - hombro con hombro. Hay dos lugares a los que me gustaría ir con usted: a Weimar, a ver a Goethe, y al Cáucaso (¡el único lugar en Rusia donde *imagino* a Goethe!).

No diré que me es usted indispensable, usted es, en mi vida, *inevitable, adondequiera* que dirija mis pensamientos, se yergue el farol. Voy a desembrujar ese farol.

Entonces, en otoño, no me incomodaba que todo esto ocurriera a sus espaldas y sin su autorización. No lo convocaba con mi voluntad, si uno «quiere» - puede (¡y debe!) desquerer, la querencia - es un absurdo. Algo *en mí* quería. Y a su alma es muy fácil convocarla: ¡nunca está en casa!

«A la estación» y «a ver a Pasternak» era - lo mismo. No iba yo a la estación, iba a estar con usted. Y, entienda: nunca, en ningún lado, salvo en esa versta de asfalto. Al irme de la estación, o más bien: al sentarme en el tren - sólo me alejaba: sobria y juiciosamente. A la vida - no lo llevaba conmigo. Y nunca fui aposta. Cuando se suspendieron los viajes (indispensables) a Praga, también usted se terminó.

Se lo cuento ahora porque ya ha pasado.

Y siempre, siempre, siempre, Pasternak, en todas las estaciones de mi vida, en todos los faroles de todos mis destinos, a lo largo de todos los asfaltos, bajo todos los «aguaceros transversales» - será así: yo lo convoco, usted aparece.

* * *

Algo más sobre esta alianza. Cuando le cuento algo a alguien y el otro no entiende, mi primer pensamiento (¡abrasamiento!) - ¡Pasternak! Y tras la quemadura - la certeza. Como ir a casa, como ir a la hoguera: *sin* verificar.

Sé de usted, por ejemplo, que de entre todos - ama a Beethoven (¡incluso *más* que a Bach!), que está más apasionadamente expuesto a la Música que a los versos, que no ama «el arte», que más de una vez ha pensado en Paganini y quería escribir (¡y aún lo hará!) sobre él, que es usted católico (como orden espiritual, como linaje), y no ortodoxo. Pasternak, leo en su interior pero, al igual que usted, desconozco su última página. – Despunta, por lo demás, el monasterio.

Quiero decirle, y no se enojará usted, ni lo negará, porque usted es valiente y es desinteresado, que en su obra hay más Genio que poeta (tiene al Genio -

¡guardándole las espaldas!), el poeta fue vencido por el Genio, se entrega a su ira y a su clemencia, aceptó ser pregonero, eligió la renuncia. (¡Sólo la codicia - rastrera - puede luchar con el ángel! ¡«La autoafirmación» cuando en realidad se trata de una autocremación!)

Otra cosa, Pasternak, no quiero que lo entierren, quiero que lo cremen.



M. A. Mein. Madre de la poeta.



I. V. Tsvietáiev. Padre de la poeta (1912).



Anastasia Tsvietáieva, Nikolái Mirónov y Marina Tsvietáieva (1912).

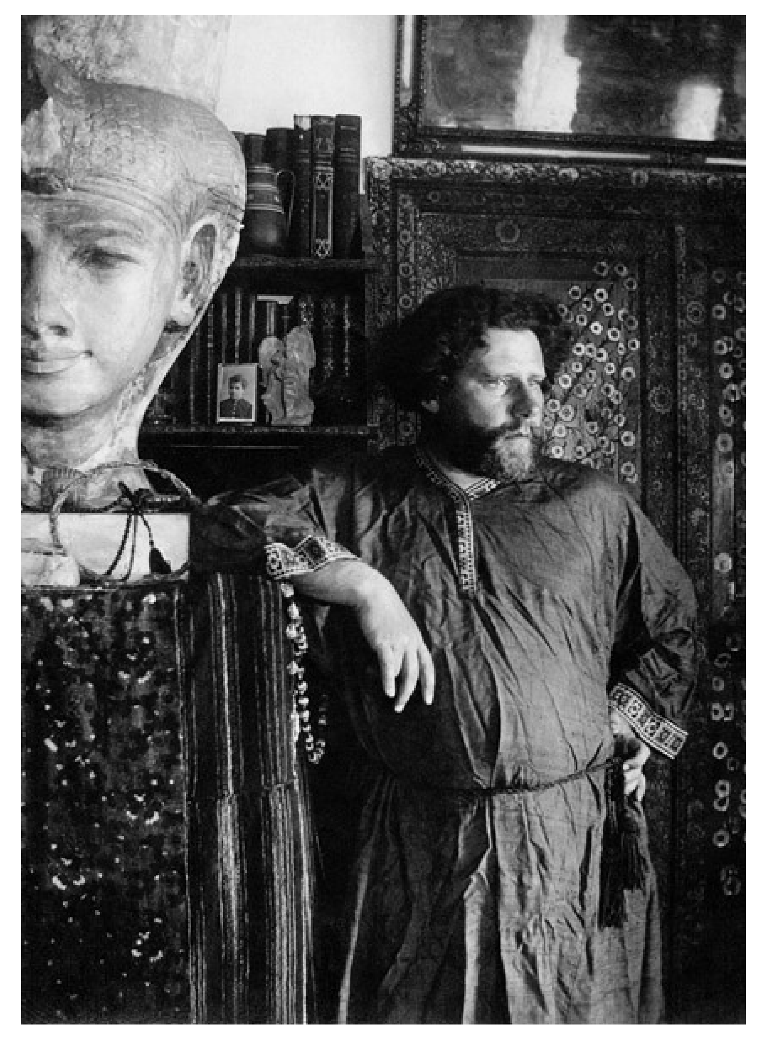


De izquierda a derecha: Marina Tsvietáieva, Lilia Efrón. En el centro Serguéi Efrón. De derecha a izquierda: Elena O. Volóshina, Vera Efrón y Vladimir Sokolov. De pie: V. A. Rogozinski

(1913, Koktebel).



Casa de Max Voloshin en Koktebel. (Fotografía de Selma Ancira.)



Maximilián Voloshin (1911, Koktebel).



Marina Tsvietáieva (1911, Koktebel).



Serguéi Efrón y Marina Tsvietáieva (1911, Moscú).



Alia e Irina (1919, Moscú).



Serguéi Efrón (1915).



Sofia Parnok (1912).



Marina Tsvietáieva y Alia (1925, París).

* * *

Su libro. Tengo que pedirle una cosa, Pasternak. Dedíqueme - «Así empiezan Los Gitanos». (Mentalmente.) Regálemelo. Que yo sepa que es mío. Que nadie ose pensar que es de él.

Pasternak, hay un código secreto. Y usted está - completamente codificado, usted es del todo imposible para el «público». Usted es un mensaje cifrado de un rey o de un adalid. Usted es la correspondencia intercambiada entre Pasternak y su Genio. (¡Qué puede hacer aquí un tercero, cuando se trata de: al descubrirlo - ¡encubrirlo!) Si llegan a amarlo, será por miedo: unos por miedo de «quedarse atrás», otros, más perspicaces - *al intuirlo*. Pero conocerlo… Yo tampoco lo conozco, nunca me atreveré, porque con frecuencia ni Pasternak se conoce. Pasternak escribe letras, y luego - en la brecha abierta por una revelación nocturna - por espacio de un instante, toma conciencia para luego, por la mañana, olvidar de nuevo.

Pero existe otro mundo, donde su criptografía es - caligrafía infantil. Los montañeses lo leen bromeando. Más alta la cabeza - ¡más alta! - Allá tiene su «Auditorio politécnico»[1].

* * *

Una vez repartido el incienso, comienzo a arrepentirme. - Aquel bendito verano de 1922 (¡pronto hará un año!), cuando recibí su libro, mi primer gesto fue, al cerrar la última página, abrir mi *El oficio* en la primera y - en negro sobre el blanco - su nombre. Y, aquí, cometí una bajeza. En aquel entonces yo era amiga de Helikón[2], un enamorado (no me pregunte más) de mis versos. Era una nulidad de terciopelo negro, conmovedor hasta la SH (¡Dios, *gato* en francés es *chat*! ¡Acabo de darme cuenta!) Y bien. Dedicar, frente a esa nariz gatuna de gamuza, *El oficio* a otro, que además es un semidiós (como modesta y públicamente lo considero) - ¡se me encogía el corazón! «Nuestra la febledad… Nuestra la torpe-edad…» (Una cancioncita. ¡Acuérdese de la melodía!) Y, con todo el dolor del corazón - no lo hice. Y así, la página se quedó en blanco.

(Helikón, por supuesto, al cabo de una semana de mi partida, me traicionó, me vendió como los gatos: ¡los gatos en las tumbas - *no* mueren!)

Ahora, haciéndolo consciente, pienso: estuvo bien. Helikón - no cuenta, pero *El oficio* - ya es el ayer. Y yo, a usted, sólo voy con el mañana. Así, serena y sin

énfasis, simplemente sé: el próximo libro no puede no ser para usted. Dedicar es - bautizar el barco.

* * *

(Por cierto, esta carta es una conversación sobre usted con su Genio. Usted - ¡no oiga!)

* * *

Y ahora, Pasternak, un favor: no vuelva a Rusia sin que nos hayamos visto. Rusia es para mí *un grand peut-être*, casi el otro mundo. Si se fuera usted a Guadalupe, a vivir entre serpientes y leprosos, no se lo pediría. Pero: a Rusia - se lo pido. - Y bien, Pasternak, prevéngame, iré. En apariencia - por asuntos, en esencia - por usted: por su alma: para despedirnos. Ya una vez desapareció usted - en el Devíchoe pole, en el cementerio: retiró su persona *de*. Simplemente dejó de estar. Me acuerdo y siento miedo - y peleo por: ¿qué? Por un simple apretón de manos. En general, dudo de su existencia, pero me la imagino demasiado parecida a un sueño por esa indolencia (¡refresque el sentido prístino de esta palabra!), esa certitud, esa *ceguera*, que siento por usted.

Podría escribir un libro sobre nuestros encuentros, sólo restaurando, *sin* recurrir a la ficción. Así, segura del ser, dudo de la existencia: simplemente usted no está. No volveré a pedírselo, pero espero su respuesta. No volveré a pedírselo, pero si no lo cumple (sea cual sea el pretexto) - *la herida será incurable*.

No temo su partida, sino su desaparición.

* * *

Dos veces en su carta: «qué difícil». - Sólo porque se halla usted entre la gente: ¡usted es - aviador! Visite a los dioses: los árboles. No es lirismo, es un consejo médico. Hay gente que vive fuera de las ciudades, y en Alemania eso es más fácil que en cualquier otro lugar. Tendrá libros, cuadernos, árboles, aire, dignidad, paz. - ¡Ah, sí!, un pasaje poco claro en su carta: ¿piensa que por razones «dolorosas e incómodas» no vivo en Berlín? Lo que ocurre es que Berlín me lo robó *todo*, me fui de ahí hecha una pordiosera, con los cartílagos serrados y los tendones desgarrados. La gente de letras es - ¡la lepra! Le pido a Dios poder vivir siempre como vivo ahora: un pozo que simula una capilla, el rumor de los arroyos, mi propio peñasco, cabras, árboles de todo tipo, cuadernos, por no

hablar de Seriozha y de Alia, los únicos - además de usted y del príncipe S. Volkonski - que me son queridos.

Mi única amargura es que en Berlín - ¡no esperé a que usted llegara! Si no parte usted antes, pienso ir a principios de mayo.

No oiga, jamás, lo que las gentes (¡los amigos!) opinan de mí, a muchos los he ofendido (los amaba y los desamé, los arrullaba y los solté) - la gente hace de las divergencias una cuestión de amor propio, que yo, por cierto, como los caballeros y los dioses - no despilfarro. - No me escuche. - Diré cosas peores, horrores - ¡pero más precisas!

* * *

Recibirá dos cartas mías todavía: una sobre sus y mis escritos, otra - con versos para usted. Después guardaré silencio. No diré palabra - nunca más escribiré. Escribir es - ¡entrar sin haber llamado! Y mi casa siempre está a mitad del camino hacia usted. Siempre que escriba, sépalo, su pensamiento - está en la respuesta. ¡Acaso se puede hablar de llamar a una puerta arrancada de por vida!

* * *

Y ahora, Pasternak, adiós. - Ah, sí, también tiene que regalarme una Biblia, si no es de sus manos - no la aceptaré.

M. Ts.

Durante un tiempo, M. Ts. planea un viaje a Berlín para encontrarse con Pasternak (que está de paso), pero la empresa le parece demasiado problemática. Le escribe al respecto a su amigo Román Gul, que también vive en Berlín.

A Román Gul

Mokropsy, a 11 del nuevo marzo de 1923, nuevo estilo

Mi querido Gul:

Mis pensamientos están «en tremendo desbarajuste» (como en una ocasión me dijo una gitana en la calle Smolensk[3], - a la que di, por su buenaventura,

¡mis últimos cuartos!)

Se va mi poeta - el más amado de todos - Pasternak, por supuesto - y ni siquiera puedo ir a despedirme de él: no tengo ningún pariente agonizante en Berlín, ni puedo inventarlo de aquí al 18. Estoy muy triste (¡ya ve que sí puedo, y más a menudo y más de lo que se imagina! ¡Estoy hablando de su reseña!) - y mi único consuelo 1) que toda mi vida ha sido así, 2) *Gespräche mit Goethe* de Eckermann[4]. Le ruego que compre este libro con las «divisas» que adjunto y que se lo dé a Pasternak *antes* de que se vaya. (Se va el 18, según escribe.)

Creo que hay muchas ediciones. En Moscú yo tenía una excelsa. La reconocerá enseguida: un volumen pesado, con unos caracteres (góticos) soberbios e ilustraciones (Weimar, los dibujos de Goethe, etcétera). No sé cómo podría pedirle que buscara precisamente éste, no es para nada una rareza, es una edición *no* antigua. Lo que menos quisiera es una *Reclam-Ausgabe*[5] (del tipo de nuestra Biblioteca Universal). De seguro se puede preguntar por teléfono en las librerías, ¿no?

Eckermann *Gespräche mit Goethe*. El libro tiene que ser *grande*, existe una selección, pero eso no tiene caso.

También me gustaría regalarle un buen retrato de Goethe viejo. Hay unos en sepia - no son grabados, pero lo parecen. Pero no sé si alcanzará el dinero. (Cerca de quince mil marcos alemanes, creo.) En todo caso - Eckermann en primer lugar. Si por algo - desconozco los precios de ustedes allá - el dinero no alcanzara, se lo ruego, ponga el resto. Se lo devolveré enseguida.

* * *

Otra cosa: de Pasternak lo ignoro todo y quisiera saberlo - todo. (¡ENTRE NOSOTROS!) Nuestra correspondencia transcurre - *ins Blaue*[6], yo siempre tengo miedo de la *vida cotidiana* del otro, en buena parte - me aflige. Me gustaría saber cómo es la mujer de Pasternak («¡¿es esto-la existencia?!» Ojalá fuese - ¡el ser!), qué hacía él en Berlín, por qué y para qué se va, con quién trabó amistad, etcétera. Todo lo que sepa - cuéntemelo.

Y - sin falta - cuando le entregue el libro, qué dijo, quién estaba delante. Si quisiera hacerme feliz, le llevaría el libro a la estación, de ese modo me enteraría yo de cómo fue su despedida. Pero 1) no me atrevo a pedírselo (aunque para usted, escritor, esos adioses podrían ser interesantes: una persona se despide de «una vida cómoda», ¡vale la pena pensar al respecto!); 2) ¿suele llegar tarde a la estación? Si sí, ¡mi Eckermann se irá al diablo! - Tendría que averiguar la hora exacta del tren.

Cuando se lo entregue, únicamente dígale que yo se lo pedí… Puede no decirle *qué* es (el título del libro), siempre temo la incomodidad del otro, el inevitable segundo de TURBACIÓN en el recinto. La estación es muy propicia para todo tipo de sentimientos (¿ve qué astuta soy?).

Y, para terminar con esto (¡aunque en mí - apenas empieza!), querido Gul, ¡no lo deje para luego! Envío la carta el 12 (lunes), no llegará antes del 16, apenas tiene un día para todo. Esperaré su respuesta más que con ansia y menos que con frenesí, algo intermedio, pero ya he dicho demasiado.

* * *

Segundo disgusto (secuela) - el libro[7] me tiene hasta la coronilla. El 9 (cuando supe que él se iba) lo dejé y no tengo la menor gana de retomarlo. Estoy desconsolada: me paso el día caminando: ¡aireando en las colinas de Mokropsy la cabeza y el corazón! Pero si me pongo a la poesía - mis versos se empantanan. También Helikón me desconcierta (¡descarado!) al no contestarme si lo quiere o no. De todas formas, por supuesto, voy a vencer esto y a ponerme a él. El libro es interesante, hay dos elementos muy claros: la existencia (es decir, la Revolución) y el SER (yo). No tome por una desfachatez el ser, así es como debe ser, el mundo necesita aunque sólo sea un rincón - ¡no deformado!

Y su Manfredo[8], ¿cómo va? ¿No teme «el síndrome de la Guardia Blanca»? En mi libro no aparece la centuria negra, pero sí la rabia blanca. En Rusia, si los bolcheviques no se han aborregado (de borrego) definitivamente - será difícil que le permitan la entrada. Y darlo a publicar en Bulgaria - eliminarán toda *Psiqué*[9] (es decir a mí). - No sé qué hacer. -

* * *

Bueno, Gul, querido, me despido. ¿Ha leído *Tierra natal* de Volkonski? Tengo un largo artículo[10] al respecto por ahí, quizá Gleb Struve lo quiera para *Rússkaia mysl* [El pensamiento ruso]. Si ve *Tierra natal*, léalo, es un libro PRODIGIOSO, no hay otro así.

Helikón, el descarado, no me envía *El oficio*; el único ejemplar que yo tenía se lo mandé a Pasternak, para el camino. En cuanto los reciba, el primero será para usted. En mi próxima carta le contaré de la triste e involuntaria picardía que cometí - yo misma estoy sorprendida.

Por Dios, con detalle y lo más pronto que pueda - sobre el libro y la despedida.

Su incansable pedigüeña,

M. Ts.

[En el margen:]

En ÚLTIMA instancia compre una *Reclam-Ausgabe*, pero haga todo lo posible por conseguir una buena edición.

La dirección de Pasternak: Berlín - W. 15 Fasanenstrasse 41 III b/v. Versen.

En sus cartas y cuadernos, M. Ts. con frecuencia consigna sus ideas sobre las relaciones entre el arte y la vida, el ser y el existir. Por ejemplo, le escribe a Gul (el 28 de marzo de 1923):

Mi alma entró en ebullición ante su amor por la existencia cotidiana: ¡mi odio secular! […] Gul, no amo la vida terrestre, nunca la he amado, sobre todo - a la gente. Amo el cielo y a los ángeles: allá y con ellos sabría comportarme.

O a Chírikova (el 27 de abril de 1923):

Me siento cansada de la vida terrestre. Uno se desmorona cuando piensa en cuántos suelos limpios y sucios le faltan todavía, en cuántas leches hervidas y por hervir, en cuántas caseras, cuántas cacerolas, etcétera. […] No tengo nada, sólo odio por los amos de la vida: porque no soy como ellos. […] Es el mendigo - frente al acaudalado, el mendigo - frente al que nada tiene (doble odio), uno frente a todos y uno contra todos. El alma y el *fiambre*, el alma y la *vulgaridad*. ¡Fuerzas universales que una vez más - se enfrentan!

¡No sé vivir en el mundo!

* * *

¿Cree usted en otro mundo? Yo - sí. Pero en un mundo feroz. ¡De represalia! En un mundo donde reinan los Designios. En un mundo donde los jueces serán juzgados. Ese día llegará mi absolución, no, es poco: ¡mi jubilación! Todo será júbilo para mí. Porque allá no se juzgará por el vestido - que todos tienen mejor que yo aquí y por el que tanto me han detestado - sino por lo esencial, por eso que aquí ha impedido que me ocupe del vestido.

Pero ese día - ¿llegará? - está lejos, y lo que hoy tengo frente a los ojos es una sarta de tribunales humanos y jurídicos para los que siempre estaré *equivocada*.

Al joven crítico Alexandr Bájraj le escribe:

El mundo de los periódicos - me horroriza; además de *todo*, me obliga a odiar el periódico, ¡esa fuerza desorganizada de la vulgaridad humana! - lo odio por su *a la chita callando*, por la perfidia de sus columnas todas idénticas. (El 27 de julio de 1923.)

¡Oh, Dios de verdad quiere convertirme en un gran poeta, de otro modo no me lo quitaría todo! (El 5 de agosto de 1923.)

Dios quiere convertirme en un dios - o un poeta - y yo a veces quisiera ser una persona y me debato y le demuestro a Dios que se equivoca. Y Dios, sonriendo, me suelta: «Anda, vive…».

Así fue como me dejó ir a verlo a usted - una horita. (El 14 de agosto de 1923.)

Y a Pasternak (el 14 de febrero de 1925):

Hice de mi alma mi casa, pero jamás de mi casa - mi alma. Estoy ausente de mi vida, *no estoy*, en casa. El alma en una casa, - el alma en casa es para mí inconcebible, justamente - no lo concibo. […] Traicionar a la vida cotidiana con el alma - creo que no he hecho otra cosa en toda mi vida. Es, usted lo entiende, distinto de marido y amante.

Más que a existir, aspira a ser. Lo consigue mediante la creación artística. Le escribe a Gul (el 30 de marzo de 1924):

Los versos, Gul, son un tercer reino, fuera del bien y del mal, tan lejanos de la Iglesia como de la ciencia. Los versos, Gul, son la última tentación de la tierra (en general - ¡del arte!), son el más seductor de sus cuerpos. Por ello seremos condenados todos nosotros, los poetas.

En sus cuadernos, anota:

Todo, salvo la escritura, es - nada. (El 10 de septiembre de 1924.)

Necesito los versos como demostración: ¿sigo viva? Los golpecitos del prisionero en la pared para comunicarse con su vecino. (El 15 de enero de 1925.)

Para una joven amiga, Ariadna (o Adia) Chernova (1908-1974), que en esa época sueña con hacerse escritora, M. Ts. analiza la relación entre el arte y la vida (el 1 de abril de 1925).

Usted, *no cabe duda*, será una artista - porque no hay otros caminos. Toda vida en el espacio - ¡el más vasto! - y en el tiempo - ¡el más libre! - es demasiado *estrecha*. Usted no puede, aunque tenga en las manos todos los billetes para todos los expresos del mundo - estar a la vez en el Congo […], en los Urales y en Port-Saïd. Tendrá que vivir *una* vida, probablemente, - casual, no elegida por usted. Y amar al mismo tiempo, teniendo a ello todo el derecho y *todas* las posibilidades interiores, a Lord Byron, a Heinrich Heine y a Lérmontov, con quienes se ha encontrado en la vida (¡supongamos ese milagro!) no puede. En la vida, Ádenka, no se puede *na-da - nichts - rien*. De ahí - el arte («en sueños todo es posible»). *De ahí* - el arte, *mi* vida, tal como yo la quiero, no desprovista de leyes, pero sí sometida a las leyes superiores, la vida en la tierra, como la conciben los creyentes, - en el cielo. No hay más caminos.

El arte es superior a la vida, pero no se opone a ella: es su grado más intenso. Ts. le escribe a Bájraj (el 5-6 de septiembre de 1923):

La elección de las palabras es ante todo la elección y la purificación de los sentimientos, no todos los sentimientos son convenientes, oh, créame, ¡aquí también hay que trabajar! Trabajar en la palabra es - trabajar en uno mismo.

Por esta razón, M. Ts. es poco amable con aquellos a los que llama «estetas», aquellos que separan el arte del ser. Después de haber conocido a la pareja de escritores rusos Vladislav Jodasiévich (1886-1939) y Nina Berbérova (1901-1993), le escribe a Bájraj (el 25 de julio de 1923):

«Nosotros somos - poetas» y: «nosotros, los poetas»… y las miradas *significativas* del cómplice del crimen - ¡brrr! - de inmediato me puse a hablar de vestidos y divisas. Quizá sea yo injusta, en general me reboto enseguida, mi no a las gentes sólo es comparable a mi *sí* - ¡a los dioses! Los unos y los otros, tal parece, me pagan con la misma moneda.

Quien elige «el arte» no merece más su estima que quien opta por «la existencia cotidiana».

Desprecio las bellas letras. Todas esas flores, y cartas, e intermedios líricos no valen una camisa remendada a tiempo. «¿La existencia?» ¡Es una infamia tan grande que es un pecado dejarla en los hombros, ya sin eso *agobiados* por las alas!

Y al mismo (el 5-6 de septiembre de 1923):

¿Qué es usted? […] ¿Un esteta o un ser humano? ¿Una nacionalidad o un ser humano? ¿Una profesión - o un ser humano?

Una nota describe con más detalle la relación entre el mundo y su representación (noviembre de 1922):

No hay una sola cosa en la vida que yo haya visto simplemente; a mí, a los ocho años, en la preprimaria, cuando veía a las alumnas de octavo - se me figuraba que en cada objeto y detrás de cada objeto había - un secreto, es decir, la verdadera esencia del objeto. Pero resultó que en las alumnas de octavo no había secreto, es decir, la simple apariencia - un lazo, una falda larga, una sonrisa maliciosa eran - en esencia - su esencia - ¡no había esencia! Entonces yo, en octavo, desvié la mirada hacia los poetas, los héroes y demás, suponiéndola ahí. Y de nuevo - implantada en el círculo de los poetas, los héroes y demás -, de nuevo me di cuenta de que detrás de los versos, las hazañas y demás - tampoco hay nada, es decir, que los versos son - todo lo que pueden ser y son, las hazañas - todo lo que pueden ser y son, que el poeta - en el mejor de los casos - es equivalente a sus versos, como la alumna de octavo - a su lazo, es decir, lo aparente - a su apariencia, que esto es *aquello* que yo - debido a una infinita devoción - nunca supe (y pese a todo - nunca sabré) - nombrar. (No busco las palabras exactas porque temo que se me escape.)

El lazo es - un signo, los versos son - un signo… Pero ¿de qué? De los dieciocho años (el lazo), pero los dieciocho años - ¿de qué? Y aun si lo encuentro, ¿signo de qué será - eso?

Así percibía yo el mundo a los ocho años y así lo percibiré a los ochenta, pese a que jamás lo *vi* así (es decir, el objeto resultaba ser, invariablemente, sólo - él mismo). Porque él *es* así.

La creación poética trasciende las divisiones que rigen en general la vida de la humanidad. Así, a propósito de los sexos (a Gul, el 27 de junio de 1923):

La *Divina Comedia* - ¿tiene sexo? El Apocalipsis - ¿tiene sexo? *Farbenlehre* y *Fausto* - ¿tienen sexo? Todo Swedenborg - ¿tiene sexo?

El sexo es aquello que debe ser vencido, la carne es aquello que yo me *sacudo de encima*. […] La base de la creación es - el espíritu. El espíritu *no tiene* sexo, está *fuera* del sexo. Digo verdades elementales, pero convincentes. El sexo es la *desparejación*, en el arte se reúnen las mitades desparejadas de Platón.

Si tiene sexo - ¿qué pasa con los ángeles? ¡¿Y acaso los ángeles no (¡*no* los ángeles que llevamos dentro!) crean?!

Y también de las nacionalidades (a Gul, el 9 de febrero de 1923):

El espíritu del pueblo - *también* es una vestidura, quizá - la camisa, quizá - la piel, quizá la séptima (la última), pero *no es* el alma.

Eso es lo que determina su actitud hacia Rusia.

Soy rusa sólo a través de la palabra como elemento. ¿Acaso hay sentimientos rusos (franceses, alemanes, judíos, etcétera)? ¿Espacios? Ya para Atila los había y sigue habiéndolos en las praderas. Hay sentimientos temporales (nacionales, de clase), a-temporales (divinos: humanos) y pre-temporales (aleatorios). Yo vivo de los segundos y de los terceros. Pero dar el alma desnuda - sin cuerpo - no se puede, sobre todo en una obra larga. La nacionalidad es - el cuerpo, es decir, una vez más, la vestidura. (Julio de 1923.)

¿Echo de menos Rusia? No. No tengo ningunas ganas de volver. (A Gul, el 30 de marzo de 1924.)

En la respuesta que da en 1925 a un cuestionario que le ha enviado la revista *Svoimi putiami* [Por caminos propios] (animada, entre otros, por su marido Serguéi Efrón), M. Ts. vuelve a hablar, ahora con más detalle, de sus sentimientos hacia la patria y de su manera de entender la creación.

La patria no es una convención territorial, sino la irrevocabilidad de la memoria y de la sangre. Sólo quien concibe Rusia fuera de sí mismo puede temer no estar en Rusia, olvidar Rusia. Quien la lleva dentro - sólo la pierde cuando pierde la vida.

Para los escritores como Alexéi Tolstói, es decir los puramente costumbristas, es indispensable - si la escritura es lo que más cuenta para ellos - estar en Rusia, sea como sea, para observar con sus propios ojos y percibir con sus propios oídos los pormenores de cada momento del presuroso acontecer cotidiano.

Para los líricos, los épicos y los cuentistas, présbitas debido a la propia naturaleza de su obra, mejor ver Rusia de lejos - toda - desde el príncipe Ígor hasta Lenin - que en el hervor de la caldera dudosa y cegadora del presente.

Además, donde mejor está el escritor es donde menos le impiden escribir (respirar).

La cuestión del regreso a Rusia no es sino un detalle de la cuestión del amor-de-cerca y del amor-de-lejos, del amor-en-presencia - aun si está deformado hasta haber perdido el rostro-, y el amor-en-espíritu, que restituye el rostro. Del amor-que-no-se-tolera, todo concesiones, y el amor-que-no-tolera la deformación de lo que se ama.

- Pero en caso de incendio, de lejos es imposible ayudar.

La única arma que el escritor tiene para actuar es - la palabra. Cualquier otra intervención ya sería una proeza civil (Gumiliov[11]). Y así, si en el escritor es más fuerte el hombre - todavía se puede hacer algo en Rusia. Y algo heroico. Pero si en él vence el artista, irá a Rusia a guardar silencio, en el mejor de los casos - a silenciar, y en el (moralmente) todavía mejor - a hablar a las paredes de la Cheká.

- ¡Pero en Rusia siguen escribiendo!

Sí, con los recortes de la censura, bajo la amenaza de la denuncia literaria, y no queda sino asombrarse ante la vitalidad heroica de los así llamados escritores soviéticos, que escriben como crece la hierba por entre las baldosas de la prisión - pese y contra todo.

En cuanto a mí - volveré a Rusia no como un «vestigio» tolerado, sino como un huésped deseado y esperado.

* * *

Aquí, más allá de las fronteras del Imperio ruso, para mí Alexéi Mijáilovich Rémizov[12] no sólo es el más vivo de los escritores rusos, es un tesoro vivo del alma y de la lengua rusa, sin el cual, exceptuado Borís Pasternak - es tan evidente que me avergüenza decirlo -, no habría podido salir adelante ninguno de los

jóvenes prosistas rusos contemporáneos. A Rémizov, si yo fuera una autoridad rusa cualquiera, hoy mismo le concedería el título de Escritor del Pueblo, como se le concedió (en 1921) el título de Artista del Pueblo a Ermólova[13]. Para la preservación de Rusia, en su sentido secular, ellos han hecho más que todos los políticos juntos. El trabajo de Rémizov sólo es comparable con la hazaña que realiza un soldado en su puesto.

En Rusia, el más grande de los poetas y prosistas (en esto último - insisto) es, lo afirmo, Borís Pasternak, que ha creado no una forma nueva, sino una esencia nueva y, por lo tanto, - también una forma nueva.

* * *

En general, el florecimiento de la palabra (sobre todo - en prosa) en Rusia no tiene precedentes. El comunismo, acorralando la vida en el interior, dio salida al alma.

6
Idilios cerebrales, pasiones terrestres

Apenas abandonada la Rusia soviética para reunirse con su marido Seriozha, M. Ts. vive nuevos encandilamientos. Éstos siguen habitualmente el esquema que ella misma ya tiene bien identificado y que describe de la siguiente manera en marzo de 1920:

> La historia con Milioti me recuerda enloquecidamente la historia con Churilin. El mismo entusiasmo - piedad - deseo de colmar de regalos (¡de amor!) - y el mismo - al cabo de un tiempo: ofuscamiento - enfriamiento - desprecio.

Su primer encandilamiento, en la emigración, tiene que ver con Abraham Grigórievich Vishniak (1895-1943), dueño de la editorial Helikón. Éste le escribe pidiéndole que traduzca *Las noches florentinas* de Heine, ella le responde, y luego le envía varias cartas que quedan sin respuesta (en junio-julio de 1922, durante su estancia en Berlín). Este no-encuentro dejó una huella: las cartas de M. Ts. que el destinatario le manda de regreso. Cuatro años más tarde, en 1926, se cruza con él en París, en la celebración del Año Nuevo ruso (el 13 de enero) en el hotel Lutétia, pero no lo reconoce (o finge no reconocerlo). Cuando él le dice quién es, ella atribuye su olvido al hecho de que ya no lleva ni bigote ni gafas; pero tanto él como otros testigos le aseguran que jamás usó bigote o gafas. En 1933, al releer sus cartas, M. Ts. decide traducirlas al francés, añadiendo el relato de ese reencuentro posterior en un posfacio, en el que escribe:

> Mi olvido total y mi absoluto no-reconocimiento de hoy no son sino tu presencia absoluta y mi absorción total de ayer. Fuiste intensamente - e intensamente dejaste de ser. La presencia absoluta a la inversa. El absoluto sólo puede ser absoluto. Una presencia semejante no puede sino volverse una ausencia semejante. Ayer - todo, hoy - nada.

Este conjunto al que pone por título *Nueve cartas con una décima retenida y una undécima recibida* se publicará por primera vez en 1986.

La «historia» siguiente se fabricará un año más tarde, durante el verano de 1923. M. Ts. vive en los arrabales de Praga y ha leído una reseña de *El oficio*, firmada por un joven crítico literario: Alexandr Bájraj (1902-1985; quien más tarde afrancesará su apellido convirtiéndolo en Bacherac). Éste vive en Berlín, nunca se han visto. M. Ts. le escribe. Y se entabla una correspondencia. Las primeras cartas tratan sobre todo de la poesía de M. Ts. y de la interpretación que a ésta da Bájraj; pero, muy poco después, irrumpen los sentimientos.

A Alexandr Bájraj

Mokropsy - Praga, a 14-15 de julio de 1923

Amigo:

¿De dónde surge en mí este sentimiento de ternura cuando pienso en usted? No debería escribirle al respecto. En realidad no debería escribirle respecto a nada: apartar la pluma, clavar la mirada en el vacío y hablar (¡desparpajar!). Y después - la hoja vacía - y el vacío repleto. ¿No sería mejor?

(Por lo demás, el vacío es un abismo y no se llena jamás. En eso radica su mérito principal y - para mí - la más irresistible de las tentaciones.)

Pero hay algo que me detiene: ese carácter no autorizado de la posesión, un acto de violencia, una invasión.

¿Se acuerda, en Gógol[1], de ese hechicero malo que llamó al alma de Katerina? Yo no soy ningún hechicero malo, ni llamo al mal, pero llamo, y lo sé, y no quiero hacerlo a escondidas. ¡Sólo esto (¡cierta roca intacta de la ética masculina!) me hace tomar la pluma, más exactamente: me ayuda, aquí mismo, desde el primer renglón, a no soltar la pluma!

Digo la verdad.

* * *

Continúo la carta desde Praga, desde una casa diferente y con un alma diferente. (Y usted, inevitablemente: «¡y una tinta diferente!».)

Le escribo desde un arrabal obrero de Praga, con el acompañamiento miserable de una música de restaurante, y del humo que se precipita por la ventana. Es - la vida al desnudo; aquí hasta la alegría es - no vital, sino mortal. (A propósito, ¿qué es la alegría? ¡Yo *jamás* me siento alegre!)

Amigo mío, tengo tantas palabras (tantos sentimientos) para usted. Es un juego *mágico*. Es el *va-banque*[2] total - ¿de qué? - me quedo pensativa: *no* del corazón, ¡es demasiado pequeño en mi vida!, quizá ni siquiera tenga; pero hay otra cosa de la que estoy repleta y que no agotaré jamás - ¿el alma? No sé cómo se llama, pero aparte de eso no tengo nada. Y a través de esto «último»…

* * *

Amigo mío, esto es la libertad del sueño. ¿Usted sueña? La impunidad, la irresponsabilidad y la indolencia del sueño. Usted - es un extraño, pero yo lo he hecho parte de mi vida, camino a su lado por la carretera polvorienta de la aldea y por las calles brumosas de Praga, le digo (¡con desparpajo!) que no le deseo ningún mal, que no le haré ningún daño, que quiero que crezca usted grande y maravilloso y que, habiéndome olvidado - *a mí*, jamás se separe de aquel mundo - el otro - que es el *mío*.

¿Le queda claro? Porque esto es - al azar, pero a veces al azar es - ¡a porfía! Si usted me responde: no soy grande ni maravilloso, y jamás seré ni grande ni maravilloso - le creeré. Pero usted no me responderá esto, hay en usted algo - una cierta perspicacia de los sentidos - que hace que no quiera, por ejemplo, que otros lean mis cartas; hay en usted algo que indica fuerza, desvelo de conciencia, la *frente*. No quiero que el alma sea su huésped, quiero…

Quiero de usted, pequeño - un milagro. Un milagro de confianza, un milagro de comprensión, un milagro de renunciación. Quiero que usted, a sus veinte años, sea un anciano de setenta y al mismo tiempo un niño de siete, no quiero edad, cálculo, lucha, barreras.

No sé quién es usted, no sé nada de su vida, con usted me siento absolutamente libre, hablo con el espíritu.

Amigo mío, ¡qué tentación tan grande!, pocos la resisten. Conseguir no poner en la cuenta *personal* lo que está dirigido a la cuenta - eterna. No sospechar - de nada. No introducir la *existencia cotidiana*. Tener el valor de tomar lo que simplemente se da. Entrar en este mundo - a ciegas.

* * *

Gracias por los «signos duros»[3]. Gracias por sus gestiones en las editoriales. Gracias por el intento con Yakubóvich[4]. Indíqueme sin falta el plazo para enviar ambos manuscritos, puedo mandarlos a su nombre. Necesito un plazo, de otra manera jamás los tendré listos. - Pero que no sea demasiado apremiante. Ah, sí, - ¿*Petrópolis* ya adoptó la nueva ortografía? Qué triste. ¿Y *Slovo* [La palabra][5]? - quiero, definitivamente, que mis *Indicios terrestres* salgan con «iat». Tengo terror de los correctores, si todo esto lograra organizarse y se pudiera determinar por adelantado la fecha de salida del libro (*Indicios terrestres*), viajaría yo a Berlín para corregir las pruebas. - Al parecer no será antes del otoño, ¿no es cierto? - Hace más de un año que no he estado en Berlín, los últimos recuerdos son deplorables (¿si supiera yo plorar?) vivo un altercado indefinido con Ehrenburg y un compañerismo definido con su esposa; además, la mujer de Helikón no me soporta (todo esto - entre nosotros) - y lo principal - soy increíblemente (en apariencia) desvalida. Todo esto complica mucho el que pueda yo ir. Soy ese ciego al que todos los perros *guían*.

* * *

Amigo mío, a propósito de las palabras. No sé de palabras que puedan perdernos. ¿Qué es una palabra para poder destruir *un sentimiento*? No le adjudico una fuerza así. Para mí - todas las palabras son minúsculas. Y la inmensidad de mis palabras no es sino una tenue sombra de la inmensidad de mis sentimientos. No puedo no responderle con mis propios versos (de hace un año, en julio):

> … Cada palabra - ¡tiene su momento!
> De las profundidades del oído
> Reivindicando sus altos derechos
> Tamborilea la vida…
>
> Todo es asunto - del momento.
> Y ahora - mi momento con usted ha terminado.
> Estrecho vuestra mano.

M. Ts.

(Adjunto, al reverso de la hoja, un poema fechado el 14 de julio de 1923: «En la hora tardía del alma y de la noche…».)

Al mismo

Mokropsy, a 20 de julio de 1923

Querido amigo:

Es una buena experiencia anímica, no suya personal o mía, sino una verificación del alma, de su fuerza, de su perspicacia y - de sus límites.

Hablemos con sinceridad: entre nosotros - ahora - no hay hostilidad y, se lo garantizo, mientras sólo sean cartas - no habrá hostilidad. La hostilidad, pues, vendrá de los cuerpos, de la confrontación de los cuerpos: de los indicios terrestres, de las vestiduras. (De ninguna manera considero que el cuerpo sea una mitad que goce de todos los derechos del ser humano. ¡En la juventud el cuerpo es un atavío, en la vejez - un féretro del que uno quiere liberarse!)

Puede pasar que no me guste su voz, puede pasar que a usted no le guste la mía (no, mi voz sí le gustará, pero alguno de mis hábitos tal vez no) y etcétera. Ya que los cuerpos (¡las inclinaciones gustativas que tenemos!) son inhumanos. A Psiqué (¡invisible!) la amamos eternamente, porque *a distancia* en nosotros ama - ¡sólo el alma! A Psiqué la amamos con Psiqué, a Elena de Esparta la amamos con los ojos (disculpe el «nosotros» pero ¡yo también amo a Elena! - casi con las manos - y jamás nuestros ojos ni nuestras manos le perdonarán a sus ojos y a sus manos ni la más mínima desviación del ideal de la belleza[*]).

Psiqué está fuera de todo juicio - ¿lo entiende? Elena está *continuamente* frente a los jueces.

* * *

Existe, por supuesto, el amor sin mesura - ¡inconmensurable! -: «te amo, seas como seas», pero ¡cómo debe ser ese *tú*! Y ese *yo*, que ese *tú* pronuncia. Es, por supuesto, un milagro. En el elemento amoroso - el milagro, en el materno - lo natural. Pero la maternidad es una pregunta sin respuesta, o más bien, una respuesta sin pregunta, es una *incesante* respuesta. En la maternidad hay un solo personaje: la madre, una sola relación: la suya, de otra forma caemos de nuevo en el elemento Eros, aunque esté disimulado.

(Hablo del amor filial. ¿Me sigue?)

Y así, si en el encuentro (la apuesta) nos apartáramos el uno del otro, - o nos rechazáramos como ahora nos atraemos -, las conclusiones serían dos: o el alma es - mentira, y los «indicios terrestres» - verdad, o el alma es - verdad, y los «indicios terrestres» - mentira, pero mentira-*fuerza*, mientras que el alma es *verdad-flaqueza*. (¡Guión de unión!)

En una palabra, de un modo o de otro, a partir de ahora, en nuestra correspondencia habrá flaqueza o ceguera, y es seguro que alguno de los dos,

puede ser usted o puedo ser yo (¡ojalá fuésemos *ambos*, sería hasta divertido!), definitivamente fallará el golpe. El alma *nos pondrá en marcha*.

* * *

Ehrenburg y yo nos separamos por la desmesura de los sentimientos: la suya que era por principio se unió a la mía, espontánea. Yo exigía una confianza y una comprensión desmesuradas *a pesar de* (¡lo evidente que lo remitía a lo *in*-visible!) Él - ¿qué pedía? Él simplemente se indignaba y se obstinaba en la incomprensión. ¿Quiere un ejemplo? La gente de su especie, con un pensamiento aguzado - y en parte alacranado, suele ser muy elemental en sus sentimientos. Para ellos el pensamiento y el sentimiento, la palabra y la acción, la ideología y el orden natural son mundos del todo distintos y del todo antagonistas. «Lo entiendo con el pensamiento, con el corazón - ¡no!» «Amo el objeto como *idea*, pero sobre la mesa - lo detesto.» - «¡Pues deteśtelo también como idea!» - «No, porque mi odio por él, sobre la mesa - es una debilidad.» - «¿No será al revés?» Una sonrisa burlona y: - «No sé».

Con él siempre tuve la sensación de que todo lo valioso que había en él lo consideraba una flaqueza que amaba y se perdonaba. Mis «audacias» para él eran flaquezas, todos mis + (es decir, todo lo que yo amaba y defendía con furor) eran para él sólo menos *que perdonaba*. - ¿Me sigue? - Él, habiéndose perdonado un alma viva, me la perdonaba a mí también. Pero yo no quería ese perdón. Como con las mujeres: se admiran sus defectos y se les perdonan: «¡crías encantadoras!». Yo no quería ser una cría encantadora, ni una romántica monárquica, ni una monárquica romántica, - yo sólo quería *ser*. Y él me *perdonaba* mi ser.

* * *

Ésa era - nuestra principal divergencia. La relacionada con la vida - era distinta. En la vida no me perdonaba *nada*, - ¡donde justamente había que perdonar! Exigía (¡ahora lo recuerdo!) ciertas complicadas situaciones antinaturales, en las que yo debería nadar como en un río: mucha gente, todo en silencio, todo a ojos vistas, amores cruzados (¡ni uno verdadero!) - todo en el *Prager-Diele*, todo en tono de broma… Huí de Berlín como de un mal sueño.

A todo esto - le falta cuerpo, en algún momento cuando conversemos le «daré cuerpo», no tiene sentido hacerlo por carta.

De su nobleza fundamental, de su generosidad *enfermiza* y de su dolorosa esencia - no dudo ni un instante.

* * *

En cuanto a Liubov Mijáilovna - es un encanto. Un pajarito. Un pajarito que sufre. Con un gran corazón, pero - acorralado por las prohibiciones. La acostumbraron a salir del paso riendo y a levantar objetos tan pesados que los huesos crujen. Es - una heroína, pero una heroína en balde, como aquellas beldades que con 39.º de temperatura bailan la noche entera. La compadezco profunda, tierna, admirada - y vanamente.

* * *

A Borís Nikoláievich[6] lo amo tiernamente. Es una lástima que aquella vez él lo haya esperado en vano. Es una criatura solitaria. En la vida cotidiana es todavía más desvalido que yo, completamente desquiciado. Cuando estoy con él, me siento *yo* - el perro, y a *él* - ¡el ciego! La debilidad ajena (si es similar) cura la propia. Mis mejores recuerdos de Berlín están ligados a él. Si se lo encuentra, dígaselo.

* * *

Escribe usted que en Berlín me quieren. No lo sé. Me conocen y no me quieren - no me ocurre jamás, no me conocen y me quieren - me ocurre seguido. Ese amor no me lo adjudico. Me interesa no que me quieran a mí, sino lo mío. El «yo» queda incluido en lo mío. Así siento mayor seguridad, mayor espacio, mayor eternidad.

* * *

Recibí cinco ejemplares de *Psiqué*, me gustaría que me enviaran otros veinte. Siempre me han dado veinticinco ejemplares. ¡Grzhebin no querrá ser menos que los demás! Dígale que estoy segura de ello, tiene unos bondadosos ojos de morsa - lastimeros. Apele a ellos.

* * *

Tendré listo el manuscrito para el 1 de septiembre, si está usted en Berlín - se lo enviaré. Será mi primer lector. Me agrada que sea así. Si es usted una persona con una imaginación compasiva (más bien - dolorosa), le dolerá leer buena parte de mis *Indicios terrestres*. Este libro es - un espejo, y ante todo refleja el rostro del

lector. Su profundidad (o su superficialidad) es - convencional. *No* insisto, no hago sino rozar - apenas - siempre.

A bon entendeur - salut[7]!

* * *

Los versos (los que le envié) fueron escritos, creo, un día antes que la carta, el 14, me parece. Se podría usted dar cuenta aun sin la fecha. Disculpe la juventud un poco exagerada del héroe en las dos últimas líneas.

(Espero que haya «descubierto» la cesta de mimbre.)

Ah, sí, a propósito, ¿le gustan los niños de pecho? ¿Los niños, en general? - Me intriga. -

¿Cómo era usted de niño? ¿Fue catastrófico - crecer? Si no le da pereza y encuentra el momento adecuado, respóndame. No lo pregunto por pura curiosidad, es sólo una manera de tantear el fondo.

(Con la diferencia de que un mal nadador, tanteándolo, teme perderlo, un buen nadador - *hallarlo*.

NB! En el río soy - ¡un mal nadador! ¡Todos se ríen de mí!)

* * *

Le escribo tarde por la noche, acabo de volver de la estación adonde acompañé a un huésped al último tren. Es cierto que, usted no conoce esta vida.

Es una pequeñísima aldea de montaña, vivimos en la última de sus casas, en una sencilla isba. Los personajes de nuestra vida son: el pozo-capilla, adonde sobre todo por las noches o muy temprano por la mañana corro (colina abajo) a buscar agua - un perro encadenado - una verja que rechina. Detrás de nosotros, justo detrás de nosotros, comienza el bosque. A la derecha, la alta cresta de un peñasco. La aldea está repleta de arroyuelos. Dos tiendecitas, como las nuestras de provincia. Una iglesia católica con un cementerio-florecido. Una escuela. Dos «restauraciones» (así se dice en checo restaurante). Los domingos hay música. La aldea no es aldeana, es pequeñoburguesa: las ancianas van con pañoleta, las jóvenes con sombrero. A los cuarenta años son - brujas.

Y bien, en cada casita hay, infaliblemente, una ventana iluminada por las noches: ¡un estudiante ruso! Tienen hambre, los precios aquí son increíbles, y a los rusos nada nunca logrará enseñarles a cuidar el dinero. El día que reciben su beca - comilonas, merendonas; y una semana más tarde - un aire ensimismado. Los estudiantes, en su mayoría ex oficiales, son «jóvenes veteranos», como me

gusta llamarlos. Estudian como no lo hicieron nunca en Rusia, en todo son los primeros, ¡hasta en deporte! Salvo raras excepciones, viven de Rusia, de sus sueños de servirla. Tenemos un coro espléndido, han invitado a Arjánguelski[8] a venir de Moscú.

No se hace vida en común (todos están muy ocupados), pero hay amistad, apoyo en la desgracia, no hay ni escándalos ni chismes, un profundo sentimiento de pureza.

Es como una colonia, así lo siento, una colonia que miliplica el peso de cada persona por separado. Es como un convenio de *vivir*. (¡Sobrevivir!) - Una caución solidaria.

* * *

Vivo aquí desde el 1 de agosto de 1922, es decir, pronto hará un año. A Praga voy una - de cuando en cuando - dos veces al mes. Padezco de *idiotismo* topográfico, hasta el día de hoy no conozco ni una sola calle. En Praga me *guían*. Además, me aterran los coches. En una plaza soy el más infeliz de los seres, como una oveja caída en Nueva York.

Me pide una fotografía. Amigo mío, no tengo ni una. Pero hay una señora muy amable, que ama mi poesía y dibuja bien. Vuelve el martes, le pediré que me dibuje para usted. Ya una vez lo hizo - y muy bien.

* * *

Termino. Sus cartas son una alegría para mí. Escríbame. Escríbame todo lo que quiera, mírese al espejo y mida la profundidad.

Amigo mío: todo esto es maravilloso: su juventud, nuestra lejanía y este último verano - tan breve.

* * *

No, le escribiré, sólo que de tiempo en tiempo me es muy difícil no ceder a la tentación de hablar a quemarropa, directamente al vacío. En esos momentos se me cae la pluma. Hoy, en cambio, me está sirviendo fielmente. Como ve, todavía hay en el mundo sirvientes fieles y ¡cartas largas!

M. Ts.

¡Cuántas y cuántas cosas tengo todavía por contarle!

Al mismo

Mokropsy, a 25 del n(uevo) julio de 1923

Querido amigo:

¿Qué fue exactamente lo que ocurrió entre usted y los Ehrenburg?

No puedo decirle las razones que provocan esta pregunta, pero su objetivo es - continuar tratándolo a usted como lo trato, y para ello necesito una cosa: ¡la verdad, sea cual sea!

Lo quiero irreprochable, es decir, orgulloso y libre al punto de afrontar los reproches como el soldado las balas: ¡a mi alma no hay quien la mate!

Ser irreprochable no significa no tener defectos, significa - ser responsable de esos defectos, consciente de ellos - al punto de defenderlos. Así vivo los míos, viva usted así los suyos.

Supongamos que una persona es cobarde. Tiene dos salidas: o lo combate - o lo acepta, primero frente a sí mismo, luego frente a los demás. - «Sí, soy un cobarde.» Y si uno *respeta* a esos demás, explicarles: soy un cobarde por esto y por esto otro. Y basta. - ¿Sencillo?

Pero volviendo a los Ehrenburg: pueden ser dos los motivos de desacuerdo: la belleza de Liubov Mijáilovna y la ideología de Ilyá Grigórievich, es decir, su atracción por la primera y su repulsión por la segunda. En ambos casos es - una cuestión de forma, ya que ninguna mujer se enfadará si gusta, y ningún hombre se ofenderá si no se está de acuerdo con él. Forma violada *por usted*. - ¿Es así?

Amigo querido, la violación de la forma es - una desmesura. Yo lo hago incansablemente en mis versos, cuando era más joven - ¡no hacía sino eso en la vida! Puedo entenderlo todo. Por eso, sea sincero. Ni lo engalane ni se disculpe, no me considere menos de lo que soy, ni el trato conmigo - más superficial de lo que es.

Y de mi pregunta recuerde sólo una cosa - su objetivo.

* * *

A propósito de su última carta. En ella hay un resabio, muy penoso para mí, de formalismo estético, que ya había yo notado en su reseña sobre *Psiqué*.

Cuando habla de los versos de «Insomnio» y de algunos otros, lanza usted la hipótesis de que el poeta se dejó fascinar *por la palabra*. Recuerdo mi sonrisa

burlona cuando lo leí. Misma sonrisa - cuando leí su carta. «La dulzura del amor», «el veneno del amor», «un sueño», «un cuento de hadas», «un ideal» - ¡olvídelo! Eso es el arsenal de los estetas. Amar el dolor porque es dolor es - antinatural. Embriagarse de sufrimiento es - o mentira o apariencia. Tomemos un ejemplo: su madre (su hermano, su amigo, etcétera) está muriendo, ¿se sentirá usted embriagado por ese dolor? Le quitan a la mujer que ama - ¡oh, qué embriaguez se puede llegar a sentir! ¡La embriaguez de la pérdida, es decir, *de la libertad*! El dolor como medio sí, como objetivo - no.

Y es que en el mundo físico, y en el espiritual, rige una misma ley. Lo que es mentira en uno es, inevitablemente, mentira en el otro. Uno no ama sus heridas, ni se complace con ellas, quiere curarse o morir. Pero durante el tiempo que dura la enfermedad, se aprenden muchas cosas, y así, una vez curado, uno bendice la herida que hizo de él un ser humano. Lo mismo con el amor.

Pero hay otra posibilidad todavía: la herida es un suplicio, pero es todo lo que tienes, la elección está entre ella y la muerte. Optas por el suplicio, pero es una opción forzada, no una elección libre.

En una palabra - ¡olvídese del veneno!

El único veneno con el que yo lo enveneno es - el alma humana viva y… ¡la aversión por cualquier otro veneno!

* * *

A propósito del formalismo estético. El formalismo estético es la insensibilidad. Es la sustitución de la esencia - por los indicios. El esteta, evitando la *maleza* viva, se deleita contemplándola en un grabado. El formalismo estético es cálculo: tomarlo todo sin sufrimiento: ¡aun el sufrimiento - convertirlo en gozo! Para todos hay lugar bajo el cielo: para el traidor, para el violador, para el asesino, ¡pero no para el esteta! Él no cuenta. Está excluido de los elementos, es un cero.

Mi niño, ¡no sea usted esteta! No ame los colores - con los ojos, los sonidos - con los oídos, los labios - con los labios, *ámelo todo con el alma*. El esteta es un sensualista cerebral, un ser despreciable. Sus cinco sentidos son cables que conducen - no al alma, sino al vacío. «Una actitud gustativa» - de eso a la gastronomía no hay más que un paso.

Oh, si usted estuviera aquí ahora, lo llevaría a mi roca y lo colocaría en la cresta: ¡Domínelo! Lo regalaría a usted - ¡al Todo!

Amigo mío, el encuentro conmigo - no es amor. Recuérdelo. Para el amor ya estoy vieja, es cosa de niños. Vieja no por mis treinta años, - cuando tenía veinte le dije lo mismo a su amado poeta Mandelstam:

- Y qué, Marina - ¿cuándo Moscú? Marina - ¿cuándo canta el cucú? ¡Oh, usted *verdaderamente* no me ama!

Esto siempre me asfixió, esta estrechez. Ame *el mundo* - en mí, y no a *mí* - en el mundo. Que «Marina» signifique: el mundo y no el mundo - «Marina».

Marina es - por ahora - un salvavidas. Un día se lo retiraré - ¡nade! Yo, viva, no debo interponerme entre la persona y el elemento. No hay Marina cuando hay - ¡el mar!

Si, a través de mi alma viva, logro conducirlo hasta el *Alma*, si a través mío alcanza - el *Todo*, me sentiré feliz. Porque el *Todo* es - mi casa, yo misma voy hacia allá, yo soy para mí misma - un apeadero, ¡me libero de mí misma!

* * *

Amigo mío, todo esto no es tan terrible. Todo esto se debe a que usted está allá y yo aquí. Cuando me vea, tan indiferente y tan alegre, se sentirá aliviado. Todavía no he avasallado ni asfixiado a nadie en la vida, y para las personas - sólo soy un pretexto para que vayan hacia sí mismas. Cuando este «hacia sí mismas» - existe, es decir, cuando *ellas mismas* - existen, - TODO EXISTE.

Ante la ausencia, soy impotente.

* * *

Y ahora, otra cosa. El 1 de septiembre estarán listos mis libros: *Indicios terrestres, Escenas dramáticas* y *El valiente* (un poema). Avíseme si vale la pena que se los envíe con antelación, porque hacia el 15 de septiembre pienso llegar yo misma. Para mí sería mejor que los mostrara usted por anticipado y llegara a un acuerdo porque no quisiera dedicar los pocos días que estaré en Berlín a ir de editorial en editorial. Además yo, *personalmente*, - debido a mi irreflexión y a mi buena educación - siempre arruino mis propios asuntos.

Varias preguntas:

1) ¿Podría usted obtener para mí una visa de entrada y estancia en Berlín y cuánto costaría? (Hablo de la visa.)

2) ¿Dónde viviré? (Podría ser en el - Trautenauhaus[9], pero debido a los desacuerdos con I. G. Ehrenburg - no es seguro.)

3) ¿Estará a mediados de septiembre en Berlín Borís Nikoláievich[10]?

4) ¿Tendrá usted en Berlín para mí alguna amable y encantadora dama a la que agraden mis versos y esté dispuesta a ir conmigo de tiendas? (Aquí, en Praga, así hay - ¡tres!)

5) ¿Estaría usted de acuerdo de vez en cuando en acompañarme a las editoriales y a las oficinas públicas (¿¡vaya perspectiva!?)?

6) ¿Tiene usted una familia celosa que le pise los talones y que en cada mujer (*¡incluso* trasquilada!) vea - una mujer fatal?

7) ¿Me promete ir a buscar conmigo un reloj: de hombre, que funcione bien y no sea muy caro? - Quiero regalarle uno a Seriozha, definitivamente, de no ser así no emprenderé el viaje.

* * *

Tenga en cuenta que soy ciega, tonta y desvalida, que tengo miedo de los coches, de los estetas, de las casas de los literatos, de los *Wohnungsamt* alemanes, de los *Untergrund*[11], de los socialistas revolucionarios, *tengo miedo de todo lo que ocurre de día - y de nada de lo que ocurre de noche*.

(De noche - ¡sólo hay almas! ¡Y espíritus! El resto duerme.) Tenga en cuenta que de mí hay que encargarse - sin particular ternura y sólo tanto cuanto yo quiera - pero hay que hacerlo, de otro modo - no creceré jamás.

En una palabra, ¡¿quiere ser - el perro del ciego?!

* * *

Sobre los versos (¡pushkinianos!) que abren su carta.

A la luz del día - mi crepúsculo.

Es cierto que tengo la costumbre de transformar la noche en día pero tenga en cuenta que *mi* día - es ya una *noche* vuelta día. ¿Ve qué complicado es?

Pero - ¡lo superaremos!

* * *

Y qué bien: «cuánta armonía y cuánta lozanía - en su impostura»… ¡Querido Pushkin! Jamás me habría amado (doble carencia - ¡de carmín en los labios y de faltas de gramática[12]!), pero habría sido mi amigo hasta su último aliento.

Llevaré conmigo mis nuevos poemas, son muchos. Y lo adiestraré en «la vena rusa». (¿Le gusta la perspectiva?)

* * *

Amigo mío, escríbame una vez por semana, es decir - todos los días, si quiere, pero en un solo sobre. (Se puede escribir con una letra minúscula.) Bueno, dos. Pero no tres. - No se enfade, el correo pasa aquí por manos ajenas, así que la *minusculidad* caligráfica es - incluso deseable. No le dé vueltas, no vale la pena, y no se ofenda, yo no tengo nada que ver, y escriba lo que quiera y cuanto quiera, pero con letra muy pequeñita y mándelo de una sola. O mejor: no me escriba entre cartas: es decir, expida su carta - una vez recibida la mía.

* * *

Gracias por Yakubóvich. ¡Qué alegría me da! ¿Sabe si se quedará mucho tiempo en Berlín?

No olvide responder a todas mis preguntas sobre Berlín. Estrecho su mano.

M. Ts.

[Añadido en el margen.]

Lo que le pedí (sobre la letra) no lo mencione en su carta, simplemente *hágalo*.

En su cuaderno hay un borrador de una carta no enviada:

Al mismo.

Mokropsy, a 30 de julio de 1923

[…] Mi niño, nunca tome (aunque quizá mejor - ¡nunca espere!) - nunca me atribuya nada que no pueda arder: ¡aun el hielo quema! ¡Aun la impasibilidad quema! Cualquier absoluto quema. […]

Ahora, con franqueza: ¿tiene usted un mundo, aparte del mío, es decir, del mundo del Alma[13]? - ¿Significan algo en su vida: los asuntos, el dinero, los amigos, las ideas, las guerras, las novedades, los descubrimientos, los cambios de gobierno, el deporte, la moda, - todo lo que llena el día (- más fácil sería decir *Los días*[14]). *Fuera* de su reflejo en el mundo del Alma, por supuesto (¡que es una transfiguración!), porque entonces: el agua - no es agua, y la tierra - no es tierra. ¿Existe para usted todo esto *como tal*?

«La vida laboral», «la vida masculina», «la vida social», y, después de una pausa - la vida familiar. (La única sin comillas.) ¿Las diversiones? ¿Los espectáculos? ¿Las visitas a los amigos? ¿Las discusiones sobre algún tema? ¿Las corrientes literarias? ¿El fútbol? ¿La técnica? ¿Las cuestiones de la educación preescolar? ¿Los congresos? ¿Los destinos de Europa? ¿Las conferencias de Berdiáev?

Amigo, si usted es indiferente a todo esto, está usted *vacío* como yo. Está usted vacío, como la Música. Está usted *sin* acontecimientos. Sin muros. Está usted - fuera, está usted *[falta una palabra*]. Le será fácil morir.

Pero VIVIR - ¡qué difícil!

Todo me aburre. Por adelantado y por descontado. Cuando estoy con gente, soy infeliz: estoy vacía, es decir, llena de ellos. Me vacían. No quiero novedades, no quiero bobedades, no quiero veleidades. Me duele la cabeza después de una «conversación» de media hora. (Lo *juro* - necesito una aspirina.) Me vuelvo lamentable e hipócrita, hablo como un autómata y oigo como un cadáver. *Enverdezco*. La sensación de que la gente me roba el tiempo, me chupa el cerebro (¡que en esos momentos percibo como un armario lleno de objetos preciosos!) inunda mi bienaventurado vacío celestial (ya que el cielo - *también* es un recipiente, es decir, un inconmensurable lugar *para*) - con todos los desperdicios de sus días, sus naderías, sus villanías. ¡Me desbordo *de gente*!

[…]

Amigo, si no es usted así, le será difícil estar conmigo. Si es así - *a mí* me será difícil estar con usted. (Mejor, dos veces mejor - así.)

A principios de agosto, M. Ts. se siente cada vez más enamorada de Bájraj y, justo en ese momento, sin ninguna explicación, él deja de escribirle. Ella continúa escribiéndole, pero sobre todo anota sus sentimientos en una «Historia clínica» que no le hará llegar sino a final de mes, cuando ha recibido de él una carta que la tranquiliza. Ella, en sus cartas, intenta definir la naturaleza de su relación.

¿Qué pierdo - si lo pierdo a usted? El cauce temporal de mi alma, el común denominador de mis actos y de mis días, mi punto de apoyo. - ¡De nuevo - desbordarse! -

Usted era mi cauce, mi forma, el molde - para mí indispensable. Y también - ¡mi árbol joven!

El Alma y la Juventud. Un cierto encuentro entre dos absolutos. (¿¡Acaso alguna vez usted fue para mí - un ser humano!?) Para mí era usted - la Juventud,

el elemento que podía contenerme - ¡contener mi elemento! (El 6 de agosto de 1923.)

Jamás lo consideré como alguien con nombre y patronímico, sino como el mensajero de la Vida que lleva a la muerte. […] (El 10 de septiembre de 1923.)

Añade el siguiente autorretrato (el 10 de septiembre de 1923).

En efecto, no estoy hecha para la vida. En mí - ¡todo es incendio! Puedo tener diez relaciones (¡vaya «relaciones»!) al mismo tiempo y asegurarle a cada uno, desde mis profundidades más profundas, que es - el único. Pero no soporto que me volteen la cara - ¡ni un milímetro! Me DUELE, ¿entiende? Yo voy desollada y usted - protegido por una coraza. Todos ustedes tienen: el arte, la vida social, las amistades, las diversiones, la familia, el deber; yo - en el fondo - no tengo NADA. Todo se desprende como la piel, y bajo la piel - la carne viva o el fuego: soy - Psiqué. No quepo en ningún traje - ¡ni en el amplísimo de mis versos! No puedo vivir. Lo mío todo es - distinto. Sólo puedo vivir en el sueño. […] Oh, todo el tiempo; morir, ¡por todo!

Sin embargo, a mediados de septiembre de 1923, sufre un nuevo flechazo por un hombre que, a diferencia de Bájraj, a quien nunca ha visto, vive en Praga y frecuenta a la familia Efrón: Konstantin Rodzévich. Debe decírselo a Bájraj:

Al mismo

Praga, a 20 de septiembre de 1923

Mi querido amigo:

Reúna a dos manos todo su valor y escúcheme: *algo* ha terminado.

Lo más difícil ya está hecho, ahora escuche lo que sigue.

Amo a otro - imposible decirlo con más sencillez, brusquedad y veracidad.

¿He dejado de amarlo a usted? No. *Usted* no ha cambiado y no he cambiado - *yo*. Lo que cambió fue mi dolorosa concentración en usted. Usted no ha dejado de existir para mí, yo dejé de existir en usted. Mi *hora* con usted ha terminado, queda mi eternidad - a su lado. Oh, en este punto - ¡más despacio! Además de las

pasiones hay - los espacios ilimitados. En esos espacios se dará mi encuentro con usted.

Pero no, la calidez no se ha ido. Al dejar de ser mi *desgracia*, no dejó usted de ser mi *desvelo*. (No quiero escribirle con mayor ternura de la que *puedo* hacerlo ahora - a sus ojos y a los míos.) La vida es pasión, y de mi relación con usted se fue - la vida: *la premura*. El amor que siento por usted (hoy y en adelante) es sosegado. El desasosiego vendrá de usted, de su dolor, - oh, entre los seres verdaderamente humanos no es tan importante: ¡*quien* sufre! Usted es mi niño, y su dolor es - el mío, ve, para nada le escribo lo que había decidido.

* * *

En el primer instante, en caliente, mi decisión fue: «¡Ni una palabra! ¡Mentir, alargar, conservar! "¿Mentir?" Pero ¡lo amo! ¡*Mentir* - no, porque *también a él* lo amo!». Al instante siguiente: «¡Cortar de cuajo! Un lazo, un hachazo, - ¡que lo esquive y me des-ame!». Y acto seguido: «No, una herida *pura* es mejor que una cicatriz dudosa. "Lo *amo*" - es mentira y "no lo amo" (pero ¡¿acaso eso es posible!?) - también es mentira, ¡ésa es - *toda* la verdad!».

* * *

¿Cómo pasó? Oh, amigo, ¿¡*cómo* pasan esas cosas!? Me lancé, el otro respondió, oí palabras sonoras, las más simples pero que, quizás, oía por primera vez en la vida. «¿Un lazo?» No sé. El viento me tiene enlazada entre las ramas. De las manos - a los labios - ¿dónde está el linde? ¿Existe un linde? Los caminos terrestres son cortos. ¿Qué traerá todo esto? - No lo sé. Sé: un gran dolor. Voy al sufrimiento.

* * *

Esta carta es un acto de mi *voluntad*. Podría no haberla escrito, y usted jamás se habría enterado de nada, uno - aquí, el otro - allá, en mí (¡en mi silencio!) todo armoniza y se familiariza. Pero las mismas palabras - a los dos, «mi vida» - dos veces, no, sentiría asco de mí misma. Mi muchachito, yo lo respeto, perdóneme esta herida.

* * *

Y ahora, lo principal: si usted *no puede* sin mí - acepte mi amistad, mis manos solícitas y atentas. No las retiro, aunque ya no tiendan hacia usted… «la

atracción es como una afección»[15]. *La afección* pasó, *la enfermedad* pasó, -vamos a ver, seamos sinceros: la agitación femenina pasó, pero…

> Jener Goldschmuck und das Luftgewürze,
> Das sich trübend in die Sinne streut, -
> Alles dieses ist von rascher Kürze, -
> Und am Ende hat man es bereut[16]!

Amigo, no lo consuelo, *me* conduelo de mí misma, no sé vivir ni sé amar - aquí.

* * *

No sé, definitivamente, qué será preferible - menos desagradable - para usted, - del todo sin mí, o conmigo no del todo, sopéselo, preste oído. No lo abandono, no puedo abandonar nada vivo, su vida me es cara, seré atenta con ella. Lo quiero como a un amigo y más - con toda sinceridad - como a un hijo. Usted sólo tiene que separarse de la mujer que hay en mí, de esa mujer joven y absolutamente aturdida. Sólo nuestra hora terminó.

Todo esto no es ni para consolarlo ni para justificarme, sé que usted está inconsolable y que yo no tengo justificación. Pero no es por mí que me quiero *auténtica* a sus ojos, es - ¡por usted!

«Hubo - pasó.» ¿¡Verdaderamente podría creer algo así!? No quiero que mi niño querido, mi niño adorado, mi dolor y mi desvelo - ¡mi árbol joven! - usted, a quien verdaderamente amo como madre, no quiero que usted a sus veinte años - se quiebre *¡de esta manera!* Se repondrá usted enseguida («un lazo», «más vale pájaro en mano» y etcétera) - yo, con todo mi amor, haré que se reponga de otra manera.

No nos hemos separado, nos separamos aquí, donde, gracias a Dios usted y yo nunca estuvimos juntos, pero hacia donde nos dirigíamos. Le pido que se detenga: ¡es el final! El final del camino terrestre de los cuerpos que tienden el uno hacia el otro, y no del arco - de las almas que van la una al encuentro de la otra. *Esto*, ¿le queda claro?

* * *

De las cartas. Se lo dejo todo a usted. Ya no tengo derecho a dirigir, a aconsejar. Si para usted es *más fácil* con mis cartas, - escríbame, le responderé. Quizá su amor por mí sea mayor que la vida, quizás usted sea mayor y más sensato de lo

que creo, quizá sin mí no no-pueda, sino: ¡no quiera! Estar - conmigo - ahora - puede tanto por flaqueza - como por fortaleza. Y puede ser que todo esto (¡toda yo!) se consuma en unos simples y terrestres celos masculinos, - no lo sé. Lo acepto todo.

* * *

Si siente ganas (necesidad) de responderme a esta carta, escríbame a la dirección:

Praha Břevnov
Fastrova ulice, čislo 323
Slečna, K. Reitlingerova.

Esta carta - *destrúyala*. (¡Se lo ruego!) En su momento, me perderá.

¡Sea cuidadoso! En su respuesta (si la hay) no mencione ninguna de las certezas relacionadas con lo que estoy viviendo. Escriba de manera que yo lo entienda todo, y los demás - nada. (Leeré la carta a solas, como también la escribo - a solas.) No mencione los paquetes que *me* ha enviado, sólo la crucecita, como yo.

* * *

Sólo lo estoy previniendo. Quizá no me responda, quizá le sea más fácil dejar que cicatrice en silencio. He perdido todos mis derechos sobre usted. Usted, salvo uno (*¡mía!*) los conserva todos.

Ámeme u olvídeme, escríbame - o hágalo arder todo junto con esta carta, le ofrezco todas las salidas.

Ahora no tengo derecho a pensar en mí.

* * *

No se vaya a Rusia.

* * *

Y que siempre sepa yo - dónde está.

* * *

Y otra cosa: si todo esto no es una casualidad - el Destino volverá a llamar. Más - no me atrevo a decirle.

M. Ts.

Y - si *todo* terminó - ¡gracias por *todo*!

Konstantin Rodzévich (1895-1988) es un amigo de Seriozha; también él se enroló en la Guardia Blanca; también él huyó a través de Estambul; también él es estudiante en Praga; su destino posterior -lo veremos más adelante- seguirá cierto paralelismo. La relación entre Rodzévich y M. Ts. no se desarrolla sólo en la imaginación, como de costumbre, sino también en la realidad: M. Ts. vive con él su pasión terrenal más intensa. El 22-23 de septiembre de 1923 le escribe:

[…] ¡Por primera vez amo a un hombre feliz, y quizá por primera vez busco la felicidad y no la pérdida, quiero tomar y no dar, ser y no desaparecer! […] El otro ha de convertirse en Dios […] - el otro ha de crearnos a partir *de nosotros mismos* (¡oh, no a partir de su persona!) y esto es posible, por supuesto, sólo mediante el amor. El Amor: Dios. Usted obró un milagro en mí, por primera vez sentí la unión del cielo con la tierra. Oh, a la tierra la amaba aun antes que a usted: ¡los árboles! Lo amaba todo, sabía amarlo todo, salvo al otro, al vivo. El otro siempre me estorbaba. […] Los otros actuaban como estetas: contemplaban, o como débiles: compadecían. Nadie intentó *cambiarme*. Se dejaban engañar por mi fuerza en otros universos: fuerte *allá* - débil *aquí*. La gente apoyaba en mí mi dualidad.

Por su intensidad erótica, esta experiencia le recuerda sus amores con Sonia Parnok. Unos cuantos días más tarde le escribe a Rodzévich (el 25 de septiembre de 1923):

[…] Con *la amiga* lo conocía yo todo perfectamente, ¿por qué después de eso me sentí atraída por los hombres, con los que sentía infinitamente menos? Es evidente, la voz de la naturaleza, la esperanza secreta de recibir eso mismo - ¡y mucho más! - del *amigo* - gracias a un milagro en el que yo no creía - ¡porque nunca se había realizado! Quería conseguirlo sin saberlo, sin enterarme, sin la participación del otro, faltaba la última confianza (¡Dame! ¡Mío!) - yo simplemente no introducía al otro en el círculo de mis sentimientos (ésos). […]

De ahí la *cantidad* de encuentros, y la separación fácil y el olvido fácil. En el peor de los casos sólo perdía aquello que puede uno llevarse consigo: *el alma* del otro - que yo me llevaba.

Simultáneamente añade en su cuaderno:

Usted es el único que me ha pedido *toda entera*, que me ha dicho: el amor - existe. Así llega Dios a la vida de las mujeres.

A principios de diciembre de 1923, la relación se romperá tanto por Rodzévich como por M. Ts., a quien su marido Seriozha ha obligado a elegir entre él y su rival, según se lo cuenta él mismo en una carta a Maximilián Voloshin en diciembre de 1923. Por su parte, M. Ts. escribe en su cuaderno (esta nota del 5 de diciembre fue copiada y comentada en 1933):

Mi vida privada, es decir, mi vida en la vida (en los días y los lugares) no funcionó. Hay que entenderlo y aceptarlo. Creo que la experiencia de treinta años (ya que no funcionó *de golpe*) es suficiente. Las razones son varias. La principal es que yo soy yo. La segunda: un encuentro precoz con un hombre magnífico entre los magníficos, que debió haber sido una amistad y se convirtió en matrimonio. (Muy sencillo: un matrimonio demasiado precoz con alguien demasiado joven. 1933.)

A Psiqué (en la vida de los días) sólo le quedaba: peregrinar de alma en alma (de cruz en cruz). Yo no buscaba nada en la vida (fuera-de-la-vida, todo me había sido dado) salvo a Eros, no el hombre, sino el dios, y justamente el dios del amor terrestre. Lo buscaba a través de las almas.

Ahora, después de la catástrofe de este otoño, mi vida privada (en la tierra) se derrumba. Peregrinar de alma en alma y forjar destinos - sólo es posible en secreto. Ahí, donde esto se traduce directamente como «traición» (y en la vida de los días - así es) - acaba por ser «una traición». Vivir de «traiciones» no puedo, de la realidad - no puedo, de la transparencia - no puedo. Mi secreto con el amor - ha sido violado. A ese dios - no lo encontraré.

«Una vida secreta» - ¿qué puede ser más dulce? (¡más mío!). Como en sueños.

Lo no nombrado - no existe en este mundo. El error de S. fue haber querido la certeza y, al quererla, haber convertido mi vida, aun con los ojos cerrados - en

esto (una visión horrenda, un horror familiar tras otro). Yo, que jamás me había traicionado a mí misma, me volví traidora en relación con él.

* * *

El derecho al secreto. Hay que respetarlo. Sobre todo cuando sabes que el secreto es - innato, que ha nacido con el otro, que es su necesidad y su respiración. Aquí no tienen nada que ver los nombres. Sé sabio, no los menciones (no los preguntes).

* * *

Y así - *Schwamm drüber*[17]. No puedo amar bajo vigilancia. La única libertad que podías haberme dado era - no saber. Y - me ha sido arrebatada.

Oh, no se trata de «comodidades». «Marido» y «amante» - ¡qué estupidez! Vida secreta - y real. Yo estoy - en libertad. Del sueño. La yo secreta - que nadie conoce. *Mi* vida – también está contigo. Me conoces y sabías que no puedo *sin mí* (en el otro). ¿Por qué, entonces, hablaste de esto - y lo nombraste?

* * *

Schwamm drüber. -

Y así, la otra vida: en la creación. Fría, estéril, impersonal, enajenada - la vida de Goethe a los ochenta años.

Y esto: siendo yo cariñosa, tierna, alegre, - ¡viva entre las vivas! - reaccionando a todo, encendiéndome con todo.

La mano - y el cuaderno. Y así - hasta la muerte. (¡¿Cuándo?!) Un libro tras otro. (¿Hasta cuándo?) Y encima: cambiar de ciudad, de casa, de cuarto, empacar, desempacar, preparar el té en una lámpara de alcohol, servírselo a los huéspedes. Sí, a los huéspedes, ya que no tengo derecho a otra cosa.

¡No amar a nadie! ¡No escribirle versos a nadie! Y no por una prohibición, la libertad concedida - no es libertad, nadie puede regalarme mis derechos.

* * *

¿Amigos? Pocos, flacos, no a mi gusto ni para mí. Soy «amiga», no amigo. *Die Freundin*, y no *die Frau*[18]. El proyecto de mi vida era: ser amada a los diecisiete años por Casanova (¡Un extraño!) - abandonada - y criar un maravilloso hijo suyo. Y - amarlos a todos.

Quizás en la próxima vida lo consiga - en algún rincón de Alemania. Pero qué hacer con lo que me queda (la mitad, me temo) de *esta* vida - no lo sé. Yo ya tuve - suficiente.

Elige, pues, la ruptura con Rodzévich y la vida con Seriozha. La conciencia del dolor que le causa a un ser querido le resulta insoportable. El 29 de septiembre de 1923 le escribe a Bájraj:

Hacerle daño al otro, no, mil veces mejor ser yo quien aguante, aunque haya nacido - para disfrutar. La felicidad a costa del otro - es algo que no puedo. No soy un vencedor.

(Digo lo más profundo que sé de mí misma.)

Y en su cuaderno (octubre de 1923):

El ser humano, por piedad, se inclina ante la abandonada - ¿no lo sabré yo? ¿Y acaso en mi vida, *por compasión*, no he hecho yo lo mismo y hasta peor?

Unos cuantos años más tarde, comentará así la dolorosa elección a la que fue sometida (en el borrador de una carta de 1930 dirigida a Pasternak):

Mi alegría y *mis* necesidades no contaban en mi vida. Más exactamente: el sufrimiento ajeno de inmediato acababa incluso con la posibilidad de que existieran. Si Seriozha sufre, yo no puedo disfrutar de Rodzévich. En quien pesa más no el amor por mí, sino la necesidad de mí (la imposibilidad de vivir - *sin*). Yo *sabía* - ¡y así ocurrió! - que Rodzévich *saldría adelante*. (¿¡Sería por eso que lo *amaba*!?)

La catástrofe se produce sólo cuando para los dos (para las dos) eres *lo-más-necesario*. Pero eso no ocurre. Para mí cuenta la antigüedad. No: *nous serions si heureux ensemble!*, - *nous* étions *si malheureux ensemble*[19]!

Y en la carta a una amiga (a Lomonósova, el 31 de marzo de 1931):

Yo quise irme (hace seis años). La elección era entre una *úlcera* (si dejaba a Seriozha) y una herida (si dejaba al otro). Elegí lo limpio: la herida. No puedo vivir de *mi* felicidad, nunca la he tenido en cuenta, soy profunda, naturalmente *incapaz* de ser feliz.

En enero de 1924, le escribe una vez más, largamente, a Bájraj.

A Alexandr Bájraj

Praga, a 10 del nuevo enero de 1924

Cuando yo tenía dieciséis años, y usted seis o así, vivía en el mundo una mujer opuesta en todo a mí: Tarnóvskaia[20]. Y también vivía un hombre, Prilukov - su amigo, uno de sus incontables amantes.

Cuando sobre Tarnóvskaia en Niza, o en París, o en algún otro lado amenazaba con desatarse una tormenta - una tormenta auténtica, nada de bromas, porque ella no bromeaba - invariablemente enviaba un telegrama a Prilukov e invariablemente recibía esta respuesta: *J'y pense*[21]. (Hacía mucho tiempo que se había separado de Prilukov. Él vivía en Moscú, ella - en todos lados.)

Prilukov es, para mí, la encarnación más perfecta del amor masculino, del amor - en general. Si yo fuera un hombre, sería Prilukov. Prilukov me reconcilia con *la tierra*, es ya el cielo.

* * *

Y así, si usted, amigo mío, tiene la capacidad de alcanzar la estatura de Prilukov, si a *cada uno* de mis ayes - *J'y pense* (en todo momento, en todo lugar), si los celos terrestres son vencidos, si me ama toda entera, con *todo* (¡todos!) lo que hay en mí, si me ama *por encima de la vida* - ¡ámeme!

Me dirijo a sus veinte años, si fuera usted mayor - de usted no esperaría (espero) esto. Quiero darle la posibilidad de ser EL QUE AMA, de convertirse en el amor mismo - ¡aun si es a través de mí!

Me escribe sobre la amistad. Mi muchachito, es un autoengaño. ¿Acaso soy un amigo? Soy una amiga, no un amigo. Estoy pensada como *amiga*. Me escribe además de un amor por otra. Yo - por otro, usted - por otra. ¡¿Para qué, entonces?! Cásese con esa otra, «viva» con otras, *viva* - para otras, pero ámeme - a mí. De otra manera - no tiene sentido.

Escúcheme, por supuesto que quiero un milagro de usted, pero usted tiene veintiún años y yo soy poeta. Además, esto ya *lo hubo* en el mundo: no un amor recíproco en dos extremos del planeta, sino el amor individual, *de uno solo*. El ser

humano que asumió *todo* el amor, que para él no quería nada que no fuera: amar. Él mismo era el Amor.

* * *

Así, de esa manera, amé al príncipe Volkonski, que tenía sesenta años y no soportaba a las mujeres. Lo amé con toda la humildad, con toda la abnegación y, finalmente, lo conseguí - ¡en posesión eterna! Vencí con la perseverancia del amor. (No aprendió a amar a las mujeres, aprendió a amar *el amor*.) Yo misma amé así (a los dieciséis años) al duque de Reichstadt, muerto en 1832, y - a los cuatro años - a la actriz del vestido verde en *Las alegres comadres de Windsor*, mi primer teatro en la vida. Y antes aún, como a los dos años, a una muñeca vestida de verde, en la vitrina de un pasaje acristalado, una muñeca con la que soñé toda la noche y que *ni una sola vez* - ¡tenía dos años! - deseé en voz alta, una muñeca de la que quizá me acuerde a la hora de la muerte.

Yo soy - LA QUE AMA. Se lo digo con *connaisance de cause (de coeur*[22]!)

* * *

No todo el mundo puede. Pueden: los niños, los ancianos, los poetas. Y yo, como poeta, es decir, *por supuesto* ¡niño y anciano! - apenas llegué al mundo elegí *amar al otro. Ser* amada - hasta el momento, no he sabido. (¡Eso que tan soberbia y superficialmente saben todas!)

Déjeme en esta ocasión ser el Amado, usted sea El que ama: LE CEDO LA PARTE NOBLE.

* * *

Querido amigo, soy infeliz. Me he separado *de él*, amando y amada, en pleno apogeo del amor, no me separé - ¡me arranqué! En pleno apogeo del amor, *sin esperanza* de reencuentro. Destruyendo su vida y la mía. No puedo amar, porque lo amo a él, y no quiero, porque lo amo a él. No quiero nada que no sea él, y él *no será nunca*. Es mi primera separación así en la vida, porque, amando, lo quiso todo: *la vida*: la simple vida en común, aquello que «no se le ocurrió» a ninguno de los que me han amado. - Sé mía. - Y mi: - ¡ay! -

En el amor hay, amigo mío, LOS QUE SON AMADOS y LOS QUE AMAN. Y una tercera categoría, rarísima: los AMANTES. Él era el amante del amor. Yo, que comencé a amar apenas abrí los ojos, digo: nunca había conocido a alguien así. Con él sería *feliz*. (¡Jamás había pensado en eso!) De él me gustaría

un hijo. (¡Eso no sucederá jamás!) Nos separamos PARA SIEMPRE, - ¡no como en los libros! - porque: *¡no había adonde ir! Hay*: una habitación (¡cualquiera!) y en ella: él y yo, juntos, no una hora, ¡una vida! Y - un hijo.

Este hijo (¡temiéndolo!) lo deseaba apasionadamente y si Dios no me lo envió es porque, es obvio, Él sabe lo que hace. Hasta el último momento lo deseé. Y desde entonces, cada niño que veo aviva salvajemente en mí ese deseo. Siento envidia de cada obrera de los suburbios, y ¡DE QUÉ MANERA! - siento envidia de todas aquellas con las que él, buscando olvidarme, alargará o quizás acortará sus noches terrestres (¡tal vez *ya* las alarga y las acorta!). Porque lo *suyo* es - la vida: es decir, olvidarme. Por eso no puedo ni rezar como en la infancia: «Dios quiera que no me olvide», - «¡que me olvide!» - debería decir.

Y no puedo amarlo (¡aunque fuera en ausencia!) - porque esto ni en ausencia deja vivir, se convierte (para el amado) en sueños, en tristeza.

No puedo hacer nada por él, sólo una cosa: *no existir*.

* * *

Pero hay que - *vivir*. (Seriozha, Alia.) Y no tengo - de qué. Toda mi vida se divide en *antes* y *después. Antes* - ¡todo mi futuro! Mi futuro es - *el ayer*, ¿lo entiende? Estoy - *sin mañana*.

Sólo me queda una cosa: mis versos. *Pero*: ya sin *mí* (¡en vivo!) a él no le sirven para nada (le gusta Gumiliov, yo - ¡no soy *su* poeta!). De modo que también esta vía queda descartada. Sólo me queda una cosa: los elementos: los mares, las nieves, los vientos. Pero todo esto lleva de nuevo - al amor. Y el amor - ¡a él!

* * *

Amigo, ahora entiende por qué necesito tanto que usted me ame. (Llámelo amistad, da lo mismo.) Y es que *no existo*, sólo a través del amor por mí me daré cuenta de que existo. Como usted me dirá constantemente: «tú… tuyo… a ti», acabaré por darme cuenta de que ese «tú» - existe. Antes: «amo, luego existo», ahora: «soy amada, luego…».

Su amor por mí será *una buena acción*, casi una resurrección de entre los muertos. Y, gracias a su amor por mí, algún día, en su momento, le pediré más. Pero de esto - en su momento.

* * *

Hay versos - pocos. ¿Ha leído mi *Aventura*[23]? (En *Volia Rossii* [La voluntad de Rusia]). Se lo enviaré. Al parecer, parte de mis *Indicios terrestres* pronto será publicada. También se lo enviaré. En febrero o marzo saldrá mi cuento *El valiente*[24] aquí, en Praga. Es una de mis obras favoritas.

En cuanto reciba su respuesta, me dirigiré a usted con una propuesta (consejo, exigencia, súplica), que nos concierne en partes iguales a usted y a mí. Algo que le entusiasmará. Pero antes de divulgarla, necesito su respuesta.

* * *

Rue Bonaparte, 52. bis[25]. Entre la plaza St-Sulpice y St-Germain-des-Prés. Con frecuencia, sumida en mis pensamientos, entraba en la puerta opuesta, y la conserje, con una sonrisa burlona: «*Mademoiselle se trompe souvent de porte*»[26]. (Así, quizá, por casualidad en vez de caer en el infierno - ¡caiga en el paraíso!) El amor por Napoleón II y - al mismo tiempo - por un cierto monsieur Maurice, dieciocho años, *collégien*[27], en último curso. Y también por mademoiselle James, *professeur de langue française*[28], una mujer de treinta años con unos ojos fulminantes.

- Aimez-Vous Edmond Rostand, Madame[29]?

(Mi embeleso… y mi sentido común me impedían llamarla *mademoiselle*[30].)

Y ella, inquieta:

- Est-ce que j'ai une tête à aimer Rostand[31]?

No, no tenía *tête* rostandesca, más bien animalesca: una cabecita de serpiente con una frente estrecha: ¡Carmen!

Cuando yo - dieciséis años, de buena familia y con absoluta inocencia - sin aguantarme, le besé las manos:

- Quelle drôle de chose que ces jeunes filles russes! Êtes-vous peut-être poète en votre langue[32]?

* * *

Y bien, hasta la próxima carta.

¿Sabe que la última línea que le escribí (¡que se quedó sola, sin las que la precedían!) era:

¡HASTA LUEGO: ES DECIR, HASTA EL DESASOSIEGO!

M. Ts.

La relación con Bájraj tiene un epílogo curioso. Durante los primeros meses de su estancia en París, M. Ts. lo ve por primera vez en casa de la familia Chernov, donde está viviendo. No se equivoca de persona, como con Vishniak, pero tampoco lo acoge con muchos miramientos, catalogándolo de «esteta», categoría de personas a las que no estima. En 1932 describe este encuentro en su cuaderno:

Epílogo a uno de mis «Idilios cerebrales»

Muy a comienzos de 1926 (llegué a París el 2 de noviembre de 1925). Una carta de Bájraj pide que nos veamos. Lo cito. Un joven alto, típicamente judío - variedad - de los altos. No el típicamente alto, pero el típico joven judío, larguirucho. De grandes ojos (o anteojos), de grandes orejas y labios grandes. Estamos en la cocina de los Chernov, - *todos* los Chernov (y los no-Chernov, es decir, con él - hemos de ser doce) y comemos una morcilla (*boudin*[33] - *Villette*) - con gachas.

- Y eso que se está usted comiendo es - morcilla. Magnífica para la salud: sangre condensada. En el trozo que se comió - qué interesante ¿verdad? - había un barril entero de sangre, bueno, un barril no, pero algo así. Por cierto, se compra por metros - nosotros teníamos dos metros - pero se encoge mucho. Aquí muy cerca están los mataderos, es muy práctico. Llega todavía tibia.

A. B. - Hm…

Y etcétera, etcétera, en extremo diligente y expedita, con bondad y hasta paciencia - como en respuesta a sus detalladas preguntas (a propósito del salchichón).

En una palabra, no nos desviamos del salchichón.

[…] (Ahora - apenas ahora - me doy cuenta de que la broma no fue muy pertinente: por el judaísmo - y la sangre, que entonces yo no vinculaba y que, estoy convencida, tampoco *él* vinculó, - porque me conocía. Podían haberlo ligado los demás, pero no había demás - malos. Nos divertimos inocentemente (todos, menos él). Ahora me da un poquito de pena recordarlo: creo que fue la única vez en la vida en la que estuve con todos - contra uno (como un año después - una única vez - con todos - en favor de uno: Lindbergh[34]: *toutes proportions gardées*[35]!). Pero mi objetivo era - la mistificación pura: tras un torrente de lirismo *tal*, aparecer como una tonta que sólo piensa en la morcilla.

En una palabra, si no tuve compasión de él, tampoco tuve compasión de mí misma, ya que a eso no siguió *ninguna* explicación. Quizá, nervioso por el encuentro, no se dio cuenta de nada, salvo: mucha gente, conversaciones que no eran lo que él esperaba…).

M. Ts. con frecuencia medita sobre lo difícil que le resulta vivir con los demás. Escribe en sus cuadernos:

Amo - no a las personas, sino las almas, no los sucesos, sino los destinos. […] Me siento mal con las personas, porque me impiden oír: mi alma - o simplemente el silencio. (El 28 de octubre de 1922.)

Para mí la amistad está por encima del amor, no, no para mí, - simplemente la amistad está por encima del amor. La amistad está de pie, el amor - acostado. […] Todo en el mundo me afecta más que mi propia vida privada. (Abril de 1923.)

Yo = tú + la posibilidad de amarte.
(Tú = yo + la posibilidad de amarme. *Tú* = la única posibilidad de que yo me ame. La exteriorización de mi alma. 1933.) (El 4 de julio de 1924.)

¡Queridos! ¿Será que me ocupo tanto de mí misma porque ninguno de ustedes se ocupó de mí lo suficiente? (El 24 de julio de 1925.)

Enorgullecerse, enojarse, encelarse, envidiar, apiadarse, *AMAR*… todo con la gente, por la gente. Pero ¿existen las auto-pasiones?
Sólo conozco un autosentimiento, una autopasión: la tristeza. En todos lados, siempre, en ausencia de todos, sin… (Mayo de 1925.)

Y a unas amigas:

Detesto la vida social: ¡cuánta mentira alrededor de cualquier verdad! ¡Cuántas pasiones humanas y cuántos anhelos! ¡Cuánta saliva iracunda! De todas las maneras posibles esquivo la mirada de mis prójimos en situaciones así, pero no mostrarme en público - sería enterrarme en vida. La gente lo perdona todo, menos el aislamiento. (A M. Tsétlina, el 8 de junio de 1923.)

Temo que la des-gracia (el des-tino) esté en mí, no amo nada verdaderamente, hasta el límite, es decir, *sin* límite, no amo, no sé amar más que mi alma, es decir, la tristeza derramada y desbordada por el mundo entero y más allá de sus confines. En todo - ser humano y sentimiento - me siento oprimida, como en toda - habitación: madriguera o palacio. No puedo vivir, es decir, durar, no sé vivir en los días, cada día, - siempre vivo *fuera* de mí misma. Es una enfermedad incurable y se llama: alma.

Y estoy rodeada de gentes razonables, reverentes. Para ellas soy un poeta, es decir, algo como una certidumbre, a la que toman en cuenta. A nadie se le ocurre - ¡amar! Y yo no tengo otra cosa en la cabeza (¡justamente en la cabeza!), fuera de esto la gente no me hace falta, todo lo demás lo tengo. (A O. Kolbásina-Chernova, el 8 de enero de 1925.)

O cuando habla de otro amigo, Marc Slónim:

Y que él me haya hecho sufrir (¡y, seguramente, siga haciéndolo!) - ¡Dios! - ¿qué o quién en la vida en vez de hacerme sufrir, me ha hecho - no-sufrir? Ésa ha sido mi línea - desde la infancia. Amar: sufrir. «Amo-sufro.» Si él hubiera cuidado mi alma como la niña de sus ojos - de todas formas habría yo sufrido: siempre - por todo. Y éste es mi rasgo principal. (A la misma, el 10 de mayo de 1925.)

Y de nuevo (a la misma, el 9 de junio de 1925):

En la vida he sido amada de manera absoluta sólo de lejos, fuera de toda comparación, en el aire, pero en el aire no se vive; bastaba con que yo pusiera un pie en la tierra, para que inevitablemente prefirieran esa misma tierra que yo pisaba - a mí.

Y yo la tierra la necesito como Anteo: ¡para apartarme de ella! Y por lo tanto - *tienen razón*.

Es como si estuviera condenada a elegir entre vivir y crear. M. Ts. escribía a Bájraj:

Mi *no* a la gente sólo se puede comparar con mi *sí* - ¡a los dioses! Los unos y los otros, al parecer, me pagan con la misma moneda.

Creatividad y amorosidad son incompatibles. O vives allá o vives aquí. (El 29 de septiembre de 1923.)

7
El nacimiento de Mur

Después de la ruptura con Rodzévich, M. Ts. se sumerge nuevamente en la creación poética. En 1924 escribe el *Poema de la montaña*, después el *Poema del fin*; continúa, además, su trabajo en el ciclo dramático ligado a Teseo, escribe muchos poemas líricos y prosa crítica. Su vida sentimental es pobre, pero continúa la correspondencia, afectiva y literaria a la vez, con Borís Pasternak, el único poeta a quien ella considera su igual. Aparece, además, una nueva figura en su existencia, la de la mujer confidente. Su primera encarnación será Olga Eliséievna Kolbásina-Chernova (1866-1964), escritora y periodista, cuyo ex marido es uno de los socialistas revolucionarios más destacados. Se conocieron en Praga, pero en noviembre de 1924 Olga y sus hijas se mudan a París; M. Ts. le envía numerosas cartas que describen todos los aspectos de su vida y, en particular, sus difíciles condiciones materiales, la lucha cotidiana contra la miseria. También le escribe a Adia, la hija mayor de Olga.

Durante la primavera de 1924, M. Ts. se queda encinta; en otoño Alia deja de ir a la escuela para quedarse en casa. En enero de 1925 M. Ts. escribe a su confidente:

A Olga Kolbásina-Chernova

A 26 de enero de 1925

Hoy es un día de fiesta excepcional para mí - estoy *sola* en casa. (Seriozha celebra el día de Tatiana[1], Alia está en casa de Irusia.) Una sensación absolutamente deliciosa, como de una ligera embriaguez. De golpe diez años más joven. No me acusará usted, por supuesto, de traición: el grado, más bien, la desmesura de mi capacidad de apego la conoce, pero es así - ¡con los demás!, y ahora estoy conmigo misma, simplemente yo, - *fuera*. De manera ejemplar (¡yo!)

arreglé la habitación, lo retiré y lo recoloqué todo, la sopa está en el infiernillo, y en mi interior - un júbilo sereno. Hace poco les decía a los Istselé- nov (¡en vano porque son *Kulturprodukt*!) que inevitablemente amaré cada ciudad, cada agujero, cada madriguera donde tenga que vivir, pero que este amor - mal dirigido, - se debe a la franca imposibilidad de no amar el lugar donde uno vive. Por eso yo, más que cualquier otra persona, he de *elegir* las ciudades. A propósito, una áspera discusión con él (ella no tiene el don de la palabra) sobre Papóushek[2] (ella). - «¡Todo se lo perdono por su amor al teatro!» - «No es el teatro, son los actores, algún viejo actor, los recuerdos de su infancia.» Y él, seco: - «Nnno sé». Toda la discusión se reduce a que «el amor por el arte» compromete - a la falta de artificio, a lo innato, a lo esencial, más exactamente: sólo ahí puede originarse, como el arte mismo. Lo ya nacido concluye su proceso de nacimiento - eso es el arte. Es decir, la sangre de mis ancestros (de lo innato) + mi alma. Istselénov no entendía nada, decía que la señora Papóushka leía muchos libros. - «Y el Petrushka de Gógol también[3].» Si fuera posible pelear con él - habríamos peleado. Pero es un *Kulturprodukt*, sangre indolente, de atole.

* * *

S. M. Volkonski me envió su nuevo libro - una novela - *El último día*. Un enorme volumen de seiscientas páginas. No hay intriga, - el curso de la vida - no hay una pareja de amantes - lejana y sublime - hay una idea, hay una fórmula, hay un sentido agudo de la observación, hay una anécdota brillante. Y los personajes - secundarios - principalmente los femeninos - están muy bien logrados. No le auguro un gran éxito al libro, - es plano, romo. Si lo encuentra por ahí, - léalo, me interesa mucho su opinión. Seriozha, por ejemplo, al caer en lo de la Rusia soviética (donde no logró eludir ligeros disparates) lo comparó directamente con Krasnov[4]. Pero no leyó todo el libro. Mi correspondencia con Volkonski se está extinguiendo, exige demasiada pólvora, una atención extraordinariamente agudizada, toda la responsabilidad - la tengo encima, él se contenta con responder. Y hace ya dos años que no nos vemos, y nuestras vidas son tan distintas: él está - unas veces en Roma, otras en Capri, otras en París o en otro lado - aislado, libre, fuera de la existencia cotidiana, - yo… –

Pienso en París, y la pregunta: ¿tengo derecho? Emprendí el extranjero para encontrarme con Seriozha. Sin mí - se marchitará, - por su incapacidad para vivir. ¿Recuerda el mal aspecto que tenía cuando estuvo con el monje? Yo sé que una vida así es mortal para mi alma, la ausencia constante de *pretextos para acceder a ella*, una laguna - pero ¿tengo derecho a ella (a mi alma)? Siento más

piedad por una vida ajena que por mi alma, esto es, de alguna manera, lo más fuerte que hay en mí. Existe, por supuesto, el tema Alia, - para ella también es difícil, aunque no entienda. Interminables cubetas y trapos, - ¿cómo puede uno desarrollarse así? La única distracción - hacer provisión de ramas secas. No estoy por el teatro y las exposiciones - ¡ya tendrá tiempo! - sino por la infancia, es decir *también* por el gozo: ¡el ocio! Y ella no tiene tiempo de nada: la limpieza de la casa, las compras, el carbón, las cubetas, la comida, los estudios, la leña, el sueño. Me da lástima, porque es de una nobleza excepcional, jamás refunfuña, siempre intenta aligerar las cosas y se alegra con la tontería más insignificante. Una facilidad sorprendente para la *renuncia*. Pero esto no es para los once años, a los veinte el odio será feroz. La infancia (la capacidad de alegrarse) no vuelve.

* * *

Hoy corté su bata rosa, - se acuerda, la que usted había desechado, la que parece japonesa, que está hecha de retazos - y la convertí en una funda. Cosí el día entero. Termino la carta por la noche. En cuanto se presente la oportunidad, le enviaré su manta, me habría gustado hacerlo a través de la dama de Katia, pero no me dio tiempo. Quizá pueda hacerse por correo. Tengo constantes remordimientos por haberla desplumado.

Un beso. Escriba.

M. Ts.

En cuanto nace su hijo Mur, M. Ts. da la noticia a su confidente.

A la misma

Querida Olga Eliséievna[5]:

Ayer, 1 de febrero, domingo, al mediodía, nació mi hijo Borís - súbita e inesperadamente, en Vsenory. No tenía listo *nada* - y en media hora apareció - *todo*. Literalmente me salvaron. El niño es blanco, de facciones regulares, grande.

Un beso cariñoso para usted y para Adia.

M. Ts.

Vsenory, a 2 de febrero de 1925

Unos cuantos días más tarde, describe sus impresiones.

A la misma

Všenory, a 8 de febrero de 1925,
a la una de la mañana

Querida Olga Eliséievna:

Ya estamos, el niño y yo, en nuestra segunda semana. De cara es, a decir de todo el mundo, idéntico a mí: nariz recta, ojos de corte largo, casi angosto (las pestañas y las cejas son blancas por lo pronto), sin lugar a dudas - mi boca, en general es - Tsvetáiev. ¿Se acuerda? Usted me predijo que tendría un hijo parecido a mí. Su predicción se cumplió. Una hija indudablemente se habría parecido a Seriozha.

El niño es dulce, tiene una expresión plácida en la carita, me hace pensar en F. A. Stepún[6] tras una conferencia de éxito. Come bien, y le basta - ¡¡¡imagínese!!! - conmigo. Me sorprendo a mí misma y a los demás.

Yo estoy bien, todo va como en los manuales, pero el joven Altshúler (el hermano de K. I. Eléneva), *que nos salvó* a mí y al niño (nació inconsciente, y Altshúler lo reanimó durante veinte minutos - con respiración artificial) - Altshúler insiste en que guarde yo reposo. Ayer (día 7) me senté por primera vez. Todavía no estoy leyendo nada, - protejo los ojos. El no va más de la amabilidad - Bulgákova[7] y otra dama, reciente. Amables por su *silencio*. En cambio Andréieva[8] es - una borrasca, está enamorada del niño como una gitana de un bebecito blanco. Llega a las 6 de la tarde y se va a las 12 de la noche. Es buena, extraña e impetuosa. Resulta atractiva y repelente a la vez.

* * *

Dudo entre Borís (yo) y Gueorgui (Seriozha). Si lo llamo Borís - me remorderá la conciencia por Seriozha, si lo llamo Gueorgui - no cumpliré la promesa que le hice a Borís Pasternak. Aconséjeme, tomando en cuenta la *dualidad* de mi carácter, tal como usted me conoce.

* * *

Todavía no hay nana, y dentro de nada terminarán las visitas. - Es complicado. - Al principio seguiré inválida, y Alia sola no podrá con todo. Seriozha no para un minuto, la próxima semana tiene tres exámenes. Hace poco, cuando nuestra nana pasajera (la carbonera) huyó, no durmió en toda la noche con el niño. Está agotado.

* * *

Tenemos un cochecito - maravilloso, plegable, americano, que le compramos a unos rusos por cincuenta coronas. Por lo pronto duerme en un moisés - regalo de Andréieva. Yo duermo cobijada por su manta y con su camisón. Por mí, *como nodriza del niño*, está dispuesta a darlo todo. Este amor me amenaza con infortunios, ya hubo algunas escaramuzas. Es una persona muy *difícil*.

* * *

Estoy en cama en la segunda habitación, de la que han sacado todo. En las ventanas, el día entero - la esplendente montaña con todas las gradaciones de la luz. Ahora es de noche, Seriozha, la carbonera y el niño duermen. (La carbonera sobre los leones y los monos de Alia que se quedaron entre una puerta y otra.) Todos estos días (¡años!) Alia ha pasado la noche en casa de los Andréiev, con los que *no* hay «contacto».

* * *

Los dineros son inciertos: en julio acabará el subsidio de Seriozha, y no tiene empleo. Y los gastos, como es natural, son enormes, aun si uno se limita. Seriozha, por ejemplo, ha de alquilarse una habitación aparte, aunque sólo sea por un mes. - Doscientas coronas para la comadrona local, que llegó *después* del acontecimiento y luego vino un par de veces. - A la carbonera - 10 días a 15 coronas - 150. Y etcétera. No sé cómo saldremos adelante.

* * *

¿Recibió lo que quedaba de la beca a través de Katia? No olvide responderme.

* * *

La próxima vez le escribiré con más detalle y de manera más legible, - estoy escribiendo de noche, con la lámpara cubierta, al tanteo.

Por lo pronto, un beso para usted y para Adia; espero con ansia sus cartas. Alia no escribió porque ha estado todo el día corriendo de un lado al otro. Ya llegó la primavera, el avellano está cubierto de amentos.

M. Ts.

El 12 de febrero de 1925, M. Ts. escribe en su cuaderno:

Mi hijo Gueorgui nació el 1 de febrero de 1925, domingo, al mediodía, en plena tempestad de nieve. En el momento mismo de su nacimiento, en el suelo, cerca de la cama, se encendió el alcohol y él se presentó con la detonación de una llama azul. *Sonntags, Mittags* y *Flammenkind*[9].

Nació en un estado de inconsciencia profunda - tardaron en reanimarlo alrededor de veinte minutos. Nos salvó la vida, a él y a mí, G. I. Altshuler, que pasa hoy, día 12, su último examen.

La víspera (el 31 de marzo) [lapsus: 31 de enero], Alia y yo habíamos estado en el dentista en Revnicy. Había mucha gente - estaba lleno el recibidor, no quisimos esperar, fuimos a dar un paseo y poco a poco llegamos hasta Karlov Tyn. Luego volvimos a Revnicy, y luego, sin esperar el tren, bordeando el río y atravesando las praderas - a Vsenory.

Por la noche estuvimos con S. y A. I. Andréieva; vimos iconos antiguos y una fotografía en color, volvimos a casa cerca de las dos - yo todavía leí en la cama a Dickens: *David Copperfield*: «Nazco»[10].

El niño comenzó a dar señales a las ocho y media de la mañana. Al principio no entendí - no lo creí - pronto me convencí - y me negué a todas las exhortaciones de «hacer cualquier cosa para ir a Praga». Sabía que pese a mi carácter espartano, dada la frecuencia de los dolores - no llegaría a la estación. Comenzó una carrera enloquecida de Seriozha a través de Vsenory y Mokropsy. Al poco, la habitación se llenó de mujeres y se volvió irreconocible. La nana de los Chírikov lavaba el suelo, todo lo superfluo (es decir, ¡la habitación entera!) lo sacaron, me pusieron el camisón de Andréieva, arrastraron la cama hasta el centro, rociaron con alcohol el suelo alrededor. (Que se encendió - ¡en el momento *preciso*!) El movimiento en parte me distraía. A las diez y media llegó G. I. Altshuler, y a las doce nació Gueorgui. Su silencio al principio no me sorprendió: miraba yo la llama de alcohol que se extinguía. (Un grito desesperado de Altshúler: - ¡No se muevan! ¡Que arda!)

Finalmente, siguiendo como desde un sueño ese movimiento *metódico* - arriba, abajo - a través de su cabeza, pregunté: - «¿Por qué no grita?». - Pero no me asusté.

Sí, que era un niño lo supe por V. G. Chírikova, que estuvo presente en el alumbramiento: - «Es un niño - ¡y precioso!» Y, mentalmente, yo, de inmediato: - ¡Borís!

Por fin, respiró. Lo bañaron. A la una llegó la «comadre comadrona». Si no hubiera estado Altshúler habríamos muerto - yo - casi con certeza, y el niño - con absoluta certeza.

Jamás olvidaré su voz, bondadosa y penetrante: - «Está a punto de nacer, Marina Ivánovna…».

[Varias lineas en blanco.]

Dicen que me porté bien. En todo caso, ni un solo grito.

(Todas las mujeres: - Pero ¡grite! - ¿Para qué? - Y sólo una de ellas (- ¿Cómo se siente?) en voz baja: «Me duele». - «Es que tiene que doler.» La única palabra inteligente, y me quería - más que ninguna (A. I. Andréieva).) Las que estaban en la habitación contigua afirman que, de no haberlo sabido - no lo habrían adivinado.

* * *

Sonntagskind - entenderá el lenguaje de los animales y las yerbas. *Mittagskind* - pero en *Mittag* ya está *Sonntag*: el cenit. *Flammenkind* -

> *Flamm'wird alles was ich fasse*
> *Kohle - alles was ich lasse -*
> *Flamme bin ich sicherlich*[11]*!*

Y (orgullo materno) - un fuego particular: ¡azul! […]

Tengo la impresión de que, por primera vez en la vida, soy completamente feliz. […]

Le regalo a mi hijo el lema:

NE DAIGNE[12]!

Me vino a la cabeza inesperadamente, unos cuantos días antes de su nacimiento, aplicado a mí, sin pensar en él. (¿Quizás él *pensaba* - en mí?) El lema

que *encontré* y por el que estoy feliz y más orgullosa que de todos mis poemas juntos.

Ne daigne - ¿qué? A nada que - rebaje: sea lo que sea. No rebajarse hasta lo que rebaja (el miedo, el lucro, el dolor personal, las consideraciones - y conservaciones - de la vida cotidiana).

Un lema así me ayudará aun en el momento de la muerte.

De nuevo a su confidente:

A Olga Kolbásina-Chernova

Všenory, a 14 de febrero de 1925

Querida Olga Eliséievna:

¿Quién la amotinó para este viaje? Seriozha cree que fue Samóilovna. (NB! Tenemos dos: *une à Paris, l'autre à Prague*[13].) Si *no* fue Beloboródova ni ninguno de los que tienen poder o cercano a los que tienen poder - no le haga caso y no venga. Si Liatski ve la posibilidad de prorrogar el préstamo, lo hará aun no estando usted aquí, y si no - ninguna estancia temporal suya ayudará. Dentro de dos semanas, de todas formas usted se habrá ido, y una vez más habrá que recibirlo en nombre suyo - Praga es demasiado pequeña - todo se sabe. Que viniera usted ahora equivaldría, creo, a un giro. A otros los checos les pagan *en ausencia*. A Teffi, a Balmont y a alguien más[14], es decir que todo depende de su buena voluntad y de la suerte que usted tenga (!).

Hasta aquí la voz de la razón, y ahora -

Me haría inmensamente feliz que viniera - estoy sola como nunca. En las afueras todo está precioso, es casi primavera. Podríamos pasear con el carrito y *sin* el carrito. (El famoso: «¿Qué puede ser mejor que una mujer joven con un niño en brazos?» - «Esa misma mujer, pero *sin* el niño.») Por cierto: peor que el niño es - el carrito. ¿Se acuerda del loco de Skvortsov? (Y según usted: Zheglov, Yástrebov, Perepelkin[15] y demás.)

¿Y sabe de dónde llegará el cochecito? ¡Adivine! - De *Volia Rossii*. Los redactores decidieron ofrecer a su futura colaboradora «un carruaje para salir». - ¿Gentil? - Recibí una carta oficial escrita a máquina con las firmas de los cuatro (y por el Inocente[16] - X). Anteayer estuvo aquí Margarita Nikoláievna con Irusia[17]; trajeron un montón de cosas infantiles - hermosas. Ni Alia ni Irina tuvieron un ajuar así. - El ajuar de un príncipe. - Pero recuerdo y lo recordaré

siempre, que la primera piedra fue - suya, y su jerseicito (color castaño, con el listoncito azul claro) es - de todo - lo que más me gusta.

También tenemos una bañera, - nos la prestaron unas personas totalmente desconocidas por tiempo indefinido. Hace ya varios días que el niño se baña.

La cuestión de las nanas está así: la carbonera, finalmente, consiguió el sosiego de sus días y de sus noches, es decir, se fue. En Praga es *imposible* encontrar - nadie quiere trabajar en las afueras. En Vsenory y los alrededores tampoco hay quién, las ancianas están al lado de la estufa, la juventud en las fábricas. Alguien - de décima mano - propone una «madre de estudiante» pero, dónde está, qué edad y qué costumbres tiene, por lo pronto no se sabe. Pienso que es una amiga de juventud de Kondakov.

Anoche pasé mi primera noche - ¡sola! - con el niño, y estoy orgullosa. Pese a todo, dormí seis horas. El resto del tiempo lo cambiaba, enjuagaba y colgaba sus pañales, fumaba, comía pan y leía *Piotr* de Merezhkovski.

Por cierto, el niño se llama definitivamente - Gueorgui. Si se trata de dar una alegría - que sea completa. En segundo lugar, me es más fácil - ceder, que insistir. En tercero - no quiero introducir a B[orís] P[asternak] en mi familia, hacer de él una propiedad común. En esto hay cierta pérdida del derecho a él. Si ahonda, lo entenderá.

Y bien, su ahijado es - Gueorgui. Por lo pronto no hay padrino: Volkonski está viejo, Zavadski está viejo, Chírikov está viejo. ¡No tengo un solo amigo varón joven! Y un padrino viejo - sólo por el título y como símbolo, - no vivirían al mismo tiempo: «Yo estoy en edad de pudrirme, tú - de florecer». El padrino (o la madrina) está pensado para ser una especie de apoyo, un compañero de ruta, - si no, todo acaba en: «soplar y escupir»[18]. Volkonski, a los sesenta y cinco años, se contentaría con soplar, y si optáramos por uno joven, lo que haría sería «escupir» (yo - al padrino), y es que rápidamente rompo las amistades:

> El pájaro al bosque aspira
> Por más granos que le demos:
> Yo del fango te saqué, -
> Y a *tu fango* - te devuelvo[19].

Pensamos organizar el bautizo el 23 de abril (ruso) (6 de mayo), el día de San Egor y de los caballeros de San Jorge. Ya será «grande» (tres meses).

* * *

¿Y sabe usted que nació en una inconsciencia profunda? Reanimarlo les tomó unos veinte minutos. (En transcripción de Lelik, que oyó lo que no tenía que haber oído: «¡Nació enredado!».) Si no hubiera sido domingo, no hubiera estado Seriozha en casa, no hubiera llegado Altshúler - habría muerto. Y tal vez yo también. El joven Altshúler de verdad nos salvó. Salvo él - que entendía, no había nadie que entendiera, sólo conocidos (nosotros, YO).

Es agradable haber burlado la profecía de V. Záitseva y de los Rémizov («Quiere un hijo - ¡pues tendrá una hija!»). Y tiene usted toda la razón a propósito de la querencia: este niño lo deseé, lo encargué. Y fue usted la primera en confirmarme que tenía yo derecho a su existencia, - no a lo femenino, - ¡y cuán bien a lo masculino! - Y me predijo un hijo *mío*, parecido a mí. En casa de los Ilovišči. Me acuerdo perfectamente.

* * *

Hace tres días que me levanté de la cama. De pie, todavía me siento débil. Poco a poco voy volviendo a la vida, es decir, a la peladura de patatas, la limpiadera del carbón de la estufa y demás. No cargo cosas pesadas, me porto bien. «Envidio» a través de la ventana, a las montañas, - el rosor divino de los robles sobre el fondo azul. Pero como no sé «estar quieta al aire libre» - simplemente no salgo - para evitar la tentación.

* * *

Muchas cosas curiosas a propósito de A. I. Andréieva. Ella, disimuladamente, no la soporta a usted (como usted a ella - abiertamente). Es voluntariosa, difícil, estrambótica, impredecible, del todo - incomprensible. Es indiferente a los hombres, indiferente a la ropa (a su arreglo personal), indiferente a los libros, su marido y difunto escritor - *no* la obsesiona. ¿Hijos? Todo un equipo, más que yo. *Ama*, creo, sólo a Savva. No sabe conversar. Jamás es banal. Los primeros nueve días (¡clásico!) estuvo siempre presente, - ayudaba, daba órdenes, se impacientaba, llenaba con su persona (su alboroto y su amor) todo el día y toda la casa. Al décimo día desapareció, - como si se la hubiera tragado la tierra. Alia, que había estado durmiendo en su casa hasta ayer, dice que está cosiendo un vestido negro con una guarnición de muchos colores.

Una gitana, se lo aseguro. Impredecible e injuzgable.

* * *

Agradezca a la gentil Adia por su carta. En cuanto tenga tiempo - le escribiré. Gracias por el envío a Moscú, la carta para B[orís] P[asternak] se la mandaré en estos días, después de ésta. ¡Cómo me gustaría mandarle también - *El valiente*! Ya está en prensa. Cuando se lo envíe, también enviaré uno para B[orís] P[asternak], - quizás encuentre usted a alguien con quien hacérselo llegar, aunque sea dentro de un mes, con tal de que lo reciba. En Praga no tengo a quien pedírselo, - santa Elena, a la que evitan todos los navíos.

* * *

La señora Téskova, la presidenta de la Unión[20], ha venido dos veces a visitarme. Debe rondar la cincuentena, pelo cano, entrada en carnes, ojos azules, - como Catalina la Grande. Está encantada con el niño: «Si viviera usted en Praga, la mitad del día tendría una nana». Hace adivinaciones a propósito de los mundos de donde procede la criatura. Según la teoría de Steiner, el espíritu - durante los nueve meses, mientras el embrión está en el vientre materno - se forja un cuerpo. La manifestación (individual - ¡no racial!) de las facciones - da testimonio del grado de desarrollo del espíritu. - Buena teoría, me gusta.

Ayer me propuso a una nana de la «Armada Spasy»[21], - ella hizo la propuesta, quizá ni siquiera haya esas nanas. Una nana tipo soldado, ¡más valdría un ordenanza! Me imagino su indignación por mis cigarros y, en general, por mí - ¡toda!

Creo que la única nana en la que se puede confiar soy - yo. Hoy (continúo el 15), por ejemplo, dormí dos horas y media, - Gueorgui, evidentemente por consideración con los invitados, de día duerme y de noche se desgañita. («Ha extraviado la noche.») Leí a Dickens, enjuagué los pañales, fumé, caminé. Seriozha mañana tiene un examen con una lumbrera local - el filólogo eslavista Niderle, y en esta misma semana Kondakov y alguien más. Él baña al niño y está encantado con él, pero *ça n'avance pas ses affaires*[22]. ¡Cómo se nos han amadejado las cosas!

¡París! - ¡Qué lejos! - *Otra* vida. (La nuestra la conoce.) Y ahora no consigo pensarme en ella. ¡Qué hermosa fue aquella primavera en Smijov! Nuestra montaña, los paseos a la luz de la luna, la Pascua (¿¡se acuerda de mi enojo!?). Esa montaña y esa primavera las siento como mi última juventud, mi último *yo: «Denn dort bin ich gelogen, wo ich gebogen bin*!»[23]. Y - exactamente hace diez años. Irreversible.

* * *

¡Ah, el dinero! Si hubiera, usted habría hecho el viaje, - no para cuidarme - yo me las arreglo - sino para recordarme quién soy, ¡simplemente para reírnos juntas! Comienzo a convencerme de que una mujer apropiada es una rareza tan grande o más que un hombre apropiado. - ¡Cuántas tengo alrededor - y ninguna!

Sueño con Karlov Tyn[24], pero también él es inaccesible: le doy de mamar cada dos horas (tengo poca leche y el niño no aguanta más tiempo) - no da tiempo de volver.

* * *

Pero, en términos generales, es evidente, soy feliz. Todo esto es cuestión de días. Y siempre tengo frente a mí el anillo de Salomón: «También *esto* pasará».

Un beso lleno de ternura para usted y para Adia. Saludos cordiales para Olia y Natasha. Escríbame, pero no venga a Praga ni por Samóilovna ni por mí.

M. Ts.

Dos semanas más tarde:

A la misma

Vsenory, a 29 de febrero [en realidad 1 de marzo] de 1925

Querida Olga Eliséievna:

Ya recibió usted mi carta con la carta para P[asternak] y ya sabe que el niño se llama - Gueorgui. Sus argumentos son - los míos, y los míos - los suyos: literalmente. Volkonski tiene una fórmula exacta (habla del espacio abolido en la música y, sin darse cuenta, de infinitamente más): «*La victoria por medio del rechazo*». - Así pues. - El-niño-es - Gueorgui (NB! ¿No le recuerda nada? ¿El ni-ño-Gue-or-gui? A Shebeko, que sacaba a pasear a los perros del zar, no los sacaba ella, sino el autor de las Memorias, la nana; y la «malvada Shebeko» era su enemiga y por eso participó en el 1 de marzo[25]. «Ralfa soberana y Ralfa del soberano» - el día del asesinato - ¿se acuerda?)

Y así, el niño es - Gueorgui, y no Boris. Borís se quedó en mí, para mí, en ninguna parte, como todos mis sueños y pasiones. Lamentaría que no hubiera usted leído la carta que envié a B[orís] P[asternak] (olvidé recordárselo) - era una especie de diario cristalizado - con ciertas púas - donde hablaba de Lilith (*anterior* - a la primera, que no se toma en cuenta - la anteprimera: ¡yo!) y Eva[26] (su

esposa y todas las esposas de todos los que «amo», - NB! no he amado a nadie con excepción de B[orís] P[asternak] y aquel dogo) - y también de mi odio y, con mayor frecuencia, compasión condescendiente por Eva, - y también de Borís y de Gueorgui, de que Borís sería: divulgar el secreto, domesticar a la fiera - Amor (Barsik[27], sería el diminutivo), introducir el *Amor en mi familia*, - y de los celos por ese sonido que pronunciarían los indiferentes… Y también - lo principal - de que llamando al niño Gueorgui, conservo mi derecho a *su* Boris, a *él* Boris, *de él* - Borís - ¿una locura? - no, sueños para el Futuro.

Y también le pedía que amara a éste como si fuera suyo (¡más, si es posible!) porque yo no tengo la culpa de que no sea su hijo. Y no son celos, porque éste no es un hijo del placer.

Y, al final, con el gesto de dos brazos levantados:

«Se lo dedico, como a una divinidad.»

* * *

B[orís] P[asternak] y yo no habríamos podido vivir juntos. Lo sé. Por la misma razón, por las mismas dos razones (Seriozha y yo), por las que Borís no es Borís sino Gueorgui: la imposibilidad trágica de dejar a Seriozha y, la segunda, no menos trágica: organizar a partir del *amor* la *vida*, a partir de la eternidad - el desmenuzamiento de los días. No habría podido vivir con Bforís] P[asternak], pero quiero un hijo suyo, para que *a través mío él viva - en él*. Si esto no se realiza, no se habrá realizado mi vida, su propósito. Con B[orís] P[asternak] habré hablado unas tres veces (terrible una frase de Alia hace un momento: «¡Cómase el corazón!», ofreciéndome un chocolate que le había quedado de la Navidad) - recuerdo la inclinación de su cabeza, algo entre caballuno y mulenco - potruno - en la cara, el tono apagado de su voz. - Gueorgui acaba de despertarse y por lo pronto dejo la carta. -

* * *

El niño tiene tres semanas. Aumenta bien de peso, es tranquilo, tiene una carita muy dulce, con facciones regulares, sólo la barbilla la sacó de Katia Réitlinger - pronunciada. Por lo pronto sólo toma pecho. Estoy rodeada de un coro de mujeres que vociferan incesantemente: «¡Amamántelo! ¡Amamántelo! ¡Amamántelo!». Si tuviera diez o aunque fuera cinco años menos, las mandaría a todas al diablo (¡gracias a mis esfuerzos, buena parte del infierno está ya bien

poblada!) y dejaría de amamantarlo para fastidiarlas. Pero el niño no tiene la culpa - y se porta tan bien. Da la impresión de que trata de hacerme los honores.

Querida Olga Eliséievna, le ruego que no le compre *nada*, sus primeros meses están completamente asegurados, ni Alia ni Irina tuvieron nunca un ajuar así. Espere un año, - algún jerseicito. Y dos años - un pantalón. Porque todas estas pequeñas cosas son tan transitorias, de todas formas siempre tiene uno que regalarlas, - es una pena.

* * *

De mi vida: duermo poco - algún día escribiré versos al respecto - no sé ni acostarme temprano, ni dormir de día, y el niño se despierta sin qué ni para qué, se pone a cantar, - se vuelve a dormir - y yo - despejada - leo, fumo. Por eso durante el día tengo la sensibilidad a flor de piel, por cualquier cosa - lágrimas que de inmediato se convierten en la cólera de un tigre. Y el niño tiene la nobleza de aumentar de peso, aun con una leche así. Pura buena voluntad.

Pero *otro* invierno en Vsenory - no *quiero*, no puedo, sólo de pensarlo - un escalofrío me recorre la espalda. Ya no puedo con este desfiladero, esta opresión, esta cerrazón, esta soledad canina (¡en la perrera!). Siempre los mismos (indiferentes) rostros, siempre los mismos (prudentes) temas. El verano - lo sacaremos adelante, iremos con Gueorgui al bosque, Alia cuidará del cochecito, yo escalaré. Pero para el invierno - está decidido - nos iremos: la vida aquí es demasiado difícil, aburrida y denigrante. O a Praga o a París. Pero a Praga, a decir verdad, no quisiera: las amas de casa, el hollín - y el Queridísimo[28], que sin duda aparecerá al tercer día de nuestra llegada y al que, por debilidad, «perdonaré». Además quisiera el francés - para Alia. Y, lo más importante, en París viviríamos si no juntas, sí cerca, y usted ejerce una influencia magnífica en mí: revitalizante; estoy rodeada de áncoras y rémoras.

J'étais faite pour être très heureuse, - mais
Pourquoi dans ton œuvre terrestre
Tant d'éléments - si peu d'accord[29]*?…*

(Lamartine[30] dice - *céleste*, pero el lamento, todo, es - bashkiro.)

* * *

¿Por qué nunca habla del Inocente? ¿Acaso no se ven? (Me sorprende de él, no de usted.) ¿Sabe que tengo un hijo? ¿Qué comentó? Seguramente: «Yo también

tengo un hijo, hasta - dos - y sabe - (orgulloso) - ya no son de pañales, sino de universidad». (Cuénteselo a Adia.)

* * *

De los de *Volia Rossii* no he visto a nadie, con excepción de Margarita Nikoláievna; Lébedev[31] está en París. El «Queridísimo», una vez enviadas sus felicitaciones bajo la forma de una elegante caja de bombones (¡suerte para Alia!), enmudeció. Es cierto que todos los hombres (si no son héroes o poetas o espíritus - ¡o amigos!) alrededor de la cuna del recién nacido están en el papel de José. Un papel extraordinario, no inferior al del arcángel, pero la gente es mezquina y teme el ridículo. El papel que con tanta nobleza representó Blok[32].

* * *

La petición para Rosenthal[33]. La enviaré adjunta. Tal vez una petición, tal vez sólo una carta. Como no conozco a la persona, es difícil. (Estoy convencida de que conozco *todas* las palabras, pero cada persona tiene - ¡su palabra!) No me gustaría entonar loas, él ya lo sabe todo de antemano, - ¡sin duda tiene una buena colección de autógrafos! Si Rosenthal diera, me mudaría a París para el 1 de octubre, - Gueorgui ya tendría ocho meses, no sería tan complicado. Intentaría (no lo comente) conservar la beca de los checos.

Pienso en su crónica falta de dinero y me torturan aquellas cien desgraciadas coronas. Se las he prometido tantas veces y sigo sin enviárselas. Ya las había apartado, pero durante el tiempo que pasé en cama me dieron un montón de sábanas, y cuando me levanté - ni rastro, la carbonera debe de habérselas llevado a los bosques, ahora hay que reponerlas. No volveré a escribir de ellas (de las cien), - me avergüenza, - acuérdese del niño y el lobo:

> *Wer einmal lügt, dem glaubt man nicht*
> *Und wenn er auch die Wahrheit spricht*[34].

No volveré a escribir, pero sepa que me acuerdo y que se las enviaré en cuanto tenga la primera oportunidad.

Balmont. - ¡Pobre Balmont! ¡Lo entendió usted *espléndidamente bien*! Un ave que se autodeleita, se autoextasía. Un ave *miserable*, un ave inocente y - sin sentido. Como si la poesía lo obligara a su sinsentido, como si en la poesía respirara a fondo. De sinsentido en sinsentido, ése es el camino poético de

Balmont y un magnífico título para un artículo que yo, ¡ay!, no puedo escribir, porque estoy ligada a él por lazos casi familiares.

Y bien - ¿se ha vuelto a enamorar? Me alegra que sea una judía. ¿No es del Habim moscovita[35]? Pensamiento paralelo: si Don Juan fuera *profundo*, ¿podría amarlas a todas? Y ¿no es este «a todas» un efecto inevitable de la superficialidad? En pocas palabras: ¿se puede amar a todas - trágicamente? (¡Don Juan es ridículo! Se lo escribí a Borís Pasternak hablando de su eternidad.) ¿Casanova? Pienso al respecto. Pero en su caso hay tres cuartos de sensualidad, carece de interés, no cuenta - yo hablo de la insaciabilidad del alma.

¿O esta *particularidad trágica* de amar a todo el mundo, la tragedia de amarlos a todos - es una prerrogativa exclusiva de las mujeres? (Juzgo por mí misma.)

Magnífica exclamación de Alia hace unos días: «Es un hombre, y por eso no tiene razón». (Eco de las palabras de Briúsov: «Eres una mujer - y eso hace que tengas razón», - que ella no conoce.)

* * *

Cosas prácticas: envíeme inmediatamente una tarjeta postal con el nombre y el patronímico de Rosenthal. Pedir sin saber cómo se llama - de eso no soy capaz. Escribiré una carta y una petición, léalas y elija. Sólo que, por Dios, respóndame de inmediato, hoy le pediré la misma información a Slónim.

M. Ts.

[En el margen:]

¿Recibió el dinero que llevó el intermediario de Katia? ¿El complemento del estipendio de enero? Algo así como setenta.

El 10 de marzo de 1925, escribe en su cuaderno:

Si me tocara morir ahora, lo lamentaría ferozmente por el niño, al que amo con un amor melancólico, tierno, agradecido. Por Alia lo lamentaría por una razón distinta y de una manera distinta. Más que nada lo lamentaría por los niños, es decir - en lo humano - ante todo - soy madre. […]

Lo amaré - no importa cómo sea: no por su belleza, no por su talento, no por su parecido, - simplemente porque *existe*. Quizás éste sea el amor más grande de

mi vida. ¿Será un amor - FELIZ? (No conozco uno así. El amor para mí - es la infelicidad.)

Y a su confidente Olga, dos meses más tarde (el 10 de mayo de 1923):

Estoy sola con Mur[36], - lo bañé, le di de comer, lo acosté y ahora escribo. Éstas son mis horas predilectas. Y también - las primeras de la mañana, las cuatro y pico, las cinco. Murka al despertarse es bueno y repite: «*heureux, heureux*»[37], caliento la leche, la mañana entra en la habitación. En general, con Mur la sensación es la de estar en una isla, y hoy de pronto me pesqué soñando con una isla, verdadera, donde él no tenga *a nadie a quien amar* (¡dese cuenta de la flaqueza!) que no sea yo. Pero él, por supuesto, amará a todas las actrices (a las «poetisas» - no, se lo aseguro, y no porque conmigo tenga suficiente, sino en *otro* sentido - le echaré a perder el gusto: se lo arruinaré), a todas las actrices, una tras otra, y algún día se hará soldado. Y quizá - se dedique a la revolución - o a la contrarrevolución (lo que, dado mi temperamento - es lo mismo) - y acabará en la cárcel, y yo le llevaré provisiones. En una palabra - *terra incognita*. ¡Y tener esta *terra incognita* en las manos!

M. Ts. continúa escribiendo versos, pero su vida social sigue igual de apagada. El 14 de agosto de 1925, le escribe a Chernova:

Vivo sin gente, severa, sombríamente, como nunca. Lo único que no me traiciona, al parecer, es la cabeza. Sé que lo último, en el momento de morir, será - el pensamiento. Porque es independiente de todo. Para los sentimientos se necesitan pretextos, aunque sean los más nimios.

La idea de volver a pasar un invierno en la miseria y en la soledad de los arrabales de Praga la asusta, y se plantea seriamente partir a París, donde en un primer momento podría recibirla su amiga. Allá viven muchos emigrados, se publican - en ruso - revistas y libros, la ciudad es un gran centro cultural, y M. Ts. maneja bien la lengua: todas son razones para ir. Uno de los obstáculos es Seriozha que no tiene ningún motivo para mudarse de país. M. Ts. le escribe a Olga (el 7 de septiembre de 1925):

El único lado y traslado que deseo es - ¡el tren! Pero Seriozha me da una pena infinita.

Y ahora, sobre Seriozha. Es indispensable obligarlo a partir. [...] Sus ojos dulces son para mí - siempre - un cuchillo en el corazón. (Mediados de septiembre de 1925.)

Poco a poco el proyecto parisino se concreta.

A la misma

Vsenory, a 21 de septiembre de 1925

Nuestra partida comienza a perfilarse - ¡oh, poco a poco! - bajo la siguiente forma: Marc Lvóvich[38] nos ha pedido que le presentemos de inmediato nuestro *pruka*[39] (¿se acuerda?) y una docena de fotografías. Alia y yo ya nos retratamos, se las envío. Alia salió con labios de negro, no son los suyos. Pienso que dentro de un mes estarán listos el pasaporte y la visa. Ahora, piense usted - ¿está segura de que podemos llegar? Mur de pronto, sin qué ni para qué, se suelta a cantar y a veces con voz de bajo. Además de - «los dientecitos». Ahora, por ejemplo, está bajo sospecha de dientes: lloriquea, se despierta por la noche, etcétera. Y todo esto, en estrecha vecindad - es poco divertido; hay quienes no soportan los gritos - ¿y usted? Además, no está usted sola en casa, - ¿qué si Mur acaba por hartarlos? Ser huésped - es tremendamente difícil. (Mientras escribo, Mur agita su sonajero - y *berrea* - larga - [una palabra ilegible] - insistentemente. A través del berrido - ¡el lloriqueo!) Heredó de mí la manera de fruncir las cejas, y tendrá la misma arruga que yo. Ya se sienta. Se inmuta: habla a toda velocidad con modulaciones, como los isleños. Y casi siempre - con los hombres. Será - «feminista». [...] es rubio, pero tiene las pestañas oscuras, muy largas. Ahora es más grande y sus facciones están más afinadas que en la foto. En París, lo fotografiaremos.

* * *

Aquí ya llegó el otoño, los vientos fuertes que tumban las ciruelas, oscurece temprano (estamos detrás de una montaña), la montaña tiene las rayas de un oso sarnoso, despeinado y roído. Es la temporada de los tomates - las uvas silvestres - las primeras estufas - los últimos calores.

Terminé Briúsov[40], me puse con *El cazador de ratas*, hay días en los que apenas tengo tiempo de sentarme, no paro de dar vueltas, por las noches tengo la

cabeza vacía (de tenerla llena de tonterías), me siento y muerdo la pluma. ¡Mis mañanas! ¡Mis mañanas! ¡Aquello que tan obstinadamente - nunca - a nadie - le cedía! El primer frescor del cerebro, la claridad del pensamiento. Por la noche puede darse *una avalancha* de inspiración, pero para el trabajo está - la mañana. Las noches - ¡fulgurarán! - en vano.

Pero en esta vida hay algo confortable - la orfandad. Huérfanos somos - todos: Seriozha, Alia, Mur y yo. Orfandad por la indigencia exterior, por estar acorralados en una madriguera, porque en la madriguera - hay promiscuidad. La comodidad de las cosas sencillas frente a la primorosa incomodidad de las esencialidades no sencillas. Si me voy - me gustarán. Lo sé. Ya me gustan ahora - desde la ventana del tren. El sentimiento más fuerte en mí es - la nostalgia. Tal vez no tenga otros.

* * *

Y ahora - ¿qué me llevo? ¿Los cachivaches? Son demasiados. ¿Irme para siempre o para tres meses? Tengo, por ejemplo, un enorme retal de lana gris a cuadros que me dejó Vera Andréieva, - Alia nada en él. Podría salir un buen vestido. - ¿Me lo llevo? Y lo de verano - de dudosa cualidad - ¿lo tiro? Todas esas cosas de percal que destiñen. El curso de mis sentires es el siguiente: como vestido - es vergonzoso, pero pueden salir unos pantalones para Alia. Y no sólo un par - tres. Y eternos. Pero no sé coser, y por lo tanto nadie se los va a poner. Y por eso que nadie se va a poner - a lo hora del equipaje - habrá que pagar. Y llevar a París - porquerías. A París, en el que… ¿Acaso

Alia y yo no nos merecemos - ¡una vez en cien años! - unos pantalones - nuevos - ¡frescos!?

Lo escribo adrede para que usted me desprecie, como me desprecio - yo misma.

¿Me llevo un carrito? Tenemos dos: uno horizontal, el de *Volia Rossii*, con resortes, voluminoso, bonito, en el que todavía duerme, pero que, evidentemente, ya le queda chico. Y otro - de madera, con una sillita, plegadizo, traqueteante, nuestro, destartalado, pero de confiar, - un monstruo leal - sin resortes. ¿O los tiro (los reciclo) los dos? No me veo atravesando con mi carrito ni siquiera un paso de cebra en París. Confío en mis brazos y en mis piernas, el carrito ya quedó atrás. Y, si pudiera decirme, *con detalle*: ¿cómo es el barrio? ¿Hay cerca (¿y qué tan cerca?) un jardín - o un solar - un lugar desnudo, sin gente, donde se pueda pasear? ¿En qué planta vive? Junto a «nuestra» (¡qué descaro!) habitación - ¿quién va a vivir? ¿Los otros - tendrán que atravesarnos? Si es así no

iremos porque Mur (futuro músico, en serio) tiene un sueño y un oído trágicamente sensibles. Con todo se despierta y de todo se asusta.

El gran mensaje de felicitación (encima moralizador) de *aquel Serguéi Yákovlevich* para Dooda[41] se extravió en el último minuto. Cuando aparezca - lo enviaremos. Nunca es tarde para una buena acción.

Nunca es tarde.

[M. Ts.]

El 31 de octubre de 1925, M. Ts. parte rumbo a París con su familia. Allí vivirá durante casi catorce años.

IV
Francia (1925-1939)

8
Primeros contactos

La familia llega a París a principios de noviembre de 1925 y se instala en una de las habitaciones del apartamento que habita Olga Kolbásina-Chernova con sus tres hijas, situado en la calle Rouvet, en el distrito XIX. Es un barrio obrero, sembrado de múltiples fábricas. Vivir cuatro en una habitación, en contacto permanente con extraños, hace la situación difícil (esto durará hasta abril de 1926). Las relaciones con los Chernov se degradan y M. Ts. perderá la intimidad que tenía con su antigua confidente. El papel de ésta, a partir de entonces, será desempeñado por otras mujeres, a la cabeza de las cuales hay que poner a Anna Andréievna Téskova (1872- 1954). A lo largo de todos los años que vivió en Francia, M. Ts. mantendrá con ella una correspondencia continua. Las cartas a Téskova han sido publicadas, hasta el momento, con una enorme cantidad de cortes que atañen principalmente a temas políticos, por una parte, y por otra, a las relaciones entre M. Ts. y Alia, su hija. El 7 de diciembre de 1925, M. Ts. escribe a Téskova:

El barrio donde vivimos es horrible - parece salido del folletín *Gente del abismo*[1]. Un canal putrefacto, el cielo no se ve de tantas chimeneas, hollín por todos lados y estrépito continuo (camiones de carga). No hay donde dar un paseo - ni un arbusto. Hay un parque, pero está a cuarenta minutos a pie, y con el frío - es imposible. Así que paseamos - a lo largo del pútrido canal.

A Grigori Altshúler, el joven médico que la había asistido en el parto de Mur, le describe París como «la ciudad más aterradora, la más inverosímil del mundo». A finales de año le escribe a Téskova:

París, a 30 de diciembre de 1925

¡Feliz año nuevo, querida Anna Antónovna!

Estoy viviendo muy mal, somos cuatro personas embutidas en un solo cuarto, y no puedo escribir. Con amargura pienso en que hasta el más mediocre de los escritorzuelos de folletín, que ni siquiera relee lo que escribe, tiene un escritorio y dos horas de silencio. Yo no lo tengo - ni un minuto: siempre estoy rodeada de gente, en medio de conversaciones que me apartan con insistencia de mi cuaderno. Casi con alegría me acuerdo de mis empleos en la Moscú soviética - allí escribí tres de mis obras de teatro: *Aventura, Fortuna, Fénix* - unos dos mil versos.

No me gusta la vida como tal, para mí comienza a significar, es decir, a adquirir sentido y peso - sólo transfigurada, es decir, - en el arte. Si me llevaran más allá del océano - al paraíso - y me prohibieran escribir, me negaría al océano y al paraíso. La obra *en sí misma* no me hace falta.

Gracias por los saludos y los cariños. Y por el maravilloso vestido - ¿de quién es? ¿Leyó en *Dni* [Los días] mi «De Alemania»? ¿Y me reconoció en un amor así?

Aquí hay mucha gente, rostros, encuentros, pero todo sucede en la superficie, no llega a rozar. Serguéi Yákovlevich está encantado con París, - yo todavía no lo he visto. Y, por lo pronto, prefiero Praga, su - pese al ruido y quizás - a través del ruido - silencio.

Un beso tierno para usted y los suyos. Vivir me desagrada soberanamente.

M. Ts.

Al mismo tiempo le escribe a Dmitri Shajovskói (1902-1989), que vive en Bélgica y que le ha pedido que colabore en el periódico que planea crear (el 15 de noviembre de 1925):

Le escribo sin ninguna esperanza, sólo por si acaso, ya que desde que nací sé que todos los puestos (en *esta* vida) están ocupados. Sólo está libre el Reino de los Cielos, y allí, sin duda, seré la primera.

Unas semanas más tarde, se describe así (al mismo, el 30 de diciembre de 1925):

En general, de los cinco cacareados sentidos, sólo conozco uno: el oído. Los demás - como si no existieran y - ¡bien podrían no existir!

Además, en el gusto - hay algo de humedad. Y yo estoy seca como el fuego y la ceniza. […] No soy un filósofo, soy un poeta que también sabe pensar (y

escribir prosa).

Las dificultades de la vida cotidiana y las tensiones entre su existencia y su vocación las describe, una vez más, en la carta que le escribe a Valentín Bulgákov (1886-1966), antiguo secretario particular de Lev Tolstói, que en ese momento está viviendo en Praga, donde preside la Unión de escritores y periodistas rusos en Checoslovaquia.

París, a 2 de enero de 1926

¡Feliz año nuevo, querido Valentín Fiódorovich!

Serguéi Yákovlevich le desea que vuelva usted a Rusia[2], y yo - lo mismo que a mí misma - tranquilidad, es decir, la posibilidad de trabajar. Es mi clamor más antiguo, el clamor de alguien que vocifera no en el desierto, sino en el bazar. Todo es un bazar - París como Vsenory, y Vsenory como París, *toda la cotidianidad - es un bazar*. Pero no todo bazar - es cotidianidad: ¡el de Shiraz - por ejemplo! La cotidianidad es *la materialidad no transfigurada*. Por fin llegué a esta fórmula, guiada por el odio.

Pero ¿qué pasa con el poeta - que todo lo transfigura?… No, no todo, - sólo lo que ama. Y no lo ama - todo. Y así, el ajetreo diurno, que odio, para mí es - cotidianidad. Y para otro es - poesía. Y una caminata sin rumbo aunque sea al fin del mundo (¡que adoro!) bajo la lluvia (¡que adoro!) para mí es - poesía. Y para otro - cotidianidad. La cotidianidad en sí misma no existe. Ésta se origina a partir de nuestro odio. Y así, la materialidad que uno odia - es la cotidianidad. La cotidianidad es *la apariencia odiada*.

¿París? No sé. ¿Quién soy yo para hablar de una ciudad así? De París podría hablar Napoleón (¡el Amo!) o Victor Hugo (no menor) o - el último mendigo para quien, aunque de una manera distinta, también *todo* está abierto.

No vivo en París, sino en un barrio determinado. Conozco el metro, que domino mal, conozco los coches, que no domino en absoluto (con *cada uno* que no me atropella - la sensación de una barrera salvada, y ya sabe usted - ¡lo que eso cuesta! - el ser humano *todo* en una fracción de segundo), conozco las tiendas en las que no me oriento. Y también, en parte, la colonia rusa. Y - *aquel* París, de cuando tenía yo dieciséis años: libre, apartado, íntegro en los tenderetes de libros a lo largo del Sena. O sea: mi reluciente libertad - entonces. Viví cinco meses en París, completamente sola, sin haber conocido a nadie. ¿Lo conocía entonces?

(¡Lo recorrí a lo largo y a lo ancho!) No - conocía mi alma, como ahora. No tengo el don de conocer las ciudades.

«En París el hombre tiene la sensación de ser un grano de arena.» ¿Todo? No. ¿Su cuerpo? Sí. Un cuerpo en el océano de los cuerpos. Pero no un alma en el océano de las almas - aunque sólo sea porque ese océano - no existe. Y si existe - no hace ruido, no es agobiante.

Me resulta muy difícil trabajar: vivimos los cuatro juntos. Casi no salgo a ningún lado, pero viene gente. El barrio es pobre, fumoso, ruidoso. Si me quedara, me mudaría a las afueras. No puedo vivir sin árboles y aquí no hay ni un arbusto. Sufro por los niños.

Ya le pedí a Slónim que haga lo que sea necesario para que me prolonguen mis «vacaciones» (conservando la paga[3]) hasta el otoño. Me muero de ganas de ir al mar. No está lejos. Me da miedo que después ya no pueda verlo. Quizás haya que volver a Rusia (precisamente *haya que* - ¡por nada del mundo quiero[*]!) o suceda cualquier otra cosa… Tengo ganas de la naturaleza en grande. No está lejos. Ir a pasar el verano a Bohemia - tiene un dejo de tristeza. Otra vez las afueras de Praga, las pequeñas colinas. Más lejos, con los niños, es difícil, - la vida cotidiana es ya de por sí compleja.

Si puede, querido Valentín Fiódorovich, haga las gestiones. Me avergüenza pedírselo, sé lo ocupado que está, conozco también lo mortalmente tediosos que resultan los «asuntos ajenos». Pero ya se lo pedí a Slónim, y no tengo a nadie más. De mi encuentro con usted guardo una fuerte y honda impresión humana, de otra manera jamás me habría atrevido.

El Año Nuevo fue como un bedlam inofensivo. Serguéi Yákovlevich ya le escribió. El Año Nuevo ruso lo celebraré en casa.

Un saludo cordial para usted y - a través suyo - para su esposa y su hija.

Marina Tsvietáieva

Estoy escribiendo un gran artículo sobre la crítica y los críticos[4].

La presencia de M. Ts. en París es señalada por la prensa rusa de la emigración: publica poemas y ensayos. Los periódicos hablan de ella y la publican. Eso le reporta algunos pequeños ingresos, que se suman a la beca checa. Para satisfacer mejor sus necesidades, en febrero de 1926

organiza una velada donde lee sus poemas: es un gran éxito, se venden todas las entradas.

Mientras tanto, su marido Serguéi Efrón, que ya no tiene ninguna fuente de ingresos, está cada vez más involucrado en el movimiento eurasiático. Como punto de partida los eurasiáticos afirman que Rusia no se puede asimilar a Europa y que su ingrediente asiático hace de ella una entidad aparte. Entre los ideólogos del eurasiatismo figuran filósofos como G. Florovski y L. Karsavin, y lingüistas como N. Trubetskói. Muy rápidamente agentes de Moscú se infiltrarán en el movimiento y éste deberá dividirse en dos corrientes, una «de derecha», opuesta a la Rusia soviética, y la otra «de izquierda», que acaba por ponerse al servicio del poder bolchevique. Efrón, que se habla adherido al movimiento cuando todavía vivía en Praga, en París se vuelve uno de los principales animadores de la corriente «de izquierda». A principios de 1926, decide crear un periódico vinculado al movimiento, con otros dos eurasiáticos, el filósofo y musicólogo Piotr Suvchinski (1892-1985), que vive en París, y el príncipe Dmitri Sviatopolk-Mirski (1890-1939), entonces profesor de literatura rusa en el King's College de Londres, autor de historias de la literatura rusa que se usan como referencia. La revista se llamará *Viorsty* [Verstas], como el libro de poemas de M. Ts. Algunos años más tarde, Suvchinski romperá con Efrón y la corriente eurasiática; Mirski, al contrario, empujado por su entusiasmo probolchevique, volverá a Rusia en 1932, donde será perseguido y deportado (morirá en un campo). En 1928, M. Ts. describe de la siguiente manera su relación con el movimiento (a Téskova, el 3 de enero de 1928):

Recibí el Año Nuevo con los eurasiáticos, lo celebramos en casa. Es la mejor de las ideologías políticas, pero… ¿qué tengo yo que ver con ellos? Si he de ser sincera, en *cualquier* círculo soy - una extraña, toda la vida. Entre los políticos igual que entre los poetas. Mi círculo - es el círculo del universo (del alma: es lo mismo) y el círculo del ser humano, de su humana soledad, de su aislamiento. Y también - ¡lo había olvidado! - otro círculo: una plaza con un zar (un adalid, un héroe). Yo ya tuve suficiente.

En marzo de 1926, con el fin de procurarle algunos ingresos, Mirski organiza en Londres una velada de lectura de M. Ts. Al llegar, le escribe a Suvchinski:

A Piotr Suvchinski

Londres, a 11 de marzo de 1926

Querido Piotr Petróvich:

¡Cuánta falta me hace en la vida una persona mayor, y cuánta falta me hace ahora, en Londres, usted! La situación es muy difícil para mí. Mi interlocutor[5] guarda silencio, por lo tanto hablo - yo. Y no tengo ni idea de si me entiende y de cómo me entiende. Yo no guío a las personas, sobre todo de cerca, en las relaciones necesito una mano firme, que me guíe a mí, que el leitmotiv no sea mío. Y nadie quiere (o ¡puede!) echarse eso encima, y me dejan *guiar* a mí, a mí que, de nacimiento - soy - ¡LA GUIADA!

El encuentro entre usted y yo, esta vez, no funcionó del todo bien, no acabó de funcionar, y sin embargo me es usted cercano y querido, más cercano y más querido. Usted tiene oído para mí, para lo mío. Creo que usted sabría cómo tratarme (¡oh, qué difícil! ¡Y qué difícil me resulto - a mí misma - en las relaciones con los otros!). Yo necesito la tranquilidad del otro y estar tranquila por él. ¿Qué hacer con el silencio humano? Me abruma, me derrumba, me derriba, y lo lleno de un contenido que puede ser del todo inadecuado. Si guarda silencio - es que algo va mal. ¿Qué hacer para que vaya bien? Pierdo mi naturalidad, me vuelvo forzadamente alegre, me vacío, me concentro en una única cosa: no permitir que el aire de la habitación *guarde silencio*.

Ayer, en una sola velada, gasté tanto que me siento - ¡y la noche no ayudó! - completamente pobre. El silencio del otro implica lo inevitable de mi derroche, en vano, para nada. La persona no habla. ¡No habla y mira! Y yo caigo bajo la hipnosis del *silencio*, de la *mirada*, - ¡de las fuerzas enemigas!

- «Soy muy difícil. ¿Me aguantará dos semanas?» Una larga pausa. - «¿Y usted a mí?»

Me encantaría la simplicidad, la serenidad, la seguridad. Pero el otro no ayuda, haciendo aflorar en mí, con su inmovilidad, la complejidad, la zozobra, la duda, algo que evidentemente no es mío, algo que me humilla y me hace sufrir. Ya sabe, - cuando hay un aire falso entre las personas. Poco confiable, rápidamente hace explosión.

* * *

¡Ah! ¡Creo que ya sé! No soporto que la persona esté llena *de mí*. No soporto la responsabilidad. Quiero que esté llena - *de lo mío, de lo propio*. No - *de mí*. Y es que yo a mí misma (personalmente) no me amo, amo *lo mío*. La coincidencia en *lo propio* - eso es. De otro modo - la soledad, el des-encuentro, el no-encuentro. Dos se encuentran en un tercero - sí. Pero dos jamás se pueden encontrar en uno de los dos o el uno en el otro. X ama a Y, e Y ama a X = la soledad. X ama a Y, pero Y también ama a Y = la soledad. X ama a Z e Y ama a Z - el encuentro. Z = lo propio (para X y para Y), la coincidencia está en que esto se halla por encima de X y de Y.

Dígame, ¿tengo razón? ¿Se justifica mi melancolía?

* * *

La travesía fue horrible. Jamás iré a América. Londres me gusta. Vivo en la clásica mansarda de poeta. Estoy tan cansada (menos del mar que del silencio) que dormí vestida y toda la noche estuve moviendo no sé qué inmensos bloques de piedra.

* * *

Quiero ir al zoológico, ver al león británico, zambullirme en la pureza y la serenidad de la fiera.

* * *

Mañana es la lectura, los billetes se están vendiendo bien. Hoy mismo copiaré y le enviaré el *Poema de la montaña*. A Sviatopolk-Mirski le gusta Rémizov, y está muy mortificado de que no

se haya dado el encuentro entre ustedes. (Yo no lo he leído[6].)

Querido amigo, venza la pereza y escríbame una bella y larga carta. De lejos se ve mejor.

Esta carta es - sólo para usted, a casa no escribo, porque no quiero fardos innecesarios.

M. Ts.

La dirección: London WC1
9, Torrington Sq.
\- a mí -

* * *

Ya hablé con Mirski del envío del artículo y del dinero.

* * *

¡Si supiera lo difícil que es todo esto para mí!

De vuelta en París al cabo de una semana, M. Ts. sigue escribiendo poemas; publica también su primer gran texto teórico, *El poeta a propósito de la crítica*. En abril, en respuesta a un cuestionario que le ha hecho llegar Pasternak, le envía una nota autobiográfica, que termina con estas palabras:

Lo que más amo en el mundo: la música, la naturaleza, la poesía, la soledad.

Absoluta indiferencia por la opinión pública, el teatro, las artes plásticas, lo visual. Mi sentido de la propiedad se limita a mis hijos y a mis cuadernos.

Si tuviera escudo, grabaría en él: *Ne daigne*[7].

La vida es - una estación, pronto partiré, adonde - no pienso decirlo.

La vida en el espacio tan reducido de la rue Rouvet le pesa cada vez más, de modo que decide alquilar por seis meses una casa a la orilla del mar. Se decanta por Saint-Gilles-Croix-de-Vie, en la costa atlántica, en la Vendée (hace tiempo que M. Ts. cultiva la simpatía que siente por la Vendée contrarrevolucionaria). A finales de abril de 1926 se va para allá con sus hijos.

Es desde Saint-Gilles desde donde M. Ts. participará en esa singular aventura epistolar que se conoce como *Cartas del verano de 1926*. Ésta empezó por una coincidencia. Durante el mes de marzo de 1926, Borís Pasternak está atravesando en Moscú por un período de profunda insatisfacción, con su persona y con la vida que lleva. Recibe entonces, al mismo tiempo, dos mensajes. Uno es el *Poema de la montaña* de M. Ts., que ella le ha enviado varios meses antes. El otro es una carta de su padre, el pintor Leonid Pasternak, que vive en la emigración y que le comunica que ha recibido una carta de Rainer Maria Rilke, en la que este último expresa su admiración por la poesía de Pasternak que acaba de leer en una traducción al francés. La coincidencia trastoca a Borís Pasternak, que les responde de inmediato a ambos. A finales de marzo,

escribe varias cartas extáticas a M. Ts., en las que expresa a la vez la fascinación que sus versos ejercen en él y el amor que siente por su autora; le anuncia poco después su intención de viajar a Francia para estar con ella. A principios de abril le escribe a Rilke para darle las gracias y también para hablarle de M. Ts., poeta de inmenso talento a la que Rilke debería enviar sus libros.

M. Ts. frena el impulso de Pasternak y le desaconseja el viaje. Rilke, a su vez, envía a M. Ts. algunos libros y una carta. M. Ts. le responde de inmediato (en alemán); en mayo, se intercambiarán varias cartas más. La intensidad de la escritura alcanza rápidamente auténticas cimas. A mediados de mayo, creyendo detectar cierta reserva en Rilke, M. Ts. deja de escribirle; no ha comprendido las alusiones que su corresponsal hacía a su enfermedad. Un poco más adelante, le comunica su decepción. Rilke responde, a comienzos de junio, enviándole, además de una carta, su poema *Elegía para Marina*. Durante este tiempo, Pasternak comienza a sentirse excluido de la intimidad naciente entre los otros dos poetas.

El 14 de junio M. Ts. responde al poema de Rilke y a su carta con una declaración de amor. Al mismo tiempo intercambia con Pasternak comentarios sobre sus respectivas obras, antes de pedirle que pongan fin a su correspondencia: tiene la impresión de que se están orientando hacia un malentendido y que Pasternak la toma por una mujer con la que el encuentro terrestre seria fácil. Después del nacimiento de Mur le escribía (el 14 de febrero de 1925):

Boris, ¿te acuerdas de Lilith? Boris, y antes de Adán ¿no hubo nadie?

Tu nostalgia por mí - es la nostalgia de Adán por Lilith, *ante* - primera, *no cuenta*. (¡De ahí mi odio por Eva!)

Ahora agrega (el 10 de julio de 1926):

Compréndeme: el insaciable, el eterno odio de Psiqué por Eva, de quien nada hay en mí. De Psiqué, por lo contrario - lo tengo todo. ¡Psiqué contra Eva! Comprende la altura catarática de mi desprecio. (No se cambia a Psiqué por Eva.) El alma por el cuerpo. Cae *la mía* y *la suya*. Inmediatamente eres condenado, no comprendo - me retiro.

Yo tengo otra calle, Boris, que fluye casi como un río, Boris, sin gente, con el final del fin, con la infancia, con todo menos varones. Nunca los miro, sencillamente no los veo. No les gusto - tienen olfato. No le gusto *al sexo*. No me

importa perder ante tus ojos: los hombres han sido encantados por mí, pero casi nunca se han enamorado. Ni un solo tiro en la sien, ¡date cuenta!

¡Pegarse un tiro por Psiqué! Pero si nunca existió (forma particular de la inmortalidad).

Por su parte Rilke envía a M. Ts. su libro de poemas escritos en francés, *Vergers*. A finales de julio, le escribe de manera más reservada, aludiendo de nuevo a su enfermedad; ella sigue sin comprender y continúa en un tono exaltado: lo ama, quiere conocerlo y no compartir con nadie el amor que él siente por Rusia; excluye ahora de su intimidad con Rilke a Pasternak, cuya falta es querer seguir al lado de su mujer y de su hijo. En su última carta, del 19 de agosto, Rilke se declara en contra de toda exclusión (de Pasternak como de sus otros amigos rusos - piensa en Lou Andreas-Salomé) y posterga para un futuro lejano la idea del encuentro. En realidad está cada vez más enfermo, morirá el 29 de diciembre de 1926; será M. Ts. quien se lo anuncie a Pasternak, y ambos comentarán esta muerte en sus cartas.

En las cartas de M. Ts. a los otros dos poetas, sus temas habituales -el rechazo de este mundo y el elogio del otro mundo, del alma y de la poesía- alcanzan la incandescencia. Por esta razón, amor y poesía son, a fin de cuentas, incompatibles (como ya se lo había escrito a Bájraj tres años antes):

El amor detesta al poeta. No quiere ser sublimado (¡es sublime por sí mismo!), se considera un absoluto, el único absoluto. No confía en nosotros. (A Rilke, el 2 de agosto de 1926.)

Este mismo sentimiento está presente en otras cartas de aquella época:

Yo misma estoy - fuera [de la vida], vengo de un tercer reino - no de la tierra, tampoco del cielo, - de ese lejano país de donde vienen los versos. (A D. Chajovskói, el 1 de julio de 1926.)

Durante el verano de 1926, M. Ts. encontró una nueva confidente. Salomé Andrónikova (1888-1982) había abandonado Rusia en 1919; en París trabaja en una revista de moda y se gana bien la vida. Ha decidido dar, mensualmente, parte de su salario a M. Ts., que no tiene ingresos

regulares; en ocasiones algunos otros amigos también colaboran (contará con esta pequeña «subvención» hasta 1934). En 1926, Salomé está por casarse con el abogado ruso Alexandre Halpern, afincado en Londres.

A Salomé Andrónikova

St-Gilles, a 15 de julio de 1926, jueves

Querida Salomé:

Ayer, a la orilla del mar, le escribí mentalmente una carta, armoniosa, coherente, como todo lo que la pluma no interrumpe. Le envío unos extractos:

Me enternece y me estremece su impaciencia. A mí, que estoy orientada hacia el Reino de los Cielos (allá estaremos - algún día - algún momento), me aterra y me cautiva. Precipitar el ceremonial (aquí) - es acelerar el final. (¡El amor - es como un árbol de Navidad!) Cuando amo a una persona, la llevo a todos lados conmigo, no me separo de ella en mí, la *asimilo*, la convierto progresivamente en el aire que respiro y de donde respiro, - en todos lados y en ninguna parte. No sé estar juntos, ni una sola vez lo he logrado. Sabría - si fuera posible vivir en ninguna parte, estar siempre de viaje, simplemente - no vivir. Me lo impiden, Salomé, las personas, los números de las casas, los relojes que señalan las 10 o las 12 (a veces enloquecen - entonces todo funciona), me lo impide mi propia ineptitud salvaje, con la que me topo - no, la que vuelvo a descubrir - cuando comienzo (pruebo) a vivir. Cuando estoy sin la persona, ella está más íntegra y más integralmente en mí. Los detalles de la vida y del acontecer cotidiano, todas esas menudencias de la vida (vivir es - des-menuzar) no las soporto en el amor, me avergüenzan, como si hubiera invitado a una persona a una habitación sin arreglar, y ella la considerara mía. ¿Sabe dónde y cómo estoy bien? En los lugares nuevos, en un muelle, en un puente, más cerca de *ningún lado*, en las horas que limitan con *ninguno*. (Los hay.)

No soporto la tensión amorosa que en mí es - monstruosa, ese perfecto convertirse en el oído propio, dirigido a otro: ¿se sentirá bien conmigo? Conmigo comienza a dejar de sonar, y eso únicamente significa - ¿se sentirá bien?

Hay desmesuras y rupturas. Y entonces soy muy infeliz, no sé de qué soy capaz, cualquier «juntos» es poco: ¡morir! Entiéndame, mi vida toda - es la negación de mi vida, es mi constante ahuecarla. Estoy ausente. Amar - es estar cada vez más presente, encarnarse al máximo - aquí. ¿Qué me queda a mí, con esta incredulidad, con este desprecio por el - aquí? Por eso - sólo un deseo: llevar

la guerra hasta su vergonzoso término - y lo más pronto posible. Una pura paz de Brest[8].

(Tome en cuenta que todo esto se lo digo ahora que no amo a nadie, que hace mucho que no amo a nadie, que no espero a nadie, en plena frialdad de la *fuerza* y de la *voluntad*. También conozco otra cantinela, ¡*COMPLETAMENTE* distinta!)

¿Por qué no estoy en Londres? Para usted sería *mucho más* fácil, y yo, de una manera nueva, me sentiría bien a su lado. Pasearíamos juntas por algunos puntos miserables - mis preferidos: cuanto peores - mejores, nos detendríamos en los puentes… (Puntos - puentes -.) ¿Y por qué no es usted quien está aquí estos días en vez de Mirski? ¡Venga de París a verme! ¡No toma mucho tiempo! Venga aunque sea un día, a dar un largo paseo nocturno - junto al océano, que ni a usted ni a mí nos gusta - o por las dunas, si no la asustan las espinas. Además de mi persona, aquí no tengo con qué despertar su interés.

De usted. Pienso que - no se moverá de su lugar. *Es más digno*. Sólo se puede ser uno mismo, enteramente uno mismo, completamente uno mismo - con alguien *muy* grande. No olvide que el otro necesita menos, porque es *débil*. La gente teme el impulso: no resistir. La mayor pena (mía) en el amor es no poder tanto como quiero. Sólo la fuerza no está a la defensiva. La debilidad está perfectamente armada y, obligando a la fuerza a *moderarse*, a *no ser* ella, vence de manera brillante.

Y también, Salomé, - y quizá lo más triste:

Es ist mir schon einmal geschehn!
- oft geschehn[9]*!*

* * *

Por el momento no hay noticias de Bohemia. Hoy, 15, es día de pago. De lo mío se está ocupando un montón de gente. Les escribí a los socialistas revolucionarios (resulta que ¡no son personas!) En una palabra, hice todo lo que podía. ¡Si usted supiera qué literatos en Praga reciben y seguirán recibiendo un estipendio! Me escriben que los checos se ofendieron porque encomié Alemania y no Bohemia. Ahora seguro que jamás «en-

comiaré» Bohemia - por incomodidad. Es incómodo alabar a quien te mantiene. Es más fácil - a quien te ha robado.

Me zambullí - como en el agua - en un largo poema[10]. Lo inesperado de las islas y de las corrientes submarinas. Hay arrecifes. Pero también faros. (Todo esto no es una metáfora, sino una transmisión exacta.) Aparte del poema - la vida del

día, con su principal acontecimiento - el baño en el mar, casi obligado, porque mi imaginación desbordante hace que me sofoque. Del futuro no sé nada, hay tres posibilidades: o los checos ya no darán nada - y entonces jamás iré a Bohemia, y adonde iré - lo ignoro, o los checos ordenarán que vuelva enseguida - entonces iré enseguida, o accederán a mantener la beca pese a mi ausencia hasta octubre - y entonces iré en octubre. Ni soñar con que la mantengan indefinidamente estando yo ausente. *¡Qué harta estoy del dinero!* ¿¡Quién de mis antepasados se arruinó al punto que hoy tenga yo que contar de esta manera!?

Salió *Viorsty*, en mi opinión - el libro es precioso. Hace mucho calor, todos se quejan pero yo me alegro. Le mando un beso. Ya no le quedan tres semanas, sino dos.

M. Ts.

[En el margen:]
Lea poesía.
- El día engañado volará más rápido que las canciones.

(Ovidio.)

Serguéi Yákovlevich ya se calmó: recibió un aviso de la prefectura; hicimos lo que se nos indicaba y por lo pronto todo va bien.

Durante toda su estancia en la Vendée, M. Ts. sigue escribiendo poesía. Resume su estado anímico en una carta a Téskova (el 24 de septiembre de 1926):

Aparte del trabajo no tengo nada en la vida, pero a fin de cuentas - tampoco se necesita más: la posibilidad de trabajar.

Tres horas de tranquilidad al día.

Quítenme la escritura - y simplemente no podré vivir, no querré, no podré. En la Rusia soviética sobreviví gracias a la escritura. Y todos estos años en el extranjero mi cuaderno me ha dado vida. Es - mi destino. El trabajo para mí y la salud para los míos - no necesito nada más, de verdad.

De vuelta en París, a principios del mes de octubre de 1926, M. Ts. decide instalarse en los suburbios. Su primera residencia estará en Bellevue, al lado de Meudon. El alquiler es menos caro que en París, pero

los problemas materiales no disminuyen. Escribe a su amiga, la dibujante Liudmila Chírikova (noviembre de 1926):

¿Y yo? La vida me acorrala cada vez más y más (más y más hondo) hasta el fondo. A veces me parece que esto no es ni la vida ni la tierra - sino lo que alguien cuenta al respecto. Lo oigo como si se tratara de un país lejano, del viaje de un extraño a países lejanos. No me gusta vivir y por este rechazo tan preciso concluyo que en el mundo hay algo distinto. (Evidentemente - la inmortalidad.) Fuera de toda mística. Lúcido. ¡Sí! Es una pena que no esté usted aquí. Con gusto pasearía a su lado - por la noche, a lo largo de los faroles, esa línea que, yéndose, te va llevando, y que también habla de la inmortalidad.

9
Cercanos y lejanos

Una vez instalada en París, uno de los principales centros de la emigración rusa, M. Ts. continúa escribiendo y publica varios textos. Entra en contacto personal con la mayoría de los representantes de la *intelliguentsia* emigrada, pero estas relaciones no siempre son fáciles.

Encontramos una ilustración de ello en la carta siguiente, que remite a una polémica entre dos revistas publicadas en la emigración, la de los eurasiáticos, *Viorsty*, y *Sovremennye zapiski*. El poeta y critico Vladislav Jodasiévich ha publicado en esta última una reseña crítica sobre el primer número de *Viorsty*. Los agredidos contraatacan, provocando una nueva réplica. Suvchinski, que es uno de los redactores de *Viorsty*, y Karsavin, que es uno de los principales colaboradores, han querido responder una vez más. Sin embargo, las fórmulas que emplean no son del agrado de M. Ts. ya que presentan a su marido Serguéi Efrón como un judío, cosa que a ella le resulta inadmisible.

A Piotr Suvchinski y Lev Karsavin

Bellevue, a 9 de marzo de 1927

Muy respetados Piotr Petróvich y Lev Platónovich:

Acabo de leer la Respuesta a Vishniak[1], firmada por ustedes dos, y aquí mismo, todavía bajo los efectos del golpe, sin esperar a que Seriozha regrese, les escribo.

«Algunos de los más cercanos colaboradores de la redacción de *Viorsty* son judíos…» Aquí termina su carta y comienza la mía.

Cuando los redactores son tres y se llaman: Suvchinski, Sviatopolk-Mirski y Efrón, es evidente que la alusión a los redactores-judíos concierne sólo al último.

Y bien:

Serguéi Yákovlevich Efrón

- les notifico que -

Serguéi Yákovlevich Efrón nació en Moscú, en la casa de la familia Durnovó. Callejón de Gagarin (parroquia de Vlasi).

Su padre - Yákov Konstantínovich Efrón, ortodoxo, en su juventud *narodovolets*[2].

Su madre - Elizaveta Petrovna Durnovó.

Su abuelo - Piotr Apolónovich Durnovó, en su juventud oficial de la guardia, retratado al lado del soberano Nicolás I, el Príncipe Heredero y otros dos oficiales (uno de ellos - Lanskói) en un grabado firmado, intacto hasta el día de hoy. En su vejez - prior de la iglesia de Vlasi.

Mi marido es su único nieto.

Su infancia: nana rusa, familia noble, ritos.

Su adolescencia: instituto moscovita, medio ruso.

Su juventud: matrimonio conmigo, universidad, servicio militar, Octubre, Voluntariado.

Hoy - Eurasiatismo.

Si al hijo de una madre rusa y de padres ortodoxos, *nacido* en la religión ortodoxa, se le llama *judío* - 1) ¿de qué sirve la madre rusa y la ortodoxia? - 2) ¿y cómo llamar entonces al hijo de padres judíos, nacido en el judaismo - *también* judío?

Jodasiévich, al hablar de uno de los redactores de apellido Efrón, fue… más preciso.

Al hacer de Serguéi Yákovlevich un judío, deben hacer de Suvchinski - un polaco, de Jodasiévich - un polaco, de Blok - un alemán (Magdeburg), de Balmont - un escocés, etcétera.

Ustedes siguieron aquí *la letra*, las letras de las que se compone el apellido Efrón - y las siguieron de manera puramente polémica, es decir, IMPURA - ya que *me río* al pensar que pudieron tomar - aunque fuera por un segundo - a Serguéi Yákovlevich por judío.

Ustedes resultaron - móviles políticos aparte - más quisquillosos que la policía moscovita, obligada a verificar el origen ruso de cualquier muchacho que quisiera ingresar en la escuela militar, - y ese origen - no podía ser de otra manera - a Serguéi Yákovlevich le fue reconocido.

Al hacer de Serguéi Yákovlevich un judío, ustedes 1) borran a su *madre*; 2) borran su *nacimiento en el seno de la ortodoxia*; 3) *su lengua, su cultura, su medio*;

4) *la conciencia que tiene de sí mismo* y 5) a SU PERSONA TODA.

La sangre derramada por Rusia, en este caso, fue sangre *rusa* y fue derramada por lo *suyo*.

Al hacer de Serguéi Yákovlevich un judío, lo hacen ustedes responsable del pueblo al que en parte pertenece - *exteriormente*, pero de ninguna manera - *interiormente*, en todo caso - ¡mucho menos que yo!

* * *

Lo supranacional nada tiene que ver, desde un cierto punto de vista Heine y Pasternak no son judíos, sin embargo, no desde un cierto, sino desde el más nacionalista de los puntos de vista y de las sensaciones - no tienen ustedes razón

ni es su - *misión*.

Hablen en sus artículos de mezclas y de mestizajes, etcétera, pero hacer alusión al judaismo «de uno de los redactores», eso yo - se lo prohíbo.

Marina Tsvietáieva

P. S. Amo a los judíos más que a los rusos y quizá sería muy feliz si estuviera casada con un judío, pero - qué hacer - no me tocó.

A principios del mes de septiembre de 1927, M. Ts. recibe la visita de su hermana Asia, a la que no había visto desde 1922 (y a la que no volverá a ver). Asia ha salido de la Unión Soviética para ir a visitar a Maksim Gorki, el más célebre de los escritores soviéticos, que en ese momento está viviendo en Italia, en Sorrento, y para quien ella trabaja. M. Ts. admira la obra de Gorki, al que no conoce personalmente. Le escribe cuando Asia está con él en Italia, pero esa carta se extravía; vuelve a escribirle cuando su hermana ya está con ella, en su casa.

A Maksim Gorki

Meudon (S.-et-O.)
2, avenue Jeanne-d'Arc
8 de octubre de 1927

Querido Alexéi Maxímovich:

Esta vez la envío registrada. (Lávese bien las manos, queme la carta[3].) En la otra, la que se extravió, le hablaba de mi infancia: de la *palabra* Malva y del perro Chelkash[4]. Y también le daba las gracias por la ramita de mirto que de la carta de Asia cayó sobre mi cuaderno abierto en los versos:

> … entre los arbustos
> de mirto - ¡los labios sobre los labios!

La hoja, que vuelve al árbol, el mirto que vuelve al mirto. (Versos de la *Fedra* que estoy escribiendo. Como seguramente recuerda, ella se colgó de ese mismo arbolito de mirto, al pie del cual solía sentarse a pensar en Hipólito.)

Y también le daba las gracias por Asia y por su bondad, que borra las ofensas humanas.

Asia debía entregarle el *Zar-doncella*, no tenía yo otros libros, pero pronto aparecerá mi libro de poemas *Después de Rusia*, es decir, todas mis poesías líricas, las que he escrito aquí. Se lo enviaré.

¿Me pregunta por Hölderlin? Un *genio* inadvertido no sólo por su época, también por Goethe[5]. Doblemente *genio*: como lo entendemos hoy y como lo entendían antiguamente, es decir: seres así velan por los poetas más de lo que ellos mismos escriben. Es el poeta lírico más grande de Alemania, más grande que Novalis. Nació en 1770, se preparó, según recuerdo, primero para hacerse sacerdote - no lo consiguió - y después de diversos trances entró como preceptor en casa del banquero Gontard, se enamoró de la madre de sus educandos (Diotima, eterna figura en sus versos) - no resultó ni podía resultar, porque *aqui* eso no resulta, - se separó - escribió - erró - y finalmente, a los treinta y tantos años, cayó en una locura, primero furiosa, después mansa, que duró hasta su muerte en 1842. Los últimos cuarenta años de su locura los vivió solo, en la cabaña del guardabosque, bajo su custodia. Se pasaba el día tocando un clavecín mudo. Escribía. Mucho se ha perdido, algo ha quedado. En la edición de su poesía completa esos poemas aparecen bajo el título de *Aus der Zeit der Umnachtung*[6]. (*Umnachtung*: el que está rodeado de la noche: ennochecido: ensombrecido.) Así llaman los alemanes, si es de los grandes, al demente. He aquí un verso de su último poema:

> Was hier wir sind wird dort ein Gott ergänzen[7] -

el leitmotiv de toda su vida. Olvidé hablarle del papel fatídico que desempeñó Schiller en su vida por no haber comprendido ni la naturaleza de su talento, - puramente helénico (lo empujaba al tipo de baladas que él escribía) - ni, lo principal, lo infinitamente tierno y vulnerable que era. La carta a Schiller, a la que éste nunca respondió, fue para él una herida eterna.

Como poeta, hablo del material verbal, es absolutamente incorpóreo, incluso *pobre*. Rimas ordinarias, imágenes escasas y pobres - y qué torrente a partir de nada. Espíritu puro - y espíritu poderoso. Además de los versos, en la vida - una prosa *maravillosa. Hiperión*, las cartas de un joven que sueña con el renacimiento de aquella Grecia - y se estrella. La apoteosis del hombre joven, del espíritu heroico y de la amistad.

De Goethe y Hölderlin. Goethe es un dios de mármol, el otro - una sombra de los Campos Elíseos.

No sé si le gustará. No es poesía - es el alma de la poesía. Repito, es menos poeta que genio.

Lo «descubrieron» hará unos veinte años. En vida publicó por aquí y por allá en distintas revistas, nadie lo conocía ni lo leía.

Murió solo, en brazos de su guardián.

Me despido. Me intriga saber si esta carta llegará. Es un país terrible. En mi otra carta le pedía que no me respondiera: una carta es un quehacer, y un quehacer - también es tiempo, pero la carta se perdió y la petición - con ella.

En una palabra, si no me responde, no me afligiré en lo más mínimo, pero si me responde - me alegraré, y mucho.

Una vez más, gracias por Asia.

Marina Tsvietáieva

Lávese bien las manos, queme la carta (en contra de este octubre).

Por su lado, Gorki no aprecia la poesía de M. Ts., que le parece amanerada, histérica y al mismo tiempo impúdica.

Observamos un malentendido similar en las relaciones de M. Ts. con el poeta soviético de más peso, Maiakovski. Ella aprecia enormemente sus cualidades poéticas y le dedica un texto donde lo estudia en paralelo con Pasternak. En 1928, Maiakovski está de visita en París; M. Ts. asiste a la lectura que ofrece en el café Voltaire. Refiere su reacción en la revista rusa *Eurasia*, que se publicaba en París.

El 28 de abril, la víspera de salir de Rusia, muy temprano por la mañana, en un Kuznetski most absolutamente desierto, me encontré con Maiakovski.

- Y bien, Maiakovski, ¿qué debo transmitirle a Europa de parte suya?

- Que la verdad está - aquí.

El 7 de noviembre de 1928, tarde por la noche, al salir del café Voltaire, a la pregunta:

- ¿Qué diría de Rusia después de la lectura de Maiakovski?

Sin pensarlo respondí:

- Que la fuerza está - allá.

Esta apreciación tal vez no es del todo positiva (la verdad no está en Rusia, sólo la fuerza), pero no por ello deja de provocar reacciones negativas en el seno de la emigración. En cambio, Maiakovski habla con desprecio de la poesía demasiado femenina de M. Ts.

Las preocupaciones editoriales de M. Ts. resurgen en esta carta a Vadim Rúdnev, uno de los redactores de *Sovremennye zapiski*, adonde ha enviado uno de sus textos de prosa autobiográfica, *La casa del viejo Pimen*.

A Vadim Rúdnev

Clamart (Seine) 10, rue Lazare-Carnot
A 9 de diciembre de 1933

Querido Vadim Víktorovich:

(Me dirijo al mismo tiempo a toda la Redacción.)

He trabajado larga, apasionada y detalladamente en el *Viejo Pimen*, como para aceptar que se le hagan cortes, cualesquiera que sean. La prosa del poeta - es un trabajo distinto al de la prosa del prosista, en ella la unidad del esfuerzo (*del esmero*) - no es la frase, sino la palabra, e incluso con frecuencia - la sílaba. Es algo que le confirmarán mis borradores, y también cualquier poeta. Y cualquier crítico *serio*: Jodasiévich, por ejemplo, si le tienen ustedes confianza.

No puedo romper la unidad orgánica y artística, como tampoco podría, en virtud de consideraciones *exteriores*, añadir, una vez concluido, una sola línea superflua. Prefiero que espere otra ocasión, más afortunada, o que quede como obra postuma, es decir, como parte de la herencia del mismo Mur (él será RICO GRACIAS A MI MISERIA Y LIBRE GRACIAS A MI ESCLAVITUD) - y así,

prefiero que sea parte de la herencia de mi *rico* heredero, como una buena mitad de cuanto he escrito en la emigración y que la emigración, en la persona de sus redactores, *no* necesita, aunque se queje sin cesar de la falta de buena prosa y buenos versos.

A lo largo de estos años he comido y he bebido demasiada amargura. Publico desde *1910* (mi primer libro está en la biblioteca Turguéniev), y ahora estamos en 1933 y *aquí* aún me consideran o principiante o aficionada, - una especie de artista trashumante. Digo *aquí*, porque en Rusia mis poemas están en las antologías, como modelo de laconismo, - yo misma las he tenido en las manos y me he alegrado porque no sólo no he hecho nada para obtener ese reconocimiento, sino que, creo, he hecho *todo - lo contrario*.

Pero tampoco aquí mis asuntos son tan desesperados: en mi favor están - el mejor lector y *todos* los escritores que, *todos*: ya sea Jodasiévich, Balmont, Bunin o cualquiera de los jóvenes, al unísono confirman mi derecho, conquistado con 23 años de publicaciones (*escribo* - desde hace más) a una existencia sin cortes.

No está en mi temperamento hablar de mis derechos y de mis privilegios, como no está en mi temperamento traducirlos a monedas - conociendo el precio de mi trabajo - jamás aumenté la tarifa, siempre acepté lo que me daban, - y si hoy, por primera vez en mi vida reivindico estos derechos y privilegios, es sólo porque se trata de la *esencia* de mi trabajo y de sus sucesivas posibilidades.

Ésa es mi respuesta en esencia y de una vez y para siempre.

* * *

Ya sé que ustedes me habían advertido de los sesenta y cinco mil caracteres, pero sólo me pasé con dieciocho mil, es decir, ocho páginas impresas, es decir, únicamente cuatro hojas. Para ustedes es - aumentar cuatro hojas, para mí - desfigurar la obra. Cuando recortaron «El arte a la luz de la conciencia», lo convirtieron en algo incomprensible, ya que lo privaron de los vínculos, lo redujeron a fragmentos. Cuando suprimieron la infancia de Max y la juventud de su madre[8], despojaron a la figura del poeta de su primera infancia y, en primera instancia - despojaron al lector.

Lo mismo harán ustedes, por mano mía, si suprimen la parte central de Pimen, es decir, los niños de llovaiski, sin los que - no importa si es o no llovaiski - el personaje del viejo sabio está incompleto, inconcluso. No están recortando páginas, están recortando un personaje. Para decir en ocho páginas TODO lo que hay que decir de este complejo núcleo familiar, ya tuve yo que PRENSAR mucho, ¿¡y ustedes quieren desfigurar aun ese extracto!?

De mi *Pimen* podría haber salido toda una novela, *yo* sólo hago un breve Retrato lírico: un POEMA. La obra *ya* ha sido recortada, y por una fuerza mayor que la de la redacción: la fuerza de la necesidad interior, de la intuición artística.

* * *

Si sólo se trata de los costes - hay una salida: no me paguen esas ocho páginas, que eso sirva para pagar los gastos de la imprenta: siempre me he compadecido de la falta de dinero: *eso* para mí no es un recorte, eso no es - el recorte.

Si les parece que la obra es internamente-larga, que es injustificadamente-extensa y que esas ocho páginas sobran para el lector - el Viejo Pimen se quedará conmigo (yo con él), y escribiré para ustedes algo por esos mismos trescientos francos del último adelanto del pago con los que me socorrieron en un momento y por lo que les estoy muy agradecida. ¿A cuántos caracteres tipográficos equivalen?

Un cordial saludo
Marina Tsvietáieva

En el transcurso de esos mismos años, M. Ts. ha iniciado, en efecto, una nueva forma de escritura, la de las Memorias líricas y subjetivas. Además de esta *Casa*, dedica buen número de textos en prosa, por una parte, a sus recuerdos de infancia, a su madre, a su padre; por la otra, a sus contemporáneos y amigos, poetas y artistas, de cuya muerte acaba de enterarse: Voloshin en 1932, Biely en 1934, Kuzmín en 1936.

Las posiciones políticas de M. Ts. en general no cambian: se sitúa por encima de los partidos y de las facciones. Eso no le impide tener sus fuertes simpatías y antipatías, de lo que encontramos ecos en su correspondencia.

Soy demasiado inteligente para odiar a la burguesía - ella tiene RAZÓN, porque yo soy para ella una EXTRAÑA, más *extraña* que el más recalcitrante anticomunista. (NB! Lo contrario del burgués es el poeta y no el comunista, ya que el poeta es - NATURALEZA y no concepción del mundo. ¡El poeta es - el CONTRA-BURGUÉS!) (A Bunin, el 4 de mayo de 1928.)

Algunos de sus textos poéticos - su poema «Perekop» o el que trata de *La familia del zar* - adoptan el punto de vista de los combatientes

Blancos; eso no los hace fáciles de aceptar por la emigración.

No le hace falta a nadie. Aquí no lo entenderán por su «izquierdismo» (por su «forma» - las comillas se deben a la vileza de las palabras), allá - simplemente no lo entenderán, físicamente, como el resto, y aún más - lo entenderán menos - que al resto de mis libros. «¿Para la posteridad?» No. Para descargar la conciencia. Y también porque soy consciente de mi fuerza: la del amor, y si quiere, - la del talento. (A Lomonósova, el 1 de febrero de 1930.)

También le escribe a Nanny Wunderly-Volkart, la gran amiga de Rilke, con la que entró en contacto después de la muerte de éste.

Con la emigración rusa me llevo mal, ya que - no pertenezco a ella. Para hablar con propiedad, no soy una emigrante, me dejaron salir porque mi hija (una niña de tres años) murió de hambre y también porque en mí, según dijo un comunista, «hay menos espíritu pequeñoburgués que en cualquiera de nosotros». - «¿Conoció usted aunque fuera a un poeta pequeñoburgués?» - le respondí. «Pequeñoburgueses no, *sólo* feudales», - declaró el comunista - y me entregó mi pasaporte, - aunque sabía perfectamente que desde el primer día mi marido estaba en el Ejército Blanco.

Tomé a mi otra hija, de ocho años (ahora tiene diecisiete), y me fui.

De modo que: me llevo mal con la emigración rusa, vivo únicamente en mis cuadernos - en mis deudas - y si de vez en cuando se oye mi voz, siempre es la *verdad*, sin cálculos. [...]

Estoy completamente sola, en la vida y en el trabajo - como en todas las escuelas de mi infancia: en el extranjero era - «la rusa», en Rusia - «la extranjera» - con muchos amigos a los que nunca veía ni veré. Completamente sola - con mi *voz*. (El 17 de octubre de 1930.)

Y también:

En la emigración todo son partidos, y yo no pertenezco a ninguno. (El 29 de diciembre de 1931.)

Me encuentro muy lejos de *todo* círculo (me refiero a los círculos de personas), quiero decir, de los círculos literarios, que aquí están más entregados a la política que a la literatura, es decir, gritan y odian más de lo que callan (escriben) y aman. (El 22 de noviembre de 1932.)

Cuando reflexiona sobre sus relaciones con el poder bolchevique en la época en la que todavía vivía en Moscú, M. Ts. anota:

La Moscú de 1918 a 1922. no la viví con los bolcheviques, sino con los Blancos. (Por cierto, toda Moscú, la mía y la *suya*, decía: los Blancos, nadie decía - los voluntarios. La palabra voluntarios la oí por primera vez en 1921 de boca de Asia, que acababa de llegar de Crimea.) No sé por qué no reparé en los bolcheviques, *la vista puesta en el Sur*, los vi sólo indirectamente, con ese rabillo del ojo con el que pese a la voluntad y aun a la conciencia nos percatamos - de lo casual (hay un rabillo igual del oído) - los percibí más que advertirlos. Sí, había colas, sí, faltaba esto, sí, faltaba aquello - pero ¡había ESO! También puedo decir que los brazos cortaban, serruchaban, cargaban - ellos solos, sin una mirada que les enseñara [abajo: que los encaminara], solos - sin ojos.

De ahí, puede ser, esta ausencia de verdadero *odio* por los bolcheviques. Como si la suma total del sentimiento que me fue dado, íntegra, se hubiera ido en el amor por *aquéllos*. Para el odio - no quedó nada. (Amar una cosa - significa odiar otra. En mí: amar una cosa - significa no ver la otra.) A los bolcheviques los odiaba con ese rabillo del ojo con el que los veía: por retales que no entraban en el amor, que el amor no podía contener - como la mirada: sesgada, lateral.

Pero cuando los *veta* - a veces los *amaba*.

Quizá (¡lo subrayo!) - que amara yo: *no* el comunismo (¡insisto!) sino las tumbas en la Plaza Roja, *mi* bandolerismo del año dieciocho, a los jóvenes jefes de la guerra con Polonia y muchas otras cosas me lo impidió mi indudable, mi inmediato amor por los Blancos, anterior a Octubre, la certeza de la ruina - de ellos y de sus asuntos, toda yo *antes del principio* fui reemplazada [arriba: rebasada].

Que amara yo a los bolcheviques me lo impidió mi - inmediata - previa al principio - fe en lo rotundo de su victoria, de la que tantas veces - y con tanta fuerza - ellos dudaron.

(Nota de 1932. No retrabajada.)

Vladislav Jodasiévich (1886-1939) es una figura importante de la emigración rusa, un poeta de talento y un crítico con influencia en el público. Sus relaciones con M. Ts. no habían sido demasiado buenas en Praga, en la época en la que vivía con Nina Berbérova, ni en París, en la época de las polémicas eurasiáticas. Pero, como con Maiakovski, las

diferencias políticas se borran frente al respeto por la calidad poética. M. Ts. le escribe a Rúdnev, el redactor de *Sovremennye zapiski* (el 19 de julio de 1933):

Pese a su monarquismo (??) y a mi apolitismo: *humanismo*: MAXISMO[9] en política, o más sencillamente: a mi total darle la espalda (a los periódicos) - de todas formas, Jodasiévich y yo, según las palabras de Rostand transmitidas por Shépkina-Kupérnik, ¡pertenecemos a la misma familia, Monsieur de Bergerac! Lo mismo me pasa con todos mis enemigos «políticos» - con tal de que sean poetas o - ¡amen a los poetas!

Tras hacerse amiga de Jodasiéivich, M. Ts. le escribe.

A Vladislav Jodasiévich

A 15 de abril de 1934

Cuando, hace algunos años, me acercaba por primera vez a Londres, la ciudad estaba toda entera en mí - íntegra y completa: matutina, nocturna y lluviosa a la vez, con sus antorchas y un Támesis que se origina y desemboca en el mar, todo Londres y el Támesis *aller et retour*[10], con Lord Byron, Dickens y Oscar Wilde - coexistiendo, el Londres de todos los Charles y de todos los Richard, de la A a la Z, Londres todo, metido en mi *idea de él*, extemporal y omnitemporal.

Cuando finalmente llegué a Londres, no lo reconocí. Era una mañana despejada - pero ¿y el Londres de la niebla? Había que esperar a la noche: pero ¿y el Londres de las antorchas? De la abadía de Westminster veo sólo un lado - pero ¿dónde está - toda, de todos lados a la vez?

Instantáneas: los puestos en el autobús, los estancos de tabaco, las monedas para la calefacción, los azares del tiempo libre y de mi propio estado, y - en todos lados la cara de N., en ese mi Londres imprevisto.

La ciudad se desmoronaba ante mi vista día tras día, hora tras hora se desmoronaba en sus piedras, propias, esas con las que había sido construida, no reconocía yo nada, había demasiado de todo, y todo era demasiado nítido y menudo, como un miope que de pronto se pone las gafas y ve tres cuartos de *superfluo*.

Londres, ante mi vista, se convirtió en cenizas. Y sólo cuando al alejarme de él alrededor de una hora lo perdí de vista, lo vi de nuevo: resurgía con cada vuelta

de las ruedas que me alejaban de él - íntegro, y más completo, y más armonioso, y cuando se me ocurrió cerrar los ojos, de nuevo lo vi - el *mío*, completo, con el Támesis *aller et retour*, con Hyde Park colindando con la abadía de Westminster, con la reina Isabel del brazo de Lord Byron, Londres unitemporal, unirregional, Londres extemporal y omnitemporal.

Por supuesto, se trata de - una incursión. Si me hubiera quedado en él, si *hubiera vivido* en él, *sin* visitas a los museos y las abadías, habitando alguna *madriguera, sin* verlo, sólo percibiéndolo alrededor - me habría entrado por los poros, como yo entro en él - a través de sus poros de piedra.

Hay tres medios de conocimiento:

El primero - *con los ojos cerrados*, sin ver, todo en el interior, - el único completo y seguro.

El segundo - cuando la ciudad se desmorona, conocimiento no - desconocimiento, incursión en el alma ajena, *turismo*.

El tercero - hacerse al asunto, resignarse, rendirse, no ocuparse de él, sólo dejar que entre.

Así que - no se sorprenda, querido Vladislav Felitsiánovich - he aquí por qué cuando usted me escribió hablando de un encuentro, de una conversación, yo - me quedé pensativa.

Sin pretender tenerlo a usted «íntegro y completo», sin pretender ese conocimiento creador que agota el tema y es, al mismo tiempo, inagotable, yo, a solas aunque sólo sea con el sonido de aquellas entonaciones suyas en los oídos o de las letras de su carta - lo conozco más, mejor, más íntegra, más completa y más precisamente que - sentada a su lado y hablando con usted en un café al que usted habrá llegado de su vida y yo - de la mía, y - aún peor: cada uno de su *día*, que a veces nada tiene que ver con la vida.

Si, como la gente de antaño, cuando aún había tiempo para la amistad, más bien - cuando la amistad se consideraba el pan de cada día, cuando para ella *debía* haber tiempo, aunque fuera a las cuatro de la mañana… y bien, simplemente conversemos [palabra ilegible] - si este café tuviera un futuro, un día de mañana, una duración, respondería *sí* (no a usted, no lo diría así, sino ¡en mi *interior*!) - simplemente transferiría *esa* comunicación a *ésta*, el allá - al aquí (aunque esto *siempre* es para mí terriblemente difícil, no estoy acostumbrada a las apreturas, y *en la vida* jamás hay esa libertad plena y máxima que uno tiene adentro, - es imposible que se dé)…

Oh, sí, la vida, por más apretada que sea, tiene *su* encanto y su *fuerza* - aunque sólo sea el sonido de una voz viva, una serie de imperceptibilidades, imposibles de imaginar.

Pero así, de turismo, de incursión… Ver qué hora es (seré la primera en hacerlo, sólo pensaré en eso…).

Para eso es necesario ser una persona urbana, sociable, acorazada, disciplinada, en parte incluso comercial, invulnerable por su indiferencia hacia - las almas, indiferente - hacia los rostros.

Nada de eso hay en mí, todo es - al contrario.

Este (¡noveno ya!) es mi París, no veo a nadie, todas mis relaciones reales con la gente, de manera fatal (y la fatalidad - soy yo, es decir, todo lo mío - lo que viene de mí) - se destruyen, más exactamente - se diseminan como los días, y los últimos años - *años* - no me relaciono con nadie - así se dio, - y yo sé por qué: mis ataduras a la casa, lo alejado de Clamart, mi no costumbre de la «calidez» femenina - eso que todo el mundo busca, y no:

> Llama ligera, que baila entre rizos,
> Hálito - de la inspiración[11]…

Y, sin embargo, tengo muchas ganas de verlo, aunque sólo sea para comunicarle las últimas dudas de la redacción de *Sovremennye zapiski* relativas a mi prosa - y en general, varias cosas… ¿No podría usted venir a mi casa - *usted* - hacia las cuatro? ¡Es muy fácil! Está el tranvía 89 que llega hasta Clamart-Fourche, y de Fourche - la primera calle a la izquierda (un minuto).

Y también está la estación Montparnasse, con los trenes más ordinarios. Aquí tiene el horario exacto - no hay error. Respóndame *cuándo* y en qué tren. Iré a esperarlo con mi hijo, vendremos a casa y conversaremos tranquilamente. Otra manera de vernos - no hay.

M. Ts.

La relación con Pasternak, siempre intensa, conocerá otros giros (aún no suficientemente desvelados); su correspondencia, reconstruida a partir de borradores, se publicó en ruso en diciembre de 2004. En 1926, es M. Ts. quien prefiere guardar las distancias. En 1927, ella imagina un nuevo reencuentro, quizás en Londres, pero entonces Pasternak le pide que comprenda que él no puede ir. Esta renuncia provoca una carta de M. Ts. en la que ella analiza a la vez su destino y la relación entre ambos (las palabras entre corchetes han sido suplidas por el editor del original).

A Borís Pasternak

A 11 de mayo de 1927

Boris: Jamás se te ocurrió pensar que hay todo un mundo inmenso y maravilloso, vedado a la poesía y en el que se abren, -podrían abrirse unas leyes igualmente inmensas. Y así hoy, caminando por la calle, pensé: ¿acaso no es extraño que el hombre que abreva beba en la mujer como en una fuente? ¡El que abreva - bebe! - *Verdad* de esta mutabilidad (mutación). Y luego: ¿acaso abrevar no es - la única posibilidad de vivir? Lo que uno conoce a dos - así lo llamaría, así se llama. Nada, Borís, se conoce a dos (se olvida - ¡todo!), ni el honor, ni Dios, ni el árbol. Sólo tu *cuerpo, al que tú no tienes acceso (no hay entrada)*. Piensa: qué extrañeza: toda una región del alma, a la que yo (tú) no puedo - sola, YO - NO PUEDO - SOLA. Y no hace falta un dios, sino un ser humano. El formarse a través de una segunda persona. *Sesam, [öffne] dich auf*[12]!

Pienso que si estuviera con una persona a la que adorara - ¡es poco! - al héroe del poema también lo adoré[13], no, si estuviera con alguien - digamos un Colón - que por dentro fuera como yo - diría, es decir, conocería, constataría, confirmaría, descubriría, una serie de cosas extraordinarias - indecibles sólo porque todavía no han sido dichas. Iluminación repentina: toda entera yo (¡no hay mitad!), la segunda yo, la otra yo, la yo terrestre, he vivido en aras de algo - no sé de qué, - pese al *Poema del fin*. Aquello fue el aturdimiento… por sentirme amada (nunca nadie osó amarme así, ¡como a cualquiera!), la fascinación por la fascinación *del otro*, la asfixia por la asfixia del otro - un eco en las montañas - (*Poema de la montaña*). Contagio y prodigio - la forma más fuerte de la receptividad del alma, que ha hallado palabras terrestres. Boris, es terrible decirlo, pero yo jamás he sido un cuerpo, ni en el amor, ni en la maternidad, sólo un reflejo, a través de, en traducción de (o - ¡a!). Me hace gracia escribirte a ti de esto, a ti un desconocido (¿acaso tú cuentas?), que además se halla en los confines del mundo. Pocas veces he pensado en ti así - por abrasamientos - no para (alargar). Pero este último año… te convertiste en el hermano menor de Rilke, y no termino por superstición. ¿Y hoy? Y una compasión tan candente, como no hay, ¡no hay! Todo un mundo (¡si se hubiera descubierto!) ¡que zozobrará! (También podría estallar.) Todo un mundo que nunca emergerá. Yo habría encontrado palabras puras: el lector pensaría, por supuesto, que estoy hablando del Reino de los Cielos, como ahora gracias a Borís y a Rilke estoy convencida de la verdad aunque sólo sea de estos versos: [sigue el poema «Indicios» fechado el 29 de noviembre de 1924]

Como un monte cargado en el bies de la falda
¡El dolor en el cuerpo!
Reconozco el amor por el dolor
A lo largo del cuerpo.

Como si en mí hubiesen desmenuzado un campo
Para cualquier borrasca.
Reconozco al amor por la distancia
De todo lo cercano.

Como si en mí hubiesen cavado corredores
Hasta el cimiento, donde está lo negro.
Reconozco el amor por los filones
A lo largo del cuerpo.

Que gime. Agitada por el viento
Como la crin del huno.
Reconozco al amor por la ruptura
De las cuerdas más duras

Que pueblan mi garganta y sus desfiladeros
Pura herrumbre, sal viva.
Reconozco al amor por la rendija,
¡No! ¡No! - por el gorjeo
A lo largo del cuerpo.

Tú, Boris, ya estuviste en este mundo (subterráneo) con *Mi hermana la vida* - la pureza del fuego, ¡la purificación de ese libro por el fuego! Entonces, cuando escribía sobre el libro (mal, por lo demás), lo rapté como un secreto. Pero tú no lo encerraste en la noche, lo diseminaste alrededor del día, e introdujiste en él árboles y nubes. Lo repartiste, lo crucificaste. En tu libro, esto se les escapó - a todos. No hablo de los *Liebeslieder*[14], hablo de los versos. Hay versos idénticos, con una fuerza idéntica. -

Tú sabes bien cuáles versos son los prodigiosos para tus descubrimientos y los míos. Qué tesoro de similitudes (concordancias).

Aquel mundo, Boris, es la noche, la mañana, el día, la tarde y la noche contigo, *es - ¡día y noche!* Y después…

No me malinterpretes: no vivo para escribir versos, escribo versos, para vivir. (¿Quién podría fijarse como último objetivo escribir versos?) Escribo no porque sepa, sino *para saber*. Mientras no escribo sobre el objeto (no lo veo), el objeto no existe. Mi medio de conocimiento es - la enunciación, en ese momento, de debajo de la pluma, surge el conocimiento. Mientras no escribo del objeto, no pienso en él. (Tú tampoco por cierto.) La pluma es el cauce de la experiencia existente, pero durmiente. Así la Sibila - antes de las palabras - no sabe. La Sibila sabe de golpe. La palabra es - el fondo del objeto en nosotros. La palabra es - el camino hacia el objeto, *no a la inversa*. (Si fuera a la inversa, se necesitaría la palabra y no el objeto, y el objetivo último es - el objeto.)

Tú, Boris, me haces tanta falta como el precipicio, como el abismo, para que haya donde lanzar sin oír el fondo. (Los pozos en los viejos castillos. Una piedra.

Uno, dos, tres, cuatro, siete, once… ¡llegó!) Para que haya donde amar. No puedo amar (ASÍ) a un no-poeta. Ni tú puedes. Yo sé que tu sueño secreto y el mío es volvernos pordioseros. Pero acaso se puede hablar de pordioseo cuando en ti habita (lo quieras o no) lo sublime. Entiende [el precio] de la derrota tuya, mía, si llega a haberla. No por parte de una divinidad, ni de un cualquiera: de un igual (¡co-divinidad o bien co-cualquiera en otro mundo!). El sueño de igualdad es - el sueño de la derrota por un igual. La igualdad - como palestra…

A ti, por supuesto, te amaré más de lo que nadie te ha amado nunca, pero no a mi medida. A mi medida (yo - toda entera, yo - en otro, en todo [falta una palabra]) - es poco. De alguna manera atraigo hacia el amor algo que impide que se realice - se dispersa, se rompe. En otros se desarrolla doblemente: como desarrollo (cadencia) y como *desarrollo (de*cadencia) y después, a jirones vuelve a mí desde todos lados siguiendo el círculo de la ruptura: del cielo, de los árboles, a derecha e izquierda con los brazos extendidos, debajo de mis piernas (de la tierra - como hierba). (Alguien me ama, yo amo - todo. Alguien me ama, yo amo - a todos. Aunque sea *en él*, pero TODO Y A TODOS.) Pero ¿qué tienes tú que ver con todo esto? Allá, en los confines del otro mundo, ya con un pie en él, no podemos, - ¿no residirá el milagro del otro mundo en que aquí no podemos no informar a Dios de qué lado torcemos los tacones? No me puedo imaginar distinta y sé que con tu primera visita allá - me volveré - distinta. Esa yo distinta - eres tú. Sólo aparecer…

Y vuelvo a la primera mitad de la carta.

- Aunque quizá sea - ¿¿¿justamente Dios???

M.

Algunos años más tarde, M. Ts. vuelve a hablar de su relación con Pasternak en una carta a una amiga común.

A Raísa Lomonósova

Meudon (S.-et-O.)
2, avenue Jeanne-d'Arc
A 13 de febrero de 1931

Querida Raísa Nikoláievna: Los acontecimientos proyectan su sombra hacia delante - dijo alguien, no sé quién, quizás haya sido Homero.

Y así: la velada en casa de un amigo de Boris, el poeta francés Vildrac. Fui invitada a «Pilniak»[15], que acaba de llegar de Moscú. Nos presentamos, se sienta a mi lado.

Yo: - ¿Y Boris? ¿Su salud?

P: - En perfecto estado.

Yo: - ¡Bueno, gracias a Dios!

P: - Está viviendo en mi casa, en la [calle] Yámskaia.

Yo: - ¿Lo echaron de su piso?

P: - No, se separó de su mujer, de Zhenia.

Yo: - ¿Y el niño?

P: - El niño está con ella.

Yo: - ¿Y dónde queda - la Yámskaia? Yo conozco la Tverskaia-Yámskaia.

(Cinco minutos de topografía, la conversación pasa al extranjero.)

Yo: - Y ¿por qué a Borís se la negaron?

P: - Porque él se dirige adonde *sólo* las niegan. Los últimos meses hizo muchas gestiones para que pudieran viajar al extranjero Evguenia (he olvidado el patronímico) y Zhénechka, pero en eso apareció Zinaída Nikoláievna y Zhenia se negó categóricamente a viajar[16].

- Entre Borís y yo existe hace ya (1923-1931) ocho años un acuerdo tácito: vivir hasta encontrarnos. Pero la Catástrofe de un encuentro no ha hecho sino retrasarse, como una tempestad que está por ahí, detrás de las montañas. De cuando en cuando - los estampidos del trueno, y luego nada - la vida continúa.

Entiéndame bien: yo, conociéndome, seguramente jamás habría dejado a los míos por Boris, pero si lo hubiera hecho - sólo habría sido por él. Eso es lo que *yo* siento. Nuestro encuentro real habría significado, ante todo, un gran dolor (yo, mi familia - él, su familia, mi *compasión*, su *conciencia*). Ahora ya no habrá tal. Borís no está con Zhenia, a la que conoció antes que a mí, Borís está sin Zhenia y no está conmigo, está *con otra, que no soy yo* - no es *mi* Boris, es simplemente el mejor poeta ruso. Yo - de inmediato - retiro las manos.

Sé que si hubiera yo estado en Moscú - o si hubiera él estado en el extranjero - si nos hubiéramos encontrado aunque sólo fuera una vez - no habría habido - ¡no podría haber habido! - ninguna Zinaída Nikoláievna, en virtud de la colosal ley del *parentesco en todos los frentes*: MI HERMANA LA VIDA[17]. Pero - yo estoy aquí, y él está allá, y todo son cartas, y en vez de las manos - los manuscritos. Ahí tiene el «Reino de los Cielos» en el que he vivido mi vida. (La otra carta que le envié, qué claro lo veo ahora, era toda sobre Boris: cuyo acontecimiento yo entonces ignoraba, pero que ya había *sucedido* [18].)

Perderlo - sin haberlo tenido.

De Zhenia, la dejo a usted que piense, usted la conoció. Lo único que yo sé es que eran muy infelices juntos. «Zhenia es un ser triste y difícil», eso fue lo que me escribió mi hermana, que tiene mis mismos ojos. Simplemente - no aguantó. «Se separaron.» Quizá se fue - ella. Quizás en este momento siga en la Voljonka[19] con el hijo. Y Borís en el apartamento vacío de Pilniak (en la «Yámskaia»). Terminó *Spektorski* (un poema) y *EL SALVOCONDUCTO* (prosa[20]). - Que Dios lo ayude. - Lo principal es que viva.

Vivo. Fue mi última apuesta a un ser humano. Pero me queda el trabajo y los niños y el pushkiniano: «No hay felicidad en el mundo, pero hay paz y *voluntad*»[21], que Pushkin utilizó en el sentido de «libertad», y yo: de voluntad para algo: para trabajar. En una palabra, el soviético «Héroe del TRABAJO». Lo llevo en la sangre: mi padre y mi madre fueron así. El deber - el trabajo - la responsabilidad - nada para sí mismos - y todo esto es *congénito*, a años luz de cualquier dogma revolucionario, ya que eran - monárquicos ambos (mi padre tenía acceso al zar).

No sé si le escribiré a Boris. Es demasiado grande en él la influencia de mi palabra: de mi voz. «¡SÓLO VIVA!» - como me dijo alguna vez un judío.

Todavía hace cinco años mi alma se habría desgarrado, pero cinco años - son tantos días, y cada uno de ellos me enseñó - eso mismo, me demostró - eso mismo. Y así mi Reino de los Cielos estuvo entre la sartén y el cuaderno.

* * *

En cuanto a D. P. S. M.[22] (¿verdad que parece una sigla?). - «La amistad conmigo - es imposible; y amarme a mí - no es posible»[23] - todo se acabó, pues, por una indiferencia premeditada y un olvido forzado. Me encerró en su interior con siete candados - en sus visitas a París ve a todo el mundo menos a mí, a mí - por casualidad y siempre en medio de más gente. Y en algún momento me amó (se me antoja ponerlo entre comillas).

Yo fui la primera que le mostró, es decir, que hizo que tomara conciencia de que hay momentos (marea alta y marea baja) en que el Támesis fluye en sentido inverso, que lo mío no es un giro poético:

FRAGOR DE TELEGAS GITANAS
DE RÍOS QUE VAN HACIA ATRÁS
FRAGOR…

(Por cierto, a partir de estos versos Borís comenzó a amarme. Son versos del año 16, pero él los leyó después de mi, temo que irreversible, partida al extranjero, en 1922. Me acuerdo de su primera carta - y de la mía.)

Tres semanas vagabundeamos por Londres, él insistía en los museos, y yo - en el mercado, en el puente, *bajo* el puente. Resultado - le enseñaba yo la vida. Y lo obligué a arruinarse con tres maravillosas camisas azul claro (una beis), que él, por esa cicatería feroz *consigo mismo*, aún no me ha perdonado - ni ha desgastado. A Boris, entonces, lo amaba tan exaltadamente como a mí, pero Borís - es un hombre, y está al otro lado del mundo - y no ha pasado.

Nos distanciamos, él y yo, debido a la prosa abortiva de Mandelstam que él adoraba y yo detestaba - *El rumor del tiempo*, en la que sólo los objetos están vivos, en la que si algo vivo despunta - es un objeto.

* * *

Hoy mismo le escribo a Alec Brown[24]. Aquí tiene su dirección:

Fressingfield
Nr Diss
Norfolk
Alec Brown

Si después, en algún momento, se necesitan las ilustraciones de Goncharova, se las enviaré *a usted*. ¿Tiene usted mi *Valiente*? Se lo mando por si acaso, y quizás encuentre algo más, casi no tengo ejemplares de mis libros.

Le escribo en medio de una fuerte nevada: grandes copos que se derriten en el aire.

LA FUERZA DE LA VIDA. Aprendamos de las nevadillas.

Un abrazo,

M. Ts.

Envíe, por favor, querida Raísa Nikoláievna, la nota adjunta para Brown - en su carta.

En junio de 1935, a instancias del poder soviético, se celebra en París un Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura, que reúne a escritores y artistas de convicciones antifascistas inquietos por la subida del nazismo en Alemania. Al principio, la delegación soviética no incluye a ningún autor conocido en Occidente. Gide y Malraux Intervienen ante la embajada soviética para que Bábel y Pasternak también sean invitados.

En ese momento, este último se encuentra en un sanatorio tratándose una depresión nerviosa; pero, tras recibir órdenes del Kremlin, se encontraba en París el 23 de junio de 1935. El encuentro con M. Ts., tantas veces relegado, se da por fin. Pero en lugar de éxtasis, hay decepción, y el 28 de junio M. Ts. se va de París con Mur a pasar el verano en Favière, en la Costa Azul.

¿Qué pasó exactamente? Unos días después de su partida, M. Ts. constata en una carta a Anna Téskova: «… el encuentro con Pasternak (lo hubo - y qué no-encuentro)» (el 2 de julio de 1935). Transcribe sus sentimientos más ampliamente en una carta a Nikolái Tíjonov, poeta soviético que también participó en el Congreso y con el que congenió:

Boris me inspira un sentimiento confuso. Es un ser difícil para mí porque todo lo que para mí es - un derecho, es para él - su vicio, su enfermedad, la suya, la de Boris.

Como aquella vez […] en respuesta a mis lágrimas: - ¿Por qué lloras? - No lloro *yo*, lloran mis ojos. - Si ahora no lloro es porque decidí reprimir, de todas las maneras posibles, la histeria y la neurastenia. […] - ¡Te encantarán - los koljoses! […]

Y lloraba yo porque Boris, el mejor poeta lírico de nuestro tiempo, traicionaba ante mis ojos a la Poesía, llamándose a sí mismo y a todo lo que había en él - enfermedad.(El 6 de julio de 1935.)

Podemos, pues, reconstruir de la siguiente manera la conversación entre ambos poetas: M. Ts. cree en la poesía, Pasternak sabe que él también se inclina por ella, pero lo ve como un vicio y una enfermedad. Eso hace que M. Ts. llore, mientras Pasternak la consuela: si ella viviera en la URSS, también dejaría de amar la poesía y glorificaría los koljoses… Diez años más tarde, el 26 de noviembre de 1945, Pasternak transcribe sus propias impresiones:

En el extranjero, a Marina Ivánovna la vi únicamente en París en junio de 1935, en un congreso antifascista al que llegué enfermo (hacía seis meses que padecía insomnio, estaba al borde de la enfermedad mental).

Mientras estuve allá, todos los días vi a M. I. y a su familia.

Aún diez años más tarde, en su ensayo autobiográfico *Gente y situaciones*, que Pasternak escribió en 1956 con la idea de publicarlo en

la URSS, vuelve al tema:

Durante el verano de 1935, no siendo yo quien soy y al borde de la enfermedad mental debido a un insomnio de casi un año, me encontré en París, en un congreso antifascista. Ahí conocí al hijo, a la hija y al marido de Tsvietáieva y como hermano amé a este hombre encantador, sutil y estable.

Los miembros de la familia de Tsvietáieva insistían en que ella debía volver a Rusia. En parte, los movía la nostalgia por su país y su simpatía por el comunismo y la Unión Soviética, y en parte, pensaban que Tsvietáieva no estaba hecha para vivir en París y que allí se perdería en el vacío, por carecer de la respuesta de los lectores.

Varias veces me preguntó Tsvietáieva qué opinaba yo del asunto. Yo no tenía una opinión definida al respecto. No sabía qué aconsejarle, y tenía mucho miedo de que para ella, y también para su extraordinaria familia, la vida en nuestro país resultara difícil y desasosegada. La tragedia de la familia superó con mucho mis temores.

El malentendido es total. En primer lugar, político: M. Ts. no puede imaginarse las presiones a las que están sometidos los escritores soviéticos y supone que, por voluntad propia, Pasternak renuncia a la poesía (a la que considera su «enfermedad») y defiende el servicio a la causa pública, y por lo tanto los koljoses. Éste, por su parte, ya no puede expresarse con libertad frente a M. Ts. y sobre todo frente a Seriozha y Alia, ambos desbordantes de entusiasmo por la Unión Soviética. Pero ¿realmente piensa que hay que impedir ese regreso? ¿Carece de lucidez, o de valor, o de preocupación por el destino del prójimo? Comoquiera que sea, son el marido y la hija de M. Ts. quienes lo acompañarán en sus paseos cotidianos por París, una vez que ella se ha ido y hasta el 4 de julio de 1935, cuando él se marcha. A esta incomprensión política se añade el malentendido sentimental: Pasternak le pide a M. Ts. que lo acompañe y lo ayude a elegir un vestido para su mujer, lo que M. Ts. vive como una ofensa (¡prefiere a Eva que a Lilith, o a Psiqué!).

Una vez pasado este «no-encuentro», M. Ts. escribe a Pasternak una carta de la que sólo se ha conservado el borrador. Entre otras cosas, leemos (agosto de 1935):

Yo defendía el derecho del ser humano al aislamiento - no en una habitación, para el trabajo literario, sino - en el mundo, y de ahí no habrá quien me mueva.

Tú me propusiste *faire sans dire*[25], y yo siempre estaré por - *dire*, que justamente es *faire: ¡el buscapleitos* del asunto!

Ustedes me dicen - masas, yo - individuos que sufren. Si las masas tienen derecho a autoafirmarse - ¿por qué no lo tiene - el individuo? Y es que, «*les petites bêtes ne mangent pas les grandes*»[26] - y no estoy hablando de capitales.

Yo tengo el derecho, puesto que no tengo más que una vida, de no saber qué es un koljos, así como los koljoses no saben - qué soy - yo. Igualdad - pues igualdad.

A mí me interesa todo lo que le interesaba a Pascal y *no* me interesa todo lo que a él *no* le interesaba. No tengo la culpa de ser tan honesta, no me costaría nada a la pregunta: - ¿Se interesa usted por el futuro del pueblo? responder: - ¡Oh, sí! Pero yo respondí: no, porque sinceramente no me intereso por el futuro de nadie, para mí es un lugar vacío (¡y amenazador!).

¡Qué extraño!: que no me ames - me da igual, pero - en cuanto me acuerdo de tus koljoses - lloro. (También ahora estoy llorando.) […]

Me avergüenza tener que defender frente a ti el derecho del ser humano a la soledad, porque todos los seres valiosos han sido grandes solitarios, y yo soy - la menor de ellos.

Me *avergüenza* tener que defender a Miguel Ángel (la soledad) - por eso lloro.

Me dirás: los sentimientos cívicos de Miguel Ángel. Yo también tuve sentimientos cívicos - es decir, heroicos, - el sentimiento del héroe - es decir, de la muerte trágica y prematura. - No tengo la culpa de no soportar ese idilio al que todo se encamina. Alabar los koljoses y las fábricas - es lo mismo que alabar el amor dichoso. Yo *no puedo*.

En respuesta a una carta de Pasternak donde él le explica por qué no pudo ver a sus padres en el transcurso de ese viaje al extranjero, M. Ts. le escribe, después de haberle recordado unas palabras de Rilke con las que éste le habla reprochado su dureza y que a ella le habían hecho daño (finales de octubre de 1935):

Ahora, al hacer el balance, veo: mi aparente dureza no era sino - la forma, el contorno de lo esencial, la indispensable frontera de la legítima defensa - frente a la suavidad de *ustedes*, Rilke, Marcel Proust y Borís Pasternak. Ya que ustedes *en el último minuto* - soltaron mi mano y me dejaron, a mí, desde tanto tiempo atrás arrancada de la familia de los humanos, a solas con mi humanidad. Entre ustedes, no-humanos, yo era *un simple ser humano*. Y sé que su raza es - superior, y me toca *a mí*, Boris, con la mano en el corazón, decir: - «Oh, no son ustedes:

soy *yo* - el proletario». - Rilke murió sin haber llamado ni a su esposa ni a su hija ni a su madre. Y *todas* - lo amaban. Estaba velando por *su* alma. Yo, en el momento de morir, no tendré tiempo de pensar en ella (en mí), estaré demasiado ocupada: ¿habrán comido los que me acompañarán?, ¿no se habrán arruinado mis seres cercanos con mi enfermedad? y, tal vez, en el *mejor* de los casos, el egoísta: ¿no habrán saqueado mis borradores?

10
El oficio

A partir de los años treinta, M. Ts. comienza a dudar de que algún día su trabajo encuentre su lector: su obra no se conoce ni en Rusia ni fuera de Rusia. Y así:

Conclusión de *años* (hoy es 25 de febrero de 1931).

[El manuscrito de *Perekop*] terminado el 15 de mayo de 1929

- *duerme: Chisla* [Los números] no lo aceptó, *Volia Rossii* no lo aceptó, *Sovremennye zapiski*[1] no lo aceptó.

Mi *Valiente* francés (un trabajo de seis meses) con ilustraciones de Goncharova[2] - Vildrac, Muselli, Parain[3] lo conocen - *duerme*.

Duerme *un año* de trabajo y dormirán *muchos años* de trabajo.

Novaia gazeta [La nueva gaceta[4]] - aparecerá el 1 de marzo - no aceptó mi artículo «El nuevo libro infantil» arguyendo que también allá[5] se publican muchos malos libros para niños (NB! y aquí simplemente *no hay* buenos: ¡ni *Huckleberry Finn*, ni *Max y Moritz*[6] han sido reeditados!).

(NB! Más tarde el artículo fue publicado en *Volia Rossii* - después de mucho dudarlo.)

(Y creo que - es cierto, es absolutamente - cierto: mi pluma no ha servido sino a mis fantasmas.)

… Aquí soy - innecesaria, allá soy - impensable.

Alrededor el vacío, mi eterno, desde la infancia, círculo de vacuidad. *No tengo* amigos, me espera - la miseria (los que hoy dan, algún día se cansarán - cesarán), y esto en - la vida cotidiana, en la espiritual - es peor, simplemente - nada.

E. A. Izvólskaia, la misma que podría haberse convertido en amiga (¡no hubo tiempo!) - se va - se casa - para siempre -.

Todos tienen su vida, nadie tiene - tiempo («el sábado por la tarde es para tomarse unas copas, no para contarle cosas[7]») el tiempo libre es - para el amor, a mí no me aman, aman - a las bellas - ¡no!, ni siquiera a las bellas, a las arregladas.

Tengo vestidos, tengo colorete. Pero no tengo *ganas*. De lo que no tengo ganas, es obvio, es del amor, o de lo que suelen llamar así.

Amo las cosas por *su* belleza, no por la mía cuando me las pongo. De forma independiente. La plata - *desemplatecida*. Y quizás - en detrimento de mí misma («No le va el color marrón», de acuerdo, pero - yo voy a él: con las piernas, - le tiendo los brazos).

Durante el breve lapso de mi belleza (cabellos dorados, piel bronceada, mejillas sonrosadas) desconcertados, recuperados, amedrentados, pese a todo - huían de mí. ¿Qué puedo esperar ahora con mi color cenizo - y la ceniza real de la estufa - en la cara, en los cabellos, en todo? Nadie ama *el gris* (¡que se ve!).

Pero y yo, ¿amo - (a alguien)? No. Ni siquiera amaría a Ramón Novarro[8] (¡de marinero!), ni si me lo encontrara - en Toulon. Simplemente - sonreiría - como ante una flor. *Jamás* me permití amar las flores (por la evidencia de su belleza - y también porque *todo el mundo* las ama), amaba - los árboles, sin *la evidencia* de la seducción.

¿La familia? El talentoso, el indomable, el próximo a mí por su temperamento y sus modales, pero por su esencia, me temo (quizá - mejor así) el *nuevo - y difícil* - Mur.

La indolente, durmiente, y cuando no durmiente - sonriente, la idílica, la pasiva Alia - sin grandes líneas y sin un solo *ángulo*.

El siempre aspirante S.

Cuando Mur haya crecido (Alia ya creció) - también *esta* necesidad de mí desaparecerá. Dentro de diez años estaré absolutamente sola, en el umbral de la vejez. Con una vida aperrada - de principio a fin.

El 25 de febrero de 1931

Y unos meses más tarde:

MI DESTINO
- como poeta -

en la Rusia prerevolucionaria, una voluntariosa y, en parte, involuntaria exclusión del medio literario - debido a un matrimonio precoz con un no-literato (NB! caso raro), una maternidad precoz y apasionada y, sobre todo - debido a una aversión innata por todo espíritu de círculo. Mis encuentros con poetas (Ellis, Max Voloshin, O. Mandelstam, Tijon Churilin) no eran los de un poeta, sino los de un ser humano, y más aún - los de una mujer: una mujer que ama *demencialmente* la poesía. El lector no me conocía, porque después de mis dos primeros libros de infancia - de autopublicación, *sin* sello de edición, - debido a

ese mismo aislamiento literario y a una particularidad mía: odiaba la poesía en revistas - no publicaba en ningún lado. Mis primeros versos en una revista - en *Severnnye zapiski* [Anales del norte], aparecieron porque mucho me los pidieron y mucho les gustaron a los editores, - *cuestión de amistad*. De inmediato - fama entre los poetas. No llegaron al gran público, porque la revista era nueva - y murió pronto. *Todo* murió pronto.

La Revolución. En 1918 leo mis versos en el Café de los Poetas. En una ocasión participo en una velada de poetisas. Éxito - contundente, sobre todo - Stenka Razin[9]: «¡Repiquetean y piquetean, las pulseras repiquetean: - A pique portaste - la dicha de Stenka!».

Antes de salir de Rusia publico con Arjípov (¡había un Arjípov!) un opúsculo, *Verstas* (una selección pequeña) y Gosizdat me pide el *Zar-doncella* y las otras *Verstas*, las grandes.

* * *

En el extranjero.

En 1922, en Berlín, antes de que yo llegara, aparecen dos libros pequeñitos (de hecho, extractos de *El oficio) - Poemas para Blok* y *Separación*.

Al llegar, publico - *El oficio* (mis poemas de 1921 y hasta abril de 1922, es decir, hasta mi salida de Rusia), el *Zar-doncella* - con unas erratas *monstruosas* y *Psiqué* (una selección, marcada por el romanticismo) que Grzhebin había comprado todavía en Rusia. Después, en Praga, en 1925 - *El valiente*. Después, en París - creo que en 1927 - *Después de Rusia* (por el que no recibí ni un centavo).

En la emigración no existe el lector. En el mejor de los casos habrá - *cien* amantes. (NB! Muchos más, pero: 1) no los conozco y no los veo; 2) ellos - ¡aunque sean miles! - no pueden hacer nada por mí, porque el lector en la emigración carece de voz.) Para ser del todo justa diré que a mis veladas *ordinarias* - a las veladas-*lecturas*: ¡sin engatusamiento ninguno! - salgo y leo - durante años asistieron las mismas - aproximadamente 80-100 personas. Yo ya conocía el rostro de mi auditorio. (Algunos de estos *rostros*, de tiempo en tiempo desaparecían: morían. 1938. Vanves.)

Mi fracaso literario exterior se debe a la exclusión de todo círculo literario, a la ausencia de una persona a mi lado que se ocupara de mis asuntos.

El interior - ¡no, también exterior! - porque interiormente sólo he tenido éxitos - al desfase de mi aparición - ¡por lo menos veinte años de antelación!

Mi tiempo a mí, como una fuerza activa - me arrojó y no podía sino arrojarme - de todo país (salvo de uno enorme y de unos cuantos, muchos (todavía - ¡muchos!) pequeños). No le convine ideológicamente, como él tampoco a mí. «No hay encuentro posible entre nosotros, estamos en campos distintos[10].» Yo - en el campo de los solitarios, él - es un desierto con puestos de observación cada vez menos frecuentes (pronto no habrá sino espinos - y huesos). Y además, me ostracisó y, naturalmente, me atronó, con frecuencia tuve que hablar (gritar) en *su* lengua - con *su* voz, «una voz ajena» a la que prefiero - la mía, a la que prefiero - el silencio.

Mi fracaso en la emigración - se debe a que soy una *no*-emigrante, a que en espíritu, es decir, por mi aire y por mi envergadura estoy - allá, voy allá, vengo de allá. Y, por sus dimensiones homéricas, ella - jamás reconoció mi contenido. Aquí sólo prospera lo ya extinguido y - ¡no se puede esperar otra cosa!

Y además - a la ausencia absoluta de amantes de mis versos, a su ausencia en mi vida cotidiana: no tengo a quien leérselos, no tengo a quién preguntar, no tengo con quién celebrar. *Todos* (unos cuantos) están ocupados - en otras cosas. Atroz soledad creadora. *Todo - auf eigene Faust*[11]. Del *tema* de la obra a la *sílaba* dada (hablo precisamente de sílabas). Odio los círculos, pero me gustaría tanto tener - amigos…

A lo sofocante de mi vida cotidiana. A que me asfixia.

No sé cuánto me queda de vida, no sé si algún día estaré de nuevo en Rusia, pero sé que hasta mis últimos versos, mi escritura será *fuerte*, que no daré - versos débiles.

También sé que en comparación con - aunque sólo sea con la jugosa poesía checa (1922-1925), me sequé, me agoté - estoy en la miseria. Pero mi sequedad, mi agotamiento es - anímico, no poético. Es profundamente-creador, y no - de borrador.

También sé que apenas tomo la pluma…

También sé que cada vez la tomo con menor frecuencia…

(NB! estoy hablando de poesía lírica, es decir, de algunos versos líricos que llegan - y, sin cristalizarse - se van… 1938.)

Señor, permite que sea, hasta mi último aliento, un HÉROE DEL TRABAJO:

- Y bien, ¡sea con Dios!

Meudon, a 3 de junio de 1931

En 1935, M. Ts. relee sus cuadernos y se da cuenta de que muchos de sus poemas están inconclusos. En una carta a su amiga Vera Búnina, hace de sí misma el siguiente retrato (el 28 de agosto de 1935):

Y he aquí que este verano - me puse a terminarlos. Muy sencillo: tomé mi cuaderno y - desde la primera página. Algo logré hacer: terminar. Es decir, una serie de poemas que ahora - *existen*. Pero en estos años - me doy cuenta - también han aumentado mis exigencias: de sonido y de sentido: ¡Vera! *todo el día* (al escritorio, *sin* escritorio, en el mar, cuando lavo los platos - o me lavo el cabello - etcétera) busco un *epíteto*, es decir, UNA palabra: *todo el día* - y a veces *no* lo encuentro - y - temo, pero esto, Vera, entre nosotras - que terminaré como Schumann, que de pronto empezó a oír (día y noche) *en la cabeza*, bajo el cráneo - trompetas en *do* bemol - e incluso - para liberarse - escribió una sinfonía en *do* bemol - pero después comenzaron a aparecérsele ángeles (auditivos) - y se olvidó de que tenía una esposa - Clara, y seis hijos, *se olvidó - de todo*, y se puso a tocar el piano - obras manifiestamente infantiles, si no - demenciales. Y se lanzó al Rin (por desgracia - lo sacaron). Y murió como un gran objeto inservible.

Existe, Vera, la extenuación *del cerebro*. Y yo soy - un candidato. (Si usted *viera* mis borradores, no pensaría que es aprensión. Sólo soy terriblemente consciente y conozco mi talón de Aquiles.)

Por eso - tengo que darme prisa. Mientras todavía soy *yo* - quien domina su cerebro, y no él - a mí, no *eso* - a él. Según iba leyendo el final de Schumann, iba reconociéndolo - *todo*.

Sólo que en él todo fue más estridente y más escalofriante - porque - *la música* es - sonido indiscutible.

Algunos meses más tarde, anota en su cuaderno (el 16 de febrero de 1936):

Si me dieran a escoger entre no ver Rusia *nunca más* - o no ver mis cuadernos de trabajo *nunca más* (aunque no fuera sino éste, con las variaciones de *La familia imperial*) - sin pensarlo, de inmediato. Y *está claro* - qué.

Rusia puede arreglárselas sin mí, mis cuadernos - no.

Yo puedo arreglármelas sin Rusia, sin mis cuadernos - no.

Porque en realidad no se trata de: vivir y escribir, sino de vivir-escribir y: escribir - vivir. Es decir, *todo* se cumple y hasta se vive (se comprende) sólo en el cuaderno. Y en la vida - ¿qué? En la vida - los quehaceres: la casa, la ropa, los fogones, las preocupaciones. En la vida - función y ausencia. Que otros

ingenuamente toman por presencia exhaustiva, de la que *la mía* está tan lejos como mi palabra hablada (dicen - brillante) - de la escrita. Si yo estuviera presente en la vida… - No hay vida que hubiera podido soportar mi presencia.

Al mismo tiempo que hace el balance de su actividad, M. Ts. reflexiona sobre la naturaleza misma de la obra poética, tanto en sus cartas como en sus cuadernos. Cuando le escribe a Evguenia Chernosvítova, la secretaria de origen ruso de Rilke, tras la muerte de éste, observa (el 15 de enero de 1927):

¿Quiere saber una verdad sobre la poesía? Cada verso es - colaboración con las «fuerzas superiores», y el poeta ¡cuando *mucho* es secretario! - ¿Ha pensado, a propósito, en la belleza de esta palabra: secretario (*secret*)?

Y a Nikolái Gronski, joven poeta ruso al que conoció en París (el 21 de septiembre de 1928):

Usted todavía se alimenta del mundo exterior (tributo al sexo: los hombres son, en general, más exteriores que las mujeres), mientras que el alimento del poeta es: 1) el mundo interior, 2) el mundo exterior filtrado a través del interior. Usted todavía no saca compensación de lo visible, lo da tal y como es.

En sus cuadernos:

A PROPÓSITO DEL POETA

El poeta no puede estar al servicio del poder - porque él mismo es el poder.
El poeta no puede estar al servicio de la fuerza - porque él mismo es - la fuerza.
El poeta no puede estar al servicio del pueblo - porque él mismo es - el pueblo.
- y por cierto un poder - de orden superior, una fuerza - de orden superior
etcétera
El poeta no puede estar al servicio, porque *ya* está al servicio, y lo está - íntegramente.

* * *

… ¡ya que el poeta no puede *ni siquiera* estar al servicio de sí mismo!

* * *

Del único de quien el poeta puede estar al servicio en esta tierra es - de otro poeta, de un gran poeta.

* * *

Goethe no tenía a *quién* servir. ¡Pero estaba al servicio de - Carlos Augusto!

* * *

¿Por qué los soberanos no están al servicio de los poetas? ¿Luis XIV - al de Racine? ¿Acaso Luis - es superior? ¿Acaso Luis pensaba - que era superior?

Droit divin[12] pero el poeta - es más grande, más flagrante que el *droit divin* - sobre el ser humano: es *droit divin* - sobre el propio poeta: es el *droit divin* que sacó a Andersen del *ataúd* que le servía de cuna, a Heine - de lo más profundo de los comerciantes judíos, que a todos nosotros [faltan dos palabras] - nos ha sacado y nos ha colocado.(El 10 de julio de 1931.)

El poeta no puede cantar loas al Estado - sea cual sea - ya que él es - un fenómeno espontáneo, y el Estado - cualquiera - es la represión de los fenómenos espontáneos.

Tal es ahora la naturaleza de nuestra especie: reaccionamos más frente a una casa en combustión, que frente a una en construcción.

B[13] - (el bandolerismo).

Bandolerismo y heroísmo - es el mismo elemento, y en Rusia - es alabado.

* * *

Yo le permito «organizar mis pasiones» sólo a mi conciencia, es decir - a Dios. ¿En qué es *superior* a mí, *más ético* que yo el Estado como para que *él* organice mis pasiones?

Il faut obéir a Dieu - plutôt qu'aux hommes[14]. (*Saint Paul*.)

[…] No busco la *novedad*, busco la *autenticidad*. (El 16 de febrero de 1932.)

Déjenme, trastornos, guerras, etcétera. Yo tengo *mis propios* acontecimientos: mi don y mi afrenta - oh, por él, no por mí.

La crónica de mi destino.

Mi auto-acontecimiento.

Las guerras y los trastornos acabarán siendo incomprensibilidad escolar, como las guerras que estudiábamos - nosotros, pero lo mío - cantará eternamente. (Verano de 1932.)

En 1932 M. Ts. vuelve a una reflexión constante sobre el arte y la poesía, que ya había abordado en 1926 en su texto *El poeta a propósito de la crítica*. Escribe un ensayo bastante largo, del que publica dos fragmentos: *El poeta y el tiempo* y *El arte a la luz de la conciencia*. Los años siguientes continúa su reflexión con textos sobre las vertientes épica y lírica de la poesía rusa contemporánea, en 1933; y sobre los poetas con o sin evolución interna, en 1934. En ese momento le escribe a un corresponsal no identificado que probablemente vive en Bélgica.

[No se conoce el principio de la carta.] El poeta: una afinación espiritual determinada y un talento literario determinado.

El poeta: una afinación espiritual determinada que sólo se realiza en la palabra (cantada).

Un poeta sin versos (es decir, únicamente la afinación espiritual) - no es un poeta. Los versos sin poeta (es decir, el puro talento literario) - son simplemente líneas rimadas.

¿Se puede ser poeta «en el alma»? ¿Y músico? ¿Y pintor? ¿E ingeniero? ¿Qué diría usted de un ingeniero que «construye un puente en el alma»? ¿De un aviador que - en el alma - vuela? Si eres ingeniero - has de construir, o no eres un ingeniero, sino un sueño de ingeniero.

El poeta, salvo la palabra, no tiene otros caminos para *concebir* la vida, en esto se diferencia del no-poeta, que lo tiene - todo (salvo)… [una palabra ilegible]. *Al nombrarlo - lo concibe*. Y he aquí la anotación más viva (iluminación repentina, en la que creo) - viva, por repentina, porque no pensaba yo en el objeto - en los márgenes de este cuaderno:

SÓLO CONCIBO EL OBJETO DE MANERA DEFINITIVA A TRAVÉS DE LA PALABRA (PROPIA).

La palabra es para el poeta una unidad de valor completamente autónoma. No es el sonido (si fuera, nos bastaría con i - a - o, y algún otro), sino un sonido

determinado que corresponde a un determinado sentido. Cuando el poeta busca la palabra, busca el sentido.

El poeta fracasa inevitablemente en todas las otras vías de realización. Habituado, acostumbrado (por él mismo) al absoluto, exige de la vida lo que ésta no le puede dar, ya que ella es *eso - de lo que*, y no *eso - que*. Por lo demás hay poetas-bigamos: Goethe, por ejemplo, Tiútchev, que supieron conciliar. Pero no eran sólo poetas, quizás eran más que poetas, Goethe - infinitamente más.

El poeta no es lo más grande que hay, es decir - el peldaño más alto en la escalera del oficio, y el más bajo desde el punto donde se supone que están los oficios. Ya que la plegaria (la santidad) no es un oficio, y los versos son - con todo - un oficio. *Artisan du chant*[15] - eso es, a fin de cuentas, el poeta. Un artesano de la palabra canora.

Y más. La esfera del poeta es - el alma. *Toda* el alma. Por encima del alma está - el espíritu, que no necesita de poetas, si de algo necesita es - de profetas. La profecía en el poeta como co-presencia, no como esencia - como la poesía en el profeta. «Qué grandes poetas son los profetas», al decir esto - rebaja usted al profeta. «Qué grandes profetas son los poetas», al decir esto - enaltece al poeta.

La palabra «poesía» está, generalmente, enaltecida y embrumecida. ¿Por qué llama usted a lo mejor que hay en el ser humano y en el mundo «poesía» (otros - «música»)? Dios en el hombre - sí. Y esto es, no cabe duda, incomparablemente más grande y más preciso. Es Dios quien está en el embrión de usted, y no la poesía. Será poesía cuando usted, en sus versos, lo ponga al descubierto.

Amo la prosa casi tanto como los versos, y de ninguna manera le doy la acepción injuriosa generalmente aceptada.

«La prosa de lo cotidiano» - no sé. La prosa - es la vida pasada por el tamiz de la palabra. Es decir, como toda cima, está por encima de la vida. Como el puente de usted - por encima del río. (Los puentes se desploman y los libros pasan, pero desde este ángulo - son - la eternidad; la victoria sobre el caos - de las almas y de los ríos.)

La poesía se distingue de la prosa por el elemento rítmico, algunas veces presente también en la prosa, pero - distinto. (Los ritmos poéticos y prosaicos no se avienen, son hostiles. No se fusionan.) La prosa la relaciono más con lo consciente, los versos con lo inconsciente (¡ahora consciente!), no en vano todos los *primeros versos* son - palabras mágicas.

Y más: la prosa del poeta es una prosa excelente, los versos del prosista - son unos versos execrables, ya que si hubiera podido escribirlos, sólo eso habría escrito. (La excepción - otra vez Goethe, que siempre es - una excepción.) La prosa de Pushkin es prosa de poeta. Los versos de Gógol - son versos de prosista.

El poeta que aborda la prosa tiene la escuela del absoluto métrico, que no tiene el prosista que aborda la poesía. «En este verso me tiene que caber todo.» El prosista no lleva la cuenta de las líneas, en todo caso - no de las sílabas.

El trabajo del prosista transcurre, principalmente, en el pensamiento y no en la palabra, en la idea y no en la palabra - el pensamiento se muda a la palabra; para el poeta el pensamiento y la palabra nacen al mismo tiempo, todo el trabajo transcurre en la palabra, no se puede concebir en prosa y escribir en verso, poner en verso, algo que, por lo demás, hacen los versificadores de medio pelo. Una cosa es escribir en verso, otra - escribir versos. Toda la Italia del siglo XVIII se intercambiaba sonetos, y sin embargo los poetas son contados. Es necesario que lo que se quiera decir, no se pueda decir más que en verso. Sólo entonces se producirán - versos.

Y más: no hay versos sin encantamiento. (No encantadores, sino *encantados*.)

La prosa puede ser - perfecta, todo Tolstói, por ejemplo. Entiéndame bien: tomo el encantamiento no como un adorno, sino como un principio, como una de las fuerzas prístinas, una fuerza de la naturaleza. Si no hay encantamiento - no hay versos, hay líneas rimadas. «Y a través del cristal mágico[16]…» (Pushkin.) Pushkin, sabiendo todo esto perfectamente, no en vano le dijo a alguien: «Si pudiera (razones materiales), jamás escribiría nada que no fueran versos». ¡Y qué prosista! El encantamiento como fuente del talento prosaico - Gógol (¡el polo opuesto de Tolstói!) [Falta el resto de la carta.]

A principios de los años treinta, M. Ts. conoce a Yuri Ivask (1907-1986), poeta y crítico ruso que vive en Revel, en Estonia, y que admira su poesía. En 1933, le envía un largo ensayo que le ha dedicado para que ella lo lea y le dé su opinión. M. Ts. le responde con detalle.

A Yuri Ivask

Clamart (Seine)
10, rue Lazare-Carnot
A 4 de abril de 1933

Muy respetado señor Ivask:

Escribirle una carta exhaustiva en respuesta a la suya - sería renunciar a todo: me conozco, - me pondría, como siempre que escribo - sea lo que sea - a conseguir la formulación precisa, y el tiempo pasaría, y yo no lo tengo - para

nada - y a final de cuentas - muy al final de unas muy largas cuentas - acabaría siendo un artículo lírico, o mejor dicho una más de mis prosas líricas de las que aquí nadie tiene necesidad, y que además, por vergüenza de un retraso tan grande - ya ni siquiera le llegaría físicamente a usted.

Abro su artículo y anoto en los márgenes todos los ecos y las réplicas que éste me sugiere.

Usted habla, yo - interrumpo.

¿De acuerdo?

* * *

Página I. - Brillante definición del estilo (y léxico) del escritor Shishkov[17]. Siento esas líneas como un epígrafe a mi propio lenguaje.

Página II (abajo). - Jamás estuve bajo la influencia de Viacheslav Ivánov - ni bajo la de nadie. Comencé por la escritura y no por la lectura de poetas.

Página III. - Quizá le interese saber que ambos Gueorgui - el de Kuzmín y el mío - aparecieron simultáneamente sin que el uno supiera nada del otro[18]. Entre Kuzmín y yo hay cierta semejanza, sólo que él nació cansado y yo tengo para ciento cincuenta millones de vidas. Nunca leí la *Fedra* de Kuzmín[19]. Las fuentes para mi Fedra - en general para toda mi temática mitológica - están en el relato alemán de los mitos que Gustav Schwab[20] hace para los jóvenes. Más bien (las fuentes son yo misma, están en mí) - los materiales. Igual que los materiales para el *Zar-doncella* y *El valiente* - se corresponden con los cuentos de Afanásiev.

Página III (al reverso). - Ehrenburg no sólo no me es «más cercano», sino que nunca, ni por un segundo lo he sentido poeta. Ehrenburg - cede a todas las influencias, es un molusco. Y además: UN CÍNICO NO PUEDE SER POETA.

Página III (al reverso). - MUY IMPORTANTE. *Psiqué* no tiene ninguna importancia cuando se trata de explicar mi recorrido poético, porque el único de mis libros que no es una etapa, sino una selección de poemas, fue compuesto siguiendo las señas de un romanticismo *manifiesto*, incluso el tema es - romántico. Poco faltó para que siguiera el cauce del impermeable *real*[21]. En ese mismo 1916 mis poemas (y sus dimensiones) eran absolutamente exaltados. *Hoy* me ponen los pelos de punta.

Página IV. - No entendí nada sobre los «Metros complejos», como nunca he entendido nada de teoría, simplemente - no sé si tiene usted razón o no. Escribo exclusivamente de oído.

- Pero veo que ha hecho usted un trabajo serio.

Páginas IX-X. - Si para usted Octubre es símbolo de rebelión, más aún - de los elementos - hizo muy bien en colocarme dentro (¡como en el interior - de un incendio!). Gracias por no haberme incluido entre los «hijos de burgueses» - los futuristas. «Utilizar» y «disfrutar» de lo que sea - incluida la vida - siempre ha sido mi polo opuesto.

Página XI (al reverso). - *Muy* bien en lo que respecta a Pasternak (SUSPIRO DE ALIVIO). Y MUY MAL (¡no se enoje!) en lo que respecta a mí: *COLLIER, CHITON*[22] - ¡parece un baile de máscaras! Por cierto, no encontrará usted ni un *collier*, ni un *chiton* en toda mi poesía (ni en mi prosa). Simplemente utilizó palabras INCORRECTAS (no sé hasta dónde es usted capaz de sentirlas). *Collier* - y encima en su transliteración rusa - es símbolo de *lujo*, cosa que yo - si no es en la naturaleza, es decir en un contexto de árboles, arroyos y demás - la otra abundancia - DESDE QUE NACÍ - desprecio. Y el *chiton* mejor se lo dejamos a Viacheslav[23]: magnífico pseudoclásico.

Página XIII (abajo). - OBJECIÓN DE PESO. El Discípulo NO TIENE POCO con el Maestro. SÓLO TIENE POCO CUANDO ES RECÍPROCO Y EN ESTA TIERRA. El Discípulo no está en la tierra. El Discípulo no está en la tierra, sino en la montaña. Y la montaña no está en la tierra, sino en el cielo. (NB! No sólo ésta - cualquier montaña. En la cima de la tierra, es decir, en los bajos del cielo. La montaña - está en el cielo.) El Discípulo - es la restitución sin restitución, es decir, la restitución plena[24].

Teseo no tiene poco con Ariadna, tiene - poco amor terrestre, sobre el que él sabe más, al que él supera en tamaño - ya que es capaz de pasar por encima. Teseo no pasa por encima de la dormida Ariadna, sino del amor terrestre - que está acostado, y por encima de su propio *yo acostado*. La observación que hace usted sobre LA INSIGNIFICANCIA - es correcta, pero - los ejemplos no, están mal sustentados. Más aún - no es la mujer quien «se deja seducir» por el de la frente de laurel, es él quien - la disputa y la defiende de lo terrestre. Son cosas distintas. Y, si quiere, sólo al de la frente de laurel lo *conoce*, sólo de él está segura, todos los seres terrenales son - espectros[25].

Página XIII (al reverso). - El «tercero» no lo entendió usted bien. Hablo del IMPEDIMIENTO DE LA VIDA MISMA. Hablo de lo que está *entre*, y no de lo que está *encima. Encima* está la solución deseable. Baco, el de la frente de laurel y las Multitudes - hay solución y salida. En «La náyade» hablo del IMPEDIMENTO que es *la vida* y que desaparecerá junto con ella. Hablo del tercero con *minúscula*, de la materia, de la existencia cotidiana - aunque esa existencia cotidiana - sea un *cabo*: entre el ojo y el horizonte[26].

No diga «en principio conformes». Encuentre algo mejor.

Muy bien: como si creciera más que él mismo. Sólo que no «como si», simplemente - crece más.

Página XIV. - Autoenamoramiento - es una mala palabra, porque es de la misma índole que autosatisfacción. Más vale: enamoramiento de sí mismo.

Su definición de HOSTILIDAD *a mí* me resulta absolutamente ajena. La hostilidad es, ante todo, un exceso de fuerzas. JAMÁS UNA CARENCIA. SIEMPRE - UN DERROCHE. (Hace poco pensé y escribí mucho al respecto.)

Página XIV. - ¿Qué «antecede» a la Soledad? ¿No es la soledad - el resultado, la última cuna de todos los ríos?

Página XIV (al reverso). - Muy bien: la pasión misma padece. El paraíso báquico - está bien. ¿Conoce usted mi *Valiente*?

> Unidos
> Ceñidos
> Al cielo
> Inmenso[27].

El cielo espartano también está bien. En general, sus soluciones son - buenas. Y es buena la jerarquía: el paraíso de Baco - la roca de Esparta - Rilke. Sólo haría falta trabajar más esos capítulos.

Página XVI. - Bien la confrontación del *último caballero* - de Blok con el *combatiente en solitario* (usted no lo dice, pero se entiende) - conmigo.

Pero el final de la página, querido, es horrible. (¡No se enoje!)

«Tsvietáieva está enamorada de la suntuosidad de las formas del mundo antiguo, de los mármoles y de las doraduras» - ¿¿DE DÓNDE SACÓ ESO?? El mármol, si quiere, me gusta (LA PALABRA me gusta sin lugar a dudas) - pero no más que los adoquines de la vieja Sujarevka, en general me gusta *la piedra*, dura, pero no como símbolo de la época de la nobleza. Ni siquiera de Roma. *¡El mármol es más antiguo que los nobles!* El mármol es más antiguo que los tiempos. El mármol es o el tiempo mismo o (en algún lugar en los Urales) - esa alegría segura de la firmeza en la que pisas. O - *la eternidad*, o - *la naturaleza*. Y menos que nada - Nicolás I. No haga de mí un Mandelstam: yo soy *MÁS SENCILLA* y *MAYOR* y, por lo tanto - *MENOR*.

Y en lo tocante a «las doraduras»… El oro no lo tolero *físicamente*, para mí aun el otoño, no obstante las apariencias, es:

> *La plata* del abedul,
> ¡Vivos los riachuelos!

Peor que el oro para mí - sólo el platino.

El oro es - *la grasa* de la burguesía, el platino - su tono mortal. Del oro he escrito *mucho* y *con animadversión*. ¡Sólo si trata del - oro del Rin! (*A mí* - en general, búsqueme - *allá*.)

Ambrosía, polvos, rococó - amigo mío, ¡qué *ERSATZ*[28]! ¡Qué terciarios! Odio hasta el sonido de esas palabras (salvo la ambrosía, que en algún contexto aún podría pasar, aunque - no: *el alimento de los dioses: non-sens*[29], ¡bastante hay con el *alimento de los seres humanos*!).

No creo en la forma (y he escrito *mucho* al respecto), nunca me la he encontrado, salvo bajo el aspecto de un *cascarón roto* o de un difunto de tres días. Si mis versos sobre el otro mundo tienen fuerza, es sólo porque nunca lo sentí como una «forma», siempre - como algo vivo, como la vida - así fuera en el siglo XVII o en el año 17 (¡antes = 1917!).

* * *

Los «vinos excelsos» se remontan a 1913[30]. La fórmula - por adelantado - de todo mi destino literario (y humano). Lo sabía *todo* - de nacimiento.

NB! Yo *nunca estuve* en el cauce de la cultura. Búsqueme *más lejos* y *antes*.

Página XVI (al reverso). - No, querido, a mí no es que «no-me-recuerden», simplemente es que no me conocen. *Físicamente* no me conocen. En pocas palabras: de 1912 a 1920 yo, que escribía sin cesar, no publiqué, por indiferencia literaria, o mejor, porque en mí no había un *literato* (esa función social del poeta)

- ni un solo libro. Sólo eventualmente algunos poemas en los *Severnnye zapiski* de San Petersburgo. Yo vivía, mis libros dormían. Por lo menos tres *grandes, muy* grandes libros de poemas - se perdieron, es decir, nunca se publicaron. En 1922, parto al extranjero, y mi lector se queda en Rusia - adonde mis versos (1922-1933) NO llegan. En la emigración, al principio (¡en caliente!) me publican, después, caen en la cuenta y me retiran de la circulación, tras haber olfateado algo ajeno: ¡de allá! El contenido parece «nuestro», pero la voz es - *de ellos*. Después *Verstas* (en colaboración con los eurasiáticos) y mi exclusión definitiva de todos lados, salvo de la revista de los socialistas-revolucionarios *Volia Rossii*. A ella le debo *mucho*, ya que publicó - ¡durante meses enteros! - las obras más incomprensibles para ellos: íntegro *El cazador de ratas* (¡seis meses!), el *Poema del aire*, el *Torito rojo* inspirado en el movimiento de los *Voluntarios*, (¡mientras los socialistas-revolucionarios odiaban a los Blancos!), etcétera. Pero *Volia Rossii* - hoy - está acabada. Queda *Chisla*, donde *no* me soportan, *Novyi Grad* [Ciudad nueva] - donde me quieren pero sólo publican artículos y - ¡malditos sean! - *Sovremennye zapiski*, donde las cosas están así: «Para nosotros la poesía no es lo

primordial. Nos gustaría meter en seis páginas a doce poetas» (me lo dijo - a mí - el redactor literario, Rúdnev, *frente a testigos*). Y recados de este tipo: - «Marina Ivánovna, envíenos, por favor, algunos versos, pero *apropiados* para nuestro lector, usted ya sabe…». La mayor parte de las veces *no* sé (¡no quiero saber!) y no envío nada, ya que por 16 versos - 16 francos, y más ni aceptan ni dan. Simplemente - no vale la pena: ¡los timbres para mantener esta correspondencia resultan más caros! (La miseria en la que vivo, no se la puede usted ni imaginar, además de la escritura no tengo otros medios de subsistencia. Mi marido está *enfermo* y no puede trabajar. Mi hija, tejiendo gorritos, gana 5 *francos al día*, de eso vivimos los cuatro (tengo un hijo de 8 años, Gueorgui), es decir, lentamente morimos de hambre. En Rusia sólo de 1918 a 1920 viví así, después *los propios* bolcheviques me asignaron una ración. Los primeros años en París me ayudaron algunas personas, después se hartaron - además hay crisis, es decir un pretexto ideal para suspender la ayuda. Pero - ¡que con su pan se lo coman! Tampoco a ellos los quería.)

Y así, aquí estoy - sin lector, en Rusia - sin libros.

Página XVII. - «Para la emigración Tsvietáieva es demasiado débil[31]…» - ??? -

Pienso que la emigración, pese a toda su fatuidad, no esperaba tal cumplido. ¡Ni siquiera Borís Záitsev es débil para la emigración! ¿Quién es débil para ella? ¡No hay tal! Todos son buenos, todos están al mismo nivel: de Bunin al príncipe Kasatkin-Rostovski, que desde hace más de diez años rima vagones con galones («Antes usábamos galones, - Hoy cargamos vagones» - y demás). ¿Tal vez quiere usted decir que mi odio por los bolcheviques es débil para ella? A eso le respondo: es *otro* odio, de otra naturaleza. Los emigrados los odian porque les quitaron sus haciendas, *yo* los odio porque *pueden* no permitir a Borís Pasternak (se dio el caso) ir a su amado Marburgo, - y a mí - a mi nativa Moscú. Y las ejecuciones - querido - todos los verdugos - son hermanos: lo mismo da la reciente ejecución de un ruso[32] con proceso *justo* y lágrimas del abogado, que el disparo a la espalda de la Cheká - le juro que es lo mismo, llámese como se llame: es una ignominia, a la que no me someteré *en ningún lado*, como no me someteré a ninguna violencia organizada, no importa en nombre de qué y con qué bandera se proclame.

-¿¿¿Yo estoy con *Utuerzhdenia* [Afirmaciones[33]]??? Ya me invitaron y ya oyeron mi respuesta: «Ahí donde se dice: hebreo y se sobreentiende: marrano - ahí yo, cofrade de Heinrich Heine, *no estoy en mi sitio*. Diré más: en ese lugar - no pondría un pie, en él - no hay cabida para mí: ese lugar me intuye como un depósito de pólvora - ¡al fósforo!».

En lo tocante a los Mladorosos[34] - aquí tiene una escena viva. La ponencia del antiguo redactor y colaborador de *Volia Rossii* (el judío) Marc Slónim: «Hitler y Stalin»[35]. *Después* de su ponencia, cuando comienza el debate - la aparición en la puerta de los Mladorosos, todos, al completo. Están de pie «con los brazos cruzados sobre el pecho». Hacia el final del debate comienzo a dirigirme a la salida (vivo fuera de la ciudad y dependo del tren) - de modo que estoy al fondo. Un susurro respetuoso: «Tsvietáieva». Me tienden una hojita que no desdoblo. Desde el escenario Slónim:

«En lo tocante a Hitler y el judaísmo…» Uno de los Mladorosos (si no un «pilar» - un *poste*) - a voz en cuello: «¡Todo claro! ¡Ya se ve que eres un marrano!». Yo, con claridad y precisión: - «¡MAL-PARIDO!». (Murmullo: no entienden.) Yo: - «¡MAL-PARIDO!» y tras romper el papel en dos, me dirijo a la salida. Algunos gestos amenazadores. Yo: - ¿No les ha quedado claro? Los que en vez de hebreo dicen marrano e interrumpen a un orador, son unos - malparidos. (Una pausa y, con aire contemplativo:) «MAL-PA-RI-DOS». Una vez que me he alejado (¡A CADA UNO le hablo en SU idioma!).

Que siempre haya vivido ajena al cauce de la cultura se debe, quizás, a que lo llevo DENTRO.

No, querido, ni con aquéllos, ni con éstos, ni con los terceros, ni con los centésimos, y no sólo no con los «políticos», tampoco con los escritores - *no*, con nadie, sola, toda la vida, sin libros, sin lectores, sin amigos, - sin un círculo, sin un medio, sin la menor defensa corporativa, peor que un perro, pero en cambio -

En cambio - todo.

¡Adiós! En cuanto al final de su manuscrito - muy importante - terminaré de escribir la próxima vez. Ahora estoy algo cansada - y se está acabando el papel. (Escribo con tinta diluida, casi agua, - ¡es ultrajante!)

Si quiere, para que le responda más rápido, envíeme un timbre (creo que en el correo venden sellos internacionales), - mejor pedir un timbre que no responder - ¿no es cierto?

- De muchas cosas, muy importantes, quizá las más importantes, todavía no he dicho ni una sola palabra.

M. Tsvietáieva

[En los márgenes:]

Pienso que conoce usted la mitad de lo que he publicado, que es - *al completo* - la mitad de lo que he escrito, si no menos.

Sólo un alemán no se habría desesperado de escribir sobre mí - *en esencia*.

Excelentes, excepcionales los versos de Benedíktov[36]. Gracias.

«El arte a la luz de la conciencia», por exigencia de la redacción, fue reducido exactamente a la mitad. Lo leo - y ni yo misma lo entiendo (el vínculo, que en el original - *estaba*).

Como consecuencia de este intercambio se establece entre ellos una relación, no de encandilamiento a distancia, como con Bájraj, sino de amistad, que da pie a una correspondencia donde la creación literaria ocupa siempre el primer lugar. Esta amistad durará hasta el regreso de M. Ts. a la URSS.

Al mismo

Clamart (Seine)
10, rue Lazare-Carnot
A 3 de abril de 1934.

Apreciado Yuri Ivask:

Breve respuesta porque mañana es la fecha límite de entrega de mi manuscrito sobre Biely en *Sovremennye zapiski* (número de abril), y lo estoy pasando a limpio CON UNA LETRA ASÍ (¡siempre es igual!), y el manuscrito tiene cerca de cuatro pliegos de imprenta.

Estoy conmovida por la constancia de su atención, tanto interior como exterior (aunque - exterior - no hay ni atención, ni, en general, nada) - me refiero al timbre para la respuesta.

Ahora, volando, al grano:

Quizá mi voz (*la portée de ma voix*[37]) corresponde a esta época, yo - no. Odio mi siglo y bendigo a Dios (ya sé que no se puede bendecir a Dios, pero así decía yo cuando era niña, y, ahora, si me descuido, también lo digo) - por haber nacido el siglo pasado (el 26 de septiembre de 1892), justo a la medianoche del sábado al domingo, el día de San Juan Evangelista; tengo unos versos al respecto, creo que - en *Psiqué*:

Un rojo pincel
Al serbal encendía,
Las hojas caían
Y yo al mundo - llegué… (¡búsquelo[38]!)

Y otros: sobre el sábado y el domingo, que no se han publicado jamás. Por cierto, los rechazaron en *Poslednie novosti* [Últimas noticias], y me pidieron, en general, que me abstuviera de ENVIAR VERSOS. Y así, bendigo a Dios por haber alcanzado el OTRO, el final del OTRO, el final del reino del hombre, es decir, de Dios, o, por lo menos - de la divinidad: del *encima* de.

Odio mi siglo porque es el siglo de las masas *organizadas*, que ya no son un elemento libre, como el Dniépr, que sin la Lechuza ya no es el Dniépr[39]. Organizadas desde abajo, no - reglamentadas, sino justamente «organizadas», es decir, limitadas y privadas de organicidad, es decir, de lo *último* que tienen.

Escriba a propósito de mí lo que quiera, usted sabrá, yo no tengo derecho a discutir, es decir, a inmiscuirme personalmente: a ponerme como un búfalo frente a su locomotora; pero *sepa* una cosa: ni en el mundo actual ni en el futuro - hay lugar para mí. Para mí *toda* - ni un *palmo* de superficie terrestre, para esta MINUCIA - PARA MÍ - en todo el inmenso mundo - no hay ni un palmo. (En este momento estoy en el último, no usurpado todavía porque ahí *estoy*: firme: como un monumento - con mi propio peso, como el estilita en su columna.)

Existe (para mí y los que son como yo: LOS HAY) una grieta: hacia las profundidades, desde el tiempo, una grieta que conduce a una gruta estalactítica prehistórica: al reino subterráneo de Perséfone y Minos - allá, donde Orfeo se despidió: AL HADES. O al bienaventurado reino de *Frau Holle* (NB! ¡ES LO MISMO!) (*Holle-Hölle*[40]…).

Porque a ese aire *de ustedes*, automovilístico, aeronáutico, hoy aún excursionístico, y mañana - ya lo sabe usted, a ese aire de ustedes - *tampoco* quiero.

- Pero ¿quién es usted para decir «para mí», «a mí», «*yo*»?

- Nadie. Un espíritu solitario. Que se asfixia. (También Pasternak - se asfixia. Y Biely - se asfixiaba. *Nosotros* - somos. Pero somos - los últimos.)

La época no sólo está en contra de mí (conmigo, *personalmente*, como toda fuerza con la que me he encontrado en la vida, aun la más ajena - aun ésa - todavía es «buena») - no está tanto en contra de mí ella, como *yo* en contra de ella, yo verdaderamente la odio, todo el reino del futuro, lo aplasto - no sólo en el sentido militar, sino con el pie: el talón en la cabeza de la sierpe.

- Ahí tiene. -

Lo que le he dicho, tómelo en cuenta sólo *interiormente*.

[En los márgenes:]

No es que la época esté personalmente en contra de mí, lo está PASIVAMENTE, pero yo estoy - en contra de ella - ACTIVAMENTE. Yo - no la puedo ver, ella - no me ve.

* * *

Le envío una foto. También es la *última*. Por eso, un *gran* favor: devuélvamela. Si le gusta (se parece mucho a mí), hágala fotografiar, y ¿no sería una falta de delicadeza pedirle *algunas* copias? Sólo que no las impriman *demasiado oscuras*, ésta ya está en exceso oscura: yo, en general, soy clara: ojos claros y cabellos claros (ahora tengo también un mechón de canas). Con frecuencia me piden, pero no me gusta fotografiarme, y además no tengo tiempo, - tengo una vida *muy* complicada.

Adiós. Va sin releer, puede haber errores en las declinaciones.

Me dará gusto que me escriba.

Marina Tsvietáieva

P. S. Haga que fotografíen la cabeza en un medallón, evitando ese cuadrado del vestido que no se justifica y que termina, además, en una especie de neblina fotográfica. Es indispensable - un óvalo.

Algunos meses más tarde, M. Ts. le escribe:

Clamart (Seine)
10, rue Lazare-Carnot
A 4 de junio de 1934

«… Pero el alma, no la entregaré.» Primera respuesta: - No me hace falta nada más. Segunda: - No tenía que haberlo dicho, ya que conmigo: dicho y hecho. Es decir, ya nolaentregó (en *una sola* palabra). No entregar el alma *no* es: *no* hacer algo, sino - hacer, - activa, irreversiblemente.

Tercera, a mí misma (aunque todo es - a uno mismo). - ¿Qué significa?: Entregar. No entregar. ¿Acaso *tú puedes* entregar - no entregar? ¿Acaso *tú* - entregas? ¿Acaso tú eres - el amo, y ella - el perro, tú - el dueño, y ella - el objeto? Es *ella* la que te entrega, te *confía* en manos de Dios o del hombre, y no tú - a ella.

Cuarta: - Sin haber entendido *eso*, habiéndome dicho *eso*, no entendió nada en mí - *y no* vale. Vale - físicamente, efectivamente, prácticamente, es decir, vale su sangre paciente, toda su constitución, pero *él* no. Mi petición (echarse una montaña encima) tenía que haber sido una petición *suya*, una advertencia: … pero el alma no la entregaré (NB! un simple contrato) - *mi* advertencia: - ¡pues mejor no la entregues! - tiene su origen en mi más pura magnanimidad, ya que de esa no entrega del alma - a mí, nadie ha visto nada malo - sólo bueno.

[Añadido entre las líneas y con las letras de cabeza:]

(Mi «mejor no la entregues» quiere decir: será doloroso, pero ¿qué *no es* doloroso? ¿¿Y acaso el dolor es - un mal??)

Y *sin* el alma, *fuera* del alma - ¿¿me hace falta algo?? ¿Y qué voy a hacer con ella si me la entregas? ¿Ponerla en el banco, revenderla, disolverla y bebérmela como una perla? (¿O una aspirina?)

En aquellos lejanos tiempos en los que yo aún era un personaje de la vida podía soportarlo todo menos esta palabra, este sentimiento, pero nunca tuve que hacerlo - y todos los reconocimientos, - las advertencias que se me han confiado - sonaban justamente a la inversa: - No te entregaré ni, - ni, - ni, - (coloque, uno tras otro, *todo*), pero *el alma* - sí te la daré.

A la gente - ahora me doy cuenta - esto le era cómodo, o ellos suponían que les era cómodo, en cambio yo, conociendo el valor de la palabra, toda su irrevocabilidad y su terribilidad, sabía que lo había recibido - todo (lo que podía haberme sido dado, es decir, *el deseo* de entregarme el alma, del que *nunca* dudé. Así como el mar, que no duda del deseo innato del río de verterse en él y disolverse, y no le pregunta al río *por qué* no se vertió, al contrario - lo compadece… (¡La mayoría *no* llega! Se secan o, tras confundir algún otro río, un poco más grande, con el mar…) Al mar le importa el deseo del río: al agua grande - el deseo del agua pequeña (pequeña en cantidad, no en calidad[*]), no le importa si se vertió o no, eso no lo hará ni crecer ni decrecer… Y todo río que lo ha querido - ¡ya *se ha vertido*! Así se vertían en mí las almas humanas y yo las llevo *todas*, y los cuerpos (con sus cepos) se quedaban - y se quedaron - por ahí.

El río, al verterse en el mar, aumentó en todo un mar, en todo un Dios, en todo un todo.

El río se hizo mar.

Si *eso* le asusta…

(Algún día, en algún *Poslednie novosti o dans un autre mauvais lieu*[41], leerá de cómo yo, a los tres años, anhelaba perderme - y me perdí, - en el pasaje Alexandrovski, en algún lugar entre un oso blanco y un negro de yeso pintado

que coronaba una fuente seca. Por eso me resulta tan *salvajemente* incomprensible su miedo. Toda la vida no he querido sino eso: perderme[*], disolverme - *en lo que fuera*. Cuando lea el *Poema del fin*, lo entenderá un poquito mejor.)

* * *

La autobiografía y la descripción - me gustan. Preciso e implacable. Muy - clarividente. E «inunda de linfa» - es excelente. La linfa es la presencia en la sangre - del *Leteo*. (No es la linfa lo que me gusta, sino la audacia de la confesión y la exactitud de la apreciación (apelación).) Es usted - *inteligente*.

* * *

¿Sobrestimé el regalo? Con esas palabras lo deprecia usted. ¿A propósito? A propósito o por descuido, - es igual e igual es una lástima por - usted. (Undset y yo no sufriremos. Formamos - una unión[42].)

No me gusta la palabra egoísmo («soy egoísta», y menos aún su «soy un egoísta»), porque si se toma en serio, en profundidad, exige aclaraciones demasiado largas, es decir, ya no es *una palabra*, no es la palabra precisa, ya que cada cosa ha de tener *su* palabra - y *una palabra*, tomada de forma elemental - no merece ni siquiera una sonoridad propia ni que yo la oiga con los oídos. Simplemente - la evito. Pero para que me entienda usted bien, en esta ocasión condescenderé con algunas palabras explicativas: el egoísmo no es la concentración en uno mismo, sino la concentración en un uno mismo que no es *el uno mismo*: en el propio estómago, por ejemplo, o en una pupa (física), en una palabra: «*Selbst essen - macht fett*»[43]. - ¿A quién le interesa?

No existe - el egoísmo *espiritual*. Existe - el egocentrismo, y ahí ya todo radica en *la capacidad* del *ego* y, por eso, del tamaño (de la cabida) *del centro*. La mayoría de los egocéntricos - es decir *todos* los poetas líricos y *todos* los filósofos - son las personas más despegadas y menos autólatras del mundo, simplemente en *su* dolor han incluido todo el dolor ajeno, más simplemente todavía - *no* lo distinguen.

(A propósito, le estoy escribiendo con un terrible dolor en ambas piernas, hace ya dos meses que estoy enferma - el agotamiento desembocó en un desdichado forúnculo, están afectados los ganglios y las venas, y pasado mañana iré a una clínica gratuita [¡un franco!] para rusos desempleados - por una inyección, hoy es la segunda - es decir, estoy perdiendo [temporalmente se

anquilosa] mi segunda pierna. Esto después de la *Oda a la marcha a pie*[44]. Sí, amigo, esto es una auténtica prueba de su amistad conmigo: soy humana de principio a fin, es decir, compasiva, y exijo lo mismo del otro [no para mí, ¡para él!], y si no lo encuentro - me voy. Si la palabra forúnculo le arranca una mueca de asco, sepa de antemano que yo - sonrío: *la sonrisa del tribunal*.)

Me pregunta cuál es mi plato preferido. ¿Acaso importa? *Odio* las gachas, todas menos la de trigo sarraceno, y aun en la Moscú de 1920, en medio del hambre más feroz, *el mijo - no lo comía*. Por lo demás, soy sencilla y frugal, como de todo, e incluso distingo poco, lo que en los años que duró nuestra amistad, sinceramente afligía a Mirsky (comedor apasionado y buen conocedor como suelen serlo las personas muy solas) que me llevaba a los mejores - velados, sólo para conocedores - los mejores restaurantes de París y de Londres. «¡No para usted de *hablar* - exclamó desconsolado un día - y le da lo mismo lo que come: le podrían servir *paja*!» - Pero no mijo. -

Jamás desecharé ni el mendrugo más pequeño de pan; si son migajas, - a la estufa y que ardan. La corteza - en la basura - me resulta TERRIBLE, igual que un pan al revés o uno con un cuchillo - clavado. Por eso en casa creen que soy avara (las sobras), pero yo *sé* - que es otra cosa. La falta de exigencias heredada de mi padre y de mi madre: que nunca habrían condescendido, jamás se habrían rebajado hasta su *plato preferido* (¡a lo protestante, a lo espartano!), y sin sospechar siquiera de él que podría ser el NO-preferido.

¿Qué opino del consumo avorazado de la carne? Me parece *magnífico*, es decir, con gusto la «devoro» - cuando puedo, cuando no - puedo vivir sin ella. (*Toda* mi actitud hacia el mundo exterior, es decir, hacia todo lo que de bueno podría acontecerme aquí - está en el *no* - en el «puedo vivir sin ello» e incluso ahora creo que tengo el derecho de decir: - «pude vivir sin ello».)

«El discípulo» fue escrito para el príncipe Serguéi Mijaílovich Volkonski (entonces tenía sesenta y dos años, ahora tiene setenta y cinco, nieto del decembrista, escritor), que jamás leyó esos versos - yo jamás *me habría atrevido*, ni él los habría entendido: hay personas muy profundas, y sutiles, y dotadas, pero a las que la poesía les molesta (comprenderla). Ama a los poetas y le gusta citarlos, pero - de forma distinta (no los cita distinto, los ama - distinto). Temperamento *clásico*. Nos hicimos amigos en Moscú en 1921 y durante seis meses pasé a limpio para él - por puro entusiasmo y agradecimiento por su manuscrito, - tres de sus grandes libros - CON UNA LETRA ASÍ, y no escribí ni un solo verso mío - no tenía tiempo - y de pronto se abrió paso «El discípulo»: *El oficio*[45].

[Añadido en el margen, con las letras de cabeza:]

(Consiga *La existencia y el ser* del príncipe Volkonski, encontrará una larga dedicatoria a mí, a modo de introducción. Entonces comprenderá nuestra amistad - y «El discípulo» - y todo. El libro está disponible, tal vez incluso en la biblioteca.)

De mis obras largas, usted no conoce el *Poema del fin* (salió en *Kovcheg* [El arca], la antología publicada en Praga, creo que en 1924). Creo que ése fue mi último amor, es decir, el primero y el último *de esa naturaleza* (de ninguna manera el más elevado) y quizá, sí, un amor recostado, fuerte quizá por eso, porque era acostado, oh, no piense mal, es todo un mundo, muy fuerte, - pero bajo, sin dejo de desprecio, topográfica, linealmente bajo: - TERRESTRE - más quedo que el agua, más bajo que el césped[46] - ¡un mundo *plácido*! en el que *nunca* he vivido, en el que sólo me he sumergido, ya que es lo más bajo que hay, el nivel mismo de la bajeza - el mar, y quizá - más bajo que el nivel, evitando - el nivel: *el familiar abismo del sueño*.

* * *

Sus sueños son de una justeza aterradora. Siempre (cuando por primera vez estoy con - un ser querido) hablo mucho mucho y veo sin ver. Esto (el evitamiento) - es mi principal característica, mi distintivo. Aun el viejo príncipe Volkonski, en una ocasión, me dijo: - De *usted* no hablo, en primer lugar - está fuera de todo juicio, en segundo - usted simplemente habla *de perfil*. (Acababa de hablar de la necesidad de mirar al interlocutor siempre a los ojos. Yo a veces también lo miro - pero entonces no veo *nada*, veo - otra cosa, resulta - que veo - a través.)

* * *

Sí, Clamart está lejos, pero Revel - lo está todavía más.

* * *

Y bien, lo libero…

> De la torre de Babel de mis pobres escritos
> De la loma ignívora - de las cartas - propias y ajenas…

- de la montaña, amigo, de todas las montañas, hasta la última colina de Tarusa…

Lo hago amistosa, más aún - maternalmente. (A lo caucasiano, creo, podría usted ser mi hijo… ¡Mi hija cumplirá este otoño veintidós años!)

Sin ofensa, sin desencanto, - *como de costumbre*.

Adiós - por carta. *El oficio*, por supuesto, es una ruptura, no, no una *ruptura*, - una nueva desviación del río, aunque, quizás una DESDOBLACIÓN de la vena creadora. En mi vida no ha habido - rupturas. El proceso es el de la madera y el río: el crecimiento, creo.

M. Ts.

[Añadido transversal en la página.]

En mí ha coexistido todo, todo ha sido dado al mismo tiempo desde el principio: desde mis dos años y mi nacimiento y mi pre-nacimiento, desde el propósito de mi madre, que quería, que había decidido tener un hijo Alexandr (de ahí que sea yo un poeta y no una poetisa). Por eso, tiene usted razón, la cronología aquí no funciona, pero de todas formas - es un báculo de peregrino.

Además, se lo recuerdo, *Psiqué* es el único de mis libros - que es una SELECCIÓN, es decir, el único que he compuesto siguiendo el hilo de un lirismo (romanticismo) puro y hasta femenino - de *distintas* épocas y libros. No es - una etapa, sino un resultado. En él no incluí, por ejemplo, nada de mi elemento ruso de entonces, el elemento *popular* - ¡y *a qué punto* estaba!

Simplemente - en 1921, en Moscú, Grzhebin me pidió un libro pequeño. Compuse, pues, *Psiqué*, haciendo una selección de entre una *enorme* cantidad de material inédito escrito entre 1916 y 1921. Escogí un aspecto determinado de mí misma, *esa* yo. (De mí, en general, podrían salir al menos *siete* poetas, sin hablar de los prosistas, de los tipos de prosa que van del pensamiento más árido a la descripción más brillante. Por eso soy tan difícil de abarcar y de comprender - como un *todo*. Y la clave es sencilla. Sólo creer, sólo entender que se trata de - un milagro.)

Aceptarlo.

[Añadido en el margen izquierdo:]

Sobre el artículo en *Nov* [Tierra virgen[47]], escribiré sin falta, no me lo recuerde ni me apresure: conmigo todo es seguro.

[Añadido en el margen superior, con las letras de cabeza.]

Qué bien que en su sueño hayamos paseado, es decir, andado. Sólo me siento cuando escribo, sentarme con alguien es para mí un peso insoportable. Siempre salimos de casa.

He aquí algunas otras expresiones tomadas de las cartas a Ivask.

El 12 de mayo de 1934, le habla de sus gustos literarios:

Y - creo que esto último es lo más correcto: en el mundo amo no lo más hondo sino lo más alto, por eso me gusta más el júbilo goethiano que el sufrimiento ruso, y *aquel aislamiento* - más que el ajetreo ruso.

Evoca aquellos a los que considera sus únicos verdaderos iguales en poesía (el 8 de marzo de 1935):

Iguales a mí en fuerza, sólo conocí a Rilke y a Pasternak. A uno - por escrito, seis meses antes de su muerte, al otro - sin haberlo visto. Oh, no sólo en fuerza - ¡poética! En fuerza *en sí* + fuerza poética. (De creación verbal.) Ya que la fuerza *en sí* fuera de la fuerza verbal *para mí* es impensable. Para mí (en mí y en mis exigencias) es - una misma. No me imagino a mí misma *muda* - ni a Rilke - ni a Pasternak.

En respuesta a otra pregunta de Ivask (el 11 de octubre de 1935):

«¿El elemento popular?» Yo misma soy el pueblo y nunca conocí un pueblo que no fuera yo, ni siquiera tuve una nana rusa (las tuve alemanas, francesas, y parte de la infancia - hacia la adolescencia - la pasé en el extranjero) y jamás viví en una *aldea* rusa.

No siempre es suave con su corresponsal; así comenta otro texto que le dedicó Ivask (el 25 de enero de 1937):

Sobre algo tan vivo como yo y lo que es mío, ha de escribir alguien que esté *vivo*, mientras que usted (en este artículo deplorable) se dedica a sus raciocinios y todo su peso muerto me lo atribuye a mí. Todo eso no se le ocurriría (ni se le ha ocurrido) a nadie que le guste mi poesía, y en general, mis poemas no salen de la cabeza ni son para la cabeza, en ellos la voz del pueblo es - la voz de Dios, y estoy más de acuerdo con la primera persona que se me atraviese si ama mi poesía y se emociona con ella - que con usted.

[…] Usted no tiene olfato para la vida, un olfato vivo, innato. No lo tiene para lo más sencillo. No hace más que buscar - cómo está hecho. Y la solución al enigma era muy simple. Así es - *de nacimiento*.

11
Escribir en francés[1]

En su infancia M. Ts. adquirió un buen dominio del francés y del alemán, gracias a los preceptores y a las estadías de la familia en la Suiza francófona y en Alemania. El uso que hará de esos dos idiomas en su escritura es desigual. Su práctica pública del alemán está ligada a Rilke, a quien le escribe en su idioma, como más tarde también escribe en alemán a su amiga Nanny Wunderly-Volkart o a su hija Ruth. En cuanto al francés, a veces se divierte escribiendo en esa lengua a sus corresponsales rusos (por ejemplo a Mijaíl Feldstein, el 20 de septiembre de 1913). Emprendió también, en 1916, la traducción de una novela francesa, *La nouvelle espérance* [La nueva esperanza] de Anna de Noailles, que será publicada en San Petersburgo en *Severnnye zapiski* ese mismo año.

M. Ts. llega a Francia en noviembre de 1925, y a partir de ese momento recupera el dominio del francés. El primer testimonio del que disponemos al respecto es una carta dirigida a la misma Anna de Noailles con motivo de la publicación de uno de sus libros de poesía, *El honor de sufrir*. M. Ts. no ha leído el libro, pero sí una reseña hecha por el crítico Maurice Martin du Gard en la revista *Les nouvelles littéraires*, y está molesta porque le parece que el crítico se inclina por los poemas anteriores de la autora. Le escribe, pues, a esta última:

A Anna de Noailles

Meudon (S.-et-O.),
2, avenue Jeanne-d'Arc
A 19 de mayo de 1927

Muy señora mía:

No he leído *El honor de sufrir* y, sin haberlo leído, he aquí lo que pienso de él. Es su último libro y como el último - el más cercano al que está por venir, y por lo tanto - el casi-más grande de sus libros. Es la usted de la *última* campanada de medianoche: la usted de ya-mañana.

El honor de sufrir. Si hubiera usted escrito *El placer de sufrir*, el señor Martin du Gard estaría satisfecho (¿y por qué no *La satisfacción de sufrir*?, he aquí una de esas bonitas contradicciones cuya ausencia él le reprocha). Pero usted jamás habría escrito *El placer de sufrir*. La Anna de Noailles de sus primeros libros habría podido escribir - *La rabia de sufrir*. Un poco más tarde - *El orgullo de sufrir*. Pero la Anna de Noailles de después de la guerra no habría podido rimar Sufrir más que con Honor.

(Placer y Sufrir. Como si el placer se correspondiera con el sufrir. Placer no se corresponde más que consigo mismo: bastar. El placer de bastar - he aquí lo que quiere en lugar del Honor de sufrir. El placer de ser suficiente… ¡para el señor Martin du Gard!)

El Honor de Sufrir. Frío. El casco de Pallas sobre una frente herida. El doble frío de la frente y del casco. (Noailles, *encascada*, jamás enmascarada. Usted que sabe el porqué de una rima…) Si he dicho Noailles de la posguerra - no es en primer lugar en la Gran Guerra en la que pienso, sino en la más grande de las guerras: en la gran guerra de la vida, de Dios en nosotros contra el hombre en nosotros, y el dios sale vencedor. Pero la Gran Guerra también tiene algo que ver: reflejo de metal.

Su libro, Señora, jamás será amado. Es justo el momento de decirle: «No te comprenderán, Jean-Jacques», como nunca te comprendieron (amar no es comprender, ya que amar es rogar y rogar es no entender) - ya que ellos jamás han sido tú (yo) - es al gran yo, distinto y único de Jean-Jacques, de Noailles, de toda grandeza al que le hablo - (por eso este *tú*, ¡ya sabré yo volver al usted!) - puesto que uno de los mejores «jóvenes» (son de él los *Thibault*, ¿verdad? Lamentable[2]) - este Martin du Gard no ha sabido hallar en sus primeros libros más que «consejos» (usted - y ¡el consejo!) si no de vida, al menos de placer. Imbécil (permítaseme el vocablo) que la ha creído - poeta - bajo palabra, la ha leído - ¡poeta! al pie de la letra, sin retraducirla a su idioma donde cada cosa no es más que un nombre y una - pasión, en su belleza doble. «Es posible - y es una limitación mía - que juzgue *El Honor de sufrir* con la edad que tenía (¡qué viejos son esos jóvenes ojos de niño!) cuando los poemas de Madame de Noailles daban a la juventud…» Martin, tú no has dejado de ser un lactante, la Señora ya creció. (¡Usted fue amamantada en el seno mismo del Etna! Etna - madre amamantadora. Etna - tumba de Empédocles.) Martin, me haces pensar en una

breve antología para niños, donde el autor le reprocha a usted, amablemente, que no se haya inclinado («inclinado»… ¿y por qué no gateado?) hacia la infancia, que lamenta en usted al poeta que ella no ha tenido.

Señora, ¡se va usted a reír!

Mis libros, los escribo para ustedes, los jóvenes,

Y he dejado dentro[3]…

Pues bien, el Honor de Sufrir - es la manzana que se va, sólo quedan los dientes. El bebé llora su manzana que ha tomado bobamente, bebemente por la manzana de la merienda, cuando era la de la Vida y de la Muerte.

Vida y Muerte. Éstos - para usted nombres, para él - palabras - se encuentran también en su… artículo (qué tristeza esta gran revista manchada de retratos de fulanos) - y que no se acaba nunca (la revista) y que no se acaban nunca (los fulanos), qué insulto a su unicidad, a su nombre de desierto y de cima, siempre solo porque es único. Qué fosa común de la gloria.

Vida y Muerte. «Y he aquí que ya no le gusta ni vivir ni morir y que ha descubierto la nada.» Joven, puesto que nada va precedido de *la*, es algo. Ya que ella *la* ha descubierto - *es*. Y, es más - aun si no fuera, - como se trata de *ella*… (Ah, Señora, el bello… artículo, ¡no! el *todo* por decir sobre la *Nada* y Noailles. Si yo pudiera decirla a usted en su lengua.) Puesto que *es* (la Nada), es aún la vida (y la muerte). Amor por la Nada. Sentirse ya no sentir. *Sentirse ya no sentirse más*. He aquí la contradicción innata y *natal* que usted (Martin) lamenta tan tontamente de no encontrar en las estrofas del poeta. Si usted hubiera dicho: «Y he aquí que ya *no* ama *nada*…», habría tenido razón al decir su frase, pero su frase habría mentido. Usted ha preferido - y es poco noble - hacer una mala frase y decir una verdad. ¡Ya que ella la ha descubierto, a la Nada, como Francisco Pizarro descubrió - México[4]!

Razón. - Breve interrupción. - Es la primera palabra que me saltó a los ojos, que se aferró a mis ojos después de su nombre, *y sin leer*, Señora, con la oreja (¡físicamente!) levantada: «¡Ah! De esto se trata. De reprocharle la razón, tras haberle reprochado (al admirarla) su *pasión*. Y - *la pasión de la razón* - eso no existe (de la razón, de la expresión, ¡del Absoluto finalmente!)».

Querida Señora, es la historia de nuestros primeros libros. El romance del lector con nuestro primer libro, ¡oh, la vieja historia! Es la historia - más que reciente - del más grande entre los grandes - de Rainer Maria Rilke que, al irse, nos dejó la mejor de sus obras - las *Duineser Elegien* - a propósito de la que dulcemente se afligen todas las «almas bien nacidas» (es al pobre Martin al que cito) por ser demasiado… desapegada, demasiado in-imaginada (por ello in-imaginable) *demasiado*, siempre ese *demasiado* que no reconocen *jamás* - y a las

que (las *Duineser Elegien*) ellas (bien-nacidas - morti-natas) siempre preferirán el *Buch der Bilder*[5] habiéndolo - bajo palabra:

Bilder - tomado simplemente por un libro de imágenes - *Bilberbuch* - como el triste jovencito antes mencionado - la manzana. Vida - manzana - postre.

¡Ah! Siempre quieren que uno los arrulle, que uno los divierta, - los asuste un poco y los consuele mucho.

(El romance del lector con nuestro primer libro. Sabe usted, Señora, que la madre de R. M. Rilke, viva, en Viena, jamás le perdonó los que siguieron, empezando por el segundo - ¡porque era infinitamente mejor! Sabe usted que R. M. R. teniendo madre (setenta años) abuela (noventa años) hija (treinta años) nieta (cinco años) murió solo, que ninguna de ellas fue para acompañarlo. Si usted lo ama puedo hacerle llegar su testamento inédito, suplicándole - devotamente - que no se lo comunique a nadie.)

Y sin embargo - con todo su *amor*, no conseguirán asquearnos de él, de nuestro primer libro. Tuvo su razón (necesidad) de ser. Era la forma exacta de nuestro aliento (grito - sollozo - suspiro de entonces). ¡Pero *nuestro* primer libro jamás ha sido su (nuestro) primer libro! Para ellos: promesa de hacerlo como lo hemos hecho, para nosotros promesa (del dios a nosotros, ¡de *lo-que-hay-en-nosotros* a nosotros!) de hacerlo - ¿mejor? no - ah, tenemos una bella palabra en ruso, ni mejor, ni peor - *pusche* - intraducible - crescendo *más en el sentido de la fuerza*.

La fuerza, eso es lo que le reprocha el Joven innombrable[6], la *fuerza* nunca encanto, nunca máscara, la Fuerza - cara y casco.

Su libro que leeré, Señora, y que ya me gusta no porque crea yo en usted, sino porque la *conozco*, a usted, no la de ayer o de hoy, a la usted de siempre *por venir*, no hace ni soñar ni llorar, ni amar, ni tan siquiera pensar - porque ya *está pensado* - porque es *pensamiento* (fórmula). No hace nada. Fórmula de la fuerza.

Marina Tsvietáieva

«… Habríamos leído encantados una suma de sus experiencias de diosa…» Reproche de aquel que esperando una *diosa*, sólo encontró a la *deidad*.

Por toda respuesta, M. Ts. recibirá de Anna de Noailles una fotografía firmada por la autora.

En esa misma época, por primera vez intenta ser publicada en francés: trata de interesar a la *Nouvelle Revue Française* o a la revista *Commerce* (donde han aparecido traducciones de los poemas de

Pasternak) en el texto que escribió a raíz de la muerte de Rilke, a finales de 1926, *Tu muerte*; esta tentativa no tendrá éxito y el texto de M. Ts. será publicado únicamente en ruso. También quiere publicar, en una u otra de las dos revistas, traducciones de sus poemas; este proyecto tampoco cuajará.

M. Ts. lee ahora mucho en francés; descubre, entre otras cosas, la obra de Proust, a quien admira sin reservas, como se lo escribe a su amiga Salomé Andrónikova-Halpern, el 14 de marzo de 1928:

*Estoy leyendo a Proust, desde el primer volumen (*Swann*), lo leo con soltura, como a mí misma, y pienso: lo tiene* todo*, ¿qué le falta?*

De vez en cuando también está con franceses: a menudo se habla de literatura, pero no le reporta gran cosa, como le cuenta a la misma corresponsal, el 28 de mayo de 1929:

¡Qué aburrido estar con franceses! Aunque tal vez, - ¡con los literatos franceses! ¡Y encima parisinos! Si yo fuera un francés, apostaría por el campesino bretón. - Conversaciones sobre Balzac, Proust, Flaubert. Lo saben todo, lo entienden todo pero no pueden nada (el último que pudo - y ya no podía más - fue Proust).

En 1929, por iniciativa de Wsevolod de Vogt, en París se crea el grupo Entrevistas literarias francorusas, cuyo objetivo era que los escritores rusos y franceses entraran en comunicación. Entre los años 1929-1930 se llevarán a cabo una decena de reuniones mensuales en las que participarán, del lado francés, autores como Benjamin Crémieux, René Lalou o Jacques Maritain. M. Ts. está presente, entre otras, en aquellas en las que se habla de Tolstói (en enero de 1930), de Proust (en febrero) y de Gide (en marzo). He aquí la transcripción de una de sus intervenciones, del 25 de febrero de 1930. La intervención de M. Ts. es la que sigue a la del filósofo religioso B. P. Vysheslavtsev; está indignada por lo tibio de sus comentarios:

Me gustaría responder a mi compatriota, el señor Vysheslavtsev.

Al hablar del «mundo pequeño» de Proust, el señor Vysheslavtsev olvida que no hay mundos pequeños, hay ojos pequeños…

A propósito de la falta de grandes problemas: en el arte no se trata de plantear grandes problemas, sino de dar grandes respuestas. Todo Proust es respuesta:

revelación.

En lo que concierne a la cita: «El don de ver la superficie de las cosas», yo habría dicho «el *sufrimiento* de las cosas».

Cuando compara a Proust con la generación rusa de antes de la guerra, el señor Vysheslavtsev olvida que el hecho de tomar té, dormir de día y deambular de noche no tiene absolutamente ninguna relación con el arte. Si no, todos seríamos Proust.

El gran acto de Proust es el haber encontrado su vida escribiendo, mientras la generación rusa de antes de la guerra la perdió hablando.

Estoy, entre otras cosas, tristemente afectada por lo trivial de los ejemplos de sensibilidad aportados por el señor Vysheslavtsev. Todos hemos olido un frasco de perfume y admirado una tarde de otoño. Con respecto a Proust, habría podido hallar y habría debido elegir algo mejor.

En un texto publicado en 1933, evoca otro encuentro literario en el que una vez más defiende la obra de Proust:

Cuando en alguna reunión literaria francesa oigo todos los nombres menos el de Proust, pregunto con ingenua extrañeza: «¿Y Proust? Pero si Proust está muerto. Aquí hablamos de los vivos»*, y cada vez es como si me derrumbara cielo abajo; ¿con qué criterio determinan si un escritor está vivo o muerto? ¿Será posible que X esté vivo, sea contemporáneo y esté activo porque puede asistir a esa reunión y Marcel Proust, porque ya no puede asistir a ningún lado - esté muerto? ¡Sólo de los atletas puede hablarse así!*

En 1930, M. Ts. decide traducir al francés, ella misma, uno de sus poemas, *El valiente*, que irá ilustrado con dibujos de Natalia Goncharova. Mientras está realizando este trabajo, entra en contacto con el crítico Charles du Bos y con el poeta Charles Vildrac, autor del libro *Le Verslibrisme* (1901), que en Moscú, en 1929, había conocido a Pasternak. M. Ts. le ha escrito varias veces, tal como lo muestra el siguiente borrador de una - o de dos - cartas (que probablemente daten de octubre de 1930).

Querido señor:

Recibí su carta y su libro, y si no le respondí antes, fue para no darle unas vacaciones literarias. Pero como ya está usted de vuelta…

Me pregunta ¿por qué escribo con rima?

> Soy un buen cristiano,
> Y tengo un perrito ufano,
> Que se come dos manzanas
> Todas las mañanas.
>
> (Jacquot, hijo del tendero de abajo, seis años.)

Si el susodicho autor de esta cuarteta hubiera dicho: - Estoy bautizado, tengo un perrito al que cada día doy de comer - a mí, no me diría nada, ni a él tampoco, ni a nadie: no *sería* nada. Y he aquí que - es.

Ésta es la razón, Señor, por la que escribo con rima.

* * *

Los versos no rimados son (o me parecen, salvo muy raras excepciones) versos por escribir: la intención está ahí - pero sólo la intención.

Para que una cosa *dure* hace falta que sea canción, una canción que sea, ella misma, su acompañamiento musical, que se realice en sí misma, que no le deba nada a nadie.

(¿Por qué escribo con rima? Como si uno rimara - ¡por alguna razón! Pregúntele al pueblo - por qué hace rimas. Al niño - por qué rima. Y a los dos - qué es *rimar*.)

* * *

… Aquí tiene, quizás, un intento de respuesta a su leve reproche sobre [falta una palabra] del sonido en detrimento de la palabra y del sentido en mis versos.

Querido amigo, a lo largo de toda mi vida lo he escuchado, lo he esperado. Ha acertado usted y, sin conocer nada de mí, a primera vista (¡oído!). Ha sido usted más [falta una palabra] que los demás, al haber puesto al descubierto no sólo el sonido y el sentido sino, (¡tercer poderío!) el sonido y la palabra. Y he aquí que su reproche - en vez de indignarme - o aburrirme - o entristecerme - me interesa, como materia de discusión en la que yo misma podré aprender mucho. (*Escribo para entender* - es todo lo que tengo que decir sobre mi oficio.)

Querido señor, no se trata de mi *Valiente*, no se trata de mí misma, se trata de mi causa, *una causa* que defiendo. ¡No se confunda!

Si me señala usted uno u otro lugar oscuro - o no logrado - o malsonante - no le estaré más que agradecida - sobre todo en mi calidad de extranjera. Puedo

rimar mal - de acuerdo, pero que la rima en sí misma sea un mal - eso no se lo concederé jamás.

(¡Oh, sobre todo no se enfade! Si me dejo llevar de esta forma - es que confío -)

Su libro. Sabe usted que me recuerda mucho a Rilke, al Rilke de los *Cuadernos* [*de Malte Laurids Brigge*]. Su libro[7] - es un corazón-al-desnudo, sin la defensa de la forma, su libro - es dicho, no escrito y, por consiguiente, sentido, *oído*, no leído. Lo he releído tres veces. También hay mucho de mí en su libro (¡el hecho de creer bajo palabra!), me reconozco casi en cada página, y sobre todo en «Ser un Hombre» - y sobre todo en:

Y si un día vas a casa de los que tienen oro -

Y sobre todo en:

Sin que su voz se altere ordenando que los *sirvan*

sobre todo en ese *sirvan* que, aquí, tiene el peso del sustantivo, que yo habría puesto en cursivas, que yo he leído - en cursivas.

(«La señora está *servida*», la que lo dice y la que lo está no lo piensan, pero usted - yo - poetas - oído prolongado - lo pensamos por ellas: - servida por mis dos manos - sus dos manos doradas, endiamantadas y ociosas - por estas dos mías, etcétera. Es esto, ¿no?)

«Un Albergue» es completamente Rilke, las «Historias del buen Dios», *su* interior de las cosas. Decir Rilke - es decir fraternidad. Hacer de Rilke es imposible, se nace, se *es* Rilke. Usted es, en ese *Libro de amor*, hermano de Rilke en humanidad, su «hermano humano…», su hermano-árbol, hermano-lobo.

Y lo que me conmueve - no sabría decir y no quisiera ni siquiera saber por qué, es esa palabra *amable*, que vuelve a usted tan a menudo, esa palabra tan humilde tan poco empleada en poesía.

… ¡He aquí un jinete sin caballo!

En esta línea su elección en la vida - o anterior a la vida - está hecha.

Quien quiere puede tener un caballo, quien quiere puede tener un breviario, pero ser (jinete, sacerdote…) sin tener - es el orgullo o el rechazo supremo.

Qué bien conozco yo ese jinete sin caballo.

* * *

Hasta la vista, querido Señor, será usted quien haya de querer verme. Si no le hubiera enviado ningún manuscrito me sentiría tan libre en relación con usted

como con su libro: alma a alma (¡admire estas cinco *a*!) pero - haberle pedido que me lea - me incomoda y por lo tanto guardaré silencio hasta que usted hable.

M. Ts.

… ¿No le parece y no es extraño que me haya dirigido, yo, rimador apasionado, de entre todos - a usted, altivo enemigo de la rima? Y no habría sido más sencillo (?) llevar mi *Valiente* al bando amigo (si es que existe) de los *rimadores*.

Ante todo y en todo: mi instinto busca, siempre encuentra y crea obstáculos, es decir los creo por *instinto*: en la vida y en los versos.

Por lo tanto - tuve razón *según yo*.

En segundo lugar: hay entre nosotros lazos familiares: Rusia, Pasternak y, sobre todo y por encima de todo - Rilke - que como acabo de enterarme por su carta - lo eligió, también él, entre todos - él, a quien puedo llamar simplemente el Poeta. No: la Poesía.

Por lo tanto - una vez más, tuve razón - *según él*.

Todo esto para decirle que con mucho gusto iré este martes a las cuatro, al 12, rue de Seine.

* * *

P. S. Su graciosa cuarteta sobre la tía que barriendo las duelas halló una naranja - está llena de sentido - y de sol: domingo: ¡buen sol! Duelas: ¡Parqué claro! Naranja: *¡Naranja!* - y la vieja tía peinada cual Marat en su bañera - pero he aquí que me embarco y - le disgusto.

P. P. S. Mi Jacquot no conoce cántico ninguno puesto que sus padres son paganos y va a la escuela pública. Es la rima (la necesidad de rimar con «ufano») la que lo cristianizó. Se empieza por decir, se acaba por hacer (ser).

Estos dos P. S. - un poco en broma: para hacerlo sonreír.

* * *

P. S. 3: Y por lo que debía haber comenzado: ese perro existe: *Zig*, un devorador de basura.

La relación con Vildrac no lleva a nada; M. Ts. escribe en su cuaderno, tras haber transcrito esta carta:

La amistad con Ch. Vildrac no llegó a nada: no cuajó. Intercambiamos cartas - a propósito de mi Valiente *- ninguno de los dos logró convencer al otro de nada - ni nadie cambió de opinión - yo soy poeta, él - no (también es poeta: à ses* heures, *mientras que yo - no tengo ni una hora - para no serlo) algunas veces nos encontramos - en la sala, con huéspedes, - él en el comedor, con la familia - y después se fue extinguiendo: poco a poco. Hasta que - se apagó).*

Los intentos de publicar *El valiente* en francés no tienen éxito. Se encuentra con Brice Parain en la NRF, según le cuenta el 3 de marzo de 1931 a su amiga Salomé (véase también la carta a Lomonósova en el capítulo 12):

El valiente *(en francés) no se mueve, - me pusieron en contacto con Parain (¿por casualidad no lo conoce usted?), un sovietófilo, de la* Nouvelle Revue Française *- casado con una compañera mía de la escuela, Chalpánova, - leí y leí y al final resultó que no le gusta la poesía (NB! ¡SÓLO LOS ARTÍCULOS!) y no tiene ninguna relación con ella (¡sólo con ellos!). Me fui tras haber perdido mi día*.

Completa su descripción en una carta a Nanny Wunderly-Volkart del 6 de marzo de 1931:

Y en cuanto a mi Valiente francés - la misma cantinela: «Es demasiado *novedoso, inusual, no encaja en ninguna tradición, ni siquiera es surrealismo». (NB! de lo que - ¡Dios me guarde!)*

En julio de 1931, también la revista *Commerce* lo rechaza. Sus intentos de traducir al francés las cartas de Rilke no corren mejor suerte.

Al mismo tiempo, trata de entablar otros contactos, por ejemplo con el poeta y traductor del ruso Jean Chuzeville, a quien había conocido en Moscú en 1909, y que espera que pueda ayudarla a introducirse en el mundo de la edición francesa. Le escribe la víspera de la Navidad de 1930.

Querido Jean Chuzeville:

¿Todavía se acuerda de mí? Era usted muy joven, éramos todos jóvenes. Fue en Moscú. Era Navidad. Había nieve. Usted escribía versos. Yo escribía versos. Se los leíamos a la señorita Hélène Guedwillo[8].

Le gustaba Francis Jammes, me gustaba Edmond Rostand. Pero nos llevábamos bien. A la señorita Guedwillo le gustaban los versos y la juventud.

Desde que en 1925 llegué a París no he retomado contacto con nadie - de mi infancia. Todo pasado es pasado, éste (Guerra, Revolución) - era el Pasado absoluto, total, que nunca existió.

Pero nunca, tampoco, he oído decir su nombre sin la visión de: Moscú - nieve - Navidad - gafas - juventud - visión inmediatamente traducida por una sonrisa que ponía entre mi interlocutor y yo más distancia que de 1909 a 1930. Lo ponía yo a usted del lado de mi juventud, el interlocutor quedaba fuera.

* * *

Querido Jean Chuzeville, cuando la señora Gorodetsky[9] me dio sus recuerdos, tuve una sensación - no temamos a las palabras grandes siempre pequeñas frente a nuestras sensaciones - de resurrección: no de la suya, de la mía propia, de la yo de entonces. Algo que no ha tenido testigos no ha existido jamás.

Yo soy - ese algo sin testigos.

* * *

Querido Jean Chuzeville, la regla de mi vida ha sido (sin que yo lo haya querido) hacerme a mí misma más daño que bien. Sobre todo con mis cartas. Siempre he querido ser yo, yo entera - a menudo no hacía falta tanto.

Así que es posible que me perjudique en este momento escribiéndole esta carta, en vez de la otra - amable y «sencilla» y nula…

* * *

Querido Jean Chuzeville. Estamos en Navidad. Venga a verme. Vivo en los suburbios - Meudon - escríbame cuándo, para esperarlo.

Aquí tiene el itinerario: toma usted el trenecito en los Inválidos - o en el puente del Alma - o en el Campo de Marte - o en Mirabeau - baja en Meudon-Val Fleury - atraviesa la pasarela - sube la avenida Louvois - y sin girar ni a derecha ni a izquierda - se encontrará usted justo delante de mi casa - 2, avenue Jeanne-d'Arc - primer piso a la izquierda - golpee.

De preferencia hacia las cuatro.

Verá usted a mis niños, usted - que me vio niña.

M. Ts.
Navidad 1909 - Navidad 1930
Moscú - Meudon

La lengua francesa ocupa un lugar cada vez más grande en sus intercambios cotidianos y M. Ts. comienza a escribir en sus cuadernos a veces en ruso y a veces en francés. He aquí algunos fragmentos de sus notas francesas redactadas entre junio de 1932 y mayo de 1933.

Cuando nací ya todos los lugares estaban ocupados. Tal vez *siguen* estándolo, pero sólo para quienes lo saben.

Por lo tanto, no me quedaba sino el cielo - aquel en el que los aviones no tienen nada que ver (2. aquel que no hay avión que alcance).

Nunca olvides que cada instante de tu vida te hallas en el límite extremo del tiempo y que en cada punto del globo (en el lugar que tus dos pies ocupan) te hallas en los últimos límites del horizonte.

* * *

Eres - el último extremo del tiempo.
El límite del horizonte.
Más: Eres - el final de los tiempos.
Y los confines del horizonte.

A 14 de junio de 1932.
Clamart

Cuando recientemente vi en la pantalla el hormigueo de la China - reconocí mi *vida*.

¡Pobres chinos! ¡Pobre de mí!

Demasiadas barcas. Demasiada poca agua.

* * *

La obra teatral del mundo se representa con cuatro, cinco personajes - siempre los mismos.

La Juventud no es más que un traje que nos vamos pasando los unos a los otros. No. Son los unos y los otros los que son el traje que usa y deja, vuelve a usar y vuelve a dejar la eterna juventud.

* * *

Mi amor no ha sido más que un desapegamiento del objeto - desapegarse en dos sentidos: distanciarse y desmanchar[10]. Empiezo por el desapegarse - de todo y

de todos, y luego, una vez libre y sin pegas, dejarlo - a su pureza y soledad.

El placer más intenso de mi vida ha sido el de caminar sola y rápido, rápido y sola.

Mi gran galope solitario.

Las francesas no se avergüenzan de descotarse (despechugarse) delante de los hombres, pero sí de hacerlo delante del sol.

(Trajes de noche y vestidos cerrados de mediados de julio.)

A 14 de junio de 1932

El día de mi cuadragésimo cumpleaños escribiré en mis tabletas[11]:

Cuarenta años de nobleza.

* * *

La creación lírica alimenta los sentimientos peligrosos, pero apacigua los gestos. Un poeta es peligroso sólo cuando no escribe.

Julio-agosto de 1932

Anonimato de la creación femenina

No son mujeres, es una mujer, siempre la misma, es el gran Anonimato femenino, el inmenso Desconocido femenino (el inmenso *Mal*conocido…).

Nos reconocemos a la menor señal, sin la menor señal.

… Reivindico mi derecho de escritora, ella, género femenino y mudo, durante tanto tiempo mudo.

Cuando una mujer escribe, escribe para todas las que han callado - mil años, y callan todavía - y callarán.

Son ellas las que escriben a través de ella.

- Cuántas cosas no habría entendido si hubiera nacido hombre.

- Y cuántas habría entendido.

- ¿Cuáles? Todo lo que un hombre puede hacer, las mujeres (o en todo caso algunas) - la mujer - lo ha hecho: Juana de Arco (la guerra), Sonia Kovalevskaia (las matemáticas), o puede hacerlo un día, ya que no veo que la música (en caso

de que se me reprochara la ausencia de un Beethoven femenino) esté más lejos de la mujer - que las matemáticas.

Un hombre no escribirá jamás las *Cartas de una monja portuguesa*[12].

Uno solo lo ha hecho - Rilke, pero quién querría la palabra *hombre* para él, incluso en el sentido de *humano*.

Julio-agosto de 1932

Juana de Arco no pertenece ni a la Iglesia ni al Estado: el Estado (Carlos VII, su «gentil Rey» - de vil memoria) la abandonó, la Iglesia la quemó.

Juana no pertenece ni a la Iglesia, ni a la Patria (Sociedad), ni siquiera a la Cristiandad - ni al Universo. Juana pertenece a las voces (que pertenecen a Dios). Si sus voces le hubieran dicho: - Reniega de tu gentil Rey, pásate a los ingleses - lo habría hecho.

(NB! 1938. - No: habría renegado de sus voces: «*Estas* voces no son las *mías*».)

Nadie tiene derecho de autor sobre Juana: la fe (versión de la Iglesia) no implica genio militar y el genio militar no implica la santidad.

Juana tenía fe, *por lo tanto* mandaba a las tropas - una estupidez.

Juana amaba a su país, por lo tanto oía voces - estupidez versión Michelet - más estúpida todavía.

* * *

Un milagro no se explica más que por un milagro.

Uno está seguro de sí mismo si sabe que detrás de sí hay algo más grande que sí mismo.

Uno es infalible cuando ese algo es Dios.

La voz que ordena proporciona los medios (genio militar).

La grandeza de Juana radica en su fidelidad (la fidelidad de su *oído*).

¿Juana es un valor personal?

¿Qué es el valor personal, en qué existe y en qué se manifiesta?

Todo gran valor es impersonal.

La perseverancia misma - ¿acaso no es un don?

* * *

… Santa Juana - hace y *es* menos que Juana.

Nuestra Juana-de-las-Victorias (Estado) - hace y *es* menos que Juana.

Nadie tiene derecho de autor sobre Juana, ni derecho de propiedad.

* * *

La *fe* de Juana no es nada, sus voces son *todo*.

A 24 de octubre de 1932

La poesía es (para empezar) un estado del alma, y para no terminar - *un modo de ser*, infaliblemente puesto por escrito.

Entre «quisiera» (escribir) y «no pienso no» (*idem*) está el abismo del diletante al mártir.

A 22 de noviembre de 1932

Lo importante para el poeta no es descubrir el sitio más alejado. Sino el más auténtico.

* * *

Todos mis esfuerzos en la vida activa son los esfuerzos de un ahogado que no sabe nadar.

- Ninguna vela -

A 1 de diciembre de 1932.

La libertad es nuestra reacción a un estado de las cosas que nosotros no hemos elegido. Jamás es la elección, jamás la voluntad.

Libertad en la fatalidad - (tal vez *de* la fatalidad) que no conocemos más que en sueños, donde no nos oponemos jamás a nada, donde padeciéndolo *todo* seguimos siendo *nosotros*.

En la vida le oponemos (a la libertad) nuestra voluntad, nuestras pobres decisiones *parciales* [en ruso en el original]. Libre como en un sueño: sí, donde todo está dictado, presupuesto de antemano.

Libre de tener miedo, de sentir dolor, etcétera.

Libertad de padecer.

No puedo cambiar nada del transcurso de los acontecimientos - qué quietud - qué fuerza.

NB! Los acontecimientos de nuestros sueños son los elementos de nuestro ser, sin la censura de la razón.

A menudo sueño que vienen a matarme. Es decir, quiero que me maten, el yo oscuro, que yo misma desconozco, sólo conocido y siempre reconocido en los sueños. El único válido, mi primogénito, mi eterno.

En los grandes momentos de mi vida es él quien decide.

Por lo tanto -

No puedo cambiar nada en el transcurso de mis *elementos*, en el transcurso del [falta una palabra], etcétera, ya que todos juntos forman mi yo, mi alma.

Quiero vivir con el alma.

De qué manera sufrimos nuestro mal de vivir - he ahí nuestra libertad.

A 8 de abril de 1933

Así pues, todo esto: el sol, el trabajo, los seres cercanos, - así pues, todo esto no vale nada por *sí mismo*, sólo a través de mí, del estado de mis muelas (o de mis pulmones, etcétera).

Abro un libro - no, no tengo ninguna gana de saber lo que tú piensas, de ver lo que tú ves.

Abro la ventana - lo mismo.

Esto es por los otros, los que se quedan.

(NB! Todos parten antes, en cuanto a mí - partiré *mucho* antes.)

Lo único que queda es el deseo de complacer, como yo ayer, corriendo a buscar una pelota para Mur (Uni-Prix) y un reloj para S. (nunca listo) - es el deber (ya que no se desea nada) de complacer.

Estoy segura de que antes de morir tendré aún un pensamiento - e incluso varios - del todo desinteresado (uno ya no siente el placer que da) para cada uno de los míos y tal vez para algunos más. Sin experimentar en lo personal nada salvo quizás un poco más de distanciamiento por los que aún tienen ganas de algo.

Los versos (la música, el pensamiento) no pueden ayudar más que en una muerte violenta, antinatural, como una sentencia a muerte o una inundación / un bajel que zozobra (¡y aún!).

Una muerte en la que uno se halla en la plenitud de sus fuerzas anímicas y físicas, una *muerte-vida* (quienes murieron leyendo, *diciendo* a Blok).

Pero hay una muerte en la cama, una muerte que duele - ni la música, ni los versos, ni el hijo - nada te retiene.

Ya no hay para qué.

* * *

Entonces, ¿para qué todo lo que uno hace, [falta una palabra] penosa y personalmente: todo mi trabajo de más de veinte años, de toda mi vida?

Para entretener a los saludables que pasan de él.

A 1 de mayo de 1933

Se acercan, se asustan, desaparecen.

Entre acercarse y asustarse invariable e irremediablemente algo se produce - ¿qué? ¿Mis cartas? Las envío en tan raras ocasiones, tan - nunca.

¿Mi extrema seriedad? Pero si río tanto - por amabilidad.

¿Mis exigencias? No exijo absolutamente nada.

¿El miedo a apegarse demasiado? No es esto lo que desapega.

¿El tedio? Mientras los veo su expresión no es de tedio.

Desaparición súbita y total. Él - desaparecido. Yo - sola.

E invariablemente la misma historia.

Me dejan. Sin una palabra, sin un adiós. Venían - no vienen más. Escribían - no escriben más.

Y heme aquí en el gran silencio, que no rompo jamás, herida de muerte (o de vida, lo que es lo mismo) sin haber entendido nunca nada - ni cómo ni porqué.

A 7 de mayo de 1933

Entre el sexo y el cerebro, situados en nuestros extremos, está el centro, el alma, donde todo se cruza, se junta y se funde, y de donde todo parte transfigurado y transfigurante.

La mujer tiene, además, el vientre: las entrañas: la maternidad ilimitada que le sirve a menudo de alma y que, a veces, la reemplaza plenamente.

Temed al cerebro y al sexo desunidos, sin el puente, sin el arco iris del alma, con el gran vacío entre ellos, salvado con el mismo salto brutal de la sexualidad a la cerebralidad.

Temed al hombre de «colegas» y de «amantes».

No es Casanova sino *él* quien os descuida y hiere de una manera más mortal.

Temamos al hombre que funciona cuando le apetece.

* * *

La única mujer no maternal a la que he amado es Maria Bashkírtseva - «no-maternal»: ¡muerta a los veinticuatro años!

«Casarme y tener hijos, ¡cualquier lavandera puede hacerlo!»

Grito orgulloso de una niñita-genio, grito *anterior* a la vida, *anterior* al amor, grito de esa amazona nórdica que todas nosotras, rusas, éramos.

Conocí a una que, no habiendo querido hijos a los veintidós años, en plena salud y belleza, y que además - no soportaba a los hombres (conformación física y moral) murió a los treinta años, en plena belleza y tuberculosis, por haber querido uno.

No juzguemos antes… antes del final, del lecho de muerte.

Lecho de amor, lecho de muerte.

(¿Será posible que ningún poeta francés lo haya dicho todavía?)

A 20 de mayo de 1933

En 1932, M. Ts. conoce a Natalie Clifford Barney, mujer de mundo y escritora, cantora del amor sáfico; parece ser que M. Ts. leyó *El valiente* en versión francesa en su salón (sin ningún éxito). Tras conocer los textos de Barney, M. Ts. le dirige una larga carta en francés sobre la relación entre maternidad y homosexualidad femenina; se trata de la *Carta a la amazona*. Poco después, retoma las cartas que le había dirigido en 1922 a Vishniak, las traduce y las adapta al francés, dando a esta obra epistolar el título de *Nueve cartas con una décima retenida y una undécima recibida*. Para ninguno de estos dos textos hay editor en Francia. De visita en Bélgica en 1936, M. Ts. intenta de nuevo publicarlos, pero una vez más este intento termina en fracaso.

M. Ts. dirige cartas a distintos corresponsales franceses que, al parecer, no suscitaron respuestas, por ejemplo al poeta Pierre Mac Orlan o, en 1935, al historiador Octave Aubry, autor de obras que tratan, entre otros, de Napoleón y de Gaspard Hauser. En ellas escribe, entre otras cosas:

No quiero este desgarramiento, no acepto que dos seres de una misma raza: *la lírica* (la única que honro y a la que tengo el honor y la dicha y la desdicha de pertenecer - atada de pies y manos) - puedan pensar - ¡no!, sentir de maneras distintas una cosa, una *causa*. El mundo, y usted debe saberlo, seguramente lo sabe ya, está dividido en dos bandos: los *poetas* y los *otros*, no importa quiénes sean esos otros: burgueses, comerciantes, eruditos, hombres de acción e incluso *escritores*. En dos bandos solamente: y usted, su *Napoleón en Santa Helena*, el

duque de Reichstadt, Gaspard Hauser, Wassermann y yo que le escribo - pertenecemos al mismo bando. […]

Siento que le digo en exceso, pero el exceso ha sido siempre la medida de mi mundo interior.

En esos mismos años, M. Ts. redacta en francés algunas Memorias autobiográficas: *El milagro de los caballos*, en 1934, *Mi padre y su museo*, en 1936; no serán publicados. En 1935 envía a su amigo Marc Slónim un poema escrito en francés, *La Nieve*, para que se publique en la *Antología de la poesía soviética (1918-1934)*, editada ese mismo año en Gallimard. Lo presenta como la traducción de un poema de 1923 pero todo hace pensar que se trata de un texto original que acaba de escribir.

Los últimos intentos de M. Ts. por ser publicada en francés tienen que ver con las traducciones que hace de poemas de Pushkin, a las que se pone en 1936, pensando en las celebraciones ligadas al centenario de la muerte del poeta (1837). En una carta dirigida a Téskova el 26 de enero de 1937, cuenta las dificultades con las que se encontró:

Y tengo, por fin, algunas cosas traducidas al francés: la Canción del Banquete en tiempos de la peste, El profeta, A la nana, Por las orillas de mi patria lejana, Al mar, El conjuro, Indicios *- y otra serie (completa) que no logro colocar en ninguna parte. En todos lados - un muro: «Ya tenemos traducciones». (En prosa - y* terribles*.) Ayer, en la celebración francesa de la Sorbona, leyeron, a trozos, Dios sabe qué. Traducciones hechas por «una dama muy agradable» o por «un señor con su esposa» - particulares que nada tienen que ver con la poesía. Slónim le ofreció mis traducciones al profesor Mazon - usted seguramente lo conoce - suele ir a Praga - y él: -* «Mais nous avons déjà de très bonnes traductions des pòemes de Pouchkine, un de mes amis les a traduits avec sa femme…»[13].

Y eso - un profesor y, al parecer, incluso - una eminencia.

En esa misma época le envió una carta al respecto a Paul Valéry, he aquí un fragmento:

Se dice que Pushkin es intraducibie. ¿Por qué? Todo poema es la traducción de lo espiritual a lo material, es dar con palabras los sentimientos y los pensamientos. Si ha sido posible hacerlo una vez traduciendo el mundo interior con signos exteriores (¡lo que roza el milagro!), ¿por qué no poder restituir un sistema de signos con otro? Es mucho más sencillo: en la traducción de una

lengua a otra el material está expresado por el material, la palabra por la palabra, lo que siempre es posible.

A ese mismo tema está dedicado el borrador de su carta a André Gide, escrita al día siguiente de la conmemoración en la Sorbona, el 26 de enero de 1937.

Señor André Gide:

La que le escribe es un poeta ruso, cuyas traducciones tiene usted en las manos. He trabajado en ellas durante seis meses - dos cuadernos de borradores de doscientas páginas cada uno - y de varios de estos poemas hay hasta *catorce* versiones. El tiempo no importa - aunque *sí*, tal vez un poco - tal vez para el lector, pero yo le hablo como colega ya que el tiempo es el trabajo que uno invierte.

Lo que sobre todo quise - fue seguir a Pushkin lo más de cerca posible, sin ser su esclava, lo que indiscutiblemente habría hecho que me quedara yo *a la zaga* del texto del poeta. Y cada vez que sentía yo ganas de esclavizarme - el poema perdía. Un ejemplo entre tantos:

- versos escritos…

Por tu país de fábulas hermosas
Por los laureles de la patria tuya
Abandonabas este suelo ajeno
Y partías dejándome sin vida.

Estrofa 4

Mañana, ángel mío, - me decías,
Allá, donde termina el horizonte,
Bajo el naranjo lleno de naranjas
Tus labios a los míos se unirán.

Traducción literal: Me decías: El día de nuestro encuentro - Bajo un cielo eternamente azul - A la sombra de los olivos, en besos de amor - Una vez más, amada mía, nos uniremos.

De modo que, en prosa francesa:

A la sombra de los olivos uniremos, amada mía, de nuevo *nuestros* besos.

Para empezar, en ruso al igual que en francés, son los labios los que se *unen* en un beso, y no *el beso*, que *es* la unión de los labios.

De modo que Pushkin, incomodado por la versificación, se permite aquí una «licencia poética», que yo, traductor, tengo pleno derecho a no tomar, es más - no tengo derecho a tomar.

Segundo. Pushkin habla de *olivos*, lo que para un nórdico significa Grecia e Italia. Pero yo, que escribo para franceses en francés, he de tomar en cuenta a Francia, para la que el olivo es la *Provenza* (incluso - *Mireille*[14]) ¿Qué quiero? Dar la imagen de un sur lejano, de un sur ajeno. De modo que diré *naranjo* y *naranja*.

Variante:

En la ribera azul, - tú me decías,
Allá donde termina el horizonte
Bajo el olivo lleno de olivas
Tus labios a los míos se unirán.

Pero el olivo da la idea de una alianza distinta a la alianza amorosa: de la alianza amistosa, o bien de Dios con el hombre… hasta de la SDN[15].

Y de ninguna manera de la alianza amorosa (la unión amorosa).

Segundo: el fruto del olivo es pequeño y duro, mientras que la naranja es siempre única y da infinitamente mejor la visión de la nostalgia (ruso: *toská*) amorosa.

¿Me entiende usted?

Un detalle más: en ruso, ni el naranjo ni el limonero existen en una sola palabra: siempre es el *árbol* naranjero, el *árbol* limonero.

Y así, Pushkin no quería dar un árbol del sur, o el sur en un árbol, no tuvo elección y por eso tomó la palabra extranjera «olivo» que transformó en la palabra rusa «oliva». Si el naranjo hubiera existido, seguramente habría elegido el naranjo.

Por lo tanto:

Mañana, ángel querido - me decías,
Allá, donde termina el horizonte,
Bajo el naranjo lleno de naranjas
Tus labios a los míos se unirán.

Ángel querido no está en el texto, no está en este texto, pero es el lenguaje de toda esa época, todos y todas eran, mientras se amaban, ángel querido, incluso entre mujeres, entre amigos: ¡Ángel querido! Una palabra sin sexo, una palabra del alma, seguramente pronunciada por la joven a la que Pushkin acompañaba de regreso a su casa y a la que no volvería a ver. Y otro pequeño detalle que quizá lo haga sonreír.

Pushkin no era guapo. Era más bien feo. De baja estatura, de piel oscura, ojos claros, rasgos de negro - vivacidad de mono - (así lo llamaban los estudiantes, que lo adoraban) - pues bien, André Gide, quiero que ese adorado simio-negro sea llamado por última vez, a través de mi boca, ángel querido. Cien años después - por última vez - *ángel querido*.

Cuando leo las otras traducciones me siento perfectamente tranquila con respecto a la libertad que me he tomado.

Y aquí tiene un ejemplo de mi no-libertad:

Adiós al mar. Estrofa 6:

> ¡Que no he podido - por tus tempestades
> Abandonar tu orilla que me es cárcel!
> Y con el corazón radiante festejarte
> Mientras de cresta en cresta voy clamando
> Mi huida poética.

Traducción textual: No he conseguido abandonar para siempre - Esta aburrida, esta quieta orilla - Festejarte con mis entusiasmos - Y encaminar por encima de tus crestas - Mi poética evasión.

Transcripción primera y *tentadora*:

> Que no he podido - con una *cabriola*
> Abandonar tu orilla que me es cárcel…

Pushkin era un atleta, de cuerpo y alma, caminador, nadador, etcétera, infatigable. (Quien lo meta en su ataúd: - Tenía músculos de *atleta*, no de *poeta*.)

Adoraba al *efebo*. Esto habría podido ser un rasgo *biográfico*.

En segundo lugar: *cabriola* y *orilla*. Tentadora visión del semidiós al fin liberado, abandonando la orilla (del mar) de una cabriola, de un brinco - que lo sitúa en medio del mar y de la libertad. (Usted me entiende porque lo ve.)

Un Pushkin, retenido por toda la estupidez del destino, del Zar, del Norte, del Frío Polar - liberándose de un brinco.

Y en tercer lugar (y esto en mí es sólo lo tercero): el sonido; la asonancia de las palabras: *cabriola* y *orilla*, esta *casi-rima*.

Pues bien, André Gide, *resistí* a la tentación y, humilde, casi banalmente:

> ¡Que no he podido - por tus tempestades
> Abandonar tu orilla que me es cárcel!

Ya que: 1) cabriola lo cubre todo, toda la estrofa, - nosotros ya la terminamos y el atleta sigue haciendo cabriolas - *mi* atleta cubre al poeta que hay en Pushkin, a *mi* Pushkin - a Pushkin todo. Y él es Pushkin, - y yo no tengo derecho sobre él. *Debo*, he debido - reprimirme.

En segundo lugar: esto es una poesía romántica, la más romántica que *yo conozca*, esto es el Romanticismo mismo - Mar, Esclavitud, Napoleón, Byron, Adoración, y el Romanticismo no contiene ni la palabra ni la *visión* del *atleta*. El Romanticismo, es sobre todo y por todas partes - *Tempestad*. Por lo tanto, *renunciemos*.

(Ésta ha sido una de las mayores renuncias en mi vida de poeta, lo digo con toda conciencia, ya que he debido renunciar *por otro*.)

Querido Gide, mi carta se ha alargado; jamás se la habría escrito a otro poeta que no fuera usted.

Porque usted ama Rusia, porque nos conoce un poco, y porque mis poemas están en sus manos, sin que yo los haya puesto allí, -es un puro ahzar (que yo prefiero escribir así).

Para orientarlo un poco sobre mi persona: hace diez años - fui amiga de Vera[16], la grande y alegre Vera, entonces recién casada y perfectamente infeliz.

Soy y sigo siendo gran amiga del Poeta Borís Pasternak, que me dedicó su largo poema *1905*.

No creo que tengamos otros amigos en común.

No soy ni blanca ni roja, no pertenezco a ningún grupo literario, vivo, actúo y trabajo sola y *para los seres solitarios*.

Soy la última amiga de Rainer Maria Rilke, su última *alegría*, su última Rusia (su patria de elección)… y su último, el último de sus últimos poemas

ELEGÍA

para Marina

que jamás he *hecho público* porque odio las cosas *públicas*. (El mundo son innumerables unidades. Estoy por *cada uno* y en contra de *todos*.)

Si lee usted alemán y si es usted aquel a quien escribo con entera confianza, le enviaré esta Elegía - entonces me conocerá usted mejor.

* * *

(Datos oficiales)

Como no conoce usted el ruso, no le queda sino confiar en mí en lo que a la fidelidad al texto ruso se refiere, pero no quiero que confíe en mí, así que le diré que:

El Poeta-Biógrafo-Pushkinista *Jodasiévich* (que *todos* los rusos conocen)

y el crítico Weidlé[17]

responden de la *exactitud* de mis traducciones.

Adiós, André Gide, infórmese sobre mí, poeta, entre mis compatriotas - que, por cierto, me quieren poco, pero me estiman todos.

Sabemos lo que queremos - y valemos.

Lo saludo fraternalmente

Marina Zvétaïeff

P. S. Ya no soy joven, habiendo comenzado muy joven hace ya veinticinco años que escribo, no estoy a la caza de autógrafos.

Por cierto - ¡puede ni siquiera firmar!

P. S. Estas traducciones, que el crítico Weidlé presentó al señor Paulhan, redactor de la *NRF*, fueron rechazadas por este último, quien adujo que no transmitían *la genialidad del poeta* y no eran, en suma, más que un amasijo de lugares comunes.

Si me lo hubiera dicho a mí, habría respondido:

Señor Paulhan, lo que usted toma por lugares comunes son las *ideas generales* y los sentimientos generales de la época, de todo el 1830 del mundo: Byron, V. Hugo, Heine, Pushkin, etcétera.

Alexandr Pushkin, muerto hace exactamente cien años, no podía escribir como Paul Valéry o Borís Pasternak.

Relea *sus* poetas de 1830 y después dígame qué opina.

Si hubiera hecho un Pushkin *1930*, usted lo habría aceptado, pero yo lo habría traicionado.

Una de las traducciones de M. Ts., *Los Demonios*, acabará por aparecer en una publicación conmemorativa en 1937. M. Ts. escribe en un cuaderno, el 26 de enero de 1937:

«Después de todo, no transmiten la genialidad del poeta: lugares comunes…»

Escribía de manera parecida, unos veinte años antes (el 19 de marzo de 1919):

V. Hugo. - «Lugares comunes.» - Sí, si el sol es un lugar común.

Cinco poemas de Pushkin traducidos por M. Ts. serán publicados en mayo de 1937 en *La vie intellectuelle*, el periódico de los dominicos franceses.

12
Ser y existir

La ausencia de recursos regulares sigue pesando sobre la existencia cotidiana de M. Ts. y de su familia. Sus ingresos son muy escasos; consisten en; los pocos honorarios pagados a M. Ts. por sus publicaciones en las revistas rusas de la emigración, la pequeña beca otorgada por el gobierno checo y la ayuda de los amigos, coordinada por Salomé Andrónikova-Halpern. A esto se añade lo que Alia recibe por sus tejidos - la venta de alguna bufanda o algún jersey; en cuanto a su marido, es incapaz de ganar dinero.

Pasternak está al tanto de la inopia en la que vive la familia y busca ayudarla; encuentra cómo hacerlo en 1928. Una mujer a la que conoce, Raísa Nikoláievna Lomonósova (1888-1973) ha salido de la Rusia soviética hace no mucho. Todavía tiene allí gente cercana que vive en la pobreza, mientras que ella, allá donde reside - primero en Italia y luego en Estados Unidos - no carece de medios económicos. Pasternak le pide, pues, que ayude a M. Ts., y se ofrece a dar dinero en Rusia. Así es como se trama la relación entre Lomonósova y M. Ts. que, sin embargo, continúan alejadas físicamente la una de la otra. El intercambio durará hasta finales de 1931.

En una de sus primeras cartas, M. Ts. traza el retrato de su familia y de ella misma.

A Raísa Lomonósova

Meudon (S.-et-O.)
2, avenue Jeanne-d'Arc
A 12 de septiembre de 1929

Estimada señora Lomonósova (para mi vergüenza he olvidado su patronímico; dicho - va todo junto, pero así, suelto, se escapa - en todo caso a

mí. Su *nombre* - lo recuerdo). Es una lástima que no haya usted podido venir a París y qué vergüenza que apenas ahora, seis meses después, lo oiga usted de mí.

No se trata de la «disposición» que tenga yo para escribirle, sino de lo *atroz* de la vida que llevo. Me levanto a las siete de la mañana, me acuesto a las dos, y a veces a las tres - ¿qué hay en el intervalo? - la existencia: lavar la ropa, preparar la comida, pasear con el niño (adoro al niño, adoro pasear, pero escribir mientras paseo - ¡no puedo!), platos, platos y más platos, zurcidos, zurcidos y más zurcidos, y a veces cortar un vestido, ¡y soy tan torpe! Con frecuencia en todo el día - ni *media hora* para mí (mi escritura), porque no olvide a la gente: los que te visitan - o los que te necesitan.

Somos cuatro en la familia: mi marido, con quien me casé cuando él tenía dieciocho años y yo no había cumplido diecisiete[1], - Serguéi Yákovlevich Efrón, antiguo Voluntario; desde la Moscú de la Revolución de Octubre hasta Gallipoli - *todo*, siempre en las filas, menos en los lazaretos (tres heridas) - después estudiante en Praga, discípulo de Kondakov (del que seguramente usted ha oído hablar - pintura de iconos, arqueología, período arcaico, - una *eminencia* octagenaria) - hoy uno de los más activos, no quiero decir dirigentes, no porque no sea un dirigente, sino porque dirigente - no significa eso, simplemente - suprimo «uno de los» - *el corazón* del movimiento eurasiático. El periódico *Eurasia*, único en la emigración (y también en Rusia) es - su proyecto, su obra, el sudor de su frente, su alegría. En algo, en mucho, y sobre todo: por la conciencia, la responsabilidad, la profunda seriedad de su esencia, se parece a Boris, pero - en más valeroso. Boris, cómo decirlo, es la manifestación femenina de esa misma esencia. Esto en cuanto a mi marido. Después está mi hija - Alia (Ariadna), la niña de mi niñez, pronto cumplirá dieciséis años, una *pequeña* maravillosa, no un *Wunder-Kind*, sino un *wunderbares Kind*[2], que pasó conmigo toda la epopeya soviética (1917-1922). Conservo los apuntes (de su puño y letra) de cuando tenía cinco años, sus dibujos y sus poemas de aquel tiempo (las poesías de sus seis años forman parte de mi libro *Psique* - «Poemas de mi hija», que muchos toman por míos, aunque no se parecen en nada). Ahora es más alta que yo, es bella, de tipo más bien germano - del *Kinder-Walhalla*. - Dos dones: la palabra y el lápiz (por lo pronto no el pincel), este invierno tomó clases (por primera vez en su vida) con Natalia Goncharova, es decir, ella le permitía *ser*. - Se parece y no a mí. Se parece en la pasión por la palabra, en que *vive* en la palabra (¡oh!, y no se trata de valimiento, sino - ¡de nacimiento!), y no se parece - en lo armónico, incluso lo idílico de toda su persona (¡oh!, y no es por la edad, me acuerdo de *mis* dieciséis). Y finalmente - Mur (Gueorgui) - «pequeño gigante», «Mussolini», «filósofo», «Sigfrido», «*le petit phénomène*»[3], «*Napoléon à Sainte-Hélène*»[4], «*mon doux Jésus*

de petit Roi de Rome»[5] - así lo llaman por la calle - rusos y franceses - para mí, simplemente *Mur*, que es como debe ser. Cuatro años y medio, la estatura de un niño de ocho, treinta y tres kilos (yo - ¡cincuenta y dos!), le compro ropa para doce años (NB! franceses) - seriedad en la conversación, una vivacidad excepcional en los movimientos, amor

1) por los animales (*todos* son buenos si se les da de comer),

2) por los coches (¡ay! ¡ay! yo - los *odio*), 3) por la familia. Nació el 1 de febrero de 1925, al mediodía, en domingo. *Sonntagskind*[6]. Todavía en Moscú, en 1920, escribí de él:

> Todas las mujeres te besan las manos
> Y de sus hijos se olvidan.
> Eres - ¡como una cuerda! ¡Del desazón eslavo
> No hay ni sombra en tu belleza!

Impetuosa e imperiosamente rizado, rubio, zarco. A este Mur es al que paseo - desde febrero de 1925 y hasta el día de hoy. *Él* no ha de sufrir porque yo escriba versos, - ¡prefiero que sufran los versos! (que así sufren).

Ya no alcanzo a hablarle de mí. Brevemente. Escribí un largo poema, *Perekop*, que nadie quiere por las mismas razones por las que a usted los Rojos la consideran Blanca y los Blancos - Roja. Y ahí está el poema. Estoy escribiendo otro, por lo pronto no le revelo el título. El epígrafe a *Perekop: Dunkle Zypressen! - Die Welt ist gar zu lustig. - Es wird doch alles vergessen*[7].

[Añadido en los márgenes.]

Hágame saber su patronímico, que repetiré unas diez veces seguidas junto con su nombre, así - se fundirán.

¿Cómo está su hijo? De Borís no sé nada hace mucho. Leí su «Relato» en *Sovremennyi mir* [El mundo contemporáneo]. - Maravilloso. -

Durante el invierno escribí un largo texto sobre N. Goncharova (un retrato). Saldrá en *Volia Rossii*.

Tengo una gran amiga en Nueva York: Liudmila Evguénievna Chírikova, hija del escritor - pero no se trata de eso - y pintora - pero no se trata de eso, - sólo como referencia. Es hermosa, inteligente, encantadora, buena, valiente y - en mi opinión - en vano se casó. Dos principios: la soltería y la valentía. Averigüe su dirección y en cuanto pueda, vaya a visitarla. Le va a caer bien. También para ella la vida es difícil, pese a que exteriormente está bien colocada. Amor por el hijo y por el oficio: doble *bendición* de Adán y Eva. - Le mando un beso. ¿No se enoja? No se enoje. Usted *también* me quería.

M. Ts.

Lomonósova continúa ayudándola; conforme pasa el tiempo, M. Ts. hace de ella una de sus confidentes.

A la misma

Meudon (S.-et-O.) France
2, avenue Jeanne-d'Arc
A 3 de abril de 1930

¡Querida Raísa Nikoláievna! ¿¿Cómo darle las gracias??

Póngase en mi lugar y valore el atolladero en el que estoy. El atolladero de mi gratitud. Con frecuencia me dicen, con más frecuencia - me decían, que en vez de corazón afloraba - otra vez - el intelecto, lo que de ningún modo impedía - a los críticos, por ejemplo - reprochar a mis poemas su sinsentido. Mi respuesta era siempre la misma: cuando algo me duele y sé qué me duele y por qué me duele - en vez de dolerme menos, me duele quizá más porque no hay esperanza, porque la enfermedad, pese a toda la apariencia de eventualidad que tiene, es crónica. Lo mismo con los sentimientos. ¿Quiere saber qué decía el más grande poeta - no quisiera decir de la actualidad, no es ésa mi medida, simplemente el más grande poeta que jamás existió y existirá - Rainer Maria Rilke?

Er war Dichter und hasste das Ungefähre[8] - (también podríamos decir *Ungefährliche*: de *Gefahr*, es decir, riesgo) - lo mismo que yo en mis laberintos.

Disculpe esta larga digresión lírica, pero de otro modo no me entenderá usted jamás.

No sabe cómo lamento no tener mis obras conmigo - algunas ya no se consiguen - cuánto más fácil sería conversar a través del océano. Y es que toda carta es - un borrador que no alcancé a pasar a limpio, cuando la envío - sufro. Y el tiempo para trabajar la carta - no lo tengo. Cada carta va acompañada de los remordimientos de mi conciencia verbal (la conciencia de quien escribe, y, tal vez, también de la propia *palabra* en mí). Esta peculiar y trágica ética me fue dada - si no a cambio, sí en detrimento de otra. Trágica porque ni en este mundo ni en el otro - ¡poco importan las recompensas! tiene - *respuesta*.

Así, por ejemplo, yo podría ser el primer poeta de mi tiempo, lo sé, ya que lo tengo *todo*, todas las dotes, pero - *mi* tiempo no me gusta, no lo reconozco como mío.

… pues nací fuera del tiempo.
¡En balde y en vano abogas!
Califa de un momento:
¡Tiempo! A ti - te eludo[9].

Menos precioso, pero más preciso: podría sencillamente ser un poeta rico y reconocido - tanto allá como aquí, aun sin traicionarme, sólo recargándome de algo distinto: ajeno. Incidental, no esencialmente mío. (Ajeno - ¡eso no existe!) Y - a tal punto no puedo, a tal punto soy desde siempre *ne daigne*[10], que nunca, ni un instante se me ha ocurrido en serio: ¿y si? - así se resolvió en mí, sin lugar a dudas, ese tema, así fue como jamás fue, ni pudo haber sido - un tema.

Y he aquí que - escribo *Perekop* (que nadie quiere ni querrá porque para los monárquicos es incomprensible filológicamente y para los socialistas-revolucionarios, inadmisible intrínsecamente) - y *El final de la familia* (Imperial) y mañana me echaré encima alguna otra montaña.

Pero una cosa: si el Juicio Final de la Palabra existe - en él seré absuelta.

«Rico y aclamado» - no, mejor pobre y predestinado. Más dignidad. Mayor tranquilidad. Las cosas se vengan por sí mismas: nunca he amado lo exterior, lo heredé de mi madre y de mi padre. Desprecio por las cosas. - Extraño juego del azar. Mi madre murió en 1905, mi hermana y yo éramos pequeñas, pero muy precoces, sobre todo yo, la mayor, - y entonces el temor: ¿y si cuando crezcan «se adhieren al partido» y lo dan todo para la destrucción del país? El dinero se coloca con una condición: intocable hasta los cuarenta años de las herederas. Comienza la otra revolución (*la nuestra*), yo tengo veintidós años[11], - ¡falta mucho para los cuarenta! Unos comunistas (conocidos) me proponían: denos un recibo, recuperaremos su dinero, incluso «antes de los cuarenta». Condiciones especiales. Imposible. Así perdí cien mil rublos, que no sólo nunca vi, sino que nunca sentí míos (¡cuarenta años!), sin contar otros cien mil o más - herencia de mi abuela que murió durante la Revolución, sin contar dos casas - una en Moscú, otra de la abuela en el nido de las flagelantes en Tarusa, en la provincia de Kaluga - no una hacienda, una casa antigua en un parque estilo Catalina: lírica *pura*, sin contar después todo el oro, toda la pedrería, todas las joyas y las pieles que, para vender, puse en manos de conocidos - parecían amigos - y que - tanto unos como otros - desaparecieron irrevocablemente. *Le hasard c'est moi*[12].

Y me ha dado de comer, y me ha sacado de apuros, a fin de cuentas, sólo mi trabajo, lo único que en la vida, con excepción de mis hijos y algunas almas humanas - he amado.

Así ha sido, así será.

* * *

De Borís hace mucho que no sé nada. Escribe a bocanadas. ¡Cómo me gustaría que saliera al extranjero! ¡Que viniera a tomar aire! También una «jugada del destino» que lo obliga, *a él*, a pagar por Rusia, *a él*, que está todo entero *bajo el signo de la flecha gótica*. También un matrimonio desigual. Él ha de pagar según las cuentas del mundo actual, cuando:

> ¿Qué siglo, queridos,
> Tenemos ahí fuera[13]?

Si yo tengo conciencia de las palabras, él tiene conciencia - de los plazos.

* * *

Y el cheque se fue tres semanas más. Eso me dijeron, porque no hay una *compte couran*[14] (*courant* - ¿adónde? ¿Al mar - como los ríos?). Estuve en un banco espantoso en la espantosa encrucijada de la *Concorde*. (¡Está bien lo de «Concordia», - ¡direcciones opuestas!)

Un inglés, mirándome directamente a los ojos: - «*Qui êtes-vous, Madame?*» [15]. Yo, *pensándolo: «Une réfugiée russe, Monsieur»* [16]. Y así fue como el cheque se fue, de nuevo, a través del mar.

Pronto será la Pascua, mi marido saldrá del sanatorio para pasar aquí tres días; pronto será mi velada, tal vez después logre irme a las montañas. Al lado del *château*[17] donde está el sanatorio, hay una casa pequeñísima en la que Serguéi Yákovlevich ha puesto los ojos para nosotros. Con dos cabras.

Le mando besos. Disculpe lo silencioso de mi gratitud.

M. Ts.

[Añadido en el margen.]

Hace poco vi a su Pasadena en el cine. - ¡Es una beldad! - Hábleme de la naturaleza y del clima.

A veces, o una u otra fuente de recursos financieros se agotan provisionalmente: la beca checa se retrasa, la pensión de Salomé no llega. La situación se vuelve rápidamente dramática.

A la misma

Meudon (S.-et-O.)
2, avenue Jeanne-d'Arc
A 6 de marzo de 1931

Querida Raísa Nikoláievna:

Tengo tantas cosas que contarle y que decirle, pero comenzaré por la más dolorosa: nos estamos muriendo.

Las personas que durante cinco años seguidos nos ayudaron, de pronto dejaron de hacerlo: puede ser que se hayan cansado, puede ser que de verdad ya no puedan. Con la beca checa (350 francos al mes) lo mismo: desde enero (estamos en marzo) - nada. Debemos por todos lados: al de la tienda, al del carbón, a todos los conocidos, vivimos con la amenaza del gas y de la electricidad y, *lo principal*, el arriendo. El dinero que iba apareciendo era para el piso. Finalmente - desapareció, ya *no* hay, no hay con qué pagar. El plazo es el 1 de abril, después hay todavía cinco días de moratoria. No hay dinero para nada, comemos lo que nos fían en la tienda, no hay con qué ir a la ciudad, o va Serguéi Yákovlevich o va Alia, mañana no irá nadie, el dinero que tengo para el timbre es todo lo que nos queda.

Lo he intentado con *Perekop*. Tres intentos - tres rechazos. (*Chisla, Volia Rossii, Sovremennye zapiski*.) Estos últimos, en boca de su jefe de redacción Rúdnev - último alcalde de Moscú: «Para nosotros la poesía está, cómo decirlo, en segundo plano. Tráiganos algo lírico, cortito, unas 16 líneas» (es decir, por unos 16 francos). *El valiente* (francés) - no se mueve. Se lo leí - por separado - a cuatro poetas. Lo admiraron - me felicitaron - pero nadie movió un dedo. Me pusieron en contacto (fuimos a comer unos blinis) con uno de los redactores de la *Nouvelle Revue Française*, casado con Chalpánova[18], mi compañera de escuela. Es el prototipo del comunista francés, sovietófilo. Me oyó y me oyó - y: «No entiendo nada de poesía, yo dirijo la sección de artículos sobre tal tema. Pero - cuando haya ocasión hablaré de usted. - Tráigalo, pero esté preparada para que lo rechacen. Además, de cualquier forma no tenemos dinero».

Todo el mes pasado luché con estas dos obras. Inútilmente. O - «crisis editorial», o - «la obra es demasiado innovadora» (esto - sobre *El valiente* francés). *Perekop* simplemente no le hace falta a nadie. Y no lo ocultan.

Después. Va a empezar a salir la *Nóvaia Literaturnaia Gazeta* [Nueva Gaceta literaria]. Me invitan. Cualquier cosa - pero para el primer número. Inapelablemente. Estoy escribiendo un artículo sobre la nueva literatura rusa para

niños. La comparo con los libros preescolares de *mi* infancia - y con la producción local. Todo con citas. Sobre el realismo y la fantasía. Sobre la fantasía enraizada (popular) y la fantasía-galimatías: los elfos *de Tambov. zoo* líneas - 100 francos. Me alegro. Y - rechazado. También en Rusia hay malos libros (los de propaganda) para niños. Y además de todo, al redactor, le gustaban mucho *las hadas*.

También estos cien se desplomaron.

En una palabra - ME DEBATO. También se debate Serguéi Yákovlevich con su escuela de cine, se debate Alia con su dibujo (en el concurso de ilustración quedó - segunda, - «la felicitaron») y su tejido - 50 francos un suéter de mujer, hecho a mano, con un dibujo. Toda la casa trabaja y - nada. No sé si le escribí que debido al agotamiento (estuve en la consulta de un buen especialista) perdí la mitad de una ceja, me recetó arsénico y masajes, - hace ya un mes de eso: ella no crece y yo ando por la vida con ceja y media.

No hay de dónde esperar. En tres semanas hay que pagar el arriendo. Ir por la mañana a la tienda, ahorcados de deudas como estamos - es un suplicio. Fumo, como en la Rusia soviética, en los años prerracionistas (fui una de las primeras a quienes adjudicaron una ración porque mi hija murió de hambre), fumo el tabaco de las colillas - tengo una caja llena de colillas, las guardaba para días aciagos y ¡helos aquí! Serguéi Yákovlevich tose *con locura*, no puedo seguir oyéndolo y corro a la farmacia. - ¿Tiene algún jarabe barato? ¿De unos cinco francos? - No, de ese precio no hay nada, - el más barato cuesta 8,50, si devuelve el frasco - le reembolsamos 50 centavos. - Entonces deme un franco de polvo para cataplasmas.

Vuelvo y lloro - no por la humillación, sino por la tos que voy a oír toda la noche. Y por la conciencia de que la vida es - *injusta*.

* * *

Así vivo. Hoy, con las últimas monedas - el timbre y el pan. Una libra. Ya nos lo comimos. (Tampoco en Rusia sabía cuidarlo - cuando era una libra.)

* * *

Y he aquí lo que le pido. En seis u ocho meses Serguéi Yákovlevich *seguramente* ganará algo (como camarógrafo). Pero para llegar hasta entonces - quizás usted podría hablarle a algunas personas de mi situación, para que cada uno diera una pequeña suma mensual (así me ayudaban aquellos que ahora han desaparecido).

Ha de ser mensual, para que yo sepa con qué cuento. Algo como una beca. Para vivir, los cuatro, nos hacen falta mil francos - es decir, ¡250 francos por persona!

He pedido ayuda también en otro lado, también a una mujer - una gran amiga del poeta Rilke[19], del que tanto he escrito, pero no sé, por lo pronto no ha respondido. La sensación de que todos los sitios (en los corazones y en la vida) - ya están ocupados. Encima de las columnas - seguro.

* * *

Volví a encontrarme con Pilniak. Fue muy bueno conmigo: le pedí diez francos - me dio cien. Pagué lo que debía de carbón (48 francos) y con eso me granjeé la posibilidad del siguiente crédito. Con los 50 francos que quedaron, vivimos y nos transportamos cuatro días.

Y *no* transportarse - Serguéi Yákovlevich y Alia estudian -

es imposible; y cada viaje (el tren y el metro) cuesta alrededor de 5 francos.

B. Pilniak me habló de Boris: es feliz solo, escribe, vive en su apartamento (el de Pilniak) - una casita en las afueras de Moscú - sobre aquella mujer sabe poco (NB! yo *no* pregunté), la vio una vez con Borís, Borís lo llevó a él, a Pilniak, a un lado y le dijo: «Prométeme que no le pondrás el ojo encima». - «Yo no lo haré, ¡pero ella *ya lo tiene puesto en mí*!» (Pilniak - a mí.) Pobre Borís, me temo que es - la Elena de turno (*Mi hermana la vida*[20]).

Leí *La muerte del poeta* - unos versos prodigiosos de Borís a propósito de Maiakovski, de una sencillez enorme, estaba de visita, no alcancé a copiarlos. Si los consigo los copiaré para enviárselos.

En otra carta le escribiré sobre la extraordinaria velada de Ígor Severianin[21] que me regalaron (la entrada, se entiende).

Por primera vez en nueve años de emigración vi a un - poeta.

Un abrazo,

M. Ts.

¿Le llegó *El valiente* ruso?

Lomonósova consigue reunir algunas donaciones y se las envía a M. Ts. Ésta le responde, describiendo nuevamente su situación:

A la misma

Meudon (S.-et-O.)

2, avenue Jeanne-d'Arc
A 11 de marzo de 1931

Querida Raísa Nikoláievna, una carta ayer por la noche, esta mañana - otra. Lo recibí todo, gracias de todo corazón de mi parte y de la de los míos. Ayer - doble alegría: su carta y, tarde por la noche, el regreso de Serguéi Yákovlevich del examen de cine - ¡aprobó! Se preparó con furor y al final resultó más fácil que lo muy fácil. Al terminar esta escuela («Pathé») se le abrirán todos los caminos, porque afortunadamente relaciones - sí tenemos. Además, en este momento en la emigración es el mejor conocedor del cine soviético, tenemos *todo* lo que se publica, - nos lo hacen llegar nuestros amigos desde Rusia. Y el oficio periodístico - de escribir artículos - lo tiene: en Praga él armó la revista *Svoimi putiami* (que, a propósito, fue *la primera* en la emigración que comenzó a publicar literatura soviética, después - *todas*. Pero al principio - ¡cómo la vapulearon! «¡Vendida a los bolcheviques!» y demás), en París era el redactor de *Viorsty* y después del periódico *Eurasia* en el que colaboraba permanentemente. Le enviaré el número 1 de la *Nóvaia Gazeta* con un artículo suyo, saldrá el 15, - ya lo verá y, si le gusta, tal vez querida Raísa Nikoláievna, pueda usted ayudarle de alguna manera a entrar en la prensa inglesa. El tema (el cine soviético) es *nuevo*: los rusos no se atreven y los extranjeros no pueden estar tan bien informados debido a su ignorancia de la lengua y al escaso número de traducciones. Repito, Serguéi Yákovlevich tiene *todo* el material a mano, y desde hace meses no lee otra cosa. Otro artículo suyo fue aceptado en una revista serbia (pero desgraciadamente la remuneración es miserable). Puede escribir: sobre teoría del cine en general, sobre teoría del montaje, sobre las distintas corrientes en el cine soviético, - sobre TODO LO RELATIVO AL CINE SOVIÉTICO, y al cine en general.

Pero por lo pronto no tenemos contactos en la prensa internacional (con excepción de Serbia).

Creo con más firmeza en esta actividad suya (la de escribir) que en el oficio de camarógrafo: ha estado siempre enfermo, nació de unos padres que ya no eran jóvenes y sí terriblemente atormentados (algún día le contaré la tragedia de su familia), a los dieciséis años contrajo la tuberculosis (a los diecisiete el encuentro conmigo, puedo decir que - lo *salvó*), - una enfermedad del hígado - la guerra, el enrolamiento voluntario - un segundo ataque de tuberculosis (Gallipoli) - Bohemia, la miseria, la vida de estudiante, finalmente París y un trabajo frenético (¡es un trabajador *frenético*!) en *Eurasia* y la redacción - el año pasado un nuevo ataque de tuberculosis. Es difícil creer que podrá trabajar de manera permanente y regular en el cine - es un trabajo difícil, en difíciles condiciones físicas. Ganar

algo con él - *sí puede*. El cauce principal por el que lo oriento es - por supuesto - el de la escritura. Puede convertirse en uno de los mejores teóricos. No le faltan ideas, ni interés, ni oficio. En Bohemia escribió muchas cosas puramente literarias, algunas de las cuales se publicaron. Buenas cosas. Si estuviera en Rusia, sería no cabe duda, escritor. Un prosista (y una persona de *su* temperamento, en extremo social e ideológica) necesita *un círculo* y *un suelo*: lo que aquí no hay ni puede haber.

Yo - soy diferente. Toda la vida me han reprochado mi *falta de ideología*, y la crítica soviética incluso mi *falta de raíces*. El primer reproche lo acepto: en vez de una CONCEPCIÓN DEL MUNDO tengo una SENSACIÓN DEL MUNDO (NB! muy fuerte). ¿Falta de raíces? Si hablamos de *la tierra*, el suelo, la patria - a eso responden mis libros. Si por el contrario hablamos de *clase*, y, si quiere, incluso de sexo - *sí*, no pertenezco a ninguna clase, ni a ningún partido, ni a ningún grupo literario, NUNCA. Me acuerdo incluso de un cartel en una valla moscovita en 1920: VELADA DE TODOS LOS POETAS. LOS ACMEÍSTAS - ÉSTOS Y ÉSTOS, LOS NEOACMEÍSTAS - ESTOS OTROS, LOS IMAGINISTAS - ESTOS MÁS, ISTAS-ISTAS-IS- TAS - y al final, *debajo de un vacío*:

-y-

MARINA TSVIETÁIEVA

(un poco como - ¡desnuda!).

Así ha sido y así será. ¿Qué amo? La vida. Todo. Todo - en todos lados, tal vez siempre lo mismo - en todos lados.

Por haber aclamado a Maiakovski en las páginas de *Eurasia* (hace dos años[22]) ahora me despiden de *Poslednie novosti* (Miliukov: «Aclamó a un representante del poder». NB! Maiakovski ni siquiera era comunista, ¡no *lo admitían* entre los poetas proletarios!); debido al poema *Perekop* (el movimiento de los Voluntarios) que estuvo dos años guardado en un cajón y - obligada por la necesidad - yo, tal vez, si lo aceptan, lo colocaré en el semanario de derecha (donde no entienden nada de poesía) *Rossia i slavianstvo* [Rusia y el mundo eslavo], quizá debido al *Perekop* me despidan de la única revista con la que colaboro hace ya nueve años, desde Rusia, - desde *Volia Rossii* (socialistas revolucionarios de izquierda). Pero - ¡*no* aceptaron *Perekop*! (*Bête noire*[23] - ¡es el movimiento de los Voluntarios!) tampoco *Sovremennye zapiski*, ni *Chista* lo aceptó, - ¿¡qué puedo hacer con él!? Trabajé siete meses, lo tuve en un cajón dos años, no tengo con qué vivir, *amo esta obra* y quiero que vea la luz.

A causa de una entrevista *mía* (vino una colaboradora y me hizo preguntas, a las que yo - respondí, se la enviaré) en *Vozrozhdenie* [Renacimiento[24]] (de derechas), a Serguéi Yákovlevich lo vetaron para una publicación más o menos de *izquierda*. Esto pasó hace dos días. Como soy su esposa - etcétera. En una palabra, ¡asuntos de familia!

Disculpe esta reseña tan llena de detalles, si la aburre leerla - haga de cuenta que es - dentro de cien años - que son Memorias. (¡Incluso mis desgracias las veo - así!)

* * *

Sobre *El valiente*. Es un sencillo cuento popular ruso: de cómo una jovencita se enamoró de un valiente, y el valiente resultó ser un vampiro - y acabó con toda la familia - y con ella también. Y después - el señor pasa en trineo, ve una flor, y demás.

La osamenta del cuento es - popular, cambié muy pocas cosas.

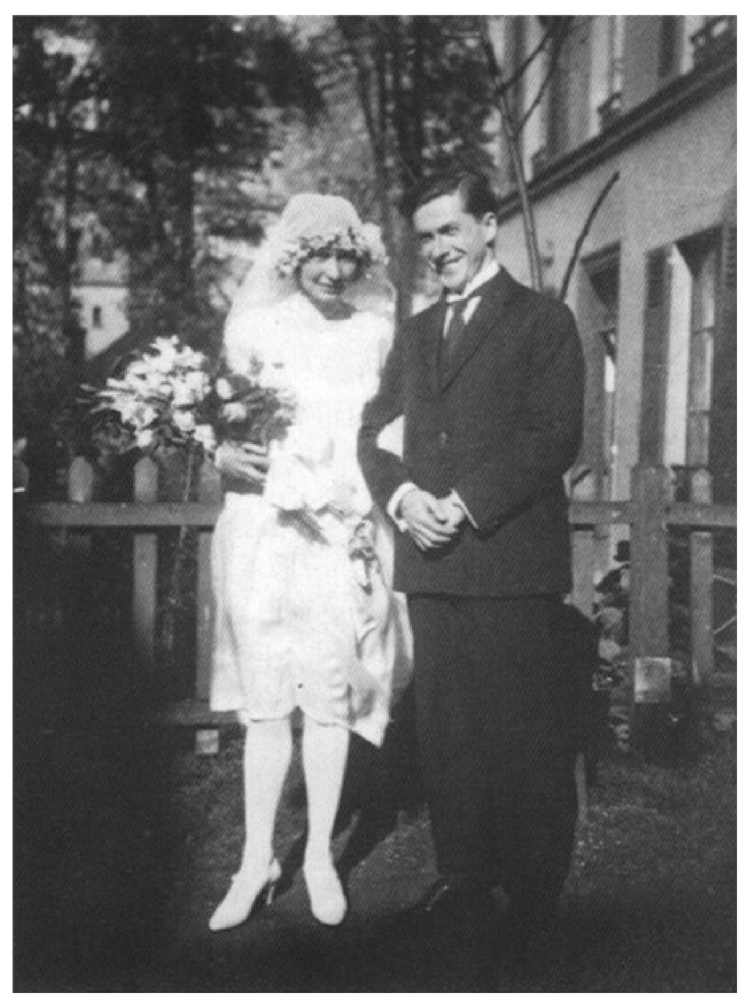
Los invitados (¿los tomó usted por bolcheviques?) son simples demonios que vinieron a hacer el mal. Aprovechando la debilidad del señor, lo obligan a llevarla («a la señora» - ¡a Marusia!) a la iglesia, y en la iglesia está - él, ¡el Valiente! que hasta el último instante la previene: ¡No mires! ¡NO QUIERE SU PERDICIÓN!

En pocas palabras: la FATALIDAD, donde no hay culpables.

Cuando nos veamos, le enseñaré este cuento en su versión original, la tengo conmigo.



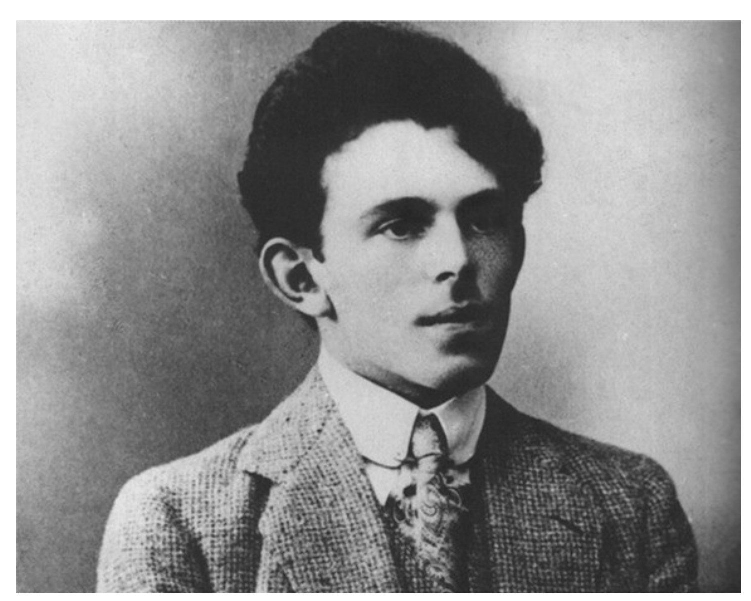
Marina Tsvietáieva y Ariadna Efrón (1924, Praga).



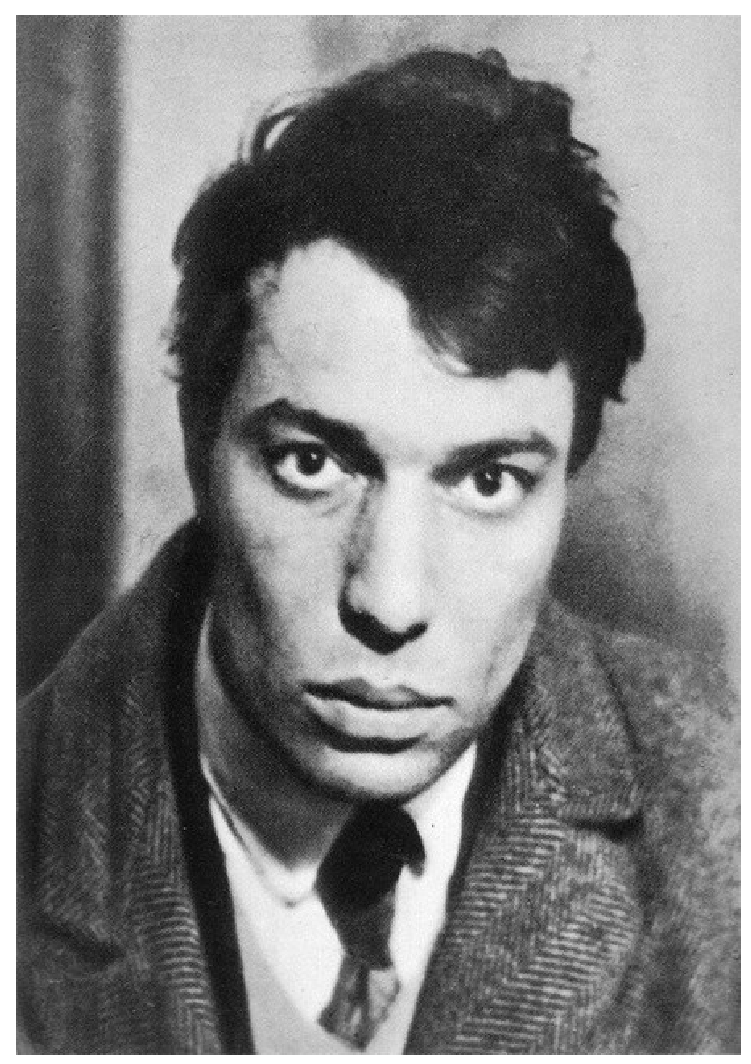
Konstantin Rodrévich y Maria Bulgákova (1926, París).



Sofia Holliday.



Ôsip Mandelstam.



Borís Pasternak (1932)



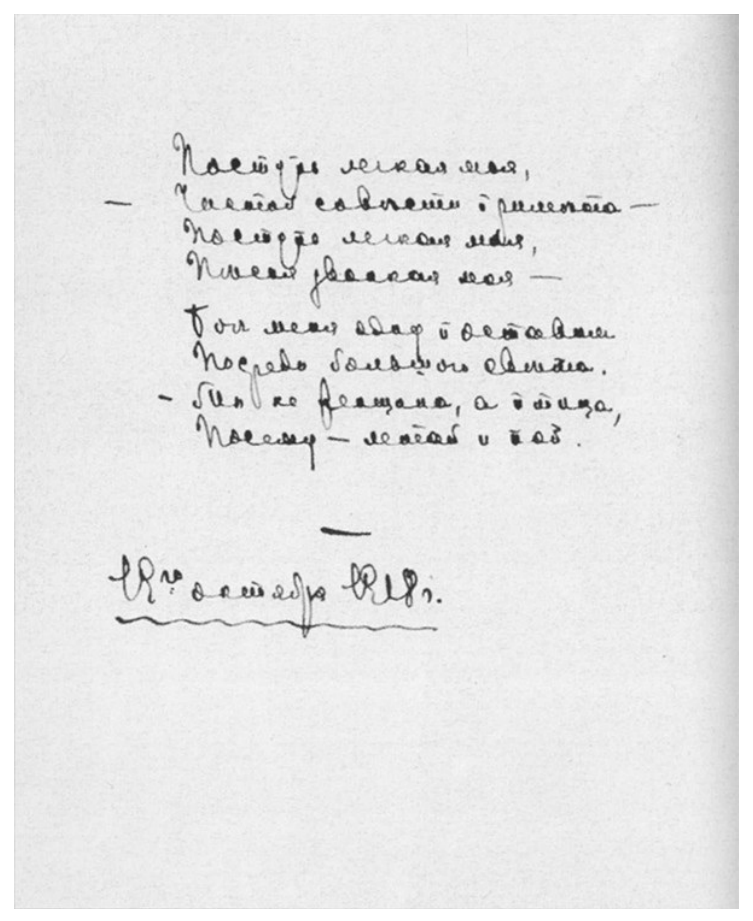
Rainer Maria Rilke (1926)



Marina Tsvietáieva con Mur (1927, Francia).



Marina Tsvietáieva con Mur (1935, Francia).



Поступь лёгкая моя,
— Чистой совести примета —
Поступь лёгкая моя,
Песня звонкая моя —

Бог меня одну поставил
Посреди большого света.
— Ты не женщина, а птица,
Посему — летай и пой.

14 октября 1918 г.

Manuscrito del poema de Marina Tsvietáieva «Yo voy con paso sutil…» (1918).



Elábuga, isba en la que se suicidó Marina Tsvietáieva. (Fotografía de Selma Ancira).


Serguéi Efrón y Ariadna Efrón, diciembre de 1937.



Marina Tsvietáieva (1940, Moscú).



Gueorgui Efrón Chiístopol, septiembre de 1941.

* * *

Sobre Boris. Borís - se enamora. (¡Toda la vida!) Y se enamora - a lo masculino. A lo Pushkin. Nunca estuvo enamorado de Zhenia. Estuvo enamorado - de Elena (una catástrofe) - y de muchas otras (sólo que - menos intensamente) ahora - de aquélla, *ella*. Será inevitable la catástrofe, por los *ojazos* de la muchacha. Y Borís *ya* lo teme: *ya* perdió.

(¿Conoce usted mi «Tentativa de celos»[1]? Y ¿tiene usted mi libro *Después de Rusia*? Si no - se lo enviaré.)

Es hora de alimentar a mi gente, aquí lo dejo. Le agradezco muchísimo, me siento terriblemente confundida, conmovida, afectada. Por el amor de Dios - no mande ya nada más, o acabaré definitivamente destrozada.

Un abrazo.

M. Ts.

¿Cómo asegurar su vida material? M. Ts. transcribe sus reflexiones al respecto en su cuaderno:

No soy un parásito porque trabajo y no quiero nada más que trabajar: pero - lo *mío*, no lo de otros. Obligarme a hacer el trabajo de otros es absurdo, porque de cualquier trabajo que no sea el mío o un trabajo físico (cargar cosas pesadas, etcétera), no soy capaz. Porque lo haría *de tal manera*, que me echarían.

«¿Traducciones?» Han de traducir quienes no escriben lo suyo, o bien: traducir (lo sé por mí) *aquello* que prefiero a lo mío. *¿Rilke?* De acuerdo.

¿Soberbia? También de acuerdo. En medio de la miseria y de los escupitajos un sentimiento *sagrado*. Si algo me ha mantenido en la superficie *de este lodazal* - es sólo ella. Y sólo ante ella - hago una reverencia.

¿Qué sigue? *No lo sé*.

Nadie se parece a mí y no me parezco a nadie, por eso aconsejarme una u otra cosa es - absurdo.

* * *

Autoconsejo: aprender a callar (a tragar). Mis *palabras* lo arruinan todo, tanto en casa como con los otros. Quizá callada la vida me *soporte*.

Comprender el profundo sinsentido de la enunciación, de cualquier enunciación de *uno mismo*: de cualquier uno mismo. Comprender la de

antemano irremediable derrota propia en la batalla, a la que no importa cuán fuerte sea uno, sale - desnudo, y el otro - no importa cuán débil sea - con un revólver que no fabricó él.

Vivo con los lectores de periódicos, con los parafraseadores de periódicos y a su *paráfrasis de reimpresiones* respondo *con un borrador* SANGRANTE.

¿Arrogancia? No: clari-videncia.

* * *

¿Qué sigue? ¿Existe la prisión por deudas? (las cuentas de gas, la electricidad, el arriendo que se acerca). Si existiera - estaría yo tranquila. Estoy de acuerdo en *dos años* (de veras) de reclusión en solitario (los niños se los quedarán algunas «buenas personas» (¡canallas!) - Seriozha encontrará qué comer) - NB! con un patio donde pueda caminar, y con mis cigarros - a lo largo de los cuales, de esos dos años, me comprometo a escribir una obra maravillosa: mi infancia (hasta los siete años - *Enfances*[2]) - y si me comprometo, no puedo *no*. Qué digo - de dos años (a lo largo) - de medio año, ya que allá *podré* escribir. ¡Y versos! (cuántos y de qué calidad).

* * *

Si me voy a Rusia - ¿cómo me separaré de mis cuadernos?

* * *

Si Dios me hubiera dado una nariz larga y unos ojos lacrimosos… Pero mi nariz - mira hacia arriba y lloro - cuando estoy sola.

* * *

París no tiene nada que ver, la emigración no tiene nada que ver - lo mismo pasaba en Moscú y durante la Revolución.

Nadie *me* necesita: nadie necesita *mi* fuego porque en él no se prepara una papilla.

Clamart, a 14 o 15 de mayo de 1932 - Punto. -

Estas dificultades padecidas en el día a día hacen que aprecie cada vez más la vida del espíritu - el ser en contraposición al existir. En una carta a Nanny Wunderly-Volkart (el 5 de julio de 1930), menciona una frase que ya solía utilizar cuando todavía vivía en Moscú y le enseñaba francés a una niña (véase el capítulo 3):

¿Sabe qué descubrí desde la primera lección? Entendí, yo misma, que *être vaut mieux qu'avoir*[3]. Y esto fue para mí una alegría infinitamente más grande (¡y más duradera!) que las cinco libras de patatas que me dio por la lección la madre de la niña, ya que: *être vaut mieux qu'avoir*, y mi descubrimiento fue *être*.

No quiero tener nada (no tengo hijos, *yo misma* soy - mis hijos), simplemente *ser* en las obras, *descubrirlas* (no como Goethe, al que amo como un milagro claro y misterioso, una especie de leopardo creado por Dios), no como Goethe (¡con una mirada profunda!), oírlas como Rilke (con un oído profundo - una trompetilla), sentirlas, obedecerlas, pertenecerles, *ser - las obras*.

En esa misma época escribe en su cuaderno:

Mi vida ha transcurrido en lugares ocasionales, con personas ocasionales, sin ningún intento de rectificación.

El mayor acontecimiento (y el más duradero) de *mi* vida ha sido - Napoleón.

Todos los acontecimientos de *mi* vida han estado tan por debajo de mi *fuerza* y de mi *sed*, que simplemente no intervengo: ¡y menos rectifico!

Todo esto: el azar de las personas y de los lugares - conociendo perfectamente *mi* especie de personas (de almas) y de lugares, reconociéndolos en los siglos y en los cuadros a primera vista (lo que *de ningún modo* significa que alguna vez yo haya vivido aquí, con ellas. Hablo de *otro* reconocimiento, del reconocimiento: ¡no-recuerdo!).

«Construir la propia vida» - sí, si tuviéramos a nuestra disposición todos los tiempos y todo el mapa. Pero elegir - amigos - de entre una centena, lugares - de entre una docena - mejor no intervenir, dejar a la vida (al azar) actuar arbitrariamente hasta el final.

En esta causa injusta - yo no intervengo. (El 31 de julio de 1931.)

Todos mis no quiero han sido espirituales: no he tenido no quiero físicos - evidentemente por lo muy democrático del cuerpo, acostumbrado aun *antes* de mí…

Así como preparar la comida - y fregar el suelo - y demás - y muchos más demases, ya que esto no tiene fin - los quehaceres de orden obviamente-físico los he hecho, los hago y los haré

- sin rechistar.

Nada me da asco, salvo - pero con esto llenaría diez volúmenes. (Verano de 1932.)

Y en sus cuadernos:

Sí, sí, sí, París entero está repleto de mujeres: francesitas, norteamericanitas, negritas, danesitas, etcétera, jovencitas, graciosas, bellas, ricas, elegantes, alegres, divertidas, seductoras, etcétera. Y que yo, con mis cabellos canos, mis viejos zapatos de hace cuatro años, mis camisas rectas de diez francos (¡hablo de las de encima!) del Uni-Prix - me atreva a soñar con retener, aunque sólo sea una hora, - a un hombre joven, sano, con una buena posición, y encima en edad casadera: en todos lados recibido, en todos lados esperado -

pero:

en este momento en el mundo - quizás - hay tres poetas y uno de ellos soy - yo. (El 8 de mayo de 1933.)

Dios me concedió una tal conciencia de mí misma, un tal reconocimiento de mí misma sólo porque sabía que a mí (COMO SOY) ni me conocerían ni me reconocerían. (El 4 de julio de 1933.)

Los poetas pueden vivir en la miseria, no por ello dejan de pertenecer a un mundo superior. A su amiga Vera Búnina le escribe (el 27 de noviembre de 1933):

En este momento, es decir, precisamente cuando *hace falta*, por encargo sólo sienten los idiotas, que necesitan ver con los propios ojos, oír con los propios oídos y, lo principal, tocar con las propias manos. La *raza* superior - *toda entera* - o *vorfühlend o nachfühlend*[4]. No conozco a uno solo que sepa ser idiotamente-feliz, sencillamente-feliz, inmediatamente-feliz. En esta incapacidad (*imposibilidad*) se funda toda la poesía lírica.

En 1933 M. Ts. se decanta resueltamente por la escritura de sus recuerdos, de su prosa autobiográfica (*La casa del viejo Pimen, La torre*

de yedra, El museo de Alejandro III, La corona de laurel, La inauguración del museo, El novio…).

Entre tanto, otro suceso tiene lugar en la vida de M. Ts. Su marido, Serguéi Efrón, antiguo oficial del Ejército Blanco, ha recorrido un largo camino político: tras oponerse al golpe de estado bolchevique en 1917, combatir como voluntario durante la guerra civil y emigrar en 1921, ha ido alejándose progresivamente de sus primeras convicciones. Primero en Bohemia (1921-1925), luego en Francia, buscará una «tercera vía», entre los Blancos y los Rojos, que cree haber encontrado en el movimiento de los eurasiáticos, con el que se ha comprometido a fondo. A partir de 1928, comienza a romper con sus antiguos amigos Blancos y se acerca cada vez más a los Rojos. No ha logrado una vida material autónoma en el país en el que vive, y sueña con volver a la Rusia soviética cada vez con más ímpetu. El 24 de junio de 1931, da el paso y solicita en la embajada soviética en París un pasaporte y el derecho al retorno. Esta solicitud no es satisfecha en ese momento, pero el proyecto se mantiene y Serguéi intenta convencer tanto a M. Ts. como a sus hijos de que han de regresar a su país. A M. Ts. le resulta muy difícil hacerse a la idea. El 7 de septiembre de 1931, le escribe a su amiga Salomé:

¡¿No será Rusia adonde vaya?! Donde en un pispás (¡alegremente!) - me encerrarán. Allá yo no sobreviviré, ya que indignarme - me apasiona (¡y hay por qué!).

Sin embargo, hay días en los que ese proyecto le parece realizable. En esa vena, se pone a copiar todo lo que a sus ojos merece ser salvado de sus innumerables cuadernos y libretas, para llevárselo consigo a la URSS. Esta idea dará lugar a los *Cuadernos recapitulativos*, en los que trabaja entre junio de 1932 y agosto de 1933. Acaba por darse cuenta de que todo regreso es inconcebible. Se lo explica a su amiga Salomé:

A Salomé Andrónikova-Halpern

Clamart (Seine)
10, rue Lazare-Carnot
A 12 de octubre de 1933

Querida Salomé:

Inmensas gracias - y todo, como debe ser. A propósito, E. A. Izvólskaia, que emprendió toda esta «ayuda a mi persona», ahora se niega categóricamente confiando en mi «puesto» en *Poslednie novosti* (un artículo a doscientos francos cada mes y medio) y en Dios, en general. Que Dios la ampare, pero es una canallada muy grande, más aún porque no es abierta, sino hipócrita.

2) Seriozha está aquí, el pasaporte aún no está listo, lo que me alegra infinitamente, ya que las cartas de los que se han ido (¡yo misma los acompañé a la estación y les dije adiós!) hablan por sí mismas: el uno no para de pedir traducciones en Torg-Fin (?), y la otra, la mujer de un ingeniero, un verdadero ingeniero, que se fue ya con un puesto en una fábrica, describe con lujo de detalles cómo cada tarde, a guisa de comida, toman té en casa de una amiga - con azúcar y pan. (Petersburgo.)

O sea que a Seriozha no le tocará sino té - sin azúcar y sin pan - e incluso sin - té.

Además yo, definitivamente, no me iré, es decir - nos separaremos, y eso (¡aunque discutamos!) después de veinte años de vida en común - es duro.

Y no me iré porque ya me fui una vez. (Salomé, ¿ha visto usted la película *Je suis un évadé*[5], en la que un preso vuelve voluntariamente al presidio?, - ¡pues eso!)

3) A Vera Suvchínskaia le veo muy seguido, pero sin entrar en detalles. Vive en la ciudad, en Clamart pasa temporadas cortas, tiene sus fidelísimas amigas judías, muy feas, que se alimentan a su lado (tanto «espiritual» como físicamente), al lado de sus conquistas masculinas - se acomodan («¡algo me caerá a mí también!») y sus conquistas son - muchas, y ella se jacta como una escolar. Haberse liberado de Suvchinski le afectó todo el cuerpo: cuando conversa, levanta las piernas como si fueran los brazos, está toda y todo el tiempo en permanente estado de gimnasia. No sé nada más de ella. Bueno, sé que tiene un novio - en Inglaterra.

* * *

4) Yo. El día entero en *aller-et-retour*[6], con Mur a la escuela y de la escuela. Y entre medio la estudiadera con él (o *en vez de él*) de sus lecciones. La escuela francesa es una idiotez enorme, es decir, un pecado mortal. *Todo* - de memoria: hasta la Historia Sagrada. Lo peor es que, sin querer, también lo aprendo yo, todo revuelto: la tabla de multiplicar (que ellos ponen *al revés*), la gramática, la geografía, los galos, Adán y Eva, un fragmento tras otro sin ilación ni sentido. Es

un - *delirio puro*. Nuestros colegios, frente a éstos, son - *un paraíso*. TODO DE MEMORIA.

Casi no tengo tiempo de escribir, porque mi día entero está fragmentado - como mi cerebro.

Estoy terminando una extensa crónica familiar de la casa de los Ilovaiski, de la que un *resumen* (¡el mismo sistema que en la escuela!) va para *Sovremennye zapiski*, es decir, el puro hueso roído.

Ahí tiene mi vida, ¡que NO me gusta!

Alia está intentando colocar sus ilustraciones, ojalá lo consiga, las cosas están muy mal.

* * *

Me gusta su «envejezco irresistiblemente», en él hay más fuerza que en la raqueta de tenis, a la que hoy está reducida la juventud. Es como si *usted* dominara a la «vejez», y no a la inversa. Querida Salomé, ¿¡acaso puede usted envejecer!? ¡Y si supiera cómo me aburro con la «juventud»! Y - cómo atontezco con ella.

Le mando un abrazo, gracias, - y siguiendo el método Coué: - «Todo bien, todo bien, todo bien».

M. Ts.

Seis meses después, le escribe a la misma (el 6 de abril de 1934):

Serguéi Yákovlevich se desgarra entre *su* país - y su familia: *yo decididamente no* me voy, y romper una vida en común de veinte años, incluso con «ideas nuevas» - es difícil. Está desgarrado.

No por ello el tema desaparece de su correspondencia, sobre todo porque al mismo tiempo se topa con la hostilidad de los medios rusos emigrados en París. Le cuenta a Vera Búnina su reacción a un rechazo que acaba de sufrir (el 20 de octubre de 1934):

¿Qué es esto, Vera, si no empujarme con ambas manos - de la emigración - a la Rusia soviética? ¿Con qué *dinero* he de vivir? […] De pronto, en medio de la sala de la redacción, lágrimas a borbotones y mi propia voz que habla independientemente de mí (y yo - la escucho): Si mañana, señores, se enteran ustedes de que he hecho una solicitud para la Rusia soviética, sepan que es por

ustedes: ¡por su mala voluntad, por su *desprecio* y su desinterés! […] Pero usted, Vera, ¿no me juzgará mal cuando se entere de que he rellenado la solicitud? Pero - *todavía voy a esperar*. ¡NO QUIERO!

13
La vida en familia

M. Ts. vivió intensamente su experiencia como madre, tanto con Alia como con Mur. Poco antes del nacimiento de éste, le describe a su confidente de entonces su amor posesivo (a O. Kolbásina-Chernova, el 2 de enero de 1925):

A veces me pesco soñando con una nana y pienso: ¿y si de pronto quisiera más a esta nana que a mí? - y - de golpe: ¡que no haya nana! Y - de golpe: la visión de mañanas *espantosas*, sin versos, con pañales, - y de nuevo el *cri de cœur*[1]: ¡una nana! Por supuesto que no habrá nana y sí - versos, - de otra forma mi vida no sería la mía, y yo no sería yo.

Una vez nacido el niño (en 1925) M. Ts. sigue profesándole un amor exclusivo, como se lo cuenta a otra confidente (a R. Lomonósova, el 1 de febrero de 1930):

A su mujer, *por supuesto*, la odiaré. Porque *ella no es yo*. (No al revés.) Ya ahora me entristece que tenga cinco años y no cuatro.

Mur ya tiene nueve o diez años, y M. Ts. sigue prodigándole todos sus cuidados. Le escribe a una de sus corresponsales (a N. Gaidukévich, el 6 de septiembre de 1934):

¿Que él viaje - solo? Ni siquiera a la escuela que está a tres casas de aquí lo dejo ir solo. La autonomía de los niños *no es* sino la negligencia de las madres. «Mi hijo es tan autónomo» significa - «He decidido no prestarle ninguna atención».

Y concluye frente a otra (a Vera Búnina, el 28 de agosto de 1935):

Pero el verano (además de la escritura, que es lo principal: lo principal después de Mur - lo segundo-principal) - fue maravilloso.

Durante este tiempo, las relaciones con Alia (nacida en 1912) se degradan más y más, aun cuando habían sido muy intensas durante sus primeros años, durante la hambruna en Moscú o incluso en Checoslovaquia. Se degradan al punto que M. Ts. escribe en sus cuadernos (el 21 de junio de 1933):

¿Valía la pena que dejara yo la vida por ella? ¿Que la engendrara a los dieciocho años? ¿¿¿Que le diera mi juventud y durante la Revolución - mis últimas fuerzas???

En 1934 se declarará la crisis entre madre e hija. M. Ts. se lo contará a algunas de sus corresponsales: a Ánna Téskova (pero los pasajes concernientes a Alia todavía no han sido publicados), a Vera Búnina y a Natalia Gaidukévich. Vera Búnina (1881-1961) es la esposa de Iván Bunin, el escritor ruso de la emigración que goza de mayor reconocimiento, premio Nobel de literatura (1933) y que mantiene con M. Ts. una relación fría; Vera es, ella misma, autora de varios libros. M. Ts. se acerca a ella cuando está escribiendo el retrato de la familia llovaiski, *La casa del viejo Pimen* (la primera mujer del padre de M. Ts. proviene de esa familia), ya que Vera Búnina conocía bien a los llovaiski. La amistad que se crea entre ellas se prolongará hasta la vuelta de M. Ts. a la URSS. Es una relación que da tranquilidad a M. Ts., según constata ella misma un día (a Vera Búnina, el 2 de junio de 1935):

Sé también que podría quererla mil veces más de lo que la quiero, pero - ¡gracias a Dios! - me *detuve de entrada*, desde el primer, ¡no! - *antes* del primer paso no me permití *seguir*, sin haberme ido - decidí: ¡llegué!

Usted - tal vez - es mi primer acto razonable en la vida.

Es a ella a quien M. Ts. confiará el doloroso relato de su vida en familia.

A Vera Búnina

Clamart (Seine)

10, rue Lazare-Carnot
A 28 de abril de 1934

Querida Vera:

- ¡Por fin! -

Pero sepa que éstas son las primeras líneas en muchas, muchas semanas. Después de la velada de Biely[2] (que me sorprendió por la fuerza del afecto humano), sin más, a la mañana siguiente - a copiar el manuscrito, y copiar significa - corregir, variar, etcétera, que significa, dar los últimos retoques - el trabajo más cautivante pero el más difícil. Rúdnev no paraba de enviarme cartas: ¡cuanto antes! ¡cuanto antes! De modo que yo galopaba. Después - corregir, después copiar dos grandes fragmentos para *Poslednie novosti*, también cuanto antes, cuanto antes, para anticiparse a la aparición de los *Zapiski*, pero aquí - alto: el manuscrito hace ya unas buenas dos semanas que yace donde Miliukov como en una cámara mortuoria. Y los rumores de que volvió - inválido: no lee, no escribe y *no entiende*. (Secuelas de un choque automovilístico.) Hmm… ¡Lo compadezco, por supuesto, aunque personalmente no lo soporto, ni a toda esa ralea de insensibilidad anglicista: Inglaterra sin Byron y *sin* mar - toda su ralea - debido a toda la mía (¡Byron y el mar *sin Inglaterra*!) - pero de todas formas lo compadezco, porque está viejo, y porque hace tiempo perdió a su hijo. Claro que lo compadezco, pero ¿¿por qué darle a él, que está *en ese estado* - mi persona - para que la juzgue?? En todo esto pierdo seiscientos francos - dos folletines, sin contar las dos buenas semanas de copiado en vano.

Después de la copia, y aun durante, una explosión de abscesos, una auténtica legión, y desde hace dos meses voy toda vendada, embarrada y embadurnada, y no me pueden vacunar porque hace tres o cuatro años casi me muero a causa de un segundo «propidon» (?) y N. I. Aléxinskaia (ella ponía la vacuna) de una vez y para siempre me pidió que tuviera cuidado con las vacunas, debido a mi *descuidado* corazón.

De modo que lo soporto y me comporto.

Pero lo principal, Vera, la casa. Imagine la situación: Serguéi Yákovlevich *no* es una persona casera, no entiende nada *de la casa*, barre el centro de la habitación y, dándole al mundo entero la espalda, se pone a leer o a escribir, y lo que es todavía más frecuente - ofreciéndole esta misma espalda a los aguaceros, trota por París hasta el agotamiento.

Alia está ausente de las ocho y media de la mañana a las diez de la noche.

Yo tengo toda la casa encima: tres recámaras llenas de cachivaches, la cocina y dos cuartuchos. También tengo encima - la cocina comidero (la palabra es de Mur), porque cuando llegan - quieren comer. A Mur, todo, lo tengo encima: a la escuela y de la escuela, los paseos, los zurcidos, los aseos. Y, lo principal, nunca puedo ir a ningún lado, después de un día laboral tan terrible - nunca a ningún lado, o he de ponerme de acuerdo con Serguéi Yákovlevich con una semana de antelación para, por ejemplo, salir el sábado. *Jamás* he vivido así. Y no tiene solución. Necesito tener a alguien en casa, una persona que me ayude y me remplace, ninguna sirvienta solucionará el asunto, necesito saber que por la noche, al salir, Mur estará bañado y en la cama a tiempo. Es imposible dejarlo solo: el gas, la mugre, lo no acogedor de un habitáculo deshabitado - y sólo tiene nueve años, y los niños *todos* - no están en su sano juicio, por eso no pierden el juicio.

Pero una persona en casa - es dinero, por lo menos ciento cincuenta al mes, y yo no los tengo ni los tendré, porque no tengo entradas constantes: contaba con *Poslednie novosti*, pero a Miliukov «no le gustó» (¡por quinta vez!).

Alia se desentendió definitivamente de casa, cumple con entusiasmo *en una casa ajena* un trabajo mucho más difícil que en la propia, un trabajo que le ocupa *todo* el tiempo, *todo* el día, mientras que en casa le quedaban unos buenos tres cuartos de día para ella. Por cierto, trabaja espléndidamente bien, mientras en casa criaba una porquería homérica, que descubro poco a poco, cada vez que arreglo: *bolas* de cosas debajo de todas las camas, en hatillos, lo limpio entremezclado con lo sucio, como en las casas de ilegales, prefiero no describírselo - me da náusea.

Basta con que le diga que desde hace tres días hago arder en la estufa, cortándolas en trocitos, sus chaquetas, sus faldas, sus birretes, así como todas las pertenencias de Serguéi Yákovlevich de los años praguenses, de cuando era becario, pantalones y chalecos, muy comidos por la polilla - a ninguno de los dos les gusta la naftalina, se burlan de mí, lo atiborran todo en los baúles, sucio, sin escarmenar, y, como resultado - una capa de gusanos de polilla, nidos vivos - y cosas agujereadas *de lado a lado*, a las que no queda sino prender fuego al instante. El agua hierve - hay que lavar, y no hay donde se seque: sólo el ventanuco de la cocina. Hago una pausa y corro a buscar a Mur y lo llevo a pasear - y yo tomo aire, mientras pienso con sobresalto en el «rincón» de turno, del que surgirá: una pata del hornillo, una alpargata solitaria (¿dónde estará la otra?), una bola de pelos que se le han caído a Alia y que ella - ¡¡¡guarda!!!, el aspecto inenarrable de su «ropa blanca» y cinco bolsas de papel con bocadillos que yo le había dado para cuatro horas - la mantequilla *verde*, la carne *verde*, el

pan *verde* (lo fue tirando poco a poco, prefiriendo, es evidente, un *croissant* con el café, - ¡qué fácil es engañarme!). Comprende, Vera, de todos los rincones, de todas las repisas, de todos los roperos, de debajo de todas las mesas - *eso*. Ineludible.

Y qué efecto terrible causa esto en Mur: yo siempre en la mugre, siempre con la escobilla y el recogedor, siempre con prisa, siempre en los rincones, con los carbones, entre jirones - ¡un vertedero *viviente*! Y con los consiguientes «¡diablos!» - «¡Me lleva el diablo!, todavía queda esto. ¡Con-un-demonio!»

porque no logro resignarme, porque todo esto no es - en nombre de algo elevado, sino en nombre de algo *muy bajo*: la mugre y la pereza ajenas.

Mur - de los san Luises y los Felipes - yo - de los rincones y los charcos - con lo mío. Un lamentable dueto, perenne.

¿Resignarme? ¿A cuenta de qué? A mí todos, todos me consideran «poética», «poco práctica», en la vida cotidiana - estúpida, en las relaciones del alma - tirana, y a los que me rodean - mis víctimas, sin ver que no levanto cabeza de la mugre ajena, que estoy *de rodillas* (físicamente, en medio de una eterna pila de ropa sucia y platos sucios) - al servicio ¡no sé de qué!

Si esto es una reclusión solitaria, un monasterio - que haya un reglamento, tranquilidad. Si es la vida de una lavandera o cocinera - denme un *río* y un(os) *bombero(s)*. O mejor todavía - ¡el fuego mismo!

Y esto se lo diré a Dios en el Juicio Final. ¿¿Pecados?? ¿Contrición? ¡Vaya!

* * *

Pero, por lo demás, soy apacible, mis «diablos» no son sino un estribillo, un leitmotiv quizá. Son diablos inofensivos, con los rabos pelones, caseros, lastimeros.

* * *

Tengo unas ganas terribles de escribir. Versos. Y en general. Raya la tristeza. Ayer - un encuentro precioso en el correo con un chino que no hablaba y no entendía ni una sola palabra de francés, que hablaba, Vera, *¡en alemán!* con todo el candor del mundo[3].

Y la señorita del correo (él vendía monederos y flores de papel) - C'est curieux! Comme le chinois ressemble à l'anglais[4]! - Yo: - *Mais c'est allemand qu'il vous parle!* [5]

Y me volví el trujamán del chino. Y de pronto - «¿Eles luso? ¿Moscú? ¿Leninglado? ¡Qué bien!» - Resulta que hace poco llegó de Rusia. Nos

despedimos con un apretón de manos y mucho cariño. Y Mur, que estaba presente:

- ¡Mamá! ¡Los chinos son más rusos que los franceses!

Querida Vera, ¡cómo me gustaría irme con ese chino a vender monederos o, mejor aún, contratarlo de nana para Mur, y para mí - para desahogarme! ¡Qué bien lavaría la ropa, y la plancharía, y nos prepararía *cochinaditas* de comer, y pasearía con Mur por el bosque de Clamart, y jugaría con él a la pelota!

Mis *más queridos* son - los chinos y los negros. Mis más odiados - los japoneses y l*a*s frances*a*s. Mi mayor desgracia es no haberme casado con un negro, ahora tendría un Mur acafetado, o tal vez incluso *¡verde!* Cuando un negro por casualidad se para junto a mí en el metro, me siento de pronto afortunada y engrandecida.

Pero mi *no*-verde Mur estudia divinamente, gana en inteligencia ya no por días, ¡por horas!, y no se deja perturbar por el basurerío. (- ¡No haga caso, mamá! ¡Póngase a escribir! Sí, hay polilla, sí, la mugre de Alia… - y usted - ¿¿¿qué tiene que ver???)

Lavé su abriguito, de cuando era pequeño, de piel de camello, y lo colgué en la ventana. - «Mira, Mur, es el abrigo de cuando eras pequeño, es de piel de camello, ¿ves el pelo?» - Mur con respeto: - ¿¿¿De veras es de camello??? (Preocupado:) - ¿Y dónde está la joroba?

Después de una terrorífica escena polillo-naftalinesca: - Ya ves, Mur, a lo que conduce este desorden. ¡Da miedo!

- ¡Miér-coles! ¡A ver si no sale volando un *chauve-souris*[6]!

* * *

Recibí, querida Vera, *Thérèse*[7]. Lo cuidaré y se lo devolveré. Pero me temo que tendré envidia. Amar *a Dios* - ¡es una suerte envidiable!

Dios contrito se contrajo
Y calló.
De pronto sonrió y de pronto
Miles de ángeles sagrados
De cuerpos esplendorosos
Concibió.
Los hay de inmensas aladas dotados
Pero también desalados.
Por eso lloro inánime,
Es por eso -
Porque aún más que a Dios quiero
A sus dulcísimos ángeles.

(Moscú, 1916.)

Y ahora - ¡también a los ángeles he dejado de quererlos!

Un abrazo. Escriba.

[En el margen.]

La carta fue escrita de un tirón. ¡Sea indulgente! Tal vez haya - errores. Salgo corriendo a recoger a Mur.

Esa misma primavera, la de 1934, M. Ts. se hará amiga de otra mujer, Natalia Gaidukévich (1890-1978), que en esa época vive en Wilno [Vilnius], Lituania (entonces parte de Polonia). Gaidukévich, que trabaja como profesora de lenguas extranjeras, ha escrito a M. Ts. porque tuvieron conocidos comunes en Moscú, antes de la Revolución, y porque es una admiradora de su poesía. M. Ts. le responde extensamente y esto da pie a que se inicie una correspondencia entre estas dos mujeres que no se verán nunca. Es esta distancia, precisamente, la que parece permitir a M. Ts. hablar sin tapujos de ella misma y de las dificultades que tiene con sus hijos.

A Natalia Gaidukévich

Claman (Seine)
10, rue Lazare-Carnot
A 1 de junio de 1934

Si está usted de acuerdo conmigo en que la mejor de las gratitudes - es la alegría por el regalo (¡también para quien regala!), me habría gustado que hubiera visto la mía, precisamente hubiera visto - con los ojos - primero, cómo abrí el paquete, no - antes de abrirlo el éxtasis que me produjo su peso (¡cuánta alegría asegurada!) y después - su aspecto: el cartón azul del embalaje, en el que reposaban, más bien se erguían los dos volúmenes, enraizados el uno en el otro, y luego - la escritura gótica (¡que adoro!), y luego - la vista de los nombres nórdicos, noruegos, los más amados[8].

Y bien, entiéndame: estuve dando vueltas alrededor hasta la noche del día siguiente, no sólo no los leía ni los hojeaba, no osaba siquiera tocarlos: tal y como los enterré en la cabecera de la cama (¡como un perro - su hueso preferido!), no los rozaba siquiera e incluso quizá, como un perro, gruñía quedito - como prueba de la alegría que me esperaba: del banquete: *Schmaus*[9]!

(Así yo, desde mi más tierna infancia, jamás leí las cartas en el momento de recibirlas. Ahora - las leo, porque la mayoría de ellas vienen del redactor jefe de *Sovremennye zapiski* - el último alcalde de Moscú - Rúdnev - con la canallada de turno, o bien los honorarios, o bien el manuscrito, aunque en el fondo siempre es la misma: o han recortado los honorarios, o hay que recortar el manuscrito. *Esas* cartas (encanalladas) las leo - en cuanto las recibo: como el perro que se lanza en cuanto ve un objeto sospechoso.)

Ahora, a propósito del libro (y es que usted es - en parte - ¡el autor!). Por lo pronto he leído la tercera parte del primer volumen. Es - un raudal. El raudal de un *linaje*, la sangre que crea y recrea los mismos rostros a lo largo de las orillas inmóviles del tiempo. No hay rostros, hay un rostro - el del linaje. (¿Se acuerda?, usted me escribió sobre aquella primera Várienka, luego sobre la segunda: «No creo en la sencillez en esa familia», - es decir, ¡en esa sangre! Es decir, usted conoce - esa fuerza. ¡Qué serena, qué segura me siento al escribirle, qué *natural* me resulta!) El rostro - del linaje y el rostro - de la naturaleza. Sólo un hombre podrá haber escrito, levantado un libro así (no es un libro, es - ¡un bloque!), yo - no habría podido (y Undset, mi *igual* en fuerza, ya no pudo), para mí cualquier persona es - él, un ser determinado, irrevocable, y ni siquiera yo, desbordante de ancestros, puedo sentirme a mí misma - a través de ellos. Todos ellos juntos, organizándose (entrecruzándose, entremezclándose) me engendraron - a mí. Y más allá de mí - esto no seguirá. En mí - termina, pese a que tengo hijos. (Mi hija - no ha salido a mí: no ha salido a ellos: a *ello*, salió a la familia de su padre; mi hijo - es *mío* - sólo por su *fuerza*, pero su contenido es - otro: no es - *lírico*. Mi hijo es - un retoño de mi *fuerza*, no de mi *esencia*: una rama que sabe alejarse y cubrir con su sombra *otra* tierra.)

En cambio en Olav Duun - aunque sólo he leído la tercera parte del primer volumen y quizá llegue hasta el último del linaje - el padre - es lo mismo que el hijo - lo mismo que el nieto - lo mismo que el biznieto, así que a fin de cuentas siempre lees sobre el mismo.

Espléndidos los paisajes. ¡Qué pobre es el rico sur frente al pobre norte! Ahora conozco a cuatro nórdicos: Andersen, Lagerlöf, Sigrid Undset y Olav Duun - y todos de la misma especie: la casta de la tierra. Y cada uno es más fuerte y más rico que los otros. (En cada uno la tierra *vuelve a ser* - ¡más fuerte!) Olvidé a Hamsun - también una fuerza afín, que logró vencer (igual que su contemporánea, la genial Selma Lagerlöf) el final, terrible para la creación, del siglo pasado. El más mágico es Andersen, la más original es - Lagerlöf, la más humana - Undset, y el más empeñado (obstinado) - Olav Duun. (Todos son -

mágicos, todos son originales, todos son - humanos, sólo estoy hablando de quien pesa más - sobre el fondo de esa misma *fuerza*.)

Pero discúlpeme este «repaso nórdico», en primer lugar – es una especie de vuelta natural al manantial (a usted), en segundo lugar - el norte es mi pasión, no una pasión «literaria», una pasión de vida, de sangre, de alma, una pasión ardiente, todo el norte, con los Nibelungos, sus finlandeses, sus fiordos, con esa naturaleza que yo nunca he visto ni veré, pero que es - *mía*. Que yo - reconozco.

El norte es el amor con escollos, al sur es demasiado fácil amarlo, ¿quién no lo ama? (y yo - ¡cómo lo amo!). Es como amar a un gato siamés. (Da incluso vergüenza porque el amor por un siamés resulta evidente, casi obligatorio.) Oh, cómo me gustaría vivir cien vidas más (*¡hacia atrás*, no hacia delante!) para conocer todo aquello que ya conocía y ver con los ojos todo lo que veía - ¡al cerrar los ojos! *No* se imagina la miseria en la que vivo - desde hace a-a-años. La miseria, es decir, simplemente la falta de impresiones. Desde hace cinco veranos (en invierno también, pero en verano es - particularmente doloroso) siempre el mismo linde del «bosque» de Clamart - con sus latas de sardinas y sus periódicos grasientos, con su yerba pisoteada para siempre. ¡Y cómo me aferro aun a esa miseria! Pese a todo son - hojas. Y es que - o París el año entero, o - esto (símil de naturaleza y libertad). Y he aquí que una vez más elegí esto (¿¿es - de verdad - una elección??) es decir, alquilé un piso en una sexta planta (sin ascensor; otros temen la falta de ascensor, yo - ¡temo al ascensor! Además de que con ascensor el precio aumenta de inmediato en mil francos anuales), y bien, sin ascensor, justo bajo el tejado, en verano será la cripta de plomo de Edgar Poe, y en invierno una nevera, aunque la conserje no hace sino asegurar que se vuelve un invernáculo. Tiene dos balcones a plomo, estrechos y espeluznantes, como salidos de una pesadilla, dos balcones de los que yo, todo lirismo aparte, tengo miedo por mi hijo que es incapaz de ver un saledizo sin poner un pie en él - tendré que poner rejas adicionales, es decir, hacer del balcón - ¡una jaula! [NB! ¡No por eso uno se vuelve ave!] Nos espera una mudanza *horrible*: acarrearlo todo en brazos, porque la casa está - al lado; en brazos hasta la sexta planta, y yo, precisamente, tengo una desgracia: tras dos meses de abscesos tenaces resultó que los ganglios y los tendones ya están tomados, y ahora cada tercer día voy a la ciudad a una clínica gratuita (5 francos la consulta) para desempleados y cada tercer día me ponen una inyección - en la pierna, ya en una, ya en la otra, y es tan doloroso que apenas puedo ir de un cuarto a otro, y aún faltan muchas inyecciones. Pero - discúlpeme la digresión.

La extrema miseria de impresiones (es decir, su ausencia *total*: cero: ¡nada!) y una soledad profundísima en medio de esa misma decena de personas

(incluyendo a los míos) por los que vivo. - «Eso era lo que usted quería.» (Es lo que *todos* me dicen, incluso - con irritación.) Oh, no. Eso no. En realidad yo no quería nada. Todo - resultó (*¿no* resultó?). Y si *algo* hubiera querido - no habría sido *esto*, sino la soledad absoluta tras el enorme muro (¿de una fortaleza?, ¿de un monasterio? - ¡*del pasado*!), una ventana pequeñita, una escalera grande, un paisaje grande, un jardín grande, un silencio grande. Y no el abandono en medio de la gente, ni la efervescencia, ni la moledura, ni el ajetreo - en un apartamento con «comodidades» dudosas y para mí innecesarias, es decir, el agua que sale de los grifos y el fuego que se enciende como por encanto. En Bohemia iba al pozo y traía en el cubo - a la luna, en Bohemia me echaba a la espalda montones de ramas secas, - y cómo ardían - prodigiosa, gustosamente - aun cuando despidieran humo. Sí, echaban humo, sí - me irritaba, pero era algo vivo: era mi lucha con el fuego o con los leños, de eso jamás me quejaba. Pero cuando salías - el bosque. Profundo, seguro, sin individuos pendoneándose con la gorra puesta, sin colillas, un bosque desnudo (es decir, ¡desgreñado!) sin una sola persona. Y desde nuestra casa - una casa campesina - ¡la última de la aldea! - diez caminos, todos a la montaña, todos a distintas montañas. Y había gansos, de los que tenía un miedo atroz, y por los que ahora lloro. Pero lo más importante - ¡los arroyos!

… Además de mi imposible de ocultar, de mi fatídica falta de parecido a quienquiera que sea, la gente se alejó de mí por mi pobreza y mi - vida familiar. Pobre - sola - no importa, pero pobre - «en grupo»… Porque carezco de un bienestar familiar, de un círculo familiar, todos somos - distintos y todos (y todo) hacen su vida; a la gente no le gusta venir de visita a mi casa, a *nuestra* casa (no existe nada - «nuestro»). Con cualquier pretexto (el gas está demasiado fuerte, desapareció un trapo, etcétera) - es decir, cualquier razón profunda y fundamental, hay estallidos: - ¡Viva sola! O (yo): - ¡Me iré llevándome a Mur conmigo! o (mi hija): - ¡Ni se piense que me pasaré la vida lavando *sus* platos! (NB! se refiere a un solo plato, el suyo, que tiene que lavar porque cena a las *diez de la noche*, después del trabajo, y yo, que me he pasado el día lavando platos ya no puedo más - y *no quiero*. Y pese a todo - no nos separamos, nadie tiene el valor, y pese a todo - mi marido y yo llevamos más de veinte años viviendo juntos, y él - a su manera - me quiere, pero - no me soporta, como yo - a él. Hay algunas grandes líneas: la espiritualidad, la falta de afán de lucro, el desapego - estamos de acuerdo (es una persona - extraordinaria), pero en cuanto a la educación, a la manera de organizar la vida, al ritmo de la vida - todo es desacuerdo. Yo, cuando me casé, ya era (aunque - lo fui de nacimiento) una persona formada, él - no, y he aquí que en estos veinte años de irse formando continuamente, se formó - en algo distinto, con frecuencia - irreconocible. La

diferencia principal - su afabilidad y sociabilidad - y mi (lobuna) solitariedad. Él no puede vivir sin periódicos, yo en una casa y en un mundo donde el protagonista es - el periódico - no puedo vivir. Yo me encuentro completamente al margen de los acontecimientos, él - está inmerso en ellos. Conocí a un maravilloso muchachito solitario (diecisiete años) que acababa de perder a una madre adorada y a un hermano con el que se llevaba sólo un año. Por eso contraje matrimonio, es decir, de inmediato con mi persona lo sustraje de la muerte. Si no hubiera sido así - difícilmente me habría casado. Ahora diría: un matrimonio precoz es - una ruina. Incluso con alguien de la misma edad.

Ah, yo me parezco a muchas, no soy la única así, pero si estas muchas - son muchas en el mundo, en la vida son - pocas, y siempre están solas, cada uno está - solo. Si son muchas en el espacio (terrenal y temporal) nunca hay muchas, ¡ni siquiera dos!, alrededor de cada uno hay un círculo de soledad. Como si fueran los miembros de una conjura universal, que *no deben* encontrarse. Por eso tenía tantas ganas de encontrarme con usted - en la vida. Si no, ¿qué diferencia con el otro mundo? Allá también son - voces…

Y más - cuánto tiempo hace que no he amado a nadie, que nadie ha hecho que me alegre, que no he esperado a nadie - *¡nada!* Oh, me da lo mismo: un hombre, una mujer, un niño, un anciano - ¡con tal de amar! Amar *yo*. Antes sólo de eso vivía. Estás oyendo música o leyendo (escribiendo) versos, o simplemente - una nube carmesí - y de golpe el rostro, la voz, el nombre, las *señas* de mi melancolía. Pero ahora - y hace ya cuánto - ¡a-a-a-ños! - no aparece *nadie*. Y se tiende mi nube encima de mí - con toda su pesantez. - Por eso me hundo en libros tan grandes. Gracias - por el suyo.

Escriba. Disculpe si la he entristecido. No tengo *a nadie* a quien decirle todo esto. Tengo - entre toda la gente - a una conocida, ya mayor, - la viuda de Leonid Andréiev, con la que mantengo amistad desde Bohemia[10], pero ella tiene sus propias desgracias: es decir, cuatro hijos - y todos desperdigados. Aparte de ella no tengo, en todo París, ni un alma. Y fuera de París - en el mundo - tengo, en Moscú, a mi hermana Asia y a Borís Pasternak. Tenía a Rilke, pero murió, y ahora también él es - una voz.

¿Leyó mi *Biely*? Procuraré madárselo en mano. Tengo otra cosita que salió en el último *Vstrechi* [Encuentros] - «Las flagelantes»: un trocito de mi infancia.

Le mando un abrazo.

M. Ts.

Nuestra dirección hasta el 1 de julio seguirá siendo la misma.

- ¿Me parezco a mí misma en mis fotos? (El «león» - ¿se parece?)

[Añadido en el margen]
¡Escríbame, por favor, cuál es su patronímico!

Y, a finales del verano, M. Ts. vuelve al tema.

A la misma

Vanves (Seine)
33, rue Jean-Baptiste-Potin
A 29 de septiembre de 1934

Querida Natasha:

Su carta, pese al 31, llegó, lo que es absolutamente asombroso, porque no hay nadie menos perspicaz (¡más falto de interés!) que los carteros franceses. Pero nosotros en Clamart de alguna manera somos célebres: constantemente nos mudamos, y los carteros se dejan los brazos y las piernas cargando nuestras cartas mientras nos encuentran. En una palabra, no lo olvide, es el 33 y no el 31 - y así será para todo el invierno, hasta que en primavera volvamos a sentir el deseo de un nuevo lugar. Como los nómadas y los perros (errantes. Nunca tuve otros).

Natasha querida, soñemos - con el verano. En primer lugar, aclaremos qué es lo que usted quiere: ¿a mí - o a París? O - ¿a mí y a París? O - ¿a París y a mí? Ya que, ay, en julio seguramente de nuevo me iré a alguna granja cercana - para Mur, por Mur, y no sólo por su salud - *por su alma*, ya *peligrosamente* - urbana y minada a fuerza de atracciones visuales: el caleidoscopio de la publicidad, de los anuncios, de los escaparates, de todo ese cachivacherío gratuito y perverso de los *muros* que ocultan - lo esencial.

Tal vez no conseguiré nada, ya que está creciendo un ser manifiestamente-contemporáneo y que de mí sólo tiene la *fuerza*: un ser invulnerable. También yo soy invulnerable, pero sólo por haber pasado por la invulnerabilidad: por mi sensibilidad a todo y no por mi insensibilidad. Por eso - este muro (publicitario, penitenciario) *no* lo veo: veo a través de él: - él simplemente no existe: existo yo y la cosa, sin barreras. *Con la mirada* - ¡lo derribo! (Y cómo - lo odio: ¡cubierto de cola y de escupitajos, con los rastros de todas las concupiscencias!) Y para Mur es

- el paraíso: - ¡Ma-má! ¡Un anuncio nuevo! ¡Mamá! Un nuevo *avis*[11]. En una palabra, como en mi vieja obra sobre Lauzun [12]:

- Todo, todo le agrada - ¡con tal que sea nuevo!

Y la única digresión son - *las vacas*. Y a mí, Natasha, en la infancia no me gustaban las vacas, me gustaban - los árboles: mi propia alma. Y las atracciones visuales (todo aquello que hay que *ver*) lo odiaba desde la infancia: la ópera, el ballet, el *Centenaire du Canton de Vaud* - ¡qué suplicio! Estar sentado - y ver. Cómo odiaba - jugar, considerándolo una vergüenza y una estupidez, - y aún ahora no trago - ni siquiera el tenis; no trago, Natasha, ni su red ni su pelota. Por eso toda la vida he estado *sola* (también en el amor), en compañía sólo me gustaba conversar - y caminar, con grandes pasos - por la gran naturaleza. Todo lo demás siempre me ha parecido insoportablemente - *aburrido* y *absurdo*. Y ha sido así, desde que tengo memoria de mí misma. En Mur - no reconozco nada. Él tiene dos pasiones: el ESTUDIO y las DIVERSIONES: mis dos antipasiones, ya que yo detestaba estudiar, jamás he aprendido nada, jamás he estudiado nada, lo que sé - llegó solo: por mi *identificación* con el asunto, por mi *fusión* con él. Así es como conozco a Goethe, a Napoleón, a las escritoras del siglo XVIII, ahora - a Noruega y, tal vez, lo único que verdaderamente conozco - el alma humana: fuerte y solitaria. Toda la vida los periódicos me han inspirado repugnancia, y Mur *bebe* de ellos, y yo no puedo hacer *nada*, ya que nuestra casa está atestada de periódicos y durante *todo el día* es imposible arrancárselos de las manos. Tiene una biblioteca infantil (juvenil) *divina*, los *mejores* libros - franceses y rusos - pero *no* le gusta releerlos: - «ya lo he leído dos veces», no *vive* en el libro, galopa por él, lo devora - y al que sigue. Y «el que sigue» - son novelas de aventuras, ya en las manos, ya en los ojos (las vitrinas), y todo su vocabulario - de ahí, con «*le sang giclait* (¡qué asco!) *de son crâne fracassé*»[13] - y una retahíla como de escuela. Lucho *sola* y *sola* podría sacarlo adelante, pero *no* estoy sola, y su padre le permite *todo*: primero - así es más cómodo, y segundo, él mismo está completamente enfrascado en la opinión pública, está *del todo* metido en los periódicos, y «las novelas de aventuras son - romanticismo para niños». ¡Pero Mur tiene nueve años y medio! Entiéndame: ¿cómo podría *yo* estar en contra de - la Aventura? Pero con *mayúscula*, de *primera* mano: Julio Verne - sí, Dumas - sí, pero no «esos nombres son legión», *no* a la literatura barata para lucro - de escritorzuelos y editores. Mur bebe lavazas - y yo he de contemplarlo. Porque en cuanto digo una palabra, su padre: - «Es usted - un tirano, está echándole a perder la infancia, es usted - un gendarme, no lo deja respirar…». etcétera. *Delante de él*. De ahí que Mur sienta una especie de condescendencia por mí: - Pobre mamá, ¡no entiende usted nada de esto! (Ni los periódicos, ni la técnica, ni el deporte, nada de aquello de lo que

él vive.) Sin entender que ahí radica mi *fuerza*, y no mi flaqueza, ya que para «entender» el tenis o la mujer degollada de turno o la caída del ministro de turno culpable de malversación - no hace falta el ingenio. ¡Pero yo no quiero enterarme de nada de eso! Y Mur, compasivo: - ¡Pobre mamá! De la mañana a la noche me *juzga*: por las cosas pequeñas y por las importantes: no lo educo como se debería,

- «de todo tiene usted miedo, ¡es ridículo!» y no sé cómo ir de la calle Victor Hugo a la calle París, *y escribo de manera que nadie me publica*, y no quiero levantar la cabeza para ver el aeroplano de turno (¡que se me viene encima!), en una palabra «no soy actual» y *mañana* dirá que «no soy interesante». Y - tendrá razón: ya que conmigo se aburre: jamás he sabido jugar, no sé sino conversar y a él sólo le interesa el *Concours technique Lépine*, o los crucigramas de *Poslednie novosti*, o la nueva marca de coches. *Sans famille* (¿seguramente lo conoce?) - *no* le gusta, *Lord Fauntleroy* - no lo soporta, y yo estoy sola con sus (¡mis!) libros infantiles. Nunca, desde que nació - pese a haber estado incesantemente con él - he ejercido la menor presión en él. Es una persona ya hecha, con sus gustos ya definidos - y más. *Veo* lo desesperado de la situación - y, pese a todo, lucho - por mí en él. Pero - no lo conseguiré.

Con Alia es - aún peor (Mur por lo menos tiene mi físico - y mi *fuerza: el material es mío*). Alia, antes que nada, es el «ser armonioso» que yo nunca fui y que *siempre* desprecié: todo con moderación: hasta la inteligencia - con moderación, pese a ser muy inteligente, pero no tiene una inteligencia combativa (como yo), sino - amable, complaciente. Los cautiva *a todos* (¡sin excepción!). «-¡Qué razonable, cadenciosa, tranquila! - Y qué inteligente. Y - qué talentosa. Y - cómo teje: ¡tiene unas manos dotadísimas! Y qué maravillosamente bien juega con los niños…» Etcétera, etcétera. Ni un *punzón*, ni un *aguijón*. Cuando era niña me amaba *con locura*: era - *una enfermedad*, ahora ha pasado. *Me juzga* ininterrumpidamente: no le di educación secundaria (le di seis años de escuela de pintura), acabé con su infancia y su juventud (paseaba todas las mañanas de diez a doce con Mur cuando era pequeño - en el *maravilloso* parque de Bellevue, después en el bosque de Meudon y lavaba los platos con desgana) - durante muchos años *sola* los mantuve a todos y *no podía* sacar al niño a pasear por las mañanas. El otoño pasado, cuando al precio que fuera decidió ponerse a trabajar - el empleo era muy difícil y poco ventajoso y del todo incomprensible: asistente de un dentista - le dije: - «Alia, tú sabes perfectamente quién soy yo y qué soy. Necesito dos horas por la mañana para escribir. No tengo quien me eche una mano. Con tu trabajo me estás condenando a no escribir. *Piénsalo*». Su respuesta: - «¿Y usted pensaba que toda la vida iba yo a ser su *femme de ménage*[14]?». Y - mi

respuesta: - «Para *femme de ménage* trabajas demasiado MAL. Así trabajan - sólo las hijas».

Y - se fue a trabajar por 300 francos sin la comida (después fueron 600 francos) de las ocho y media de la mañana a las nueve de la noche, desvaneciéndose de cansancio - con tal de no estar en casa: no acompañar a Mur a la escuela y no lavar los platos. Y el resto del día, todo, era suyo: iba - adonde quería, desde los trece años gozaba de una libertad casi absoluta. No, soy *yo* quien le resulta insoportable: yo, porque no me parezco a nadie, porque internamente juzgo todo lo que no es de PRIMERA categoría. Conmigo es - *anímicamente* difícil. Y - los eternos reproches: - En ninguna casa se lavan los platos con agua fría. - En ninguna casa se cocina para dos días. - En ninguna casa se comen croquetas cinco días de siete. - (Seriozha y Alia - a coro) - sin entender que *para mí* sería infinitamente más fácil: lavar con agua caliente - servir - en lugar de las croquetas que toma mucho tiempo preparar, un plato «nuevo» cada día, por ejemplo *tranche de veau*[15] o - jamón. Que *no* es por avaricia, sino porque no hay dinero. Y todo esto causa irritación en ellos y en mí. Ellos están, en cualquier lugar, mejor que en casa - y yo estoy mejor con los demás que con ellos.

Óigame hasta el final. Por ejemplo: a Seriozha se le ha caído algo debajo de la mesa y busca a tientas (es *muy* alto, y en la cocina hay poco espacio). Mur, sin inmutarse, sigue comiendo. Yo: - Mur, ¡levántalo! ¿Cómo puedes seguir sentado cuando papá está buscando? Seriozha, ¡deje de buscar! - Seriozha no deja de buscar y Mur, tranquilamente, continúa comiendo - y reseñándonos el último folletín de *Poslednie novosti*. Ni una sola palabra - a mí, para apoyarme, y con cuánta frecuencia sí - para avergonzarme. O bien: - Yo no me mezclo en su educación. Lo que usted hace es - monstruoso. (*Delante de él.*) Y «monstruoso» es que yo, no pudiendo soportar más su plato *lleno* y su boca llena *de palabras*, acabo por coger la cuchara y metérsela en la boca. Entonces - el gran escándalo. Y es que Mur no para de hablar cuando tiene la comida enfrente: el almuerzo (sopa y croquetas) dura *una hora*. Pero en la escuela se porta de manera ejemplar, ya que como toda *fuerza* tiene sed de *poder*: sobre él. Pero en casa - la anarquía, y en casa *se consume*: - ¡qué horror de familia la nuestra!

Y así - el día entero. Más sencillo: así transcurre mi día. Y cuando vuelva Alia (ahora está en el mar) - será todavía peor, me da frío sólo de pensar en su tono frío e impertinente y su mirada igualmente fría e impertinente (tiene unos *inmensos* ojos azul claro) - y en esa su invulnerabilidad: que *no* es la mía. No es condescendiente conmigo. Yo soy - *vieux jeu*[16] una pobre mujer «enferma» que hoy, es evidente, tampoco durmió suficiente. - «Le convendría acostarse más temprano.» Temo que *no* amaré a sus hijos, - nadie me ha ofendido nunca de

esta manera. Todo el año pasado fue un auténtico suplicio. Ya que su padre - se pone de su parte: *yo* eché a perder su vida, *yo* la privé de su juventud convirtiéndola en nana (yo, salvo de diez a doce, estuve con Mur desde que nació, *todo* el día), *todo el mundo* me huye, soy *la comidilla del barrio* - y todo esto delante de ella. Y ella oye *fríamente*. Sin condescender.

Y luego: - ¡Mamá! ¡Su lectura fue prodigiosa! (en la velada). - ¡Mamá, qué hermosa estaba usted! - Mamá, fue maravilloso lo que dijo del verano «claro y manso»… ¿Para - qué? ¿Para qué - *esto*? Es - sentenciarse *a sí misma*. Porque yo soy - una, la misma: en el escenario - y en la cocina preparando las croquetas. Soy yo-preparando-las-croquetas quien escribió lo que leí-en-el escenario.

La hipersensibilidad a los ruidos - la conozco. A Mur: - ¡Deja de silbar! (yo misma, exasperada, ¡casi *silbando*!) A Alia: - ¡No cantes! La respuesta (suya) - Pero, a ver, mamá, ¿¡tampoco se puede cantar!? ¿Vivimos (arrastrando monótona la voz) en - la - cárcel, o qué? - Estoy trabajando. - Pero aun en la cárcel, que yo sepa, no está prohibido cantar. - ¿Y en el trabajo? - ¿Pero acaso en esta casa está uno - en el trabajo?

- y etcétera -

Yo, en voz baja, digo: - Esto es - un infierno.

Lenta y queda - la casa
Conmigo acabó.
Y con la verde pátina
De mi ilusión[17].

La clave del enigma está en que Seriozha arde en deseos de volver a Rusia, quiere ser un hombre nuevo, todo lo de allá - lo ha adoptado y no vive sino de eso, y quiere arrastrarme, pero yo no quiero y no puedo, yo - ese nuevo mundo en *cualquiera* de sus manifestaciones - lo odio, *yo* voy a él y no él a mí, y no se trata de la política, sino del «hombre nuevo» - inhumano, semimáquina - semisimio - semiborrego, y en general - un toro: *aborregado* (¡existen!).

Para mí, Natasha, *no hay futuro*. Me mudé y ya ni siquiera colgué los retratos - de Mur cuando era pequeño, de Borís Pasternak, de Rilke. - «Para tan poco tiempo - no vale la pena.» Y no es que vaya yo a tener, quizá, de nuevo un nuevo apartamento, no, tendré - un país nuevo, AJENO, en el que moriré enseguida: sola - contra ciento sesenta millones. A Mur lo perderé irremediablemente y para siempre. A Alia - *ya* la he perdido. (Tiene *veintiún años* y esto no es para ella una «niñería».) Estoy - completamente sola. Para Seriozha soy una «vieja costumbre» -

siente por mí los restos del apego que me tuvo: tenía diecisiete años cuando nos conocimos, y acababa de perder *trágicamente* a su madre y a su hermano. Pero la escritura es - *mi función*, una función en mí - como la respiración. Ahí me siento dichosa y serena. En este lugar del papel.

¿Qué pasará - en verano? ¿Querrá ir conmigo a la granja?
Tengo pocas esperanzas del mar.

> Nos quedamos aquí - yo y mi hijo:
> Los mares se volvieron - lagos:
> Quien tiene un billete de cinco
> diez
> No se puede pagar - ¡el océano!
> (1933)

Aún no he decidido: de cinco o de diez.

Aunque - quizá… Desde luego, sería maravilloso - al mar. Me gusta sobre todo en otoño, cuando todo el mundo ya se ha ido. Hay una islita que *no es cara*: la île d'Yeu (Dieu), ahí suelen vivir los rusos con pocos medios. En la Vendée. Sólo pescadores. Podríamos alquilar algo juntas. Y la vida en París - es barata. Se puede conseguir un cuarto por cien francos, - sólo que (como dice Blok) «justo bajo el tejado». También puede - si no la asusta la *banlieu*[18] - vivir en nuestra casa, en Vanves, - si nosotros ya estamos en la granja. Estamos a diez minutos a pie del metro. Pero todavía hay mucho tiempo - ya se decidirán las cosas. Mur termina la escuela el 1 de julio, - y usted (a usted) ¡¿cuándo?!

Terminé *Mi madre y la música*, ahora estoy escribiendo versos - QUE A NADIE LE HACEN FALTA.

Le mando un abrazo,

M. Ts.

[Añadido en el margen.]

Hace un tiempo espléndido. ¡Qué paseos podríamos dar! Más que espléndido - ¡álgido!

Tengo para usted un regalo maravilloso, pero es imposible *enviarlo*: la aduana. ¿No hay nadie con quien se lo pueda mandar? No olvide responderme.

No, no le diré qué es, pero es - *maravilloso*.

Y para el verano falta - mucho.

Es un regalo - para toda la vida.

No le cuente A NADIE de mí (de mis desgracias).

Ni a Asia, a Moscú, le escribo al respecto: odio la transparencia. A usted le escribo porque no me conoce - y me conoce, porque con usted me siento en la total libertad - *DEL SUEÑO*.

Entre Biely y yo no había nada en común, aparte de la trágica suerte del poeta: la perrunidad: la soledad. Y es que no existen los poetas, existe - el poeta. Uno en todos. Él y yo *LO* fuimos…

Usted tiene, se ve, un perro *maravilloso: ¡PSIQUÉ!* Hasta se lo leí a Mur. Mándenos una fotografía. ¡Qué mezcla maravillosa! A mí, de niña, por gruñona y por leal, me apodaban «mastín».

Pero quisquillosa - *desde luego*. Algún día le contaré.

Al mismo tiempo, Vera Búnina sigue siendo su fiel confidente y amiga; M. Ts. le contará la continuación de la historia.

A Vera Búnina

Vanves (Seine)
33, rue Jean-Baptiste-Potin
A 22 de noviembre de 1934

Querida Vera:

Si todas mis cartas son - confidenciales, ésta es - absolutamente confidencial, porque se trata de - mi fracaso, y no quiero que me compadezcan. Me juzgarán - de todas formas.

Mis relaciones con Alia, como usted sabe, en los últimos años se han deteriorado cierta y profundamente. Su estrategia ha sido - la acción muda. Todo en contra y en el mutismo. (Hubo algunas palabras, y terriblemente impertinentes, pero entonces el tono era - moderado. Palabras nimias, ninguna concluyente.)

Su padre la apoyaba en todo, la razón la tenía siempre - ella, y la culpable era - yo, incluso cuando pisó un saco lleno de arena para gatos y ésta, naturalmente, se regó, y durante dos semanas enteras - como jamás la barrió - la pisoteábamos a

toda hora porque estaba al lado de la puerta de entrada. La arena - el grano de arena, *todo* era así.

Durante el verano estuvo en el mar, en casa de unos judíos alemanes, y cuando volvió, por inercia se portó bien alrededor de diez días. Pero después recuperó su auténtico yo: la pereza, la insolencia, la indolencia ante cualquier trabajo, y las visitas incesantes a casas de amigos: huir de todo lo serio: tanto de su propio dibujo (tenía pedidos de moda), como del lavado de sus blusas. Cuando, después del verano volvió, le propuse uno o dos años de libertad, de no-trabajar, para que pudiera terminar su escuela de dibujo (estuvo estudiando tres años y de pronto lo dejó para ir a servir en casa de Gavronski, donde trabajaba hasta caer continuamente desmayada por una anemia y una flacura esquelética: herencia de su padre), y bien, le propuse que terminara su escuela (donde era la mejor estudiante y no pagaba por sus estudios) y obtuviera su título. - Sí, sí, perfecto, llamaré sin falta… (Variantes: iré, escribiré…) Pasaron siete semanas, - y no fue ni llamó ni escribió. Salía todas las noches - a visitar amigos o al cinematógrafo o a que le echaran las cartas o a algún debate, daba igual adónde con tal de salir - y volvía a la una. Por la mañana no se levanta, durante el día anda asueñada y malhumorada, impertinente todo el tiempo. Finalmente - yo: - Alia, o vas a la escuela o te encuentras un empleo, no se puede seguir así: todos trabajamos, todo el mundo - trabaja, esto - es un descaro.

Anteayer regresa de una cita con unas gentes nuevas que le han prometido alguna cosa. Va a su habitación, se pone a escribir una carta. Yo - a ella: ¿Qué pasó? ¿Crees que saldrá algún trabajo? Ella - desde el otro cuarto: Sí, se van a necesitar cuadros y, de vez en cuando, algún articulito, 500 francos al mes. Pero para eso tendré que alquilar una habitación en la ciudad.

Hice *de tripas corazón* y, por inercia (práctica y maternal) continué: - Es que no vivirás con 500 francos. Una habitación en París no se consigue por menos de 200 francos, te quedarán 300 - para todo: la comida, el transporte, la lavandería, los zapatos, - etcétera. ¿Para qué quieres una habitación? Ese trabajo puedes hacerlo en casa. Sólo hay que entregarlo. - No, estaré ocupada todo el día y, en general en una casa siempre hay trabajo (NB! Si usted viera el estado de dejadez de nuestra casa, es decir, hasta qué punto no soy exigente), y eso me va a… distraer.

Vera, ni una palabra, ni un pensamiento *para mí*, ni un gesto. «Alquilar una habitación.» Punto.

Nunca ha vivido sola, - el año pasado trabajaba, pero vivía en casa, en verano estuvo *en familia*. Ella sabe perfectamente que esto no es mudarse a una habitación, sino irse de casa - *para siempre*: de una «habitación» - no se regresa.

Aunque sólo fuera una palabra: - Quisiera intentar una vida independiente. O: - ¿Qué me aconseja, debo tomar este puesto? (Tengo la impresión de que el tal puesto no existe, pero aun si…) Pero - nada. Un muro de decisión inapelable.

Vera, hasta los catorce años me amaba - con locura. *Me daba miedo* ese amor, al VER que si yo moría - moriría ella. Vivía sólo por mí. Y *después de eso*: después de su primera infancia y mi también primera juventud, después de los horrores compartidos en la Rusia soviética, después de la maravillosa Bohemia que vivimos juntas, de la infancia de Mur: el parque de ensueño de Meudon, los felices veranos en el mar, y nuestro pobre bosque de Meudon-Clamart, después de toda la miseria compartida y sus - encantos (regalos de apenas unas monedas, árboles de Navidad deslucidos y maravillosos, los días de buenos mercados y demás) - ni un solo gesto.

Me (más justo sería decir *le*) hizo mucho daño Shirínskaia, poniéndola imperceptible y constantemente en contra de mi «tiranía», llenándole los oídos y el alma de chismes y habladurías, presentándole al primero que pasaba, incitándola a entrar en el partido de Shirinski[19], - ella necesitaba a Alia como adorno, o tal vez un poco también como hija mía - *adulándola* con todas sus fuerzas, aprobándole *todo* (¡vaya sistema!) y soñando siempre con teñirla de pelirroja. Con Shirínskaia yo, al intuirla, más aún, al *verla* en Alia, hace seis meses que rompí toda relación, pese a todos sus esfuerzos por conservarla. (Necesita - *¡a todo el mundo!*) Pero Alia seguía frecuentándola y perdiéndose. Y además - el empleo en casa de Gavronski y la amistad con esa asistenta suya medio retrasada - Volkónskaia (por el marido) -, una alumna de instituto tonta e histérica, que se enamoró de Alia con un amor de instituto, - celos, lágrimas, telegramas, adivinaciones mutuas del futuro, y demás. (Tiene treinta y seis años, Alia - acaba de cumplir veintiuno.) Y además está - PARÍS: la calle, la boina ladeada, los piropos en el metro, las mujeres fatales en las películas, *Lu et Vu*[20] con las loas a todo lo soviético, es decir, lo «libero»…

Vera, entiéndame: si se tratara de un *idilio*, de un *amor*, pero no hay - ningún amor, sólo tiene ganas de divertirse: nuevas conocencias, cinematógrafos, cafés, - París en libertad. No *dudo* (esa preocupación no la tengo) de que podrá colocarse de maravilla: le gusta *a todo el mundo* - sin excepción, es muy talentosa en *todos* los campos: la pintura, la escritura, las labores manuales, sabe hacerlo *todo* - y dentro de poco, estoy segura, llegará a ganar mil francos. Pero acabará con su salud, y tal vez - también con su alma.

* * *

Y ahora - juzgue usted misma.

Yo *no* me meto más en su vida. Si ella no tiene - un gesto, tampoco lo tengo yo. (No sólo exteriores, sino interiores.) Los remedios ordinarios no curan - casos extraordinarios. Nuestro caso era extraordinario y tal vez - incluso - único. (Conservo sus cuadernos.)

Y también mi actitud maternal hacia ella fue - un caso extraordinario. Y con todo fui - yo misma. No tome esta excepcionalidad como una alabanza, ya sabe lo que dice el pueblo: (Soy - un milagro. Ni es un logro ni me alegro.) Soy distinto - ni lo intento ni lo exento.

Si me dijeran: - así es para todo el mundo, y así ha sido siempre, no me aclararían nada, porque durante dos septenios (y esto es más «serio» que los planes «quinquenales») no fue como para todo el mundo ni fue como es siempre. Un caso - fuera de serie, que termina como todos. En *eso* radica - el misterio. Y «como todos» es - la mala mayoría, ya que hay una buena, y en la buena - no se actúa así. ¡Qué crueldad! Mudarse de habitación, reducirlo todo al traslado de las cosas. Yo, Vera, a la que toda la vida han considerado dura, no *los* abandoné - toda la vida, aunque a veces, ¡CUÁNTAS ganas tenía! de otra vida, de mí misma, de libertad, de verme en toda mi estatura, libre, simplemente - de una mañana apacible sin obligaciones. 1924, no, miento, ¡1923! Un amor loco, el más fuerte de mi vida[21], - me pide que me vaya con él, ardo en deseos de hacerlo, pero, *por supuesto*, me quedo: porque - Seriozha - y Alia, *ellos*, la familia, - ¡¿cómo van a vivir sin mí?! - «No puedo construir mi felicidad sobre la infelicidad de los otros» - ésa fue mi última palabra. Vera, no lo lamento. Ésa era - *yo*. Sencillamente no podía actuar de otra manera. (A aquél lo amaba - con locura.) A los catorce años, cuando leía *Anna Karénina*, sabía sin lugar a dudas que nunca abandonaría a «Seriozha». Amar a Vronski y quedarme con «Seriozha». Porque no-amar - es imposible, y eso *también* lo sabía, sobre todo en relación conmigo misma. Pero la familia en mi vida ha sido una evidencia tan grande, que nunca la puse siquiera en la balanza. Y llevarme a Alia a vivir con otro - en eso, para mí, había una *monstruosidad* tan grande, que le hubiera retirado el saludo a quien se hubiera atrevido a proponérmelo.

Le cuento todo esto para que vea lo caro que me ha costado esta Alia (Alia y Seriozha). Toda la vida he ardido en deseos de apartarme de ellos - y no por otros: por mí, para mí, para volver a mi soledad de soltera en Triojprudny[22] - ¡tan breve! Y también, es cierto, - para *poder* amar ¡a quien yo quiera! Quizás incluso - a todos. (No habría resultado nada de esto, pero digo - *poder*, poder - internamente.) Pero en la cuna me fue dado un don terrible - el de la conciencia: la imposibilidad del sufrimiento ajeno.

Tal vez (¡fui una imbécil!) sin mí habrían sido *felices*: ¡mucho más felices que conmigo! Ahora lo digo - con toda certeza. Pero ¿quién habría podido persuadirme - *entonces*? Yo estaba tan convencida (¡ellos me convencieron!) de que era *irremplazable*: de que sin mí - morirían.

Pero ahora soy para ellos, sobre todo para Seriozha, porque Alia ya se sacudió - un yugo, un castigo divino. Cada quien tiene su vida. ¿Mur? Le respondo con los signos de interrogación que acabo de escribir. No sé *nada*. Y es que ellos quieren *vivir*, actuar, *relacionarse*, «construir una vida» - aunque sólo sea la propia (como si fueran - ¡cubos! Como si se pudiera construir - así. La vida ha de surgir del interior - *fatalement*[23] - es decir, ser un árbol, y no una casa. ¡Y qué sola estoy - también - en esto!).

Vera, yo también tuve veinte años, incluso tenía dieciséis cuando por primera vez estuve *sola* en París. No volví con ningún sombrero, pero volví con un autógrafo *auténtico* de Napoleón (durante la Revolución - unos conocidos me lo robaron) y un busto *auténtico* del rey de Roma[24] en porcelana de Sèvres. Y un *pud*[25] de libros - en vez de un pud de trapos. Y una terrible tristeza en el alma, porque una maestra de la Alliance française me quería *poco*. Ése fue mi París - en plena libertad. No tenía «amiguitas». Cuando las chicas, dándose codazos, soltaban risitas - yo me levantaba y me iba.

* * *

Vera, mire qué episodio (acaba de ocurrir). Seriozha y Alia se aíslan de mí en la cocina y con la voz apagada - conversan (organizan el destino de Alia). Oigo… «y entonces, tal vez se arreglen las cosas entre tu madre y tú». - Yo: *No* se arreglarán. - Alia: «Madre» está oyendo. - Yo: ¿Cómo te atreves a hablar así de mí? ¿A poner madre entre comillas? - ¿También aquí hará alarde lingüista? Por supuesto madre, y no padre. (Tendría que haber oído ese «madre» - lleno de burla, de triunfo.) Yo - a Seriozha: - ¿Lo ha oído? ¿Qué siente cuando oye una cosa así? Seriozha - *Na - da*.

(Creo que en él hay un odio inconsciente hacia mí, porque soy un impedimento - a su nueva vida en su forma definitiva. Pese a que hace mucho que le digo: - Mañana mismo si quiere. Yo - no lo retengo.)

Además, delante de Alia dice que soy - idéntica a A. A. Ilováiskaia, que por eso la describí tan bien.

No, no soy idéntica a Ilováiskaia, soy idéntica a - mi madre. Cómo *abrazar* (¡como todas las mujeres!) en respuesta a la *ofensa* - yo - los brazos en ¡firmes!, o detrás de la espalda: para no matar. Y en casa me ofenden, Vera, todos los días y

horas. - Histérica. Tome valeriana. Necesita dormir más, no está usted en sus casillas. (NB! cuando todas las noches espero hasta la una de la mañana a que vuelva Alia - de haber estado con amigos, y después, por supuesto, no logro conciliar el sueño inmediatamente, no antes de las dos, y me levanto a las siete para llevar a Mur a la escuela. Jodasiévich incluso me regaló unos tapones para los oídos, pero… me da miedo: es horrible, - de modo que ahí están, rosados sobre una bandejita negra, al lado de la cama.) Alia salió a las hermanas de Seriozha que me detestaban y condenaron a muerte a mi segunda hija, Irina (no cumplía tres años), es decir, no quisieron hacerse cargo de ella un mes, mientras yo me instalaba; la sentenciaron a una muerte por hambre en el hospicio. - ¡Y decían querer a los niños! (✝ el 2 de febrero[26], el día de la Candelaria, de 1920, tras haber estado en el hospicio cerca de dos meses.) Y las hermanas trabajaban en los ferrocarriles y tenían un puesto espléndido y no les faltaba nada, pero estaban convencidas de que Seriozha había muerto en el ejército.

Hace un día prodigioso, Vera - pájaros y sol. Por la tarde iré con Mur a una casa donde estará una señora que quizá pueda colocar mi manuscrito francés[27]. Si tuviera dinero - los dejaría aquí, a Seriozha y a Alia, sería yo quien se fuera, me iría a algún lado con Mur. Pero así las cosas - hay que esperar a ver qué sucede y derramar las últimas lágrimas y las últimas fuerzas. Por primera vez en días pasados me flaqueó el corazón, - que es así: si no duro como la piedra - ¡constante como la yedra! No puedo caminar deprisa ni siquiera en plano. Y toda la vida - he volado. Me acuerdo de mi padre, de cuando por primera vez y de una forma que no era natural en él - caminó a mi lado lentamente por nuestro Triojprudny, perdiendo el paso si aumentábamos la velocidad. Fue nuestra última salida juntos - a Mary Lise, a comprarme una manta. (La manta - todavía existe.) Papá murió diez días después. Tampoco Andréi está ya. Ni Triojprudny (la casa). A veces creo que yo - tampoco. No, yo - *con toda certeza* - he vivido ya demasiado.

M. Ts.

Otra carta (a Vera Búnina, el 10 de enero de 1935) evoca a vuelo de pájaro la degradación de la vida familiar.

En casa las cosas para mí son muy difíciles, incluso (¡otro en mi lugar!) insoportables […]. Todo me es ajeno. Lo único que ha quedado intacto - es la conciencia de la bondad de Serguéi Yákovlevich y esa compasión por la que, en algún momento, todo empezó. De Alia otro día, aunque quizá mejor no hablar

de ella, ya que todo esto es - un veneno virulento. Y al pobre Mur lo despedazan, y la única salida que le queda es - la escuela. Porque nuestra casa más parece un manicomio.

Durante este tiempo, M. Ts. no deja de escribir: poemas, pero también, cada vez más, prosa autobiográfica sobre gente cercana como Andréi Biely (*Un espíritu prisionero*), o sobre su infancia (*Mi madre y la música, Las flagelantes, El cuento de mi madre*) o también sobre episodios de su vida actual (*El chino, Seguro de vida, El milagro de los caballos* - este último en francés). El 2 de febrero de 1935, un año después de que comenzara la crisis, Alia abandona definitivamente la casa. Unos días más tarde, M. Ts. hace el balance de la ruptura.

A la misma

Vanves (Seine)
33, rue J.-B. Potin
A 11 de febrero de 1935

Querida Vera:

Lo primero y más urgente: con Zéieler - todo se arregló, es decir, se ofendió mucho y me dio 150 francos. *Más* sólo le dieron al ciego Pleshéiev, al ciego Amfiteátrov y a Mirónov[28] - para su entierro.

Resultó que a Zéieler alguien (no dijo quién - por nobleza, pero yo *creo* que fue Yuri Mandelstam) le aseguró que yo ya había recibido 300, o hasta 500 francos de no sé cuál de los bridge, y él, naturalmente, dudaba si debía darme algo más. Pero - lo que es más importante para mí - resulta que él y las «damas» (Tsétlina, Eliashévich[29] y otras de mis *bêtes noires*[30]) - son cosas totalmente distintas: yo me indignaba porque *ellas* no daban (¿¡con qué derecho!?), quería *cubrirlas* de vergüenza, y resulta que no tenían nada que ver en este asunto. La culpa de todo la tiene algún cotilla ocioso, más aún, *mentiroso*.

A fin de cuentas con Zéieler casi nos hicimos amigos: él *también* parece un oso - ¡varios osos! (COMO UN OSO DE KAMCHATKA SOBRE EL HIELO[31]…)

O sea que todo está en calma. Gracias por su disposición a ayudar.

* * *

Lo segundo: en este momento estoy esclavizada externamente, pero liberada espiritualmente: se fue - Alia, y con ella una relativa (los últimos dos años - ¡forzada!) ayuda, pero en cambio también se fue lo insoportable de la constante resistencia y escarnio. Se fue, y hace diez días que exhumo rincones y hatillos llenos de mugre oculta, todo lo que *durante años* fue encubierto a mis ojos miopes y confiados. Había lugares en la cocina por los que la escoba no había pasado ni una sola vez. *Puds* de telarañas (¡me puse las gafas!) - y todo en ese tenor. Un desprecio crudelísimo e íntimamente-sincero por la casa. Simplemente la mugre se metía (¡meses enteros!) debajo de la cama, los trapos *se pudrían*, etcétera. - ¡Oh! -

Se fue «para ser libre», para actuar en no sé qué «estudio», vive en casa de unos y en casa de otros, - para unos teje, para otros barre (eso es lo que más me indigna, ¡después de una casa *así*!) - a todos les encanta… Porque es absolutamente divina - ni una espina.

Y yo, Vera, hoy *pude* acercarme al escritorio, por primera vez, a las seis, cuando empecé esta carta - y ya siento encima la amenaza de la cena. *Desde esta mañana* he sacado las cenizas de tres estufas, acarreado el carbón y barrido, he sacado y metido el cubo de la basura, he puesto y quitado (de encima de las estufas) las teteras, para no consumir gas, he hecho ocho trayectos de ida y de vuelta a la escuela de Mur (*total - deux heures*[32]), he preparado la comida, he lavado los platos, he limpiado el suelo de la cocina, he vuelto a llenar y a encender la estufa, a sacar las cenizas… Todo está lleno de ceniza, mis manos son - las de una carbonera, no se limpian.

Pero ya no tengo ni la resistencia ni la censura de Alia, ni su pereza cínica, ni sus boinas ladeadas, ni sus sentencias y tendencias contemporáneas, no tengo nada *ajeno*, para no decir más.

No tengo las modernas calles parisinas - *en mi casa*.

Se fue de repente. Por la mañana le pedí que fuera por un remedio para Mur - ese día era mi lectura de Blok y aún no había releído ni una vez el manuscrito - y ella se resistía: - Ya voy, ya voy… Y a los diez minutos otra vez: - Ya voy, ya voy… Y yo veía que estaba zurciendo sus medias, luego - leyendo el periódico, simplemente - *no iba*. - «Ya voy, ya voy… En cuanto haga esto y lo otro - iré…»

Y mientras más - peor. Cuando le dije que burlarse así de mí el día de mi lectura era - una infamia, - «Y qué más da, si ya está usted infamada». - ¿Qué? - «Más - imposible. No tiene sino que oír lo que se dice de usted.»

Pero sí era - *posible*, porque después de advertirle diez veces que parara - o le daría yo una bofetada - a la vez número once: con la frase: «Todo el mundo sabe que es usted una mentirosa» - se la di. - «No como a una hija adulta, sino como a

cualquiera que me hubiera dicho algo así - incluido el Presidente de la República.» (Lo que le juro.)

Entonces Serguéi Yákovlevich, furibundo (CONTRA MÍ) le dijo que no se quedara ni un minuto más, y le dio dinero para sus gastos.

Volvió varias veces a buscar sus cosas. No se llevó libros - ni uno. - Respiro. - Su partida es - definitiva. Ya no viviré con ella - *nunca más*. Aguanté hasta el límite. Pero, Vera, no soy la Elena de Balmont[33], cuya hija literalmente (aunque quizás incluso físicamente) le escupe a la cara. Yo, pese a todo - soy lúcida: ¿POR QUÉ?

Mi hija es la primera persona que me HA DESPRECIADO. Y, seguramente - la última. Si acaso - *sus* hijos.

El parentesco no significa *nada* para mí. Es decir, *interiormente* - nada. Aun cuando soporté durante *años*, internamente ni soportaba ni perdonaba - nada. Y esto nos regresa al «abuelo» Ilovaiski.

- ¡Vera! A través de mí Olia tendrá una gran herencia. Sí, sí, a través de mí, a través de *La casa del viejo Pimen*.

Fue - así. En verano recibí una carta de un abogado parisino, que yo no conocía, y que me proponía que nos viéramos. Fui con mi inseparable compañero y acompañamiento - Mur.

- Tengo para usted una buena noticia. Sé que está usted en la inopia. Es usted - la heredera de una fortuna considerable.

- ¿¿Yo?? Pero si no tengo a nadie, - de aquellos, - todos murieron ya. - ¿Es usted nieta de D. I. Ilovaiski? - No. - Pero ¿cómo? (Se lo explico.) - O sea que leí mal… Vaya, ¡qué lástima! Lo que pasa es que aquí se quedaron los papeles de Dmitri Ivánovich, y una dama de Niza pretende tener derechos sobre ellos… (se trata, *es evidente*, de una aventurera)… pero yo por su obra sabía que hay - una nieta, sólo que entendí que era - usted…

- No sólo nieta, hija - Olia Ilováiskaia, en Serbia, y también una bisnieta - Inna, hija del nieto Andréi. Pero también hay una nieta - Valeria. Tres generaciones de mujeres: Olia - la hija, Valeria - la nieta, e Inna - la bisnieta. Yo - no tengo nada que ver.

Y de nuevo el *refrain*[34] «qué lástima»…

El hombre resultó ser cordial, nos despedimos como amigos, - no paraba de lamentarse que *a Mur* no le tocara nada. (Mur lo sedujo con su formalidad y su voz de bajo.)

* * *

Le escribí a Asia para que averiguara la dirección de Valeria y de los abuelos polacos de esta misma «Inna» - Andréi se casó con una polaca. Nunca recibí respuesta.

Y en mi lectura de Blok - otra vez él. - ¿Qué pasa? ¿Dónde está la heredera? Porque la dama - no baja la guardia.

Hoy mismo le comunicaré la dirección de Olia. No se sorprenda de que entonces no le haya dicho nada a ella: para mí era importante ponerme *primero* en contacto con los de Rusia, aunque sólo fuera por lo difícil del asunto, - yo sabía que Olia era fácil de encontrar, quería encontrarlos - a todos al mismo tiempo. Le escribiré a Asia *otra vez* - con alegorías, por supuesto.

En todo caso Olia heredará - y, como hija - una buena parte. Y la aventurera - nada. (Y es que ambas somos - ¡*no*-nietas!)

Ahí tiene - mi secreto.

Pero en secreto - por el mal de ojo, en secreto - para el ojo, en secreto - por lo pronto. Cuando - la reciba, o cuando ella misma - lo diga…

Pero de cualquier forma, Vera, es fantástico que haya sido por el *Viejo Pimen*. Sirvió - el santo.

* * *

Y a mí - discúlpeme la letra. (La suya es - ¡preciosa! Nada que perdonar, todo que - agradecer: ¡LA PERSONALIDAD!)

Me alegra que le haya gustado *Mi madre y la música*. Y la madre misma - ¿le gustó? A ella se lo debo - *todo*.

* * *

¿Escribe? ¡Escriba, Vera! *Nunca* tiene uno el tiempo, pero hay que - escribir, y es que sólo así te sales de él, y sólo *así* consigues que *se quede*.

De todo corazón deseo que Iván Alexéievich se reponga pronto, - ¡qué contrariedad! Le mando un abrazo y mi cariño. Gracias por todo.

M. Ts.

Y usted - ¿no vendrá *jamás*?

Así termina lo que M. Ts. llama, en una carta a Ivask (el 8 de marzo de 1935), «*dos años de coexistencia insoportable*». Un poco más tarde le escribe a Gaidukévich (el 24 de abril de 1935):

- Este otoño, progresivamente, y en febrero - definitivamente se fue de casa mi hija - no para ir a casa de alguien, sino para irse *de* mí. Hace mucho que la convivencia resultaba insoportable: *todo* - para contrariarme. Y es que - ¡no es un inquilino en casa! *No* podía verla tal como es ahora: *mi* hija. Y - preferí *no* verla en absoluto. […] Sé una cosa: jamás volveré a vivir con ella. En casa fui pisoteada por ella. *Durante años*. Y he aguantado de ella cosas que incluso recordar resulta - atroz. A todos les cae bien, - que viva pues con ellos (con todos). *A mí - NO me necesita*. Pero en este momento no siento ni siquiera amargura. - El vacío. -

Y unos meses más tarde (el 14 de agosto de 1935):

Algo en mí se rompió: persigo los días y *me alegro* cuando terminan. Quizá - porque no tengo ningún *futuro*, porque ya todo - *fue*. ¿Qué tengo que esperar? ¿Nietos? Pero *ese* corazón mío ya se ha gastado. […] *Tengo miedo* de Mur.

A los hijos hay que darles todo sin esperanza alguna - ni siquiera de que vuelvan la cabeza. Porque - es menester que sea así. Porque - no puede ser de otra manera - *para uno*.

Esta dolorosa prueba no hace vacilar la idea que M. Ts. tiene de la experiencia de ser madre. Halla algo como un lema en una poesía francesa que cita a varios corresponsales, entre ellos a A. Steiger (el 30 de septiembre de 1936):

Existe lo maternal - pese a todo y por encima de todo. Hay una vieja balada francesa que habla de un hijo que lleva el corazón de su madre a su amada. Por el camino se tropieza y lo deja caer, y:

- Et voilà que le cœur lui dit:
- T'es-tu fait mal, mon petit[35]?

Después de haberse ido de casa, Alia se acerca cada vez más a su padre, cuyas convicciones prosoviéticas comparte; participa en sus actividades públicas o clandestinas, y se siente orgullosa de hacerlo. Encuentra trabajo en París, pero aspira a volver a la URSS. Su deseo se cumple el 15 de marzo de 1937: por fin puede tomar el tren a Moscú. M. Ts. cuenta este momento en una carta a Anna Téskova (el 2 de mayo de 1937):

Recibió el pasaporte, y hasta en forma de librito (los hay que son simples hojas), e inmediatamente se puso al equipamiento. La ayudaron - todos: empezando por Serguéi Yákovlevich, que gastó en ella hasta el último centavo, y terminando por conocidas mías, una de las cuales jamás había visto a Alia. […] En el vagón le hice un último regalo - una pulsera de plata y un broche - camafeo y también una crucecita - por cualquier cosa. La partida fue alegre - así parten sólo a la luna de miel, y no todas. Vestía sólo ropa nueva, muy elegante… corría de uno a otro, parloteaba, bromeaba…

Una vez en Moscú, Alia se instala en casa de la hermana de su padre y encuentra trabajo en las ediciones soviéticas en lenguas extranjeras, con el francés. Las cartas a la familia, que se ha quedado en Francia, muestran que su entusiasmo sigue intacto. En agosto de 1937, *Nuestra patria*, órgano en París de la Unión por la Repatriación, donde trabaja su padre, publica un breve ensayo de ella, firmado «Alia», en el que cuenta sus impresiones de Moscú. Es un elogio ditirámbico de la vida soviética. Una de las amigas más cercanas de M. Ts. en esa época, Irina Lébedeva, describe en una carta del 8 de agosto de 1937 la reacción que tuvo M. Ts. cuando leyó el ensayo: «Marina Ivánovna está atrozmente indignada por el éxtasis de Alia».

Alia misma, a mediados de los años treinta, en dos ocasiones evocará la relación con su madre. La primera, en la cárcel del NKVD en Moscú cuando responde a las preguntas de su juez de instrucción (noviembre de 1939).

En ese entonces, mi vida estaba completamente malograda… Tampoco en casa las cosas iban bien, había discusiones y roces entre mi madre y yo… Poco después, gracias a unos amigos, conseguí un trabajo como enfermera en la consulta de un dentista. Ésa fue la razón por la que me enemisté con mi madre de una vez por todas. Ella estaba decididamente en contra de que yo aceptara ese trabajo, mi ayuda era necesaria en casa y me pidió que eligiera: o vivir en casa o trabajar. «Pero si eliges el trabajo, todo habrá acabado entre nosotras.» Elegí el trabajo. […]

Este período de mi vida en la emigración fue el más difícil. El intento que hice de trabajar por mi cuenta acabó de una manera desastrosa […]. Mi jefe, tras explotarme un tiempo, aprovechó que me puse enferma para ponerme en la calle. «Volver» a casa (aunque en la práctica nunca la había dejado, y todo ese tiempo había seguido viviendo en familia), reconocer ante los demás y ante mí misma

que mi madre tenía razón, era algo que definitivamente no quería. Ya tenía yo cerca de veintiún años y era incapaz no sólo de vivir de forma independiente sino de ganar algo de dinero ya no digamos para la familia, ni siquiera para mí. […] No veía ninguna salida y decidí morir. […] Aprovechando un momento en el que no había nadie en casa, abrí el gas en la cocina. Pero mi padre, al que yo no esperaba, volvió por casualidad a casa y me sacó de la cocina en un estado de semiinconsciencia, me reanimó y tuvimos una conversación.

El segundo texto data del año de su muerte (primavera de 1975).

A nadie amé tanto en la vida como a mamá, - ni a mi padre, ni a mi hermano, ni a mi marido, e hijos no tuve. Siempre amé a mamá, pero hubo una época, en mi juventud, en la que quise que este amor coexistiera con algunos chicos y chicas, con el cine y demás, y mamá desdeñaba la diversidad no selectiva de mis intereses. En ese entonces mamá era demasiado para mí, y tuve que sufrir mucho y vivir mucho para crecer hasta comprender a mi propia madre.

14
Un amor en Suiza

A partir del otoño de 1923 y de la pasión por Rodzévich, la vida amorosa de M. Ts. es mucho menos movida. Para empezar, la relación con su marido Serguéi ha pasado a un plano muy distinto - al de la solidaridad y la lealtad, ya no el amor. En una ocasión le envía a Rodzévich, que se ha vuelto simplemente un amigo, esta descripción de Serguéi (el 15 de agosto de 1930):

Toda la vida me ha convencido de que sin mí no puede vivir, y así acabó con muchos - ¡de mis pocos! - días maravillosos.

Los «encandilamientos» son cada vez menos frecuentes. En 1928, M. Ts. conoce al hijo de una familia amiga, Nikolái Gronski, diecisiete años menor que ella. Aquel joven, al que ella trata un poco como a un hijo, escribe poemas y siente por ella una gran admiración; viven en el mismo barrio y se ven con frecuencia. Durante el verano, M. Ts. se va de vacaciones a Pontaillac, cerca de Royan; su correspondencia se intensifica con la separación, pese a que las tendencias homosexuales de Gronski quedan al descubierto. Debe reunirse con ella una vez que Serguéi esté de regreso en París, pero en el último momento éste renuncia al proyecto para quedarse con su padre y su madre, que están a punto de separarse. Cuando M. Ts. se entera, ve en eso el signo de su propio destino (el 1 de septiembre de 1928):

Mi ley es - el no-cumplimiento, el rechazo. El que no nos encontremos, el que no nos veamos, el que esto no se dé ahora - sólo exteriormente viene de ti. *Mi* ley - es que no se cumpla.

Esta amistad continuará hasta 1931. M. Ts. escribirá más tarde a Ivask (el 8 de marzo): «Yo fui su primer amor, él habrá sido - al parecer - mi

último». Gronski morirá en un accidente del metro parisino en 1934. M. Ts. dedicará varios textos a sus poemas.

Los encandilamientos de M. Ts., ya lo hemos visto, a veces tienen como objeto a mujeres. Y de ese modo, el mismo 1 de septiembre de 1928 en que le escribe a Gronski, también le envía una declaración de amor a su amiga Vera Alexándrovna Guchkova (1906-1987), entonces casada con el eurasiático Piotr Suvchinski; esta carta no tiene ninguna consecuencia. En sus cartas a Gronski, de esa misma época, escribe (el 7 de septiembre de 1928):

Amo a las mujeres como nunca podrá amarlas ningún hombre, soy para ellas *l'amant rêvé*[1], las *atraigo*.

Y, al hacer una descripción de su cuerpo (el 16 de septiembre de 1928):

En suma - esencia masculina en un cuerpo femenino (o más bien - la versión femenina de un cuerpo masculino). La naturaleza dudaba y en el último minuto se decidió.

Algunos años más tarde, se siente amorosamente atraída por su amiga Salomé Andrónikova-Halpern - que hace ya varios años la ayuda a subsistir.

A Salomé Andrónikova-Halpern

Clamart (Seine)
101, rue Condorcet
A 12 de agosto de 1932

Querida Salomé, hoy la vi en sueños con tanto amor y tanta añoranza, con una locura de amor y de añoranza tan grande que mi primer pensamiento, al despertar: pero ¿dónde he estado todos estos años, si he podido amarla de este modo (si, es obvio, la he amado de este modo)?, y lo primero al despertar - decírselo: mi último sueño de la noche (¡la soñé ya al alba!) y mi primer pensamiento de la mañana.

Había con usted muchas otras personas. Se hallaba usted enferma, pero no en cama, y muy hermosa (hasta el irritamiento, hasta el enternecimiento), la

iluminación - crepuscular, todo ligeramente mortecino para que sólo brillara mi añoranza (ya que el amor es - añoranza).

Yo le preguntaba una y otra vez *cuándo* ir a verla - sin que estuvieran todos aquellos - tenía ganas de desplomarme en usted, como de lo alto de una montaña al abismo, y qué ocurre entonces con el alma - no lo sé, pero sé que eso es lo que *ella* quiere, ya que el cuerpo = la autopreservación. - Era un paseo, incluso una *promenade*[2] - una especie de ceremonia - estaba usted rodeada (no estábamos juntas) de algunas amigas (casi un coro griego) - confidentes, cuyos rostros no recuerdo, pero tampoco los vi, era su fondo, su coro, pero a mí me estorbaba. Con usted, muy cerca, a sus pies, había un perrito - el gris, el que murió. También me acuerdo de que usted le sacaba a todos una cabeza, que sus amigas, que la protegían y disimulaban - no conseguían ocultarla. (Tengo la sensación de que en sueños vi su alma. Llevaba puesto algo blanco, amplio, que colgaba, que se derramaba, un vestido que continuamente era creado por su cuerpo: por el cuerpo de su alma.) Los recuerdos que ese sueño me dejó de usted son los de un alga bajo las aguas: sus movimientos. Un mar, ese que nos separaba, la mecía dulcemente. - Ningún acontecimiento; una cosa: la amaba yo con tanto frenesí (sin una palabra), quería ir hasta usted con tanto éxtasis, que en este momento estoy enteramente vacía (desbordante).

¿Adónde voy con todo esto? Hacia usted, porque *jamás* creeré que en sueños uno se equivoque, que el sueño se equivoque, que yo pueda equivocarme en sueños. (En todos lados - menos ahí.) Como fianza - esta nota, tomada antes del sueño: - Mi medio de comunicación preferido es - el sueño[3]. El sueño soy yo en plena libertad (fatalidad), ese aire que me es indispensable para respirar. Es el tiempo que hace, la luminosidad, la hora del día, la época del año, la latitud y la longitud convertidos en algo - *mío*. Sólo en el sueño yo soy - yo. Lo demás es - casualidad.

Querida Salomé, si en este momento estuviera yo en su casa - a su lado - pero es inútil seguir: usted no me soñó *así*, por eso usted - *ésta*, a mí - *aquélla* (¡todavía aquélla!) difícilmente podrá entenderme. Pero aquélla sí entendía, y si no respondía de inmediato, cuándo y dónde, si daba largas y postergaba, - lo hacía con una ternura tan fervorosa, que yo no la habría cambiado por ningún *cuándo* ni ningún *dónde*.

* * *

Querida Salomé, es inconcebible que después de siete años de conocernos, a usted, la más racional de las criaturas - yo, la más racional de las criaturas…

Si en este momento estuviera yo en su casa, seguramente ni la razón, ni los siete años de conocernos, ni la evidente necedad del sueño a la luz del día - *rien n'y tient*[4]! - con certeza - ¡me conozco! - me sumiría en usted, me ampararía detrás de usted, me protegería con usted de todo - del día, del siglo, de la luz, de sus ojos y de los míos, no menos despiadados. - La conciencia (a veces) es: no-reconocimiento, desconocimiento, olvido.

Salomé, gracias, después de esta noche soy más rica, más grande, más *distante*: en toda una añoranza - en toda una yo.

¿Le resultará tremendo leer esta carta? Para mí todavía no es tremendo escribirla. Me fue tan natural - vivirla.

* * *

Salomé, un escalofrío me recorre la columna, dese cuenta: confidentes, un coro griego, el ritual de la *promenade* pseudoclásico, mi visión nocturna de usted - la visión exacta que tuvo Mandelstam de usted[5]. Es decir que ante todo el *poeta que hay en mí* la vio así en sueños, es decir - que es verdad, es decir - que usted es así, es decir - ésa - es usted. No se pueden equivocar dos: uno soñando, otro despierto. (*Dos* poetas, como en general LOS POETAS (en plural) no existe, hay *uno*: siempre el mismo.)

Anoche usted fue el rostro exacto de mi nostalgia, que desde hace tanto tiempo no pedía rostros prestados: ni masculinos, ni femeninos. Y - una iluminación: ah, por eso hace siete años D. P. Sviatopolk-Mirsky no quiso presentarnos. Pero - ¿de dónde sacó (cómo supo) que yo - no paso la noche en mis versos, sólo en mis sueños, que él no conocía y en los que a mí no me conocía: a mí - sueñovidente? Y qué perspicaz era en sus celos (¡con siete años de antelación!) y qué salvajemente equivocado estaba - ya que amarla así, así, así como la amé a usted en el sueño de anoche (es - *¡imposible!*) - no habría podido amar - ¡ya no digamos a él! - a nadie, ni sólo a él, ni en ninguna realidad. Sólo a una mujer (lo mío). Sólo en un sueño (la libertad).

Ya que el rostro de mi añoranza es - femenino.

* * *

Querida Salomé, esta carta es profundamente-aconsecuente. ¿Qué hacer con esto en la vida? Y aunque supiera qué - entonces: ¡qué haría con esto la vida! (Y surgen

los versos:)

¿Conciencia? Presciencia
- y luego:
Presciencia de la conciencia
- y más:

La pre-ciencia (la ciencia - anticipada) es lo contrario de la presciencia[6] (el *post factum*, es decir, lo póstumo), no es un juego de palabras, sino de sentidos - y es más, no es un juego.

* * *

Hoy me dieron a leer en el periódico un artículo de Adamóvich[7] sobre la poesía en el que dice que yo, M. Ts., pese a que escribo bien, - *no sigo el camino de nadie*. ¡Salomé! Tiene toda la razón, sólo que para mí no es un reproche, sino la mayor de las alabanzas, es decir, la verdad sobre mí, que he dicho la verdad sobre los poetas: «*La verdad de los poetas es un camino en el que las huellas se cubren de vegetación*». Lo mismo la mía (esta verdad onírica, dada, a propósito de usted), esta verdad de mí hacia usted algún día se cubrirá de vegetación, pero yo a propósito no ando, me quedo en medio de mi sueño como en medio de un bosque, sintiendo con la espalda, que aquélla - usted (TÚ es - Usted) todavía está allá (aquí).

Salomé, es usted seca, es la sequedad misma (un cactus), y *mi* sequedad en comparación con la suya es - una fosa submarina. Yo nunca, ni una sola vez en siete años, la he visto amar algo hasta olvidarse de sí misma, pero ya que yo, precisamente a usted, sin ninguna causa exterior, sin pensar en usted y es más - habiéndola *olvidado* - la vi así, *ésa es* usted, hay - otra usted. Si no, toda yo - con mis versos y mis sueños - no valgo *nada*, estoy - ¡equivocada!

* * *

Termino en plena tormenta, con unos truenos que retumban como los que llevo dentro, con el fragor encontrado del trueno y el corazón, con unos relámpagos iguales a los relámpagos de mi clari-videncia - por usted: míos - para usted. Ya que - valore el tacto de mi corazón, pese a ser atronador - usted en sueños no me amaba así (dos no pueden amar así - es imposible - ¡no hay lugar!).

- Salomé, se acaba de ir la luz, ¡para que sólo quede el relámpago! Le escribo en la oscuridad de la tormenta - y bien: usted, en mi sueño, no me amaba, sólo caminaba embelesada por mi amor, usted *caminaba* para que yo la *viera*, usted

simplemente se lucía, pero no con ese lucimiento de yegua que tienen las mujeres hermosas, sino con la belleza de un ser amado e imposible.

* * *

Dulce Salomé, esta carta no tiene fin, será la única, la primera y la última de mí (en toda la amplitud del asunto) para usted (en toda la amplitud - de usted, que sólo usted conoce). Y aun cuando finalice - como el sueño de anoche y, ahora, la tormenta, - en mí no acabará - en mucho tiempo. Seguiré andando y diciéndole - siempre las mismas palabras, inútiles, impotentes, aconsecuentes, divinas.

Querida Salomé, mejor no me responda. ¿Qué se puede responder a esto? No es una pregunta - ni una solicitud - es un simple jirón *del cielo del amor*. Se lo regalo - en respuesta a todo lo que en ese sueño (ahora ya - *¡ése!*) me dio - usted.

* * *

Sé otra cosa, que en nuestro próximo encuentro - dentro de un día o un año - o: un año y un día (¡el plazo de los objetos hallados y el plazo vedado de los cuentos de hadas!) - con gente, sola, donde sea y cuando sea que nos encontremos, la veré (en mi interior) de una manera *distinta* a como la he visto a lo largo de estos siete años, quizás incluso baje los ojos - por la imposibilidad de *disimular* - por el desespero de *decir*.

Marina

P. S. - 14 de agosto de 1932

Pero de todas formas (acepto mi abulia) quisiera saber, Salomé, de usted: dónde está y qué hace y cómo se encuentra de salud y qué le produce alegría y si se alegra usted.

Y es que de golpe (han pasado dos días) no puedo perderla - toda. Ya ve - es un acuerdo común y corriente con la vida.

* * *

Una cosa más: ¿se acuerda?, una vez estuvo batallando toda la noche con un pañuelo (para el cuello), cuyo encanto radicaba en la soltura. - ¡No puedo ponerme estas prendas que no se quedan en su lugar! - creo que eso fue lo que dijo y, finalmente, con disgusto - se lo quitó. Recordé esto al acordarme de aquella prenda - la de su andar nocturno (¡a lo largo de mi alma!) - que, a todas

luces - no era suya, ya que, a todas luces - alguien se la había puesto encima. Y usted, Salomé, en mi sueño estaba en libertad, esa libertad que en la vida usted no sólo no busca, sino que - *no soporta*.

Ah, y al pie mismo - de la hoja y del sueño - entendí: eran simplemente los *Campos Elíseos*, no éstos - aquéllos, y si a lo largo de siete años seguidos no vi nada es sólo porque no presté oído *al sentido de la palabra*.

[Añadido en el margen:]

(NB! ¡¿Qué tiene que hacer aquí -Théodore Deck[8]?!)

La relación con Salomé no se verá modificada por esta carta; ella seguirá dándole apoyo financiero a M. Ts. hasta 1934 (y se mantendrá en contacto con ella hasta su vuelta a la URSS).

M. Ts. a menudo tiene la impresión de que toda su vida amorosa ha sido un fracaso. Escribe en su cuaderno (el 1 de septiembre de 1932):

Por qué la gente (los hombres) no me amaban

Porque no amaba a la gente.

Porque no amaba a los hombres.

Porque en vez de a los hombres, amaba las almas.

En vez de a la gente, alrededor, arriba, abajo.

Porque daba en demasía.

Porque exigía demasiado poco.

No exigía nada.

Esperaba demasiado (*todo*) - y no para mí.

Esperaba demasiado *pacientemente* (cuando no venían).

Nunca me defendía.

Siempre perdonaba.

Lo perdonaba todo, salvo las blasfemias contra el Espíritu Santo, es decir - a Ehrenburg no le perdoné que blasfemara contra un *héroe*[9], a Helikón[10] - (su incomprensión, su sordera y su ceguera en relación con) Vrúbel y Beethoven - etcétera - etcétera.

Perdonaba todo - lo personal, nada - suprapersonal.

Perdonaba todo - mientras fue personal, perdonaba todo - mientras fue contra mí (aunque ¿¿dónde termino - yo??) pero cuando entendí, cuando

consciente de a quién, de qué insultaban y humillaban en mí, no perdoné nada más, me replegaba (me recogía) *toda* entera me des-abrazaba.

Por eso (temían), porque temían «vincularse».

Porque así sencillamente «vincularse» - es imposible.

«Desvincularse» - es imposible.

(NB! Por otro lado, ¡también esto lo superaron!)

Porque tengo - un nombre (y esto cuenta).

Temían mi lengua mordaz, mi «inteligencia masculina», mi verdad, mi nombre, mi fuerza y, creo, más que nada - mi arrojo -

-y-

lo más simple:

- simplemente no les gustaba. «Como mujer.» Es decir, les gustaba poco, porque de esa mujer había - poco. Y si les gustaba, les gustaba infinitamente menos que cualquiera que pasara, a la que amaban infinitamente más.

Y - con razón.

Y unos años más tarde (el 16 de febrero de 1936):

Mi *tentativa* de presencia siempre quebraba - no las vidas (¡gracias a Dios! de eso es capaz cualquier modistilla), sino el núcleo mismo de la vida. - Esto no es vida, es algo como un sueño… Con usted uno no vive, ¡planea! (O - «flamea») - y me lo decían *de manera distinta* que a una modistilla o a una actriz, aunque sólo fuera porque no lo decían *con alegría*, sino con temor, con un embeleso-atemorizado - y lo atemorizado vencía, es decir que el hombre escapaba de las garras de águila de mi *embeleso*: del embeleso - escapaba - o yo misma lo soltaba - y - ¿se quebraba?, *no*, frotándose la frente o la nuca - se enderezaba como si fuera de goma. Y seguía viviendo. Yo también - seguía viviendo, es decir, seguía escribiendo. Es la historia de todos mis amores.

Durante el verano de 1936, M. Ts. tiene un nuevo encandilamiento. Un joven poeta ruso de la emigración, Anatoli Steiger (1907-1944), le envía un largo opúsculo de poemas; ella le responde; él le contesta enviándole un largo relato de infancia. Steiger está enfermo de tuberculosis y es infeliz, lo que infaliblemente despierta el afecto de M. Ts., a medio camino entre lo maternal y lo amoroso. Steiger vive en Suiza, ella pasa el verano, con Serguéi y Mur, en los Alpes franceses, en

el castillo de Arcine, con unos amigos rusos que tienen allí una pensión y que comparten la sovietofilia de Serguéi. Ella todavía no ha visto personalmente a Steiger, pero como ocurrió con Bájraj, la intensidad de sentimientos crece de carta en carta, sobre todo cuando no tiene noticias de él.

No se sorprenda de lo gigantesco de mis pasos hacia usted: no tengo a *nadie* más…

le escribe el 8 de agosto de 1936; y, dos días después (el 10 de agosto de 1936):

Cuando hoy pensaba en la habitación en la que usted y yo viviríamos y mentalmente la medía - y desechaba - una tras otra - todas las conocidas y desconocidas, de pronto entendí que esa habitación - no existe, porque la nuestra ha de ser una *no*-habitación: la negación de una habitación, lo contrario de una habitación, es decir: la habitación del sueño, que crece y decrece, que aparece y desaparece según las exigencias del funcionamiento interior, con - cuando-haga-falta - una puerta, y - cuando *no*-haga-falta - la imposibilidad de la puerta. Una habitación de sueño (¿usted sueña?), esa habitación que reconocemos enseguida - y a la que se parecen *un poquito*, en nuestra memoria, nuestras habitaciones infantiles.

Unos días más tarde, le explica (el 21 de agosto de 1936):

Al haber traído hijos al mundo (hablo de mi hijo, de Alia - ya le hablaré en otra ocasión) - estoy *obligada*, mientras él tenga necesidad de mí, a darle a él la preferencia frente a: la poesía, usted, yo misma, - frente a todas las ilimitadas extensiones de mi alma. Fáctica y físicamente - preferirlo. Con eso compro (¡toda la vida la he comprado!) mi libertad interior - inmensa. *Sólo por eso escribo los versos que escribo*. Usted y yo tendremos que vivir y que ser en *esa* libertad. Nuestro reinado - *no* es de este mundo. […] Sepa que en cada uno de mis juegos - la apuesta siempre he sido - yo: incluida la inmortalidad de mi alma.

Una semana más tarde, le cuenta su visita a una mujer que echa las cartas.

A Anatoli Steiger

St. Pierre-de-Rumilly (Haute-Savoie),
Château d'Arcine
A 29 de agosto de 1936, sábado,
entre las dos y las tres de la tarde

(Copiado de mi cuaderno de borradores, en donde lo anoto - todo.)

Para tomar notas sobre *Fausto* (esta vez no - el de Goethe, sino el popular: *Historia von Doktor Johann Fausten, dem weitbeschrieenen Zauberer und Schwarzkünstler, wie er sich dem Teufel auf eine gewisse Zeit verschrieben, was er hierzwischen für seltsame Abenteuer gesehen, selbst angerichtet und getrieben, bis er endlich seinen wohlverdienten Lohn empfangen - 1587*[11]. -

- Le saco punta a mi lápiz y rodeando el castillo entregado a la siesta - evitando a los perros dormidos - por un calor terrible que hace crepitar los pinos como si los estuvieran asando - camino con mi libro - sin rumbo fijo, es decir, más o menos sé que saldré a la banquita de arriba en el camino a Saint-Laurent. Y de pronto me doy cuenta de que estoy yendo hacia la adivinadora. Pero para llegar hay que encontrar aquellos peñascos, donde, según dicen, vive. Los peñascos son - muchos: más altos - más bajos - más cerca - más lejos - ¿dónde será? Desde arriba veo un grupo de piedras - no parece ser ése, no hay una sola casa, y *más abajo* - otro - y - sabiendo que debo subir - bajo. Tres grandes piedras, abajo está el Born (como está escrito en el puente: *Le Borne (der Born, Oheim Kühleborn, Ondina*[12]). - No es eso. - De regreso vuelvo sendero arriba por un camino muy empinado. Encima de mi cabeza - si la levanto bien alta - una colina peinada con una vaga cresta rocosa. Me encaramo en las inmediaciones de una casa solitaria, por una pendiente - recientemente segada - rasurada, que a todas luces le pertenece, llego a una tapia de piedra - no muy alta pero muy incómoda - oigo vagamente una voz masculina: - *«En voilà encore une qui…»* [13] (y - *une*[14] - lleva un vestido azul cielo con volantes, muy amplio y anticuado - y ¡tiene la cabeza *cana*! Pero trepa *como cabra*: sin trabas) - y así, me apoyo en la tapia y no deseando sorprender *más* - a la voz y a su interlocutor, es decir, atravesar francamente como cabra - busco una brecha en la tapia, y de ese modo, por piedras sueltas, la atravieso. Nueva subida, ahora ya es a plomo - ya es boscosa. Trepo y siento - *ahí es*. Mi corazón retumba (lo oigo con mis propios oídos) a más no poder: ¡tum! ¡tum! ¡tum! - pero - es agradable, no me sofoco, es pura emoción. (Así, por otro lado, a veces - se rompe.) Justo antes de la cima, descubro un pequeño sendero que me ha acompañado todo el tiempo, pero decido terminar como empecé - por la pendiente. Llego a la punta. *Éstos* son los

peñascos. (El sudor se escurre y se seca. Pruebo una gotita - es salada como una lágrima. También la sangre es salada. Al hombre no le ha sido dada - *la alegría*.)

Voy por un sendero que serpentea entre los peñascos, por momentos - escaleras. La altitud, la lejanía, abajo el Born, nadie, nada. El sendero sigue el contorno de los bajos de las rocas - lo sigo yo con él, simplemente lo *obedezco*, y sin ver nada hasta el último momento (camino unos cinco minutos entre pinos y peñascos) - llego a una casa. Una vieja granja. (*Hof*[15].) Paso una puerta - cerrada (evidentemente - el establo) - y otra - también cerrada - y una tercera igual (distintas construcciones al parecer), pero la cuarta - está abierta. Tinieblas.

Una vieja muy vieja, de cara redonda y mejillas encendidas, sobre una mesa negra (de vieja) y limpia (de tanto servir) plancha una falda negra. - *Bonjour, Madame… On m'avait dit - pardonnez-moi si je me trompe… - C'est bien Vous - la tireuse de cartes*? - *C'est moi, c'est moi, entrez, Madame*[16]. (En su voz - el sosiego - del que sabe, en la mía - el desasosiego del que quiere saber.) - *Les autres m'avaient dit que vous tiriez très bien les cartes… Et je suis venue comme les autres*[17].

Pasamos a la *habitación* (la otra era la cocina) - nos sentamos. En la mesa está extendida la baraja. - *Je viens de commencer un très beau jeu de cartes. Ça* nous *portera chance*[18]. Nos sentamos la una frente a la otra, nos miramos la una a la otra, en el centro está - la baraja. - *Madame, avant de commencer à faire les cartes pour moi*[19] (percibo lo suplicante de mi voz e intento dominarme: para no asustar, porque así piden - sólo por un crimen - *o un indulto*)… Je voudrais vous demander: est-ce que Vous pourriez aussi faire les cartes pour un absent[20]?

Su rostro imperceptible e inmediatamente - se pone en guardia. - *Mais ce ne sera pas pour rire? Je n'aurai pas d'ennuis? Ça ne sera pas pour me moquer? - Non, c'est très sérieux. C'est lui qui le veut et il le veut très sérieusement. D'ailleurs - il ne se moque jamais*[21].

(El relato de qué cara le costó la verdad - le echó las cartas a una muchacha para su amado - y descubrió que el amado pretendía no-casarse, sino - sólo así… y se lo dijo - a la muchacha, y la muchacha se lo dijo - a él, - y lo rechazó - y el amado se enfureció y fue con la adivina *et m'a démoli deux chaises - «Et ce soir on publie les bans»*[22] (de ella - con otro).

- Ceci, c'est pour vous ou pour l'absent? (Yo, ávida de eso primero - no sé - qué.) - Ceci, c'est pour moi[23].

- C'est comme ça qu'on brasse. (Baraja tres veces.) Ensuite.

- Vous coupez[24]. - Hago exactamente lo que me dice. (Las cartas son pesadas y se manejan con dificultad.) Corto y - a un vago gesto imperceptible que hago en dirección a ella: - *Oh, non, non! Je n'ose plus y toucher*[25]!

(Me salto - lo que me dijeron las cartas.)

* * *

[A partir de aquí, la carta está escrita en francés.]

Para el Ausente

- ¿Cuál es su nombre de pila? - Se lo digo. - Lo repite. - Hay muchos juegos - ya que no es el mismo juego - es el gran curso de los días.

El gran curso de los días

Cansado, viajado, enfermo. Recorridos por hospitales. - ¡He aquí la carta de las grandes sorpresas! - En este momento está curado. - ¡Toda esa gente! - ¡Toda esa gente! - Ha sufrido *muucho*, es un buen chico, un muy buen chico. Tuvo mucho dinero, recuperará algo, es muy inteligente. - ¡Aquí está la carta! - lo debilita un poco la enfermedad, está muy nervioso. Quiere mucho a una dama (con aire incómodo y decidido): la quiere mucho a usté, y usté lo ha visto - hace ya diez meses - hace diez cartas - ¿o será diez años?

Es alguien por quien siente usté cariño, es pariente suyo. Había adelgazado mucho, pero ha vuelto a ganar un poco. La querida pequeña - el as de corazones. Se porta muy bien, es un *buen chico. Muucho*.

Todo el mundo lo descuidó, usté le abrió los brazos - estaba realmente en peligro - está fuera de peligro. No hay muerte - la habría deseado, a partir de cierto momento. ¡No! ¡No! ¡No! No es la muerte. Le quedan muuchos días por vivir.

Es alguien que la *quiere*, es un pariente, es como su *hijo*. ¡No me diga nada, no me diga nada!

- ¡He aquí la carta! -

(Este retraso, este hombre, este amigo fiel…)

Lo tengo a su lado. Pero si es él - ¡el pequeño valet de corazones! Nuevos acontecimientos la acercan a él: no se pasarán diez años sin verse de nuevo.

Hay otro joven; ¿está cerca de él? Oh, ¡válgame!

Hay otra gran dama que ha sufrido por él, enferma a su vez… gran sorpresa, gran felicidad…

… No escribe, pero es porque está algo trastornado luego de su enfermedad. En un hospital uno no hace lo que quiere. Muy nervioso, algo trastornado. Veo claramente una carta, pero esto no es para mañana. Quizá no será él quien le escriba, será un enfermero.

(Larga pausa.)

- ¿Me lo ha dicho todo? - Nunca hay que decirlo todo. Hay cosas que uno tiene que guardarse. Sólo tengo que decir el tres por tres. El tres por tres. Ya le he dicho demasiado.

- Entonces, ¿ya acabó usted? - Ya acabé, y no se preocupe: *se curará*. Entonces, ¿no dirá usted nada más? - Querida señora, ya le he dicho demasiado.

- Entonces seré yo quien le diga: está en un hospital, lo acaban de operar, no me escribe, no conozco a sus padres… y no me atrevo a escribirle muy a menudo - y no sé nada de él - y es por esto por lo que vine - a preguntarle a usted - que sabe.

Señalando la dama de tréboles cabeza abajo, con aire compasivo: - ¡pobre chico! Lo sabía: *andaba yo muy cerca*.

… ¿Cuánto le debo? - Cada quien da lo que puede. Siempre me parece bien.

Pongo el dinero en la mesa. - ¡Oh, es demasiado, es muy demasiado! Va a pasar usté apreturas.

- Tómelo. Me ha hecho usted mucho bien.

- Hay muchos juegos. Es el primero. Y aunque no la reconozca - cuando vuelva - ¡vienen tantos! - la reconoceré por su juego. Por mucho que tenga un gran abrigo blanco, y el pelo peluqueado, y que esté maquillada - la reconoceré por sus cartas. Su juego será siempre el segundo. Por mucho que la olvide, como he olvidado sus cartas - las cartas hablarán. Existe el gran curso de los días. Existe el tres por tres. Y tantos y tantos otros…

- ¿Quién le enseñó a echar las cartas? ¿Le viene de familia?

- No, Señora. Empecé a los diecisiete años. Estaba con una dama que sabía echar las cartas. Pero lo hacía para sí misma. Una noche me mandó a hacer un recado - y pasé miedo. Por la mañana había estado echando las cartas y me había dicho - veo a alguien correr - y fui yo quien tuvo que correr, porque por la noche me mandó a un lugar malo, y le dije que había unos gamberros que me habían estado molestando - pero en realidad era *lo contrario*. Si hubiera sabido echar las cartas - no habría ido… Me despido. Volveré. Volveré para que me tire mi segundo juego, *nuestros* segundos juegos. Que sea feliz, buena señora, y trate de disfrutar un poco, y muchas muchas gracias.

[Añadido en el margen.]

Lo anoté ahí mismo, mientras ella hablaba, palabra por palabra - el 29 de agosto de 1936, en los peñascos que coronan Saint-Pierre, en sábado, después de las dos de la tarde.

M. Ts.

La salud de Steiger es su preocupación constante.

Al mismo

St. Pierre-de-Rumilly - Haute Savoie - Château des Arcine

A 31 de agosto de 1936 - inmediatamente después de haber recibido su carta, lunes

¡Mi niño! Vayamos *al grano*. Hizo usted muy bien en no venir, se portó como un animal bueno e inteligente que decidió reponerse en su madriguera. (Si hubiera usted venido, yo habría recibido un golpe de alegría que no imagino siquiera. Siempre tengo la sensación - de que moriré o de alegría - o de miedo.)

Pero dejemos su - no-venir y hablemos de - su venir.

Paralizada por su silencio, por la perseverancia de su silencio, cada vez más *grande*, por el *peso* del silencio - que yo sentía encima, paralizada interior y exteriormente, no emprendí nada definitivo - ni podía emprenderlo. Sólo pregunté en casa, *hasta cuándo* estaré aquí, y también - y también - a una de mis conocidas - si podía prestarme temporalmente la suma necesaria. Hasta cuándo - no se sabe todavía, pero tendré el dinero de un momento a otro (a su disposición en caso de necesidad - la que sea - recuérdelo). Ahora *todo* depende 1) del grado de su restablecimiento, 2) de la duración de mi estancia aquí, que no depende de mí.

Querido, *sé* que no le estoy escribiendo *del tema*, pero es que (por lo pronto) soy impotente *en el tema* - porque desconozco el estado *exacto* de sus pulmones y, en general, su estado físico: su resistencia, su apetito y su capacidad de asimilación, desconozco su material físico - por favor, escríbame con seriedad y detalle y no a lo caprichoso. (Por ejemplo «me quitaron algo junto al hígado» - ¿qué respuesta es ésa? ¿Acaso a usted mismo no le interesa saber - qué?, y aun si a usted no le interesa - ¿acaso no entiende, acaso no ha entendido hasta ahora - *qué significa usted - para mí, todo*, tanto con sus versos - como con sus tripas?) Pero -

al grano: escríbame *todo* lo que sepa de su estado físico - y más que lo que sepa, lo que averigüe, para que lo sepa - yo. Entonces - podremos hablar.

* * *

Otra cosa: supongamos que su próximo viaje a verme, hacia el 15 de septiembre - no se realice - o porque no se haya usted repuesto lo suficiente, o porque tenga yo que marcharme antes - qué quiere, elija usted: que vaya yo a verlo en otoño a Schwendi - no para estar allá una hora (ahora, en el mejor de los casos, habría sido *una hora* - si acaso eso es pensable - en un día - de Arcine a Schwendi - en un día - con la imposibilidad de pasar la noche, ya que estoy *sin* pasaporte internacional y *no puedo* conseguir una visa) - no para estar allá una hora, sino varios días. Mi pasaporte internacional está en París, y allá tengo amigos, y ellos pueden ayudarme con la visa. Sólo - un detalle importante - ¿dónde voy a vivir en Schwendi? ¿*Se puede* vivir allí? ¿Es (además de sanatorio) - una aldea? ¿Hay habitaciones - de alquiler? ¿Los precios son - astronómicos o humanos? (Aunque toda Suiza es - astronómica, sólo los mecheros son - humanos.) Y si no es en Schwendi - ¿dónde? Para que podamos vernos todos los días. ¿Podremos vernos todos los días?

Segundo: querrías - *tú* - venir en otoño a París - y ahora te digo para qué. Tengo un amigo - una mujer - rusa - maravilloso médico y persona - y con un maravilloso don (*génie*[26]) para la medicina[27]. Cuando - en 1929 - a una persona muy cercana a mí nadie le encontraba nada en los pulmones - ella fue la primera en oír algo y dar la alarma y consiguió que se le trasladara de inmediato aquí - desde donde escribo. Es muy minuciosa y, al mismo tiempo - *le grand coup d'œil*[28], es decir, jamás examina al paciente limitándose sólo al órgano enfermo, sino - invariablemente tomando en cuenta el conjunto total, físico y espiritual - de la persona - la correlación de todo con todo. No sólo creo en ella ciegamente (qué importa aquí mi «yo» y mi «creo»), sé, por catorce años de experiencia, la mía y la de todos mis amigos y conocidos e incluso de extraños - que *no* puede haber un médico mejor.

¿Quieres que vayamos a verla? Nos dirá toda la verdad - todas tus posibilidades e imposibilidades - tus perspectivas - tus prohibiciones - y te presentará tu yo físico como en la palma de la mano. Es muy cariñosa (y *a mí* me quiere mucho) y definitivamente especial, con el mismo *génie espiritual* que médico. (Es una emigrante de la época zarista, hace veinte años que vive en París, ha practicado ininterrumpidamente, trabaja con los profesores más importantes, tiene acceso a todos los médicos famosos (las eminencias) que *siempre* - sin

excepción - confirman su diagnóstico.) Y es una persona cercana a mí, y a ti te tratará como a un ser cercano.

- ¿Quieres? Entonces *tú* vendrás, encontraré donde puedas alojarte en Vanves, a mi lado, y estaré contigo todo el tiempo que tú quieras y puedas. (Y por la mañana iré a saludarte.) Serás mi *huésped*. La ciudad está aquí - al alcance de la mano: 7 minutos andando hasta el metro y lo mismo hasta el autobús.

Pero - ¿cómo caminas? (Cuántas preguntas - y cuánto más fácil sería…) Es decir - ¿cómo caminabas antes de la operación? ¿Te sofocas? (Ahora estoy contenta de haber acompañado en aquella ocasión a tu hermana - era - un poco - como si fueras tú.) ¿Soportas las subidas? - ¿Cuáles? Y ¿hay alguna subida con la que no puedas? (No hablo de montañas, sino dentro de la escala de una ciudad con colinas. Aunque, a la salida misma del metro - hay una parada de automóviles, y en coche - en un minuto estás en casa.) Con más detalle: ¿sientes que estás - *en subida*? (En una subida imperceptible para la vista.) Y en general - ¿qué tienen tus pulmones? Quiero precisión. (Hay el izquierdo y el derecho, la parte superior y la inferior - el centro, pongámoslo así: ¿¿*qué tienes* - en cada una y en cada uno??)

O sea que - decide qué te conviene más. Y decide - con un poquito de antelación, aunque sea a manera de plan. A mí me encantaría que ella te viera. (Se llama Margarita Nikoláievna, su casa está en París - la única a la que llego sin invitación - puedo llegar a cualquier hora del día - y del no-día - a cualquier hora - del alma.)

Entonces, junto con Margarita Nikoláievna, lo aclararemos *todo*: te aclararemos - y todo será más fácil - para ti y para mí.

* * *

De *mí*, en cambio - ahora - no quiero escribirte, me lo trago. Estos días (de tu silencio) han sido de los más difíciles de mi vida. (Que sepas, de una vez y para siempre, que no exagero *nada*: que *todo* lo minimizo.)

Ahora *una sola cosa* es importante: tu salud, y la mía en relación contigo - sólo porque puedo ayudarte: desde ayudarte hasta distraerte.

Una cosa más: no me dejes así - tanto tiempo - sin noticias, *¡por Dios!* Hay - postales. Sólo *dos* palabras, para que yo no me torture *tanto* - como estos días. (Cuánto - no lo sabrás jamás. Yo tampoco sabía que se podía - tanto. Cada minuto del día, y *con todas mis fuerzas* - ¡y cuántos días fueron!)

Pero *tú* esto - olvídalo, respóndeme:

1) qué reveló la radiografía;

z) hay, en relación con esto, *esperanza* de venir a Saint-Pierre antes del 15 (más tarde - me temo - ya me habré ido);

3) qué decides: mi Berna o tu París;

4) si es Berna, es decir, Schwendi - cómo alojarse ahí (los precios).

Son sólo cuatro preguntas y *te suplico* que respondas a ellas lo más pronto y lo más exactamente posible: todo puede caber exactamente en ocho líneas.

5) ¿Cómo caminas? (Serán - diez.)

* * *

Y ahora espera - a partir de mañana - una serie de cosas agradables, todos los días - seguidos, ya que yo no te escribía sólo porque no *sabía* si lo *necesitabas*, ¿sería *excesivo*? ¿te sería *difícil*? - toda yo (aunque intente aligerar mi peso, como en la infancia - físicamente - 17 verstas en diligencia, sobre las rodillas de alguien - sin apoyarme, sin pesar, constantemente en los músculos de un miedo muy íntimo).

Convénceme de que me - *necesitas*. (Dios, ¡ahí está todo!) de una vez por todas convénceme, es decir, haz que de una vez por todas lo crea, y entonces *todo* irá *bien*, porque entonces yo puedo obrar - un milagro.

Y así, espero - una respuesta concreta, y tú espera - una serie de alegrías *seguras*.

(Conoces el soneto de Goethe que se llama:

Sie kann nicht enden[29]…)

(¡Es genial que *comience* - por ahí! Y es genial que ésta sea la forma más perfecta - el soneto.)

A propósito de tus versos (sólo ahora, después de la pausa Goethe, me he dado cuenta de que todo el tiempo te he hablado de tú), te escribiré en otro momento y con todo detalle.

Todo lo hago (escribo, traduzco, leo, camino, hablo) *y* no tengo otra idea en la cabeza que no seas tú y tu salud.

¿Piensas - que no te escribí «por casualidad»? ¿Porque estaba «ocupada» con algo? Este no escribirte me costó más esfuerzos que todos mis escritos juntos: esfuerzos *distintos*: trabajaban músculos *distintos: lo inverso*.

Y bien, aguardo, abrazo, amo - no en vano me disgustan los verbos (¡tremenda ordinariez!), pero para poder no utilizarlos - hace falta *la poesía - o la presencia*. Lo uno y lo otro llegarán.

Y mañana te espera - una alegría segura.

M.

[Añadido en el margen.]

No quiero volver a escribirle *Monsieur* - ¿acaso usted es *Monsieur*? - Es mucho más *Herr* que *Monsieur* - sólo acuérdese de los derivados: *herrisch, herrlich, Herrlichkeit* y *Heer* por cercanía (*himmlische Heere*[30]).

El 2 de septiembre de 1936, va a Suiza por unas horas; de vuelta en Francia, le cuenta en una carta su viaje a Steiger.

Al mismo

MI GINEBRA
A 3 de septiembre de 1936

Ayer, después de mi viaje a Ginebra, me convencí definitivamente de la imposibilidad absoluta de nuestro encuentro. - Y de pronto recordé una frase, extraña por su crueldad, del Soberano[31] - todavía muy joven - , creo que a los miembros de las asambleas locales: - No se atrevan a soñar. (Y - se atrevieron.) Y así, después del viaje de ayer, entendí que no debo atreverme ni a soñar. Y ahora, escúcheme con atención, ya que en mí, como seguramente se ha percatado, vive ese mismo pasternakiano Dios Todopoderoso de los detalles - y yo me definiría a *mí misma como alguien «miniaturiste en grand» et même - en géant - et même en immense*[32].

Y así, la víspera me habían preguntado: - ¿Quiere ir mañana a Ginebra? - Y yo respondí sí, porque tenía cosas para usted, y no quería enviarlas por vía de manos ajenas, que otro llenara el resguardo. E - igualmente importante, puesto que *no* soy egoísta - quería que Mur viera Ginebra, es decir, darle la posibilidad de presumir en su escuela - ya próxima.

A la mañana siguiente - toda la mañana - me dediqué a embalar sus paquetes y a darnos, a Mur y a mí, un aspecto más o menos suizo. Espero el coche a partir de las diez de la mañana - con terror: los zapatos no están limpios todavía, la *identité*[33] no la he sacado todavía, Mur no se ha lavado todavía - etcétera. Pero dan las diez - y las once - y las doce - y el coche no llega. Salgo de mi cueva - al jardín, a indagar. El hijo de los dueños (el que escribe sobre Radíshev, - con quien tengo una amistad intelectual[34]): - Marina Ivánovna, irán usted y Mur solos a Ginebra - ni Vera ni mamá pueden ir. - Entonces *no* iré - porque no

encontraré nada en Ginebra - ni siquiera el lago - y si lo encuentro, me quedaré allí, y en cualquier caso no encontraré el coche. ¿¿Qué voy a hacer sola, y encima con Mur, en una ciudad que desconozco, sin pasaporte y *siendo como soy*?? Corro a comunicárselo a Mur. Se desploma - pero no lo demuestra. Como siempre en mi vida - lo tomé en serio - y muy en serio, y - resultó que sólo eran palabras, imprecisión. Voy con la dueña del castillo y hago un intento por convencerla (sé una cosa: ¡*necesito enviar los paquetes*!). Ella se niega y consiente a la vez, no es clara. Y ya es - la una, la hora de comer (interminable), - ya son las dos, del coche - nada. En una palabra, para no cansar su atención y su vista en vano - el coche llegó a las cuatro (¡en vez de a las diez!) - lo habían pedido por teléfono a través de la oficina de correos y hubo un malentendido - y emprendimos el viaje - ya con todo dispuesto - a las cuatro y media. El camino es prodigioso, pero yo tengo la mente en mis paquetes, que están perfectamente preparados y anotados.

Todos me aconsejan que los desate, pero yo - me resisto, porque el paquete atado ya es - suyo, sería lo mismo que abrir una de mis propias cartas. Hay tres puestos fronterizos: el de la gasolinera, el francés y el suizo. - *Pas de marchandises*? - *Rien*[35]. (Porque yo - ¡no mercadeo!) - Los evitamos. - Una nueva preocupación: no he estado en Suiza desde 1903 - y entonces *no* enviaba paquetes - ¿sabré enviarlos desde una oficina de correos que me es ajena? Y - ¿me atreveré a detener un coche lleno de gente - frente a una oficina de correos? Por el camino me muestran el *Jardín Anglais*[36], la *Rade*[37], *el lago*, pero yo no veo nada - le ordeno a Mur que vea. También esto - está superado. (En Suiza la gente responde con la misma amabilidad con la que yo - pregunto.) *Ahora ya puedo emprender el camino de regreso*. Pero - comienzan los Uni-Prix, los pasajes, en una palabra, el mismo infierno doméstico y femenino. Mur de inmediato me pide que le compre un *stylo*[38] y otras cosas; yo constantemente lo obligo a multiplicar por cinco, la dueña del castillo (una rusa suiza - encantadora) elige cuellos para sus hijas que están en Rusia (se los envía por carta), el coronel-dueño del castillo quiere cerveza, Mur *no* logra multiplicar por cinco - en una palabra, una buena hora de pie mirando objetos, metidos - hasta el morro - en esos detalles que detesto - en respuesta a la abundancia de chocolate no compro nada (usted, seguramente, después de la operación no puede comerlo, y a Mur se lo compró la dueña) - nos sentamos en un café, dentro hace un calor insoportable, le escribo una postal, lo que Mur aprovecha para pedir un impresionante tarro de cerveza (¡Gargantua!) - y de nuevo el Uni-Prix - y de nuevo el *stylo* (tiene - dos), y ahora encima unos cochecitos de 40 y 75 céntimos suizos - nos ponemos a multiplicar - (los dueños del castillo andan siempre cerca - pero en el departamento de alimentación: están abasteciéndose para la pensión) - y cuando finalmente

salimos Mur y yo - no hay nadie. Mucho rato. Absolutamente nadie. Le suplico a Mur que busque el coche. Después de ver unos cincuenta - lo encuentra (yo en la vida lo habría reconocido, para mí todos tienen la misma cara: inhumana) - en un lugar muy distinto del que habíamos acordado. Veo - un *Tabac*[39], compro un mechero, precioso, por un franco suizo - pero como yo ya tengo uno y pasaremos un puesto fronterizo, me lo guardo en el pecho - lo más hondo que puedo. Después me subo al coche que está hecho un horno - y espero. Mur anda de un lado al otro, aparece y desaparece, los coches me dan miedo, salgo, miro, me siento de nuevo. Las siete. Las siete y media. De cuando en cuando se acerca el cochero: *Et alors*? *Vous n'avez pas vu le colonel*? *- Non. - Et moi non plus*[40]. Después se lleva a Mur a beber cerveza. Todas las tiendas han cerrado. Son las ocho. Y - agudice su atención - empiezo a sentir que algo me abrasa. Es decir, hace rato que me abrasa, desde el primer momento me abrasa. En el hueco entre las costillas. Y arde - muchísimo. Es *él*. El mechero. Como adrede - está lleno de gasolina. Trato de sacarlo - pero ¿cómo? La parte superior del vestido es angosta (se abrocha a la espalda), alcanzarlo por arriba - es imposible. En una palabra - créame de buena fe: para sacar el encendedor, tengo que - ¡quitarme el vestido! Además tengo la sensación de que se me ha adherido, intento moverlo con la mano - por arriba: no se mueve. Comienzo a pensar - a considerar - ¿puede o *no* prenderse, me refiero a la gasolina - con el calor de mi cuerpo? Eso tiene sus leyes. Es decir, se sabe *con exactitud* si puede o no encenderse. Pero yo, esas leyes - las *des*-conozco y puedo esperar *cualquier cosa*. Intento consolarme (pero me abrasa - me duele - ¡es insoportable!) pensando en que nunca he oído de un caso semejante. Pero quizá se deba a que nadie nunca ha tenido un encendedor tan lleno tan estrechamente pegado al cuerpo a lo largo de dos horas. ¿Y si de pronto, justo en la frontera - se enciende? Conmigo - puede suceder. (Y arderá el vestido, y arderá el coche, y arderá *¡la frontera!*) De tanto en tanto (hace mucho que dieron las ocho) tanteo por encima con la mano - ¿no se estará quemando mi vestido? - y olfateo - ¿no olerá a quemado? ¡No! pero huele - a gasolina. Como si me hubieran bañado en ella. Y mis compañeros de ruta - no aparecen, y Mur bebe y bebe cerveza con el chófer, y luego ambos se acercan - y de nuevo se alejan; otro grupo nos espera en Annemasse desde las siete. - Acaban de dar las nueve. ¿Se perdieron? Pero la dueña es originaria de Ginebra. ¿Qué habrá pasado? - ¡Oh, cómo quema!

A las nueve y cuarto - aparece el coronel: su esposa se sintió mal en el Uni-Prix - se cayó - la llevó al médico, le pusieron una inyección (el corazón), estuvo buscándonos en un equis *Molé* (?) donde al parecer había quedado con el chófer - etcétera. Vamos en el coche - a buscarla - donde el médico. Se encuentra muy

mal, medio cargada, medio arrastrada la meten en el coche, y - ¡el camino de regreso! La frontera. La primera, la segunda, la tercera. *Rien a déclarer*[41]? Mur, muy serio, alarga su cochecito de 40 céntimos y dos botellitas de chocolate - las dos por 20 - los aduaneros se ríen - la dueña - con su debilitado brazo - «*raisins secs*»[42], y yo - nada, porque lo que podría y tendría que mostrar - no hay como mostrarlo de manera civilizada en ese momento. ¡Ah, sí! Y otra cosa: antes de emprender el viaje le pido al chófer que lleve él mis cigarrillos (yo tengo - en mi cigarrera) y en ese momento - pienso: nunca los veré de regreso, él - se olvidará, y yo - no se lo recordaré, porque los cigarrillos - son algo masculino y no femenino, y no es posible quitarle los cigarrillos a un hombre - ¡ni siquiera si son tuyos! (No hay cigarrillos *tuyos femeninos* - no existen.) (NB! Le escribo - ya llevo tres páginas - puras tonterías, pero es viernes, 4, y todavía *no* he recibido respuesta a mis preguntas, o sea - que no puedo hablar de usted: simplemente no sé nada: estoy en blanco, pero espero haberlo distraído un poquito: divertido.) Se acabaron - las fronteras. El cochero me devuelve - la cajetilla. Y yo, derrotada por su memoria, confundida y agradecida - para de alguna manera compensar esta alegría - con un gesto de vuelta - *Gardez. - Merci alors*[43].

Ambos fumamos: él me ofrece uno y yo, por supuesto, no me niego. Recogemos en Annemasse a nuestros desesperados compañeros de viaje. El camino es - precioso. Hace fresco. Todo el calor del día, de los coches, los chocolates, las compras y demás se ha concentrado en un lugar: el del mechero. Pero si ha ardido durante dos horas y media sin encenderse - quiere decir, que ya *no* se encenderá. El acontecimiento: la salida de la luna. (Pero hay otro:

Was niemand sieht und sah: Monduntergang[44] -)

Sobre el borde negro de la montaña - un hilo de oro. (No, de oro no - de cobre.) Y de pronto - o nosotros emergimos, o la montaña desapareció - el globo entero en el cielo: rojo. Una voz desde dentro del coche - ¿No es cierto, Marina Ivánovna, que la luna se parece a una beldad rusa? Yo, amable: - Sí, mucho. (Para mí la luna - es la soledad misma. Lo inhumano de la soledad. La soledad de la inhumanidad. Y no la percibo como poeta, sino como lobo.)

El camino serpentea, nosotros fumamos, los otros, adentro, callan y de pronto: - ¡Oh! Un gato en los faros. Cierro los ojos. Y tres kilómetros después - los vecinos, con aire filosófico: *Vous auriez mieux voulu que ça soit nous*[45]? Y un kilómetro más adelante: *D'ailleurs - il n'est pas tué, il a passé entre les roues. J'en ai tué deux cette année. Ça aurait fait le troisième*[46].

- Una almena - más aún, la almena de una torre. Álamos inmensos. *Nuestro* Bonneville. En una palabra, tras varios desesperados giros por una angosta vereda

- las ramas siempre a punto de arrancarnos la cabeza - el castillo. Subo corriendo y - el encendedor, por uno de sus lados - se ha *adherido*. Lo des-

pego con dificultad: la carne al rojo vivo. Una enorme quemadura - y dos encendedores (lo había movido - una vez).

Ahora puedo decir por experiencia (de mi carne viva): un mechero, lleno de gasolina y clavado entre las costillas - 1) no se enciende 2) pero abrasa como las llamas.

Ahí tiene, amigo mío, mi Ginebra - y seguramente no habrá una segunda.

- No le conté los pensamientos surgidos en el viaje (asordinados por la quemadura del encendedor) - de cómo habría yo aceptado vivir así abrasándome (me habría acostumbrado) el resto de mi vida - con tal de que en lugar del chófer, a mi lado fuera sentado - usted. Y - un pensamiento lúcido: - Pero entonces él tendría que saber conducir, y si él supiera conducir - yo probablemente no tendría ganas de ir sentada a su lado. - Pero, si no es él, ¿quién conduciría? - Pues - nadie. El automóvil estaría *inmóvil*. Después pensé que tendría usted frío y yo me inquietaría, porque no llevaría nada abrigado conmigo - que ofrecerle. (Salvo el encendedor *por dentro*.) Después pensé que siempre es posible abrazar, para calentar. La visión del polo. Todas las expediciones polares en una sola visión: dos en un abrazo: el mayor, calentando con su cuerpo al menor. (Cuando llegaron - el menor todavía estaba vivo.) Y mientras tanto mi compañero de ruta seguramente pensaba en su casa, y en el viaje del día siguiente, y en todos nosotros, que habíamos enfermado de repente - y habíamos desaparecido de repente - y le habíamos regalado cigarrillos de repente. - *Drôle de gens, les Russes, mais bien gentils quand-même*[47]…

¿Qué nos queda, *Russes* o no *Russes*[48] - sino ser *bien gentils*[49]

- unos con otros - *hasta* la soledad del planeta lunar?

A 4 de septiembre de 1936

M.

Las cartas de M. Ts. siguen, una tras otra, siempre apasionadas, siempre evocando un próximo encuentro, sea en Suiza, sea en Paris, hasta que el 15 de septiembre de 1936, M. Ts. recibe un mensaje de Steiger que le descubre la inmensidad de sus ilusiones; ella le responde de inmediato para anunciarle su decepción. Éste se da cuenta de que los sentimientos de M. Ts. no se dirigen a él, sino a un personaje creado por

la imaginación de su corresponsal; le escribe: «Es usted tan fuerte y tan rica, que a la gente con la que se encuentra, la re-crea para usted misma a su manera, y cuando el ser auténtico de esas personas, su ser verdadero, acaba por abrirse paso - usted se asombra por la nulidad de quienes hasta hace un momento habían recibido el reflejo de la luz que usted emana - porque ha dejado de estar en ellos». M. Ts. describe largamente su decepción en una carta a Anna Téskova (del 16 de septiembre de 1936), pero manda todavía algunas cartas a Steiger, en las que se puede leer el siguiente análisis que ella hace de sí misma (el 30 de septiembre de 1936):

Sólo en los versos despliego toda mi estatura, entre la gente - no se me da, y sobre todo (aunque parezca extraño) no se me da - ser y vivir - en mis seres amados. A los amigos no les hacemos daño, podemos decirles *toda* la verdad a la cara, sin temer - la carne viva. Yo lo quería no sólo para hijo, no sólo para amado, también - para amigo: mi *par*. Pero es hora de entender que no debemos querer nada para nosotros mismos, ni siquiera nuestro regocijo por el crecimiento ajeno, que eso también es - egoísmo («para el otro - como para uno mismo» - no: «para el otro - como para *él*»), es hora de admitir que el amor es el definitivo y único *no-ser* que nos ha sido dado en la tierra: no seas, porque *obligas* al otro *a ser - «no lo dejas vivir»* (no ser).

Su amargura es muy grande; al final del año, en una carta a Ivask, busca la explicación de su fracaso (el 18 de diciembre de 1936):

No se puede dar más que al rico y no se puede ayudar más que al fuerte - ésa es la experiencia de toda mi vida - y de este verano.

Y un año más tarde, vuelve sobre su dificultad de amar y ser amada en una carta a su nueva amiga Ariadna Berg (el 17 de noviembre de 1937):

Mi madre quería un hijo Alexandr, nací - yo, pero con el alma (¡y también la mente!) de ese hijo Alexandr, es decir, condenada - seamos sinceros - al no-amor masculino y al amor femenino, ya que los hombres nunca supieron amarme - y tal vez tampoco yo - a ellos: he amado a los ángeles y a los demonios que ellos no eran - *y a los hijos* - ¡que ellos fueron para mí!

15
El crimen de Serguéi Efrón

Durante este tiempo, la presión que la familia ejerce sobre M. Ts. para que vuelva con ellos a la URSS no se debilita. Resume la situación en una carta a su confidente checa Anna Téskova:

A Anna Téskova

Vanves, a 15 de febrero de 1936

Querida Anna Antónovna:

Cuando leí *Furchtlosigkeit*[1] - un escalofrío me recorrió la espalda: *osadía*: esa palabra que últimamente pronuncio - como un último baluarte - para mí misma y a veces en voz alta: la primera y la última palabra de mi esencia. La que me emparenta - ¡casi con toda la gente! Borís Pasternak, hacia quien durante *años seguidos* - a través de cientos de verstas - me volvía como a un segundo yo, en el Congreso de Escritores me dijo en voz muy baja: - No me atreví a no venir, fue a verme el secretario de Stalin, me asusté. (No quería venir por nada del mundo sin su esposa-la-bella, pero lo sentaron en el avión y lo trajeron.)

… ¿Conoce usted en Praga, querida Anna Antónovna, alguna buena adivina? Porque creo que sin una adivina, no lograré salir adelante. Todo se ha reducido a un punto: volver o no volver. (Si vuelvo - es para siempre.)

En resumen: tanto Serguéi Yákovlevich como Alia y Mur - se mueren de ganas. Alrededor - amenaza de guerra y de revolución, en general - de acontecimientos catastróficos. No tengo de qué vivir aquí - sola. La emigración *no me quiere. Poslednie novosti* (el único lugar que paga: con un folletín por semana podría ganar sin mayor esfuerzo 1.800 francos al mes) - pero *Poslednie novosti* (Miliukov) me ha echado: nunca volveré a publicar. Las damas-patrocinadoras parisinas no me soportan - por mi temperamento independiente.

Y finalmente - Mur, que aquí no tiene ninguna perspectiva. Veo a los jóvenes veinteañeros - en *un callejón sin salida*.

En Moscú está mi hermana Asia, que me quiere - tal vez - más que a su único hijo. En Moscú - pese a todo - hay un círculo de verdaderos escritores, no despojos. (Los escritores de aquí no me quieren, no me consideran de los suyos.)

Y finalmente - la naturaleza: los inmensos espacios abiertos.

Ésos son los - pro.

Los contra: Moscú se ha convertido en Nueva York: en una Nueva York ideológica, - ni descampados, ni montecillos - lagos de asfalto con las bocinas de los altavoces y anuncios colosales: no, pero no empecé por lo principal: *Mur*, a quien esa Moscú rápidamente me arrebatará de lleno y por completo. Y, lo segundo en importancia: yo - con mi *Furchtlosigkeit*, yo que *no sé* no-responder, yo que no puedo firmar una carta de saludo al gran Stalin, porque *no fui yo* quien lo calificó de grande y - aun si fuera grande - esa grandeza no es la mía y, tal vez, lo más importante de todo - detesto cualquier iglesia oficial triunfante.

Y - me despido de usted: ¡*con la esperanza* de un nuevo encuentro! - con A. I. Andréieva, con la familia Lébedev (no tengo a nadie más).

- Eso es. -

Allá estaré sola, sin Mur - no me dejarán *nada* de él, en primer lugar porque todo - es cuestión de tiempo: aquí, al salir de la escuela, es - mío, está - conmigo, allá será - suyo, de todos: los pioneros, las brigadas, los tribunales infantiles, en verano - los campamentos, y todo - lleno de tentaciones: el redoble del tambor, la gimnasia, los clubes, las banderas y etcétera, etcétera.

… Tal vez - así tiene que ser. Tal vez - es la última (¿quién sabe?) *Kraftsprobe*[2]? Pero entonces, ¿para qué crié hijos desde los dieciocho años? ¿La ley de la naturaleza? - No me consuela. -

Alcé la vista y vi en la pared, en un marco de plata, el rostro de Sigrid Undset - *un visage revenu de tout*[3] - no hay auto-engaño. Y me acordé de - Kristin, de cómo poco a poco la fueron dejando todos sus hijos y de cómo en no sé qué peregrinación - ¿se acuerda? - la injuriaron unos hijos ajenos - ¡muy parecidos a ella!

Así pues. Pero ¿cómo hacer sin una adivina? ¡Vaya por mí a que le echen las cartas! (A las francesas *no les creo*: sólo *ven claro* - lo que está en los aparadores.)

La situación es ambigua. Hoy, por ejemplo, leeré en la gran velada de los poetas emigrados (todos los parisinos, incluido lo que queda de Merezhkovski, que alguna vez también escribió poesía). Y mañana (no sé - cuándo) a petición de

los míos - leeré en una velada de militantes por el regreso. (NB! los mismos poemas - y en ambos casos - gratuitamente) - y eso puede parecer reprobable.

Todo esto me irrita y no me deja dedicarme con seriedad a ninguna cosa.

Interrumpo mi carta para enviarla ahora mismo. Podría escribirle sin levantar la pluma dos horas más - pero ya lo haré en otra ocasión, hoy era sólo una respuesta.

M. Ts.

La muerte de Evgueni Zamiatin, cuya posición con respecto a la URSS y a la emigración le parece cercana a la suya, la hará sentir más agudamente sus propias dificultades para encontrar un lugar para sí misma: «Él, como yo, tampoco era *ni* de los nuestros *ni* de los de ustedes», le escribe a Vera Búnina el 11 de febrero de 1937. O también: «*Los míos son* aquellos - yo entre ellos - *que no son* ni *de los nuestros* ni *de los de ustedes*» (a los Jodasiévich, el 13 de marzo de 1937).

Pero la situación, en realidad, es mucho más grave. Lo que M. Ts. no sabe es que el compromiso de su marido Serguéi ya no es sólo ideológico. Cuando su solicitud para obtener la ciudadanía soviética fue rechazada, en 1931, se le sugirió que probara de otra manera su capacidad de servir al Estado comunista: las autoridades soviéticas lo exhortan a trabajar para ellas sin abandonar París. Así fue como entró al servicio de la policía política de Moscú, designada a lo largo de los años con distintas siglas: Cheká, GPU o, incluso, NKVD (Comisariato Popular de Asuntos Interiores).

En 1954, queriendo rehabilitar a su padre, Ariadna Efrón solicita a ese mismo órgano, entonces llamado KGB, un certificado sobre los servicios prestados por Efrón. Obtiene el siguiente documento oficial.

En 1931, Efrón fue reclutado por los órganos del NKVD; facilitó información sobre los eurasiáticos y la emigración blanca. Por órdenes de los órganos, se infiltró en la logia masona rusa Gamayún. Durante algunos años, Efrón trabajó como jefe de grupo, indicador y reclutador activo. Gracias a su participación, se pudo reclutar a un gran número de emigrados Blancos. Siguiendo las instrucciones de los órganos, llevó a cabo un excelente trabajo de reclutamiento y envío a España de voluntarios antiguos Blancos. Al principio de la guerra civil española, Efrón pidió que le enviaran al bando republicano para

participar en los combates contra las tropas de Franco, pero se rechazó su solicitud aduciendo razones operacionales.

En otoño de 1937, Efrón fue enviado con carácter de urgencia a la URSS porque corría peligro de ser arrestado por la policía francesa, que sospechaba de su participación en el asesinato de Reiss. En la Unión Soviética, Efrón ha vivido con el nombre de Andréiev bajo el amparo del NKVD, pero en la práctica no se le ha empleado en actividades secretas. En su trabajo para los órganos del NKVD, Efrón obtuvo buenas calificaciones. En Francia estuvo ligado a viejos colaboradores del servicio extranjero del NKVD, Zhuravlev y Glinski.

Reclutado en 1931, Efrón parece no comenzar a trabajar verdaderamente para los Órganos sino hasta 1933. Un cambio se opera entonces en su conducta: se vuelve más misterioso y al mismo tiempo menos inquieto en sus intentos de encontrar algún empleo (seguramente, al principio trabajó sin remuneración). Su tarea consiste, en un primer momento, en reclutar nuevos agentes; durante sus interrogatorios en 1940, enumera a 24 personas que él había incorporado al NKVD, entre los que se encuentra el antiguo amante de M. Ts., Konstantín Rodzévich, o su amiga común Vera Suvchínskaia-Guchkova (casada ahora con un periodista escocés comunista, Traill). Además, estos agentes participan en una organización oficial, la Unión por la Repatriación, que les sirve de tapadera. Efrón recibirá un sueldo de la Unión, y la situación de la familia mejora gracias a estos ingresos regulares: si en 1931, 1932 y 1933 la familia Efrón está obligada a pasar el verano en los suburbios de París, a partir de 1934 todos parten regularmente de vacaciones; las quejas de M. Ts. a propósito de sus miserias se vuelven cada vez más escasas.

Estas actividades públicas disimulan otras, menos confesables: ante todo, vigilancia y neutralización de los medios hostiles a la URSS. Es decir, por un lado, los emigrantes Blancos, también ellos reagrupados en organizaciones (infiltradas desde hace mucho tiempo por el NKVD); por el otro, los trotskistas, emigrados con convicciones radicales cercanas a los comunistas. Así las cosas, en 1936, la red de Efrón organiza la vigilancia del hijo de Trotski, Sedov, antes de que éste sea liquidado en un hospital de París. A partir de 1936, el grupo se ocupa del envío de voluntarios rusos a España (una actividad prohibida en Francia), y también de la logística de los agentes del NKVD que ahí operan. A lo

largo de todos estos años, Efrón pide volver a la URSS, pero se le dice que es más útil donde está.

En 1937, M. Ts. está enfrascada trabajando en Pushkin (traducciones, ensayos), más tarde en su *Historia de Sóniechka*. Es en ese momento cuando las cosas se tuercen para Efrón con motivo del caso Reiss. Ludvig Poretsky, alias Ignati Reiss, es un agente del Komintern al servicio de la policía soviética, que ha decidido romper con sus patrones. Desde hace algún tiempo, ha suscitado sus sospechas y ellos han apelado a la red de Efrón para que lo vigile. Efrón confía el caso a uno de sus subordinados, un amigo reclutado por él, Mijaíl Strange (en cuya casa había pasado unos días, en compañía de M. Ts. y de Mur, en el castillo de Arcine, en 1936), que será el jefe de la operación. El caso se precipita cuando, el 17 de julio de 1937, Reiss remite una carta a la embajada soviética de París en la que expresa su condena a Stalin y al estalinismo. A partir de entonces la suerte está echada. Su ejecución exige la participación de varias personas, todas pertenecientes a la red de Efrón: unos lo siguen, otros sirven de auxiliares y, finalmente, dos personas del NKVD se encargan del asesinato: François Rossi (alias Roland Abbiate, alias doctor Benoit, alias Victor Pravdine) y Charles Martignat (alias Borís Afanassiev, alias André) acribillarán el cuerpo de Reiss, la noche del 4 al 5 de septiembre de 1937.

No todos los participantes de esta acción son tan profesionales como los asesinos que desaparecen sin dejar huella, y la policía suiza detiene rápidamente a una tal Renate Steiner, y después, gracias a sus confesiones, a otros dos miembros del grupo encargado de seguirlo: Pierre Ducomet (o Bob) y Dmitri Smirenski (alias Marcel Rollin). Detienen también al chófer, Vadim Kondratiev. Todos estos personajes tienen un rasgo en común: han sido reclutados por Efrón o trabajan para él. La policía francesa a su vez hace sus pesquisas en los medios de emigrados rusos, en particular después del secuestro del general Blanco Miller, el 22 de septiembre de 1937. También en este caso los indicios llevan hacia Efrón y sus amigos los Klepinin, Nikolái y Antonia. Mur cuenta en su diario, unos años más tarde (el 7 de noviembre de 1941): «De pronto el caso Reiss explotó como una bomba. Papá se esconde en Levallois-Perret en casa de un chófer emigrado, comunista». Los servicios rusos toman, pues, la decisión de exfiltrarlo, aun si de esa manera confirman su culpabilidad. Mur cuenta: «Huida en coche, a toda velocidad, con papá y los Bálter que lo acompañan. Rouen, nos separamos» (los Bálter, Pável y

Hedy son emigrados rusos, colaboradores de Efrón). El 10 de octubre de 1937, Efrón y los Klepinin llegan a Le Havre, donde suben a bordo de un barco soviético, que los llevará a Leningrado.

M. Ts., que había pasado el verano con Mur de vacaciones en Lacanau, tiene una larga conversación con Serguéi antes de su partida, a la que ella asiste. Sin embargo, probablemente ella no conoce todavía con detalle la naturaleza de su compromiso; en efecto, Mur describe así la actitud de M. Ts. hacia las actividades de Serguéi: «Mamá no sabe casi nada de todo esto, ella vive su vida, pero lo adora». El 22 de octubre ella recibe la visita de la policía francesa que lleva a cabo un registro en el apartamento; en los locales de la Sûreté Nationale, M. Ts. hará la siguiente declaración:

Vivo del ejercicio de mi profesión, colaboro con las revistas rusas *Anales rusos* y *Anales contemporáneos*. Así gano de seiscientos a ochocientos francos al mes. En cuanto a mi marido, que es periodista, publica artículos en una revista que se llama *Nuestra patria*. Ésta es editada por la Unión por la Repatriación cuya sede está en la calle Buci en París.

Creo saber que mi marido iba todos los días a la sede de esta sociedad, pienso que desde que se fundó. Mi hija, de nombre Ariadna, y nacida el 5 de septiembre de 1913 en Moscú, por lo demás también ha sido empleada allí en calidad de dibujante. Dejó ese empleo en abril pasado para volver a Rusia. Actualmente se encuentra en Moscú y trabaja en las oficinas de una revista francesa que aparece en esa ciudad y que se llama *Revista de Moscú*.

La Unión por la Repatriación, como su nombre indica, tiene como objetivo facilitar la vuelta a Rusia a nuestros compatriotas refugiados en Francia. No conozco a ninguno de los miembros dirigentes de esta asociación; sin embargo, hace un año o dos, conocí a un señor Afanásov que era miembro de la misma y que volvió a Rusia hará poco más de un año.

Conocí a este compatriota porque vino a casa varias veces a visitar a mi marido. Mi marido fue oficial en el Ejército Blanco pero desde que llegamos a Francia, en 1926, sus ideas evolucionaron. Fue redactor de la revista *Eurasia* que aparecía en París y que se editaba, creo, en Clamart o sus alrededores. Puedo decir que esta revista ha dejado de publicarse. En lo personal, no me ocupo de política, pero me parece que desde hace dos o tres años mi marido está con el régimen ruso actual.

Desde los inicios de la revolución española mi marido se apasionó por la causa de los republicanos, y esta pasión se avivó en septiembre pasado cuando

estábamos de vacaciones en Lacanau-Océan, en la Gironde, donde asistimos a una llegada masiva de refugiados que venían de Santander. Desde entonces, mi marido ha manifestado el deseo de ir a la España republicana a combatir. Se fue de Vanves el 11 o el 12 de octubre pasado y desde entonces no tengo noticias suyas. No puedo, pues, decirles dónde se halla actualmente e ignoro si se fue solo o acompañado.

Entre las relaciones de mi marido, no conozco a ningún individuo que responda al nombre de Bob; tampoco conozco a Smirenski ni a Rollin Marcel.

A finales del verano de 1936, en agosto o septiembre, mi hijo Georges, nacido el 1 de febrero de 1925 en Praga, y yo fuimos a pasar mis vacaciones con unos compatriotas, la familia Strange, que viven en el castillo de Arcine en Saint-Pierre-de-Rumilly (en la Alta Saboya).

El matrimonio Strange explota en la dirección citada una pensión familiar. Tienen un hijo, de nombre Michel, de entre veinticinco y treinta años, que ejerce la profesión de escritor. Michel Strange no vive habitualmente en París, reside en el domicilio de sus padres. No sabría decir si viene con frecuencia aquí e ignoro si está en relación constante con mi marido.

Mi marido no recibía a casi nadie en casa y yo no estoy al tanto de todas sus relaciones.

Entre las numerosas fotografías que ustedes me presentan, no conozco más que a Kondratiev, a quien vi en casa de unos amigos comunes, los esposos Klepinin, que vivían en Issy-les-Moulineaux, en el número 8 o 10 de la calle Madeleine-Moreau. Este encuentro se remonta a hace unos dos años; en aquella época Kondratiev tenía intenciones matrimoniales en relación con la señorita Anna Suvchinski a quien la señora Klepinin había empleado como nana.

A mi marido y a mí nos sorprendió enterarnos por la prensa de la huida de Kondratiev con motivo de un caso Reiss.

También reconozco al señor Pozniakov en una de esas fotografías. Este señor, que ejerce la profesión de fotógrafo, ha realizado para mí varias ampliaciones. Este compatriota también conoce a mi marido, pero ignoro las opiniones políticas de Pozniakov y no sé qué habrá pasado con él.

Mi marido y yo comentamos el caso Reiss sólo con indignación, ambos reprobamos cualquier acto de violencia, venga de donde venga.

De modo que, como le acabo de decir, no conozco las relaciones de mi marido, fuera de aquellas que frecuentaban nuestro domicilio, y no le puedo decir si él conocía a la señorita Steiner o a cualquier otro de los personajes por los que ustedes parecen interesarse.

Me fui de París en compañía de mi hijo con destino a Lacanau-Océan el 17 de julio de 1937 y volvimos a la capital el 20 de septiembre. Mi marido se reunió con nosotros alrededor del 12 de agosto y volvió a París el 12 de septiembre de 1937.

Durante nuestra estancia en Lacanau, nos quedamos en la villa Coup de Roulis, avenida Frères-Estrade en Lacanau. Esta casa es propiedad del señor y la señora Cochin.

Mi marido pasó sus vacaciones conmigo, no se ausentó en absoluto.

Mi marido se ausentaba de vez en cuando durante varios días, pero jamás me decía adonde iba ni qué iba a hacer. Por mi parte, jamás le pedí explicaciones o más bien, cuando se las pedía, me respondía que se desplazaba por negocios. De modo que no sabría decirles el lugar de sus desplazamientos.

Tras la lectura hecha, persiste y firma

M. Zvétaïeff-Efron

Podemos poner de relieve en este documento algunas imprecisiones debidas, probablemente, a la angustia del momento, por ejemplo, varias fechas falsas. En cambio, al afirmar que Serguéi se quedó con ella en Lacanau durante todo el tiempo que duró su estancia, M. Ts. miente para asegurarle una coartada: llegó el 17 de agosto de 1937 y se fue, como muy tarde, el 30 de agosto. Lo mismo al afirmar que ignora todo respecto a su partida, al sugerir que se fue a España: oculta la verdad para protegerlo. Una carta a su gran amiga y confidente del momento, Ariadna Berg (1899-1979), describe su reacción.

A Ariadna Berg

Vanves, 65, rue J.-B.-Potin
A 26 de octubre de 1937

Ariadna querida:

No le había escrito hasta ahora - porque no había podido. Pero todo y todo el tiempo - me ha hecho pensar en usted.

Sepa que estoy con usted en su terrible desgracia[4].

Ahora no puedo escribirle más porque estoy completamente abatida por los acontecimientos, que son una *desgracia*, y no una *indecencia*. Le diré lo mismo

que dije durante el interrogatorio:

- C'est le plus loyal, le plus noble et le plus humain des hommes. - Mais sa bonne foi a pu être abusée. - La mienne en lui - jamais [5].

Un abrazo y - si es el último - por carta y de por vida - sepa que mientras esté viva, pensaré en usted con amor y gratitud.

Marina

Tres días más tarde aparece, en la revista rusa de París *Vozrozhdenie*, un artículo anónimo bien informado sobre las actividades de Efrón en su trabajo con el NKVD. M. Ts. le escribe de nuevo a Berg:

A la misma

Vanves, martes 2 de noviembre de 1937
65, rue J.-B.-Potin

Mi Ariadna querida:

Por supuesto que la ranita[6] es *suya*: ¿acaso piensa que podía yo haberla percibido - y recibido - de otra manera? Esta ranita suya me protegió todo el verano, fue conmigo al mar, escribió conmigo la *Historia de Sóniechka, ardió* conmigo (ardían las landas, estábamos en un círculo de fuego), y todo eso era - *usted*.

Veo frente a mí su rostro serio, sincero, osado, y le digo que aunque oiga o lea algo malo sobre mi marido - no lo crea, como no lo cree *ni uno solo* (ni siquiera el más «derechista») no digamos de aquellos *que lo conocen*, sino - de los que únicamente lo han visto. Uno de ésos me dijo hace poco: - Si en este momento entrara en mi habitación Serguéi Yákovlevich - no sólo me alegraría, sino que sin la menor duda haría por él todo lo que estuviera en mis manos. (Esto en respuesta al artículo anónimo en *Vozrozhdenie*.)

En cuanto a mí: usted sabe que no he hecho absolutamente nada (esto, por cierto, lo saben también los de la Sûreté, donde estuvimos Mur y yo detenidos un día de la mañana a la noche) - y no sólo por mi total incapacidad, sino también por mi profundísima aversión por la política, a la que considero *toda entera* - con muy raras excepciones - *una porquería*.

Ariadna querida, ¡escríbame! (No corre ningún riesgo: Mur y yo estamos en libertad absoluta.) Escríbame a propósito de todo: de su dolor, de su futuro - cercano y lejano, de las niñas, de su alma… La quiero como a una hermana: *esta* palabra todavía no se la he dicho a ninguna mujer.

Mi dirección sigue siendo la misma: la misma ruina de la que por lo pronto no me muevo - no puedo y no quiero: no vayan a decir que me escondo - o que he huido. Se anuncia un invierno difícil - pero no importa.

En vano me pide mi dirección permanente, usted *no podría no tenerla - ¿o* cree que puedo desaparecer así como así - sin dejar huella - quemándolo todo a mi paso? Yo soy una persona de gratitud *permanente*.

¡Ay, Ariadna, qué *paraíso* viví - en aquellos sus jardines! Algún día lo escribiré.

Espero sus noticias y le mando un abrazo,

Suya siempre,

Marina

[Añadido en el margen.]

No crea que no pienso en su dolor: tengo en el corazón *un cuchillo constante*.

Su ranita fue - mis últimos días felices. A propósito, era azul - por el mar y el fuego - y se volvió plateada - es decir, *suya* (de esto no le diga nada a Olga Nikoláievna, pero ¡usted no se lo dirá!).

Por los relatos de los testigos sabemos que algunos amigos le cuentan con detalle en qué consistían las actividades de su marido. También los periódicos rusos continúan sus revelaciones, de manera que ya no puede ignorar nada de su pasado reciente. De nuevo es citada a comparecer ante la policía el 27 de noviembre de 1937, donde hace la siguiente declaración:

El pasado 22 de octubre fui escuchada, en el marco de una sesión de la Comisión rogatoria, presidida por el señor Béteille, juez de instrucción en París, y fechada el 21 del mismo mes, a propósito de la actividad política de mi marido. No tengo nada que añadir a esa primera declaración.

Mi marido se fue a España para servir en las filas de los republicanos, el 11 o el 12 del pasado octubre. A partir de ese momento no he tenido ninguna noticia suya.

Yo sabía que antes de que él partiera para España, facilitaba la partida de sus compatriotas que habían manifestado el deseo de servir en las filas de los republicanos españoles, pero ignoro el número de ellos. Puedo citar dos nombres: se trata de los apellidos Henkine Cyrille y del llamado Leowa (Léon).

Afirmo ignorar que mi marido, durante el año 1936 y principios de 1937, se haya ocupado de organizar vigilancias de sujetos rusos u otros con la ayuda de la mujer Steiner Renée, Smirenski Dmitri, Chistogánov y Ducomet Pierre. Del mismo modo ignoro si mi marido ha estado en relación con dichos sujetos.

No asumo la responsabilidad de reconocer que el telegrama fechado el 22 de enero de 1937, cuya fotografía ustedes me muestran, haya sido escrito de puño y letra de mi marido.

A petición suya les envío nueve documentos (cartas, sobres y una tarjeta postal) escritos de puño y letra de mi marido.

Hecha la lectura, persisto y firmo

M. Zvétaïeff-Efron

Todas las personas que ella menciona trabajan para el NKVD.

No podemos estar seguros de su sinceridad cuando le escribe a un amigo, Vadim, el hijo del escritor Leonid Andréiev:

A Vadim Andréiev

Sábado, a 4 de diciembre de 1937
Vanves (Seine)
65, rue J.-B.-Potin

Querido Vadim:

Gracias de corazón por sus saludos y por haber venido. Es una lástima que no me haya encontrado - le podría haber contado muchas cosas - terribles y risibles.

Si puede, consiga *El proceso* - Kafka (un prodigioso escritor checo que murió hace poco) - soy yo - en aquellos días. Y ese libro fue el último que leí - *antes*. Lo leí junto al Océano, - con el resplandor, y el ruido, y el murmullo de las olas - pero las olas pasaron, y el proceso - se quedó. Y hasta se realizó.

¿Cuándo nos veremos? Si efectivamente ahora el metro llega hasta su casa - de alguna manera Mur y yo podríamos ir a verlo. Si es usted quien viene - tras habernos puesto de acuerdo - estaré muy contenta de verlo.

Por lo pronto - ¡un cordial saludo para usted y los suyos! Una vez más - gracias.

M. Ts.

Que Serguéi Yákovlevich no está implicado en ningún asunto criminal, usted, por supuesto, *lo sabe*.

* * *

¡LEA El proceso!

Antes de que termine el año, M. Ts. comienza a hacerse a la idea de volver con Mur a la URSS para reunirse con el resto de su familia. Obtiene un pasaporte soviético en la embajada y acepta someterse a las instrucciones que le serán dadas. Su intercambio epistolar con la familia pasará a partir de entonces por la valija diplomática, dos veces al mes; todas las cartas recibidas han de ser destruidas inmediatamente después de haber sido leídas. No debe seguir colaborando con la prensa rusa de la emigración (todas sus fuentes de ingresos son, pues, cortadas); recibirá indemnizaciones de la embajada y vivirá donde se le indique. En cuanto a su partida, la fecha le será comunicada posteriormente.

16
En prórroga

M. Ts. no tiene ya ninguna actividad pública. Los medios literarios franceses jamás se interesaron por ella, los medios de la emigración rusa la repudian por ser la mujer (¿la cómplice?) de un agente del NKVD, un enemigo de su causa. En cuanto a los representantes del poder soviético, la mantienen en la ignorancia de su suerte. Como no sabe cuánto tiempo más permanecerá en Francia, saca a Mur de la escuela y lo tiene el día entero con ella, en su vivienda de Vanves. En espera de su partida, se pone una vez más (como en 1932-1933) a copiar y a condensar sus cuadernos. Ariadna Berg, que vive en Bruselas, sigue siendo una de sus confidentes.

A Ariadna Berg

Vanves (Seine)
65, rue J.-B.-Potin
A 15 de febrero de 1938

Mi Ariadna querida:

Acabo de leer (de releer) la vida de la Duncan, y ¿sabe qué me quedó de esa vida al parecer tan llena de *todo*? El vacío. La vanidad. Como si no hubiera habido *nada*.

No paro de preguntarme - ¿de qué se trata? (NB! Esta carta va en respuesta a la suya, a la última, donde me escribe que está en constante agitación, que no consigue aceptar ni rechazar plenamente a nadie.) Esta mujer lo tenía *todo*: genio, belleza, inteligencia (con signo de interrogación, ya que con frecuencia tenía una *demencial* falta de gusto, pero en ella había algo que en una mujer *peut [en] tenir lieu et [en] tient lieu*[1], digamos - la congenialidad con todo lo que es grande), tenía *todos* los países, todas las naturalezas y la naturaleza toda, *todos* los libros,

encuentros con todos los grandes contemporáneos - y de pronto entendí qué era lo que no tenía: nadie la amó y ella no amó a nadie, ni a Gordon Craigh, ni a su Lohengrin[2], ni al pianista genial[3], ni - ni - ni, - a nadie. En el libro hay una ausencia palpable - de compasión. Amaba - como bebía y comía. A veces - (a Stanislavski) como leía. Ya saciándose, ya enterándose, pero nunca - amando *al otro*, es decir, compadeciéndolo y sirviéndolo. Por eso, también por eso es tan terrible la muerte de sus hijos, que en ella eran - lo único vivo: grandioso y doloroso. (Tampoco a Esenin, es evidente, lo amó: fue el típico idilio de la curiosidad americana + la última esperanza de una mujer que envejece. Soportar todo de alguien no quiere decir compadecerlo.)

Salí de este libro - con un vacío espiritual: cuántos nombres y países y sucesos de todo tipo - y *nada* que decir.

Además, su arte es *por supuesto* - individual, - un *milagro* individual, y ella quería la escuela - de los milagros. Quería - miles de Isadoras Duncan… Es decir, lo más importante: lo milagroso de Su aparición - *no* lo entendió. Y tenían razón - los superficiales vieneses cuando le gritaban: - *Keine Schule! Keine Vorträge! Tanz uns die schöne blaue Donau! Tanz, Isadora, tanz*[4]!

- *Lástima*, porque el libro es tan vivo que - tú misma lo vives, y no puedes cambiar nada. Con su fatuo Raymond[5] me encontré una vez en casa de una americana. Yo estaba sentada. De pronto alguien apoyó su codo en mi nuca, doblegándola. Sacudí bruscamente la cabeza, y el codo salió volando. Al cabo de un minuto - otra vez. Me levanto - frente a mí un hombre «vestido de blanco», el pelo largo, etcétera - alejo la silla: -

«*Monsieur, si Vous ne pouvez pas Vous tenir debout - voilà ma chaise. Mais je ne suis pas un dossier*»[6]. Y él me sonríe *tontamente*. Y se aleja. Vuelvo a sentarme. ¡Y ese Raymond hacía en su espectáculo el papel de Edipo y construía en Grecia, con ella, el palacio de Agamenón! Un detalle: yo estaba sentada a una mesa preparada para el té, y él conversaba con quien estaba frente a mí - a través de la mesa - y, para estar más *cómodo*, apoyaba su codo en mi espalda. (Particularmente extraño - para un bailarín de la escuela de Isadora.)

- Disculpe, Ariadna querida, por este tan *alejado* inicio de carta: estoy verdaderamente ofendida y afligida por este libro (por esta vida).

* * *

¿Así que vendrá usted a París para el 1 de mayo? ¡Qué feliz me hace! Pero ya desde ahora veo que será una felicidad triste: breve y con la necesidad de hacerlo caber todo (lo que es y lo que podría ser) en un breve y último plazo. Y qué

bueno sería - si yo viviera en Bélgica, como alguna vez viví en Bohemia, esa vida apacible que tanto adoro… («Y él, agitado, busca la tormenta[7]…» - seguro que no se trata de mí; y más: - Bienaventurado quien visitó este mundo / en sus momentos fatales[8]… - ¡¡¡seguro que *no* es bienaventurado!!!) - con unos cuantos amigos, entre quienes la primera es - usted… Nuestra amistad no sería (*¡todo* es - condicional!) - tormentosa, no habría catástrofes, simplemente - su casa sería la mía, y mi casa sería - la suya, y usted podría despertarme y yo podría despertarla a cualquier hora de la noche - sin temer el enojo. Es probable que lo que más haya yo amado en la vida haya sido - el monasterio, no - *Stift: Stiftsdame, Stiftsfräulein*[9], con libertad condicional y dependencia (independiente) condicional. Este reglamento lo he buscado desde los catorce años cuando yo misma me inscribía en internados, aquí, en Moscú, teniendo una familia y una casa, y digo bien - en internados: cada año - uno distinto… El reglamento es para mí el mayor bienestar, y la «libertad» - sencillamente un lugar inhabitado: el desierto. Toda la vida he aspirado - a este reglamento, ¿y ve adonde me ha llevado?

* * *

De mí. Vivo o en el frío o en el humo: a elegir. Cuando el frío es intenso (como ahora) prefiero - el humo. Tengo las manos quemadas: se ha quemado la capa más superficial de la piel porque no hay tiro, el carbón se apaga todo el tiempo y hay que ir echando virutas encima, - así está estructurado, más bien - *des*estructurado. Pero pronto llegará la primavera y, esperemos, lo peor - habrá pasado. Es el primer invierno - de mi vida, creo - en el que no he escrito nada, es decir, nada nuevo. Hay para ello una serie de razones, la principal: *à quoi bon*[10]? Intento vivir como todos, pero - no se me da, algo me atormenta. Por supuesto - lo anotaré, pero por lo pronto no tengo ni el coraje, y puede que tampoco el tiempo - de empezar: ¿¿qué montaña levantar?? Casi todo el tiempo se me va en los quehaceres cotidianos. Antes, pese a todo, era un poco más fácil. Hay pequeñas alegrías: debajo de nuestras ventanas están trazando el plano para un jardincito, y todo el camino del metro a la casa lo han alumbrado con altos faroles, y ahora en la calle se está mejor que en casa. Pero - basta de esto y, en particular, de mí.

Quiero saber de usted. ¿Qué tuvieron las niñas? ¿De qué manera se arregló su vida? ¿Cómo van los estudios de Vera? ¿Cómo se está desarrollando y cómo está creciendo Liulia? ¿Tiene usted a alguien que la ayude con ella o está usted sola? ¿De qué libro me escribe que hay una ruptura entre la obra y el autor?

Obviamente del que está traduciendo, pero - ¿cuál es? ¿Quiénes son sus amigos o conocidos? ¿Escucha música? ¿Qué lee - para el espíritu? (Si no ha leído *Ma Vie* - de la Duncan - léalo sin falta. El principio es muy bueno: la pobreza, el litoral deshabitado, una madre extrañamente ausente, el primer París, es decir, toda la *virtualité*[11] duncaniana…)

Ariadna, en Bruselas hay una ventana que es *mía*, sobre una especie de quebrada. Iba yo con Olga Nikoláievna[12] y de pronto exclamé: - ¡Mire, *mi ventana*! Ella incluso se asustó. Era de noche, la ventana brillaba por encima de la maleza oscurecida. Era en algún lugar en alto, luego bajamos durante mucho tiempo por una especie de escaleras. La casa de mi ventana era muy vieja, y para toda la pared - una sola ventana, y los árboles brotaban de la quebrada - inmensos. Si de casualidad la ve - la reconocerá enseguida. *Yo* - no la olvidaré nunca.

* * *

En cuanto al abrigo: aquí en una *suédine*[13] *media*, a la medida - doscientos cincuenta francos. Le quedaré muy agradecida si averigua usted cuánto piden en aquella tiendecita. Para mí sería importante saberlo *cuanto antes*. De la misma calidad de la que hacen la chaqueta *réclame*[14]: la mejor. El color, creo (en esa calidad superior) sólo es uno: un marrón achocolatado, *tirant sur le rouge*[15] (¡color oliva - *no*!). Averígüelo y escríbame, le quedaré muy muy agradecida. *Évasé vers le bas, complètement croisé, longueur cent vingt*[16] - ¿se acuerda? Y las *emmanchures*[17] muy amplias. Sólo que por lo pronto no lo encargue, averigüe el precio y comuníquemelo cuanto antes.

Bueno, termino, vuelvo a mi gélida cocina. Mur se porta muy bien y, lo más importante, no se desespera. Dibuja muy bien. De estatura - está más alto que yo y ya usa pantalones largos. Le manda un saludo muy cariñoso a usted y a las niñas. Yo, la abrazo con el alma - y espero sus noticias.

M.

Dos meses más tarde, otra carta a Berg.

A la misma

Vanves (Seine)
65, rue J.-B.-Potin

Martes, a 19 de abril de 1938

Ariadna querida:

Esto no es una carta - es una notita.

No sé qué hacer con Thiers[18]: su hermano no vino a buscarlo el jueves y no me respondió nada a la carta que le envié hace mucho mucho tiempo, incluso antes de haber recibido la suya, en la que le pedía - si no le convenía el jueves - que fijara él el día y la hora. Una semana entera ha pasado - y no sé nada.

Se la envié a: 91, rue Erlanger, en el XVI.

No me atrevo a escribirle una segunda vez: quizás haya cambiado de opinión y ¿no parecería un asedio de mi parte?

Pero de todas formas me gustaría mucho saber, lo quiere o no lo quiere - porque Thiers es uno de mis principales «ases» de venta.

* * *

Espero que Lucien[19] se reponga. Pero [aconsejar] decir algo a propósito de los encuentros o no-encuentros, las cartas o los silencios - en primer lugar: los acontecimientos *ya* me tomaron la delantera, en segundo lugar - a mí no hay que hacerme caso: *siempre* - en estas cosas - de manera intencionada y casi con mala intención - me he perjudicado - si algo así puede llamarse - perjuicio.

Ponía a prueba al otro (el grado de su apego), me ponía a prueba a mí misma (el grado de mi *des*-apego, es decir de mi des-afecto), amontonaba montañas y derramaba mares entre él y yo - y finalmente (muy rápido) - lo perdía.

A mí - no hay que hacerme caso. *Sólo* - cuando el caso *ya* está perdido.

No, Ariadna, ¡Dios no permita que en *esto* se parezca usted a mí! (Aunque *seguramente* - se parece, ya que no hay parecidos que no lo sean en todos los frentes.)

Yo, en el amor, sólo supe una cosa: sufrir salvajemente - y cantar. Ni siquiera esperar - como Ajmátova: «Cantaba yo y esperaba». Hay algo que no supe hacer - *vivir*. Así como usted sabe organizar - la *vida*… (Yo toda la vida he desorganizado toda vida, oh, no la de los otros: sólo la mía - con el otro. Pero *amar* he sabido - como *nadie*, ¡y *nadie* se dio cuenta! Ni se dará: no en vano no me tiño los cabellos…)

Pero, termino, la abrazo, espero sus noticias - y su consejo: ¿qué hacer con Thiers? Y dígame, por favor, el nombre y patronímico de su hermano, no estoy

del todo segura del suyo: ¿Gueórguievna? Por supuesto, *no* se enojará conmigo, para mí usted es el nombre.

Quien la quiere y la acompaña en todo,

M.

Espero con impaciencia sus noticias sobre la salud de Vera.

Sabemos por la correspondencia de sus amigos los Lébedev que M. Ts. aún se resiste a la idea de volver a la URSS; pero las condiciones materiales la obligan a ello. En julio de 1938 debe dejar definitivamente su vivienda en Vanves, y será alojada por la embajada soviética en un hotel en Issy-les-Moulineaux. Al cabo de un mes, la envían de vacaciones a Normandía, a Dives-sur-Mer. Desde allí le escribe a Ariadna Berg (el 18 de agosto de 1938):

Pienso que me quedaré aquí tres semanas, así que - ¡espero! - todavía nos veremos. Pero *esta* vez - será la *última*. (¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿¡Qué estoy haciendo!?)

Dos semanas más tarde, añade (a Ariadna Berg, el 3 de septiembre de 1938):

Hace mucho tiempo que no vivo - porque una vida así - no es vida, es un interminable *aplazamiento*. Estoy obligada a vivir sólo del día de hoy - sin derecho al mañana: ¡sin derecho a soñar con él! Y yo siempre, desde los siete años, viví de la «perspectiva» (esa palabra que, de niña, era para mí como un *panorama* - también un objeto de mi infancia).

De vuelta en París en septiembre de 1938, instalan a M. Ts. y a Mur en el hotel Innova, en el número 32 del bulevar Pasteur, en el distrito XV de París; ésa será su última dirección parisina. La correspondencia con Serguéi y Alia casi no se ha conservado, pero disponemos de este fragmento escrito en una tarjeta postal en la que está representada la iglesia de Dives-sur-Mer (Calvados) y en el que hay escrito, de puño y letra de M. Ts., el número 1 (el final no se ha conservado). La fórmula «el ser determina la conciencia» que figura en la carta es el postulado de base de la doctrina marxista que se enseña en la URSS.

A Serguéi Efrón

Martes, a 20 de septiembre de 1938

Querido L. - K.[20]: Por fin dos cartas (la última del 2.8). Pero espero que Alia le haya reenviado las que le mandé a ella. Volvimos el 10, en ese hotel no había lugar, encontramos en la ciudad un cuarto infinitamente mejor: grande, con un Butagaz, en una quinta planta, con vistas a una torre que tiene un reloj. Cerca de donde Alia vivía en la ciudad - sobre el bulevar. Lo alquilamos por un mes, es decir, hasta el 15 de octubre. (Le estoy escribiendo con un fondo general de zozobra por Bohemia, en plena conciencia y pleno uso de mis facultades mentales. Dicho esto, continúo:) L, querido, la existencia (en el sentido de la existencia cotidiana, como se ha dicho) *no* determina la conciencia, es la conciencia la que determina - la existencia. Lev Tolstoi *senior* - sólo necesita una mesa pelada - para apoyar los codos; Lev Tolstói *junior* - la mesa puesta (con broncería o cristalería - un mantel - felpa) - y sin embargo la existencia (la existencia cotidiana) era la misma: ¿qué ha cambiado? La conciencia: ha habido una toma de conciencia de esa existencia cotidiana. - Esto en respuesta a una frase suya - dicha de paso. Y - un humilde ejemplo - *mi* existencia cotidiana siempre fue dictada por mi conciencia (en mi lenguaje - por mi alma), por eso siempre ha sido y será - la misma: es decir, todo en el suelo, *a los pies* - salvo los libros y los cuadernos que tienen - un lugar de honor. (Eché un vistazo alrededor y me aterré - cuánto de esta existencia a los pies, pero es que aquí no hay una sola estantería ni un solo clavo, por eso todo lo de la casa está - en el suelo, pero hace mucho que ya me da igual.)

Vivimos - en el aire. En sueños - aun hoy - vuelo, pero esto es - diferente. Desde el punto de vista material estamos bien e incluso muy bien, pero: ¡la conciencia determina la existencia! Y la conciencia de que todo esto es por una hora - que quizá se alargue - como se ha alargado ya un año entero - y, sin embargo, no ha dejado de ser ni dejará de ser una hora - hace que uno no pueda sentir ni verdadera alegría ni verdadero aprecio por nada. Así fue en nuestro Dives-sur-Mer.

A lo largo de ese otoño, M. Ts. sigue con inquietud las negociaciones internacionales relacionadas con Checoslovaquia, de la que habla como de una segunda patria (los acuerdos de Munich datan de septiembre de 1938). Por primera vez en su vida, lee ávidamente los periódicos; en noviembre, escribe un ciclo de poemas dedicados a Bohemia. En esos mismos días, escribe:

A Ariadna Berg

32, boulevard Pasteur,
Hotel Innova, habitación 36,
París XV
A 26 de noviembre de 1938

No *así*[21] - de todas formas - así - no saldrán bien las cosas: ésa no es su (nuestra) misión en la vida. Véase el rostro - y léalo. Usted y yo estamos *condenadas* a la valentía. Dé las vueltas que quiera, algo en usted *no* querrá: querrá - a su manera. Cuando me hablan de mi «gran valentía» - renuncia - osadía - yo, para mis adentros - y a veces también abiertamente - me río: y es que es a eso a lo que estoy - condenada: lo quiera o no, y mejor - quererlo: aceptarlo. *Quält Dich in tiefster Brust - Das harte Wort - Du musst - So macht Dich eins nur still - Das stolze Wort: ich will*[22]. (Mi infancia - *Freiburg im Breisgau* - el *Spruch*[23] que elegí para mí.) Eso es la «voluntad de elegirse», más bien - toda la cacareada «voluntad de elegirse» no es sino - la aceptación de uno mismo: tal y como uno no se eligió

- y como seguramente no se habría elegido. Toda la vida he envidiado: a veces - a las *jeunes filles*[24] comunes y corrientes - con sus novios, sus lágrimas, sus dotes y demás; más tarde - a las *jeunes femmes*[25] comunes y corrientes - con sus idilios comunes y corrientes y aun *sin* ellos - toda la vida he envidiado a todas aquellas que no eran yo, ahora (resulta ridículo, pero es así) - sobre todo a Elvire Popesco (la actriz que - de entre todas las actrices - más me gusta: no me avergüenza decir que la persigo por todos los cinematógrafos - de la periferia y de la *no* periferia) y - somos de la misma edad - y compare, por favor: ¿qué compartimos? Nada, sino mi envidia - y mi comprensión. Diré más - en el amor - qué no hice conmigo - para ser amada como cualquiera, es decir: insensata y enloquecidamente - y - ¿¿acaso lo fui una sola vez?? No. Ni una hora. *J'avais beau oublier qui j'étais (ce que j'étais) - l'autre ne l'oubliait - jamais*[26].

Otro ejemplo: durante *todo un año* no escribí ni un poema: ni un verso: con toda tranquilidad, es decir: los versos llegaban - y se iban: *de*venían - *des*venían: y yo *no* los transcribía y *no* había versos. (Usted escribe y sabe que los versos no transcritos - no existen, no sólo los no *trans*critos, tampoco los no *escritos*: que esto es - un trabajo, ¡y qué trabajo!) Y bien - los acontecimientos checos, y yo durante un mes e incluso mes y medio - me abstengo: me tapo *aquellas orejas, no* quiero: otra vez escribir y torturarme (ya que es - ¡una tortura!) quiero lavar y

zurcir desde la mañana: ¡no ser! como no fui - todo el año - y - como nadie los escribió ni los escribirá - tuve que escribirlos - yo. *Bohemia* lo quiso, no yo: *ella* me eligió: no yo - a ella. Y *una vez que los escribí* sentí que el peso de una montaña se me quitaba de encima, el peso de todas las montañas que a ella le habían sido quitadas - ¡*a mí* se me quitaba de encima! - No todas: aún queda la montaña del primer radio en el mundo - pero no tengo un manual, y nadie sabe cómo se llama esa montaña mía: unos dicen *Monts Métalliques* (Métalicos), otros - los espolones Riesengebirge (Krkonose[27]), para mí es la montaña de los Curie: Marie y Pierre Curie: *la suya*. Escribí a Bohemia para averiguar el nombre real - y - estoy esperando respuesta. (Qué significa para mí Bohemia - usted en parte lo sabe por mi *Poema de la montaña*: «Así como al oso por la aspereza de su grito - así como a los doce apóstoles…». El grito del oso *praguense* (con los osos rusos, traídos por los legionarios de Siberia) - y los apóstoles *praguenses*: Juan, el de los rizos negros, y Judas, el pelirrojo - y diez más - que desfilan alrededor de la torre - al mediodía y a media noche… Pero no sólo *eso* es Bohemia, ¡es *mucho* - más! Aunque sólo sea - el primer radio. Y Goethe, que trae del paseo - cantos… Y el Golem… Y sólo veinte años de libertad…)

Vuelvo a usted: con usted, Ariadna, ha sido y será igual y lo mismo, y eso comienza por un *no: no* - a la cobardía, *no* - al miedo, *no*- a la rutina, *no* - a todo lo que a usted no le ha sido dado - ni siquiera prestado, ni siquiera - confiado. Y con estos *no*, con los primeros *no* - inevitablemente vendrá el primer *sí*. Toda mi Bohemia - comenzó por un *no*, y qué *sí* resultó. (Para aclararlo: ¡por un *no* - a todo lo que le hicieron!) Percibí - aunque suene ridículo - que había que defenderla. No en vano toda Praga, la noche del 20 al 21 de septiembre fue - un grito: «¡Nos han abandonado! ¡No tenemos quien nos defienda!». Y he aquí - la vieja fábula:

Et s'il n'en reste qu'un - je serai celui-là[28].

Y así, un general francés que se puso al servicio de Checoslovaquia, un oficial solitario, que no entregó las armas: seis balas - al aire, con la séptima - se suicidó, algunos escritores y compositores, Madame Joliot-Curie (*¡se acordó del radio* materno!)

- algunos rusos - antiguos estudiantes de la universidad checa, que *lloraban* porque - no habían podido morir por Bohemia - y yo. Esto es - *nosotros*. Y sólo *ese* nosotros es el que yo - acepto.

… Ariadna, yo *también* quiero dormir.

Und schlafen möcht ich, schlafen -
Bis meine Zeit herum[29]-!

Pero a mí no me ha sido *dado* dormir, porque este sueño necesita de alguien que lo diga. *Cómo* quiere dormir Chamisso - para decirlo, pero - no dormía:

¡puesto que lo dijo!

… Ariadna, con estas lluvias que se han soltado y mi partida que se retrasa y se retrasa es - ¡como si *todos* los barcos se hubieran ido! ¡*todos* los trenes se hubieran ido! - y yo de la mañana a la noche sólo quiero *una cosa*: dormir, *no ser*. Pero - me basta con entrar en una habitación donde haya gente (no es frecuente, pero ocurre), para que yo - con estupor - vea, que *todos* duermen menos yo - *todos* los que piensan que viven y - rigen el mundo. Y entonces oigo mi voz: - No. Así *no*. No está bien. No es correcto. Es absurdo. Es criminal. Y - ¡Dios! *hasta qué punto* - ¡no duermo!

Es como si a alguien le hubiera dado *mi palabra* - de no dormir hasta *aquel* sueño. Como si no tuviera *derecho* - a dormir: a dormir físicamente, en una cama. Cuando yo, *de niña*, me despertaba - a las 9 - me *avergonzaba*, y así - toda la vida. Y ahora, si por casualidad duermo ocho horas (no sucede - nunca), me pongo - de un humor de perros: como si hubiera hecho - *¡una infamia!* La excepción son - los sueños. Cuando sueño, es decir, cuando *recuerdo* mis sueños - me siento orgullosa, como no me siento cuando termino una obra de dos mil versos, - porque el sueño ocurre - sin *mi* participación, por sí mismo, es dado, me es regalado, es la *atención* de alguien, la demostración de que - pese a todo - algo valgo…

Para terminar:

Como todos siempre quise ser
Pero el mundo - en su esplendor:
No hizo caso a mi querer
Y quiso ser - como yo.
(Boris Pasternak)

Es decir, ininterrumpidamente me demostraba - y me imponía - mi elevada predestinación, en la que yo - *no tengo nada que ver*.

Le escribo todo esto - porque usted es como yo. No me diga que *no. Sí*.

La condición en la que está usted actualmente es - natural. Se quedó con las manos llenas cuando hubiera querido - quedarse *¡sin manos!* - Ocurre - a *mí* me ha ocurrido - toda la vida. El secreto está en que para *aceptar* hace falta no menos plenitud - y fuerza - que para *dar*. Si usted se dirige a un ser humano con las manos vacías (pedidoras) - como todos - como todas las mujeres - su vacío sería aceptado. Sólo *los dioses* no temen *las ofrendas*. Encuentre - un dios.

Lo reconocerá por el persistente vacío de las manos que aceptan: por lo persistente de su hambre - de ofrendas: fiebre amatoria. Dios es insaciable. Ahítos - sólo los hombres. Su Lucien (como todos mis Lucien - ¡son muchos los de esta

raza!) los ha - nos ha - engañado con un hambre y una sed ficticias: las sombras del Hades sólo necesitaban *una gota* de sangre viva: *nosotros* se la dimos - *¡toda!*

Pero a usted y a mí, Ariadna, nos reconocerán - por la persistencia de *nuestra ofrenda*, que termina (¿termina?) - sólo con la vida. Por eso los Lucien tienen un fin, nosotras - no. No se ponga a su nivel: usted - *no* es él: usted es - su reverso. Póngalo frente a usted - como un escollo - con el que acaba - (¡una vez más!) - de tropezarse - en el camino de su ofrenda - a los dioses. Ámelo, desde luego, pero cuánto se parece éste desde luego a - ¡me niego!, y no porque (y etcétera y - muchos etcéteras), sino porque usted es - usted, y no su sonriente vecina de piso, que le habría dado - en la medida de su propia indigencia y de la indisposición de él.

¡Disculpe la brusquedad! Esos espectros me torturan, y con todo, los prefiero a todos los «reales y normales».

No concluida y no remitida[30].

M. Ts.

Dos entradas en el diario de M. Ts., fechadas la una en enero y la otra en mayo de 1939, permiten imaginar el estado anímico en el que se encuentra:

Alrededor - los mares amenazantes de la incomodidad - planetaria y de todo tipo, Mur y yo somos - un islote, quizá más bien, esos viajeros inconscientes que encienden una hoguera en el lomo de la anaconda. Todo mi confort y mi *sécurité*[31] es Mur: su sentido común, sus deseos obsesivos e insaciables, su alegría por todo, su decisión (la de toda su naturaleza) de alegrarse pese a todo, de vivir cada día, cada hora - ¡cada instante! - «a cada día bástele su cuidado», - su (¡conjura al maleficio!), su apetito insaciable, su Barnum, la fuerza de sus simpatías y sus antipatías, más simple - (y de nuevo - ¡conjura al maleficio!) su inagotable vitalidad.

Ahora su pasión es - la *Brillantine du Docteur Rojà*[32] (una *cochinada* aromática, a base de aceite de ricino, que se anuncia en la T. S. F.[33]) - hoy hasta soñó con ella: - Tuve un sueño horrible, ¿conoce usted los diferentes *présages*[34]? - Naturalmente, ¿de qué se trata? - Soñé con la *Brillantine du Docteur Rojà*. No lograba comprarla: o no tenía dinero, o no podía abrirla, o se volvía chiquitita.

Por las noches, jugamos apasionadamente (él - por los dos) a la *Oie*[35], y él siempre me gana, pero en las damas empatamos: para mí no es un cumplido,

pero para él - sí (dada su absoluta ineptitud para las matemáticas, por lo pronto - aritmética).

Ayer me comió todas las negras (con las que yo, por «superstición», siempre me quedo) - y yo *no* me rendí, pensando en los futuros juegos *no* conmigo (¡con *no*-migo!). ¡¡¡En el *Coffret*[36] - hay doce juegos!!! Pero algunos no los entendemos, y para otros se necesitan tres o cuatro jugadores.

* * *

He aprendido a ir sola en ascensor, por primera vez en *toda mi vida*: sola, hasta el séptimo piso, pero únicamente en el que ya conozco. Los ajenos me dan tanto miedo como antes (y los evito como antes) sobre todo - los de puertas corredizas.

* * *

Un anciano y una anciana son: *camarades de malheur*[37]. (El verdadero *malheur* es cuando uno de ellos busca a un - *camarade de* bonheur[38].)

* * *

En una casa donde no hay *culto* a la madre, la madre es - una esclava. No hay igualdad, y no debe haberla.

(A propósito - de mí - y de otras - el 9 de enero de 1939.)

* * *

Junto al mostrador de un café, miro a un *bel-homme*[39] (el patrón) pavonearse y oigo - con mis propios oídos - oigo:

- *Vous n'avez pas de gueules cassées*[40]?

- De pronto tuve conciencia de que *toda* la vida he vivido en el extranjero, en un aislamiento-absoluto - en el extranjero de una vida ajena - como un espectador: que curiosea (¡no mucho!), que compadece y concede - pero que *jamás* es aceptado en esa vida ajena - que yo *nada* siento como ellos, y ellos - nada - como yo - y que más importante que los sentimientos - siempre tuvimos motores absolutamente diferentes, que lo que para ellos es un motor - para mí simplemente no existe - y viceversa (¡y *vaya* viceversa!).

El amor - donde para mí todo siempre pendió *de un hilo* - de una entonación, de una ceja levantada, alzada con azoro (del otro y mía) - la espada

de Damocles de ese hilo - y el amor de ellos: besarse - de entrada (¡como cumplir un deber!) y, al mismo tiempo, ponerse de acuerdo con diez días de antelación. (¿Y si de pronto no se me antoja (besar)? ¿O a ellos - *siempre* se les antoja? «Siempre listo.»)

- y la vivienda - y la carrera - y etcétera, es decir, una inquebrantable seguridad en sí mismos y en el otro: ratificación sobre la piedra - de lo que para mí era un vuelo onírico y fugaz al séptimo cielo - y la consecuente caída.

Y no sólo aquí, en el extranjero: en Rusia era - lo mismo y en todos lados y en todas partes - ha sido y será así, porque eso es - la vida, y *aquello* (es decir, yo) era (es y será) - totalmente otra cosa.

¿¿¿*Cómo* se llama???

* * *

París, Pasteur, a 9 de enero de 1939

Y pese a todo sé que yo - soy la vida: yo, y no ellos, aunque *todo* me demuestre lo contrario.

* * *

Yo, como una fiera, percibo la mirada y como una fiera - me vuelvo hacia ella - atisbo - y me aparto. Y (con curiosidad no castigada) *nadie* me mira una segunda vez.

(- *Ce qu'elle doit être méchante, celia-là*[41]!)

* * *

He tentado a París (su paciencia, su moda - y su gusto) - de mil maneras: con lo no maquillado de mi rostro, con lo encanecido de mis cabellos mientras mi paso sigue siendo veloz, con la enormidad de mis zapatos, con la falta de sedas e incluso de lanas (¡por no hablar de la falta de moda!) en mi vestuario - y con - y con - y con -

Y pese a todo nadie, hasta el día de hoy (¡conjura al maleficio!), 2.8 de mayo de 1939 - en los catorce años de mi estancia - se ha reído de mí en mi cara. Ya que en todo esto había algo tan serio - y peculiar - y *debido* (predestinado)…

Después de mi paso por París, puedo decir que París - está bien educado.

(Sacado de la cabeza. El z8 de mayo de 1939. Domingo. Día de la Trinidad.)

A principios de marzo, las tropas alemanas invaden Checoslovaquia; en los meses siguientes, M. Ts. escribe un nuevo ciclo de poemas dedicado a ese país. La situación internacional le parece desesperada. Finalmente, a principios de junio, llega la orden para partir: M. Ts. y Mur deben, sin avisar de ello a nadie, ir a Le Havre y tomar ahí el barco soviético que los conducirá a Leningrado. M. Ts. por última vez escribe libremente a sus amigos fuera de la URSS.

A Anna Andréieva

Aún París, a 8 de junio de 1939, jueves

Querida Anna Ilínichna:

Adiós.

No pude despedirme, - todo pasó como un relámpago.

Gracias por todo - de Všenory a Vanves (adonde *usted* me llevó, para después irse, pero no lo lamento: - «Tuve una casa - una madriguera[42]…»).

Gracias por la maravillosa primavera con Max[43], por las caminatas - a lo largo de tantas vallas florecidas - y se acuerda de nuestra excursión al bosque - hace ya mucho - usted llevaba puesto su leopardo, yo iba vestida - «de cualquier manera» - y Mur, ¿se acuerda?, lleno de ímpetu, pisó un charco de tormenta…

Me acuerdo y *me acordaré* - de todo.

Me voy con un Mur enorme, bueno, inteligente y severo - ¿se acuerda del día en que nació? («¡Salta a la vista que es hijo de intelectuales!» - Usted, admirando lo acusado de su perfil de recién nacido.) - Hemos sido amigas catorce años y medio, - el tiempo de dos cambios de piel… (NB! *la segunda* - ¡envejecida!) Porque *nunca* dejamos de ser amigas, aunque no nos viéramos, simplemente - la distancia (inevitable) sucedió *antes* que la partida, tal vez, - así haya sido mejor: para usted y para mí…

Jamás encontraré a una persona más pintoresca, más entretenida, más impetuosa, *talentosa*, inesperada y, en algo muy *profundo* - *MÁS AUTÉNTICA* - que usted.

* * *

Lea en casa de M. N. Lébedeva mis poesías a Bohemia - son mis *preferidas* y ya fueron enviadas a Benes con esta leyenda: Con una fe - fuerte cual fortaleza.

Lamento mi partida. Aquí fui muy feliz.

Le deseo una feliz América con Savva. A él - un caluroso saludo. Lo aprecio *mucho* y de él (*y de usted*) siempre cuento *CUENTOS*, que son - *VERDAD*.

La abrazo, *NUNCA* la olvidaré. Usted conoce mi memoria, que es *el corazón*.

M.

A Nadezhda Tukalévskaia[44]

A 11/12 de junio de 1939
Las 12 de la noche - domingo -

Querida Nadezhda Nikoláievna:

Cuando Mur y yo volvimos, a las once, no había nada bajo la puerta: ambos - con el gesto habitual - miramos, y cuando al cabo de un minuto - volvimos a mirar - ahí estaba la carta, que - un minuto antes - no había estado. No oímos - tampoco - pasos detrás de la puerta.

Gracias de todo corazón - también por haber advertido - mi última mirada: por si acaso, sin ninguna esperanza (mi ceguera).

A usted le escribo - la última. Mur duerme, la casa duerme…

> … Sólo una mujer no duerme,
> En mi piel reposa - inerte
> (y etcétera - El oso)[45]

esa mujer - soy yo.

Y los osos - están allá. ¡Y son muuu-chos! Pero que yo seré *la única* mujer así entre todos esos osos - se lo garantizo.

* * *

Termino. *Debo* dormir, si no, perderé todos los medios de transporte. *El despertador - está empacado* (¡por miedo a olvidarlo!). Soy mi propio despertador.

* * *

Gracias por haberme echado una mano con tanto afecto. Gracias por *todo*: por Dives[46] - por esa iglesia a la que finalmente no volvimos una segunda vez, por

nuestros paseos en el cementerio - ¿los recuerda? - por el vestido más maravilloso de mi vida - el azul - por *todos* los pantalones de Mur (y fueron muuu-chos: como esos osos futuros) - por la casa, que me fue - muy querida, por la seguridad de que no importa cuándo ni con qué llegue - a usted le dará gusto: aunque sólo sea por mi confianza, por lo insaciable de su amistad, por lo eficaz de su amistad (no hay amistad: hay - amor, o, no hay amor - hay amistad, en todo caso hay *una cosa*, y no dos, y esa *una* - *la hubo*).

- Imposible enumerarlo todo - por *todo*.

Pues eso.

La abrazo con todo el corazón. Que goce usted de salud, de tiempo libre, de paz, de un buen verano, buenos *años*, - ¡¡¡de libertad!!!

Gracias por el café. Gracias por las camisas. Gracias por el libro - usted me *ha cubierto* de regalos.

Me voy - con usted.

Haré todo lo que pueda para que usted sepa - de mí.

¡Sabe Dios! - ¡Quiera Dios!

M.

Le pido una última cosa («Cuántas cosas se piden siempre al amado[47]…») - EL CAZADOR DE RATAS. Lo escribí durante la primera infancia de Mur, en una isba checa - ¡qué felices éramos entonces Bohemia y yo! Buscábamos setas…

Si puedo - daré alguna señal desde Le Havre…

* * *

A Ariadna Berg

A 12 de junio de 1939, lunes

Ariadna querida:

Hoy nos vamos - le escribo temprano por la mañana - Mur todavía duerme - y a mí me despertó el más seguro de los despertadores - el corazón. (El verdadero *lo empaqué*: para no olvidarlo. NB! ¿¿Qué falta me hacen a mí los despertadores?? Como el aspirador de la pintora Goncharova que, ante mis ojos, se cubrió *de polvo*, y ella, como si de una serpiente gorda, sucia y dormida se tratara - lo evitaba.) - Mi última mañana parisina. Lea en mi *Perekop* (sería *bueno* que se

imprimiera en *buen* papel, aquél es - ¡una ruina! Pero no se lo dé a nadie y mejor si no lo enseña) el capítulo - «La víspera», de cómo los que se van echan una última mirada a su refugio.

Esquirlas de la vida
del soldado…

- Así yo. -

Aprovecho (¡qué verbo infame!) lo temprano de la hora para estar un momento con usted. Le dejo en casa de M. N. Lébedeva (Irusia, su hija, prometió que se lo entregaría a la mamá de usted) - mi icono, dos viejas *Croix Lorraines (Et Jehanne, la bonne Lorraine qu'Anglais brûlèrent a Rouen*[48]…) para Vera y Liulia y la cinta de san Jorge - átela al icono o métala dentro de *Perekop*. También es para usted mi poema *El cazador de ratas*, pero tendrá que ir a buscarlo a casa de M. N. Lébedeva la próxima vez que esté allá, porque ahora todavía no lo tiene. No deje de pasar por casa de M. N. Lébedeva - después de haberla prevenido.

Sepa *siempre* la dirección de los Lébedev (es posible que dentro de un año se vayan a América) y siempre comuníqueles todo lo que sepa de mí - *a ellos* seguramente no podré escribirles. Si le escribo a usted, a Margarita Nikoláievna la llamaré - *Masha*.

Nos vamos sin despedidas: como dice Mur -«*ni fleurs ni couronnes*»[49], - como perros - como triste (como bruscamente) digo yo. No nos lo autorizaron, pero mis amigos cercanos lo saben - e *interiormente* nos acompañan.

Sé que también usted estará hoy, invisible, en el muelle. *Por lo pronto* - de mi partida - nada a nadie. Mientras ellos mismos no hablen. La abrazo, gracias por todo, que sea feliz.

M.

[Añadido en el margen.]
Un abrazo para los niños.

El 12 de junio de 1939, M. Ts. y Mur toman el tren que los llevará a Le Havre. De ese día data su última carta escrita en Francia.

A Anna Téskova

A 12 de junio de 1939,
en un tren que aún está detenido

Querida Anna Antónovna (escribo apoyando el papel sobre la palma de la mano, de ahí la caligrafía infantil). Una inmensa estación con cristales verdes: un terrible jardín verde - ¡y cuántas cosas crecen en él! - Antes de salir, según la vieja costumbre - Mur y yo nos sentamos unos instantes, nos persignamos frente al vacío que ha dejado el icono (lo dejé en buenas manos, vivió y viajó conmigo desde 1918 - pero siempre llega el momento de separarse - de todo - *¡para siempre!* Y esto es - una lección, para que después - no haya miedo - ni siquiera extrañeza…) Terminan diecisiete años de vida. ¡Qué feliz era entonces! Pero el período más feliz de mi vida - y esto - ¡recuérdelo! - fue Mokropsy y Vsenory, y también - aquella mi amada montaña. Es extraño - ayer en la calle me encontré con su héroe[50], al que no había visto - en años, apareció por detrás de nosotros y sin explicación, nos tomó del brazo, a Mur y a mí - se puso en el centro - como si no hubiera pasado nada. Y también me encontré - de modo igualmente milagroso - a un viejo poeta loco[51] con su mujer - de visita en una casa en la que *no había estado en todo un año*. Como si todos - lo hubieran presentido. No paraba de encontrarme - con todos. (Ahora escucho, retumbante y amenazante: *Express de Vienne*[52]… y recuerdo las torres y los puentes que jamás veré.) Gritan: - *En voiture, Madame*[53]! - como dirigiéndose a mí y buscando arrancarme de todos los lugares anteriores de mi vida. No hace falta gritar - ya lo sé. Mur ha hecho provisión (en esta palabra se acaba de poner en marcha el tren) de periódicos. -

- Nos acercamos a Rouen, donde un día la gratitud de la gente quemó a Juana de Arco. (Y una inglesa, quinientos años más tarde, le erigió en ese mismo lugar un monumento.) - Pasamos Rouen - *ráete dál*[54]! - Esperaré noticias de todos ustedes, transmita mis cordiales saludos a toda la familia, a todos ustedes les deseo salud, coraje y larga vida. Sueño con un encuentro en la patria de Mur, que me es más querida que la propia. Al oír su nombre, me vuelvo - como al oír el mío. ¿Recuerda? Yo tuve una amiga, Sóniechka, y todos me decían: «Su Sóniechka». - Me voy con *su* collar y el abrigo con *sus* botones, y en el cinturón - *su* hebilla. Todo - modesta y enloquecidamente-amado, se irá conmigo a la tumba, o nos incinerarán juntos. ¡Adiós! Ahora lo peor ya ha pasado, ahora se trata ya - del destino. La abrazo, a usted y a los suyos, a cada uno por separado y a todos juntos. La quiero y la admiro. Creo en usted como en mí misma.

M.

(Enviado desde Le Havre - estación, a las 16.30 - el 12 de junio de 1939.)

V
La URSS (1939-1941)

17
El regreso

El barco zarpa de Le Havre el 12 de junio de 1939. Durante la travesía, M. Ts. lleva una especie de diario de a bordo:

Barco *Maria Uliánova* - 16 de junio de 1939, a las diez horas quince minutos de la noche (acabamos de adelantar los relojes una hora y acaba de ponerse el sol - el cielo aún está aframbuesado).

Al poner el pie en el puentecillo para abordar, una clara conciencia: eran mis últimas pulgadas de tierra francesa.

* * *

Los españoles (ellos son el cargamento, además de Mur y yo) aun antes de que el barco zarpara - ya bailaban. A uno lo encontré en el salón de música, donde habíamos dejado temporalmente nuestras cosas, separando (¡con un lápiz!) las hojas de mi Exupéry - *Terre des Hommes* - el capítulo «*Les Hommes*» quedó mutilado. Se lo arrebaté de las manos. - ¡Tenga más cuidado! ¡El español se ofende fácilmente! - Yo también me ofendo fácilmente.

El barco zarpó a las siete horas y quince minutos. El único pasajero ruso (además de nosotros), entrado en años, robusto, canoso, exclamó: - Ahora no habrá fuerza que nos detenga. - Todos levantaron el puño.

* * *

Esto fue el 12 de junio de 1939, lunes, a las siete horas y quince minutos. Lo último que hice fue - comprar *Terre des Hommes* (¡un milagro! lo descubrí, pese a la vendedora que aseguraba que - no lo tenían) y escribir cuatro postales.

* * *

Me mareé (no en exceso) el 13 y el 14, de inmediato me acosté y estuve sin levantarme dos días y dos noches, me trajeron de comer; leí y dormí mucho, sólo una vez tomé un remedio - el 14, 0,5 gramos; pero aun antes de eso ya no tenía náuseas, así que no sé si fue la medicina o el haber permanecido en cama. Mur, que durante todo el primer día estuvo corriendo y tambaleándose en la proa, el segundo día se mareó, no podía comer, le di la medicina. Las españolas - se marearon todas, y también la mitad de los españoles. - De todas formas comerán (dijo la versada *serveuse*[1]): comerán y vomitarán - y luego se pondrán a bailar - y volverán a vomitar.

* * *

- En cuanto pasemos el mar del Norte - todo será más fácil.

* * *

El 15, ayer, por la mañana - calma total, el motor bate como mi propio corazón. Los sucesos del día: cerca de las tres - a la izquierda - Suecia, a la derecha - Dinamarca. Suecia - tejados rojos, todo nuevo, amable, como de juguete. Empezó con unas montañas, el perfil acusado de una montaña que se perdía en el mar, después - plano, multitud de pequeñas ciudades o aldeas.

Dinamarca - la primera impresión: *milenaria*. Un bosque grisáceo, de cuento, *de donde van surgiendo* - tejados, viejos. Un inmenso molino de viento. Iglesias. Dinamarca - signo de igualdad - a un cuento de Andersen, todo viene - de adentro, todo está oculto («oculto - no olvidado»)… El bosque crecía - y las casas se construían… Después apareció Dinamarca por segunda vez - Copenhague (aunque quizá me confunda) es fabulosa, a la orilla misma del agua, un castillo-fortaleza-templo con un tejado verde como en Bohemia, con ese verde particular - de los años. Lo bordeamos por todos los costados - siempre bello, desde cada ángulo nuevo - parece mejor. Torres. Una arquitectura - desconocida (para mí) e inolvidable. (NB! Creo que - *antes* de Copenhague.) La contemplé y *con toda mi alma* le envié un saludo a Andersen - que navegó por estos mismos mares. - Del lado de Suecia - muchas velas: rojas, verdes, viejas - *no* expresos. Había un elegante barquito de juguete. Iba yo de un lado al otro saludando - ya a Selma Lagerlöf, ya a Andersen. Pero *Dinamarca* me robó el corazón. Me quedé mirándola hasta que desapareció: no desaparecí - hasta que no desapareció.

- Por la noche (todas las noches), en el barco se baila y se canta. A Mur le encanta, yo no voy, no quiero estorbarle y - no sé, estoy mejor sola. Las mujeres

españolas son de frentes estrechas y voces sonoras. Los niños (y también los hombres) parecen gitanos.

* * *

Hoy, a las tres, un compacto bosque negro y - navegábamos muy lejos - creí ver un rebaño bebiendo en el mar (!) - por supuesto eran casas - o algunas construcciones, tuve una esperanza: ¡Noruega! (No conozco la geografía.) Resultó que era - «la isla Gotland» (Jutlandia) - Gott-Land, *das Land Gott* (Rilke), Jutlandia - a primera vista - es muy pobre. No había ciudad. Aunque sí - una, en el extremo derecho - un puñado de casas.

Me habría gustado nacer en Jutlandia y escribir sólo un libro: Jutlandia.

* * *

Hoy, entre las cinco y las seis - como también ayer a la misma hora, clara - y larga - y detalladamente - oí las campanas. En toda su variedad. *Muy* largamente. Heine - *Nordsee*[2] - ¿no habrá oído él también las campanas?

Es curioso que haya ocurrido a la misma hora dos días seguidos. *Reparé* en ellas cuando hacía tiempo que las oía. Entonces me puse - a escucharlas.

* * *

Ayer, día 15, una prodigiosa puesta de sol, con una inmensa nube que parecía - una montaña. La espuma de las olas era color frambuesa, y en el cielo, lago verdoso, se dibujaban letras doradas que durante mucho tiempo intenté descifrar - ¿qué dirían? Porque - había sido escrito - *para mí*. Me afligía mucho que Mur no lo viera. Mur llegó corriendo y dijo: - Sí, qué bonito (qué bello) - y de nuevo se fue corriendo.

Hoy, día 16, nuevamente acompañé al sol, se puso en un cielo *limpio*, el mar se lo tragó, sin las llamaradas del otro día, evidentemente - *la nube* lo había teñido.

El mar Báltico (si éste es el Báltico) tiene un prodigioso color azul: azul-grisáceo, y no azul-verdoso - como el Mediterráneo, el color del Oká en otoño, que a mí me fascina; no entiendo al sueco doctor Axel[3] (no me acuerdo) que se fue *para siempre* a Capri. Amar el Sur - es demasiado banal, lo único que le está permitido a un nórdico es - soñar con él. Si no - es la bajeza de la traición.

(¡Ah, ya entendí! Dinamarca es - *un sauce*, estoy convencida, los sauces son algo despeinado y suave y gris, algo como el *humo*, y del humo emergen - las

puntas de los tejados y las alas de los molinos.)

Otra observación: el horizonte no oculta ninguna altura: cualquier árbol alto, cualquier campanario - figura. Lo alto - puesto que hay horizonte - no puede ocultarse. Así a nosotros (relegados y borrados) un día nos descubrirán: nos restablecerán.

Más aún: el horizonte pone de manifiesto cualquier elevación. Ésta - es una observación *precisa*.

* * *

Estuve caminando por el puente, después me detuve y - aunque suene ridículo, *no* es ridículo - sentí *físicamente* a Napoleón en su viaje a Santa Elena. Es - el mismo puente: tablas. Pero entonces había velas, y daba más miedo viajar.

Napoleón.

Santa Elena.

* * *

… Tuve muchos sueños, el tema - lo irremediable. Voy a algún lado, por alguna última cosa - tengo prisa, estoy terminando de hacer el equipaje. Un sueño - sí lo recuerdo: busco el disco de Maurice Chevalier (mi preferido) *«Donnez-moi la main, Mamzelle… Donnez-moi la main*[4] - con esa indecible ternura *canaille*[5] - aquella que (¡antaño!) tuvo poder sobre mí - pero el barco ya está lejos: a muchas verstas. Le digo a Mur: - Te marearás en esa lancha, mejor - a pie (*por el mar*), consciente de lo incómodo de caminar, pero prefiriéndolo al mareo (mayor confianza en las piernas, que en la barca).

* * *

Hoy, día 17, *hace frío*. Hoy, día 17, la nueva (aún no la había visto) *serveuse* - a mí: ¡Qué hijo tan grande tiene! ¡Es enorme! De veras, ¡tiene la estatura de los hombres primitivos! - me lo dice en serio, no como un cumplido, sino como un informe. - Y de Mur - ¡ni sus luces! Aparece corriendo - un instante, apenas se ha detenido (en el camarote), cuando vuelve a emprender el vuelo. Está bien que ya ahora, que *de golpe* me haya mostrado… mi futuro.

¿Trasbordador - pensabas?
¡Transportador - de almas!

Todo el tiempo pienso en Margarita Nikoláievna [6], sólo en ella, cómo me gustaría tenerla - aquí, su entereza y su afabilidad y su comprensión constante.

Viajo absolutamente sola. Con mi alma. Eso siempre hace dos: mi cabeza y yo, mi pensamiento y yo, pregunta y respuesta, mi interlocutor interior. Y - mi corazón y mi yo (físico). Y - mi cuaderno (estropeado, deteriorado) - y yo.

Leí en *Les nouvelles littéraires* - algo excelente sobre *El Paraíso* de Dante[7]. Y pensé - ¡qué hastío! Qué afortunada soy de tener a Dante - una traducción en prosa *avec texte en regard*[8], antigua. Leeré - *El Paraíso*.

Esta mañana avanzamos los relojes - una hora más, y por la noche - otra hora.

En la bodega:	*Aquí*
1. La cesta grande	La maleta grande
2. La cesta pequeña	1 negra
3. El baúl	1 negra
4. El saco	1 amarilla
5. El saco	1 cestita
6. T. S. F.	El gramófono
	Los discos
En la bodega 6	En el camarote 7

* * *

Empacar la boina, el neceser, llevar un pañuelo, dar a Mur el encendedor.

* * *

El 18 por la mañana, domingo.

Ayer en la cubierta oí hablar a los españoles y al capitán - hay un mapa dibujado con tiza en una pizarra: *Leningrad - Mosca* - y no sé por qué todo el tiempo oía: Kattegat, Kattegat… Después los españoles bailaron, uno, disfrazado, gesticulaba… La mejor de todos era una niña pequeña que bailaba para sí misma y - en un arranque - se sentó.

Cantaron una canción del Frente Popular de la que sólo entendí: *Allemanta - Italia*. No se sentía (en ellos) añoranza, se sentía - contento, incluso alegría. Visten unos trajes verdes, uno - con zapatos de charol. Se divertían mucho. Yo - pensaba en los checos.

* * *

Estamos acercándonos. Durante el almuerzo pasamos Kronstadt. Un edificio muy grande y sombrío con una cúpula, acumulación de cúpulas - en racimos (de madera). El mar está animado: buques de guerra, barcos, pequeñas embarcaciones de pasajeros, lanchas de motor.

Al parecer - estamos llegando a la capital. Treinta kilómetros - dicen. No pasaremos por el Neva, sino por un canal. ¿Estará León[9]? Falta poco para la aduana. Todo está preparado.

* * *

El 19, por la mañana. Lunes.

- Las nueve de la mañana. Según parece, pronto aparecerá Moscú.

Un avellano.

La aduana resultó interminable. Desventraron *todo* el equipaje, extrayendo cada nimiedad - empacada como un corcho - como con tirabuzón. Trece bultos, entre los cuales una cesta muy grande, dos sacos enormes, una cesta con libros - muy apretados. Los dibujos de Mur tuvieron un gran éxito. Se los quedaron sin preguntar, sin formalidades ni explicaciones. (¡Menos mal que los manuscritos no les gustan tanto!) Sobre los manuscritos no preguntaron - nada. Preguntaron (?) sobre Madame Lafarge, Madame Curie[10] y sobre *L'Exilée*[11] de Pearl Buck. El aduanero principal era muy desagradable: gélido, sin humor, los otros - amables. Yo - hacía bromas y me daba una prisa tremenda: las cosas *no* cabían de nuevo en la maleta, el tren estaba esperando. Me ayudó un subalterno y también me ayudó otro cuando dijo que la última maleta (la negra grande) - ya había sido revisada: no la habían revisado - y *todos* lo sabían. Pero el tren ya no podía esperar más, pese a que cuatro kilómetros después se detuvo hasta las once y media de la noche frente a un *tas de ordures*[12], para aflicción de los españoles. Mur se fue con los españoles en el autocar a visitar Leningrado, yo me quedé todo el día en el vagón, cuidando nuestras «nimiedades» y leyendo, hasta el embrutecimiento, Casteret - *Dix ans sous terre*[13] (las grutas subterráneas, la desembocadura del Garona, etcétera).

Los españoles - los compañeros de Mur - son encantadores: tiernos, educados y sin ningún fanatismo. Cuando nos alejábamos de Leningrado, al mirar los edificios pardos por el humo: - Nuestras fábricas - en Andalucía - son blancas, las blanquean dos veces al año. Y otro quiere trabajar la terre[14]. Hablan muy bien el francés, casi sin acento, y también, con un oído excepcional, pronuncian muy

bien el ruso. Querían pasarse la noche en blanco, mirar por la ventana. Uno de ellos lamentaba no haberle dado un beso de despedida a la *serveuse* rusa: estaba con un marinero. El otro se echó a reír, y el primero: - *Embrasser - ce n'est pas un crime*[15]*!*

Será una lástima perderlos de vista. Sentido artístico: a la vista de un pantano: - *Qu'elle est belle, cette eau! Elle est presque bleue*[16]*!*

Por la noche leí a Wang - un libro muy mediocre sobre China.

Por la mañana me desperté, pensé que los años están - contados (después serán - meses…)

¡Adiós, tierra arada!
¡Adiós, alborada!
¡Adiós, mi comarca!
¡Adiós, a mi patria!

Será una lástima. No sólo por mí. Porque nadie ha amado - todo esto - como yo.

Una vez pasada la aduana, M.Ts. y Mur, sin haber recuperado todo su equipaje, toman el tren a Moscú, adonde llegan el 19 de junio. Para su gran sorpresa, es Alia quien los está esperando en la estación, acompañada de su nuevo amigo Samuel Gurévich, apodado Mulia. Éste trabaja en las ediciones rusas en lenguas extranjeras (es anglófono), y ahí conoció a Alia; por ella abandonó mujer e hijo. Al mismo tiempo trabaja para el NKVD y es probable que esté encargado de vigilar a esta persona recién llegada de Francia. Por su lado, Alia también ha seguido en contacto con los agentes de la policía política, a quienes regularmente da cuenta de sus impresiones; sin embargo, ambos enamorados ignoran que trabajan para el mismo patrón. Serguéi no ha ido porque se encuentra enfermo. En ese momento M. Ts. se entera de que dos años atrás su hermana Asia había sido arrestada y deportada - una noticia que le habían ocultado celosamente.

La familia se reúne en Bólshevo, en los alrededores de Moscú, en una casa de veraneo destinada a los agentes del NKVD repatriados desde Francia - aparte de Efrón allí viven los Klepinin. Alia y su amigo Mulia los visitan con frecuencia, al igual que otra amiga parisina, Emilia Litauer (Milia). Todos estos informadores y agentes se vigilan mutuamente con atención. M. Ts. no está acostumbrada a la vida colectiva y sufre tanto la promiscuidad como los quehaceres domésticos. Escribe en francés en el cuaderno que lleva en Bólshevo, el 22 de julio de 1939:

Estoy padeciendo mi propio infortunio que se alimenta de los restos (de los amores y de las amistades de los otros). Lavar los platos todo el día (19 de junio a 23 de julio), treinta y cuatro largas jornadas, de las siete de la mañana a la una de la madrugada. «¡No se preocupe, esto no durará!» Pero no dejan de ser treinta y cuatro días de *mi* vida, de *mi* cabeza, de *mis* pensamientos… Soy yo, únicamente yo, quien vacía el agua de los platos en el jardín para que la palangana que está debajo del fregadero, llena hasta los bordes, no ensucie el suelo. Sola, sin ayuda de nadie… Y sola - simplemente.

Los que me rodean, todos, están enfrascados en los problemas sociales (o parecen estarlo): ideas, ideales, etcétera - la boca llena de palabras, pero nadie ve una injusticia en el hecho de que la piel de mis manos se caiga - desgastada por un trabajo que no hay quien aprecie.

M. Ts. sigue sin recibir las maletas con sus manuscritos. Gracias a Alia, ha encontrado algo de trabajo: traduce al francés algunos poemas de Lérmontov. El 21 de agosto recibe su pasaporte soviético.

El 27 de agosto Alia, estando de visita en Bólshevo, es arrestada por los agentes del NKVD. Un año más tarde, M. Ts. describe así la concatenación de los acontecimientos:

Reanudo este cuaderno el 5 de septiembre de 1940, en Moscú.

El 18 de junio llegada a Rusia, el 19 - a Bólshevo, encuentro con un Seriozha enfermo. Falta de confort. A buscar queroseno. Seriozha compra manzanas. Opresión paulatina del corazón. El calvario de los teléfonos. La enigmática Alia, su alegría postiza. Vivo sin papeles, no veo a nadie. Los gatos. Mi adorado adolescente poco cariñoso - un gato. (Todo esto es para *mi* memoria y para la de nadie más: Mur, aun si lo lee, no lo reconocerá. Pero no lo leerá, porque huye *de esto*.) Pasteles, piñas, no por eso me siento mejor. Paseos con Mila. Mi *soledad*. El agua de los platos y mis lágrimas. El *oberton* - el *unterton*[17] de todo es - la angustia. Me prometen una mampara - los días pasan. Una escuela para Mur - los días pasan. El inhabitual paisaje de madera, la ausencia de piedra: de apoyo. La enfermedad de Seriozha. Miedo de su miedo cardíaco. Trozos de su vida sin mí - no tengo tiempo para oírlos: tengo muchas cosas que hacer, lo oigo siempre en tensión. La bodega: cien veces al día. ¿¿Cuándo - escribir??

La pequeña Shura. Por primera vez la sensación de una cocina *ajena*. Un calor insoportable, en el que no reparo: chorros de sudor y de lágrimas caen en la palangana de los platos. No tengo de quien asirme. Empiezo a entender que

Seriozha es débil, del todo, en todo. (Yo, sacando alguna cosa: - Pero ¿de verdad no las vio? ¡Eran unas camisas preciosas! - «¡Sólo la veía - a usted!»)

(Remuevo la herida, carne viva. En pocas palabras:)

El 27 por la noche, el arresto de Alia. Alia está contenta, se comporta a la altura. Bromea.

Me había olvidado: mi última visión de ella feliz - unos cuatro días antes - en la Exposición agrícola - de koljosiana - con el pañuelo checo rojo - regalo mío. Resplandecía.

Se va, sin despedirse. Yo: - Cómo es posible, Alia, ¿te vas así, sin despedirte de nadie? Ella, llorando, por encima del hombro - ¡agita la mano! El comandante (un viejo, con cierta bondad): - Así es mejor. Largas despedidas - lágrimas de más…

De mí. Todos me consideran valiente. No conozco a una sola persona *más temerosa* que yo. Tengo miedo de todo. De los ojos, de la oscuridad, de los pasos, pero sobre todo - de mí misma, de mi cabeza - si esto es una cabeza - que con tanta abnegación me ha servido en el cuaderno y tanto acaba conmigo - en la vida. Nadie ve - nadie sabe, - que hace ya un año (aproximadamente) busco con los ojos - un gancho, pero no hay, porque en todos lados hay electricidad. No hay «arañas»… Hace *un año* que me pruebo - la muerte. Todo es - monstruoso y - terrible. Tragar - es asqueroso, saltar - es hostil, repulsión *inmemorial* por *el agua*. No quiero dar miedo (después de la muerte), creo que ya tengo miedo de mí misma - después de la muerte. No quiero - *morir*, quiero - *no ser*. ¡Tonterías!

Mientras sea yo necesaria… Pero, Dios, ¡qué poco, qué *nada* puedo!

> Terminar de vivir - acabar de mascar
> Un ajenjo amargo.

¡Cuántos versos se me han ido! No apunto nada. Eso - se acabó.

Nikolái Nikoláievich[18] me trajo traducciones del alemán. Lo que más me gusta: las canciones populares alemanas. Cancioncitas. ¡Ah, cómo me gustaba todo esto!

Los habitantes de Bólshevo esperan la continuación con angustia. ¿Se da cuenta entonces Efrón de la trampa en la que ha caído? ¿De adónde ha arrastrado a su mujer y a sus hijos? Su turno para ser arrestado llega el 10 de octubre. El invierno se acerca, la casa de Bólshevo está mal acondicionada para el frío. Los Klepinin son arrestados el 7 de noviembre. Al día siguiente, M. Ts. y Mur abandonan ese lugar ahora desierto y se refugian en Moscú, en la minúscula vivienda de la hermana

de Serguéi, Lilia. Es una solución forzosamente provisional, no sólo porque la habitación es pequeña, sino también porque Lilia trabaja en casa (enseña dicción a actores principiantes), y M. Ts. y Mur se ven obligados a pasar el día entero fuera. M. Ts. pide ayuda a Fadéiev, el presidente de la Unión de Escritores (de la que ella no es miembro); éste le sugiere que se dirija al Litfond, organismo de ayuda a los escritores, que le autoriza a alquilar una habitación en Golítsyno, otro pueblo en los alrededores de Moscú, y a comer en la vecina Casa de los Escritores; se instala allí en diciembre. En ese momento es cuando M. Ts. decide acudir a los dirigentes del país para intentar ayudar a su gente. En un principio piensa en escribirle a Stalin; finalmente la carta será dirigida al jefe del NKVD, Beria.

A Lavrenti Beria

Golítsyno, línea del ferrocarril a Bielorrusia
Casa de descanso de los escritores,
a 23 de diciembre de 1939

Camarada Beria:

Me dirijo a usted en relación con el caso de mi marido, *Serguéi Yákovlevich Efrón*, y de mi hija, *Ariadna Serguéievna Efrón*, arrestados: mi hija, el 27 de agosto, mi marido, el 10 de octubre del presente año de 1939.

Pero antes de hablar de ellos, debo decirle algunas palabras sobre mí misma.

Soy escritora, *Marina Ivánovna Tsvietáieva*. En 1922 salí del país con pasaporte soviético y viví en el extranjero, en Bohemia y en Francia, hasta junio de 1939, es decir, diecisiete años. Nunca participé en la vida política de la emigración, viví inmersa en mi familia y en mi escritura. Colaboré principalmente con las revistas *Volta Rossii* y *Sovremennye zapiski*, y durante un tiempo publiqué en la gaceta *Poslednie novosti*, pero me despidieron por haber aclamado abiertamente a Maiakovski. En general - en la emigración viví en soledad y tenía fama de solitaria. («¿Por qué no se volverá a la Rusia soviética?») En 1936, durante todo el invierno, traduje para el coro revolucionario francés (*Chórale Révolutionnaire*) canciones revolucionarias rusas, antiguas y nuevas. Entre ellas «La marcha fúnebre» («Caísteis como víctimas en el combate final»), y de las soviéticas, la canción de la película *Los alegres muchachos*[19], *Campo - extenso campo* y muchas otras. Mis canciones se cantaban.

En 1937 recuperé la nacionalidad soviética, y en junio de 1939 recibí autorización para volver a la Unión Soviética. Regresé acompañada de mi hijo Gueorgui, un niño de catorce años, el 18 de junio de 1939 en el barco *Maria Uliánova*, que transportaba españoles.

La razón de mi regreso a la patria fue el enorme deseo que toda mi familia tenía de volver: mi marido - Serguéi Efrón, mi hija - Ariadna Efrón (ella fue quien primero volvió, en marzo de 1937) y mi hijo Gueorgui, que nació en el extranjero, pero que desde muy temprana edad soñaba apasionadamente con la Unión Soviética. El deseo de darle una patria y un futuro. El deseo de trabajar de nuevo en casa. Y la más absoluta soledad en la emigración, con la que desde hacía mucho tiempo ya no me unía nada.

Cuando me dieron la autorización, me comunicaron verbalmente que nunca había existido ningún impedimento para mi regreso.

Si hace falta hablar de mis orígenes - soy hija del profesor emérito de la Universidad de Moscú, Iván Vladímirovich Tsvietáiev, filólogo de renombre europeo (descubrió un dialecto antiquísimo, su investigación se titula «Las inscripciones de Ossa»), *fundador y coleccionador del Museo de Bellas Artes* - hoy Museo de Artes Plásticas. El proyecto del museo es un proyecto suyo, y todo el trabajo de creación del museo: buscar los medios, reunir colecciones originales (entre ellas una de las mejores colecciones de pintura egipcia que hay en el mundo, y que mi padre consiguió con el coleccionista Mosolov), elegir y encargar las copias y todas las instalaciones del museo - es trabajo de mi padre, el trabajo desinteresado y amoroso de los últimos catorce años de su vida. Uno de mis recuerdos más tempranos: mi padre y mi madre viajan a los Urales a elegir el mármol para el museo. Recuerdo las muestras de mármol que trajeron consigo. Después de la inauguración, a mi padre le correspondía - como director del museo - un piso. Renunció a él y lo convirtió en cuatro apartamentos para los empleados de menor rango. Toda Moscú asistió a sus funerales - todos sus innumerables oyentes de la universidad, de los cursos superiores femeninos y del Conservatorio, y los empleados de sus dos museos (durante veinticinco años fue director del Museo Rumiántsev).

Mi madre - Maria Alexándrovna Tsvietáieva, de soltera Mein, fue una pianista extraordinaria, la principal ayudante de mi padre en la creación del museo. Murió joven.

Eso - en lo que a mí respecta.

Ahora en lo que respecta a mi marido - Serguéi Efrón.

Serguéi Yákovlevich Efrón - hijo de la conocida activista del partido *La voluntad del pueblo*, Elizaveta Petrovna Durnovó (entre los militantes del partido

Liza Durnovó) y del activista del mismo partido Yákov Konstantínovich Efrón. (En la familia se conserva una foto suya de joven en la cárcel con el sello: «Yákov Konstantínov Efrón. Criminal de Estado».) Piotr Alexéievich Kropotkin, que volvió en 1917, me hablaba siempre con cariño y admiración de Liza Durnovó, y hasta la fecha la recuerda Nikolái Morózov. También se habla de ella en el libro de Stepniak, *La Rusia clandestina*, y en el Museo Kropotkin se puede ver su retrato.

La infancia de Serguéi Efrón transcurre en una casa revolucionaria, en medio de incesantes registros y arrestos. Casi toda la familia está en la cárcel: la madre en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, los hijos mayores - Piotr, Anna, Elizaveta y Vera Efrón - en distintas prisiones. El hijo mayor, Piotr, se ha evadido - dos veces. Lo amenaza la pena de muerte y emigra al extranjero. En 1905, Serguéi Efrón, un niño de doce años, ya recibe cometidos revolucionarios por parte de su madre. En 1908, Elizaveta Petrovna Durnovó-Efrón, amenazada de cadena perpetua, emigra con su hijo menor. En 1909 muere trágicamente en París - su hijo de trece años, de quien se burlaban sus compañeros en la escuela, - se suicida, y tras él - ella. De su muerte se habla en el *Humanité* de entonces.

En 1911, conozco a Serguéi Efrón. Teníamos diecisiete y dieciocho años. Él era tuberculoso. Estaba destrozado por la trágica muerte de su madre y de su hermano. Era demasiado serio para su edad. En ese momento decidí que no me separaría de él nunca, pasara lo que pasara, y en enero de 1912 me casé con él.

En 1913 Serguéi Efrón ingresa en la Universidad de Moscú, en la Facultad de Filología. Pero comienza la guerra y él se marcha al frente como enfermero. En octubre de 1917, apenas egresado de la Escuela de Oficiales de Peterhof, combate en Moscú en las filas de los Blancos e inmediatamente viaja a Novocherkassk, adonde es uno de los primeros doscientos en llegar. Durante todo el tiempo que fue voluntario (1917-1920) estuvo siempre en las filas, jamás en el Estado Mayor. Dos veces fue herido.

Todo esto, pienso, debe saberse ya por los cuestionarios a los que ha respondido, pero he aquí lo que seguramente *no* se sabe: no sólo no fusiló a ningún prisionero, sino que salvó del fusilamiento a cuanta persona pudo, llevándoselas a su destacamento de ametralladoras. Lo que generó su cambio de convicciones fue la ejecución de un comisario - ante sus propios ojos -, la cara con la que ese comisario fue al encuentro de la muerte. «En ese momento entendí que nuestra causa - no era una causa popular.»

- Pero ¿cómo es posible que un hijo de Liza Durnovó, del partido *La voluntad del pueblo*, se encuentre en las filas de los Blancos y no de los Rojos? -

Serguéi Efrón consideraba esto como un error fatal en su vida. Yo añado que ese error no sólo lo cometió él, un hombre muy joven entonces, sino muchos y muchos hombres hechos y derechos. Veía en el movimiento de los Voluntarios la salvación de Rusia y la verdad es que cuando se desengañó, lo dejó, todo, del todo, y nunca más volvió a mirar en esa dirección.

Pero vuelvo a su biografía. Después del Ejército Blanco viene el hambre en Gallipoli y en Constantinopla - y, en 1922, el traslado a Bohemia, a Praga, donde ingresa en la Universidad para terminar la Facultad de Historia y Filología. En 1923 proyecta la revista estudiantil *Svoimi putiami* - a diferencia de otros estudiantes, que seguían caminos ajenos - y funda la Unión Democrática Estudiantil, a diferencia de las monárquicas ya existentes. *Es la primera persona de toda la emigración que publica prosa soviética en su revista (1924).* A partir de ese momento su «evolución hacia la izquierda» continúa rigurosamente. Tras su traslado a París, se une al grupo eurasiático y es uno de los redactores de la revista *Viorsty*, que la emigración en pleno rechaza. Si no me equivoco, ya en 1927 a Serguéi Efrón lo llamaban «bolchevique». Y conforme pasa el tiempo - más. Después de *Viorsty* - la revista *Eurasia* (en ella aclamé a Maiakovski cuando se presentó en público en París), a la que la emigración llama - abierta propaganda bolchevique. Los eurasiáticos se dividen en: los de derecha y los de izquierda. Los de izquierda, encabezados por Serguéi Efrón, pronto dejan de existir, pues se fusionan con la Unión por la Repatriación.

Cuándo, exactamente, comenzó Serguéi Efrón a dedicarse de forma activa al trabajo soviético - no lo sé, pero eso ha de saberse por sus cuestionarios anteriores. Pienso que - alrededor de 1930. Sin embargo, lo que sí sabía y sé con certeza - es que sentía una ilusión apasionada y constante por la Unión Soviética y que soñaba con ponerse a su servicio. Cómo se alegraba cuando por los periódicos se enteraba de algún nuevo logro soviético, cuando tenía noticia del más mínimo éxito económico - ¡resplandecía! («Ahora tenemos esto y esto… Pronto tendremos esto y esto…») Tengo un testigo de peso - nuestro hijo, que creció oyendo estas exclamaciones y que no ha oído otra cosa desde los cinco años.

Enfermo (tuberculosis, dolencias hepáticas), salía temprano por la mañana y volvía muy tarde por la noche. El hombre - era evidente - se consumía. Las condiciones de la vida cotidiana - el frío, la falta de condiciones del piso - no existían para él. No existía otro tema que no fuera la Unión Soviética. No conozco los detalles de sus asuntos, pero sí la vida de su alma día tras día, porque ante mis ojos tuvo lugar - un renacimiento completo.

Sobre la cantidad y la calidad de su actividad soviética puedo citar las palabras del juez de instrucción parisino que me interrogó tras su partida: «*Mais Monsieur Efron menait une activité soviétique foudroyante*!»[20]. El juez de instrucción tenía en las manos la carpeta con su caso y conocía esos asuntos mejor que yo (yo sólo conocía lo referente a la Unión por la Repatriación y a España). Pero lo que sí conocía y conozco - es su fidelidad sin reservas. Este hombre, por su naturaleza, no podía sino entregarse íntegramente.

Todo terminó de forma inesperada. El 10 de octubre de 1937, Serguéi Efrón volvió precipitadamente a la Unión Soviética. Y el día 22 se presentaron en mi casa para realizar un registro y me condujeron, a mí y a mi hijo de doce años, a la Prefectura de París, donde nos tuvieron todo un día. Al juez de instrucción le dije todo lo que sabía, es decir: que se trata del hombre más noble y menos interesado del mundo, que ama su patria apasionadamente, que no es un crimen trabajar para la España republicana, que he convivido con él veintiséis años, de 1911 a 1937, y que no sé nada más. Unos días después vino una segunda citación a la Prefectura. Me presentaron copias de unos telegramas en los que yo no reconocí su escritura, de nuevo me dejaron ir y no volvieron a molestarme.

De octubre de 1937 a junio de 1939 mantuve correspondencia con Serguéi Efrón a través de la valija diplomática dos veces al mes. Sus cartas desde la Unión Soviética desbordaban felicidad - es una lástima que no se hayan conservado, pero yo estaba obligada a destruirlas en cuanto terminaba de leerlas. Lo único que le hacía falta éramos mi hijo y yo.

Cuando el 19 de junio de 1939, después de casi dos años de separación, llegué a la dacha de Bólshevo y lo vi - vi a un hombre *enfermo*. De su enfermedad no me habían escrito ni él ni mi hija. Una grave enfermedad del corazón que le descubrieron a los seis meses de haber llegado a la Unión Soviética: una neurosis vegetativa. Me enteré de que durante esos dos años casi todo el tiempo había estado enfermo - en cama. Pero con nuestra llegada se había animado - ni un solo ataque durante los dos primeros meses, lo que demuestra que su enfermedad cardíaca era producida por la tristeza de estar lejos de nosotros y el temor de que una posible guerra pudiera separarnos para siempre… Comenzó a caminar, comenzó a soñar con *el trabajo*, sin el cual *sufría*, se puso de acuerdo con uno de sus superiores y comenzó a ir a la ciudad… Todos decían que en verdad había resucitado…

Y, el 27 de agosto, arrestaron a mi hija.

Ahora, a propósito de mi hija. Mi hija, Ariadna Serguéievna Efrón, fue la primera de nosotros en volver a la Unión Soviética, y lo hizo justamente el 15 de

marzo de 1937. Antes, había estado un año en la Unión por la Repatriación. Es pintora y periodista de mucho talento. Y una persona de una lealtad infinita. En Moscú trabajaba en la revista francesa *Revue de Moscou* (bulevar Strastnói II) - y estaban muy contentos con su trabajo. Escribía (textos literarios) e ilustraba, tradujo espléndidamente en verso un poema de Maiakovski. Se sentía feliz en la Unión Soviética y jamás se quejó de las dificultades de la vida cotidiana.

Después del arresto de mi hija, el 10 de octubre de 1939, a los dos años precisos de su llegada a la Unión Soviética, arrestaron a mi marido, un hombre muy enfermo y destrozado por la desgracia de *ella*.

Mi primer envío de dinero fue aceptado: para mi hija - el 7 de diciembre, es decir, tres meses y once días después de su arresto; para mi marido - el 8 de diciembre, es decir, dos meses menos dos días después de su arresto. Mi hija [inconcluso]…

El 7 de noviembre, en la misma dacha, arrestaron a la familia Lvov[21], con la que compartíamos techo, y mi hijo y yo nos quedamos completamente solos, en una dacha sellada, sin leña y con una angustia terrible.

Me dirigí al Litfond, y allí nos asignaron una habitación por dos meses, en la casa de descanso de los escritores en Golítsyno, con la comida incluida. Después del arresto de mi marido me quedé sin medios. Los escritores me han conseguido una serie de traducciones del georgiano, del francés y del alemán. Mientras estuve viviendo en Bólshevo (estación Bólshevo, línea ferroviaria del Norte, poblado Novy Byt, dacha 4/33) traduje al francés varias poesías de Lérmontov para la *Revue de Moscou* y para *Internatsionálnaia literatura* [Literatura internacional]. Una parte ya ha sido publicada.

No sé de qué se acusa a mi marido, pero sí sé que es incapaz de una traición, una falsedad o un acto de deslealtad. Lo conocí en 1911 - hasta 1939 son casi treinta años - pero lo que sé de él lo sabía desde el primer día: que es un ser humano de una pureza, una capacidad de sacrificio y un sentido de la responsabilidad extraordinarios. Lo mismo dirán de él sus amigos y sus enemigos. Aun en la emigración, en el medio más adverso, nadie pudo culparlo de venalidad, y explicaban su comunismo por su «entusiasmo ciego». Aun los agentes de la policía secreta que efectuaron el registro en nuestra casa, asombrados ante la humildad de nuestra vivienda y la dureza de su cama («¿Cómo, en esta cama dormía el señor Efrón?»), hablaban de él con cierto respeto, y el juez de instrucción - sencillamente me dijo: «El señor Efrón era un entusiasta, pero también los entusiastas pueden equivocarse…».

Pero *equivocarse* aquí, en la Unión Soviética, no pudo, porque durante sus dos años de estancia estuvo enfermo y no iba a ninguna parte.

Termino con un llamado a la justicia. Este hombre, con su alma y su cuerpo, con sus palabras y sus hechos, ha estado al servicio de su patria y de la idea del comunismo. Es un hombre gravemente enfermo, no sé cuánto le queda de vida - sobre todo después de una conmoción así. Sería terrible que muriera *sin* haber sido absuelto.

Si se trata de una denuncia, es decir, si los documentos fueron reunidos de mala fe y con malas intenciones, cerciórese del delator.

Si se trata de un error - *le ruego* que lo enmiende antes de que sea tarde.

Marina Tsvietáieva

Esta carta quedará sin respuesta (será simplemente anexada al expediente de Efrón). Lo mismo ocurrirá con las otras peticiones de información, formuladas por M. Ts. Seis meses más tarde vuelve a escribirle a Beria solicitando el derecho de visita; añade (el 14 de junio de 1940):

Está gravemente enfermo, he compartido con él treinta años de mi vida y jamás conocí a un hombre mejor.

Siempre sin respuesta, M. Ts. seguirá yendo a las cárceles de Moscú para intentar transmitir paquetes o dinero a los prisioneros y pescar alguna información. No están juntos: Alia está presa en la Lubianka, Serguéi en la cárcel de Butyrki. El 3 de octubre de 1940, M. Ts. le escribe a Lilia, la hermana de Efrón:

Querida Lilia:

Me apresuro a informarle: Seriozha sigue en el mismo lugar. Hoy, medio muerta, estuve en la sala de espera, porque el 30 [de septiembre] me dijeron en la ventanilla que ya no figuraba en la lista de quienes podían recibir provisiones (las veces anteriores me habían dicho que era demasiado dinero, pero esta vez fue - definitivo: *no* figura). Entonces me dirigí a *Preguntas y respuestas* y pedí información al reverso del cuestionario: estado de salud y lugar de residencia. Me dieron cita para hoy. El empleado me reconoció y de inmediato me llamó, pese a

que no nos habíamos visto en unos cuatro meses - y me tranquilizó cuanto pudo: tenemos muy buenos médicos y en caso de necesidad no le faltará asistencia médica urgente. Me castañeteaban los dientes de tal manera, que no lograba articular un «gracias». («No hay razón para angustiarse tanto» - en general, tengo la impresión de que a Seriozha - lo conocen, y por él - a mí. En la sala de espera se sorprenden de lo prolongado de su estancia en Moscú.)

Una nota en un cuaderno, fechada a principios de 1941, evoca otra visita:

Ayer, 10 [de enero], en el tranvía, me castañeteaban los dientes - desde mucho antes. Así, involuntariamente. Y, por su sonido (del que acabé por ser consciente, o que acabé por *oír*), me di cuenta de que tenía miedo. *Cuánto* miedo tenía. Cuando, en la ventanilla, me recibieron - y me dieron una ficha - mis lágrimas se soltaron, como si sólo hubieran estado esperando eso. Si no me hubieran recibido - no habría llorado.

Lo que M. Ts. no puede saber es que la instrucción de los casos de Alia y de Serguéi durante ese tiempo ha seguido su curso. Estos arrestos obedecen a un plan (que recientemente salió a la luz gracias a los archivos del NKVD, consultados por los investigadores Vitali Shentalinski e Irma Kúdrova). Alia fue apresada primera para que soltara elementos que pudieran incriminar a su padre. Quince años después, en mayo de 1954, en una solicitud hecha al procurador general de la URSS, describe así su experiencia de septiembre de 1939:

Cuando me arrestaron, la instrucción me exigió: 1) que confesara que era una agente de los servicios de información franceses; 2.) que confesara que mi padre estaba al corriente de esto; 3) que confesara que sabía, porque mi padre lo había dicho, que él pertenecía a los servicios de información franceses. Fui golpeada desde el primer interrogatorio.

Me interrogaban «en cadena», de día y de noche, en la celda; no me dejaban dormir, me encerraron en un calabozo, descalza, desnuda; me golpeaban con unos «interrogadores para damas» de caucho, me amenazaban con fusilarme, y no sólo me amenazaban, hacían simulacros de fusilamiento, etcétera.

Destrozada por la tortura, firma estas confesiones el 27 de septiembre de 1939.

No deseando ocultar nada a la instrucción, debo informar que mi padre Efrón, Serguéi Yákovlevich, y yo misma, somos agentes de los servicios secretos franceses.

Los investigadores del NKVD han conseguido su objetivo. La continuación del caso obedece a la rutina de las condenas políticas en la URSS. Pese a que Alia se retracta en marzo de 1940 en lo que concierne a las actividades de su padre, su acta de acusación será levantada en mayo de 1940; el 7 de julio de ese mismo año, ella será condenada a ocho años de campo por espionaje y actividades antisoviéticas. Llega a su campo, en el Gran Norte, en febrero de 1941; M. Ts. todavía podrá escribirle.

Su destino ulterior: en 1943, es transferida a un campo disciplinario con régimen severo; al cabo de un año, Mulia (que entre tanto ha vuelto con su mujer y su hijo), informado del destino de Alia, consigue que la cambien de campo. Es liberada en agosto de 1947 y se instala en la ciudad de Riazán; pero nuevamente será arrestada en febrero de 1949 y condenada a un confinamiento de por vida en Siberia. En agosto de 1950, Mulia cae en desgracia. Será arrestado y acusado de espionaje; es fusilado en julio de 1952.

Después de la muerte de Stalin y de la ejecución de Beria, Alia será liberada; en 1955, obtiene su rehabilitación y vuelve a Moscú. Se dedica a la traducción y, cada vez más, a lograr que se publiquen las obras de su madre en la URSS. Muere en julio de 1975.

Hasta el final de su vida, Alia se mantiene fiel al ideal soviético que adoptó en la adolescencia.

M. Ts. ignorará todo respecto al destino ulterior de Serguéi. Hay que recordar que, tras volver precipitadamente a la URSS en octubre de 1937, el NKVD se había hecho cargo de él, sin darle ninguna nueva misión. Pasó muchos meses en un sanatorio, en 1937-1938, antes de ser instalado en Bólshevo con sus colaboradores parisinos, los Klepinin. Después de su arresto, fue sometido a interrogatorios, durante los cuales es confrontado con las confesiones de su hija y de otros agentes soviéticos en Francia, que él mismo había reclutado y que ahora lo inculpaban. Pero contrariamente a los otros acusados, Efrón se ciñe a la verdad estricta y no «confiesa» nada. Le piden también que acuse a su mujer.

El interrogador: - ¿Qué actividad antisoviética llevaba a cabo su mujer?

Efrón: - Mi mujer jamás ha llevado a cabo ninguna actividad antisoviética. En toda su vida no ha hecho sino escribir poemas y prosa. En algunas de sus obras ha expresado ideas no soviéticas…

- Las cosas no son del todo como usted las presenta. Sabemos, por ejemplo, que en Praga su mujer participó activamente en los periódicos y revistas publicados por los socialistas revolucionarios. ¿Es cierto?

- Sí, es un hecho. Era una emigrada y escribía en periódicos de emigrados, pero jamás se ocupó de ninguna actividad antisoviética.

- Incomprensible. En sus publicaciones los emigrados Blancos formulaban directrices tácticas para luchar contra la URSS. ¿Qué puede tener en común con ellos una persona que no comparte estas directrices?

- No niego el hecho de que mi mujer haya publicado en la prensa de la emigración blanca, sin embargo, jamás realizó ningún trabajo político antisoviético.

Esta falta de cooperación le cuesta a Serguéi interrogatorios más violentos físicamente. Lo atestigua su traslado al hospital de la prisión, el 19 de octubre, con el diagnóstico «crisis frecuentes de angina de pecho, miocarditis crónica, neurastenia aguda» y la recomendación de espaciar los interrogatorios; sin embargo, éstos se reanudan enseguida. El 7 de noviembre, tras un nuevo interrogatorio, es admitido en el servicio psiquiátrico de la prisión, donde el 20 de noviembre, se redacta el siguiente informe:

Internado el 7 de noviembre de 1939 en el sector psiquiátrico de la prisión de Butyrka debido a alucinaciones reactivas agudas y a un intento de suicidio. En este momento sufre alucinaciones auditivas, cree que hablan de él en el corredor, que están a punto de arrestarlo, que su mujer está muerta, que oye el título de un poema que sólo él y su mujer conocen, etcétera. Está ansioso, postrado, piensa en el suicidio, experimenta una sensación inaudita de miedo y está a la espera de algo horrible.

La firma deformada de Efrón al pie en los interrogatorios que siguieron da fe de la degradación de su estado. Sin embargo, sigue sin admitir haber sido un espía francés, un trotskista o un agente doble al servicio de los Blancos: únicamente admite el haber pertenecido a los

servicios del NKVD. Da, pues, en la prisión prueba de la fuerza de carácter que le había faltado a lo largo de su vida.

Por esta razón, el proceso de Efrón y de su grupo es constantemente postergado. El último interrogatorio está fechado el 5 de julio de 1940, mientras que el proceso tiene lugar un año después, el 6 de julio de 1941, cuando Alemania ya ha invadido la URSS. Los seis inculpados (los otros cinco son: los esposos Klepinin, Emilia Litauer, Pável Tolstói y Nikolái Afanásov) son perseguidos por espionaje y condenados a muerte. Litauer y Nikolái Klepinin se reconocen culpables; todos los demás niegan los cargos. Efrón declara:

Jamás fui un espía, fui un honesto agente de los servicios de información soviéticos. Sólo sé una cosa: a partir de 1931, toda mi actividad ha estado dirigida en bien de la Unión Soviética. Les pido que consideren mi caso con objetividad.

Todos, salvo Efrón, serán ejecutados durante los días que siguieron al proceso. Por razones desconocidas, él, el «jefe del grupo», no será fusilado sino hasta el 16 de octubre de 1941, es decir, un mes y medio después de la muerte de M. Ts.

¿Por qué este proceso y esta ejecución de agentes fieles al NKVD? En 1956, durante su propio proceso de rehabilitación, otro chekista afirma:

El servicio extranjero del NKVD no disponía de datos sobre la pertenencia de los Klepinin y de Efrón a las redes de los servicios secretos extranjeros que trabajaban en contra de la URSS, y por eso algunos miembros de nuestro servicio se indignaron al saber que los habían arrestado. Ignoro si los dirigentes de nuestro servicio han solicitado oficialmente aclaraciones respecto al arresto infundado de estas personas… Los Klepinin y Efrón eran considerados, como agentes, de una manera totalmente positiva.

Una de las probables razones de la acusación es que, en diciembre de 1938, el jefe del NKVD, Ezhov, fue reemplazado por Beria. Y dentro de las costumbres de todo nuevo dirigente de los Órganos entra la de acabar con los colaboradores de su predecesor, ya que estos últimos no le deben su promoción.

La otra razón probable es que Efrón había sido destinado a desempeñar un papel central en un nuevo proceso (después del de

Bujarin y Rykov en 1938) contra otras personalidades soviéticas de primer orden, que habrían sido acusadas de intrigas antiestalinistas y de espionaje. La resistencia de Efrón impide que este proyecto pueda realizarse. Al día siguiente de la invasión alemana hay que vaciar las prisiones, los acusados son, pues, juzgados y ejecutados incluso sin confesiones; el proceso proyectado ya no es de actualidad.

18
Tentativa de vida

M. Ts. y Mur permanecen en el poblado de Golítsyno hasta junio de 1940. Mur va a la escuela soviética, pero está constantemente enfermo. M. Ts. se gana la vida traduciendo - pone en verso traducciones literales, hechas a partir de varias lenguas (alemán, inglés, francés, búlgaro, polaco, checo, ucraniano, georgiano, yiddish…), sobre todo al clásico georgiano Vazhá Pshavela (1861-1915), trabajo que ha conseguido gracias a la intervención de Pasternak y de otros amigos. En la Casa de los Escritores establece algunas relaciones amistosas, por ejemplo con Liudmila Végritskaia, autora de libros para niños, a quien le escribe (el 9 de enero de 1940):

Salvo usted, aquí, a mí, nadie me quiere, y sin eso tengo frío y hambre, y sin eso (el amor) no puedo vivir. […] ¡Ah, sí!, muy importante: usted no me restringió - a la poesía, incluso quizás a mis versos - me prefirió a mí (viva), y por eso le estoy infinitamente agradecida. Toda la vida han amado «lo mío»: me copiaban, me citaban, conservaban mis notitas («autógrafos»), pero *a mí* - me han amado *tan* poco, tan - *laso*. Nada halaga mi amor propio (*no* tengo) y *todo* halaga mi corazón (sí - tengo: sólo eso tengo). Usted halagó mi corazón.

En la misma carta, describe las conversaciones con sus colegas:

Hubo otra discusión (pero esta vez yo discutí - *sin abrir* la boca) - con el camarada Sánnikov, a propósito de si puede existir un poema que hable del caucho sintético. Él afirmaba que - sí, y que escribía un poema así, porque *todo* es - tema. (- «En mi opinión el caucho no necesita de poesías, sino de fábricas» - objeté mentalmente.) Sólo las cosas que nadie necesita, necesitan de la poesía. *Es el lugar más pobre de la tierra*. Y es un lugar - sagrado. (Me resulta muy difícil imaginar que se pueda escribir un poema así - con una pureza total de corazón, con el alma y para el alma.)

En ese momento conoce a Evgueni Táguer, crítico literario, por el que siente un principio de encandilamiento. Le escribe (el 11 de enero de 1940):

Atención y dedicación - es mi único camino para llegar a una persona, es decir, el principio de ese camino, cuyo final es *la inmersión* en la persona y, en lo posible, la sumersión (en lo imposible - la disolución) en ella.

Y más: si amo a una persona, quiero que gracias a mí se sienta mejor - aunque no sea sino por haberle cosido un botón. Del botón cosido - a mi alma entera.

Algunos días más tarde, se explaya al respecto.

A Evgueni Táguer

Hoy, 22 de enero de 1940, el día de nuestra partida

¡Querido mío! Venga sin falta - aunque no tendremos su habitación - tendremos mis paredes (¡*no*paredes!) - y lo guiaré no con un hilo, sino - ¡de la mano! por el laberinto de mi libro: de mi alma de 1922 a 1925, de mi alma - entonces y siempre.

Venga por la mañana, quizá tendremos la suerte de una habitación vacía - y si se queda a pasar la noche - podremos hablar de todo. Es importante para mí y necesario que sepa con certeza varias cosas - incluso hechos - que están directamente relacionadas con usted.

Con usted todo tenía que haber sido de entrada distinto - tremendamente amigable y tierno - ahora lo sé - ¡echármelo todo encima! - (y yo se lo dejaba - a usted).

Hay una cosa que no se llevará consigo: el regusto del capricho, *no lo hubo*. Hubo - un manantial vivo.

Le doy las gracias por la primera alegría - aquí, la primera confianza - aquí, y el primer cometido - en muchos años. No

se rompa la cabeza pensando en por qué esta dacha inhabitada le abrió de par en par sus puertas, y ventanas, y terrazas, y buhardillas y por qué precisamente en usted - con todas sus puertas y ventanas y terrazas y buhardillas - se cerró. Sepa una cosa: la confianza de un objeto largamente inanimado, la gratitud de una

cosa - que de nuevo se ha hecho con un alma. («¡Le das de beber - y se pone a hablar!») ¡Y cuántas cosas tengo ganas de decirle!

Se acuerda de Anteo, que tomaba su fuerza (¡nada más fácil!) del contacto con la Tierra, y era mantenido en el aire - por la Tierra. Y las almas del Hades, que sólo hablaban cuando habían bebido la sangre del sacrificio. Todo esto - la tierra de Anteo y la sangre del Hades - es lo mismo, es aquello sin lo que *yo* no vivo, *no soy yo* - quien vive. Esto - es lo único que está *fuera* de mí, lo que no está en mi poder crear y sin lo que *no soy…*

Una cosa más: cuando no está, lo olvido, vivo sin ello, lo olvido a tal punto que es como si nunca hubiera existido (reemplace «ello» por «amor vivo»), incluso niego su existencia, y a todo el mundo le demuestro, como que dos y dos son cuatro, que es - absurdo, pero cuando está, es decir, cuando de nuevo entro en su cauce vivo - *sé* que sólo él existe, que yo sólo existo cuando *él* está, mi otra vida, toda, es - imaginaria, la vida de las sombras del Hades, que no han bebido la sangre es una - *no*-vida.

Quizás así haya que interpretar las palabras de Aquiles: - Preferiría ser mulero en el mundo de las bestias, que soberano en el reino de las sombras.

Pero todo esto: Aquiles y el Hades y Anteo se esfuma frente a la certeza viva de que hoy estuve sentada con usted a la mesa por última vez, que ya no tendré adonde - con todos los Aquiles y Hades y Anteos, que las manos hacia las que todo iba - yo iba - toda - han sido amputadas.

(Tengo la sensación de que usted y yo - ¡ni siquiera comenzamos!)

* * *

Escríbame usted primero. Deme la dirección correcta. Si quiere venir - póngame sobre aviso. Venga solo. Yo no comparto con nadie el *yo que le ofrezco*. Venga solo, a pasar todo el día - y una muy larga tarde.

Gracias por todo.

Lo abrazo, querido.

Pero Táguer es un hombre casado, y la relación con él no se desarrolla. Quedan varios otros buenos conocidos, esenciales para M. Ts.; al respecto le escribe a una amiga (a O. Mochálova, el 29 de mayo de 1940): «No tengo amigos, y sin ellos es - *la muerte*». Una vez terminada la escuela de Mur, M. Ts. vuelve a Moscú. Se instala para pasar el verano en un apartamento provisionalmente vado, de una pareja moscovita que está de vacaciones. Logra, por fin, recuperar sus cajas enviadas desde

París, pero no sabe dónde almacenarlas; la falta de una dirección permanente la angustia. En agosto de 1940, le escribe a Lilia, la hermana de Serguéi:

A Elizaveta Efrón

Un conocido[1] de *Znamia* [El estandarte] se negó a guardar los libros (cuatro cajas, la quinta - la pondremos a la venta) porque vive en casa de los padres de su mujer. Hay una *leve* esperanza - con otro conocido, pero no se trata de *su* vivienda - y ¿¿¿estarán de acuerdo sus familiares???

No tenemos - nada - bajo los pies. Y los días - pasan. Y aquéllos vuelven, creo, ya el 28.

Mulia, con su extraña buena fe (o - ¿indolencia?) desempeñó en nuestra vida - un papel fatal.

* * *

Ya no vivo. No escribo, no leo. Todo el tiempo estoy deseando hacer algo, pero no sé - qué. Hoy hice la lista de los libros para

vender, pero son libros antiguos, para coleccionistas - ¿los querrá la tienda?

Si no los quiere - pondré la caja en la calle, la *pondría* - pero no la puedo mover: son pesadísimos los *Miserables*, los Buffones, los Napoleones, los Cristobal Colones, los Dickens, los Dumas, los Andersen, y todos tienen unas pastas que pesan toneladas, pensadas *para la eternidad…* Y ésta no es sino - ¡la *quinta* caja! (Entre *otros - Documents d'Art Japonais Hira T'Shé - Le livre des 10.000 dessins*[2].) -

El cuento es sencillo: había una vez - una casa, había una vez - una vida, había una vez - un largo pasillo *propio*, en el que cabía - *todo*, y ahora no hay - NADA - y TODO resultó - de más.

Ir a las afueras de la ciudad, con este equipaje *jamás*: ¡me matarían! - y las afueras, en general, son una sepultura. *Temo* esas afueras con sus terrazas vidriadas, sus noches negras, sus casas selladas, son - *la muerte*, ¿para qué morir *tan lentamente*?

He vivido en las afueras y puedo decir que eso - *no* es vida.

Hoy llamé por teléfono (¡sin ninguna esperanza!) a A. N. Tolstói (¡los consejos *tardíos* de Mulia!) - «se ha ido». Cuándo y adonde - no lo dicen. Imposible hablar con él. *Yo - no puedo*.

Así están las cosas. He dejado de arreglar la habitación y *apenas* lavo los platos: me da náuseas - de todo tengo náuseas - ¡y de *eso* también! - además, me explotó en la mano una caja entera de cerillas - todas las cabecitas se prendieron - y tengo en la mano - una llaga, y quemada la barbilla. (La barbilla no tiene nada que ver, pero - se lo cuento.)

* * *

Mur vende todos sus libros y vuelve contento. Lo aceptaron en la escuela 167, pero - ¿¿¿*desde dónde* va a ir???

Por lo pronto aún estamos «en casa». Nos apretamos. Las llaves las tenemos - nosotros. ¡Adiós! Me estoy muriendo.

M.

El fin de mes se aproxima y aún no se vislumbra ninguna solución a su problema de alojamiento. M. Ts. expone de nuevo todas sus dificultades al secretario de la Unión de Escritores, Pavlenko.

A Piotr Pavlenko

Moscú. Calle Herzen número 6, apartamento 2.0 (Sévertsov)
A 27 de agosto de 1940

Muy respetado camarada Pavlenko:

Le escribe una persona en una situación desesperada.

Hoy es 27 de agosto y el 1 mi hijo y yo, con todas nuestras cosas y una biblioteca completa, estaremos - en la calle, porque los propietarios de la habitación que nos alquilaron temporalmente vuelven a ocuparla.

Empiezo por el principio.

El 18 de junio de 1939, hace un poco más de un año, volví a la Unión Soviética, con mi hijo de catorce años, y me instalé en Bólshevo, en el poblado Novy Byt[3], en una dacha, en la mitad de la dacha donde vivía mi familia, que había llegado dos años antes. El 27 de agosto (hoy hace un año) en esa misma dacha fue arrestada mi hija, y el 10 de octubre - mi marido. Mi hijo y yo nos quedamos absolutamente solos, íbamos viviendo, nos calentábamos con las ramas secas que recogíamos en el jardín. Pedí ayuda a Fadéiev. Me dijo que no disponía

de un solo metro. En la dacha era *del todo* imposible seguir, simplemente nos *congelábamos*, y el 10 de noviembre, tras haber cerrado la dacha con llave (NB! nadie nos quitaba la superficie de vivienda que nos correspondía, mi hijo y yo estábamos allí registrados, en la superficie de mi marido) - y bien, tras haber cerrado la puerta con llave, mi hijo y yo nos fuimos a Moscú a casa de una parienta, donde dormimos durante un mes en el vestíbulo, sin ventanas y sobre baúles, errando de día porque nuestra parienta daba clases de dicción y nosotros le molestábamos.

Después el Litfond nos dio acomodo en la Casa de Descanso de Golítsyno, más bien vivíamos *al lado* de la Casa de Descanso, comíamos - allá. Por la habitación, exceptuados dos meses, pagamos nosotros mismos - 250 rublos al mes - una habitación pequeña, con una mampara chapada en madera, que no llegaba hasta el techo. Mi hijo, no acostumbrado a este clima, estaba *siempre* enfermo, yo también estuve enferma, en primavera llegué incluso a escupir sangre. La vida era muy difícil, lúgubre, las lámparas de queroseno no ardían, el pozo estaba congelado y había que perforar el hielo para luego acarrear el agua, las noches eran negras e infinitas, mi hijo estaba eternamente enfermo y vivíamos en un eterno terror nocturno. Me pasé todo el invierno sin dormir, levantándome sobresaltada cada media hora, pensando (¡anhelando!) que ya era de mañana. Había demasiados vidrios (todas esas terrazas vidriadas), demasiada oscuridad y angustia. Nunca iba a la ciudad, y cuando iba - me precipitaba a volver por miedo a perder el tren. Este invierno quedó en mi memoria como una noche polar. Todos los escritores de la Casa de Descanso se apiadaban de mí y me tranquilizaban…

Pasé el invierno traduciendo. Traduje dos baladas inglesas sobre Robin Hood, tres poemas de Vazhá Pshavela (más de dos mil versos), del ruso al francés varios poemas de Lérmontov, y después, este verano, del alemán al francés un largo poema de Becher[4] y varias poesías búlgaras. Trabajé sin descanso - ni un día de reposo.

En febrero, desde Golítsyno, pusimos un anuncio en *Vechérnaia Moskva* [Moscú vespertina], diciendo que queríamos alquilar una habitación en Moscú. Nos respondió una ciudadana, nos cobró 750 rublos por seis meses de anticipo - y hace ya *seis* meses que nos propone habitación tras habitación, *sin mostrarnos* ninguna y dándonos direcciones y nombres falsos.

(En este tiempo nos ha «propuesto» cuatro habitaciones, pero sólo nos ha llevado a una, en la que no nos permitió entrar, porque está habitada por sus familiares.) No hacía sino poner como pretexto «el documento de asignación» que intentaba conseguir, pero está claro que se trata de - una estafadora.

- Continúo. -

Si no me equivoco, para finales de marzo, aprovechando los primeros días templados, fui a Bólshevo (donde se habían quedado todos mis enseres domésticos, mis libros y mis muebles) - a ver cómo estaban allí las cosas, y me encontré con que la dacha había sido forzada y que en mis habitaciones (dos, una de 19 metros, y otra de 7) se había instalado el jefe del soviet local de la aldea. Entonces me dirigí al NKVD y, acompañada por los agentes, volví una segunda vez a la dacha, pero al llegar, nos encontramos con que uno de los desvalijadores - y precisamente el jefe de la policía - *se había ahorcado*, y lo que encontramos fue su ataúd y a él - dentro. Todos mis enseres habían desaparecido, sólo se salvaron los libros, y los muebles los usan los desvalijadores, porque no tengo *dónde* ponerlos.

No cuento con que se me indemnice por la superficie habitacional que me fue arrebatada por los desvalijadores: la dacha pasó a ser parte del Exportles[5], y además nunca, aun cuando vivía yo en ella, había estado del todo claro a quién pertenecía, ahora - por juicio - se le adjudicó al Exportles.

Así terminó mi superficie habitable en Bólshevo.

* * *

- Continúo. -

En junio, mi hijo, pese a sus incesantes enfermedades (pulmonía, gripes y todo tipo de contagios) terminó con muy buenas notas séptimo curso en la escuela de Golítsyno. Nos mudamos a Moscú, al apartamento del profesor Sévertsov (en la universidad), por un período de tres meses, hasta el 1 de septiembre. El 25 de julio me entregaron, por fin, por orden del NKVD, todo mi equipaje, enorme, que había estado cerca de

dos años bajo arresto en la aduana, ya que estaba dirigido a nombre de mi hija (cuando me fui de París no sabía dónde iba a vivir, y di su dirección y su nombre). Toda la ropa y los enseres de la casa, y la ropa de cama, todo mi archivo literario y toda mi *inmensa* biblioteca. Todo esto lo tengo ahora en las manos, en una habitación de la que *me tengo* que ir, con *todas* mis cosas, el 1 de septiembre. He regalado ya *muchas* cosas, de otras me he deshecho, he intentado vender los libros, pero me compran uno y veinte *no*, - ¡aunque los ponga en la calle! - son cinco cajas. Todo esto pesa toneladas, porque en el consulado soviético en París me autorizaron a traer *todas* mis pertenencias, y viví en el extranjero - diecisiete años. -

Y así, estoy *literalmente* en la calle, con todas mis cosas y todos mis libros. Aquí, donde ahora vivo, ya no me empadronan (es la universidad), desde hace dos semanas vivo sin estar empadronada en ningún lado.

El 1 de septiembre mi hijo comenzará a ir a la escuela 167 - *¿desde dónde irá?*

La ayuda personal de amigos y todos los esfuerzos comunes no desembocaron en nada.

La situación no tiene salida.

No me iré a vivir a las afueras de la ciudad, porque *me moriría* - de terror y de oscuridad y de soledad absoluta. (Y además, con un equipaje así - me degollarían.)

No soy una histérica, soy una persona común y corriente, absolutamente sana, pregúnteselo a Borís Leonídovich[6].

Pero la vida - este año - me remató.

No veo la salida.

Pido ayuda.

Marina Tsvietáieva

Ese mismo día, enloquecida, le manda un telegrama a Stalin:

Ayúdeme, me encuentro en una situación desesperada. La escritora Marina Tsvietáieva.

A finales del mes de agosto, M. Ts. y Mur vuelven al habitáculo de Lilia. M. Ts. le habla de su situación a una antigua conocida, Vera Alexándrovna Merkúrieva, traductora ella misma y con quien ha reanudado relaciones.

A Vera Merkúrieva

Moscú, a 31 de agosto de 1940

Querida Vera Alexándrovna:

El libro y la carta llegaron pero yo, desgraciadamente, no estaba en casa, así que a su amiga - no la vi. Lástima. Para mí no hay extraños: con todos comienzo - por el final, como en los sueños, donde no hay tiempo para los preliminares.

Mi vida es terrible. Es mi no-vida. Ayer me mudé de la calle Herzen, donde estábamos muy bien, a una habitación que estará vacía temporalmente, una habitación pequeñísima en el callejón Merzliakovski. Todo el equipaje (colosal, todavía desmesurado pese a que a lo largo de todo un mes he vendido y regalado cuanto he podido) se quedó en la calle Herzen - hasta el 15 de septiembre, en la habitación vacía de uno de los profesores. - ¿¿¿Y después??? -

Fui a ver al asistente de Fadéiev - Pavlenko - una persona encantadora, lo siente infinitamente, pero no puede proporcionarnos nada, los escritores en Moscú no disponen *ni siquiera de un metro*, y yo le creo. Me ofreció algo fuera de la ciudad, pero le di mi argumento fundamental: *una tristeza infinita*, y él lo entendió y no insistió. (En las afueras se puede vivir cuando se tiene una familia grande y armoniosa en la que todos se dan la mano, se relevan, etcétera, pero no como nosotros - Mur se va a la escuela y yo de la mañana a la mañana siguiente estoy sola con mis pensamientos (lúcidos, sin ilusiones) - y mis sentimientos (insensatos: *dizque*-insensatos, - fatídicos), y mis traducciones, - un invierno así fue suficiente para mí.)

Me dirigí al Litfond, prometieron ayudarme a buscar una habitación, pero me advirtieron que cualquier arrendador dará preferencia a un hombre solo, sin comida que preparar ni ropa

que lavar y demás, frente a «una escritora con hijo». - ¡Cómo puedo competir con un hombre solo!

En una palabra, en Moscú no hay lugar para mí.

No tengo a quién culpar. Tampoco me culpo a mí misma, porque ése ha sido mi destino. Sólo que - ¿cómo acabará?

Ya escribí lo que tenía que escribir. Podría escribir más, por supuesto, pero también, con toda tranquilidad, puedo *no*. A propósito, hace más de un mes que no traduzco nada, ni siquiera me acerco al cuaderno: la aduana, el equipaje, las ventas, los regalos (qué - a quién), las idas y venidas con los anuncios (puse cuatro y no salió - *nada*) - en este momento - la mudanza… Y - ¿hasta cuándo?

Ya lo sé, no soy la única… Es cierto, pero mi padre creó el Museo de Bellas Artes - único en todo el país - él lo fundó y él reunió todas las piezas, es el fruto de *su* trabajo de catorce años, - no voy a hablar de mí, no, pero sí diré - con las palabras de Chénier, con sus *últimas* palabras: - *Et pourtant il y avait quelque chose là*[7]… (y se señalaba la frente[8]) - no puedo, sin atentar contra mi conciencia, identificarme con cualquier koljosiano - u odessita - para el que *tampoco* hay lugar en Moscú.

No logro sacarme de encima la sensación de - *derecho*. Y mejor ni mencionar que en el ex Museo Rumiántsev hay *tres* de nuestras bibliotecas: la del abuelo,

Alexandr Danílovich Mein; la de mi madre: Maria Alexándrovna Tsvietáieva; y la de mi padre: Iván Vladímirovich Tsvietáiev. *Nosotros* hemos colmado de regalos a Moscú. Y Moscú me echa: me arroja. ¿Y quién es para ensoberbecerse frente a mí?

* * *

Tengo amigos pero no pueden hacer absolutamente nada. Y personas del todo ajenas comienzan a compadecerme (y eso me desconcierta, me pone a pensar). Y esto es lo peor, porque ante la menor palabra amable - la menor inflexión de voz - me anegan las lágrimas, como a una roca el agua de una cascada. Y Mur se enfurece. *No* entiende que quien llora no es una mujer, es una roca.

… Mi única *alegría* - se va usted a reír - es el ámbar del Oriente musulmán que compré hace dos años, en el «mercado de las pulgas» en París - completamente muerto, céreo, cubierto de moho, y que día tras día, al contacto conmigo, ha ido reanimándose: reviviendo - juega con la luz y brilla desde dentro. Lo llevo pegado al cuerpo, invisible. Tiene la forma de un serbal.

* * *

Mur entró en una buena escuela, hoy ya estuvo en el desfile, y mañana tendrá su primer día de clases.

… Si en el desierto del espíritu
Desierto - hasta el contorno de los ojos
Hay algo que lastima - es el hijo:
El lobezno - más lobo todavía[9]…

(Son versos viejos. Por lo demás, todos son viejos. Nuevos - no tengo.)

Con tantos cambios de lugar poco a poco voy perdiendo el sentido de lo real: *de mí* - cada vez queda menos, como aquel rebaño que en cada cercado dejaba un mechón de lana… Sólo queda mi esencial *no*.

* * *

Una cosa más. Por naturaleza soy muy alegre. (Quizá se trate - de otra cosa, pero no hay otra palabra.) Necesitaba *muy* poco para ser feliz. Una mesa *mía*. La salud de los míos. Un clima cualquiera. La libertad entera. - Y nada más. - Pero obtener *así* esta desdichada dicha - en esto no sólo hay crueldad, hay estupidez. La vida debería alegrarse de quien es feliz, alentarlo en ese don *tan poco frecuente*. Porque del hombre feliz – emana felicidad. De mí - emanaba. En grandes cantidades. Con las dificultades ajenas (sobre mis espaldas) jugaba yo como el

atleta con las pesas. De mí emanaba - libertad. La persona - de golpe - estaba segura de que si se lanzaba por la ventana - caería *hacia arriba*. Al contacto conmigo, las personas revivían como el ámbar. Ellas mismas se ponían a jugar. No estoy en mi papel - de roca bajo la cascada: sino de roca que, junto con la cascada, *se desploma* sobre la persona (sobre su conciencia)… Los esfuerzos de mis amigos me conmueven y me consternan. Me avergüenzo de estar viva todavía. Así deben de sentirse las ancianas centenarias (inteligentes)…

Si tuviera diez años menos: no - ¡cinco! - *mi orgullo* se vería libre de parte de este peso - por eso que llamaremos, por brevedad, encanto femenino (hablo de mis amigos masculinos)

- pero así, con los cabellos canos - no me hago la menor ilusión: todo lo que hacen por mí - lo hacen *por mí* - y no por ellos… Y eso es - amargo. Estoy TAN acostumbrada - ¡a dar!

* * *

(*NB!* Mire hasta dónde nos ha llevado - la «habitación».)

Mi desgracia es que para mí no existe nada *exterior*, todo es corazón y destino.

* * *

Recuerdos a sus lugares maravillosos y tranquilos. Yo no tuve verano, pero no lo lamento, lo único ruso que hay en mí es - la conciencia, y ésta no me habría permitido disfrutar del aire, del silencio, del azul del cielo, sabiendo que - sin poder olvidar ni siquiera por un instante que - en ese mismo momento otro se asfixia en el calor y la piedra.

Habría sido un tormento de más.

El verano transcurrió bien: hice amistad con una nana de ochenta y cuatro años que ha vivido con esa familia *sesenta* años. Y había un gato *maravilloso*, ratonesco, egipcio, de patas largas, monstruoso pero divino. Daría *el alma* - por una nana así y un gato así.

* * *

Mañana iré al Litfond («una vez y otra vez y muchas veces más»[10]) - para informarme sobre la habitación. No creo. Escríbame a esta dirección: Elizaveta Yákovlevna Efrón (para M. I. Ts.), 16 callejón Merzliakovski, apartamento 27, Moscú.

No estoy empadronada aquí, y mejor no escribir a mi nombre.

Le mando un abrazo, le doy las gracias de corazón por pensar en nosotros. Un cordial saludo a Inna Grigórievna.

M. Ts.

Insatisfecha con la reacción de Merkúrieva, anota en su cuaderno el borrador de una nueva carta afirmando su derecho al alojamiento, en el que escribe (el 14 de septiembre de 1940):

Comencemos por lo general. Un ser humano, por el simple hecho de haber nacido, tiene derecho a cualquier punto del planeta, ya que nació no sólo en un país, una ciudad, una aldea, sino - en el mundo.

O: al haber nacido en un país, una ciudad, una aldea, nació - por extensión - en el mundo. […]

No pretendo que haya una estación de metro con mi nombre, ni una placa conmemorativa (en la casa que han demolido), aspiro a un escritorio de madera blanca, con un suelo debajo, con un techo encima y cuatro paredes alrededor.

Finalmente en septiembre de 1940, M. Ts. consigue subarrendar otro alojamiento en Moscú; éste será el último. A final de mes, escribe en su libreta.

… Tarasénkov, por ejemplo, se estremece frente a cada una de mis hojas. Es un bibliófilo. Pero en que yo, la fuente (¡de todas esas hojas!) - recorro Moscú con el brazo extendido como un mendigo: - ¡Una habitación, por el amor de Dios! - y hago colas en los mercadillos - y vuelvo sola por patios oscuros y noches oscuras - en eso no piensa…

… - ¡Señores! Están ustedes demasiado ocupados con sus vidas, no tienen tiempo de pensar en la mía, y - valdría la pena… (No, «señores» no,- «ciudadanos»…)

* * *

Hoy, 26 de septiembre según el viejo estilo (san Juan Evangelista), cumplo cuarenta y ocho años.

Me felicito: 1) (conjuro al maleficio) por haber sobrevivido, 2) (aunque tal vez 1) por los cuarenta y ocho años de *alma* ininterrumpida.

* * *

Mi *dificultad* (para mí - escribir versos y, tal vez, para los otros - comprenderlos) radica en lo imposible de mi tarea. Por ejemplo, *con palabras* (o sea, con sentidos) decir *gemido*: a - a - a. Con palabras (con sentidos) decir *sonido*. Y que en los oídos sólo quede a - a - a.

¿Cuál es el sentido (de esas tareas)?

* * *

Y un poco más tarde (el 26 de octubre de 1940):

Yo, me parece, lo que más amaba en la vida era - el bienestar (*sécurité*[11]). Y éste se ha ido - irreversiblemente - de mi vida.

Mur puede volver a la escuela; M. Ts. se sumerge de nuevo en las traducciones, que son su única fuente de ingresos, y que no sabe hacer con prisa. Otro proyecto la motiva: publicar una selección de sus propios poemas. Es consciente de la dificultad de la empresa, y elige cuidadosamente los poemas: no deben herir la sensibilidad soviética, pero tampoco adularla demasiado (no incluye sus poemas abiertamente «antifascistas» dedicados a la invasión de Checoslovaquia). El futuro volumen se abre con un poema - declaración de amor y de fidelidad a Serguéi, que en ese momento está encerrado en los calabozos del NKVD. Pero un informe interno de la editorial describe el libro como una «representación hostil del mundo en el que vive el hombre soviético» y el proyecto es enterrado. El trabajo que M. Ts. lleva a cabo para componer su libro le inspira esta reflexión:

Iluminación repentina: NB! Yo he escrito una *física del alma* («física» no la ciencia, sino lo contrario a la «psicología») mejor que todos los demás poetas.

En esa época sufre un nuevo encandilamiento por el poeta Arseni Tarkovski, a quien dedicará su último poema: ella se describe así en una carta que le dirige en octubre de 1940: «Todo manuscrito - está desamparado. Yo toda - soy un manuscrito». También en esa época, vive un encandilamiento por una mujer joven (casada, como casado estaba Tarkovski), a la que conoció en Golítsyno.

A Tatiana Kvánina

Moscú, bulevar Pokrovski 14/5, apartamento 62.

A 17 de noviembre de 1940. Domingo

Querida Tania:

Hoy, al despertar, mentalmente le dije: - Si usted viviera cerca - si usted y yo viviéramos cerca - yo sería una mitad más feliz. Es cierto.

Ayer, antes que usted, estuvo aquí otra mujer, a la que había visto una vez - una hora - en 1918 - me la trajo Balmont, era una incipiente poeta, y escribía versos sobre zanahorias (¡palabra de honor!) - y ella misma era coloradita como una zanahoria, - hasta me sorprendió. Y he aquí que el año pasado, en Golítsyno, veintún años después, recibo de ella una carta - con versos (buenos versos, ya *no* dedicados a la zanahoria, - que empezaban así: «¡Alma en cascada! Por ti creo en mi

país…») - y luego algunas otras cartas, y ayer, por fin, nos vimos. Yo no tenía ni idea de *a quién* iba a encontrar, y tenía tantas ganas de - *¡amar!* y - estuve con ella tres horas, hablamos de amigos del pasado y de tiempos pasados, somos (parece) - personas de un mismo mundo, ella es inteligente, siente devoción por mí, escribe versos, y - ¡Tania! - no sentí *nada*, ni una tímida palpitación, ni atracción, y mi voz era glacial, razonable, incluso racionable (Tania, en ese momento usted habría sufrido por ella. No, mejor sufra *por mí*, porque ella de todas formas - es feliz porque me ama, y el asunto está, *todo* el asunto está en amar *nosotros*, en que *nuestro* corazón palpite - ¡aun si acaba hecho añicos! Yo *siempre* acabé hecha añicos, y mis versos son - todos - esos añicos de plata de mi corazón).

Tania, mi huésped de ayer y yo tenemos raíces comunes, y la misma edad, y ella también escribe versos y - Tania, no sentí nada por ella, y por usted - desde la primera vez - todo.

Pero de esto hablaremos más tarde. O quizá no lo hagamos nunca - no lo logremos - no lo intentemos. Si usted y yo tuviéramos alguna hora *larga* - al aire libre, en un gran jardín desierto (¡hubo jardines así en mi vida!) - hablaríamos de eso - sin proponérnoslo, sin evitarlo, por la fuerza de las cosas, por la fuerza de todos los árboles del jardín, pero así - entre cuatro paredes - en a saber qué piso

(¡Tania! su miedo a los ascensores me produce una gran ternura por usted, ayer eso fue para mí - como un regalo, un halo en su persona).

Aquí - no es el lugar ni es el momento para eso.

… Sí, y una cosa más. Tengo una conocida. Se llama Natalia, siempre que hablo de ella digo - *Tania*, y Mur se exaspera: «¡No es Tania!» - y yo cada vez le explico: «Ya sé, ella no es Tania, no se llama Tania, conocí a una *Tania* - pero ha quedado en el pasado».

¡Tania! No tenga miedo de mí. No piense que soy inteligente, o qué sé yo qué más, esto o lo otro o lo de más allá (ponga ahí todos sus miedos). Usted me puede dar - infinitamente - mucho, ya que sólo aquel por quien mi corazón palpita puede *darme*. Es mi corazón palpitante quien me da. Yo, cuando no amo - no soy yo. Hace tanto tiempo - que no soy yo. Y con usted yo - soy yo.

Adiós. Sepa y recuerde una cosa, que siempre, en cualquier momento de la vida y de mi día - tanto si duermo como si estoy en vela, si traduzco a Franko[12] como si lavo ropa (hoy, por ejemplo: *en la cubeta - el apio*), usted, su voz es para mí - una alegría.

Esto, creo, no se lo puedo decir a nadie más aquí.

* * *

- …«Si usted me necesita»… - «Sí, es probable que la necesite mucho», - dije yo, casi con ironía (no por mí, ni por usted, sino por el malentendido mismo de la vida) - hasta ese punto su «si me necesita» discrepaba con la necesidad - que tengo de usted…

Mi necesidad de una persona, Tania, es - el amor. *Mi* amor y, si se da el milagro, también *su* amor, pero esto - como un milagro en el milagroso orden milagrero del *milagro*. La necesidad que tengo del otro, Tania, - la necesidad que el otro tiene de mí, la necesidad (y, si se puede decir, la indispensabilidad) - que él tiene de mí, entiéndame de una vez por todas - la posibilidad para mí de amar a *mi* medida, es decir, *sin* medida.

- Usted me es tan necesaria como el pan - no me imagino unas palabras que lo expresen mejor. No, sí me las imagino: como *el aire*.

Pero para esto (siempre, en todos los casos, pero sobre todo - en el nuestro) - hay algún impedimento: el tiempo y el lugar. Y, como si una ola me arrastrara al principio de la carta, a las primeras soñolientas palabras de mi despertar: «Si usted y yo viviéramos cerca». Simplemente cerca, como ahora yo vivo al lado - de esta pareja de extraños, a la que esto no beneficia en nada y para la que yo soy - o una escritora *extraña* (no para de poner verduras a secar) - o un ama de casa

extraña (no paran de llamarle por teléfono distintas editoriales)… Simplemente - cerca. La presencia detrás de la pared. El paso en el corredor. A veces - un golpecito en la puerta. *La conciencia* de la cercanía, que ya es - cercanía. El aire con vida de la casa. Tenemos dos horas libres. ¿Vamos? (A final de cuentas da igual - adonde, porque a final de cuentas aquí no hay Campos Elíseos (no los parisinos, los otros) - ¡pero cada campo puede serlo, cada solar, *cada nube*!)

Y es que no hay necesidad de nada extraordinario alrededor, si en el interior - está lo extraordinario. Pero algo, sea como sea, sí es necesario. Y ese algo es - el tiempo y el lugar.

Así de sencillo: vivir y zurcir una al lado de la otra.

La alegría por la presencia, Tania, es terriblemente rara. Yo casi con todo el mundo - me aburro a morir y, si «me divierto» - es *parce que j'y mets les frais*[13], para no morirme *yo misma*. Pero qué soledad, cuando, después de un momento así compartido, de pronto te encuentras en la calle, con el sonido de tu propia voz (y tu risa) en los oídos, sin una sola de aquellas palabras - salvo tantas y tantas propias.

Y es que, ¿qué hacen conmigo? Me llaman para que lea mis poesías, sin entender que cada verso es - amor, que si toda la vida no hubiera hecho sino leer mis versos - no habría un solo verso. «¡Qué versos maravillosos!» Ah, no son los versos los - maravillosos.

Hace poco una amante de mi poesía, mirándome a la cara con sus grandes ojos azules, me dijo: «Ay, ¿por qué es usted tan… indiferente, tan - racional…? ¿Cómo puede escribir unos versos así - y ser así…?».

- Sólo con usted soy *así*, - le respondí mentalmente, - porque a usted *no* la amo. (Y algo muy sensato - en voz alta.)

* * *

Esta carta viene de lejos. Se ha ido escribiendo durante todo un año - desde un paseo - con un árbol especial (¿un pino - redondo?) - por el que usted reconoció *den Weg zurück*[14] - «Qué árbol tan especial»… Y así, Tania, si con sus grandes ojos pudo

descubrir lo que en *él* había de especial - quizá también descubra - lo que hay en *mí*.

Y en lo tocante a los árboles, con toda seriedad le digo que siempre que una persona repara delante de mí en un roble *determinado* por su rectitud - o en un arce determinado - por su esplendor - o en un sauce determinado - por su llanto -

me siento halagada, como si me amaran o me alabaran *a mí*, y en mi juventud mi conclusión era inmediata: «Esta persona no puede no amar-me».

(Hace un momento, justo enfrente de mi frente, una parvada atravesó el cielo. ¡Qué hermoso!…)

Me despido, Tania, de otra forma la carta no terminará jamás.

* * *

Como está escrita con la vieja ortografía - no se la enseñe a ningún extraño. Pero es que jamás habría podido escribir una carta así con la nueva. Porque le escribe a usted - mi viejo yo: yo de joven - la que era hace veinte años, - ¡como si no hubieran existido estos veinte años!

La yo - de Sóniechka[15].

M. Ts.

En enero de 1941, escribe en su cuaderno:

¿Qué me queda aparte del miedo por Mur (su salud, su futuro, sus dieciséis años que ya se acercan, con pasaporte y responsabilidades)? […] *Miedo. De todo*. […] La pasión más fuerte que hay en mí - la justicia - ha sido agraviada, ensangrentada.

En febrero de 1941, en los márgenes de sus traducciones, apunta:

Yo, de nacimiento - como toda nuestra familia - fui dispensada de estos dos [conceptos]: *la fama* y *el dinero*. Si no, ¿por qué tantos esfuerzos hoy en… ayer en… mañana en… y en general en poetas flojos, inexistentes - y también en los existentes, en [Knapheis[16]] - como en Baudelaire?

Primero: la imposibilidad. La imposibilidad de hacerlo de otra manera. La costumbre - de toda una vida. No sólo la mía: la de mi padre y la de mi madre. Lo llevo en la sangre. Segundo: mi reputación. Soy yo - quien va a firmarlo. Mi reputación, es decir: mi buena reputación. - «¿Cómo pudo Tsvietáieva hacer esta porquería?» La imposibilidad de traicionar - la confianza.

(La buena fama y la fama - no se conocen.) La fama: que se hable de mí. La buena fama: que *no* se hable - mal de mí. La buena fama: una de las facetas de nuestra modestia - y toda nuestra integridad.

¿El dinero? - Me importa un bledo. Sólo lo percibo - cuando no lo tengo. Tenerlo - me parece natural. Podría ganar el doble. ¿Y? Dos veces más billetes en el sobre. ¿Y a mí - qué me queda? Si me quitan esta mi última, mi sosegada… alegría.

Hay que estar muerto para preferir el dinero.

En enero de 1941, Alia ha sido enviada a un campo para purgar su condena. M. Ts. le escribe sin recibir respuesta, por lo tanto cada vez repite las mismas informaciones; por fin una carta de Alia llega a Moscú. M. Ts. retoma entonces su papel de madre protectora y consoladora, e intenta darle ánimos (a Alia, el 18 de marzo de 1941):

Todo llegará, y todo lo que llegue será - bueno, y todo lo bueno - llegará. […] Nos alegraremos. Lo peor ha pasado.

En sus cartas, da cuenta fiel de todo lo que está ocurriendo.

Moscú, 14/5 bulevar Pokrovski, apartamento 62, entrada 4
A 22 de marzo de 1941, día del equinoccio de primavera

¡Alia querida!

Hoy, día del equinoccio de primavera, intento escribirte una primera carta, - te he enviado seis postales a la dirección exacta, con las dos de Mur - ocho, y antes te escribí a Knizhni Pogost, pero eso no cuenta. En todas las postales te escribía lo mismo, es decir:

No recibí las dos postales que me enviaste a la dirección de Lilia - amarga casualidad. El primer eco que me llegó de ti - tu cartita en la carta a Mulia, quien hasta el momento ha recibido dos cartas tuyas. Él te ha escrito mucho y te ha enviado varios telegramas. En cada paquete que se te enviaba, ponía una hojita con nuestra dirección y *teléfono* - por si se daba el caso. Pero no sirvió. En cuanto a Mur y a mí: el 8 de noviembre de 1939 dejamos Bólshevo - para siempre. Un mes estuvimos viviendo en casa de Lilia, en tus rescoldos, yo - sobre tu manta verde, Mur - sobre tu pobre baúl rojizo (donde, a propósito, todo está tal como lo dejaste: la polilla no se ha comido nada, y en estos días ese baúl me será entregado para que yo cuide de él, ya fuimos a buscarlo a casa de Lilia, pero no la encontramos, ni a ella ni a Zina[17]). Nos ayudó muy cordialmente el Litfond, gracias al que pudimos alquilar una habitación junto a la Casa de los Escritores

en Golítsyno, en el camino a Bielorrusia. Comíamos en la Casa, y los dos primeros meses nos lo pagaron todo. Yo me puse a traducir de inmediato, Mur fue a la escuela de turno, donde todo el mundo, de inmediato, se enamoró de él. A Mur no lo reconocerías: está muy delgado, diáfano, sus brazos parecen tallos (o látigos, está muy flaco), todos hablan de su fragilidad. En Golítsyno estuvo siempre enfermo: gripes incesantes, paperas y roséola, después de la cual se pescó una pulmonía (el invierno fue feroz). Lo pasaron a octavo sin exámenes - tanto por las enfermedades como por sus resultados. El verano lo pasamos en Moscú, en la universidad, buscando una habitación, - siempre con la ayuda del Litfond, y finalmente después de infinitos sufrimientos, cuchitriles, patios traseros, trasteros, dueños anormales - (¡inenarrable!) - encontramos - ésta, desde donde te estoy escribiendo: doce metros y medio, séptimo piso, ascensor, gas, electricidad y hasta un trozo propio de balcón (pero hay que salir por la ventana, porque la puerta - pertenece a los vecinos) - por dos años, con contrato, demencialmente caro, pero, hasta el momento, nos han echado una mano los escritores: yo ni en sueños he visto una suma así.

Mur va a la escuela, es la cuarta (la tercera estaba en la calle Tverskaia, una escuela modelo) - está en octavo. Es muy brillante en todas las ciencias humanas, en literatura sólo saca sobresalientes, conoce mejor que ninguno de sus compañeros la lengua, presenta ponencias con opiniones propias, etcétera; es excelente también en dibujo técnico, todo lo demás - lo va sacando, pero como se aplica *mucho* (dedica una hora y media o a veces hasta dos a *un* deber de cinco), no tiene tiempo ni de respirar: desde la mañana y hasta las tres - la escuela, de las tres a las nueve - los deberes. Está reventado. Por dentro sigue siendo igual de severo y solitario y - digno: ni una sola queja - de nada. Está apegado a mí - como un gato. Me da una pena infinita, y puedo hacer tan poco por él, si acaso - algún pastel. - O regalarle un nuevo libro, por ejemplo - *La historia de la diplomacia*, o una colección de artículos de Kirpotin. De los poetas le gustan Maiakovski, Aséiev y Bagritski, los colecciona en las ediciones más diversas.

Mis traducciones: el poeta georgiano Vazhá Pshavela: *Gogotur y Apshina, La pantera herida* (que se publicó en *Druzhba narodov* [Amistad entre los pueblos]) y *Eteri*, todo junto hace - tres mil versos (¡rimados!).

Después - de todo: folklore alemán, búlgaros contemporáneos (éstos los leyeron y los alabaron por radio), franceses, el alemán Becher (del alemán al francés), - polacos, laquios (es - un pueblo aparte, una variedad de los checos) y ahora - todo un volumen de judíos bielorrusos. Ah, sí, me estaba olvidando del inglés: las baladas sobre Robin Hood. Trabajo en *Internatsionálnaia literatura* y en Goslitizdat - en el sector «Amistad entre los pueblos». Me tratan con mucha

cordialidad y respeto, y algunos - simplemente me quieren. Mi libro de poemas ha sido incluido en el plan del Goslitizdat, pero no sé qué resulte de eso, están haciendo muchos recortes, y es un libro - puramente-lírico…

Vivo - así: por la mañana escribo (traduzco) y cocino: para mi felicidad, por la mañana estoy completamente sola, a las tres llega Mur, - comemos, después voy al Goslitizdat, o a otros asuntos, hacia las cinco o las seis - de nuevo escribo, después - la cena. Al teatro y a conciertos no voy nunca - no me apetece. Mur se acuesta temprano, jamás tenemos visitas. Durante el verano de 1940, es decir, el pasado - me entregaron todo el equipaje, y todos los manuscritos, y todos los libros - y no había polilla, ni los ratones habían tocado nada, todo estaba perfectamente conservado. Lo único es que cobraron muy caro por el almacenaje: más de mil, - cien rublos por mes. Es decir *no* es caro, pero para mí - es caro. Todo lo que te enviamos - es de ahí. Ah, y una cosa importante: Mulia y yo tenemos para ti: un abrigo negro nuevo forrado de guata de lana, lo confeccionó un sastre, las pruebas me las tomó a mí, está muy bien hecho, es muy caliente, y *no* es pesado, unas botas grises de fieltro con chanclos de caucho, mis botines de morsa *Parisienne*, amarillos, - elegantes y duraderos, y las botas que van con ellos, además, Mulia tiene - todo tipo de cortes, pañoletas, lo que él mismo ha ido comprando. De la lista que enviaste, lo recibirás - todo, tengo ya muchas cosas, y lo que falta - lo compraremos. Pero no me dices nada de la manta. Tengo - para escoger: la mía, tejida (de muchos colores), caliente y ligera - y: el chal español azul con flecos, que lo que tiene de bueno es que sirve tanto de chal como de manta. *Responde sin falta*. Cuando estés instalada - te llevaremos la segunda. Mulia sólo vive por ti, después de tus cartas estaba contento, firmó un contrato para un trabajo grande, tiene todas las intenciones de ir a verte. Fue nuestro ayudante infatigable y fiel - desde el momento mismo en que te arrestaron. El 10 me aceptaron el paquete para papá, no sé nada de él desde el 10 de octubre de 1939. Lilia y Nina te escriben. Ayer fuimos a verla por su cumpleaños, yo le regalé una antigua tacita de estaño - para el café, seguramente te acuerdas de ellas, y bebimos vino - por tu salud y tu regreso, ella recordó cómo había pasado ese día contigo. Está muy delgada y siempre enferma, pero es una persona valiente - y verdadera.

Tenemos amigos, pocos, pero fieles, pero los veo muy de cuando en cuando - todo el mundo está terriblemente ocupado - y además no hay dónde. Ya me acostumbré a mi vida cotidiana, voy y vengo sola - Alia, ¡y muy bien! Comemos bien, en Moscú hay absolutamente todo, pero nuestra familia - es de croquetas, y si un día no hay croquetas (las moscovitas cuestan 50 kopeks - cada una), Mur rezonga, dice que le doy de comer porquerías. Sigue pescando en la sopa los

trocitos de verdura - en otoño puse a secar verduras (zanahoria, apio, perejil) para todo el año. ¿No te hace falta *a ti* - algo de verdura seca? La zanahoria se puede disolver en agua hirviendo, si no hay donde cocerla. Responde: 1) la manta o el chal 2) ¿te hace falta mi verdura seca?

El 1 de febrero Mur cumplió dieciséis años, hace dos meses que está tramitando su pasaporte - solo. Ya estuvo en cuatro instituciones, y con el médico - para que diera una constancia de su edad. Todo está en orden, prometieron convocarlo. Mur es una persona sorprendentemente responsable, en general - es un adulto hecho y derecho, si no pensamos en los pingajos tejidos con los que aún duerme y los que yo, como antes, tengo que buscar. Mulia te lleva toda una montaña de víveres, escríbenos con exactitud - ¿qué es lo que más necesitas? Tengo ajo, pero ¿lo comes? - Es fresco. - Ah, sí, ¿te hacen falta escudillas y palanganas? Mulia quiere llevarte una de cobre, pero yo - no estoy tan segura. ¡Responde!

Adjunto un sobre con la hojita. El dinero se te envió hace mucho tiempo, inmediatamente después de tu primera carta a Mulia.

Aquí hace mucho frío, tuvimos primavera, pero pasó, ayer, cuando volvíamos de casa de Nina, Mur y yo estábamos transidos, el frío nos cortaba la cabeza. Por las cosas no te preocupes: lo recibirás *todo*, para ti y para tus compañeras, - yo tengo mi lista, Mulia - la suya. Te mando muchos besos, sé valiente, no pierdas el ánimo.

Mamá

[Añadido en el margen:]
La segunda carta que le mandaste a Mulia (con la mía) llegó en cinco días.

A ésta siguen varias otras cartas. En mayo de 1941 le escribe:

A la misma

A 16 de mayo de 1941
Moscú, 14/5 bulevar Pokrovski, apartamento 62 (entrada 4)

¡Alia querida!

Acaba de llegar tu larga carta, la del 2 de mayo, tardó catorce días. Pasé toda la mañana escribiéndote - cuatro páginas con letra muy pequeña, a ver si la recibes, - ya está enviada. El 26 se te enviaron dos paquetes con víveres, 16 kilos

los dos, iba - todo, incluso extracto de hígado. Come tú y obsequia a los demás, te enviaremos ininterrumpidamente. Mulia tiene todas las intenciones de ir a verte, pero - resulta - hay que conseguir una autorización aquí. Se está ocupando de eso. Yo también iré, pero después. Mulia no sólo no se retiró, sino que se metió (como Lilia) con nosotros al propio infierno. Las cosas para papá las llevamos, y el paquete del día 10 lo aceptaron, y eso es todo lo que sé de él. Mur en estos días tendrá exámenes, junto con la carta te envié la fotografía del pasaporte. Alia, si supieras cuánto os extraño, a ti y a papá. Estoy harta de vivir, pero quisiera llegar viva al final de la guerra mundial para entender: qué está pasando. Tenemos una radio, la oímos todas las noches, es de largo alcance, y yo a veces, como una idiota aplaudo - sobre todo - las declaraciones con sentido común, son - muy raras, y me doy cuenta de que yo misma - soy el puro sentido común. Y justamente él es - *la POESÍA*. No te enfermes, por favor, espera. Debía recibir mis cosas, por juicio, el verano de 1940, pero me las entregaron sin esperar el juicio. ¿No necesitas un abrigo de piel, discreto, con un forro caliente, absolutamente impermeable? ¡Responde! Te mando besos. Escribe. Escribo.

Mamá

Pero la última carta que le escribe a Alia, la del 29 de mayo, trasluce su desaliento:

Hace poco pensé que el apego es un asunto de tiempo: para sentir apego por alguien hace falta vivir con él, y yo ya no tengo tiempo para eso, ni ganas, ni fuerzas.

19
El final

El 22 de junio de 1941, Alemania invade la Unión Soviética. Su ejército avanza rápidamente y, en julio, Moscú comienza a sufrir bombardeos. Mur, que tiene ahora dieciséis años, forma parte de la protección civil antiaérea y pasa las noches en los techos de los edificios, escrutando el cielo. M. Ts. teme por su hijo y decide abandonar Moscú, con uno de los grupos de escritores que son entonces evacuados lejos del frente. M. Ts. y Mur salen el 8 de agosto, en barco, rumbo a la República Tártara. Una parte del grupo se queda en Chístopol, un poblado pequeño; los últimos pasajeros, entre los cuales están M. Ts. y Mur, son desembarcados en el pueblo de Elábuga, el 18 de agosto.

M. Ts. se dedica a buscar un lugar donde alojarse y un trabajo, y al principio no encuentra nada. El 20 de agosto es convocada a la oficina local del NKVD, donde le proponen que trabaje como traductora del alemán; rechaza la oferta. Después de eso logra que unas personas le alquilen una habitación en su casa, adonde se traslada con Mur.

El 24 de agosto M. Ts. vuelve sola a Chístopol, en barco, esperando poder instalarse allí y encontrar algún empleo. Ese día Mur escribe en su diario:

Está de un humor - infame, el más pesimista. Le ofrecen un puesto como educadora, pero ¿acaso es capaz de educar? De eso no entiende un comino. Está de un humor - suicida: «El dinero se va como agua y no hay trabajo». De ahí el viaje a Chístopol.

En Chístopol no recibe una respuesta clara a sus peticiones. Al enterarse de que el Litfond va a abrir un comedor, decide proponerse para trabajar allí y escribe la siguiente solicitud, uno de los documentos más demoledores de la historia de la literatura rusa.

Al Sóviet del Litfond

Ruego que se me dé trabajo como lavaplatos en el comedor del Litfond que va a abrirse.

M. Tsvietáieva
A 26 de agosto de 1941

La dirección del Litfond duda en contratar a esta antigua emigrante, esposa de un enemigo del pueblo; sin esperar la respuesta definitiva, M. Ts. vuelve a tomar el barco para Elábuga, adonde llega el 28 de agosto. Una vez más es convocada al NKVD. Al parecer es entonces cuando decide poner fin a sus días.

La idea del suicidio está presente en el espíritu de M. Ts. no sólo desde el arresto de Serguéi, como ella misma dice en septiembre de 1940, sino desde mucho tiempo atrás. Había escrito en su cuaderno (el 14 de marzo de 1919):

Me imagino perfectamente que un buen día dejaré de escribir versos […]

Esa historia con los versos sería - mi primer paso hacia la no-existencia.

Y el pensamiento: puesto que he podido dejar de escribir versos, un buen día podré dejar de amar.

En ese momento moriré. […]

Por supuesto, pondré fin con el suicidio, pues mi deseo de amor - es un deseo de muerte. Es mucho más complejo que «quiero» y «no quiero».

Y un año más tarde (el 18 de junio de 1920):

Rápido - rápido - rápido - no me alcanzo ni con la pluma ni con el pensamiento - pienso en la muerte.

La herida: un hoyito pequeñito a través del cual se va - la Vida.

La muerte será para mí la liberación del exceso, difícilmente lograré morir del todo.

Y, más que nadie, merezco morir desangrada (*ein Blutstrahl*[1]), con tristeza pienso en que inevitablemente moriré en la horca.

Esta idea volvió a serle familiar después de su regreso a Rusia. Y así, en otoño de 1940, en el momento de las grandes dificultades para

encontrar dónde vivir en Moscú, Mur apunta en su diario:

Madre dice que sólo le queda «ahorcarse». (El 22 de agosto de 1940.)

Madre vive en una atmósfera de suicidio y no hace sino hablar del tal suicidio. No hace sino llorar y hablar de las humillaciones que tiene que sufrir en busca de un cuarto y pidiendo a los conocidos un lugar para nuestras cosas. […] Madre dice, que se pierda todo, yo me ahorcaré, y etcétera. (El 27 de agosto de 1940.)

El 31 de agosto es domingo, los campesinos en cuya casa vive están fuera, Mur también. Aprovecha ese momento para escribir tres cartas de despedida.

A los testigos

Queridos camaradas:

No abandonen a Mur. Le suplico a alguno de ustedes, el que pueda, que lo lleve a Chístopol con N. N. Aséiev. Los barcos son - terribles, les ruego que no lo envíen solo. Ayúdenlo también con el equipaje - a prepararlo y a transportarlo hasta Chístopol. Mi esperanza está en la venta de mis cosas.

Quiero que Mur viva y estudie. Conmigo sería su perdición. La dirección de Aséiev está en el sobre.

¡No me entierren viva! Compruébenlo bien.

La segunda carta está dirigida al poeta Nikolái Aséiev, evacuado a Chístopol. M. Ts. aprecia su poesía y ha tenido con él relaciones amistosas; Aséiev vive con su mujer, de soltera Siniakova, y las dos hermanas de ésta.

A Nikolái Aséiev y a las hermanas Siniakova

Querido Nikolái Nikoláievich:
Queridas hermanas Siniakova:

Les ruego que permitan a Mur vivir con ustedes en Chístopol - *simplemente adóptenlo como a un hijo* - y que *estudie*. Yo no puedo hacer nada más por él y

acabaría por destruirlo.

Tengo en el bolso 150 rublos y si intentan vender mis cosas…

En el baúl hay algunas libretas con poemas escritos a mano y un paquete con varios textos en prosa.

Se lo encargo a ustedes, cuiden de mi adorado Mur, es de salud muy frágil. Ámenlo como a un hijo - *se lo merece*.

Y a mí perdónenme - *no pude más*.

M. Ts.

No lo dejen *nunca*. Sería locamente feliz, si él viviera con ustedes.

Si se van - llévenselo con ustedes.

No lo abandonen.

La última carta es para su hijo.

A Gueorgui Efrón

Murlyga:

Perdóname, pero en adelante habría sido todavía peor. Estoy gravemente enferma, esto ya no soy yo. Te amo enloquecidamente. Entiende que no podía seguir viviendo. A papá y a Alia diles - si los ves - que los amé hasta el último minuto y explícales que *caí en un callejón sin salida*.

Cuando Mur vuelve a la casa, encuentra a su madre ahorcada. Unos días más tarde, escribe en su diario (el 5 de septiembre de 1941):

Los últimos días madre hablaba con frecuencia del suicidio, pidiendo «ser liberada». Y puso fin a su vida. […] M. I. gozaba de plena salud en el momento del suicidio.

Mur dará cuenta más detallada de lo sucedido en dos cartas escritas el 11 de septiembre de 1941. La primera es para su tía Lilia.

Imagino que ya se habrá usted enterado del suicidio de M. I., que tuvo lugar el día 31 en Elábuga. La causa del suicidio - un estado nervioso muy grave, una situación sin salida - la imposibilidad de trabajar en lo suyo; además, para M. I.

eran muy difíciles de soportar las condiciones de vida en Elábuga - la mugre, la fealdad, la estupidez. El día 31 se ahorcó. Muchas veces me dijo que poner fin a su vida era la mejor decisión que podía tomar. La entiendo perfectamente y le doy la razón. Efectivamente, como me escribe en su carta postuma: «En adelante habría sido todavía peor». Para ella en adelante habría sido un sucedáneo de vida, un «arrastrar la existencia». Está enterrada en el cementerio de Elábuga.

No se sabe en qué parte del cementerio se encuentran los restos de M. Ts.

La segunda carta está dirigida al mejor amigo de Mur, Mitia Sezemán, el hijo de Nina Klepínina, y está escrita en francés. Comienza así:

Mi buen Mitia:

Te escribo para anunciarte que mi madre se suicidó - se ahorcó - el 31 de agosto. No pienso alargarme al respecto: lo hecho, hecho está. Lo único que te puedo decir es que hizo bien y que tuvo razón al suicidarse: era la mejor solución, y le doy la razón plena y absolutamente.

Aséiev no aceptará los archivos de M. Ts. (será Mur quien los conserve y los lleve de regreso a Moscú), ni tampoco se ocupará del destino de su hijo. Éste se inscribe, en 1943, en la Facultad de Letras de Moscú, lee mucho, sigue llevando un diario y escribe ficción tanto en ruso como en francés. En febrero de 1944 es llamado al ejército; se incorpora al frente en mayo de 1944. Gueorgui Efrón, apodado Mur, será muerto en combate el 7 de julio de 1944.

En octubre de 1940, M. Ts. evoca su propio destino póstumo y lo resume con este verso ligeramente modificado de Anna de Noailles (tomado del poema «Les Regrets»), que transcribe en su cuaderno:

Et ma cendre sera plus chaude que leur vie[2].

Bibliografía

I. Obras de Marina Tsvietáieva en ruso

Sobrante sochinenii, 7 volúmenes, Moscú, Ellis Luck, 1994-1995.
Neizdannoe, Svodnye tetradi, Moscú, Ellis Luck, 1997.
Neizdannoe, Semia: historia v pismah, Moscú, Ellis Luck, 1999.
Neizdannoe, Zapisnye knizhki, 2. volúmenes, Moscú, Ellis Luck, 2000-2001.
Pisma k Konstantinu Rodzevichu, Ulianovsk, Ulianovski dom pechati, 2001.
Pisma k Natalie Gaidukevich, Moscú, Russki put, 2002.
E. Pasternak, «B. Pasternak i M. Ts. posle Rilke», en *M. Ts. et la France*, París, Ymca Press, 2002, pp. 109-123.
M. Ts. y N. Gronski, *Neskolko udarov serdtsa*, Moscú, Vagrius, 2003.

II. Obras citadas que contienen inéditos de Marina Tsvietáieva o documentos que la conciernen

V. Shentalinski, *Les Surprises de la Loubianka*, París, Laffont, 1996 [*Denuncia contra Sócrates: nuevos descubrimientos en los archivos literarios del KGB*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2006].
G. Efrón, *Pisma*, Moscú, Dom-muzei M. Ts., 2002.
M. Ts., *Dnevniki*, 2 volúmenes, Moscú, Vagrius, 2004.
P. Huber y D. Kunzi, «París en los años 30. Sobre Serguéi Efrón y algunos agentes del NKVD», *Cahiers du monde russe et soviétique*, XXXII (1991), 2, pp. 285-310.
I. Kúdrova, *Guíbel M. Ts.*, Moscú, Nezavísimaia gazeta, 1995.
B. Pasternak, «Liudi i polozhenia», en B. P., *Sobranie sochinenii*, t. IV, Moscú, Judózhestvennaia literatura, 1991.

A. Saakiants, *Zhizn M. Ts.*, Moscú, Molodaia gvardia, 2002.

III. Textos y documentos de Marina Tsvietáieva escritos en francés, que no figuran en las ediciones rusas precedentes

«Lettre à Anna de Noailles», original publicado por Nikita Struve en: M. *Ts., un chant de vie*, Paris, Ymca Press, 1996, PP. 371-379.

«Les entretiens franco-russes», original publicado en *Cahiers de la Quinzaine*, XX (1929-1930), 5, pp. 50-51.

«Lettre à l'amazone», original publicado con el título de *Mon frère féminin*, París, Mercure de France, 1979.

Neuf lettres… (en ocasiones también llamado *Les nuits florentines*), París, Clémence Hiver, 1986.

«Lettre à O. Aubry», original publicado por Georges Nivat en M. *Ts., Actes du Premier Colloque international, Lausanne, 1982*, Berna, P. Lang, 1991, pp. 397-404.

«Lettre à P. Valéry», original publicado por Efim Etkind en M. *Ts., Tentative de jalousie*, París, La Découverte, 1986.

«Lettre à A. Gide», original publicado por Efim Etkind en M. *Ts., un chant de vie*, París, Ymca Press, 1996, pp. 380-387. [IV.]

IV. Traducciones de Marina Tsvietáieva en español

Borís Pasternak, M. Ts. y Rainer Maria Rilke, *Cartas del verano de 1926*, Selma Ancira (trad.), México, Siglo XXI, 1984. (Barcelona, Grijalbo-Mondadori, «El espejo de tinta», 1993, reed.)

El poeta y el tiempo, Selma Ancira (trad.), Barcelona, Anagrama, 1990.

El diablo, Selma Ancira (trad.), Barcelona, Anagrama, 1991.

Tres poemas mayores, Elizabeth Burgos (trad.), Madrid, Hiperión, 1991. Versión de los poemas de Severo Sarduy.

Carta a la Amazona y otros escritos franceses, Elizabeth Burgos (trad.), Madrid, Hiperión, 1991. Versión de los poemas de Severo Sarduy.

Contrapunto a cuatro voces en los caminos de aire (pequeña antología de cuatro poetas rusos: Anna Ajmátova, Ósip Mandelstam, Borís Pasternak, Marina Tsvietáieva), Tatiana

Bubnova (trad.), México, Universidad Nacional Autónoma de México,

colección «Bitácora de poética», 1991.
Indicios terrestres, Selma Ancira (trad.), Barcelona, Versal, 1992.
Poetas con historia y poetas sin historia, Selma Ancira (trad.), Revista *Poesía y poética*, n.º 13, México, Universidad Iberoamericana, 1993.
Mi Pushkin, Selma Ancira (trad.), Barcelona, Destino, 1996. (México, Ediciones sin nombre, 2008, reed.)
Antología poética, Madrid, Hiperión, 1996. Versión de Severo Sarduy.
Una dedicatoria, Selma Ancira (trad.), México, Editorial de la Universidad Iberoamericana, 1998.
La historia de Sóniechka, Selma Ancira (trad.), México, Editorial del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999.
Un espíritu prisionero, Selma Ancira (trad.), Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 1999.
Natalia Goncharova (Retrato de una pintora), Selma Ancira (trad.), México, ERA, 2000 (Barcelona, Minúscula, 2006, reed.)
Anna Ajmátova y M. Ts., *El canto y la ceniza. Antología poética*, selección y traducción de Monika Zgustova y Olvido García Valdés, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2000.
Ariadna, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2006. Versión rítmica de Carlos Iniesta.
Cazador de ratas, Irina Bogdaschevski (trad.), Buenos Aires, Paradiso ediciones, 2007.
Viva voz de vida, Selma Ancira (trad.), Barcelona, Minúscula, 2008. [V.]

V. Obras sobre Marina Tsvietáieva en español

Simon Karlinsky, *Marina Tsvietáieva*, Francisco Segovia (trad.), Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1991.
V. Shentalinski, *Les Surprises de la Loubianka*, París, Laffont, 1996 [*Denuncia contra Sócrates: nuevos descubrimientos en los archivos literarios del KGB*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2006].
G. Efrón, *Pisma*, Moscú, Dom-muzei M. Ts., 2002.
M. Ts., *Dnevniki*, 2 volúmenes, Moscú, Vagrius, 2004.
P. Huber y D. Kunzi, «París en los años 30. Sobre Serguéi Efrón y algunos agentes del NKVD», *Cahiers du monde russe et soviétique*, XXXII (1991), 2, pp. 285-310.

I. Kúdrova, *Guíbel* M. Ts., Moscú, Nezavísimaia gazeta, 1995.
B. Pasternak, «Liudi i polozhenia», en B. P., *Sobranie sochinenii*, t. IV, Moscú, Judózhestvennaia literatura, 1991.
A. Saakiants, *Zhizn* M. Ts., Moscú, Molodaia gvardia, 2002.



MARINA TSVIETÁIEVA (Moscú, 1892). Vivió en Rusia hasta 1922, año en que emigró a Occidente para reunirse con su marido, entonces oficial de la Guardia Blanca. Vivió primero en Praga y luego en París hasta 1939. De regreso en la Unión Soviética fue víctima de una hostilidad total, y en 1941 puso fin a su vida.

Su obra, una de las más destacadas de la literatura rusa de este siglo, es una espaciosa estructura de poemas, ensayos, relatos, cartas y diarios, entre los que cabe destacar *El poema de la montaña* y *El poema del fin* (1924), *Relato de Sóniechka* (1937), *Indicios terrestres* (1917-1919) y *El poeta y el tiempo* (1932), un volumen de ensayos publicado por Anagrama en su colección Argumentos.

Notas

[1] Los números entre paréntesis, precedidos de p., remiten a las páginas del presente volumen. Las remisiones a otros textos de Tsvietáieva indican el volumen de sus *Obras completas* en ruso (números romanos) y de la página (números arábigos). Las referencias completas figuran en la bibliografía. <<

[1] ¡Peor - mejor! <<

[2] Demasiada imaginación, y demasiado poca lógica. <<

[3] Canción revolucionaria muy apreciada por las hermanas Tsvietáieva después de la Revolución de 1905. <<

[4] El culto a «las pequeñas cosas» apareció a mediados de los ochenta, durante la crisis del populismo. Sanin es el héroe de una novela epónima de M. P. Artsybáshev (1907). <<

[5] Sima Musátova, otra condiscípula de M. Ts. <<

[6] El perro de la casa. <<

[7] De *El otoño, a pie* de Hermann Hesse. <<

[8] Serguéi Yurkévich, hermano mayor del destinatario. <<

[9] Un relato del escritor Leonid Andréiev. <<

[10] Apodos de los tres perros en Orlovka. <<

[11] Percepción infantil de la letra del himno que dice: «Dios proteja al zar». <<

[12] La casa de la familia Tsvietáiev en Moscú. <<

[13] Obras de espíritu popular y populista. <<

[14] Cabeza de los antiguos creyentes rusos en el siglo XVII. <<

[15] Reina de Georgia en el siglo XII, célebre por su sabiduría y su belleza. <<

[16] Partidos políticos rusos: demócratas-constitucionales y socialdemócratas. <<

[17] El uno en el otro. <<

[18] «El novicio», largo poema de Mijaíl Lérmontov (1838). <<

[19] *Eugenio Onieguin*, novela en verso de Alexandr Pushkin (1823- 1831). <<

[20] Unas ruinas cerca de Gurzuf. <<

[21] Cita del cuento de Andersen «La vieja casa». <<



[22] Voloshin se interesa por las teorías de Quinton, quien afirma la analogía entre el plasma -donde empezó la vida- y el agua de mar. <<

[23] La novela de Alexandre Dumas (1849). <<

[24] Adiós, mi señor padre espiritual. <<

[25] En ese entonces, M. Ts. soñaba con comprar un gramófono. <<

[1] Apodo afectuoso de Serguéi Efrón. <<

[2] Amigos moscovitas. <<

[3] Café-tienda a la orilla del mar en Koktebel. <<

[4] Maia Cuvillier, poeta, amiga de M. Ts., más tarde esposa de Romain Rolland. <<

[5] Maia le habla a Eva de su marido Feldstein. <<

[*] ¡Pobre Morro de Lobo! <<

[6] Otros amigos comunes. <<

[7] Pintora rusa (1858-1884) que se instaló en Francia. Autora de textos de carácter íntimo (en francés) que, publicados después de su muerte, tuvieron un gran éxito. <<

[8] Actor y director de teatro alemán, al que conoció en Friburgo en 1904. <<

[9] Boris Trujachev es el primer marido de Asia, Andriusha su primer hijo (no confundir con Andréi, el hermanastro de Marina y Asia). <<

[10] Un gran almacén en Moscú. <<

[11] La célebre novela de Mijaíl Lérmontov. <<

[12] Se trata de Ósip Mandelstam. <<

[1] Descastada. <<

[2] Las Mujeres - los Nobles - y el Clero. <<

[3] Persona propensa a la oposición, a la contradicción. <<

[4] Esencialmente. <<

[5] Vale más ser que tener. <<

[6] Ex noble. <<

[7] Un niño accidental. <<

[8] La presencia o ausencia de comillas en los relatos respeta literalmente el modo en que éstos fueron escritos en los cuadernos de M. Ts. (*N. de la T.*) <<

[9] La hija de los vecinos de M. Ts. <<

[10] «La reina.» <<

[11] Poema de Nekrásov (1821-1877), dedicado a las mujeres de los decembristas. <<

[12] Apodo de su padre, Serguéi. <<

[13] El sobrino de L. A. Támburer. <<

[14] Konstantin Balmont, poeta ruso (1867-1942), amigo de M. Ts. <<

[15] Con el corazón en un puño. <<

[16] Entrañas. <<

[17] Letra del alfabeto cirílico suprimida después de la Revolución por la que M. Ts. sentía especial apego. <<

[18] Ojos extraviados. <<

[19] Cuando uno ha tenido un hijo que se ha muerto de hambre, siempre cree que el otro no ha comido suficiente.

Uno nunca ha tenido un hijo, lo tiene siempre. <<

[1] Mi alma emocional. <<

[2] Mi alma intelectual. <<

[3] El tiempo aprieta. <<

[4] Todo lo que planea. <<

[5] Todo lo que hormiguea. <<

[6] Mis Jardines - del Príncipe de Ligne. <<

[7] Vasili Dmítrievich Milioti (1875-1943), pintor, amigo de M. Ts. <<

[8] Mirra Balmont (1907-1970) es la hija del poeta Konstantin Balmont. La casa del conde Sologub había sido transformada en el Palacio de las Artes. <<

[9] Admiración. <<

[10] ¡Pero si es exactamente como mi caso! <<

[11] Stepán Trofímovich Verjovenski, personaje de los *Demonios* de Dostoievski.
<<

[12] Las dos primeras partes de la trilogía autobiográfica de Lev Tolstói. <<

[13] El placer de inventar. <<

[14] Invente. <<

[15] A fin de cuentas. <<

[16] La novela de Andréi Biely, publicada en 1913. <<

[17] Habla usted sin conocer las dificultades, amigo. - Yo, que no le he pedido al universo nada más que algunos instantes de éxtasis. <<

[18] Borís Trujachev, primer marido de Asia, muerto de tifus en 1919. <<



[19] Alia había sido confiada a la familia de Borís Záitsev, amigos de M. Ts. que entonces estaban viviendo en el campo. <<

[20] En esa época M. Ts. planeaba instalar a su familia en Crimea, con la ayuda de Max Voloshin. Viajó a Feodosia a principios de noviembre de 1917. <<

[21] El ciclo «Separación», dedicado a Serguéi Efrón, se publicaría aparte en 1922. <<

[22] Amistad literaria. <<

[23] Cita de Goethe, «Trost in Tränen»: «¿Por qué desear lejanas estrellas? / Es para el cielo su esplendor». <<

[24] Durante la primavera de 1921, Anastasia Tsvietáieva volvió de Crimea a Moscú. <<

[25] El primer número de la revista *Sovremennye zapiski* [Anales contemporáneos] publicado en París en diciembre de 1920. <<

[26] La esposa de Lann, A. V. Krivtsova (1896-1956), traductora. <<

[27] Idilio - Elegía - Tragedia-cerebral. <<

[28] Personajes de *La historia del pequeño Lord Fauntleroy* de F. E. Burnett (1886) y de *Dombey e hijo* de Charles Dickens (1848). <<

[29] Gleb Efrón, hermano de Serguéi Efrón, muerto a la edad de siete años a consecuencia de una tos ferina. <<

[30] Boris Trujachev. <<

[31] Max Voloshin. <<

[32] Los dos hermanos, Seriozha y Lionia (Leonid), tendrán un destino trágico. Leonid será fusilado en 1918 por el asesinato de Uritski. Su hermano se había suicidado en 1917. <<

[33] La galería de los espejos. <<

[34] Para ocultar mi incomodidad. <<

[35] Libro de poemas de Kuzmín, publicado en 1921. <<

[36] Como Kuzmín, M. Ts. también escribió un ciclo de poemas sobre san Jorge.
<<

[1] Esta segunda hipótesis se confirmará por el comunicado de Alexéi Tolstói en el suplemento siguiente: «La carta de K. I. Chukovski, publicada en el número anterior, era una carta personal, dirigida a mí. La publiqué sin haber pedido previamente autorización a K. I. Chukovski. Por lo tanto, todos los reproches e invectivas han de dirigirse únicamente a mí. Alexéi Tolstói». <<

[2] Críticos de arte de la época, personajes oficiales. <<

[3] Una obra de teatro de Alexéi Tolstói publicada en Berlín en 1922. <<

[4] M. Ts. llama así al editor Abraham Vishniak, dueño de las ediciones Helikón. <<

[5] La tumba de los Inválidos. <<

[6] Legitimista. <<

[7] Cita del Evangelio según san Lucas (4, 23). <<

[*] Además de Blok, pero ¡él ya no estaba entre los vivos! Y Biely - es otra cosa. <<

[1] Gran auditorio en Moscú donde los poetas leen sus versos. <<

[2] Abraham Vishniak. <<

[3] En Moscú. <<

[4] *Conversaciones con Goethe* de Eckermann. <<

[5] Una colección barata. <<

[6] A ciegas. <<

[7] Se trata de *Indicios terrestres*. <<

[8] Editorial de los emigrados rusos en Berlín. <<

[9] Poema de M. Ts. <<

[10] «El cedro. <<

[11] Nikolái Stepánovich Gumiliov (1886-1921), poeta, fundador de la escuela poética del acmeísmo, fue acusado de tomar parte en un complot contrarrevolucionario y fusilado. <<

[12] A. M. Rémizov (1877-1957), en la emigración a partir de 1921, vivió en París desde 1923 hasta su muerte. <<

[13] Célebre actriz rusa. <<

[1] En «Una terrible venganza», que forma parte del libro *Tardes en un caserío cerca de Dikanka* (1832). <<

[2] El todo por el todo. <<

[3] El «signo duro» y la letra «iat» pertenecen a la antigua ortografía, por la que M. Ts. sentía un gran apego. <<

[4] Ignati Semiónovich Yakubóvich, de quien M. Ts. dice en una carta anterior que la ayudó a salir de Rusia, y que en ese momento tenía un puesto en la embajada soviética en Berlín. <<

[5] La palabra, otra editorial rusa que en ese momento utilizaba tanto la antigua como la nueva ortografía. <<

[*] ¡DE LA INSENSIBILIDAD! <<

[6] B. N. Bugáiev, es decir, Andréi Biely. <<

[7] ¡A buen entendedor - pocas palabras! <<

[8] Alexandr Andréievich Arjánguelski (1846-1924), director de coro y compositor. En ese momento se encontraba en Praga. <<

[9] El hotel donde se había hospedado M. Ts. en 1922. <<

[10] Andréi Biely. <<

[11] *Wohnunsamt*: «oficina de vivienda»; *Untergrund*: «metro». <<

[12] Así describe Pushkin su amor por el ruso en *Eugenio Onieguin*. <<

[13] En otro borrador de la misma carta, se encuentra esta variante: «… aparte del mío, es decir, de la naturaleza, del trabajo, de la soledad?». <<

[14] Nombre de un periódico de la emigración. <<

[15] Cita de *La desgracia de ser inteligente* de Griboiédov. <<

[16] Cita aproximada del poema «Geburt Christi», del ciclo *Vida de la Virgen María* de Rainer Maria Rilke (1912): «Toda joya de oro y las especias aromáticas / que al dispersarse nublan los sentidos, / todo sucede en un instante efímero, / ¡y a la postre uno está arrepentido!». <<

[17] Dejémoslo estar. <<

[18] La amiga y no la esposa. <<

[19] ¡Podríamos ser tan felices juntos! - ¡*fuimos* tan infelices juntos! <<

[20] Maria Tarnóvskaia fue, durante el verano de 1910, la principal inculpada (por haber incitado a un asesinato con un fin interesado) en un juicio que hizo mucho ruido entonces y fue ampliamente comentado en la prensa. <<

[21] Lo estoy pensando. <<

[22] Con conocimiento de causa (de corazón). <<

[23] *Una aventura*, obra en cinco cuadros que aparecerá en el número 18/19 (1923) de *Volia Rossii*. <<

[24] *El valiente* no se publicará sino durante la primavera de 1925. <<

[25] Es un error, en realidad era 59 bis. <<

[26] La señorita con frecuencia se equivoca de puerta. <<

[27] Alumno. <<

[28] Profesora de lengua francesa. <<

[29] ¿Le gusta Edmond Rostand, señora? <<

[30] Señorita. <<

[31] ¿Acaso tengo cara de que me guste Rostand? <<

[32] ¡Qué cosa más rara son estas jóvenes rusas! ¿No será usted poeta en su lengua? <<

[33] Morcilla. <<

[34] En mayo de 1927, Charles Lindbergh cruza por primera vez el Atlántico en avión. Esto inspira a M. Ts. su *Poema del aire*. <<

[35] Toda proporción guardada. <<

[1] El 26 de enero, junto con el día de santa Tatiana, los rusos celebran el día del estudiante. (N. *de la T.*) <<

[2] Tanto los Istselénov como los Papóushek eran emigrados rusos en Praga; formaban parte del círculo artístico y literario. <<

[3] Petrushka, el sirviente de Chíchikov en *Las almas muertas*. <<

[4] La novela del general Piotr Nikoláievich Krasnov (1869-1947), titulada *Del águila de dos cabezas a la bandera roja* (Berlín, 1921- 1922). <<

[5] Este breve recado se encuentra al reverso de una carta de Serguéi Efrón, dirigida a la misma persona. <<

[6] Fiódor Avgústovich Stepún (1884-1965), filósofo y escritor, expulsado de Rusia en 1922, amigo de M. Ts. <<

[7] Maria Serguéievna Bulgákova (1898-1979), amiga de M. Ts., se casará con Konstantin Rodzévich en 1926. <<

[8] Anna Ilínichna Andréieva (1883-1948), una de las amigas más fieles de M. Ts., es la viuda (en segundas nupcias) del escritor Leonid Andréiev. Savva, de quien se habla más adelante, es su hijo. <<

[9] «El niño del domingo, del mediodía, de la llama.» <<

[10] Título del primer capítulo de la novela de Dickens. <<

[11] «Todo lo que toco se vuelve llama, / Todo lo que dejo carbón: / Seguramente soy llama.» Cita modificada, extraída de *La Gaya ciencia* de Nietzsche (Preludio, 62). En lugar de la primera «llama», Nietzsche dice «luz». <<

[12] ¡No te dignes! <<

[13] Una en París, la otra en Praga. <<



[14] El gobierno checo daba subsidios a ciertos emigrados rusos que en principio debían residir en el país. <<

[15] Amigos comunes en Praga. <<

[16] M. Ts. llama así a uno de los cuatro redactores de ese periódico, E. A. Stalinski. <<

[17] Margarita Nikoláievna Lébedeva (1880-1958), médico, y su hija Irina (Irusia), amigas fieles de M. Ts. <<

[18] Parte del ritual durante el bautizo ortodoxo. <<

[19] De las «Cuartetas» de M. Ts. escritas entre 1919 y 1920. <<

[20] La Unión checorusa: institución dedicada a la ayuda de los rusos emigrados. Anna Téskova era la presidenta de la comisión cultural de dicha institución. Será una gran confidente de M. Ts. y destinataria de numerosas cartas. <<

[21] El ejército de salvación, en un checo aproximado. <<

[22] Eso no adelanta sus asuntos. <<

[23] «Pues soy desmentido / allí donde soy doblegado», de R. M. Rilke, *El libro de las horas*, «El libro de la vida monástica». <<

[24] Barrio de Praga, en los alrededores del castillo. <<

[25] El pequeño Gueorgui es el hijo del zar Alejandro II y de la princesa Yurévskaia, esposa morganática del zar. Varvara Ignátieva Shebeko, dama de honor al servicio de Gueorgui, de quien se dice que urdió numerosas intrigas muy bien tramadas alrededor de él. La nodriza del niño acababa de publicar sus *Memorias*. El 1 de marzo de 1881 es la fecha del asesinato de Alejandro II por los *naródniki* (los populistas) en San Petersburgo. <<

[26] En esa carta, del 14 de febrero de 1925, M. Ts. se identifica con Lilith, la «anteprimera» mujer de Adán, y se opone a todas las Evas por venir. Véase el capítulo 8. <<

[27] Diminutivo de «bars», pantera. <<

[28] El amigo de M. Ts. Marc Slónim. <<

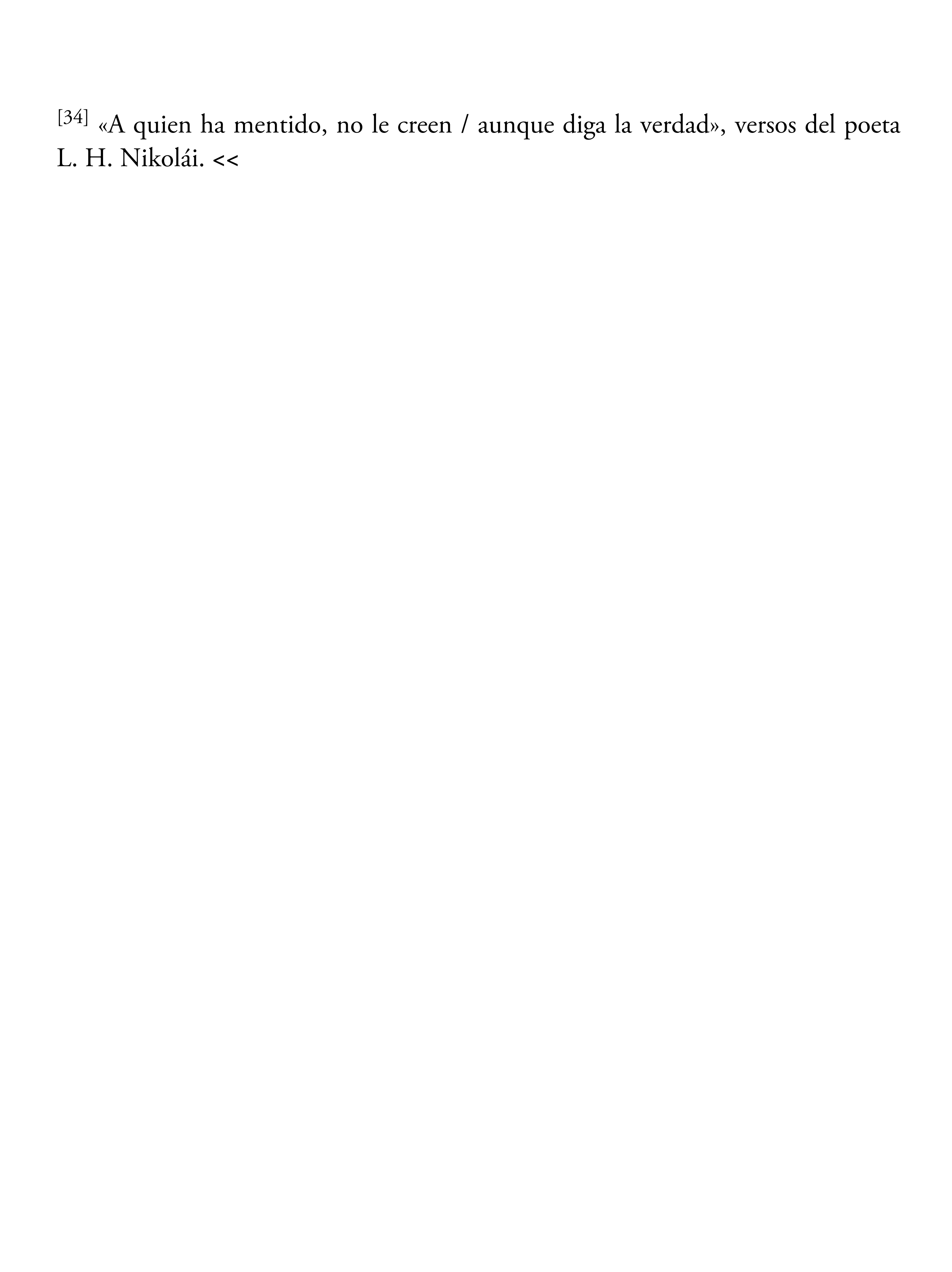
[29] Fui hecha para ser feliz - pero / ¿por qué en tu obra terrestre / tantos elementos - tan poco de acuerdo? <<

[30] En realidad estos versos son de Musset. <<

[31] Vladimir Lébedev, marido de su amiga Margarita, es uno de los redactores de *Volia Rossii*, el periódico de los socialistas revolucionarios. <<

[32] M. Ts. está convencida de que el poeta Alexandr Blok tuvo un hijo ilegítimo.
<<

[33] Mecenas ruso que vivía en París. <<



[34] «A quien ha mentido, no le creen / aunque diga la verdad», versos del poeta L. H. Nikolái. <<

[35] El teatro judío Habim había sido creado en Moscú en 1918. La actriz Shoshaná Avivít estuvo de gira en París durante el verano de 1924. Balmont le había dedicado un poema. <<

[36] Apodo con el que en adelante designará M. Ts. a su hijo. Una de las razones de su elección es el personaje de E. T. A. Hoffmann, el gato *Mur*. <<

[37] Feliz, feliz. <<

[38] Slónim. <<

[39] Tarjeta de identidad. <<

[40] M. Ts. dedica a este poeta un retrato-recuerdo. <<

[41] D. G. Réznikov, que se casó con Natalia, una de las hijas de Olga. «Aquel Serguéi» es Seriozha Efrón, pero cuando es egoísta y malo. <<

[1] *Gente del abismo* es el título de un libro de reportajes de Jack London sobre el West End de Londres. <<

[2] Bulgákov se preparaba para pedir oficialmente una visa de entrada a la Rusia soviética, con miras a participar en la preparación del centenario del nacimiento de Tolstói. La visa le será negada. <<

[3] Del gobierno checo. <<

[*] En caso de revuelta, de ningún otro modo, por supuesto. <<

[4] Que se convertirá en *El poeta a propósito de la crítica*. <<

[5] El príncipe Dmitri Sviatopolk-Mirski. <<

[6] El *Poema de la montaña* debía publicarse en el primer número de *Viorsty* (junio-julio de 1926) junto con algunos textos de Rémizov. <<

[7] No te dignes. <<

[8] El tratado, bastante desfavorable para Rusia, que ésta firma con Alemania a principios de 1918. <<

[9] ¡Esto ya me ha sucedido! - ¡muchas veces! <<

[10] *El poema de la escalera*. <<

[1] Marc Vishniak, redactor de *Sovremennye zapiski*. <<

[2] Miembro del primer movimiento socialista revolucionario ruso (*naródnichestvo*) que, durante la segunda mitad del siglo XIX, pese a la abolición de la servidumbre en 1861, se apoyaría en una revuelta campesina. <<

[3] M. Ts. y sus hijos acababan de pasar la escarlatina. <<

[4] Referencias a los relatos de Gorki. <<

[5] En el borrador de esta carta sigue: «Es el caso de un renacimiento milagroso después de más de un siglo. Si tuviera dinero - le enviaría el extraordinario libro de Stefan Zweig *Der Kampf mit dem Dämon [La lucha contra el demonio]*, con tres biografías, una de las cuales - la de Hölderlin - es lo mejor que se ha escrito sobre él. Haga que se lo envíen y piense que es de mi parte. He aquí, como recuerdo, uno de sus versos que más amo:

O Begeisterung! so finden Wir in Dir ein selig Grab…

(¡Oh, inspiración! En ti encontramos el bienestar eterno)». <<

[6] «Del tiempo de la demencia.» *Nacht*: noche. <<

[7] «Lo que aquí está incompleto, lo completará un dios…» Hölderlin escribe *kann* («puede»), no *wird* («será»). <<

[8] Del texto dedicado a Max Voloshin, *Viva voz de vida*. <<

[9] Alusión a Maximilián Voloshin (cariñosamente Max) que, en su refugio de Koktebel, acoge tanto a Rojos como a Blancos. <<

[10] Ida y vuelta. <<

[11] Últimos versos de una poesía de M. Ts. de 1918. <<

[12] ¡Ábrete, Sésamo! <<

[13] Alusión a Konstantin Rodzévich, punto de partida del *Poema del fin* y del *Poema de la montaña*. <<

[14] «Cantos de amor». <<

[15] Boris Pilniak, escritor soviético, nacido en 1894, ejecutado en 1937. <<

[16] Evguenia (Zhenia), de soltera Lourié, pintora, primera mujer de Boris Pasternak; Zhénechka (Evgueni) es su hijo. Zinaída Nikoláievna, entonces esposa del gran pianista y amigo de Pasternak, Heinrich Neuhaus, se convertiría en la segunda mujer de Pasternak en 1934. <<

[17] Título de un libro de poemas de Boris Pasternak. <<

[18] En su carta anterior, del 10 de febrero de 1931, M. Ts. escribe: «Puedo decir que he vivido mi vida como en el "Reino de los Cielos" - o de memoria - sin ninguna evidencia, que así ha sido en la tierra, que el calor terrenal, el calor vivo - ¡tan breve! - no lo he utilizado». <<

[19] El domicilio de la familia Pasternak en Moscú. <<

[20] Ambas obras fueron publicadas en 1931. Pasternak se inspiró en M. Ts. para crear el personaje principal de *Spektorski*, Maria Ilina, y *El salvoconducto* está dedicado a Rilke. <<

[21] La palabra rusa *volia* tiene dos significados: «voluntad» y «libertad». <<

[22] Iniciales del príncipe Dmitri Sviatopolk-Mirski. <<

[23] Primeros versos de un poema del ciclo «El comediante» (1918). <<

[24] Escritor inglés que había traducido *El valiente* de M. Ts. Esta traducción inglesa nunca se publicó. Goncharova había ilustrado la versión francesa - hecha por la propia M. Ts. - del mismo poema. Esta versión tampoco se publicó en vida de la poeta. <<

[25] Hacer sin decir. <<

[26] Los animales pequeños no se comen a los grandes. <<

[1] Revistas rusas publicadas en la emigración. <<

[2] Natalia Goncharova (1881-1962), pintora rusa instalada en Occidente desde 1915. <<

[3] Para las relaciones de M. Ts. con los hombres de letras franceses, véase el capítulo siguiente. <<

[4] La nueva gaceta, publicación bimensual, literaria y cultural que acababa de crearse bajo la dirección de Marc Slónim. <<

[5] En la Unión Soviética. <<

[6] El libro del humorista alemán W. Busch. <<

[7] Alusión a un episodio relatado en otro sitio: M. Ts. busca testigos de los combates alrededor de Perekop; los antiguos combatientes nunca tienen tiempo para hablar con ella. <<

[8] Ramón Novarro, célebre actor norteamericano de cine mudo. <<

[9] Ciclo de poemas que data de 1917, dedicados al jefe de una revuelta campesina rusa en el siglo XVIII. <<

[10] Verso de Anna Ajmátova, tomado de *Anno Domini*. <<

[11] Motu proprio. <<

[12] Derecho divino. <<

[13] Probablemente se refiera a los bolcheviques o el bolchevismo. <<

[14] «Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres», Hechos de los Apóstoles, 5, 29. <<

[15] Artesano del canto. <<

[16] Cita aproximada de un verso del capítulo VIII de *Eugenio Onieguin*. <<

[17] Alexandr Semiónovich Shishkov (1754-1841), escritor ruso. En el artículo en cuestión «Reflexiones sobre el estilo antiguo y sobre el nuevo estilo de la lengua rusa» (1803), se pueden leer las siguientes palabras: «Saber mezclar con arte el estilo eslavo elevado y el estilo común, para que el énfasis del uno responda agradablemente a la simplicidad del otro». «Saber conciliar un estilo elevado con palabras e ideas que no lo son […] sin perjudicar el estilo y conservándole toda su importancia.» <<

[18] El poema de Mijaíl Kuzmín «Sviatói Gueorgui [San Jorge] (Cantata)» fue escrito en 1917 y publicado en 1921 como parte del libro *Veladas del más allá*. El ciclo «Gueorgui» de M. Ts. data de julio de 1921 y será incluido en su libro *El oficio*. <<

[19] «La llama de Fedra» (1921), parte del libro de Kuzmín *Parábolas* (Berlín, 1923). <<

[20] *Las más bellas leyendas de la Antigüedad clásica*. <<

[21] «El impermeable», como símbolo del romanticismo. Tsvietáieva escribe en 1918 un ciclo de poemas llamado «El impermeable». <<

[22] Collar y túnica griega de la Antigüedad. <<

[23] Viacheslav Ivánov. <<



[24] Se está hablando del ciclo «El discípulo», dedicado a Volkonski que es el Maestro. <<

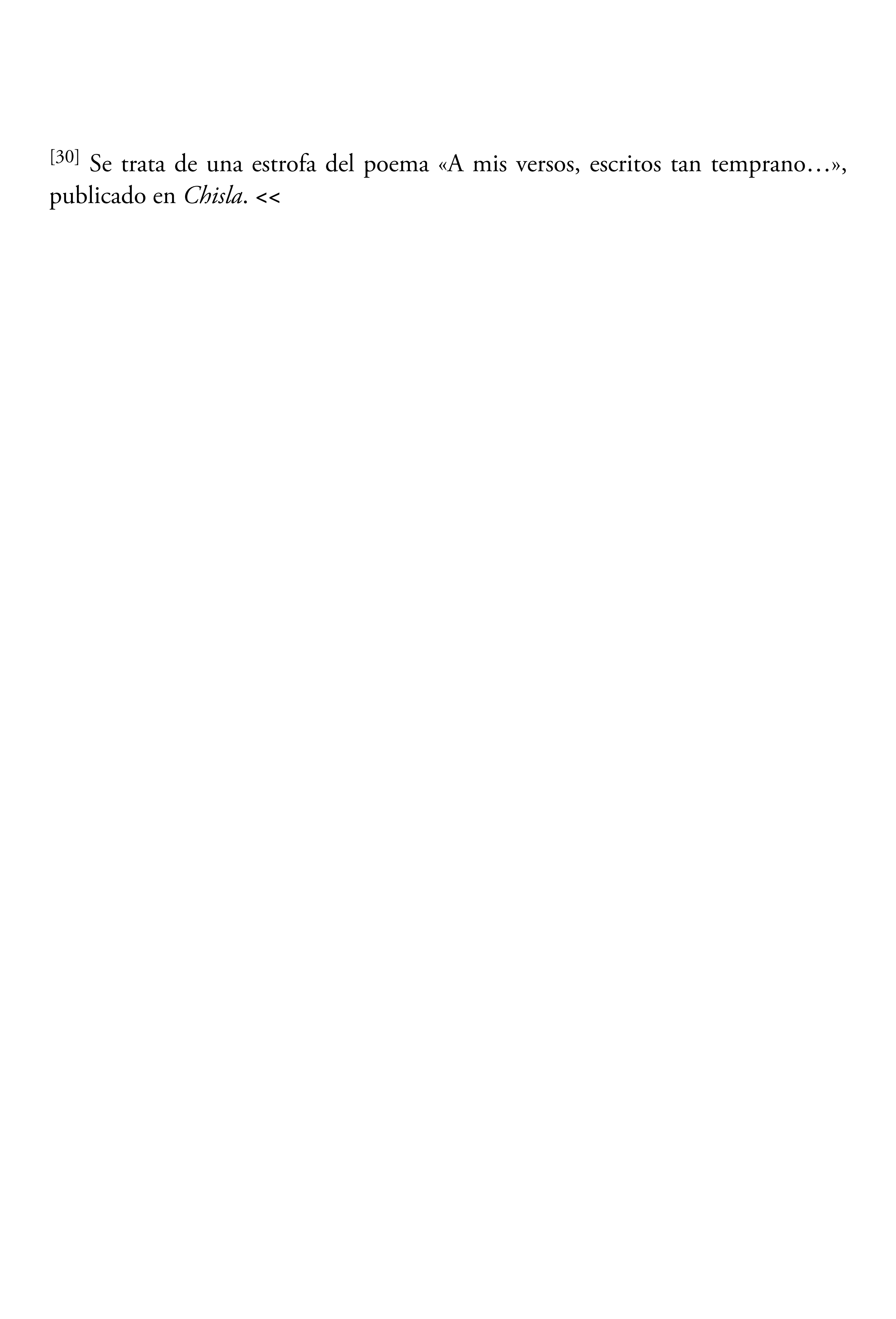
[25] Este comentario se refiere a la obra dramática de M. Ts. *Ariadna*. <<

[26] El poema de M. Ts. «La náyade» tiene como leitmotiv este verso: «Eterno tercero en amor». <<

[27] Últimos versos de *El valiente*. <<

[28] Sucedáneos. <<

[29] Un sinsentido. <<



[30] Se trata de una estrofa del poema «A mis versos, escritos tan temprano…», publicado en *Chisla*. <<

[31] En realidad, Ivask escribió lo contrario: «Tsvietáieva es demasiado fuerte para las esferas literarias de la emigración - no es una acusación, no es más que la constatación de un hecho». Cuando recibe la carta de M. Ts., Ivask, escandalizado, anota en el margen de ese pasaje: «¡¡¡Lapsus!!! ¡Yo escribí demasiado fuerte!». <<



[32] El emigrante ruso Pável Gorgulov, que había herido de muerte al presidente Paul Doumer, había sido condenado a muerte. <<

[33] Revista rusa (1931-1932). <<

[34] Organización monárquica salida de la emigración. <<

[35] Esta reunión tuvo lugar en París el 10 de marzo de 1933. <<

[36] Vladimir Grigórievich Benedíktov, poeta ruso (1807-1873). <<

[37] El alcance de mi voz. <<

[38] Extracto de un poema de 1916 que forma parte del ciclo «Versos sobre Moscú», del libro *Verstas I* (1922) y no de *Psiqué*. <<

[39] Imágenes de los cuentos populares y de las *Huestes del príncipe Ígor*. <<



[40] El nombre *Frau Holle*, personaje de los cuentos de Grimm, evoca en alemán *Hölle*, el infierno. <<

[*] *Grosse Gewässer, Kleine Gewässer*, todo es - la misma cosa. <<

[41] O en otro mal lugar. <<

[*] Otros prefieren - ¡prenderse! <<

[42] Ivask había hecho llegar a M. Ts., a petición suya, el tercer volumen (en alemán) de la trilogía de Sigrid Undset, *Christine Lavransdatter: La Cruz*. <<

[43] Comer sólo engorda. <<

[44] Poema escrito en 1931-1933. <<

[45] El ciclo «El discípulo» abre el libro *El oficio*. <<

[46] Refrán ruso que significa: no hacer olas. <<

[47] El artículo que Ivask dedicara a M. Ts. fue publicado en versión abreviada en la revista *Nov*. <<

[1] En los textos que se recogen en este capítulo, y a diferencia del común de esta obra, M. Ts. se expresa mayoritariamente en lengua francesa. En este sentido, y para no quebrar la armonía del libro, consideramos esta sección como un «capítulo espejo»; así, los textos escritos originalmente en francés aparecen en letra redonda, y los escritos en ruso, en cursiva. La traducción de este capítulo es obra de David Stacey. (*N. del E.*) <<



[2] M. Ts. confunde a Maurice Martin du Gard con su primo Roger, autor de los *Thibault*. <<

[3] Fragmento del poema «La ofrenda», incluido en el libro de Anna de Noailles *Deslumbramiento* (1907), que continúa así: «Como los niños cuando muerden la manzana, / La huella de mis dientes». <<

[4] Hernán Cortés conquistó México, Francisco Pizarro el Perú. <<

[5] *Duineser Elegien* [*Las Elegías de Duino*] y *Das Buch der Bilder* [*El Libro de las Imágenes*], dos títulos de R. M. Rilke. *Bilderbuch*, Libro de imágenes. <<

[6] Alusión al libro de Anna de Noailles *Le cœur innombrable*. <<

[7] El libro de poemas *Libro de amor* (1910), que parece haber enviado a M. Ts. <<

[8] La profesora de francés de M. Ts. en el último año de bachillerato. <<



[9] Periodista y profesora de ruso en París, autora de una conversación con M. Ts. publicada en 1931. <<

[10] Juego de palabras: «détachement» significa desapego, indiferencia, pero que puede remitir a la idea de quitar manchas: «dé», prefijo privativo, «tache», mancha; por lo tanto sería como decir «des-manchamiento». (*N. del T.*) <<

[11] M. Ts. toma al pie de la letra una expresión figurada: «Écrire sur ses tablettes» significa «tomar cuidadosamente nota de algo, recordarlo»; evidentemente «recordaré» solo no tiene ningún sentido aquí. (*N. del T.*) <<

[12] Hoy se cree que este texto del siglo XVII puede ser obra de un hombre. <<

[13] «Pero si ya tenemos muy buenas traducciones de los poemas de Pushkin, los tradujo uno de mis amigos con su esposa…» <<



[14] Título del poema provenzal de Frédéric Mistral y de la ópera de Gounod en él basada. <<

[15] SDN, Sociedad de las Naciones, precusor de la ONU entre las dos guerras.
<<

[16] Vera Búnina, amiga de M. Ts. <<



[17] Vladimir Weidlé, ruso que vivía y enseñaba en París, ayudaba a M. Ts. en la publicación de sus traducciones de Pushkin. <<

[1] Cuando se casaron, en 1912, M. Ts. iba a cumplir veinte años y Serguéi Efrón diecinueve. <<

[2] No un prodigio, sino una criatura prodigiosa. <<

[3] Pequeño fenómeno. <<

[4] Napoleón en Santa Elena. <<

[5] ¡Qué monada, un pequeño Rey de Roma! <<

[6] Niño de domingo. <<

[7] «¡Cipreses sombríos! El mundo no es demasiado alegre. Pero todo se olvidará.» Estos versos de Theodor Storm (1817-1888) concluyen su «Frauen-Ritornelle» y M. Ts. los elige como primer epígrafe a *Perekop*. <<

[8] Era poeta y detestaba lo aproximado (tomado de los *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*). <<

[9] Última estrofa del poema de M. Ts. «Elogio del tiempo». <<

[10] No te dignes. <<

[11] M. Ts. tiene veinticuatro años en el momento de la Revolución de Febrero de 1917. <<

[12] El azar soy yo. <<

[13] Versos extraídos del poema de Boris Pasternak «Sobre estos versos» (1917). <<

[14] Cuenta corriente. <<

[15] ¿Quién es usted, señora? <<

[16] Una refugiada rusa, señor. <<

[17] Castillo. <<

[18] Se trata de Brice y Natalie Parain (véase capítulo 11). <<

[19] Se trata de Nanny Wunderly-Volkart. <<



[20] *Mi hermana la vida* está surcada de reminiscencias del desdichado amor de Pasternak por Elena Vinograd. <<

[21] Ígor Severianin (1887-1941), poeta ruso que vive emigrado desde 1918. <<

[22] Véase el capítulo 9. <<

[23] Bestia negra. <<

[24] Publicación de los emigrados rusos (1925-1940). En 1926, M. Ts. responde a un cuestionario. <<

[1] Poema de 1924. <<

[2] Infancias. <<

[3] Ser vale más que tener. <<

[4] Sintiendo antes o después. <<

[5] Soy un fugitivo. <<

[6] Idas y venidas. <<

[1] Grito desde lo más profundo. <<

[2] Andréi Biely, por quien M. Ts. sentía mucho aprecio, murió en la URSS el 8 de enero de 1934. El 18 de enero, en París, hubo una velada en su memoria en la que participó M. Ts. Después de esto, dedica buena parte de los meses siguientes a redactar sus Memorias sobre él, a las que dará el título de *Un espíritu prisionero*. Este texto se publicará en abril en *Poslednie novosti*, cuyo jefe de redacción es Miliukov. Rúdnev dirige, a su vez, *Sovremennye zapiski*. <<

[3] M. Ts. dedicará a este episodio el relato «El chino», publicado en octubre de 1934. <<

[4] ¡Qué curioso! ¡Cuánto se parece el chino al inglés! <<

[5] ¡Pero si le está hablando en *alemán*! <<

[6] Murciélago. <<

[7] El relato autobiográfico de Thérèse de Lisieux. <<

[8] En una carta anterior, M. Ts. había pedido a su corresponsal que le enviara, de ser posible, la obra de Olav Dunn *Die Juwikinger*, en dos volúmenes. <<

[9] Festín. <<

[10] Se trata de Anna Andréieva. <<

[11] Aviso. <<

[12] *Fortuna* (1919). <<

[13] La sangre salpicaba de su cráneo roto. <<

[14] Sirvienta. <<

[15] Bistec de ternera. <<

[16] Anticuada. <<

[17] Poema inconcluso de 1928. <<

[18] Los suburbios. <<

[19] Yuri Alexéievich Shirinski-Shijmátov (1890-1942), emigró a París en 1920, y en 1933, junto con su esposa, es uno de los organizadores del primer Congreso de los representantes de las «tendencias posrrrevolucionarias». <<

[20] Revista bimensual ilustrada, publicada en París. <<

[21] Se trata de Konstantin Rodzévich. <<

[22] La calle de Moscú en la que vivía M. Ts. <<

[23] Inevitablemente. <<

[24] El rey de Roma es El Aguilucho, el duque de Reichstadt: el hijo de Bonaparte. <<

[25] Antigua medida de peso equivalente a 16,38 kg. <<

[26] Según el viejo estilo, es decir, el 15 de febrero. <<

[27] La *Carta a la amazona*, que M. Ts. en vano intentaba publicar. <<

[28] Vladimir Zéieler es el secretario de la Unión (parisina) de escritores rusos; Pleshéiev, Amfiteátrov y Mirónov son autores rusos de la emigración. <<

[29] M. S. Tsétlina y F. O. Eliashévich son miembros de un Comité de ayuda a los escritores rusos. <<

[30] Bestias negras. <<

[31] Cita inexacta del poema de M. Ts. «Nostalgia de la patria» (1934). En el poema: «Como un oso de Kamchatka sin su hielo». <<

[32] Total - dos horas. <<

[33] La tercera mujer del poeta Konstantin Balmont que vivía en la emigración pobre y enferma. <<

[34] Estribillo. <<

[35] - Y el corazón le dijo:
- ¿Te has hecho daño, hijo? <<

[1] El amante soñado. <<

[2] Paseo. <<

[3] El 19 de noviembre de 1922, M. Ts. escribe a Boris Pasternak: «Mi forma predilecta de comunicación es la del más allá: el sueño, ver en sueños». <<

[4] ¡Nada aguanta! <<

[5] En el poema de 1916 «La brizna de paja». <<

[6] M. Ts. se apoya en la etimología de la palabra *doznanie* cuyo significado más común es el de «encuesta» (pero literalmente sería «lo que lleva a conocer algo a fondo»). <<

[7] Crítico ruso de la emigración, habitualmente hostil a M. Ts. <<

[8] La carta fue escrita en hojas de papel membretado: «3 villa Théodore Deck. XV» (una calle de París). <<

[9] Se refiere a Nikolái Gumiliov, poeta fusilado por los bolcheviques, contra cuya memoria atentaría Ehrenburg en su novela *El aprovechado*. <<

[10] El editor Vishniak. <<

[11] La historia del doctor Johann Faust, ilustre brujo y nigromante, de cómo se vendió durante un cierto tiempo al diablo, de qué aventuras extraordinarias fue testigo durante ese tiempo, permitidas o provocadas por él mismo, antes de obtener por fin una recompensa merecida. - 1587. <<

[12] Oheim Kühleborn, literalmente «El tío llave fría», es el nombre de uno de los personajes de *Ondina*, relato de Friedrich de la Motte Fouquet. <<

[13] Acaba de llegar otra que… <<

[14] Otra. <<

[15] Patio. <<

[16] Buenos días, señora… Me dijeron - perdone si me equivoco… - ¿Es usted - quien echa las cartas? - Soy yo, soy yo, entre usted, señora. <<

[17] Me dijeron que echa usted muy bien las cartas… Y he venido como los que me lo dijeron. <<

[18] Acabo de empezar un buen juego de cartas. Eso *nos* traerá suerte. <<

[19] Señora, antes de empezar a tirarme las cartas… <<

[20] Quería preguntarle: ¿podría echar también las cartas para un ausente? <<

[21] ¿No será en broma? ¿No tendré disgustos? ¿No será para burlarse de mí? - No, es muy serio. Él lo quiere, y lo quiere muy seriamente. Por otro lado - no se burla jamás. <<

[22] Y me rompió dos sillas. - «Y esta noche se publican las amonestaciones.» <<

[23] ¿Ésta es para usted o para el ausente? […] Ésta, es para mí. <<

[24] Así se baraja. Ahora - corta usted. <<

[25] ¡Oh, no, no! ¡Yo ya no me atrevo a tocarlas! <<

[26] Genio. <<

[27] Se refiere a Margarita Lébedeva. <<

[28] Tiene gran ojo clínico. <<

[29] Ella no puede terminar… <<

[30] *Herr* - «señor»; *herrisch* - «autoritario»; *herrlich* - «magnífico»; *Herrlichkeit* - «esplendor»; *Heer* - «ejército»; *himmlische Heere* - «el ejército celeste». <<

[31] Alusión a la declaración hecha por Nicolás II el 17 de enero de 1895, frente a los diputados de la nobleza y de las asambleas locales: «No alimenten sueños insensatos de participación en el gobierno de los asuntos interiores». <<

[32] «Miniaturista en grande» e incluso - en gigante - e incluso en inmenso. <<

[33] Documento de identidad. <<

[34] Mijaíl Strange (1907-1968). <<

[35] ¿Lleva mercancías? - Ninguna. <<

[36] Jardín inglés. <<

[37] La ensenada. <<

[38] Un bolígrafo. <<

[39] Estanco. <<

[40] ¿Y qué? ¿No han visto al coronel? - No. - Pues yo tampoco. <<

[41] ¿Nada que declarar? <<

[42] Uvas pasas. <<

[43] Quédeselos. - Pues gracias. <<

[44] Lo que nadie ve ni ha visto: la puesta de la luna. <<

[45] ¿Habría preferido que fuéramos nosotros? <<



[46] Por otro lado, no lo matamos, pasó entre las ruedas. Este año ya he matado a dos. Con éste habrían sido tres. <<

[47] Son gente curiosa los rusos, pero con todo, son muy amables… <<

[48] Rusos. <<

[49] Muy amables. <<

[1] Osadía. <<

[2] Prueba de fuerza. <<

[3] Un rostro hastiado. <<

[4] El 12 de octubre de 1937, Ariadna Berg había perdido a su hija mayor, a causa de una septicemia. <<

[5] Es el más leal, el más noble, el más humano de los hombres. - Pero su confianza pudo haber sido engañada. - La mía en él - jamás. <<

[6] Se trata de un anillo chino que M. Ts. había visto en casa de la cuñada de Ariadna Berg. Soñaba con que se lo regalaran y propuso «intercambiarlo» por un collar de lapislázuli. <<

[1] Puede hacer las veces de y hace las veces de. <<

[2] G. Craigh, director británico de teatro, y Lohengrin, apodo de Paris Singer, un industrial: dos amigos de Isadora Duncan. <<

[3] Alusión a Walter Rummel. <<

[4] ¡Nada de escuela! ¡Nada de conferencias! ¡Báilanos el *Danubio azul*! ¡Baila, Isadora, baila! <<

[5] Raymond Duncan, hermano menor de Isadora, pintor y bailarín. <<

[6] Señor, si no puede usted tenerse de pie - aquí tiene mi silla. Pero yo no soy ningún respaldo. <<

[7] Cita aproximada de un verso del poema de Lérmontov «El velero». <<

[8] Cita extraída del poema de Tiútchev «Cicerón». <<

[9] Convento: las damas, las muchachas que dirigen las instituciones eclesiásticas. <<

[10] ¿Para qué? <<

[11] Virtualidad. <<

[12] Una pariente de Ariadna Berg. <<

[13] Tejido que imita la gamuza. <<

[14] Para anunciarse. <<

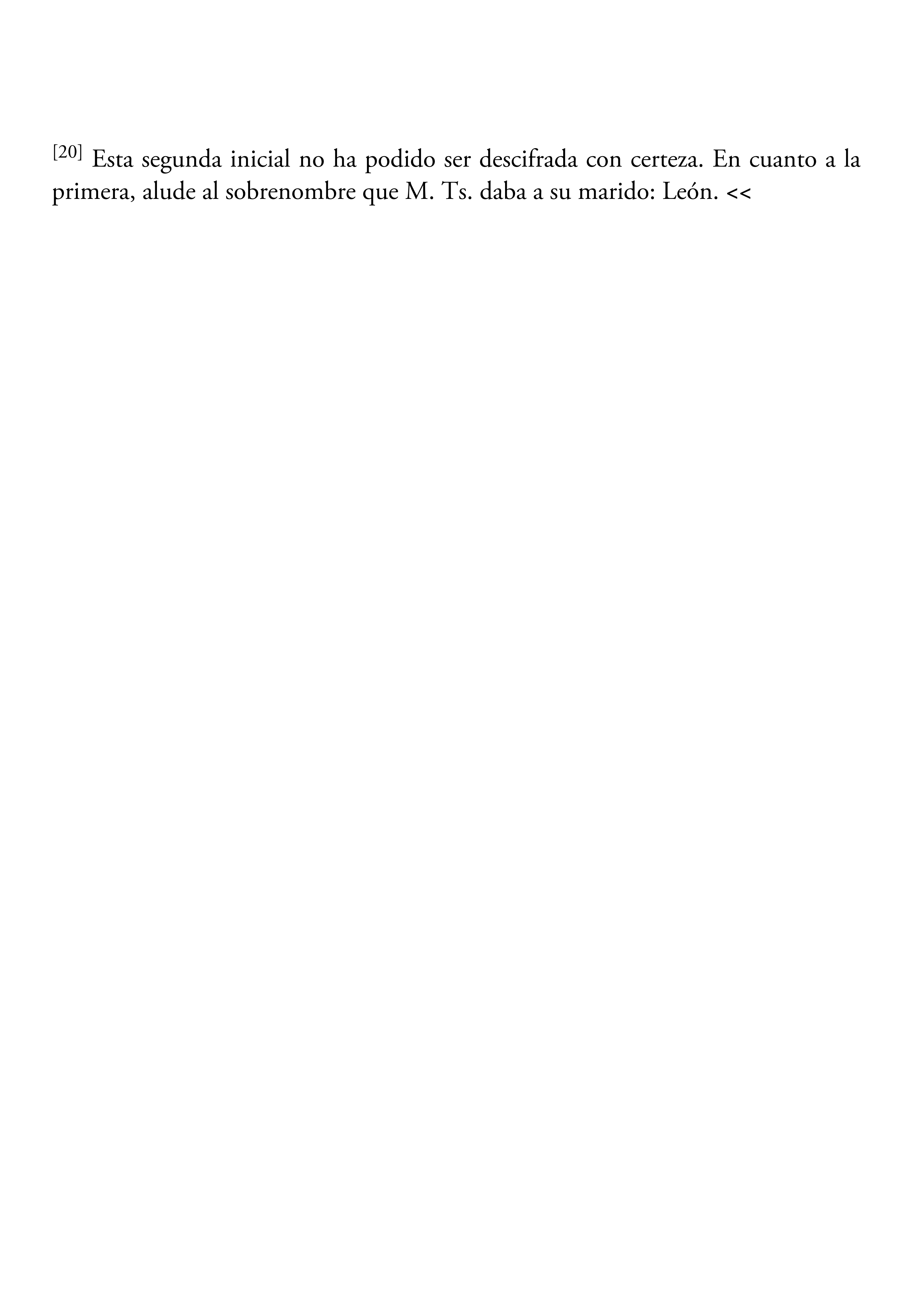
[15] Tirando a rojo. <<

[16] Ensanchándose hacia la parte baja, completamente cruzado, de metro veinte de largo. <<

[17] Las sisas. <<

[18] M. Ts. había vendido, por mediación de Ariadna Berg, su *Historia de la Revolución* de A. Thiers, en tres volúmenes. <<

[19] Lucien de Neck es un amigo de Ariadna Berg. M. Ts. le había enviado en 1936 un posfacio a su *Carta a la amazona*. Éste nunca le respondió. <<



[20] Esta segunda inicial no ha podido ser descifrada con certeza. En cuanto a la primera, alude al sobrenombre que M. Ts. daba a su marido: León. <<

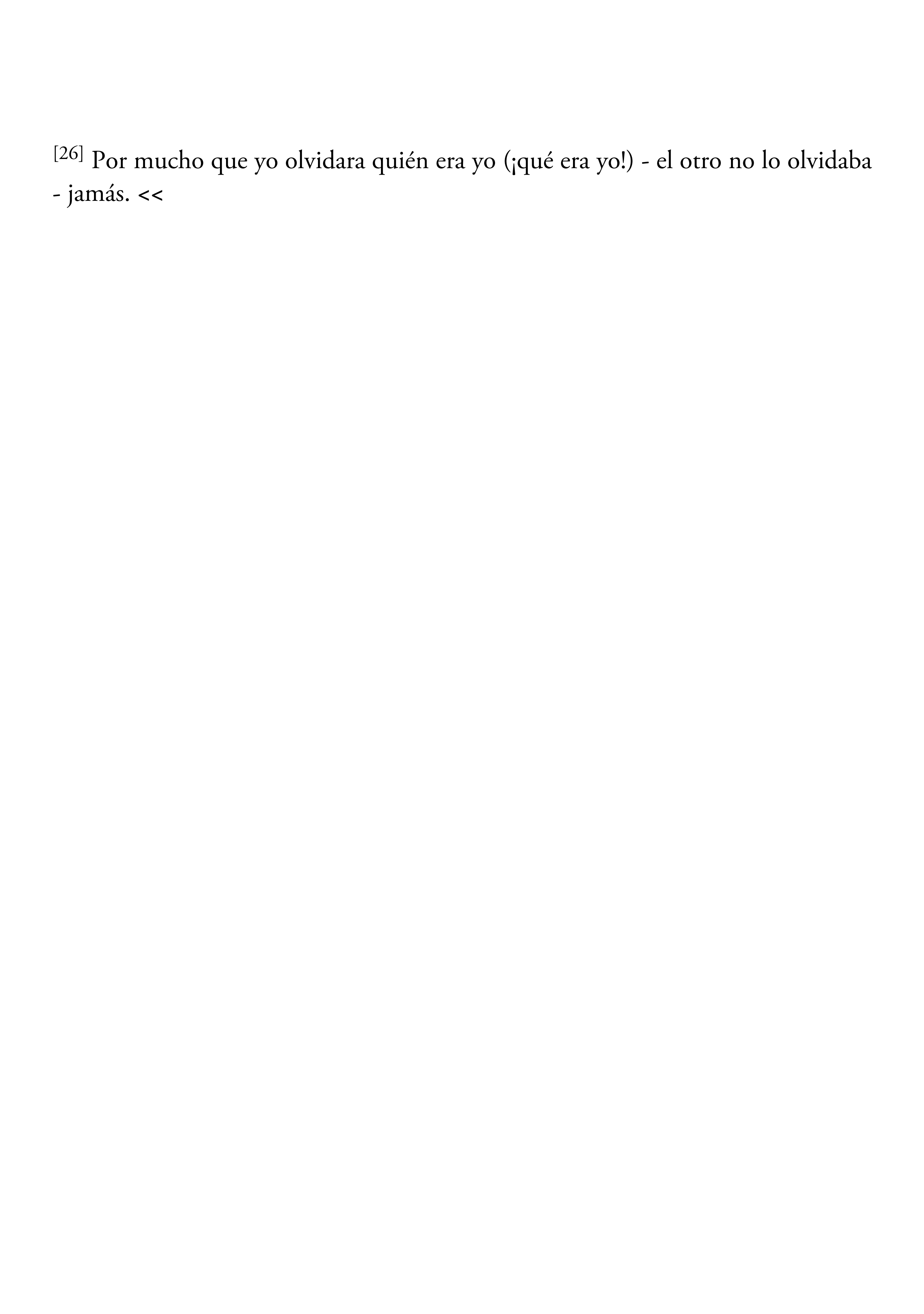
[21] En una carta de la víspera, Ariadna Berg le contaba a M. Ts. que se encontraba muy mal de ánimo, cerca de la depresión. <<

[22] Cuando la dura palabra «debes» atormenta tu corazón / la orgullosa palabra «quiero» te dará el sosiego. <<

[23] El lema. <<

[24] Jovencitas. <<

[25] Mujeres jóvenes. <<



[26] Por mucho que yo olvidara quién era yo (¡qué era yo!) - el otro no lo olvidaba - jamás. <<

[27] Nombre checo de los montes de los Gigantes, dejados un tiempo a Checoslovaquia. <<

[28] «Y si sólo queda uno - ése seré yo.» Tomado de Victor Hugo, «Ultima verba».
<<

[29] «Quisiera dormir, dormir - / hasta que me llegue la hora!», versos de A. von Chamisso. <<

[30] Escrito a lápiz de puño y letra de M. Ts. Pero la carta fue entregada un poco más tarde. <<

[31] Seguridad. <<

[32] La brillantina del Doctor Rojà. <<

[33] T. S. F., siglas que significan *Télégraphie sans fils*, es decir, Telegrafía sin hilos y, por extensión, la radio. <<

[34] Presagios. <<

[35] La oca. <<

[36] La caja. <<

[37] Compañeros de desventura. <<

[38] Compañero de ventura. <<

[39] Guapo. <<

[40] ¿En su país no hay *gueules cassées*? *Gueules cassées* (caras deformadas) se llamaban los billetes de la lotería nacional a favor de los inválidos de la Primera Guerra Mundial. <<

[41] ¡Qué mala ha de ser ésta! <<

[42] Cita de un poema de Adamóvich. <<



[43] Seguramente la primavera de 1933 en la que M. Ts. escribe su ensayo sobre Max Voloshin, *Viva voz de vida*. <<

[44] Amiga actriz, que vivía en París. <<

[45] Cuento popular ruso que M. Ts. ya había citado a Vera Búnina en 1933. <<

[46] Dives-sur-Mer, donde M. Ts. pasó sus últimos días de vacaciones en Francia. <<

[47] Cita aproximada de un poema de 1913 de Anna Ajmátova. <<



[48] Cruces lorenesas (y Jehanne, la buena lorenesa, que los ingleses quemaron en Rouen…), tomado del *Gran Testamento* de François Villon. <<

[49] Ni flores ni coronas. <<

[50] Rodzévich. <<

[51] Balmont. <<

[52] El expreso de Viena. <<

[53] ¡Al vagón, señora! <<

[54] «¡Adelante!» (en checo), que M. Ts. utiliza en el sentido de «seguimos el viaje». <<

[1] Camarera. <<

[2] «El mar del norte», última parte del *Libro de los cantos* de Heine (1827). <<

[3] Axel Munthe (1857-1949), escritor sueco, autor de *La historia de san Michele*. <<

[4] Deme la mano, señorita, deme la mano. <<

[5] Truhanesca. <<

[6] Su amiga Lébedeva. <<

[7] Un artículo de Louis Gillet (1876-1943) titulado «Dante e Italia». <<

[8] Con el original al lado. <<

[9] Apodo de Serguéi Efrón. <<

[10] Los dos libros que está leyendo M. Ts.: las memorias de Marie-Fortunée Lafarge, *Horas de prisión* (1853), y la biografía de Marie Curie, escrita por su hija Eva (1938). <<

[11] La exiliada. <<

[12] Montón de basura. <<

[13] Diez años bajo tierra. <<

[14] La tierra. <<

[15] Besar - no es un crimen. <<

[16] ¡Qué bella es esta agua! ¡Es casi azul! <<

[17] Los armónicos - los subarmónicos. <<

[18] N. N. Vilmont, amigo traductor. <<

[19] Película soviética de gran éxito (1934). <<

[20] ¡Pero si el señor Efrón desarrollaba una actividad soviética impresionante! <<

[21] Nombre en clave que el NKVD había dado a los esposos Klepinin (el nombre de Efrón era Andréiev). <<

[1] Se trata de Anatoli Kuzmich Tarasénkov (1909-1956), crítico literario y bibliófilo, que a veces trabajaba para la revista *Znamia*. <<

[2] Documentos de Arte Japonés Hira T'Shé - El libro de los diez mil dibujos. <<

[3] Nuevo modo de vida. <<

[4] Johannes Becher (1891-1958), poeta comunista alemán. <<

[5] Exportbosque. <<

[6] Pasternak. <<

[7] Y sin embargo había algo aquí… <<

[8] André Chénier murió en el cadalso. <<

[9] Versos tomados de un poema de Tsvietáieva escrito en 1935. <<

[10] Estribillo de una canción gitana muy conocida. <<

[11] Seguridad. <<

[12] Iván Franko (1856-1916), escritor ucraniano. <<

[13] Porque hago un esfuerzo. <<

[14] El camino de regreso. <<

[15] M. Ts. hace alusión a su amistad con Sóniechka Holliday, en 1918-1919. <<

[16] Poeta yiddish de Bielorrusia, a quien en ese momento estaba traduciendo. <<

[17] Zina Shirkévich, la amiga con la que vivía Lilia. <<

[1] Chorro de sangre. <<

[2] Y mis cenizas serán más calientes que la vida de ellos. <<